JESUCRISTO

SU VIDA, SU PASIÓN, SU TRIUNFO

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

Por el R. P. BERTHE

De la Congregación del Santísimo Redentor

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

Por el R. P. Agustín VARGAS

De la misma Congregación



ESTABLECIMIENTOS BENZIGER & Co. S. A.

TIPÓGRAFOS DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA

EINSIEDELN (SUIZA)

—

1910



IMPRIMATUR

Curiæ, die 31. Martii 1909.

✠ **GEORGIUS,**
EPPS.

APROBACIÓN DE LA CURIA ROMANA.

Imprimatur:

Fr. Albertus Lepidi, O. P.
S. P. Ap. Magister.

Imprimatur:

Josephus Ceppetelli, Archiep. Myren,
Vices gerens.

APROBACIÓN DEL M. R. P. RECTOR MAYOR.

Permitimos gustosamente la impresión de la obra intitulada: *Jesucristo, su vida, su pasión, su triunfo,* que ha escrito el R. P. Berthe, consultor general de la Congregación del Santísimo Redentor, después de haber sido examinada por dos teólogos de la misma Congregación y reputada por ellos como muy digna de la publicidad.

En nuestro convento de S. Alfonso, en Roma, el 14 de Septiembre de 1902, fiesta del S. Nombre de María.

M. Raus, C. SS. R.
Sup. gen. y Rect. May.

APROBACIÓN DEL M. R. P. PROVINCIAL.

Attert (Luxembourg), 12 janvier 1908.

Favre J.-B.

APROBACIÓN DEL ORDINARIO DE SANTIAGO DE CHILE.

Señor Vicario General,

En cumplimiento de la comisión que V. S. ha tenido á bien encomendarme, he examinado atentamente la versión castellana de la obra intitulada: *Jesucristo, su vida, su pasión, su triunfo,* escrita por el R. P. Berthe, de la Congregación del Santísimo Redentor, hecha por el R. P. Agustín Vargas de la misma Congregación.

Como resultado de este examen, tengo la honra de informar á V. S. que la indicada traducción es, á mi juicio, muy recomendable por la fidelidad con que el traductor ha interpretado el pensamiento del autor al trasladarlo á nuestro idioma, y por la sencillez y corrección del estilo. De manera que puedo afirmar que la interesante obra del R. P. Berthe, escrita en francés, no ha perdido su mérito literario al pasar al castellano.

Debo agregar que el R. P. Vargas ha hecho una obra digna de todo encomio, facilitando á los que hablan el español la lectura del libro importantísimo del R. P. Berthe, en el cual se destaca llena de esplendor la divinidad de Cristo en una forma no superada hasta hoy por los muchos autores que han escrito la vida del Salvador del mundo. El autor ha logrado encerrar el texto completo de los cuatro Evangelios en una narración que interesa y cautiva en tal manera, que es imposible

abandonar la lectura hasta no haber doblado la última hoja del libro. Y la impresión que deja en el alma esa lectura es la de una admiración profunda juntamente con la de un amor invencible por la persona adorable de Jesucristo. Y si es cierto que en el conocimiento y amor de Jesucristo se encierra el secreto de la santitad, no puede dudarse de que la lectura de este libro ha de ser en gran manera provechosa para las almas.

En esta virtud, estimo muy benéfica la publicación de la indicada obra traducida al español por el R. P. Agustín Vargas.

Santiago, á 7 de Enero de 1908.

Rodolfo Vergara Antúnez.

Santiago, 8 de Enero de 1908.

Visto el informe favorable del presbítero Don Rodolfo Vergara Antúnez, concédese licencia para la publicación de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, escrita por el R. P. Berthe, de la Congregación del Santísimo Redentor y traducida al castellano por el R. P. Agustín Vargas, de la misma Congregación.

Tómese razón.

Román,
Vicario General.

Silva Cotapos,
Secretario.

NOTA DEL TRADUCTOR.

Como el autor de este libro lo dice en su hermoso Prefacio, Jesucristo es desconocido de la sociedad moderna, y esta ignorancia que invade todas las condiciones sociales, es la causa principal de la decadencia religiosa que se nota en el pueblo cristiano. Muchos hay que sólo tienen nociones generales del Salvador que actualmente no bastan para mantener inconmovible la convicción de su divinidad, base fundamental del cristianismo y para dar á las almas el temple de abnegación que exige el cumplimiento de los deberes que la religión impone. Es necesario conocer á Jesucristo para poder amarlo y es necesario amarlo para creer y practicar la religión enseñada por Él. Y ya que el alejamiento del templo priva al mayor número de la divina palabra, se hace preciso llevar al hogar esta palabra de vida por medio de un libro que reúna todos los atractivos para ser leído.

Tal es el fin del precioso libro del P. Berthe que, al pasar por la censura de la autoridad eclesiástica de Roma, ha merecido el juicio de ser un libro que debiera ser traducido á todas las lenguas de la tierra, y que un cohermano del ilustre autor ofrece á los países de habla española, después de corregida su traducción por el señor Rector de la Universidad Católica presbítero don Rodolfo Vergara Antúnez.

Pero no basta la bondad intrínseca de un libro para difundirlo. Preciso es que se agregue la belleza de su forma y la modicidad de su precio. Todo esto se ha obtenido mediante una edición copiosa, ejecutada por la afamada Casa de Benziger de Suiza y la generosidad de las personas que me han suministrado los fondos para llevarla á cabo.

Al llegar á la tarde de la vida, me es grato ofrecer al adorable Salvador del mundo este pequeño obsequio como muestra de reconocimiento por sus beneficios, y ruego á las personas á cuyas manos llegue este libro, se encarguen de propagarlo para que sea la lectura diaria en la familia cristiana, ya que el medio único y eficaz de corregir los males que afligen á la humanidad, no puede ser otro que el mismo de que Dios se sirvió para regenerar al hombre degradado por la culpa, la Redención operada por el Verbo hecho carne, y cuyo fruto sólo se alcanza por el conocimiento y amor de Jesucristo.



PREFACIO.

Hace ya cerca de dos mil años que apareció en Judea un personaje verdaderamente incomparable. Por su doctrina, eclipsó á todos los sabios; por sus prodigios, á todos los taumaturgos; por sus predicaciones, á todos los profetas; por su heroísmo, á todos los santos; por su poder, á todos los potentados de este mundo.

El drama de su vida oscureció á las tragedias más conmovedoras. Estupendos prodigios rodearon su cuna; mas aquel niño se oculta súbitamente á todas las miradas. Treinta años después, salió de una pequeña aldea perdida entre las montañas despidiendo tal brillo, que llegó á ser durante tres años, la preocupación única de todo un pueblo. Se intentó hacerle rey, pero los grandes de la nación, envidiosos de su gloria, lo condenaron á morir en el ignominioso suplicio de la cruz. Al tercer día, levantóse triunfante del sepulcro y elevóse á los cielos de donde había venido. Desde allí, venciendo las más formidables resistencias, convirtió el mundo entero en reino suyo, sometiendo bajo su yugo á pueblos y reyes.

Este personaje que supera inmensamente á todos los héroes cuyos nombres ha conservado la historia, es Aquel á quien llamamos Nuestro Señor Jesucristo, cuya vida intento relatar hoy, después de tantos otros.

Cuatro hombres inspirados por Dios, los evangelistas san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, nos han trans-

mitido los detalles de esta vida, entre todas memorable. La Iglesia recibió este libro de las revelaciones divinas casi con tanto júbilo como el don precioso de la Eucaristía, pues él hacía revivir ante sus ojos al Dios oculto bajo los velos sacramentales. Cada uno de los fieles quiso tener un ejemplar de él para llevarlo consigo y grabarlo en su corazón. Durante las persecuciones, aquellos cristianos hubieran preferido sufrir mil veces la muerte, antes que entregar á los paganos este libro bendito. En cuanto á los mártires, el Evangelio les enseñaba á morir por el Cristo, después de haberlos hecho vivir como Él.

En el siglo IV, la Iglesia ya libre, se consagró á estudiar con verdadera pasión los hechos y las palabras de Jesús. Los Ambrosios, Los Agustines, los Jerónimos, los Crisóstomos y otros doctores eminentes, ilustraron con admirables comentarios los relatos evangélicos. En la edad media, la Vida del Salvador vino á ser, como tanto lo deseaba el autor de la *Imitación*, el principal estudio de los fieles; y aún después de la revolución satánica del siglo XVIII que intentó borrar hasta los últimos vestigios de nuestra santa religión, la Vida de Jesucristo continuó siendo por mucho tiempo todavía, el libro predilecto del pueblo. Al autor de estas páginas parécele ver aún con los ojos del alma, aquel libro ennegrecido y desgarrado, leído en las veladas de la tarde y en el cual aprendió á conocer las virtudes y enseñanzas del Maestro.

Mas ¡ay! ¡cuánto han cambiado los tiempos! Hoy se lee más que en épocas pasadas; ricos y pobres, patronos y obreros, ignorantes y letrados, devoran con pasión diarios y libros; pero apenas hay quien lea la Vida de Jesucristo.

Ni en las escuelas ni en las familias, se leen los divinos relatos. Entre cien personas cristianas y aun piadosas, sólo unas cuantas conocen los detalles de la historia del Salvador. En cuanto al pueblo, tomado en su conjunto, ¡apenas sí sabe el nombre de Jesús, su nacimiento en un establo y su muerte en la cruz! El Hombre-Dios ha vuelto á ser el gran desconocido en la tierra, y esta ignorancia lamentable basta para explicar la disminución de la fe, el enfriamiento de los corazones, el abandono de las prácticas religiosas y ese espíritu de impiedad que lleva á las naciones al abismo.

No son, no, las Vidas de Jesús las que faltan. Para obligar á esta sociedad moribunda á volver al conocimiento de su Salvador, se le ha presentado la historia evangélica bajo todas las formas, pero sin éxito. Las concordancias, las paráfrasis, los comentarios de los textos sagrados, las Vidas propiamente dichas, las historias más ó menos científicas, se multiplican en vano cada día. Fuera de algunas obras escritas especialmente para sabios y literatos, ninguna Vida del Salvador ha conseguido triunfar de la indiferencia del público.

¿Y por qué, este pueblo creyente todavía, que acude presuroso en torno del pesebre de Navidad y del sepulcro del Viernes Santo, permanece indiferente á las palabras y prodigios del Salvador? Porque, frívolo, á fuerza de leer frivolidades, rechaza toda lectura seria. Como no busca en los libros sino un alimento á su curiosidad ó á su necesidad de emociones, se imagina que una Vida de Jesucristo no podría interesarle ni apasionarle, y por consiguiente la desecha, convencido de que no puede dejar de ser insulsa y fastidiosa. Presentadle lo imprevisto, lo dramático, y leerá vuestro libro hasta el fin con la mayor avidez, sobre todo si el héroe aparece vivo ante sus ojos, si lo oye hablar, si penetra en su alma de manera que pueda comprender y compartir con él sus impresiones, sus gozos, sus tristezas, sus desengaños. Pero, no interrumpáis la narración, id directamente al desenlace; de otra manera, el lector impaciente arrojará vuestro libro. Tal es el hombre moderno; nervioso por temperamento, siempre febril y deseoso de inesperadas y violentas emociones. He ahí por qué, mientras las producciones de la literatura sensacional, novelas y dramas, se difunden en el mundo por millones, las Vidas de Nuestro Señor permanecen relegadas al olvido.

Este es uno de los hechos más dolorosos para todo cristiano que ama á Jesucristo y á las almas. Muchas veces me he preguntado si ¿no sería posible escribir con los documentos evangélicos una historia del Salvador, no sólo instructiva y edificante para los verdaderos fieles, sino también capaz de cautivar el espíritu y el corazón del público indiferente, ó más ó menos pervertido? Tanto para responder á esta pregunta, como para dar una idea del libro que

ofrezco á los lectores, quiero consignar aquí las reflexiones que al respecto me han ocurrido.

Desde luego, si el hombre moderno busca lo extraordinario, narraciones que exciten la curiosidad ¿dónde encontrará un conjunto de hechos más maravillosos que los que forman la Vida de Jesús? Estos hechos, casi todos ignorados de la multitud, son de tal manera extraordinarios, que sobrepujan á los que pudiera inventar la más atrevida imaginación del novelista; tan conmovedores, que á veces no es posible leer sus detalles sin estremecerse de admiración ó de espanto. Y la impresión que se siente es tanto más fuerte, cuanto que no se trata de ficciones, de leyendas, de tradiciones dudosas, de revelaciones más ó menos auténticas, sino de hechos reales certificados por el mismo Dios.

En segundo lugar, para dar mayor atractivo á sus relatos, los escritores emplean lo que ellos mismos llaman el colorido local. La descripción de los lugares, el paisaje, desempeñan un papel muy importante en las novelas. Y ¿por qué al historiador de Jesús no le sería dado también pintar el país en que el Salvador quiso nacer, vivir y morir? ¿Qué región de la tierra fascina y conmueve tanto el alma como la que se llama Tierra Santa? Ante los ojos del lector enternecido, se presentarán sucesivamente Belén, Nazaret, Jerusalén, el Tabor y el Jordán; los valles y montañas de la Judea; el hermoso lago de Genezaret, las grutas, los caminos solitarios, las calles de Sión santificadas por los sudores, lágrimas y sangre de un Dios. Cada uno de estos sitios benditos atrae todavía, después de dos mil años, á millares de peregrinos que se sienten felices arrodillándose en aquellos mismos lugares que Jesús vió con sus ojos y holló con sus sagrados pies. Describiéndolos, el historiador duplicará el interés que inspira su narración.

En tercer lugar, para que un libro mantenga el interés vivo y palpitante, no bastan episodios, hechos aislados, por conmovedores que sean. Es necesario que una idea dominante los encadene para formar una acción principal, como un drama que se desarrolla desde la primera escena hasta su desenlace. Sin tener en vista esta necesidad, se ha presentado muchas veces la Vida de Jesús sacada de los cuatro evangelistas, como una aglomeración de hechos y dis-

cursos sin coherencia ni relación entre si. La tarea del historiador debe consistir en presentar á la vista del lector la causa única que dió origen á todos los hechos evangélicos y que tuvieron por desenlace la tragedia del Calvario.

Esta causa es la rebelión de los Judíos contra el Mesías, el Salvador esperado. Efectivamente, Jesús, el verdadero Mesías, el verdadero Salvador, se presenta para fundar un reino, el reino espiritual de las almas. Mas los orgullosos Judíos reclaman, no un rey espiritual, sino un rey temporal; no un salvador de almas, sino un libertador de su nación, un vencedor que les dé el imperio del mundo. De aquí surgieron el antagonismo más violento y luchas sin término. Jesús predica el reino de Dios: el pueblo lo aplaude frenético; pero los jefes del pueblo lo persiguen con furor. Jesús apoya su doctrina en milagros: los Judíos atribuyen estos milagros al poder del demonio. Prueba su divinidad: en lugar de responderle, los fariseos cogen piedras para lapidarlo. Descubre, delante de la multitud, su orgullo é hipocresía: el tribunal supremo decreta su muerte. Algunos días después Jesús resucita á Lázaro y entra triunfante en Jerusalén entre las aclamaciones de un pueblo que quiere hacerlo rey. Entonces, sin saber lo que hacen, los Judíos, obstinados en su ceguedad, lo levantan al trono que había venido á buscar, es decir, á la cruz donde llega á ser el rey de todos los pueblos y el Salvador del mundo. Al tercero día resucita y sube de nuevo á los cielos para subyugar desde allí, uno á uno, á los rebeldes de todos los siglos, Judíos, paganos, apóstatas, mientras llega el día supremo en que vendrá á juzgar juntamente á amigos y enemigos. Tal es el fondo de la sublime epopeya que encierra el Evangelio al cual se refieren todos los incidentes de la vida de Jesucristo.

Después de haber reunido los diversos elementos de interés que ofrece el asunto, sólo falta escoger la forma literaria que les comunique calor, movimiento y vida.

Creo que teniendo en cuenta la tendencia del público, la forma debe ser como la de los Evangelios, exclusivamente narrativa. Sin duda, para escribir la vida de Jesús se requiere ciencia; pero ésta, aunque difundida en todas partes, debe mantenerse discretamente oculta. El historiador, bajo

el pretexto de describir un lugar, no debe caer en la tentación de ostentar sus conocimientos geográficos ó arqueológicos; menos aún, de prodigar sin tasa ni medida reflexiones morales ó ascéticas. Las reflexiones brotarán por sí mismas y así tendrán mayor atractivo para el lector. Es necesario evitar toda controversia sobre las dificultades que ofrece el Evangelio, disipándolas por medio de una explicación hábilmente insinuada en el contexto. Los escritores sagrados proceden siempre por afirmación; el asunto exige, que se emplee el mismo método, á fin de no interrumpir la narración á cada instante, haciéndola menos solemne y majestuosa. Debemos agregar que, á ejemplo de los evangelistas, es preciso saber contener el entusiasmo y la indignación: ellos han referido las escenas más horrendas con una serenidad que hiela.

En cuanto al estilo propiamente dicho, el historiador del Cristo, debe asemejarlo lo más posible al estilo evangélico, guardando siempre esa sencillez majestuosa, única digna del personaje misterioso y divino que se quiere hacer conocer. Toda frase pretenciosa empequeñecería la gran figura del Salvador; así como cualquier atavío mundano rebajaría su carácter divino. Sin embargo, á la sencillez de la forma, debe unirse el tono moderado y solemne que excluye la vulgaridad y bajeza en los detalles, indignas del Dios cuya vida se relata.

Tales son las reflexiones que muchas veces se han presentado á mi espíritu al estudiar la posibilidad de hacer leer á todos los cristianos, aun á aquellas personas hastiadas con la lectura de novelas, la historia de Nuestro Señor Jesucristo. Y ahora, yo no puedo terminar este prefacio sin reconocer y hasta cierto punto justificar mi temeraria empresa.

Hace más de treinta años, cuando un miserable apóstata dió á la publicidad el innoble romance conocido con el nombre de *Vida de Jesús*, intenté escribir algunos opúsculos bíblicos en conformidad con los principios que acabo de exponer. Pero bien pronto comprendí que el retrato trazado en el papel distaba mucho del ideal soñado por la inteligencia. Las dificultades se multiplicaban al correr la pluma. La erudición no se ocultaba lo bastante y al estilo le faltaba la debida sencillez. El buen gusto reprobaba tal ó

cual detalle; las escenas parecían monótonas y los perfiles de Jesús demasiado humanos.

Era necesario borrar aquel bosquejo y pedir á Dios mejor inspiración.

Al fin, después de largos meses y de penosos trabajos, llegué á publicar con el nombre de *Narraciones bíblicas,* veinticinco opúsculos sobre el Antiguo y Nuevo Testamento que fueron acogidos con entusiasmo por sacerdotes y seglares, y leídos con interés por sabios é ignorantes, por niños y adultos. En algunos años se vendieron dos millones de volúmenes, es decir, ochenta mil ejemplares de la obra completa.

Este éxito inesperado y las numerosas aprobaciones episcopales con que fueron honrados esos simples ensayos, me decidieron en fin á acometer la empresa de escribir una historia completa del Salvador, y esta historia tan largo tiempo meditada, es la que ahora ofrezco á los miembros del clero, á los religiosos y religiosas, á las personas piadosas, á las familias cristianas y también á esas almas desgraciadas, de fe vacilante y de sentido moral más ó menos pervertido por la atmósfera de frivolidad y de indiferencia religiosa en que vivimos.

El sacerdote encontrará en este libro el texto completo de los cuatro Evangelios, la concordancia de los hechos, la solución de mil dificultades, todo esto en una narración que va rápidamente al fin. A él corresponde deducir las reflexiones dogmáticas y morales que crea más interesantes para el pueblo cristiano.

Los aspirantes al sacerdocio de los grandes y pequeños seminarios, se iniciarán por esta fácil lectura en los estudios que deberán hacer sobre los Evangelios. Los religiosos y religiosas sacarán de este libro un conocimiento profundo del Salvador, fuente inagotable de meditación.

Esta vida será igualmente preciosa para los hombres del mundo, pues la divinidad de Jesucristo brillará á sus ojos con todo su esplendor y ante los hechos, se desvanecerán las objeciones de la incredulidad como la nieve al contacto de un rayo de sol.

En fin, la ambición del autor sería ver esta obra convertida en el libro de las familias cristianas, en el que pa-

dres é hijos reunidos, leyeran todas las noches antes de las oraciones, un capítulo de la Vida de Jesús.

¡Oh! entonces, sí, la Francia volvería á ser presto la nación cristianísima y la hija muy amada de la Iglesia!

¡Oh Virgen María! vos que disteis á Jesús al mundo, hacedle despedir nuevos fulgores en medio de las tinieblas que lo ocultan á nuestros ojos. Y si este libro, que vuestro siervo depone humildemente á vuestros pies, es bastante imperfecto para hacerle conocer y amar, inspirad á algún hombre de genio el pensamiento de realizar esta obra importantísima, legando al siglo veinte la verdadera Vida de Jesucristo!





LIBRO PRIMERO.

El Niño-Dios.

CAPÍTULO I.

La Aparición.

HÉRODES, TIRANO DE ISRAEL. — EL SACERDOTE ZACARÍAS. — REVELACIONES DEL ÁNGEL GABRIEL. — NACIMIENTO DE JUAN BAUTISTA. — EL « BENEDICTUS ».

(Luc. I, 5-25-57-80.)



ERCA de treinta y cinco años habían transcurrido desde que Herodes el Idumeo tenía en sus manos ensangrentadas el cetro usurpado de Judá. Durante largo tiempo el pueblo de Dios había esperado que un vástago de sus príncipes lo libertara del yugo extranjero; pero, para quitarle toda posibilidad de una restauración nacional, el tirano no temió derramar hasta la última gota de la sangre de los Macabeos. Se esforzó aún por hacer olvidar á los Judíos la religión de sus padres, introduciendo en Jerusalén los usos y costumbres de la Roma pagana. En la tierra santa de Jehová se levantaron teatros impuros, circos

en que se degollaban entre sí los gladiadores y hasta templos consagrados al emperador Augusto, única divinidad respetada por Herodes.

Sin embargo, fuera de los herodianos, vinculados en absoluto á la fortuna é ideas de su amo, el pueblo permanecía fiel á Dios. Para lisonjearle, el tirano hizo reconstruir con sin igual magnificencia el templo de Jerusalén. Mas, no por eso aquel mismo pueblo dejaba de llorar los escándalos que afligían á la ciudad santa; evocaba con dolor las glorias del pasado; maldecía al impío extranjero causa de tantas desventuras y suplicaba á Jehová que enviase pronto al Libertador anunciado por los profetas. Por lo demás, los doctores explicaban en las sinagogas que el Mesías no podía tardar en aparecer, porque de las setenta semanas de años que, según Daniel, debían preceder á su advenimiento, sesenta y cuatro habían transcurrido ya. Y desde Dan hasta Bersabé, los verdaderos Israelitas repetían sin cesar los antiguos cánticos de sus antepasados:

« Cielos, dejad caer vuestro rocío y que la tierra produzca en fin á su Salvador ».

Un acontecimiento singular vino pronto á confirmar estas predicciones. A pocas leguas de Jerusalén, vivía entonces un anciano sacerdote de Jehová llamado Zacarías. Pertenecía á la clase sacerdotal de Abía, una de las veinticuatro que desempeñaban por turno las funciones sagradas. Su esposa, de la familia de Aarón como él, se llamaba Isabel. Ambos, justos delante de Dios, observaban la ley con escrupulosa fidelidad. Su vida, igualmente irreprensible ante los hombres, transcurría tranquila en medio de las montañas de Judá, tan ricas en tiernos y gratos recuerdos. Y sin embargo, un profundo pesar torturaba su alma: no obstante sus reiteradas y ardientes súplicas, su hogar estaba todavía desierto. Muy avanzados en edad para esperar que Dios escuchara sus votos, aceptaban sin poder consolarse esta dura prueba reputada como un oprobio en Israel.

Cada año, en diferentes épocas, Zacarías se dirigía á la ciudad santa para desempeñar en el templo las funciones de su ministerio. Pues bien, en el año treinta y cinco del reinado de Herodes, en el mes de septiembre, estando de turno Zacarías, los representantes de las veinticuatro fami-

lias sacerdotales sortearon, según costumbre, el oficio particular que cada uno debía desempeñar. La suerte señaló al anciano sacerdote para el más honorífico de los cargos que consistía en quemar incienso en el altar de los perfumes. Una tarde, al ponerse el sol, la trompeta sagrada resonó en toda la ciudad para llamar á los habitantes al templo. Revestido con los ornamentos sagrados y acompañado de sacerdotes y levitas, Zacarías se dirigió al santuario y avanzó hasta el altar de los perfumes. Allí, uno de los asistentes le presentó carbones encendidos que él colocó en un incensario de oro en medio del altar; tomó luego los perfumes, cuantos podía contener en la mano y esparciólos sobre el fuego. En este momento solemne, retirados los sacerdotes y levitas, Zacarías retrocedió algunos pasos, según el rito acostumbrado y se prosternó delante de Jehová, mientras la nube de odoríferos perfumes subía al cielo (1).

Entonces, solo á los pies del Eterno, el venerable sacerdote trajo á la memoria las calamidades que pesaban sobre su pueblo y haciéndose intérprete de los Judíos fieles, recitó lleno de emoción las palabras del rito sagrado: « Dios de Israel, salva á tu pueblo y danos el Libertador prometido á nuestros padres ». Afuera, los levitas cantaban los salmos vespertinos y la multitud reunida en el atrio hacía subir hasta Dios el incienso de su oración. De repente, Zacarías levanta la cabeza y ve á la derecha del altar un ángel radiante de gloria. Hacía ya largo tiempo que Dios no enviaba mensajeros celestiales á los hijos de Judá; sobrecogióse de terror el anciano sacerdote ante una aparición tan inesperada. Mas el ángel lo tranquilizó diciéndole: « No temas, vengo á anunciarte que tu oración ha sido oída ».

Zacarías escuchaba sin comprender, pero el ángel le reveló el objeto de su misión en estos términos: « Tu esposa Isabel te dará un hijo á quien pondrás por nombre Juan. Este será para ti el hijo de la dicha y su nacimiento llevará la alegría á muchos corazones. Grande delante del Eterno, no beberá vino ni bebida alguna fermentada; lleno del Espí-

(1) Se pueden leer estos ritos sagrados en Dehaut, « El Evangelio explicado, » I. 156.

ritu divino desde el seno de su madre, restablecerá la concordia entre padres é hijos, é infundiendo en los incrédulos la fe de los justos, preparará al Señor un pueblo perfecto. Animado del espíritu y de la virtud de Elías, precederá á Aquel que ha de venir».

El ángel calló. Profundamente conmovido el santo sacerdote, se resistía á dar crédito á sus oidos. ¡El Libertador va á aparecer y será el hijo de Zacarías quien le preparará los caminos! El ángel de Dios lo afirma y lo afirma empleando las mismas palabras de que se sirvió el profeta Malaquías (1) cinco siglos antes, para anunciar al precursor del Mesías. Pero ¿cómo podrán cumplirse estas promesas? La duda invadió súbitamente el alma de Zacarías y no pudo dejar de manifestárselo al ángel: « Soy anciano, le dice, y mi esposa se halla también en la decrepitud ¿cuál será la señal para conocer la verdad de vuestras predicciones? » « Debes saber, replicó el ángel, que yo soy Gabriel, uno de los siete Espíritus que asisten ante el trono del Eterno. Jehová me ha enviado á revelarte sus secretos; pero como tú no has creído sencillamente en mi palabra, enmudecerás y no podrás articular una palabra hasta que mi profecía tenga cumplimiento».

Al mismo instante desapareció la visión y Zacarías quedó solo delante del altar.

Entre tanto, el pueblo estaba profundamente extrañado de que el sacerdote tardase tanto en salir del santuario; pues no debía permanecer allí sino el tiempo indispensable para tributar á Jehová los homenajes debidos á su magestad. Esta extrañeza comenzaba ya á convertirse en verdadera inquietud, cuando Zacarías apareció en el umbral del templo. Su rostro y su mirada expresaban á la vez espanto y gozo. Levantó la mano para bendecir al pueblo prosternado en su presencia; pero sin que sus labios pronunciasen la fórmula de costumbre. La bendición del anciano descendió silenciosa sobre la multitud y Zacarías se retiró, esforzándose, por medio de ademanes, para hacer comprender á todos que, á causa de una visión misteriosa, había perdido el uso de la palabra.

---

(1) Malaquías IX, 7.

La predicción del ángel se realizó á la letra. Zacarías después de terminar su ministerio regresó á su apacible hogar, é Isabel concibió según la promesa del celeste mensajero. Disimulando su inmensa alegría, permaneció oculta en su casa durante cinco meses y en su soledad daba sin cesar gracias á Dios por haberse dignado librarla del oprobio que pesaba sobre ella. Cuando llegó su tiempo, dió á luz un hijo según las predicciones del ángel. Este acontecimiento llenó de júbilo á toda la comarca y parientes, amigos y vecinos acudieron presurosos á felicitar á la dichosa madre tan particularmente favorecida por la misericordia del Altísimo.

El octavo día después del nacimiento, el niño debía ser circuncidado. Los padres y deudos concurrieron á la ceremonia para imponer el nombre al recién nacido como lo prescribía la ley. De común acuerdo la familia decidió que se le llamase Zacarías como su padre, á fin de perpetuar la memoria del santo anciano; pero Isabel, sabedora de la voluntad de Dios, se opuso formalmente y á las reiteradas instancias de los parientes respondió sin vacilar: « Nó, Juan será su nombre ».

Sorprendidos y descontentos con esta elección que parecía injustificable, los parientes le hicieron notar que ningún miembro de la familia llevaba tal nombre. Mas, como Isabel persistiera, convinieron en consultar al padre del niño.

El anciano todavía mudo desde la visión del templo, pidió su tablilla y con la punta del estilete grabó sobre la cera estas palabras: « Juan es su nombre ».

Esta decisión tan perentoria como inesperada, produjo en los asistentes un verdadero asombro, cuando de súbito una escena aun más asombrosa, atrajo vivamente su atención. No bien hubo escrito Zacarías el nombre de su hijo, el Espíritu de Dios se apoderó de él, desató su lengua encadenada desde nueve meses y los hijos de Israel oyeron resonar los acentos inspirados de un nuevo profeta. Levantadas las manos al cielo y abrasado el corazón en el fuego divino, el santo anciano exclamó:

« Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, que se ha dignado visitar á su pueblo y operar su redención.

« El suscitará un poderoso Libertador en la casa de David, su hijo de predilección, á fin de arrancarnos de las

manos de nuestros enemigos y de todos aquellos que nos aborrecen, según la promesa renovada de siglo en siglo por sus profetas.

« Se ha acordado de la alianza pactada, de la promesa hecha á Abraham nuestro padre, de darse á nosotros para que, libres de todo temor y servidumbre, marchemos por los caminos de la justicia y santidad todos los días de nuestra vida ».

Hasta aquí, en el transporte del reconocimiento, el sacerdote de Jehová no había pensado más que en el Salvador cuya venida anunciaba, cuando de repente, deteniendo sus miradas en el recién nacido, un rayo de luz divina le descubrió su misión sublime y con voz temblorosa por la emoción, profetizó en estos términos:

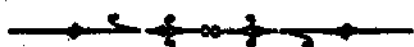
« Y tú, niño, serás llamado el profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para prepararle sus caminos.

« Tú anunciarás á los hombres la ciencia de los santos y el perdón de los pecados que Dios hará brotar de las entrañas de su misericordia.

« Ya veo al divino sol que desciende de las alturas para iluminar á los que están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, y dirigir nuestros pasos por los senderos de la paz ».

El anciano cesó de hablar. Un religioso pavor apoderóse de todos los que presenciaron esta escena y volvieron á su casa meditando sobre lo que habían visto y oído. Bien pronto la noticia de estas maravillas se esparció en las comarcas vecinas y los pastores de las montañas se preguntaban unos á otros: ¿Qué pensáis de este niño, y qué será de él más tarde? En cuanto al niño misterioso, la mano de Dios lo conducía visiblemente. A medida que crecía en edad, se veían aumentar en él los dones del cielo.

Apenas dejaron de serle necesarios los cuidados maternales, desapareció de en medio de los hombres y se retiró á las soledades del desierto. Allí vivió oculto á los ojos del mundo, conocido sólo de Dios, hasta el día en que plugo al divino Espíritu que fuera conocido por los hijos de Israel.



CAPÍTULO II.

La Virgen Madre.

LA VIRGEN MARÍA. — SUS PADRES. — SU CONCEPCIÓN INMACULADA. SU VIDA EN EL TEMPLO. — SU DESPOSORIO. — LA ANUNCIACIÓN. LA ENCARNACIÓN. *(Lucas I, 26-38.)*



En aquel tiempo vivía en Nazaret, pequeña aldea de Galilea, una joven doncella de la tribu de Judá, pariente cercana de Isabel y Zacarías. Su nombre era María.

Todo lo que de ella se sabía era que bajo un exterior sencillo y modesto, ocultaba un nacimiento ilustre. Por su padre Joaquín, pertenecía á la estirpe real de David y por Ana su madre, á la familia sacerdotal de Aarón. Desde la caída de la antigua dinastía, sus antepasados, despojados de su rango y de sus bienes, y perseguidos como pretendientes peligrosos por los nuevos señores de la Judea, habían buscado el reposo en la oscuridad. Desconocidos del suspicaz Herodes, Ana y Joaquín, ocultos en el fondo de un valle solitario, vivían tranquilos con el producto de sus ganados, bastante ricos por otra parte, á pesar de su decadencia, para socorrer á los indigentes y ofrecer abundantes víctimas en el altar de Jehová.

Con todo, sus días transcurrían en la tristeza, porque el cielo rehusaba bendecir su unión. Como la madre de Samuel, cuyo hermoso nombre llevaba, Ana pedía al Señor que hiciera cesar su esterilidad y Joaquín unía sus súplicas á las de su esposa desolada; pero Dios parecía complacerse en ejercitar su paciencia. Y sin embargo, á causa de su eminente virtud, Dios los había escogido para la ejecución del más admirable de sus designios. Cuando los dos esposos habían perdido ya toda esperanza, dióles una hija que debía ser siempre gloria suya y honor de su nación.

En sus decretos eternos, Dios había colocado á esta

criatura bendita sobre toda criatura; sobre los reyes y reinas que en la serie de los siglos representarían su poder; sobre los santos en quienes resplandecerían con más brillo sus perfecciones infinitas; sobre los nueve coros angélicos que rodean su trono. Eva en el paraíso era á sus ojos menos pura, Ester menos amable, Judit menos fuerte é intrépida.

Al crearla, obró en ella un milagro con que no favoreció á ninguno de los hijos de Adán. Aunque descendiente de una raza manchada en su principio, preservóla del pecado original. El torrente devastador que arrastra en sus olas á todo hombre que viene á este mundo, se detuvo en el momento de su concepción y por vez primera desde el naufragio del género humano, los ángeles vieron en la tierra una criatura inmaculada, ante la cual exclamaron en transportes de admiración: « ¿Quién es esa mujer, bella como la luna, radiante como el sol?»

Ana y Joaquín recibieron con gozo á aquella hija privilegiada de Dios cuyo glorioso nacimiento debían celebrar á porfía los ángeles y los hombres. Aunque no conocían el inmenso valor del tesoro confiado á sus cuidados, pronto observaron que la celestial niña no se asemejaba á ninguna otra de la tierra. Antes de poder articular una palabra, la razón presidía ya á todos sus actos; y hasta en sus movimientos más instintivos, jamás obedecía á las pasiones cuyo germen infecta todos los corazones. Maravillados de los dones que Dios había prodigado á aquel ángel terrestre, Ana y Joaquín prometieron consagrar su infancia al servicio particular del templo.

En efecto, apenas cumplió tres años, lleváronla á la ciudad santa para presentarla al Señor. La niña subió gozosamente las gradas del templo, feliz de encerrarse en la casa del Dios á quien únicamente amaba su corazón. Allí retirada en las habitaciones interiores inmediatas al Santuario, rodeada de sus piadosas compañeras, vió transcurrir rápidamente los bellos días de su infancia. Sus ocupaciones consistían en meditar los libros sagrados, preparar los ornamentos destinados al culto divino y cantar las alabanzas de Jehová. Muchas veces con el rostro vuelto al Santo de los Santos, modulaba los inspirados cánticos de David

su ilustre progenitor y con un corazón más abrasado que el del santo rey, repetía aquellas palabras de amor: « ¡Señor, cuán amables son vuestros tabernáculos! Un solo día pasado en vuestra casa, vale más que mil en las tiendas de los pecadores».

A la hora de los sacrificios, cuando el sacerdote inmolaba la víctima en el altar de los holocaustos, ella suplicaba á Jehová que aceptase por la salvación del pueblo aquella sangre expiatoria y enviase por fin al Mesías prometido á sus padres. Su único deseo era verle con sus ojos y venerar á la mujer bendita que debía darlo á luz. A diferencia de las hijas de Israel que ambicionaban el honor de ser madre del Libertador, ella se juzgaba indigna de tan insigne privilegio. Un día, impulsada por el Espíritu de Dios, renunció á él por un voto solemne y olvidando que vivía en un cuerpo de carne, levantóse á la altura del ángel del cielo prometiendo al Señor no tener otro esposo que El.

Cuando llegaron los días de la adolescencia, la joven virgen hubo de dejar el templo para volver á su casa de Nazaret. Sus padres habían ya bajado á la tumba y la pobre huérfana se encontró sola sin guarda y sin apoyo á la edad de catorce años. Los miembros de su parentela, entre los cuales se contaban Isabel y Zacarías, le propusieron desposarse con un hombre de su familia como lo prescribía la ley. En su calidad de única heredera, debía tomar por esposo á su pariente más próximo á fin de conservar el patrimonio de sus antepasados.

Abandonándose enteramente á la divina inspiración que la impulsaba á tomar este partido, consintió, á pesar de su voto, en el matrimonio propuesto.

El esposo de la joven Virgen se llamaba José. De la estirpe de David como María, descendía directamente de los reyes de Judá por la rama salomónica. Aunque por una serie no interrumpida de antepasados llegaba hasta Abraham, la nobleza de su carácter excedía en él á la dignidad de su origen. Justo y temeroso de Dios, y á la vez pobre y oscuro como María, ejercía en Nazaret el humilde oficio de carpintero y ganaba la vida con el sudor de su frente. Conocedor del voto que había hecho su esposa y entrando

en los divinos designios, se constituyó en custodio de su virginidad.

El Señor sólo esperaba esta unión angelical, para realizar el proyecto cuya ejecución preparaba desde hacía cuarenta siglos. Una tarde, la Virgen de Nazaret arrodillada en su humilde estancia, derramaba su alma delante de Dios con más fervor que nunca, cuando de repente, una luz celestial la circunda y la saca de su recogimiento. Vuelve la cabeza y ve á un ángel en pie á corta distancia suya. Era el grave embajador de Dios, el arcángel Gabriel, el mismo que quinientos años antes había revelado á Daniel el tiempo de la llegada del Mesías y que acababa de anunciar á Zacarías el nacimiento de su Precursor. Inclinóse profundamente delante de la Virgen y con la humildad de un vasallo en presencia de su reina, saludóla con estas palabras: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres».

María reconoció en el acto á un espíritu celeste y por lo mismo no experimentó temor alguno; pero aquellas alabanzas que no parecían poder dirigirse á un ser mortal, la llenaron de profunda turbación. En su actitud humilde, en el rubor de su frente, el ángel comprendió el sentimiento que la agitaba y agregó con dulzura, llamándola esta vez con su propio nombre: «No temas, María; has encontrado gracia delante de Dios. Hé aquí que El me ha encargado anunciarte que concebirás y darás á luz un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús. Este será grande y se le llamará el hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de su padre David, reinará en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin».

Ya no había lugar á duda: el Mesías esperado desde cuatro mil años iba á aparecer, y ese Mesías libertador, verdadero Hijo de Dios, sería también hijo de María. Abrumada bajo el peso de tal dignidad, la Virgen quedó por un momento sobrecogida de espanto; luego pensando en su voto de virginidad que á toda costa quería guardar, hizo al arcángel esta pregunta: «¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?» — «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, respondió el mensajero celeste y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el Santo que de ti nacerá

será llamado el Hijo de Dios. Has de saber que Isabel tu prima, ha concebido también un hijo en su vejez y hace ya seis meses que la mujer llamada estéril se ha vuelto fecunda; porque para Dios nada hay imposible ».

María no necesitaba de este ejemplo para creer que los más grandes prodigios son como juegos para el poder divino. Sabiendo, pues, que por la intervención de este poder, llegaría á ser madre sin dejar de ser virgen, anonadóse delante de Dios y exclamó: « Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra ».

Después de haber obtenido este perfecto consentimiento, desapareció el ángel y el Hijo del Eterno, descendiendo de la mansión celeste, se encarnó en el seno virginal de la mujer inmaculada. En este momento las milicias angélicas saludaron al Rey de Reyes y al Señor de Señores: al Hombre-Dios; como hombre, hijo de David, de Abraham y de Adán, formado de la purísima sangre de la Virgen María; como Dios, engendrado desde la eternidad, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero.

Este es el misterio adorable que extasió á los ángeles y á Dios mismo en aquella noche mil veces bendita, el misterio del Verbo encarnado. La campana despertará en los hijos de los hombres el recuerdo de esta noche inolvidable; por la mañana, cuando la naturaleza despierta iluminada con los primeros fulgores del día; al medio día, cuando el obrero interrumpe un istante su trabajo; y por la tarde, cuando el sol en su ocaso convida á todos al reposo. Y cuando sus vibraciones sonoras repitan á través de los campos y ciudades, valles y montañas: « El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, » toda rodilla se doblará, toda frente se inclinará delante del Hombre-Dios y de todo pecho humano se escapará ese grito de amor en honor de la Virgen Madre: « Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres ».

CAPÍTULO III.

La Visitación.

VIAJE Á HEBRÓN. — LA CASA DE ZACARÍAS — ENCUENTRO DE MARÍA É ISABEL. — SANTIFICACIÓN DE JUAN. — EXCLAMACIÓN DE ISABEL. — EL « MAGNIFICAT ». *(Luc. I, 39-56, Mat. I, 18-25.)*



En los días que siguieron á la Encarnación del Verbo, María continuaba abismada en el pensamiento de que Dios se había dignado poner sus ojos en la pobre huérfana de Nazaret para hacerla madre de su Hijo. Y aquello no era un sueño: las palabras del ángel resonaban todavía en sus oídos y, por otra parte, el nuevo ardor que abrasaba su corazón, revelaba ciertamente la presencia del Dios de amor.

Mientras más ahondaba su espíritu en estos pensamientos, más se derramaba su alma en efusiones de reconocimiento para con Aquel que la había elevado, á pesar de su indignidad, á tan encumbrado honor. Una sola cosa le faltaba: un confidente que pudiera ser depositario de su secreto y asociarse á su dicha. Pero este secreto debía sepultarlo en lo más hondo de su alma, hasta que á Dios pluguiera descubrirlo. Sólo el autor del gran misterio podía comunicar á los espíritus luz bastante para penetrarlo.

El Señor inspiró á María el pensamiento de ir á visitar á su prima Isabel, cuyas inesperadas alegrías el ángel le había hecho conocer. ¿No era justo en aquella circunstancia prodigarle piadosos cuidados, compartir con ella sus gozos y ayudarla á dar gracias al Señor? Era necesario emprender un viaje de treinta leguas á través de las montañas y desiertos de Judá; pero la caridad no conoce dificultades ni fatigas y el Dios que moraba en ella la impelía irresistiblemente á ponerse en camino.

Numerosas caravanas se dirigían entonces á Jerusalén con ocasión de las fiestas de la Pascua. María se agregó á los peregrinos, atravesó á toda prisa las colinas de Efraín, sa-

ludó de paso la ciudad santa y, salvando escarpadas montañas, llegó después de cinco días de camino, á la antigua ciudad de Hebrón (1).

Todo era calma y silencio en la casa del anciano sacerdote. Desde su visión en el templo, meditaba, mudo y solitario, en los grandes destinos del niño que Isabel llevaba en su seno. Esta, entregada del todo á su alegría, sólo se ocupaba en alabar al Dios que se había compadecido de su oprobio y amarguras. Nada le hacía presumir la visita de su joven prima, cuando de improviso, se presentó María en el umbral de su casa, dirigiéndole el saludo de costumbre: « Que el Señor sea contigo ».

Al oir esta mística salutación, Isabel, profundamente emocionada, sintió que su hijo saltaba en su seno á impulsos de una viva alegría. Al mismo tiempo su espíritu, iluminado por luz del cielo, comprendió claramente la causa de aquella conmoción milagrosa: el niño acababa de ser santificado en el seno de su madre como el ángel lo había predicho á Zacarías. Purificado de la mancha original, colmado de gracias, dotado del uso de razón, Juan, saludaba desde su prisión á su Salvador invisible y cumpliendo ya su misión de precursor, lo daba á conocer á su madre.

Inspirada por el Espíritu Santo, Isabel no viendo ya en su prima á una mujer ordinaria, sino á una criatura más excelsa que los ángeles del cielo, exclamó llena de inmenso regocijo: « Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre ». Grito de entusiasmo y de amor, que todos los corazones fieles repetirán hasta el fin de los siglos en honor de la Virgen Madre y luego agregó: ¿De dónde á mí esta felicidad de que la madre de mi Dios se digne visitarme? ¡Oh María! al solo eco de tu voz el niño que llevo en mi seno ha saltado de alegría. « Bienaventurada eres porque has creído en la palabra de Dios, pues se cumplirá todo lo que se te ha anunciado ».

Entretanto, estupefacta en presencia de tales maravi-

(1) San Lucas (I.39) dice vagamente que la Virgen se dirigió á una ciudad de Judá, *in civitatem Juda*. Creemos con gran número de autores que se trata de la ciudad sacerdotal de Hebrón, bien que otros, según una tradición de la edad media, colocan la casa de Zacarías en la pequeña aldea de *Ainkavim*, como á dos leguas de Jerusalén.

llas, la Virgen de Nazaret guardaba silencio; pero al oir las alabanzas proféticas de Isabel, su corazón, como un vaso que se desborda, no pudo contener sus sentimientos. Su alma, elevándose hasta Dios único digno de alabanza y trasportada al cielo, respondió á las felicitaciones de su prima con este himno sublime en honor del Eterno:

« Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu rebosa de alegría en Dios mi Salvador ».

« Porque se ha dignado poner sus ojos en la humildad de su sierva; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones ».

« El ha hecho en mí grandes cosas; y su nombre es santo por todos los siglos. »

« El es quien de generación en generación, derrama su misericordia sobre los que le temen; quien, ostentando la fuerza de su brazo, derribó á los soberbios y confundió el orgullo de sus pensamientos. »

« Precipitó de sus tronos á los poderosos, para hacer subir á ellos á los humildes y pequeños; sació á los hambrientos y despidió en ayunas á los opulentos de este mundo ».

En su éxtasis, la Virgen inspirada, veía pasar delante de sus ojos á los Faraones, los Holofernes, los Nabucodonosor, los Antíocos, á todos los opresores de Israel que desaparecieron como sombras al soplo de Jehová. Contemplaba al pequeño pueblo de Dios siempre abatido, pero siempre sostenido por la mano omnipotente de su Señor.

Luego, á la visión del pasado, sucedió la visión del porvenir. Deteniendo su vista profética sobre su patria esclavizada y sobre las naciones subyugadas por el espíritu de las tinieblas, recordó que llevaba en su seno al Redentor de Israel y del mundo: « Jehová, exclamó, se ha acordado de sus misericordias: levantará á Israel su siervo, como lo ha prometido á Abraham y á su posteridad en todos los siglos ».

Así cantó la Virgen de Nazaret anunciando á la tierra la venida del Redentor divino. Así debieron cantar los ángeles cuando por vez primera contemplaron la majestad del Altísimo. Así cantaron Adán y Eva bajo las sombras del paraíso, admirando las magnificencias de la tierra y de los

cielos. Así, reproduciendo este inspirado himno de amcr, canta en la tierra toda alma rescatada cuando, al declinar el día, trae á la memoria las grandezas y misericordias de Jesús, Hijo de María.

La humilde Virgen permaneció tres meses en casa de su prima, tiempo que transcurrió veloz ocupado en dulces y santos coloquios. Pero llegó, al fin, la hora de la separación; Isabel y Zacarías lamentaron la partida de aquella que llevaba en su seno al Dios de su corazón. María lloraba también, porque un triste presentimiento le anunciaba que después de aquellos tres meses de cielo, comenzarían para ella los días de prueba.

En efecto, su vuelta á Nazaret fué para ella ocasión de angustias mortales. Desde la primera entrevista con su esposa, José no pudo dejar de notar en María señales inequívocas de su futura maternidad.

Ignorando el misterio de la Encarnación, no sabía qué pensar y qué partido debería tomar. No obstante las apariencias, se resistía á creer á María culpable de un crimen. La más pura de las vírgenes no podía caer súbitamente desde las alturas del cielo á un abismo de fango; pero ¿cómo explicar su situación?

María leía en el rostro de su esposo las crueles perplejidades que torturaban su alma; sufría al verle sufrir, pero su frente sonservó siempre angelical serenidad y ningún signo de inquietud alteró el candor de su fisonomía. Ya que ninguna palabra humana podía calmar las legítimas ansiedades de su esposo, esperó en silencio que Dios pusiera término á aquella prueba.

Con el corazón despedazado, José tomó por fin la resolución que le pareció más conforme con la justicia. Su perfecta sumisión á la ley, no le permitía continuar viviendo con María antes de la explicación del misterio; su no menos perfecta caridad, le impedía igualmente denunciar ante la autoridad judicial á una mujer que, á pesar de todo, persistía en creer inocente. Resolvió, pues, abandonarla discretamente y sin ruido. Largo tiempo luchó consigo mismo antes de ejecutar este designio: ¡era tán duro para él abandonar á una huérfana, á una pariente, á una esposa que en él miraba á su único protector! Mas, al fin, sin dejar

traslucir su resolución, una noche hizo los aprestos de viaje y se entregó al sueño después de haber ofrecido á Dios su sacrificio.

Mientras dormía, apareciósele un ángel del cielo y con una palabra disipó todas sus inquietudes. José, hijo de David, le dijo, no temas guardar contigo á María tu esposa, pues el fruto que lleva en su seno es obra del Espíritu Santo. Ella dará á luz un Hijo á quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará á su pueblo de sus pecados ».

Después de aquella revelación celestial, despertóse José completamente transfigurado. Por una súbita iluminación, el Espíritu le había hecho comprender que se realizaba en María la profecía de Isaías: « Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo que será llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros ».

Al mismo tiempo que se descubría á sus ojos el augusto secreto de la Encarnación, el santo patriarca comprendió la misión providencial que Dios le confiaba con respecto al Niño y á la Madre. Jesús y María necesitaban un guardián y protector en la tierra. A José tocaba velar por estos dos seres queridos y seguirlos á todas partes como la sombra protectora del Padre que está en los cielos.

Libre ya de sus congojas, el santo se apresuró á dar cumplimiento á las órdenes del Cielo. A las tribulaciones de los últimos días, sucedieron el gozo y la paz. Los dos esposos departieron con abandono y confianza sobre la obra divina á la cual ambos servían de instrumento. José supo por María la visita del arcángel Gabriel, asi como los prodigios obrados en Hebrón. Creciendo en amor á medida que meditaban las bondades de Dios para con ellos, los dos santos esposos adoraban al Salvador en su estrecha prisión y ansiaban ver llegar el venturoso día en que pudieran tenerle en sus brazos y estrecharle contra su corazón.

CAPÍTULO IV.

La gruta de Belén.

PROFECÍA DE MIQUEAS. — EL EMPERADOR AUGUSTO. — EL CENSO DE CYRINO. — JOSÉ Y MARÍA EN BELÉN. — EL ESTABLO. — NACIMIENTO DEL NIÑO-DIOS. — LOS ÁNGELES Y LOS PASTORES. « GLORIA IN EXCELSIS ». *(Luc. II, 1-21.)*



MIENTRAS aguardaba el nacimiento del divino Niño, María recorría en su memoria los textos sagrados relativos al advenimiento del Mesías. Iniciada en el conocimiento de las Escrituras, no ignoraba la célebre profecía de Miqueas: «Belén Efrata, tú eres muy pequeña entre las numerosas ciudades de Judá, y sin embargo de tu seno saldrá el dominador de Israel, El que existe desde el principio y cuya generación remonta hasta la eternidad ». (1). Según estas textuales palabras, los doctores afirmaban unánimemente que el Cristo nacería en Belén como David su abuelo.

Pero ¿cómo se cumpliría esta predicción, ya que María, domiciliada en Nazaret, no tenía motivo alguno para trasladarse á Belén? Un hombre fué, sin saberlo, el instrumento elegido por la Providencia para resolver esta dificultad; y á fin de manifestar al mundo que los potentados de la tierra no son más que meros ejecutores de sus eternos decretos, Dios quiso que este hombre fuera el mismo Emperador.

Augusto reinaba entonces en el Oriente y en el Occidente. Naciones antes tan orgullosas de su independencia como Italia, España, Africa, Grecia, la Galia, Gran Bretaña, Asia Menor, transformadas en simples provincias del imperio, soportaban la ley del vencedor. Durante largo tiempo, esforzáronse estos pueblos por sacudir el yugo; pero, ni el Africano protegido por el mar, ni el Germano oculto tras

(1) Miqueas V, 2.

el baluarte de sus impenetrables bosques, ni el Bretón perdido en el Océano, pudieron resistir á las legiones de la invencible Roma. Todos depusieron sus armas y el emperador en señal de paz universal, hizo cerrar el templo de Jano. (1). Considerado como un dios, se le elevaron templos, se le discernieron apoteosis y se le llamó «la salud del genero humano». (2). En la época en que debía nacer el verdadero Salvador del mundo, quiso el gran Emperador conocer con exactitud la extensión de sus dominios y el número de sus súbditos. Con este fin, un edicto imperial mandó hacer un censo general de la población, tanto en los reinos tributarios como en los pueblos incorporados al imperio.

La Judea debía también cumplir este edicto, porque el reino de Herodes, simple feudo revocable á voluntad, dependía del gobierno de Syria. En diciembre de 749, (3), Cyrino, que gobernaba juntamente con Sextio Saturnino, llegó á Palestina para presidir las operaciones del empadronamiento. Dióse orden á los jefes de familia, á mujeres y niños, de inscribir en los registros públicos su nombre, edad, familia, tribu, estado de fortuna y otros detalles que debían servir de base al impuesto de capitación. Además de esto, cada uno debía inscribirse, no en el lugar de su domicilio, sino en la ciudad de donde era originaria su familia, porque allí se conservaban los títulos genealógicos que establecían, con el orden de descendencia, el derecho de propiedad y de herencia.

Esta última prescripción obligó á José y María, ambos de la tribu de Judá y de la familia de David, á trasladarse de Nazaret á Belén, lugar del nacimiento de David su progenitor.

Al atravesar las montañas de Judea, María, próxima ya á ser madre, admiraba cómo Dios mismo la conducía

(1) Este templo, uno de los más célebres de Roma, cerrado en tiempo de paz, permanecía abierto en tiempo de guerra. Suetonio hace notar *(in Aug. 2)* que, desde la fundación de Roma hasta Augusto, no estuvo cerrado sino dos veces.

(2) En las monedas acuñadas con la efigie de Augusto, se leía esta inscripción: *Salus generis humani* (Suet. *in Aug.)*.

(3) El edicto con fecha del año 746, tuvo su aplicación en Judea tres años más tarde.

al lugar en que debía nacer el Mesías, y cómo un edicto imperial ponía en movimiento á todos los pueblos del universo, á fin de que la profecía hecha siete siglos antes por un Vidente de Israel, tuviera exacto cumplimiento.

Los dos viajeros llegaron á Belén agobiados por las fatigas, después de veintidos leguas de camino. Los últimos rayos del sol iluminaban la ciudad de David, sentada como una reina en la cima de una colina circundada de risueños olivares y viñedos. Era Belén la *casa del pan*, la ciudad de ricas mieses; Efrata, la *fértil*, lugar de abundantes pastos. En aquellas alturas vivía la bella Noemí cuando el hambre la obligó á desterrarse al país de Moab; en los campos vecinos, Rut la Moabita, recogía las espigas olvidadas por los segadores de Booz; en aquellos valles solitarios, David, niño aún, apacentaba sus rebaños cuando el profeta envió á buscarlo para consagrarlo rey de Israel. Hollando aquel suelo bendito, los santos viajeros evocaban los piadosos recuerdos de su nación, ó más bien, de su familia. Desde las casas de la ciudad, desde las montañas y los valles salían voces que les hablaban de sus antepasados y sobre todo del gran rey cuyos últimos vástagos eran ellos.

Pero en aquella época ¿quién conocía á la Virgen de Nazaret y á José el carpintero? Al entrar en la ciudad, encontráronse como perdidos en medio de los extranjeros llegados de todos los puntos del reino para hacerse inscribir. En vano golpearon á todas las puertas en demanda de un asilo en que pasar la noche; ninguna se abrió para recibirlos. Llenos de parientes y amigos, los Belenitas rehusaron hospedar á esos desconocidos que además tenían las apariencias de gente pobre y humilde. José y María se dirigieron entonces á la posada pública en que de ordinario se detenían las caravanas; pero allí mismo encontraron tan gran número de viajeros y bestias de carga, que les fué imposible instalarse.

Rechazados de todas partes, los dos santos viajeros salieron de la ciudad por la puerta de Hebrón. Apenas habían dado algunos pasos en esta dirección, cuando divisaron una sombría caverna abierta en los flancos de una roca. El Espíritu de Dios les inspiró el pensamiento de detenerse allí. Penetrando en aquel triste recinto, reconocieron

que era un establo en que se refugiaban los pastores y los rebaños. Allí había paja y un pesebre para los animales, y la hija de David, después de largo y penoso viaje, reclinóse sobre una gran piedra.

Pronto el bullicio cesó: un silencio solemne reinó en la ciudad entregada al reposo. Sola en aquella gruta abandonada, María velaba y derramaba su corazón delante del Eterno. De repente, hacia la media noche, el Verbo encarnado sale milagrosamente del seno de su madre y aparece ante sus ojos atónitos como un rayo de sol que deslumbra. María lo adora como á su Dios, tómalo en sus brazos, envuélvelo en pobres pañales y lo estrecha á su corazón de madre; y luego, ocupando el pesebre en que los animales tomaban su alimento, lo recostó sobre un poco de paja.

Y desde aquel establo que le servía de abrigo, desde aquel pesebre convertido en su cuna y desde aquella paja que lastimaba sus delicados miembros, el Niño decía á su Padre celestial: « Vos no habéis querido sangre de animales, me habéis dado esta carne formada por vuestras manos; héme aquí, pues, Dios mío, pronto á inmolarme á vuestra voluntad ». (1). De esta manera el Redentor ofrecía á la majestad divina las primicias de sus sufrimientos y humillaciones. Arrodillados á su lado José y María, con los ojos anegados en lágrimas, se unían á su oblación.

En aquella noche misteriosa, algunos pastores guardaban sus rebaños en un valle vecino al establo en que había nacido el Hijo de Dios.

Como los pastores de los primeros tiempos Abraham, Isaac y Jacob, complacíanse en meditar los divinos oráculos. Muchas veces con los ojos fijos en el cielo, habían suplicado á Jehová que enviara por fin al Libertador cuyo próximo advenimiento anunciaban los sabios de Israel. El Señor se dignó recompensar la fé de aquellos humildes pastores. Iluminando la oscura noche que cubría montañas y valles, una claridad divina se esparció súbitamente al rededor de ellos y un ángel del cielo apareció ante sus ojos deslumbrados. A la vista de aquel espectáculo, sintiéronse poseídos de temor, pero el ángel los tranquilizó diciéndoles:

---

(1) *Ad Hebr*. X, 9.

No temáis, vengo á anunciaros un gran gozo para vosotros y para todo el pueblo. Hoy día, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador; es el Cristo, es el Señor que esperáis. Hé aquí la señal con que le reconoceréis: hallaréis un niño pequeño envuelto en pañales y recostado en el pesebre de un establo».

Cuando el ángel hubo pronunciado estas palabras, multitud de espíritus celestes se unieron á él y juntos alabaron al Señor. «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, exclamaron y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad». Luego, las voces se apagaron, desaparecieron los ángeles y se extinguieron las celestes claridades.

Solos de nuevo los pastores y asombrados por lo que acababan de ver y de oir, dijéronse los unos á los otros:

«Vamos á Belén á ver con nuestros ojos el gran prodigio que los ángeles nos han anunciado», y dirigiéndose á toda prisa hacia el establo, encontraron allí, efectivamente, á José y María, y al Niño recostado en el pesebre. Al verlo, reconocieron en él al Salvador y, prosternados á sus pies, dieron gracias á Dios por haberles llamado á adorarle.

Los pastores dejaron la gruta glorificando al Señor por las maravillas verificadas ante sus ojos. Bien pronto publicaron, con gran sorpresa de sus compatriotas, lo que habían visto y oído; y el eco de las montañas repitió en todo Judá las palabras evangélicas: «Gloria á Dios, paz en la tierra». Y desde entonces, cuando cada año llega aquella noche, entre todas venturosa, los discípulos del Cristo entonan de nuevo y con amor, el himno de los ángeles: «*Gloria in excelsis*». Entretanto María, testigo atento de los hechos maravillosos con que el Señor manifestaba al mundo la divinidad del Niño, grababa fielmente en su corazón tan dulces y tiernos recuerdos.

Así apareció en medio de sus súbditos el Cristo-Rey, cuatro años antes de terminar el cuarto milenario, el año 749 de la fundación de Roma; cuadragésimo del reinado de Augusto y treinta y seis del gobierno de Herodes rey de Judea. ¡Cuán lejos estaría de imaginarse el Emperador que aquel día, primero de la nueva era, sus oficiales inscribirían en los registros del empadronamiento un nombre

más grande que el suyo; que un niño nacido en un establo fundaría un reino más extenso que su dilatado imperio; y que en fin, la humanidad, sustraída á la tiranía de los Césares, contaría sus fastos gloriosos, no ya desde la fundación de Roma, sino desde la Natividad del Cristo Redentor!

CAPÍTULO V.

La Presentación en el templo.

LA CIRCUNCISIÓN. — EL NOMBRE DE JESÚS. — PRESCRIPCIONES LEGALES — MARÍA EN EL TEMPLO. — PROFECÍA DE AGEO. — EL SANTO ANCIANO SIMEÓN. — « NUNC DIMITTIS ». — GRAVE PREDICCIÓN. — ANA, LA PROFETISA. — PURIFICACIÓN Y PRESENTACIÓN. *(Luc. II, 21-38.)*

Al octavo día después de su nacimiento, el Niño fué circuncidado en la gruta de Belén. José pronunció las palabras del rito sagrado: « Alabado sea nuestro Dios que ha impreso su ley en nuestra carne y marcado á sus hijos con el signo de la alianza para hacerlos partícipes de las bendiciones de Abraham nuestro padre ». (1).

El hijo de María llegaba á ser de esta manera hijo de Abraham, el hijo de la promesa, el hombre misterioso á quien Jehová, para consolar al santo patriarca, glorificaba con estas palabras: « Yo te daré un hijo en quien serán bendecidas todas las naciones de la tierra ».

El día de la circuncisión los padres acostumbraban imponer un nombre al recién nacido. El niño del pesebre fué llamado Jesús, es decir, *Salvador*. Nombre mil veces bendito que el ángel había traído del cielo para significar la

---

(1) Ver el *Rational* de Durand (edición Vives) III. 429.

misión del Verbo encarnado; nombre dulce á nuestros labios como la miel, á nuestros oídos como un cántico armonioso, á nuestro corazón como un gusto anticipado del Paraíso; (1) nombre sobre todo nombre, ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos (2).

Después de esta ceremonia, José y María se establecieron en una humilde casa de Belén, creyendo que el Mesías debía residir en aquella ciudad de David designada por los profetas como su cuna y á donde una circunstancia providencial lo había conducido. Desde allí, el cuadragésimo día después del nacimiento de Jesús se dirigieron á Jerusalén para cumplir otras prescripciones legales.

Dios había dicho á Moisés: « La mujer que ha dado á luz un hijo, se abstendrá de asistir al templo durante cuarenta días. El día cuadragésimo, presentará al sacrificador un cordero de un año y una tortolilla en ofrenda por el pecado. Si no pudiera procurarse un cordero, ofrecerá dos tortolillas. El sacrificador rogará por ella y con esto, quedará purificada (3).— « Además, me serán consagrados los primogénitos. Los rescataréis al precio de cinco siclos de plata. Si vuestros hijos os interrogaren sobre este rescate, les responderéis que Jehová os sacó de Egipto inmolando todos los primogénitos de los Egipcios y que en recuerdo de esta libertad, le consagráis los primogénitos de vuestros hijos » (4).

Esta doble ley obligaba á todas las madres excepto á la Virgen Madre; y á todos los primogénitos excepto al Niño-Dios. Evidentemente, la que concibió del Espíritu Santo y dió á luz al Santo de los Santos, no tenía mancha alguna de que purificarse; así como el que nació para rescatar al mundo, no tenía necesidad de rescatarse á sí propio; pero quiso Dios dejar en la oscuridad de la vida común á los dos privilegiados de su corazón, para dar á la tierra una lección sublime de obediencia y humildad.

En el día fijado por la ley, la divina familia se encaminó á la ciudad santa. María llevaba al Niño en sus brazos; seguíalos José con la humilde ofrenda que debía presentar

(1) San Bernardo. Off. S. Nom. Jesu.
(2) Ad Philipp. II. 9-10.
(3) Levit. XII.
(4) Exod. XIII.

la pobre madre. Después de algunas horas de marcha, entraron en Jerusalén. Los príncipes de los sacerdotes, pontífices y doctores, ni sospecharían acaso que pasaba delante de sus ojos aquel mismo Mesías cuyos gloriosos destinos tantas veces habían predicado al pueblo. Habrían respondido con una sonrisa de desprecio á quien les hubiera mostrado en ese niño al Libertador de Israel.

María se dirigió al templo, dichoso abrigo de sus primeros años. Al subir con Jesús por las gradas del majestuoso edificio, acordábase involuntariamente de la predicción del profeta Ageo. Quinientos años antes, los restos de las tribus cautivas vueltos de Babilonia, reedificaban la ciudad y el templo, y los ancianos no podían contener sus lágrimas al recordar las magnificencias desaparecidas para siempre. « No lloréis, exclamó entonces el profeta; esperad un poco y el Deseado de las naciones llenará de esplendor esta casa. La gloria del nuevo templo eclipsará la del primero ». (1) La predicción se cumplía en aquel día en que la presencia del Cristo glorificaba y santificaba la casa de Dios; pero, como en el pesebre, dejaba á los sabios sumidos en las tinieblas y sólo se revelaba á los humildes.

Había entonces en Jerusalén un venerable anciano llamado Simeón. Fiel á Dios y confiado en sus promesas, no sólo aguardaba al consolador de Israel, sino que una esperanza aun más dulce llenaba su corazón de una santa alegría. El Espíritu divino por secretas inspiraciones le había anunciado que no moriría antes de ver con sus ojos al Mesías de Jehová.

En aquel día, conducido por el espíritu de Dios, el santo anciano llegó al templo. Cuando José y María penetraron en el sagrado recinto, Simeón divisó al niño en los brazos de su madre. Su mirada se detuvo fijamente en Jesús, sus ojos se humedecieron en lágrimas y su alma, súbitamente iluminada, descubrió al Hijo de Dios bajo los velos de su humanidad. Al punto, arrebatado en un santo transporte, toma al niño en sus brazos, lo estrecha sobre su corazón y con voz trémula de emoción, le dice: « ¡Bendito seas, Señor! Has cumplido tu palabra; ahora puedo morir en paz,

(1) Agg. II. 8-10.

pues mis ojos han visto al Salvador, á Aquel que habéis enviado á todas las naciones, luz de los pueblos, gloria de Israel ».

Así habló el hombre de Dios. José y María oían llenos de admiración aquel himno de alabanza en honor del divino Niño, cuando ven que la frente del anciano palidece, como si un doloroso pensamiento turbase su espíritu. Bendijo á los dos santos esposos y luego dijo á la madre: « Este niño ha venido para ruina y resurrección de muchos en Israel. Será blanco de contradicción entre los hombres y con ocasión de su venida, los pensamientos ocultos en el fondo de los corazones quedarán patentes como en pleno día. En cuanto á vos ¡oh madre! una espada de dolor atravesará vuestra alma ». Con esas palabras el profeta anunciaba la oposición de los Judíos al reino del Mesías y hacía entrever el Gólgota. María comprendió el martirio que la esperaba y sin turbarse respondió como en otra ocasión al ángel: « Que se cumpla en su sierva la voluntad de Dios ».

En este momento solemne llegó al templo un nuevo testigo que Dios enviaba para reconocer y glorificar al divino Niño. Era Ana, la profetisa, la hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Viuda, después de siete años de matrimonio, aquella mujer venerable entonces de edad de ochenta años, llevaba una vida santa. Pasaba sus días en la casa de Dios, maceraba su cuerpo con ayunos continuos y día y noche elevaba sus súplicas ante el altar del Señor. Como el anciano Simeón, reconoció en el Niño al Mesías prometido á su pueblo y transportada de gozo, estalló en acciones de gracias y dió testimonio de Jesús delante de todos los que esperaban la redención de Israel.

Después de estas manifestaciones gloriosas al par que sombrías, María se acercó al atrio de los Judíos. Un sacrificador recibió las dos tortolillas, oblación de la pobre madre y recitó en su presencia las oraciones del sagrado rito. El sacerdote la introdujo entonces en el recinto interior para la ceremonia de la presentación. Juntamente con José, María puso el niño en manos del Ministro de Jehová y después de pagar los cinco siclos de rescate, lo recibió nuevamente en sus brazos. En aquel momento, en vez de recobrar la libertad que le aseguraban las formalidades legales, el Niño-

Dios se sometía voluntariamente á la esclavitud y consagrándose del todo á la gloria de su Padre, se ofrecía como víctima por la salvación de la humanidad. María y José, movidos por el mismo amor, ofrecían á Dios como obra suya el tesoro depositado en sus manos.

Cumplidas las prescripciones de la ley, los santos esposos volvieron á tomar el camino de Belén.

CAPÍTULO VI.

Los reyes de Oriente.

LOS TRES MAGOS. - LA ESTRELLA MISTERIOSA. - EL VIAJE. - LLEGADA Á JERUSALÉN. - PÁNICO DE HERODES. - REUNIÓN DEL GRAN CONSEJO. - EN CAMINO HACIA BELÉN. - ADORACIÓN DE LOS MAGOS. *(Matth. II, 1-12.)*



MIENTRAS que Jesús salía de Jerusalén ignorado de todos, con excepción de un anciano y de una pobre viuda, Dios preparaba un acontecimiento que obligaría á los doctores, al Sanhedrín y al mismo rey Herodes á fijar su atención en el recién nacido.

Más alla de las fronteras de Israel, bajo el hermoso cielo de Oriente, existían pueblos que esperaban también un Salvador. Persas, Arabes y Caldeos, alimentaban esta misma esperanza. Cuando los Hebreos desterrados lloraban en las márgenes del Eufrates, los sabios del país los interrogaban acerca de sus destinos, hojeaban con ellos los libros proféticos y se iniciaban en los secretos del porvenir. Sabían que la venida del Mesías de Israel sería anunciada por un signo celeste, porque un profeta, hablando de él, había dicho: «Yo lo veo, pero no existe aún. Lo contemplo, aunque todavía está lejos. Una estrella brillará sobre Jacob y un cetro se levantará en Israel». Habituados á leer en los fenó-

menos celestes el presagio de los grandes acontecimientos, los sabios grabaron en su memoria el recuerdo de esta predicción.

Un día, tres jefes de tribu, mirando el firmamento, observaban con atención las estrellas que conocían por sus nombres, como conoce el hortelano las plantas que riega cada mañana. De improviso ¡oh prodigio! notaron un astro nuevo de magnitud extraordinaria y brillo maravilloso. Al mismo tiempo, una voz interior les hizo comprender que aquella estrella anunciaba el nacimiento del gran rey esperado por los Judíos.

Pero esto no era todo: una fuerza extraña, sobrehumana, les impelía irresistiblemente á ponerse en busca de aquella Majestad divina. A todas las dificultades, la voz interior respondía que la brillante estrella les guiaría en todos los caminos que hubieran de recorrer.

Fieles al celestial atractivo, los tres magos, (así se les llamaba) se decidieron á emprender un viaje cuyo término ignoraban.

Acompañados de sus servidores y provistos de ricos presentes, se pusieron en marcha con los ojos fijos en la estrella misteriosa. Por largo tiempo la caravana siguió el derrotero de Abraham al emigrar de la Caldea; por muchos días las ágiles cabalgaduras removieron la arena del desierto; la estrella marchaba siempre. En fin, llegaron á las orillas del Jordán y luego al monte de los Olivos frente á Jerusalén.

A la vista de la gran ciudad y del famoso templo que ostentaba ante sus ojos la masa imponente de sus muros y torres, los Magos se detuvieron creyendo que aquella era la ciudad del gran rey. Al mismo tiempo la estrella desapareció, lo cual les indujo á creer que habían llegado al término de su peregrinación. Apresuráronse, pues, á entrar en la ciudad santa y preguntaron con toda ingenuidad á sus habitantes: «¿Dónde está el rey de los Judíos que acaba de nacer?»

Con gran asombro respondieron los interrogados que, Herodes rey de los Judíos, tenía el cetro en sus manos hacía ya treinta y seis años y que no tenían noticia de que hubiese nacido un nuevo príncipe. « Sin embargo, exclamaron los tres viajeros, hemos visto en Oriente la estrella del

nuevo rey y hemos venido á adorarle». Más y más sorprendidos, los Judíos se miraban unos á otros y comentando las extrañas palabras de aquellos extranjeros, se preguntaban con emoción si el rey anunciado por la estrella misteriosa no sería el Mesías esperado por Israel.

El mismo viejo Herodes, sabedor de las preguntas hechas por los magos comenzó á temblar en su palacio. ¿Un rey recién nacido? ¿Acaso el usurpador habría olvidado algún vástago de los Macabeos? ¿O bien, el Mesías en quien los Judíos fundaban sus esperanzas de restauración nacional, había realmente aparecido? Devorado por la inquietud, el tirano reunió con presteza el gran Consejo compuesto de los príncipes de los sacerdotes y doctores de la Ley.

Según vuestros profetas, les dijo ¿dónde debe nacer el Cristo que esperáis? — «En Belén de Judá», repondieron unánimemente. Y citaron como prueba la profecía de Miqueas.

Feliz al saber donde podía encontrar á su odiado rival, si por acaso existía, Herodes despidió á sus consejeros; pero para completar sus informaciones, quiso interrogar él mismo á los tres viajeros sobre las malhadadas preguntas que causaban su turbación. Disimulando la importancia que daba á este incidente, los hizo venir secretamente á su palacio, se informó por ellos de la significación de la estrella, del momento preciso de su aparición y de todas las circunstancias que podían revelarle la edad del niño; luego, fingiendo tomar parte en sus piadosas intenciones les dijo: «Id á Belén, allí le encontraréis. Buscadle con cuidado, y cuando le hayáis encontrado, hacédmelo saber, para ir yo también á adorarlo».

Desde este momento, un nuevo homicidio quedó resuelto en el corazón de Herodes; con todo, temeroso de exasperar á los Judíos, que confiaban en que el Mesías rompería sus cadenas, resolvió hacerlo desaparecer sin ruido. De esta manera había hecho ahogar á su cuñado Aristóbulo pocos años antes, vistiéndose de pomposo luto para ocultar su crimen á los ojos de la nación.

Los magos no podían penetrar los pensamientos de Herodes. Llenos de confianza en sus palabras, tomaron sin vacilar la ruta de Belén, felicitándose de esta determinación, pues apenas salieron de Jerusalén, volvieron á ver á su guía

milagroso, que marchaba delante de ellos como en los desiertos del Oriente, encaminándolos á la ciudad de David.

Los piadosos extranjeros avanzaban en santo recogimiento, cuando de repente la estrella se detiene. Inmóvil en el cielo, proyectaba sus rayos sobre un punto fijo y parecía decir: Allí está el que buscáis. Mas no vieron ni templo, ni palacio, ni tienda real, sino una choza (1) semejante á las demás. Entraron sin embargo y se encontraron en presencia de una mujer que tenía á un niño recién nacido en sus brazos y de un hombre que contemplaba en silencio á aquellas dos celestiales criaturas.

Apenas fijaron su mirada en la santa Familia, un sentimiento del todo divino penetró en el alma de los tres viajeros. Parecióles que la humilde casa brillaba con un resplandor tan dulce y vivo á la vez, que se creyeron transportados al cielo. Al mismo tiempo, la voz interior que les había impelido á este viaje, les manifestó que bajo los pobres pañales que cubrían al niño, se ocultaba el Hijo de Dios hecho hombre. Con los ojos humedecidos en lágrimas se prosternaron á sus pies y le adoraron. Reyes de las tribus del Oriente, declaráronse vasallos del gran Rey y le ofrecieron el homenaje de sus coronas. Y cuando sus servidores hu-

---

(1) Según la tradición popular, los magos adoraron al Niño-Jesús en el establo de Belén diez días sólamente después de su nacimiento. Graves dificultades nos inclinan á creer con muchos intérpretes, que la visita de los magos no se verificó sino después de la Presentación y en una casa de Belén.

Desde luego ¿cómo conciliar la tradición con el texto de San Mateo que muestra á los magos entrando, no en un establo, sino en una casa: *et intrantes domum.... adoraverunt eum?*

Además, se comprende que la santa Familia haya pasado por necesidad algunos días en el establo de Belén; pero no se ve claro por qué San José la hubiera dejado allí semanas enteras.

En fin, si se admite que los magos han conferenciado con Herodes sobre el nuevo rey de los Judíos un mes antes de la Presentación, se seguiría que, engañado por ellos, el asesino habría diferido durante un mes, á pesar de su cólera y de sus sospechas, la matanza de los inocentes. Se seguiría también que José y María, no obstante el furor de Herodes, *iratus est valde*, habrían llevado el Niño á Jerusalén y al Templo, es decir, á las manos del tirano, en lugar de ocultarlo á la vista de todos. El capítulo siguiente mostrará mejor aún, que la huída á Egipto y la matanza de los Inocentes han seguido inmediatamente á la partida de los magos.

bieron descargado á las bestias de las valiosas ofrendas que conducían, ofrecieron oro á su Rey, incienso á su Dios y mirra al Redentor que venía á dar su vida por la salvación del mundo.

Así se cumplían de la manera más inesperada las palabras del profeta: «Levántate Jerusalén; la gloria del Señor ha brillado sobre ti. Las naciones marchan á tu luz y los reyes al resplandor de tu sol. Te verás inundada de camellos y dromedarios de Madián y de Efa. Vendrán de Sabá trayendo el oro y el incienso y cantando las alabanzas del Señor. Desde aquel día, Jehová no será sólo el Dios de Israel; traerá á los pies de su Hijo á los Judíos y á los gentiles, á los pastores de Belén y á los reyes del Oriente».

Embriagados de divinos consuelos, los magos hubieran querido prolongar su permanencia cerca del divino Niño; pero, avisados por el cielo, se alejaron rápidamente de Belén. Dios les reveló en sueños los proyectos homicidas de Herodes y como ellos habían prometido al tirano darle cuenta de lo que supiesen referente al nuevo rey de los Judíos, dióseles la órden de no volver á Jerusalén, sino regresar á su país por distinto camino. Dóciles á la voz del Señor, tomaron por el sur el camino de la Arabia, salvaron en pocas horas los confines de la Judea y continuaron su viaje costeando las extremidades del desierto. Mensajeros de Dios, no cesaban de referir, á su paso, lo que habían visto y oído; de manera que en Oriente como en las montañas de Judá se esparció la buena nueva: «El Cristo esperado desde tantos siglos, ha nacido en Belén.»



CAPÍTULO VII.

Huida á Egipto.

PROYECTOS HOMICIDAS DE HERODES. - VIAJE DE LA SANTA FAMILIA Á EGIPTO. - MATANZA DE LOS INOCENTES. - RESIDENCIA DEL NIÑO EN HELIÓPOLIS. - TRISTE FIN DE HERODES. - REGRESO DE LOS DESTERRADOS. *(Matth. II, 13-23.)*



HERODES esperaba con impaciencia la vuelta de los reyes del Oriente, á fin de saber si habían encontrado en Belén al rey indicado por la estrella. No viéndolos llegar, hizo prolijas investigaciones y supo que, después de corta permanencia en aquella ciudad, habían desaparecido. A esta noticia que trastornaba todos sus planes, el tirano montó en violenta cólera y juró que ese recién nacido llamado ya rey de los Judíos, no le arrebataría la corona. Habiendo vivido siempre sin Dios, el impío no se imaginaba que el Rey del cielo pudiera desbaratar los designios de los potentados de la tierra.

Mas, hé ahí que en estos mismos momentos, un ángel del cielo aparecía á José durante el sueño y le decía: «Levántate, toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto en donde permanecerás hasta que yo te indique el día de la vuelta, porque Herodes busca al Niño para quitarle la vida.»

Cumplido su mensaje, el ángel se retiró sin dar á José tiempo para dirigirle ninguna pregunta. El santo patriarca, obedeciendo sin discutir las órdenes del Señor, levantóse inmediatamente, hizo con gran prisa los preparativos del viaje y, abandonándose á la divina Providencia, se puso en marcha con el Niño y la Madre. Sentada sobre la mansa cabalgadura que la había traído de Nazaret á Belén, la Virgen María llevaba al hijo en sus brazos. Su alma se llenaba á cada instante de tristes pensamientos, pero una mirada á Jesús, bastaba para devolverle la serenidad y la calma. José, silencioso y recogido, velaba por esos dos seres

queridos confiados á su guarda y rogaba á los ángeles de Dios que dirigiesen sus pasos por los caminos difíciles y peligrosos que iban á recorrer.

Por lo demás, los recuerdos que cada ciudad, cada lugar traían á su memoria, infundían confianza á los pobres desterrados.

Después de dos horas de marcha, divisaron al oriente de Belén la ciudad de Tecua, donde David su padre encontró un abrigo contra los furores de Saúl. Al frente, sus miradas se dilataban en el valle que vió caer al ejército de Senaquerib bajo la espada del Angel exterminador.

Un poco más lejos, en la cúspide de una colina, se eleva la ciudad de Ramah á cuyos pies la santa Familia llegó en su primera jornada. Después de tres leguas recorridas rápidamente por senderos escarpados y pedregosos, era necesario el descanso para recuperar las perdidas fuerzas. (1)

De Ramah, los santos viajeros se encaminaron hacia el poniente. A corta distancia, desviándose un poco hacia el Sur, habrían llegado á la colina de Hebrón; pero temiendo ser espiados por los soldados de Herodes, contentáronse con saludar de lejos á Isabel y Zacarías sus queridos parientes, á los restos venerados de Abraham y á aquel valle de Mambré lleno todavía de las comunicaciones de Dios con los hijos de los hombres.

En Tzirrah, donde pasaron la noche, las montañas de Judá se inclinan en suave pendiente hacia el mar grande, desde donde se divisa la risueña llanura de los Filisteos. Aquí también todo les hablaba de sus antepasados, muchas veces errantes y fugitivos como ellos. A su derecha, en Gaza, Sansón se sepulta bajo las ruinas del templo con sus ídolos y adoradores. A su izquierda, el valle de Bersabé les recuerda á Abraham huyendo del hambre y al anciano Jacob dirigiéndose al Egipto llamado por su hijo José. Los divinos proscriptos llegaron por fin á Lebhem en la frontera

---

(1) No tenemos ninguna razón para apartarnos del itinerario trazado por los antiguos historiadores. Las estaciones de la santa Familia están perfectamente en relación con la distancia geográfica; y los monumentos todavía existentes confirman la tradición. No necesitamos advertir á nuestros lectores que los Evangelistas guardan completo silencio acerca de todas estas particularidades del viaje á Egipto.

de la Judea y del Egipto. Habían recorrido treinta leguas en algunos días y en los momentos en que salían de los dominios de Herodes, el perseguidor con el intento de hacer morir al Niño, cometía un crimen tan bárbaro como inútil.

Aterrorizado, el anciano rey veía en todas partes enemigos. Los Judíos aborrecían en él al asesino de sus reyes; su hijo Antipáter acababa de atentar contra su vida y Dios le hacía ya sentir los primeros síntomas de la horrible enfermedad que lo condujo al sepulcro; y para colmo, se le amenaza con proclamar á un niño rey de los Judíos. En un acceso de cólera, llama á sus guardias fieles, Tracios, Escitas, Galos, habituados á ejecuciones sangrientas y les ordena degollar en Belén y sus contornos á todos los niños menores de dos años. Ateniéndose á las informaciones de los magos, estaba seguro de que Jesús caería en aquella matanza.

Los asesinos se lanzan á toda prisa á la ciudad de David; invaden los hogares arrancando de sus cunas ó de los brazos de sus madres á los tiernos niños y los degüellan sin piedad. En vano las madres enloquecidas lanzaban gritos de terror; en vano quieren huir; la espada descarga sus golpes por todas partes y siega las inocentes víctimas. Como en los tiempos de Jeremías, desde las alturas de Ramá resonaban lamentaciones y gritos de desesperación. Desde su tumba, Raquel se unía á aquellas madres inconsolables para llorar, no ya por hijos esclavos, sino sobre sangrientos cadáveres.

¡Pobres madres! enjugad vuestras lágrimas: vuestros hijos no existen ya; pero han derramado su sangre por el Niño-Dios! Hasta el fin de los siglos millones de voces cantarán su gloria: ¡Salud, dirán aquellas voces, salud, flores de los mártires, á quienes el perseguidor ha segado en la aurora de la vida, como la tempestad arrebata las flores al nacer. Primicias de la inmolación redentora, tierno rebaño de víctimas, vuestras almas inocentes juguetean al pie del altar entre palmas y coronas»! (1).

Mientras Herodes se entregaba á aquella horrible carnicería, el Niño que él quería sacrificar reposaba tranquilo en Egipto, dormido en los brazos de su madre. Al salir María

---

(1) Hymn. SS. Innoc.

y José de la Judea, penetraron en el inmenso desierto que los Israelitas habían atravesado dirigidos por Moisés. Allí en aquellas llanuras arenosas, sus padres habían vagado durante cuarenta años, comido el maná del cielo, bebido el agua de las rocas y recibido la ley de Jehová al pie del monte Sinaí cuya cima dejaba ver el lejano horizonte. Confiados en el Dios que sacó á los hebreos del desierto, los santos desterrados se aventuraron en aquellas soledades desconocidas. Después de un nuevo viaje de cerca de treinta leguas á lo largo del gran mar, llegaron á Faramah aquel lugar en que José fué á recibir al anciano Jacob. Remontando entonces el curso del Nilo, el río bendito de los Egipcios, atravesaron la hermosa llanura de Tanís, testigo de los numerosos prodigios realizados por Moisés para gloria del verdadero Dios. Sus pies hollaban la tierra ilustrada por los patriarcas, sobre todo por aquel niño salvado de las aguas, libertador de su pueblo y figura viva del Mesías. Siguieron su camino hasta la noble ciudad de Heliópolis donde aguardaron las órdenes de Dios.

El Egipto, vasto templo de ídolos, servía de centro de reunión á todos los espíritus del abismo. Allí se adoraba á dioses de figura humana, á los astros, á los animales y hasta á las legumbres de los huertos. Heliópolis, la ciudad santa, con su templo del sol, sus colegios de sacerdotes y sabios, formaba como el centro del culto idolátrico. Y sin embargo, en el seno de aquella ciudad enteramente pagana, fué donde Dios había preparado una nueva patria á la santa Familia. Los Judíos desterrados después de la destrucción de Jerusalén y más tarde los proscritos de Antíoco, se habían refugiado en gran número en Heliópolis. A fin de tener un recuerdo de la madre-patria y del culto de sus antepasados, construyeron allí un templo á Jehová que casi igualaba en magnificencia al de Jerusalén. José y María se encontraron, pues, con compatriotas, la mayor parte hijos de fugitivos y desterrados como ellos. En medio de aquella colonia de judíos, trabajaron para ganar el pan de cada día, viviendo como en Belén desconocidos y pobres. Una miserable gruta (1) les servía de asilo; pero Jesús habitaba allí con

(1) Los peregrinos visitan aún hoy la gruta de Heliópolis.

ellos y su corazón superabundaba en gozo en medio de las tribulaciones.

Herodes, al contrario, pasaba días aciagos en su palacio de oro de Sión. Poco tiempo después de la matanza de Belén, la venganza divina estalló sobre el asesino y le hizo sentir como un preludio de los eternos tormentos. Un fuego interior le consumía penetrándole hasta la médula de los huesos; ningún alimento podía saciar el hambre que le devoraba, úlceras malignas le roían las entrañas; su cuerpo todo, presa viva de los gusanos, exhalaba el olor fétido de un cadáver en putrefacción. Bajo la tensión de sus nervios horriblemente contraídos y de sus miembros hinchados por la hidropesía, lanzaba aullidos de dolor que hacían decir á sus familiares: «La mano de Dios pesa sobre este hombre en castigo de sus crímenes».

Como último recurso, sus médicos le hicieron trasladarse á las aguas de Callirhoe, cerca de Jericó. Se le sumergió en un baño de aceite y betún, en el que al instante se cerraron sus ojos y su cuerpo pareció disolverse. Creyéndole muerto, los judíos dieron un grito de júbilo. Para castigarlos, hizo aprisionar á los miembros de las principales familias. «Tan pronto como haya muerto, dijo á su digna hermana Salomé, hacedlos matar á todos; así estaré seguro de que la Judea llorará el día de mi muerte.» En un arranque de desesperación, intentó atravesarse el corazón con un puñal é hizo degollar en la prisión á su hijo Antipáter acusado de haber querido asesinarle.

Cinco días después, murió este cruel tirano(1) cargado con las maldiciones del pueblo y con la eterna reprobación de Dios.

Mientras tanto, la santa Familia vivía en paz en Heliópolis donde pasó todavía largos meses comiendo el pan del destierro, con los ojos puestos en el camino de la patria y aguardando la orden de regreso. Una noche, el ángel del Señor apareció de nuevo á José durante el sueño:

---

(1) Herodes murió el año de Roma 750, el 25 de marzo, cerca de un mes después de la matanza de los Inocentes. Los detalles que damos sobre su enfermedad y su muerte, han sido tomados del historiador Josefo (Antiquit. XVI y XVII).

«Levántate, le dijo, toma al Niño y á la Madre y vuelve al país de Israel, pues han muerto ya los que atentaban contra la vida del Niño.»

José obedece al punto y los desterrados vuelven á tomar el camino que habían seguido bordeando la ribera del mar. Llegados á las fronteras de la Judea, José iba á dirigirse á Belén; pero los acontecimientos sobrevenidos en el país lo pusieron en gran perplejidad. Supo que Arquelao, hijo y sucesor de Herodes, no se mostraba menos cruel ni menos hostil á los Judíos que el feroz Idumeo. Cincuenta de los principales jefes de la Judea acababan de trasladarse á Roma para suplicar al emperador que no les impusiera el odioso yugo de Arquelao. «Herodes, le dijeron, era una fiera más bien que un hombre. Esperábamos que su hijo fuera más humano; pero lejos de corresponder á nuestra esperanza, acaba de hacer pasar á cuchillo á tres mil de los nuestros en el recinto sagrado del templo.» En consecuencia, los diputados pedían la anulación del testamento de Herodes y la anexión de la Judea al imperio.

Esta situación hacía imposible para José la entrada en Belén. Apenas habían pasado ocho años desde la desaparición de la santa Familia y fácilmente podía llegar su vuelta á conocimiento del príncipe cruel cuya caída reclamaban los Judíos, suscitándose de esta manera nuevos peligros para el Niño. El santo patriarca revolvía en su mente estos pensamientos, cuando recibió en sueños el aviso de volver directamente á Nazaret. Por temor de Arquelao, emprendió camino hacia Galilea por la vía marítima de Gaza, Ascalón, Jope y Cesárea. (1) Los tres santos personajes llegaron á Nazaret después de un viaje de ciento veinticinco leguas.

De esta manera se cumplían las palabras que el Señor aplicaba á Israel: «He llamado á mi hijo del Egipto.» (2). Israel no era más que la figura de Jesús, su Hijo muy amado. Para libertar á los Israelitas del yugo de los Egipcios, abrióles un camino á través del Mar Rojo; para salvar á su Hijo desterrado en las mismas riberas del Nilo, derriba

---

(1) Monumentos muy antiguos recuerdan las estaciones de la santa Familia á su vuelta del Egipto.

(2) Ose. XI. 1.

á sus pies á un tirano sanguinario y por un camino trazado por El mismo, trae al Niño al país de sus antepasados, no á Belén donde había nacido, sino á Nazaret, á fin de que se verificase aquella otra predicción: «Será llamado Nazareno» (1). Así realiza Dios sus designios sobre el mundo, á pesar de la sabiduría de los falsos sabios y la fuerza bruta de los malvados.

CAPÍTULO VIII.

Nazaret.

JESÚS EN JERUSALÉN. — EN MEDIO DE LOS DOCTORES. — LA VIDA OCULTA. — EL REINO DE DIOS. — OBEDIENCIA DE JESÚS. — SU POBREZA. — LA SANTA CASA. — VIDA DE TRABAJO Y DE ORACIÓN. — RETRATO DE JESÚS. — MUERTE DE SAN JOSÉ. — MIRADA AL PORVENIR. — *(Luc. II, 40-52.)*

SITUADA en el corazón de la Galilea, Nazaret contaba apenas con tres mil babitantes, casi todos artesanos ó agricultores. En esta humilde aldea fué donde Jesús pasó los días de su infancia y adolescencia, y donde sus compatriotas le vieron crecer en sabiduría y en gracia; y aunque en su exterior era semejante á los demás niños, sus precoces virtudes revelaban ya en él un alma privilegiada.

A la edad de doce años, el adolescente debía observar las prescripciones de la ley. José y María condujeron á Jesús á Jerusalén con ocasión de la fiesta de la Pascua. Ya no tenían que temer á Arquelao, desterrado entonces de la

---

(1) Isa. XI, 1. La palabra hebrea de donde viene el nombre de Nazaret, significa *flor*. Según el texto de Isaías y otros semejantes, Jesús puede ser llamado á la vez Nazareno y *flor de Israel*.

Judea y relegado por el emperador á un rincón de las Galias. Juntáronse á las numerosas caravanas que se dirigían á la ciudad santa y por primera vez Jesús pudo asistir á los sacrificios, contemplar las víctimas sobre el altar y oir á los doctores explicar al pueblo los textos sagrados.

Terminadas las solemnidades, las caravanas se pusieron de nuevo en marcha, los caminos se cubrieron de largas procesiones y el eco de las montañas repetía los cánticos de los peregrinos que regresaban á sus hogares. José y María llegaron á la caída de la noche cerca de Betel, primer punto en que se hacía alto en el camino de Jerusalén á Nazaret. Buscaron al Niño entre los jóvenes de su edad; pero, después de recorrer todos los grupos y de preguntar por él acá y allá, la respuesta era siempre negativa. Llenos de angustia, volvieron por el camino que habían recorrido y atravesaron de nuevo las puertas de la ciudad santa. Durante tres días exploraron las calles y casas donde verosímilmente hubieran podido encontrarle, pero todo en vano. Por fin, subieron al templo, esperando hallarle en las galerías ó salones que rodeaban los santos vestíbulos.

Era la hora en que los doctores más afamados daban sus lecciones á la gran escuela de la sinagoga. Se escuchaba en esa época al ilustre Hillel que presidió el gran Consejo por cuatro años; al rígido Schammai, su émulo y con frecuencia su adversario; al docto Jonatás, que tradujo al caldeo los libros históricos y proféticos, y á otros sabios versadísimos en la ciencia de las Escrituras. A los pies de aquellos renombrados maestros, multitud de discípulos recogían con avidez las palabras de sabiduría que salían de su boca. ¿Cuál no fué la sorpresa de Jóse y María cuando, al penetrar en el lugar santo, encontraron en medio de los doctores al Niño tan afanosamente buscado durante tres días? Mayor aún parecía ser la admiración de la asamblea. Mezclado con los discípulos, Jesús había escuchado primero las lecciones de los nobles ancianos; después les había interrogado á su vez, poniendo de manifiesto en cada una de sus preguntas una inteligencia tan viva y profunda que todos, maestros y discípulos, sobrecogidos de admiración se preguntaban de dónde provenía en aquel niño una ciencia que á esa edad no podía haber bebido en los libros de los sabios. Más tarde, cuando

Jesús, en aquel mismo lugar les predicó su doctrina, esos maestros de Israel pudieron acordarse del pequeño Galileo que, á los doce años, los confundía con la prudencia de sus preguntas y la sabiduría de sus respuestas. José y María se aproximaron al Niño y del corazón de la acongojada madre se escapó esta tierna queja: «Hijo mío ¿por qué has hecho esto con nosotros? Hace tres días que tu padre y yo te buscábamos con la mayor aflicción».—«¿Y para qué me buscabais? respondió con dulzura ¿no sabíais que yo debo ocuparme en las cosas que conciernen á mi Padre?»

María no comprendía aún todo el plan de la divina misión que Dios había confiado á su Hijo. Conservó estas palabras en su corazón, como una luz venida del cielo para ilustrarla en su conducta para con Jesús. En cuanto al Niño después de haber mostrado su absoluta sumisión á las órdenes del cielo, salió del templo con sus padres y regresó á Nazaret.

La naturaleza había hecho de la ciudad en que Jesús iba á pasar su juventud, la más profunda de las soledades. Rodeada de montañas que la separan del bullicio del mundo, forma con sus flancos un vasto anfiteatro de donde los habitantes dominan un risueño valle cubierto de higueras, olivos, viñedos y campos cultivados. De este valle, las miradas del hombre, limitadas en toda dirección por las alturas, sólo pueden dirigirse al cielo. Aquí fué donde Jesús quiso inaugurar el reino de Dios antes de predicarlo á los hombres.

Desde la caída original, en lugar de hacer reinar á Dios en su corazón, los hijos de Adán se miraban ellos mismos como dioses, sin reconocer otros mandamientos que los imperiosos deseos de sus criminales pasiones. Nuevo Adán, venido á la tierra para restablecer el reino de Dios, Jesús comenzó por mostrar á todos en su persona, el tipo perfecto del hombre enteramente sometido al Padre Celestial.

En lugar de seguir las inspiraciones del orgullo y de erigirse en divinidad, se le vió, siendo el hombre-Dios, tomar la figura de un humilde siervo y someterse á su Padre hasta el punto de no tener otra voluntad que la suya. Más todavía: siendo criador del cielo y de la tierra, obedecía á José y María criaturas suyas, como á Dios mismo.

Y no sólamente no cometió falta alguna, sino que rompió abiertamente con los vicios que impulsan al hombre caído á conculcar los divinos preceptos. Riquezas y magnificencias codiciadas por la avaricia, honores y placeres buscados por la ambición y la lujuria; todos estos falsos dioses fueron despreciados por él, como los eternos enemigos de Aquel que exclusivamente tiene derecho á reinar sobre los corazones.

Nacido en un establo, vivió en una pobre habitación de treinta pies de largo por doce de ancho, terminada por una gruta de pequeña dimensión arrimada á la colina y tallada en los flancos de la roca. Jesús no tuvo otro palacio en este mundo. Lejos de halagar su cuerpo y procurarle placeres y reposo, tenía siempre presente que Dios había ordenado al primer hombre ganar el pan con el sudor de su frente. Desde muy temprano, se dedicaba al trabajo bajo la dirección de su padre adoptivo; y mientras María se ocupaba en los cuidados domésticos, él acompañaba en el taller á José. Sus manos divinas manejaban el hacha y la sierra, y sus hombros se encorvaban bajo pesada carga. Ni sus parientes, ni sus conocidos, sospechaban que en aquel obrero vestido como los de su condición y tratado como uno de ellos, los ángeles del cielo reconocían y adoraban al Hijo de Dios.

Libre de la servidumbre de las pasiones, el corazón de Jesús sólo latía á impulsos del amor á Dios y á los hijos de Dios, pobres extraviados que quería reconciliar con su Padre. En la mañana, mientras todos dormían, su oración subía ya á los cielos; durante el día, el amor divino animaba todas sus acciones; y en la noche, cuando el sueño cerraba sus párpados, su corazón velaba todavía. Todos los días eran parecidos en Nazaret, días de trabajo y de contemplación, días de paz y de felicidad, jamás turbados, ni por las tempestades del mundo, ni por el hálito venenoso del pecado. ¡Felices los que, como Jesús, hacen reinar á Dios solo en sus corazones; ellos gozan anticipadamente las delicias del cielo!

Tal fué la vida de Jesús en Nazaret; vida oculta á los ojos de los hombres, preludio necesario de sus enseñanzas sobre el reino espiritual que iba á fundar. Otro género de vida esperaba efectivamente al divino Libertador. Con los

años, su cuerpo se desarrollaba y fortificaba; sus facciones, mezcla de dulzura y de majestad, inspiraban respeto y veneración. Como el sol derrama progresivamente la luz, su inteligencia esparcía día por día con más abundancia los tesoros ocultos que Dios había encerrado en ella. La gracia brillaba en su frente, la bondad en todas sus palabras, la nobleza en su porte y maneras, la corrección en todas sus acciones; era sin duda el Maestro irreprochable que Dios enviaba á los hombres para enseñarles con los ejemplos más aún que con las palabras, la verdad y la virtud.

Así transcurrieron en aquel paraíso terrestre de Nazaret la adolescencia y juventud de Jesús; mas ¡ay! los días tempestuosos de la vida pública se acercaban. María pensaba, no sin tristeza, que sería necesario separarse á lo menos momentáneamente, del más tierno y abnegado de los hijos. Recordaba al mismo tiempo las predicciones del santo anciano Simeón; le parecía oir el ruido de las contradicciones de que su hijo sería objeto y ya la pobre madre sentía que la punta de la espada desgarraba su corazón. Copiosas lágrimas vertían sus ojos cuando los fijaba en su amado Jesús.

Como preludio de esta separación, el luto entró en la santa casa de Nazaret. El santo patriarca José, cumplida ya su misión en la tierra, iba á dormirse con el sueño de los justos. Por la última vez sus ojos reposaron con amor sobre el Hijo de Dios y la hija de David, dos tesoros que el Padre celestial había confiado á su guarda y mientras Jesús le bendecía, su alma llevada en alas de los ángeles, voló al seno de Abraham.

Solo ya con su madre, Jesús departía amorosamente con ella sobre la gran misión que se le había confiado. Este pensamiento le ocupaba constantemente, mientras aguardaba la hora de manifestarse al mundo para la gloria de su Padre y la salvación de las almas. Algunas veces, desde las cimas que coronan á Nazaret, sus ojos descubrían las ciudades y aldeas que pronto serían el teatro de sus predicaciones; el hermoso lago de Galilea, el majestuoso Tabor, las cumbres veneradas del Carmelo que le ocultaban, al Occidente, las naciones sentadas á las sombras de la muerte. Sus miradas divinas divisaban en lejano horizonte, en las riberas del océano, los numerosos pueblos que vendrían á Jerusalén á

venerar su sepulcro y su pensamiento se fijaba de paso en aquella Roma, futura capital de su imperio, á cuyas cercanías los ángeles transportarían más tarde la santa casa de Nazaret. Entonces, devorado de un santo celo, oraba por los innumerables millones de almas llamadas á formar el reino de Dios y pedía á su Padre apresurara el día en que le fuera dado anunciar al mundo el Evangelio de la salvación.





LIBRO SEGUNDO.

Una voz del Desierto.

CAPÍTULO I.

El Profeta del Jordán.

LA JUDEA, PROVINCIA ROMANA — DESOLACIÓN DE LOS JUDÍOS. — PONCIO-PILATOS — PROFECÍAS DE JACOB Y DE DANIEL. — EL PRECURSOR — CARÁCTER DE SUS PREDICACIONES — SU BAUTISMO. *(Matth. III. 1-6 — Marc. I.1-6. — Luc. III. 1-6.)*



DESDE la aparición del ángel al sacerdote Zacarías, treinta años habían transcurrido; treinta años de discordias y de revoluciones que habían aniquilado el reino de Judá y costado muchas lágrimas á los verdaderos hijos de Israel.

A la muerte de Herodes, su hijo Arquelao heredó el cetro, pero pronto el emperador Augusto lo arrancó de sus manos y redujo la Judea á provincia romana. Así desapareció la antigua monarquía de Judá. El pueblo de Abraham,

de David, de Salomón, de los Macabeos, vino á ser esclavo de los Gentiles, quienes desde lo alto de la torre Antonia dominaron la ciudad y el templo. Los Judíos conservaron la libertad de seguir su religión, pero sólo el gobernador romano, representante del César, ejerció en lo sucesivo el derecho de vida ó muerte y en consecuencia, él era quien administraba justicia y sus recaudadores recibían el impuesto que antes se pagaba á Jehová.

Los Judíos lloraron amargamente la pérdida de su nacionalidad. Herodes y sus viles cortesanos, llamados los herodianos, habían empleado todo su poder en favorecer la dominación extranjera; pero la masa del pueblo, fiel á la ley de Moisés, sólo esperaba una ocasión propicia para sacudir el yugo. Un cierto Judas oriundo de Galilea, se puso un día á la cabeza de un puñado de insurgentes y poco faltó para que sublevara todo el país; pero bien pronto los Romanos ahogaron la rebelión en la sangre de los rebeldes.

En los últimos tiempos, el descontento de los patriotas llegó á la exasperación. Los cuatro primeros gobernadores de la Judea, á pesar del mal tratamiento que daban á los vencidos, respetaban siquiera su religión; pero el quinto de entre ellos, Poncio-Pilatos, investido recientemente del poder, no perdía ocasión de manifestar su propósito de violar las más graves prescripciones de la Ley mosaica. Un día, el pueblo vió flamear en las alturas de la torre Antonia los estandartes de las legiones cubiertos con emblemas idolátricos. Esta profanación sacrílega de la ciudad santa, produjo un levantamiento general. Millares de hombres, mujeres y niños persiguieron á Pilatos hasta en su palacio de Cesárea, lo asediaron durante cinco días con sus clamores y le declararon que estaban todos resueltos á morir antes que ver otra vez á Jerusalén manchada con las imágenes de los falsos dioses. Pilatos cedió al fin, pero los Judíos, desesperados, comprendieron que su religión, su nación y sus leyes habrían ya tocado á su término, si Dios no enviaba el Libertador prometido á sus padres.

Por esta razón, con más asiduidad que nunca, los doctores estudiaban, inclinados sobre los sagrados pergaminos, las palabras solemnes de los profetas. En las sinagogas ase-

guraban al pueblo que el Mesías no podía tardar en aparecer. Jacob predijo que el cetro no saldría de Judá antes de la llegada del gran rey, el Deseado de las naciones que debía enviar el Señor. (1) Encontrándose el cetro de Judá en poder de los Romanos, decían los sabios, el gran Rey va á venir para recobrarlo y libertar á su nación del yugo de los tiranos.

Y á los que preguntaban si era llegado ya el momento preciso de la libertad, respondían los rabinos citando la célebre profecía de Daniel: " Setenta semanas pasarán para el pueblo y la ciudad santa, antes que tenga fin el pecado y la iniquidad quede borrada, la justicia eterna aparezca y sea ungido el Santo de los santos. Hasta el advenimiento del Cristo-Rey pasarán sesenta y nueve semanas y á mediado de la septuagésima, cesarán la oblación y el sacrificio." (2) Según sus cálculos, en pocos años más se llegaría á la mitad de la semana septuagésima y por consiguiente, se podía esperar de un día á otro la aparición del Mesías.

Ahora bien, en la fecha precisa indicada por el profeta Daniel, el año quince de Tiberio César, siendo Poncio Pilatos gobernador de la Judea, Herodes Antipas tetrarca de la Galilea y Filipo su hermano de la Iturea, bajo el pontificado de Anás y de Caifás, esparcióse repentinamente en Jerusalén y en toda la Judea el rumor de que había aparecido un profeta en las riberas del Jordán. Al decir de las turbas que corrían al desierto para verle y oirle, llevaba por vestido un cilicio de piel de camello atado á la cintura por un ceñidor de cuero. Su alimento consistía en langostas y miel silvestre recogida en el tronco de los árboles ó en las grietas de las rocas. Por la noche se refugiaba en las cavernas de la montaña y allí, mientras que los tigres y chacales husmeaban de un lado á otro en busca de su presa, el nuevo Elías bendecía á Jehová.

---

(1) Gen. cap. XLIX, 10.

(2) Dan. cap. IX, 24. Se trata en esta profecía de setenta semanas de años (490 años) que debían transcurrir desde el edicto que autorizaba la reconstrucción del templo de Salomón, hasta la muerte del Mesías. Y en efecto, Jesús apareció en el curso de la semana septuagésima.

A la usanza de los nazarenos, (1) llevaba una barba larga y majestuosa jamás tocada por la navaja y su cabellera flotaba en desorden sobre sus hombros, dando un aspecto más austero todavía á su rostro enflaquecido por el ayuno y las vigilias.

Nada se sabía de su origen: sólamente los viejos pastores de las montañas de Judá, contaban que un niño concedido milagrosamente al sacerdote Zacarías y nacido entre prodigios, había desaparecido desde sus primeros años sin haberse oído hablar más de él. Tal vez aparecía de nuevo para anunciar á sus compatriotas las voluntades del Dios de Israel.

El profeta de quien todos hablaban no era otro, en efecto, que el hijo de Isabel y Zacarías, el niño santificado desde el vientre de su madre, el hombre encargado por Dios mismo de preparar los caminos al Mesías. Después de haber pasado largos años en las más rigurosas austeridades, sintióse súbitamente llamado á inaugurar su misión de precursor. Bajo la acción del Espíritu Santo, un fuego divino penetró en su alma, su voz estalló como el rayo y su corazón fué poseído de una energía que ninguna fuerza humana habría podido doblegar. Al punto, abandonó el desierto que le había servido de refugio y se puso á recorrer las regiones montañosas, las orillas desoladas del gran lago que sirvió de tumba á Sodoma y Gomorra, y las riberas sagradas del Jordán.

Cuando se veía rodeado por el pueblo, Juan subía á una prominencia de donde dominaba á la multitud y con voz vibrante y austera decía á todos: « Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos ». Sobrecogidas de religioso temor, las turbas le hacían preguntas sobre su misión. « Yo soy, respondía, la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. Todo valle será colmado, todo monte allanado; los caminos tortuosos se enderezarán y todo hombre podrá ver con sus ojos al Salvador enviado por Dios ».

Y el auditorio familiarizado con los símbolos de las Escrituras, comprendía, al oir aquellas palabras, que Israel

(1) Secta religiosa venerada entre los Judíos.

recibiría bien pronto á su Libertador; pero que era necesario prepararle por medio de la penitencia la entrada á los corazones, expiar los pecados del pueblo, las prevaricaciones de los grandes, la ignominia de los pontífices, las profanaciones del templo, la indiferencia y desprecio de un gran número respecto á las prácticas de la santa Ley.

Juan no se contentaba con simples signos exteriores de arrepentimiento; exigía de sus discípulos una conversión sincera. A sus predicaciones agregaba el bautismo, para significar á los penitentes que las manchas del alma debían borrarse, á la manera que se purifican las manchas del cuerpo por medio de abluciones. Conmovidos por aquellas palabras de fuego, los oyentes se daban golpes de pecho, confesaban sus pecados y bajaban al río para recibir el bautismo. Juan los sumergía en el agua como en un baño espiritual y el bautizado salía del Jordán verdaderamente purificado por su arrepentimiento y su fe en el Libertador. Por medio de este acto solemne, se hacía ciudadano del reino de Dios.

Así preparaba Juan los caminos á Aquel que venía á borrar los pecados del mundo. De toda la Judea, de Jerusalén, de las cercanías del Jordán, acudían para pedirle el bautismo. Los nuevos iniciados regresaban á sus hogares repitiendo por todas partes las palabras del profeta: « Se acerca el reino de Dios ». Más de un Judío, creyendo ver ya restablecido el reino de Judá, miraba con ojo amenazador á los soldados romanos de facción cerca del templo y se decía con orgullo: « Pocos días más, y la ciudad santa no se verá manchada por la presencia del extranjero ».



CAPÍTULO II.

Los peregrinos de Bethabara.

EL RÍO JORDÁN. — LA SECTA DE LOS FARISEOS. — OPOSICIÓN AL PROFETA. — HIPÓCRITAS DESENMASCARADOS. — RESPUESTA DE JUAN Á LA MULTITUD. — Á LOS PUBLICANOS. — Á LOS SOLDADOS. — *(Matth. III, 7-10. Luc. III, 7-14.)*

EL río Jordán riega en toda su longitud la tierra dada por Dios á su pueblo. Nacido en los flancos del Ante-Líbano, atraviesa el lago de Genezaret donde el brazo divino multiplicó sus maravillas. Desde allí ahonda su lecho en un valle profundamente encajonado entre dos cadenas de montañas y sigue su curso de veinticinco leguas formando mil sinuosidades caprichosas hasta llegar al siniestro lago que se llama el Mar Muerto. A dos leguas más acá de este mar, frente á Jericó, se encontraba el vado de Bethabara, lugar de tránsito para los viajeros y mercaderes que desde el país de Galaad se dirigían á la ciudad santa. Allí era donde Juan bautizaba, aprovechando la suave inclinación de las riberas del río, las cuales extremadamente elevadas en todas partes, en aquel punto ofrecían facilidades para la inmersión bautismal. Sauces, cipreses y acacias, se elevaban en ambas orillas, formando sobre las aguas bóveda de verde ramaje. A este lugar bendecido por el cielo, afluyeron pronto numerosas caravanas que venían del oriente y occidente del Jordán.

El movimiento religioso llegó en breve á ser tan general, que los doctores y otros personajes oficiales acabaron por mezclarse con los peregrinos de Bethabara. Naturalmente, no sentían mucha simpatía hacia un predicador que no había salido de sus escuelas y cuya ruda palabra flagelaba sin piedad las falsas virtudes y los vicios enmascarados. La mayor parte de entre ellos, miembros de la secta de los fariseos, hacían profesión de sujetarse á todas las observancias

legales; á las abluciones, ayunos y tradiciones absurdas con que sus rabinos imponían al pueblo un yugo intolerable. Llenos de estimación por sí mismos y de desprecio por los demás; rígidos en apariencia y viciosos en el fondo, jamás habían comprendido que la santidad reside en el corazón.

Con tales principios, aquellos hombres que se creían perfectos, no eran capaces de comprender las enseñanzas del profeta. Juan anunciaba la venida del Mesías y el próximo establecimiento de un nuevo reino que él llamaba reino de los cielos; pero todo celoso fariseo, sólo veía en el Mesías un rey terreno, un guerrero como David que arrojaría al extranjero, subyugaría las naciones é impondría á todos la ley de Moisés. Como no tenían la menor idea de un reino espiritual de las almas, preguntábanse para qué serviría la penitencia, la confesión de los pecados y ese bautismo que predicaba el anacoreta del Jordán.

Ellos imponían, es verdad, abluciones frecuentes para lavar el cuerpo, pero no se creían de ninguna manera obligados á purificar el alma. En este punto, por lo demás, encontrábanse en perfecto acuerdo con los saduceos sus encarnizados enemigos. A estos inquietaba poco la ley de Moisés, menos aún las tradiciones farisaicas; ni siquiera creían en la inmortalidad del alma. Codiciosos, sensuales, ambiciosos, adictos á los romanos que distribuían los favores, tenían además serios motivos para mirar con malos ojos al predicador de la penitencia.

Con todo, fariseos y saduceos tenían muy en cuenta la opinión pública. Lejos de hostilizar á un hombre calificado de profeta por la multitud, creyeron prudente por el momento disimular su desprecio y aún unirse á las manifestaciones de las turbas, reservándose, por cierto, el derecho de desacreditar privadamente al predicador y buscar algún pretexto para acusarlo ante el Sanhedrín.

Un día, en medio de los peregrinos que llegaban de Jerusalén, Juan divisó á un gran número de aquellos doctores inflados de orgullo, fariseos hipócritas, saduceos renegados.

Después de haber escuchado las exhortaciones del hombre de Dios, mezcláronse á la multitud enternecida y penitente, y no se avergonzaron de pedir el bautismo. Pero Juan que leía en el fondo de sus corazones, vió en ellos á los dignos

hijos de aquellos Judíos obstinados que asesinaron á los profetas y, con voz de trueno, les lanzó este terrible apóstrofe: «Raza de víboras ¿quién os ha enseñado á huir de la cólera de Dios y de los males que os amenazan?» Y en lugar de darles el bautismo, agregó: «Haced frutos dignos de penitencia».

Al oir la palabra *penitencia,* los fariseos fruncieron el entrecejo. ¿Acaso aquel pretendido profeta los tomaba por pecadores, á ellos, los justos por excelencia, los rígidos observantes de la Ley y tradiciones? ¿Y con qué derecho ese nómada del desierto fustigaba con sus invectivas á los descendientes de los patriarcas, á los verdaderos hijos de Abraham?

Pero en lugar de doblegarse ante aquellos orgullosos, Juan humilló con severidad su desdeñosa altivez: «En vano, díjoles, os vanagloriáis de ser hijos de Abraham, pues bastante poderoso es Dios para hacer de estas piedras hijos de Abraham. Mirad que el hacha está ya puesta á la raíz del árbol y todo árbol que no dé buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego».

Esto era anunciar resueltamente la reprobación de los Judíos impenitentes y la admisión al reino de Dios de todos aquellos que, fuesen judíos ó gentiles, más duros ó no que las piedras del río, pero dóciles á la gracia, dejasen penetrar en sus corazones la fe de Abraham y el arrepentimiento de sus pecados.

Tal estampido de trueno debiera haber herido de espanto á aquellos farsantes é hipócritas; pero en lugar de entrar en sí mismos, se indignaron por la humillación que acababan de recibir en presencia del pueblo. No solamente se alejaron sin recibir el bautismo, sino que desde aquel día quedaron convertidos en mortales enemigos del Bautista. Los verdaderos Israelitas, al contrario, vivamente impresionados por las amenazas de Juan, veían ya el hacha vengadora tronchando el árbol de Judá y traían á la memoria las calamidades que habían afligido á la ciudad santa cada vez que sus jefes despreciaban las predicciones de los profetas. De todos los labios se escapaba este grito, verdadera expresión del arrepentimiento: «¿Qué debemos hacer, pues, para desarmar la cólera de Dios?»

El Precursor tuvo para todos palabras de indulgencia, recordando que su misión tenía por objeto remover los obstáculos que impiden el reino de Dios en los corazones. Y como el apego á los bienes temporales dominaba al Judío hasta el punto de hacerle olvidar á sus hermanos indigentes, Juan dió á la pregunta que se le hacía, la respuesta más oportuna: « Si tenéis dos túnicas, les dijo, dad una al que no la tiene; si tenéis pan, compartidlo con aquel que carece de él ».

Había entonces en Israel una clase de hombres que todos execraban, los publicanos. Detestados en todas partes por razón del cargo que ejercían, estos recaudadores de impuestos eran más odiados todavía, desde que la nación pagaba tributo á los Romanos. Los patriotas celosos, sostenían que un Israelita no podía, sin pecado, pagar este tributo de servidumbre; con mayor razón reprobaban á aquellos de sus hermanos que se envilecían hasta convertirse en proveedores del extranjero. Eran éstos tratados como paganos, se les expulsaba de las sinagogas y se les excluía de las funciones públicas. Las predicaciones de Juan removían de tal manera las conciencias, que los mismos publicanos fueron á arrojarse á sus pies y le pidieron el bautismo. El profeta los recibió con bondad y cuando en su sencillez le dijeron: « ¿Qué queréis que hagamos? » él respondió: « Sed justos y no exijáis más de lo que está ordenado ». Y los despidió en paz después de haberlos sumergido en el río.

Los soldados que custodiaban el pueblo, vinieron á su vez á reclamar el perdón de sus faltas. Habituados á la licencia, á las sediciones, á las riñas sangrientas y á las denuncias calumniosas, le suplicaron humildes y arrepentidos, que les prescribiera lo que debían hacer para purificarse de tantos crímenes. El hombre de Dios les respondía sencillamente: « Debéis absteneros de toda violencia, no acusar á nadie injustamente y contentaros con vuestro sueldo ». Viéndolos dispuestos á enmendarse, les administró el bautismo.

Y en todo Israel, para grandes y pequeños, para ricos y pobres, el tema de las conversaciones era el profeta que Dios enviaba á su pueblo para prepararle, por la remisión

de los pecados, á entrar en su reino. Así se cumplía la predicción del ángel al sacerdote Zacarías: «Tu hijo será grande delante del Señor; caminará en su presencia con el espíritu y la virtud de Elías; convertirá á los hijos de Israel á Jehová su Dios».

CAPÍTULO III.

Embajada del Sanhedrín.

ERRORES DEL PUEBLO ACERCA DE LA PERSONA DEL PRECURSOR. — ACUSACIÓN DE LOS FARISEOS. — LOS EMBAJADORES DEL GRAN CONSEJO. — INTERROGATORIO DEL ACUSADO. — SUS RESPUESTAS. CONFUSIÓN DE LOS FARISEOS. *(Joan. I. 17-28).*

JUAN Bautista ejercía tal ascendiente sobre sus numerosos discípulos, que la admiración demasiado entusiasta de estos, estuvo á punto de comprometer su misión de precursor. Su vida angelical, sus palabras sublimes, el bautismo que administraba para la remisión de los pecados, dieron una idea tan alta de su persona, que el pueblo acabó por preguntarse si ese gran profeta no sería el mismo libertador cuyo próximo advenimiento anunciaba. El Mesías ¿podría vivir más santamente, predicar con más elocuencia, ejercer más imperio sobre la nación que aquel hombre de Dios?

Este error se propagó tan rápidamente, que Juan creyó deber aprovecharse de él para tributar un homenaje más directo y honroso á la incomparable majestad del Mesías esperado. Un día que la multitud lo aclamaba, pronunció estas palabras: «El que debe venir en pos de mí, es tan superior á mí en grandeza y poder, que yo no soy digno ni aún de desatar las correas de su calzado».

En cuanto á su bautismo, comparó su valor con el que administraría el Cristo: «Yo bautizo en el agua, decía, pero

él os bautizará en el agua y en el fuego». Explicó que el bautismo de agua no era sino un emblema de la purificación de las almas, mientras que el bautismo del Cristo infundiría el Espíritu Santo y abrasaría los corazones en un fuego divino.

En fin, para aficionar á sus discípulos al Mesías é inspirarles al mismo tiempo el temor de ofenderle, les hizo ver en él al soberano Maestro que viene á este mundo decidido á tratar á los hombres como lo hace el segador con las espigas amontonadas en su campo. «Vedle, exclamó, con el bieldo en la mano, dispuesto á limpiar su era, guardando el buen grano en sus graneros y arrojando la paja á un fuego que jamás se extinguirá».

Juan llegó por este medio á desengañar á muchos de sus discípulos que se rindieron á la autoridad de su testimonio. Esperaban unos con santa impaciencia la llegada de aquel Mesías á quien el profeta se creía indigno de servir de esclavo. Aspiraban á ese bautismo de fuego que debía transformar sus almas y hacerlas dignas de ser admitidas en el reino de Dios, como el buen grano en los graneros del segador. Otros, al contrario, se obstinaron en su error, publicaron por todas partes que el Mesías esperado no era otro que Juan Bautista y dieron con esto ocasión á los enemigos del profeta para denunciarlo al Sanhedrín.

Los fariseos no le habían perdonado el haber descubierto en público la hipocresía de su conducta. Aquel nombre de víbora que les había lanzado, resonaba todavía en sus oídos. Sabiendo que sus discípulos lo tomaban por el Mesías, dirigiéronse al gran Consejo, juez supremo en cuestiones religiosas y acusaron al profeta del Jordán de predicar sin misión, de inventar nuevos ritos y de fanatizar al pueblo hasta el punto de hacerse pasar, en el concepto de muchos, por el Cristo libertador de Israel.

Así presentada la acusación, parecía grave. Se trataba de una revolución religiosa que conmovía á todo el país. Juan Bautista la había provocado anunciando la próxima llegada del Mesías: ¿qué sucedería si él mismo se proclamaba el Mesías libertador? Se podía temer un levantamiento popular y el profeta, sólo preocupado del reino de los cielos, no parecía muy dispuesto á tomar las armas para

restaurar el reino de Israel. La insurrección no produciría otro efecto que empujar á los Romanos á una nueva matanza de patriotas. El Consejo resolvió, pues, obligar al Bautista á revelar sus intenciones y como parecía poco prudente, vista la actitud del pueblo, traerle á Jerusalén delante de los jueces, se resolvió que una diputación compuesta de sacerdotes y levitas, se trasladase al Jordán para interrogarle sobre su persona, sobre la misión que se atribuía y sobre ese bautismo á que sus adeptos daban tanta importancia. Según sus respuestas, el Consejo tomaría las medidas necesarias para conjurar los peligros de la situación.

Los embajadores fueron naturalmente elegidos entre los representantes más acreditados de la secta farisaica que formaba entonces la gran mayoría del Sanhedrín. Juan iba pues á ser sometido á un interrogatorio dirigido por sus mortales enemigos y calculado de antemano para perderle. Si se proclamaba Mesías, se le intimaría en nombre de las Escrituras que restaurase el trono de David; si rehusaba aquel título, se le preguntaría con qué derecho venía trastornando la Judea desde hacía seis meses. En uno y otro caso, caería infaliblemente en manos del Sanhedrín.

Los Judíos no contaban con el Espíritu de verdad que animaba á Juan Bautista. Interrogado acerca de su personalidad y, más directamente, si era el Cristo, el profeta respondió protestando contra tal suposición y diciendo con la misma ingenuidad con que poco antes se había expresado en presencia de las multitudes: « No, yo no soy el Cristo ». Esta confesión humilde y desinteresada desconcertó á los inquisidores, pues ella echaba por tierra su principal acusación; sin embargo, reflexionaron que, sin usurpar el nombre del Cristo, Juan había podido tomar el de algún personaje divino para justificar su misión de profeta y así continuaron interrogándolo.

En aquella época gran número de Israelitas esperaban la vuelta del profeta Elías que, según los doctores, debía reaparecer en Judá para preparar á sus compatriotas al advenimiento del Mesías. Aplicando al primer advenimiento del Señor las palabras de la Escritura que se refieren al

segundo, (1) los rabinos concluían que, estando próximo el Mesías, Elías debía estar reviviendo ya bajo las apariencias de algún personaje misterioso. Así muchos creían reconocerle en aquel ermitaño del desierto, en aquel predicador de palabra ardiente que, como el Tesbita, movía á Israel á la fe de sus padres. Sospechando que tal vez Juan tenía á este respecto la misma creencia, los diputados le hicieron esta segunda pregunta: «Si no eres el Cristo ¿serás Elías?»

Juan habría podido responder afirmativamente; porque según las palabras del ángel á Zacarías, (2) «lleno de la fuerza y virtud de Elías» cumplía como él la misión de precursor del Cristo; pero del corazón no vino á sus labios sino la verdad pura y simple: «No, respondió, no soy Elías.» Pero, al menos, replicaron los enviados ¿serás Jeremías ó algún otro profeta? — «No, respondió Juan, no soy ninguno de los antiguos profetas».

Esta vez, los fariseos creyeron haberle cogido en sus redes. Hacía cuatrocientos años que no se veía profeta en Israel. Si Juan reivindicaba en su favor el don de profecía, se le desafiaría á que probase su misión con señales divinas. En tono de triunfo, pues, exclamaron: «Si no eres el Cristo, ni Elías, ni ninguno de los profetas, dinos: ¿quién eres? á fin de que podamos responder á los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?»

Juan respondió: «Yo soy la voz de que habló el profeta Isaías, la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor». Los embajadores quieren saber quién es él: no es nada, nada más que una voz, pero esta voz llena una misión divina, una misión anunciada al mundo por el profeta Isaías. Voz á la cual Dios ha dado el poder de conmover á todo un pueblo y la eficacia de penetrar hasta en corazones de acero. ¿Quién, después de semejante prodigio, se atraverá á negar que Juan Bautista sea el heraldo del Cristo, predicho por Isaías, ó intentará ahogar una voz cuyos divinos acentos anunciaba el profeta ochocientos años antes?

---

(1) Hé aquí estas palabras: «Yo os enviaré al profeta Elías antes que venga el terrible día del Señor». Malach. IV. 5. 6.

(2) Animado del espíritu y de la virtud de Elías, precederá al que debe venir. S. Luc. I, 17.

Abrumados por la evidencia, los embajadores se guardaron bien de objetar la misión divina del precursor y dirigieron sus ataques contra el bautismo. «¿Con qué derecho bautizas, le dijeron, si no eres ni el Cristo, ni Elías, ni ningún otro profeta?». Juan respondió, como lo había hecho al pueblo, que su bautismo de agua, mero símbolo de la purificación del corazón, no era sino una preparación para el bautismo que daría el Cristo, el cual tendría, como el fuego, la virtud de purificar las almas y de abrasarlas en un amor todo divino. Entonces, como embargado por ese mismo Cristo de que acababa de hablar y que sus interlocutores parecían olvidar para no pensar más que en su precursor, exclama: «Este Cristo que os anuncio está en medio de vosotros y vosotros no conocéis sus grandezas. Aunque debe venir después que yo, sabed que existía antes que yo, y que no soy digno de desatar la correa de su calzado».

Esta declaración solemne, ni siquiera despertó la menor curiosidad entre los embajadores. Haciendo completa abstracción del augusto personaje de quien les hacía el profeta, en pocas palabras, tan magnífico retrato, dejaron el valle del Jordán y regresaron á Jerusalén para informar al gran Consejo acerca del resultado de sus investigaciones. A pesar de sus resentimientos contra el santo precursor, se vieron obligados á confesar que sus respuestas desmentían absolutamente las acusaciones lanzadas contra él. El Sanhedrín se encontró, pues, por el momento, enteramente desarmado.

En cuanto á Juan, la embajada del gran Consejo sólo consiguió aumentar su prestigio á los ojos del pueblo y hacer más ostensibles sus testimonios en honor del Mesías. Un solo deseo ardía ahora en todas las almas: ver, en fin, á aquel Mesías á quien todos llamaban el libertador de Israel, pero cuyo divino origen y sublimes destinos nadie sospechaba.



CAPÍTULO IV.

Bautismo y tentación de Jesús.

JESÚS EN EL JORDÁN. — SU BAUTISMO. — UNA VOZ DEL CIELO. — AL MONTE DE LA CUARENTENA. — APARICIÓN DE SATANÁS. — LAS TRES TENTACIONES. — HUÍDA DEL ESPÍRITU MALIGNO. LOS ÁNGELES DE DIOS. — *(Matth. III, 13-17; IV, 1-11. — Marc. I, 12-13. — Luc. III, 1-21-23; IV, 1-13.)*



SEIS meses hacía que el santo precursor preparaba á los hijos de Israel para el advenimiento del Mesías. Con todo, este misterioso personaje, cuya majestad divina describía Juan con tanta elocuencia, no le era conocido sino por las comunicaciones del Espíritu Santo; sus ojos no le habían visto jamás. Viviendo en el desierto desde su infancia, ignoraba los maravillosos acontecimientos de Belén y Nazaret. Por lo cual, ansiaba ver llegar el momento feliz en que le fuera dado contemplar el rostro del Salvador, oir su voz y besar sus sagrados pies. Sus deseos iban á cumplirse, porque obedeciendo á la orden de su Padre, Jesús se disponía ya á dejar la soledad de Nazaret para manifestarse al mundo.

Pocos días después de la embajada del Sanhedrín, Juan preparaba numerosos penitentes para recibir el bautismo, cuando de improviso fijó su mirada en un desconocido cuyo aspecto le hizo involuntariamente estremecerse. Así como se había conmovido en el seno de su madre por la presencia del Salvador, del propio modo, una impresión enteramente divina le hizo comprender que se encontraba de nuevo á la vista del mismo Jesús. Un movimiento instintivo lo impulsó hacia él; pero cuando ya iba á arrojarse á sus pies, Jesús se lo impidió y en la actitud de un pecador profundamente humillado, pidióle el bautismo.

«¡Señor, exclamó Juan con voz trémula de emoción,

soy yo quien debe pediros el bautismo, y Vos queréis recibirle de mis manos!» — «Déjame hacer, respondió el Salvador; conviene que así cumplamos toda justicia».

La justicia exigía que Jesús, habiendo tomado sobre sí las iniquidades del mundo entero, fuese tratado como un pecador, como uno de tantos Judíos que bajaban al río golpeándose el pecho para alcanzar la remisión de sus pecados. Juan lo comprendió y no resistió más á la voluntad del Maestro.

Vióse entonces al profeta sumergir en las aguas del río á Aquel que venía á borrar los pecados del mundo; pero el ojo humano no alcanzó á descubrir el misterio que en aquel momento solemne se cumplía. Al contacto de Jesús, el agua adquirió la virtud de regenerar las almas, de purificarlas de toda mancha y de conferirles una nueva vida, la vida de los hijos de Dios. El bautismo de fuego figurado por el bautismo de Juan, quedaba ya instituído.

Al salir del agua, Jesús oraba á su Padre, cuando de repente los cielos, cerrados desde la falta del primer hombre, se abrieron delante del nuevo Adán; una gran claridad iluminó la nube, el Espíritu Santo descendió bajo la forma de una paloma y reposó sobre el recién bautizado. Al mismo tiempo, una voz de lo alto, la voz del Padre celestial, hizo oir estas memorables palabras: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias».

El pueblo percibió solamente un ruido semejante al estampido sordo del trueno, pero no penetró el sentido de las grandes cosas que se realizaban ante sus ojos; mas el santo precursor comprendió que, figurando en esta escena las tres personas de la augusta Trinidad, ellas mismas acababan de dar al Mesías la investitura de sus sublimes funciones. Ahora podía ya dar un nuevo testimonio de Jesús y decir á sus discípulos: «He visto al Cristo, al ungido del Señor; y este Cristo, es el Hijo muy amado del Padre que está en los cielos».

En la misma tarde de aquel memorable día, á impulsos del Espíritu divino, Jesús dejó el Jordán para retirarse al desierto y prepararse allí, por la oración y la penitencia, á su misión salvadora. A dos leguas del río, en medio del desierto de Jericó, se levanta una montaña rocallosa despo-

jada de toda vegetación. Yergue su lúgubre cabeza á mil doscientos pies de altura sobre las colinas que la rodean. No es dable trepar á ella sino por estrechos senderos que serpentean sobre espantosos abismos. En sus flancos, á media altura, se encuentran varias grutas bastante espaciosas cuyas paredes son formadas por enormes trozos de roca. A una de aquellas grutas fué á donde el Espíritu de Dios condujo al Salvador.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, permaneció Jesús en esta caverna sin tomar alimento alguno. Vivía lejos de los hombres con los animales salvajes, raposas, chacales, leopardos, únicos seres que animaban aquella naturaleza silenciosa y muerta. Dominando el bullicio del mundo, oraba por esa humanidad de la cual se había constituído redentor, cuando de repente, vino á turbar su retiro un enemigo que desde largo tiempo espiaba sus pasos.

Era Satanás mismo, el príncipe de los demonios. Desde la catástrofe del paraíso terrenal, reinaba como dueño sobre la humanidad envilecida y degradada; pero, temblaba por su propio imperio cada vez que traía á la memoria la fatal predicción de Jehová: «Una mujer y su hijo quebrantarán tu cabeza». Inquieto y furibundo, no cesaba de acechar á los hijos de los hombres á fin de descubrir cuál sería aquel vástago de Adán que debía salvar á su raza, perdiéndolo á él, así como él había perdido antes á Adán. Viendo, pues, al Niño de Belén, los milagros de su cuna, su precoz sabiduría, sus virtudes sobrehumanas, conjeturó que aquel Niño podría muy bien ser el Mesías prometido. Las escenas del Jordán cambiaron sus sospechas casi en certidumbre; y cuando en el bautismo de Jesús, una voz celestial lo proclamó Hijo de Dios, Satanás resolvió someter á aquel personaje tan extraordinario á una prueba decisiva.

Ignoraba el ángel caído que la lucha emprendida por él contra Jesús, entraba en los designios divinos. Era necesario que el Salvador de la humanidad midiese sus fuerzas con el que la había empujado á su ruina, para que de esta manera Dios quedase vengado y su adversario pagase con una derrota vergonzosa la victoria del Edén. Además, el nuevo Adán debía mostrar á su posteridad que las puertas

del cielo quedaban de nuevo abiertas, pero que nadie las franquearía sin haber combatido valerosamente.

Satanás se insinuó en la gruta del santo solitario como se había tortuosamente deslizado delante de Eva bajo las sombras del paraíso. Encontróle extenuado por el ayuno de cuarenta días y vivamente atormentado por el hambre. Fingiendo compartir su sufrimiento, se admiró de que el Mesías, ya que ese nombre se le daba, pudiera carecer de alimentos: «Si eres el Hijo de Dios, le dijo, ordena que estas piedras se conviertan en pan». Y mostraba á Jesús las piedras redondas en forma de pan que se veían diseminadas en el suelo de la gruta, como en otro tiempo había mostrado á Eva el fruto prohibido. Si Jesús hace un milagro para saciar su hambre, se decía, no podrá ser el salvador de la raza decaída, porque un jefe vulnerable por el lado de los sentidos, jamás podrá tener bastante autoridad para apartar á los voluptuosos de los halagos de la gula y de la lujuria.

Con una sola palabra, el divino Maestro frustró los cálculos de su enemigo. «El hombre no vive de solo pan, le respondió, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios», es decir, de los medios providenciales que una palabra de Dios puede producir á falta de pan, para sustentar al hombre. El pan faltó á los Israelitas en el desierto; pero Jehová les dió por sustento durante cuarenta años el maná del cielo. El Salvador no hará un milagro para apaciguar su hambre, sino que esperará de la bondad de Dios los alimentos que necesite.

Esta respuesta no satisfacía la curiosidad de Satanás. Todo lo que de ella podía deducir era que su antagonista fuera ó no el Mesías, parecía inaccesible á toda tentación sensual y que para vencerle necesitaba acudir á armas de otro género. El orgullo del espíritu, pensó, perderá al solitario como me perdió a mí y súbitamente transportó á Jesús al pináculo del templo, á tan elevada altura, que no se podía mirar el valle sin experimentar vértigos. «Si eres el Hijo de Dios, le dijo, precipítate á este valle, porque está escrito: «Dios enviará á sus ángeles para que sostengan en sus manos al Mesías y su pie no tropiece con piedra alguna.» — «También está escrito, le respondió Jesús: No tentarás

al Señor tu Dios», pidiéndole salvarte la vida por un milagro, cuando te expones voluntariamente á perecer. Una vez más, Satanás se vió derrotado, sin poder adivinar el verdadero nombre de su humilde pero terrible vencedor.

Agotados ya todos los subterfugios, el espíritu infernal arrojó la máscara é intentó hacer entrar á Jesús en un complot que arruinaría por su base el plan de la Redención. Sabía que el Mesías no restablecería el reino de Dios en la tierra sino desprendiendo las almas de todo lo que halaga las pasiones, riquezas, dignidades, goces sensuales; pero sabía también que los Judíos harían guerra á muerte á quienquiera que les predicase semejante desprendimiento. Para ganarse á los Judíos, en vez de predicar el reino de Dios, el Mesías debía declararse rey temporal, armar la nación contra el extranjero, reducir á los gentiles á su dominación y formar de todos los pueblos un imperio universal cuya capital sería Jerusalén. Israel aclamaría á un libertador de este género que abriera á sus partidarios una fuente inagotable de riquezas, dignidades y placeres. Con la audacia del ángel que se atrevió á luchar contra Dios, Lucifer propuso al Mesías abandonar el pensamiento de un reino espiritual para realizar el ideal judío.

A fin de deslumbrar al santo solitario, lo transportó sobre una alta montaña desde donde le mostró como en un inmenso panorama todos los reinos y magnificencias de la tierra. Luego, creyendo haberle fascinado con tan mágico cuadro, le habló de esta manera: «Este mundo me pertenece y puedo darlo á quien yo quisiere. Tuyo será este poder y esplendor, si postrado ante mí, me adorares». El arcángel destronado, invitaba al Cristo á ponerse á la cabeza de los Judíos y á hacer antes de tiempo el papel del antecristo.

A tan infame proposición, Jesús lanzó al tentador una mirada de indignación y con un gesto imperioso le arrojó de su presencia: «Retírate, Satanás, le dijo, porque escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y á El solo servirás».

El príncipe infernal huyó espantado. Tenía delante de sí, no podía ya dudarlo, al hijo de la mujer que debía arruinar su imperio. El justo que, apoyándose en tres palabras de la Escritura, acababa de resistir tranquilo é impa-

sible á los halagos de la sensualidad, á los transportes del orgullo, á las fascinaciones de la ambición, á todos los prestigios diabólicos, se mostraba bastante superior á los hijos de Adán para pertenecer simplemente á esa raza degradada. ¿Era realmente el Hijo de Dios? Satanás sólo podía conjeturarlo, pero reconocía con certeza al Libertador esperado desde cuatro mil años. Le juró un odio implacable, y se prometió armar contra él y contra su misión redentora no solamente á las milicias infernales, sino también á todos sus secuaces en Judea. Con tales fuerzas indudablemente le vencería y si fuere necesario, también le daría la muerte.

Y mientras que el tentador, furioso por la derrota sufrida, iba á ocultar su vergüenza en los infiernos, la gruta de la montaña resplandecía con deslumbradora claridad. Los ángeles de Dios descendían del cielo, se postraban humildemente en torno de su Señor y le servían, después de su prolongado ayuno, el pan que esperaba de su Padre. Vencedores del enemigo de Dios, como Jesús, se asociaban á su triunfo y se prometían ser sus auxiliares en la lucha que iba á sostener contra los espíritus del abismo.



CAPÍTULO V.

Los primeros Discípulos.

LOS DISCÍPULOS DE JUAN. — HÉ AQUÍ AL CORDERO DE DIOS. — JUAN DA TESTIMONIO DE QUE JESÚS DE NAZARET ES EL MESÍAS. — PRIMEROS DISCÍPULOS DE JESÚS. — JUAN Y ANDRÉS. — SIMÓN PEDRO. — FELIPE Y NATANAEL. — VUELTA Á GALILEA. — *(Joan. I. 29-51.)*



IENTRAS que Jesús, retirado en el desierto, se preparaba por la oración y penitencia á la conquista de las almas, Juan trabajaba en formarle discípulos capaces de comprenderlo. En efecto, algunos penitentes generosos, á fin de aprovechar mejor las enseñanzas del anacoreta é iniciarse en la práctica de las virtudes, se habían puesto bajo su dirección, convirtiéndose la gruta del Bautista en verdadera escuela de santidad.

El austero predicador no contaba entre sus elegidos ni escribas, ni doctores, ni fariseos, ni saduceos. Su doctrina espantaba á aquellos hombres orgullosos y sensuales, más apasionados por el lujo pagano que por la ruda sencillez de los patriarcas. Dios conducía á la escuela del profeta á pobres, á obreros, á pescadores galileos sobre los cuales tenía designios que nadie entonces podía sospechar. Notábase entre estos, sobre todo, á Andrés y Simón hijos de Jonás; á Juan y Santiago hijos del Zebedeo, los cuales ganaban su vida echando sus redes en el lago de Genezaret. Originarios de la pequeña ciudad de Betsaida, situada en la costa septentrional del lago, tenían la misma fe, los mismos gustos, los mismos deseos y la misma admiración hacia el santo precursor. Ellos fueron los primeros en recibir su bautismo y en entregarse á él de todo corazón. Impedidos por sus ocupaciones, pasaban muchos días lejos de su Maestro; pero una vez libres, dejaban sus barcas, sus redes, y se dirigían á la gruta para recibir las lecciones del hombre de Dios.

Lleno de ternura hacia sus discípulos, Juan los instruía por grados en la vida sobrenatural que llevaba él mismo. Los desprendía de la tierra, les inspiraba el amor á la soledad y aficionaba sus corazones al gran Dios que debe ser el objeto único de nuestras aspiraciones. Para ayudarles á elevarse hasta él, les enseñaba las fórmulas de oración (1) que le dictaba el Espíritu Santo y que ellos grababan con cuidado en su memoria. Les hablaba sobre todo con amor del establecimiento del reino de Dios y del Cristo, su divino fundador.

Un día el santo precursor departía, como de costumbre, con algunos de sus discípulos privilegiados, cuando de improviso su atención fué atraída por un viajero que se dirigía hacia ellos. Era Jesús que, descendiendo de la montaña de la tentación, llegaba á las riberas del Jordán. Apenas lo hubo divisado, Juan se sintió movido por el Espíritu á hacer conocer á sus discípulos á ese Cristo de quien tantas veces les había hablado. Señalando con el dedo al viajero, exclamó en un santo transporte: «Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que borra los pecados del mundo.» Esto era designar claramente al Mesías á quien los Doctores aplicaban estas palabras de Isaías: «Ha tomado sobre sí nuestras iniquidades; se ha sacrificado porque lo ha querido; no ha abierto su boca, (2) como calla el cordero delante del que lo trasquila.» Cada día, el Cordero de propiciación inmolado en el templo por los pecados de Israel, recordaba á los Judíos al verdadero Cordero de Dios que, según el profeta, llevaría un día sobre sí todas nuestras iniquidades.

A fin de no dejar duda alguna en el espíritu de sus

---

(1) En San Lucas (XI, 1.) se lee esta palabra: «Señor, enséñanos á orar como Juan lo ha enseñado á sus discípulos.» Los discípulos del santo Precursor se esparcieron en toda la Palestina y aun en las comarcas lejanas en que vivían los Judíos después de la dispersión. En el libro de los Actos, se habla de un hombre elocuente llamado Apolo, que ejercía en Edesa las funciones del apostolado y que no conocía otro bautismo que el de san Juan (Actos XVIII, 24). Existen aun hoy día en algunas comarcas del Oriente, Cristianos de San Juan Bautista. El origen de estos sectarios parece remontarse á ciertos discípulos de Juan que se adhirieron á los herejes de los primeros siglos.

(2) Isaí. LIII, 7.

discípulos, Juan añadió: « De Jesús de Nazaret era de quien os hablaba cuando os decía: « Viene otro en pos de mí que existía antes que yo. Yo no le conocía y no obstante, he venido á administrar el bautismo de agua, únicamente para hacerle conocer en Israel. » Y en prueba de su afirmación, refirió los hechos maravillosos que ocurrieron en el bautismo de Jesús. «Yo he visto, dijo, al Espíritu descender del cielo bajo la forma de una paloma y posarse sobre El. Pues bien, cuando Jesús era todavía desconocido para mí, El que me ha enviado á bautizar en el agua, me había dicho: « Aquel sobre quien veas descender y reposar el Espíritu, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. » Yo he visto este signo y por esto doy testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios.»

Esta afirmación del profeta hizo profunda impresión en el ánimo de sus oyentes. Estupefactos con la súbita aparición del Libertador de Israel, guardaron silencio y Jesús desapareció sin que le dirigiesen palabra alguna. Aficionados al santo precursor, no pensaron ni aún en seguir al nuevo Maestro.

Al día siguiente, Juan se encontraba con dos de sus discípulos, Juan y Andrés, pescadores de Betsaida, cuando Jesús pasó de nuevo delante de ellos. Como en la víspera, Juan exclamó al verlo, señalándolo con un ademán: « Hé ahí el Cordero de Dios. » Pero en esta ocasión, su mirada fué tan expresiva, su acento tan lleno de amor, que los dos discípulos se sintieron conmovidos hasta el fondo del alma. No tuvo Jesús necesidad de decir: « Seguidme. »

Arrastrados por una fuerza irresistible, se lanzaron ellos mismos en su seguimiento.

Jesús continuaba su camino á lo largo del Jordán y notando que le seguían, se volvió hacia los dos jóvenes y les dijo con bondad:

— ¿A quién buscáis?

— Maestro, respondieron ¿dónde vives? indicando que deseaban hablar largamente con él.

— « Venid y ved, » les dijo, y los condujo á la gruta que desde algunos días le servía de asilo.

Era entonces la hora décima y la noche se acercaba. La conversación se prolongó hasta muy entrada la noche;

ambos jóvenes desahogaron su corazón en el de Jesús y cuando se retiraron, no sólo lo habían tomado por maestro, sino que ardían en deseos de conquistarle discípulos.

Simón, hermano de Andrés, se encontraba también en aquel lugar. Andrés corrió hacia él á toda prisa y le dijo con alegría: « Hemos encontrado al Mesías. » Al instante Simón lo dejó todo y siguió á su hermano. Apenas llegaron cerca de Jesús, cuando éste, fijando su mirada en el recién venido le dijo: « Tú eres Simón hijo de Jonás; en adelante te llamarás Cefas, es decir, Piedra. » Simón, el pescador, no comprendió lo que significaba aquel cambio; pero dándole tal nombre, el Maestro señalaba ya en este hombre la piedra fundamental del edificio que intentaba construir.

Al día siguiente, Jesús, acompañado de sus tres discípulos se dirigió á Galilea. En el camino, encontraron á Felipe, oriundo de Betsaida como Pedro y Andrés. « Sígueme », le dijo Jesús; y esta sola palabra penetrando en su corazón como un dardo de fuego, encendió en él el celo más ardiente.

Felipe tenía un amigo, llamado Natanael y corrió en el acto á anunciarle la buena nueva. Natanael, sentado bajo una higuera, meditaba en ese momento sobre los grandes acontecimientos que se realizaban en Israel. Apenas lo divisó, gritóle Felipe:

« Hemos encontrado á Aquel que han anunciado Moisés y los profetas: es el hijo de José, el Carpintero de Nazaret.

— ¿De Nazaret? respondió Natanael sonriendo. ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?

« Ven conmigo y lo verás » repúsole Felipe.

Natanael siguió á su amigo. Viéndole venir hacia él, Jesús le tendió los brazos y dijo: « Hé aquí un verdadero Israelita en quien no hay doblez ni engaño. »

— Señor, observó Natanael ¿cómo puedes saberlo?

— « Antes que Felipe te llamase, yo te vi cuando estabas debajo de la higuera ».

A estas palabras, Natanael comprendió que estaba delante de Aquel que todo lo ve. No pudiendo contener su emoción, lanzó este grito de fe y de amor:

« Maestro ¡Vos sois realmente el Hijo de Dios, el rey de Israel! »

— « Tú crees en mí, replicó Jesús, porque te he dicho que te vi debajo de la higuera; mayores cosas que estas verás todavía. En verdad, en verdad te digo, que algún día verás abrirse los cielos y á los ángeles de Dios subir y bajar sirviendo al Hijo del hombre ».

Tres días después llegaron á Galilea, donde por un primer milagro, Jesús demostró á los cinco discípulos que él disponía, no solamente de los ángeles, sino también del poder del mismo Dios.

CAPÍTULO VI.

Las bodas de Caná.

CANÁ. — LAS BODAS Y LOS INVITADOS. — ¿POR QUÉ FALTÓ EL VINO? — INTERVENCIÓN DE MARÍA. — RESPUESTA DE JESÚS. — EL AGUA CAMBIADA EN VINO. — EL ESPOSO Y EL MAESTRE-SALA. — PODER DE MARÍA SOBRE SU HIJO. — SATANÁS Y LA MUJER ANUNCIADA EN EL PARAÍSO. *(Jo. II, 1-12).*



NATANAEL era natural de Caná, pequeña ciudad situada á orillas de un valle á dos leguas de Nazaret. Jesús tenía allí parientes y amigos, entre otros á Simón hijo de Cleofás, que más tarde fué uno de sus apóstoles. Los seis viajeros, conducidos por la Providencia, se detuvieron en esta aldea.

Aquel mismo día, se celebraban unas bodas en casa de una familia amiga y María la madre de Jesús se encontraba en el número de los invitados. Aunque ella vivía habitualmente oculta en su retiro de Nazaret, quiso esta vez honrar á los esposos con su presencia. Además, el Espíritu que la guiaba le reveló que Dios la deseaba en Caná para hacer ostentación de su gloria.

Hacia la tarde, habiendo sabido el regreso de Jesús de su larga excursión en Judea, los esposos se apresuraron á convidarle al festín juntamente con sus compañeros. Aunque los doctores no asistiesen de ordinario á los banquetes, hacíase no obstante una excepción en caso de bodas y esponsales, á causa del carácter particularmente religioso que revestían estas ceremonias. Jesús aceptó, pues, la invitación de los recién casados, consagrando con su presencia la existencia y la santidad del matrimonio que él se proponía elevar bien pronto á la dignidad de sacramento. Por otra parte, un designio providencial reunía en la humilde mansión de los esposos de Caná á la Virgen María, á su amado Hijo y á los primeros discípulos elegidos por él mismo.

La modesta familia en cuyo hogar se encontraba el divino Maestro sólo había preparado para el festín las provisiones estrictamente necesarias; de manera que, con la imprevista llegada de Jesús y sus compañeros, habiéndose aumentado considerablemente el número de los convidados, notóse en el curso de la comida que el vino comenzaba á escasear. Esto habría sido motivo de gran confusión para los jóvenes esposos, sobre todo en aquella solemnidad de las bodas, en las cuales nada se omitía para acoger dignamente á los parientes y amigos de la familia.

Viendo á los criados azorados y confusos, la Madre de Jesús comprendió inmediatamente la situación angustiosa de los dueños de casa y movida á compasión, sintióse impulsada á socorrerlos; pero, ¿qué medio emplear para conseguirlo? María se inclinó hacia su Hijo y le dijo al oído: « No tienen vino. » — « Mujer, respondió Jesús, ¿qué quieres que haga? Mi hora no ha llegado todavía».

María deseaba y su mirada suplicante lo daba á entender bien claro, que Jesús hiciera uso de su poder soberano para sacar á los esposos de la penosa situación en que se encontraban; pero la actitud de Jesús parecía decir ¿no convendrá diferir el ejercicio del poder divino, hasta el tiempo en que el milagro sea necesario para probar mi misión y acreditar mi doctrina?

Aunque la respuesta de Jesús podía ser considerada como una negativa, María confió en la intervención de su Hijo y, si en realidad la gracia pedida no era reclamada

por el ministerio público de Jesús, la acordaría por amor á su Madre y á causa de sus ruegos. ¿Había rehusado jamás cosa alguna á su Madre? Aproximándose, pues, á los sirvientes, María les dijo: « Haced todo lo que Él os ordene».

Había allí seis grandes ánforas ó vasijas de piedra que servían para las abluciones tan frecuentes entre los Judíos y que podían contener de dos á tres medidas (1). Jesús ordenó á los criados llenarlas de agua hasta el borde. Luego, cuando la orden fué ejecutada, sin decir una palabra, sin hacer la menor señal, por un solo acto de su voluntad, cambió el agua en vino. « Sacad ahora de aquí, les dijo y llevad para que beba el maestresala del festín ».

El maestresala presidía en los banquetes, probaba los vinos y los distribuía á los convidados. En cuanto hubo catado este cuya procedencia ignoraba, encontrólo excelente y se imaginó que el esposo había querido dar una sorpresa á sus invitados. Inmediatamente se dirigió á él felicitándolo en voz baja. « En todas partes, le dijo, se sirve primero el buen vino y después que el paladar de los comensales no está tan delicado, se sirve el que no es tan bueno; pero vos habéis hecho lo contrario, reservando para el fin el vino más exquisito ».

El esposo protestó que lo que pasaba era para él un misterio. Se interrogó á los sirvientes que habían llenado de agua las seis ánforas y ellos refirieron el gran milagro que Jesús acababa de hacer á ruegos de María (2). ¡No fué necesario más para poner de manifiesto ante los compatriotas del Salvador el extraordinario poder de que Dios lo había investido y desde aquel momento los discípulos que le seguían á insinuaciones de Juan, se adhirieron á él con plena y entera fe.

Vióse también en aquella circunstancia memorable, la

---

(1) La medida, *metreta*, contenía cinco litros más ó menos.

(2) Los peregrinos que van á Nazaret, no dejan de visitar á Caná. Hoy día es una villa de ochocientos habitantes, musulmanes y griegos cismáticos. Todavía se ven allí las ruinas de la magnífica iglesia que santa Helena hizo construir en el lugar mismo de la casa en que tuvo lugar el milagro. La fuente de donde se sacó el agua, única en aquel paraje, brota en la parte baja de la villa en medio de higueras y granados.

unión íntima que existía entre la Madre y el Hijo, y cómo los ruegos de María, previstos en los decretos eternos, obtenían de Jesús actos que no habría practicado sin aquella poderosa intercesión. Así como aguardó su consentimiento para encarnarse en su seno, esperó también sus súplicas para cambiar el agua en vino y en el transcurso de los siglos, por un milagro constantemente renovado, serán asimismo los ruegos de María los que transformarán en hijos de Dios á los vástagos degenerados del viejo Adán.

En aquel día, Satanás comprendió perfectamente que el Solitario de la montaña había rehusado cambiar las piedras en pan, nó por falta de poder, sino para ocultarle sus atributos divinos. Además, viendo á María ejercer sobre su Hijo un ascendiente tal, que la hacía omnipotente, reconoció en ella á la criatura misteriosa con que Dios le había conminado desde el principio con estas palabras: « Una mujer te quebrantará la cabeza ». Y le juró un odio eterno é implacable como á su Hijo.

Los días apacibles de la soledad tocaban ya á su término. Después de treinta años de una vida oculta á los ojos de los hombres, Jesús iba á manifestarse al mundo. No conviniendo en manera alguna para sus trabajos apostólicos su residencia en Nazaret, dió su último adiós á aquella dulce morada y, seguido de su Madre, de sus parientes y discípulos, trasladóse á Cafarnaum, que vino á ser desde entonces su residencia habitual y el centro de su ministerio evangélico.





LIBRO TERCERO.

El Mesías en Israel.

CAPÍTULO I.

Jesús en Jerusalén.

EL MESÍAS Y LOS JUDÍOS. — LA FIESTA DE PASCUA. — LOS VENDEDORES ARROJADOS DEL TEMPLO. — EL FARISEO NICODEMO. — SU ENTREVISTA NOCTURNA CON JESÚS. — EL BAUTISMO Y LA REDENCIÓN. — (Joan. II, 13-25. III, 1-21.)

Al inaugurar su misión salvadora en medio de los hombres, Jesús sabía perfectamente que iba á encontrar resistencia y que la mayor parte de sus compatriotas rehusarían recibirle.

Debía presentarse á ellos como el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo y los Judíos no veían en él más que un obrero de Nazaret hijo del carpintero José.

Juan Bautista había preparado los caminos al Mesías y anunciado su advenimiento, pero fuera de un corto número de Galileos instruidos por el predicador del Jordán, nadie

sospechaba que Jesús de Nazaret pudiera ser aquel Mesías tan altamente ensalzado.

Por otra parte, la doctrina del nuevo profeta iba á encontrarse en abierta oposición con las ideas y esperanzas de los Judíos. Estos aguardaban al libertador de Israel y Jesús venía á ellos como el Salvador del mundo entero. Su misión no consistía en restaurar el reino de David, sino en fundar un nuevo imperio de que formarían parte todos los pueblos de la tierra. Y este imperio universal se llamaría el reino de Dios, porque el Dios de justicia y de amor reinaría en todas las almas, primero en la tierra y más tarde en el cielo.

Jesús quería revelar á todos este secreto divino con caridad suficiente para atraer hacia Él á todos los hombres de buena voluntad y con la conveniente oscuridad y misterio, para alejar á los que voluntariamente cierran los ojos á la luz.

Atendidas las preocupaciones de Israel y las pasiones de los sectarios, debía naturalmente contar con desprecios, contradicciones, violencias y aún con la muerte misma; pero todo eso entraba en el plan que había concebido para obtener la salvación del mundo.

Vivamente impulsado á realizar este plan de amor, no permaneció en Cafarnaum sino muy pocos días, los necesarios, no obstante, para atraerse por medio de prodigios el respeto y veneración de los habitantes. Luego, para ponerse en comunicación con todo el pueblo, resolvió visitar en una rápida excursión la capital y las provincias.

Acercábase la fiesta de Pascua: los peregrinos de todas partes se dirigían á la ciudad santa para ofrecer allí los sacrificios acostumbrados. Jesús se juntó á las caravanas en compañía de sus discípulos. A su llegada á Jerusalén, la encontró completamente invadida por los extranjeros que se preparaban para las solemnidades pascuales. Unos se entregaban á las purificaciones legales; otros establecían sus tiendas en las alturas; los jefes de familia se procuraban los corderos que debían inmolar y comer en memoria de la salida de Egipto. Nadie sospechaba siquiera que el verdadero Cordero cuya sangre les libertaría de una esclavitud más terrible aún que la del Egipto, viviera en medio de ellos y participara de la fiesta.

Sin embargo, un acto extraño realizado por Jesús, atrajo repentinamente hacia él la atención de la multitud. Había en el templo un primer recinto que se llamaba atrio de los Gentiles. Allí se reunían á la hora de los sacrificios, los paganos y los prosélitos que venían á Jerusalén para adorar al Dios de los Judíos.

Con la complicidad de los sacerdotes, costumbres abusivas y verdaderamente sacrílegas habían convertido este atrio en público mercado. Allí se vendía vino, aceite, sal, palmas, corderos y todos los objetos requeridos para los sacrificios. Los cambistas instalados en sus oficinas, suministraban á los extranjeros la moneda judaica, única admitida en el templo y conversaban y discutían en el lugar santo como se hubiera hecho en la plaza pública.

Indignado al ver que así se profanaba la casa de Dios, Jesús se aproximó á los mercaderes y les reprochó vivamente aquel tráfico escandaloso que ultrajaba la majestad de Jehová, á la vez que turbaba el recogimiento de los peregrinos, intimándoles al mismo tiempo la orden de retirarse del recinto sagrado; pero ellos apoyándose en la costumbre establecida, rehusaron obedecer á sus órdenes. Entonces inflamado de un santo celo, hizo de cuerdas un azote, arrojó con él á los vendedores con sus animales, derribó los armarios y mostradores en que se colocaban las mercaderías y dinero de los cambistas, y dirigiéndose á los que vendían palomas, les increpó con un tono que no admitía réplica: « Alejaos de aquí con vuestras mercaderías y no hagáis de la casa de mi Padre una guarida de ladrones. »

Fuego divino brillaba en su mirada; la majestad de un Dios resplandecía en su rostro; su palabra tenía el acento de la autoridad suprema y bien se conocía que en aquel templo llamado por El casa de su Padre, estaba en su propia casa. (1) Los mercaderes espantados desaparecieron al instante sin hacer ninguna oposición. Los mismos discípulos, maravillados y estupefactos, se acordaban de las pa-

---

(1) Igneum quiddam atque sidereum radiabat ex oculis ejus, et divinitatis majestas lucebat in facie. (San Jerónimo.)

Orígenes considera esta expulsión de los vendedores del templo como uno de los más grandes milagros del Cristo.

labras de David: « El celo de vuestra casa me devora », é instintivamente las aplicaban á su Maestro.

El pueblo aplaudió aquel acto de energía y de justicia; pero los fariseos, sacerdotes y doctores se preguntaron, con qué derecho ese audaz galileo mandaba en el templo y se permitía condenar los usos autorizados por el Sanhedrín. No atreviéndose á censurar delante de la multitud la represión de un abuso que indignaba á los verdaderos Israelitas, reprocharon á Jesús el que usurpara una atribución de que nadie lo había oficialmente investido.

« Si os creéis encargado de una misión extraordinaria, le dijeron ¿con qué signo auténtico la probáis? »

Estos eran aquellos mismos fariseos orgullosos que rechinaban los dientes por las predicaciones de Juan Bautista y cuya mala voluntad y designios homicidas Jesús conocía demasiado. Pedíanle que probara su misión con un prodigio; pero él les respondió con una alusión al deicidio que iban á cometer y al milagro de su resurrección:

« Destruid este templo, les dijo, hablando del templo de su cuerpo y yo lo reedificaré en tres días. »

« ¡Cómo! respondieron ellos, han sido necesarios cuarenta y seis años para reconstruir este edificio y tú hablas de reedificarlo en tres días! »

Engañábanse entonces respecto al pensamiento del Maestro; pero lo comprenderán más tarde á la luz de los hechos. Por el momento, se retiraron no sin dirigir á Jesús miradas de odio y de venganza. El desafío hecho por el Salvador á los Judíos fué también un enigma para los discípulos; pero cuando Jesús crucificado resucitó de entre los muertos, se acordaron de esta predicción y tanto más creyeron en el gran milagro, cuanto que el Maestro lo había profetizado.

Jesús permaneció en la ciudad santa durante los ocho días de las fiestas pascuales y obró delante de todo el pueblo prodigios tan sorprendentes, que muchos reconocieron en él al Mesías prometido á Israel. Mas, conocía bien las tendencias y preocupaciones de los Judíos, para creer que estas primeras impresiones fueran durables.

Con todo, algunos jefes de la sinagoga, llenos de cierta inquietud á causa de aquel poderoso taumaturgo, deseaban

vivamente informarse con detención acerca de su persona y doctrina. Uno de ellos llamado Nicodemo, fariseo, doctor, miembro del Gran Consejo, personaje muy considerado en Jerusalén, tanto por su posición como por su saber, buscaba una ocasión propicia para conferenciar con el hombre de Dios; pero no atreviéndose por temor á sus colegas, á presentarse ostensiblemente á él, fué á buscarlo durante la noche. Habiendo oído hablar del reino de Dios que el Mesías debía restablecer, rogó al nuevo profeta que le hiciera conocer la naturaleza de ese reino y las condiciones requeridas para ser admitido en él.

« Maestro, le dijo, tened á bien ilustrarme, pues sabemos que vienes de parte de Dios, ya que nadie puede obrar los prodigios que tú haces si Dios no le comunica su poder ».

— « En verdad, en verdad te digo, nadie puede entrar en el reino de Dios sin nacer por segunda vez ».

— « ¡ Nacer por segunda vez ! dijo el doctor, sonriendo ¿ acaso podrá un anciano entrar en el seno de su madre para volver á nacer?

« En verdad, en verdad te digo, repitió Jesús, nadie puede entrar en el reino de Dios si no renace por el agua y el Espíritu Santo ».

Y explicó al Judío que se trataba de un nacimiento espiritual. Despojada de la vida divina por el pecado original, el alma renace á la vida por la gracia del Espíritu Santo y la virtud del agua bautismal. " El hombre nacido del hombre, sólo posee la vida natural; el alma penetrada del Espíritu de Dios, posee una vida espiritual y divina. No te admires, pues, de oirme que es necesario nacer por segunda vez ».

Deslumbrado por tan sublime revelación, Nicodemo había deseado comprender de qué modo obra en las almas el Espíritu Santo.

« A la manera que el viento sopla hacia donde quiere y señala su presencia por el zumbido, ignorándose de dónde viene y adónde va; así también el Espíritu transforma el alma, sin que puedas percibir su misteriosa influencia ».

— « Pero en fin, preguntó Nicodemo, esta regeneración del alma por el Espíritu ¿ es posible ? »

—«¿Cómo, replicó Jesús, tú eres maestro en Israel é ignoras esta maravilla tantas veces predicha por los profetas?¿No has leído en Ezequiel esta predicción formal: «Derramaré sobre vosotros una agua purificadora que os lavará de todas vuestras manchas, os daré un corazón nuevo é infundiré mi Espíritu en vosotros? — En verdad, en verdad te digo, añadió el Salvador, que enseñamos lo que sabemos á ciencia cierta; atestiguamos lo que hemos visto con nuestros ojos. Si no das fe á mi testimonio cuando te hablo del misterio de las almas ¿cómo podrías creerme si te revelara los misterios de Dios?».

Subyugado por la autoridad del Maestro, Nicodemo cesó de discutir y se dispuso á recibir dócilmente los oráculos que iban á salir de sus labios. Antes de comenzar, el Salvador le hizo observar que sólo el Hijo del Hombre descendido del cielo puede conocer y comunicar al hombre los secretos de Dios, y luego entró á descubrirle todo el plan de la redención.

«Cuando los Israelitas andaban errantes por el desierto, prosiguió el Salvador, Moisés pàra curar la mordedura de las serpientes, levantó en alto una serpiente de bronce; así también el Hijo del hombre debe ser levantado entre el cielo y la tierra para sanar la llaga del pecado. Todos los que le miraren con fe poseerán la vida eterna. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Hijo unigénito, á fin de que aquellos que crean en él no se pierdan, sino que tengan la vida eterna. Dios no ha enviado á su Hijo para juzgar al mundo, sino para salvarlo. Quien cree en el Hijo único de Dios, no tiene por qué temer su juicio; pero quien rehusa creer en él, se condena, pues si rechaza la luz y prefiere las tinieblas, es porque sus obras son malas. Quien obra mal, aborrece la luz y huye de ella, porque la luz hace ver sus iniquidades. Quien obra bien, al contrario, ama la luz, porque la luz hace resplandecer sus obras de las cuales no tiene por qué avergonzarse delante de Dios».

Nicodemo escuchaba en un santo arrobamiento al profeta de Nazaret que le revelaba la verdad sobre su persona divina, sobre su obra redentora y sobra la salvación del mundo. Sin comprender todavía todo el alcance de aquellas comunicaciones celestiales, veía diseñarse ya en lontananza

la sombra de la cruz y al Hijo del hombre que le hablaba, sanando desde lo alto de ella á las víctimas de la serpiente infernal. Desde aquel momento consideró á Jesús como el Maestro soberano y le permaneció fiel. Pertenecía al número de esos hombres que hacen el bien y no tienen interés alguno en huir de la luz. Cuando los hombres de las tinieblas conspiren contra el Salvador, Nicodemo recordará la noche memorable pasada en compañía del Hijo del hombre y no temerá proclamarse abiertamente su discípulo y su defensor.

CAPÍTULO II.

Prisión de Juan Bautista.

JESÚS EN JUDEA. — LOS DISCÍPULOS DE JUAN. — SU ÚLTIMO TESTIMONIO. — HERODES Y HERODÍAS. — « NON LICET ». EL CALABOZO DE MAQUERONTE. *(Joan. III, 22-36.)*

PASADAS las fiestas de Pascua, Jesús salió de Jerusalén en dirección al Jordán y durante algunos meses recorrió con sus discípulos los campos de la antigua tribu de Judá. Atraídas por los elogios de que Juan Bautista había colmado al nuevo profeta, las turbas acudían á oirle y recibir su bautismo; y Jesús administraba el sacramento del agua y del Espíritu á todos los que querían entrar en el reino de Dios.

Juan continuaba, sin embargo, su misión de precursor. Habiendo dejado á Bethabara, bautizaba en la ribera opuesta del Jordán en un paraje llamado Ennón. Fiel á su ministerio, no cesaba de impulsar á sus discípulos y numerosos oyentes hacia Jesús el verdadero Mesías de Israel, de quien él no era sino un humilde servidor. Naturalmente las turbas seguían sus indicaciones, adhiriéndose con todo su corazón al nuevo Maestro.

Mas hé aquí que ciertos amigos apasionados del santo precursor, no pudieron soportar que se le abandonase para seguir al profeta de Nazaret, habiendo llegado un día hasta abrir discusión formal con los discípulos de Jesús acerca de la excelencia respectiva de ambos bautismos. Para resolver la cuestión, dirigiéronse al mismo Juan denunciando ante él al Salvador como un rival y un usurpador de su gloria y de sus derechos.

« Maestro, le dijeron, aquel hombre que se encontraba con vos al otro lado del Jordán y á quien has tributado tan honrosos testimonios, bautiza como vos y arrastra á todo el pueblo en su seguimiento ».

Pero el hombre santificado en el seno de su madre que no conocía ni la envidia, ni la vana gloria, dió á sus discípulos esta admirable respuesta:

« La criatura no posee verdaderamente ni tiene derecho de reclamar como suyo, sino aquello que Dios le haya dado. Pues bien, vosostros mismos sois testigos de que os he dicho que yo no soy el Cristo, sino un precursor encargado de prepararle los caminos ».

Y como los discípulos parecieran admirados de verle regocijarse al saber el éxito alcanzado por Jesús, Juan les abrió su noble corazón diciéndoles: « El Cristo es el esposo y la multitud que se agrupa en torno suyo, la esposa. Ahora bien, en el día de las bodas el amigo del esposo se mantiene á su lado, ejecuta sus órdenes y se alegra viéndole feliz. Hé aquí por qué mi gozo es hoy día completo. Por lo demás, mi misión ha concluído; necesario es que él crezca y que yo amengüe. El que viene del cielo, está sobre todos. El testigo de la tierra, repite en un lenguaje terreno lo que se le ha comunicado; el testigo venido del cielo, declara con autoridad sin igual lo que ha visto y oído ».

Juan no podía expresarse con más elocuencia para decidir á sus obstinados discípulos á dejarle y seguir á Jesús, el maestro descendido del cielo para enseñar las verdades emanadas del seno de Dios mismo.

« No se cree en El, exclamó, y sin embargo creer en El es rendir homenaje á la verdad divina, porque viniendo de Dios, no puede hablar sino el lenguaje de Dios. Dios no le ha comunicado su Espíritu con limitación, sino en toda su

plenitud.» Terminado su discurso, Juan dió á Jesús el nombre de Hijo muy amado del Padre y declaró que había recibido del Padre un poder absoluto. Por consiguiente, agregó, «el que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el incrédulo, al contrario, no sólamente no tendrá la vida eterna, sino que la cólera de Dios se cernerá eternamente sobre él».

Tales fueron los últimos acentos de aquella gran voz que desde hacía un año resonaba en las riberas del Jordán anunciando al Salvador. Cumplida su misión, Juan desapareció de repente víctima de un crimen. Dios quiso que después de haber introducido á su Hijo en el mundo, el santo precursor le señalara el camino por donde debía salir de él.

En aquel tiempo, el tetrarca de la Galilea y de la Perea, Herodes Antipas, tenía indignados á sus subditos con los escándalos de su conducta. Hijo de Herodes, el Grande, había heredado de su padre su artificiosa política é innobles pasiones. El año precedente, en un viaje verificado á Roma con el fin de captarse la benevolencia del emperador Tiberio, se había detenido durante algún tiempo en casa de Filipo uno de sus hermanos, quien, excluído de la herencia paterna, vivía en el retiro con su esposa Herodías. Aunque esta era sobrina suya, Herodes se dejó cautivar por los atractivos de su espíritu y belleza y le prometió casarse con ella después de repudiar á su mujer legítima. Herodías no encontrándose satisfecha en la oscuridad, consintió en aquel pacto infame.

El cortesano tetrarca consiguió fácilmente conquistarse en Roma los favores imperiales. Hizo homenaje á Tiberio de una ciudad magnífica que construía á orillas del lago de Galilea, que el vil adulador llamó *Tiberíades*. Seguro ya de la protección del emperador, volvió á su capital resuelto á despedir á su esposa para reemplazarla por la criminal Herodías. Pero la esposa sacrificada, sabedora de la intriga, huyó á casa de su padre, el rey Aretas, cuyo principado confinaba con el de Herodes.

Desembarazado de su víctima, el rey de Galilea hizo venir á Herodías á la corte y se casó públicamente con ella, con desprecio de todas las leyes y gran escándalo de los Judíos. Los esposos adúlteros tuvieron el cinismo de afrontar las miradas del público en la dedicación solemne

de Tiberíades y de atravesar en seguida la Perea para celebrar nuevas fiestas en el castillo de Maqueronte con ocasión de su matrimonio.

Juan Bautista se encontraba entonces en Ennón y se llenó de indignación al ver la ley de Dios tan audazmente violada delante de todo un pueblo. Verdadero profeta del Señor, sin temer á las iras de Herodes, se presenta como Elías delante del príncipe adúltero y enrostrándole sin rebozo su crimen y sus escándalos, le dice: «Rey, no os es permitido tomar la mujer de vuestro hermano.» Incapaz de dominar sus pasiones, Herodes buscó modo de imponer silencio á aquel censor audaz, cuyo ascendiente sobre el pueblo le infundía serios temores. Como los fariseos de Jerusalén detestaban á Juan Bautista, despreciaban su bautismo y hasta le calificaban de endemoniado, el príncipe licencioso se entendió con algunos de ellos para hacer desaparecer á su común enemigo. Acusósele de alborotar todo el país y sublevar al pueblo contra los príncipes y doctores; luego, algunos hombres apostados por Herodes y sus cómplices los fariseos, se apoderaron del profeta dentro del territorio judío donde se había refugiado y transportándole al otro lado del Jordán, lo entregaron al rey, quien lo hizo encarcelar en su castillo de Maqueronte.

Así desapareció el fiel precursor de Jesús. Después de haberle precedido en su misión redentora, le precedió también en la prisión y bien pronto en el martirio.



CAPÍTULO III.

La Samaritana.

JESÚS EN SAMARIA. — EL POZO DE JACOB. — UNA MUJER DE SIQUEM. — SU CONFERENCIA CON JESÚS. — SU CONVERSIÓN. — SEMBRADORES Y SEGADORES. — LA GENTE DE SIQUEM. *(Joan. IV, 1-42.)*



HACÍA varios meses que Jesús evangelizaba con éxito las campiñas de Judea, de manera que los fariseos supieron no sin irritación que el profeta de Nazaret reemplazaba en las márgenes del Jordán al prisionero de Herodes, contando aún con más discípulos que el mismo Juan. Dominados por ruin envidia, los escribas de Jerusalén se complotaban ya en secreto contra el Salvador; pero como no había llegado todavía su hora, Jesús resolvió evitar sus emboscadas regresando á Galilea.

Dos caminos se abrían delante de él: uno seguía la ribera izquierda del Jordán; el otro atravesaba la Samaria. Para evitar todo contacto con los samaritanos, los judíos tomaban ordinariamente el primero; Jesús, al contrario, se dirigió hacia la Samaria, porque sabía que en esta provincia había almas preparadas á recibir la buena nueva.

El territorio de la Samaria se extendía desde el Mediterráneo al Jordán separando la Judea y la Galilea, comarca privilegiada donde el ojo sólo veía montañas cubiertas de bosques, valles plantados de viñas y olivares, campos y praderas de maravillosa fertilidad. Desgraciadamente, este hermoso país era, desde hacía mil años, el teatro del cisma y de la idolatría. Cuando Jeroboán separó de Judá las diez tribus rebeldes, la Samaria se convirtió en el centro del reino cismático de Israel. El pueblo dejó de ir á Jerusalén á ofrecer sacrificios á Jehová; los reyes elevaron altares á los ídolos más abominables, hasta el día en que los Asirios conducidos por un Dios vengador, devastaron el país, transportando á sus moradores á las riberas del Eufrates. Los

colonos extranjeros que vinieron á repoblar la Samaria, mezclaron sus supersticiones con los ritos mosaicos y desecharon, junto con las tradiciones nacionales de los Judíos, todos los escritos de los profetas con excepción del libro de Moisés.

Desde aquel tiempo, el Judío fiel evitaba toda relación con los samaritanos. La raza de Abraham no podía transigir con los restos de la idolatría extranjera. Cuando un hombre de Judá necesitaba trasladarse á Galilea, seguía el camino mucho más largo del Jordán para no tener que atravesar las ciudades y villas de los samaritanos. Y si por cualquier evento se veía obligado á poner un pie en el territorio maldito, jamás admitía hospitalidad ni el más ligero servicio de aquellos falsos hermanos cuya presencia evitaba como si fueran leprosos ó apestados.

Extraño á las preocupaciones de sus compatriotas, Jesús se dirigió en compañía de algunos de sus discípulos, de Jerusalén á Nazaret, por el camino real de Samaria. Pronto llegó á Betel, el paraje aquel en que Jehová prometió á Jacob multiplicar su raza como las arenas del mar. Pocas horas después pasó cerca de Silo, donde el arca de la alianza figura del Mesías, había permanecido durante tres siglos. En fin, después de una nueva etapa de cuatro leguas, detúvose en un valle llamado en la Escritura Valle Ilustre. En este valle de tan grandes recuerdos fué en donde el patriarca Abraham, á su vuelta de la Mesopotamia, plantó su tienda y levantó el primer altar á Jehová; este era también el sitio al cual él y sus hijos conducían sus rebaños. El campo hollado por el Salvador era llamado todavía campo de Jacob.

En esta tierra de los patriarcas, desde donde Jesús contemplaba la ciudad de Siquem y el templo cismático del monte Garizín, encontrábase un pozo cavado por Jacob para las necesidades de la familia y de los rebaños. El divino Maestro, agotado por aquel largo camino recorrido bajo los rayos de un sol abrasador, se sentó á descansar un momento sobre el brocal de este pozo, mientras que sus discípulos se dirigían á Siquem en busca de víveres. Era entonces mediodía; el Salvador aguardaba, orando á su Padre, la vuelta de sus discípulos, cuando hé aquí que una mujer salida de una habitación inmediata, se acerca á sacar agua de la fuente.

Era precisamente la conversión de esta mujer el motivo por el cual Jesús, conducido por el divino Espíritu, había atravesado la Samaria contraviniendo todos los usos de su nación. La desconocida detuvo un instante su mirada sobre el extranjero y conociendo inmediatamente que era un habitante de Judea, disponíase á llenar su cubo sin decir una palabra. Pero Jesús la interpeló diciéndole: « Mujer, dame de beber ».

« ¡Cómo! respondió ella sorprendida, ¡tú eres judío y me pides de beber á mí que soy samaritana! Has olvidado, sin duda, que los judíos no quieren tener trato alguno con los samaritanos ».

En lugar de seguirla en ese terreno escabroso, Jesús con voz dulce y verdaderamente inspirada, la transportó á las regiones sobrenaturales cuyas maravillas deseaba hacerle conocer.

« ¡Oh mujer! si tu conocieras el don que Dios quiere hacer á los hombres y quien es el que te pide de beber, ciertamente le harías la misma petición y él te daría entonces agua viva.

— Señor, no tienes cubo con que sacar el agua y el pozo, como ves, es profundo. ¿De dónde, pues, sacarás el agua de que me hablas? ¿Serás acaso más poderoso que nuestro padre Jacob, quien nos ha dejado este pozo, en el cual sació su sed, él, sus hijos y sus rebaños?

— « Mujer, continuó Jesús, levantándose siempre sobre las ideas materiales, el que bebe el agua de este pozo, volverá á tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, quedará saciado para siempre. Esa agua se convertirá para él en una fuente que brotará hasta la vida eterna ».

La samaritana escuchaba, sin comprender su alcance, las extrañas palabras que llegaban á sus oídos; pero la actitud, la dignidad, la autoridad sobrehumanas del extranjero, hacían en ella una impresión de que no podía darse cuenta. Cediendo, por fin, al deseo de poseer esa agua que Jesús había llamado un don de Dios, exclamó: « Señor, dame de esa agua para no tener más sed, ni necesitar venir á sacarla de este pozo ».

Había llegado el momento de dar el golpe decisivo. Fingiendo querer comunicar estos dones á todos los que ella amaba, Jesús le dijo:

«Vé á buscar á tu marido y tráemelo aquí».

— Señor, respondió, yo no tengo marido.

— Dices la verdad, replicó Jesús, con tono severo, no tienes marido; has tenido cinco y el hombre con quien ahora vives no es tu marido.

«Señor, exclamó la Samaritana sobresaltada, yo veo claramente que tú eres un profeta».

En lugar de irritarse contra el extranjero que leía en su alma secretos que la avergonzaban, la pobre pecadora experimentó para con él un vivo sentimiento de admiración. Sus ojos se abrían á la luz y así adivinando en su misterioso interlocutor á un hombre inspirado por Dios, se apresuró á consultarle sobre la cuestión capital que, desde hacía siglos, dividía á Judíos y Samaritanos.

«Nuestros padres, dijo, extendiendo las manos hacia el Garizín, han adorado siempre á Jehová en aquella montaña y vosotros los Judíos decís que Jerusalén es siempre la ciudad santa de la adoración y del sacrificio».

— Mujer, respondió Jesús, créeme; la hora va á llegar en que no adoraréis al Padre ni en aquella montaña, ni en el templo de Jerusalén. Hasta ahora vosotros adorabais á un Dios que no conocíais; mas nosotros conocemos á Jehová y el culto que le es debido».

«Es verdad que de los Judíos vendrá la salvación. Pero, os lo repito, pronto llegará el día, ó mejor dicho, ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Esos son los adoradores que busca el Padre, pues Dios es Espíritu y quiere ser adorado en espíritu y en verdad».

Estas palabras dichas por el Cristo á una pobre mujer de Siquem, contenían toda la revolución religiosa que él iba á efectuar en el mundo. Hasta entonces Judíos y Samaritanos, apenas habían conocido otra cosa que el culto externo, la inmolación de ovejas y bueyes. Al culto exterior, Jesús iba á agregar el culto interior, el culto del amor, la verdadera religión de los hijos de Dios. En adelante, no será ya ni en el Moria, ni en el Garizín, ni en Heliópolis, ni en Delfos, donde se levantará el altar del sacrificio. Dios es el Padre de todos los hombres y en toda la superficie de la tierra tendrá templos y altares. No habrá ya Judíos ni Gen-

tiles, sino un solo pueblo, el pueblo de la nueva alianza; un solo reino, el reino de Cristo, al que no limitarán ni los ríos, ni las montañas, ni los siglos.

En presencia del porvenir que el profeta descubría á sus ojos, el pensamiento de la Samaritana se orientó naturalmente hacia el Redentor cuyo próximo advenimiento esperaban tanto sus compatriotas como los Judíos.

« Yo sé, dijo, que el Mesías, llamado el Cristo, debe aparecer pronto; cuando venga, El nos lo enseñará todo ».

— Mujer, le respondió Jesús, el Mesías que esperáis es el mismo que contigo está hablando ».

Á estas palabras la pobre pecadora se puso trémula; la gracia iluminó su alma, creyó en Jesús y comprendió que debía amarlo y adorarlo.

En este momento los discípulos volvían de la ciudad trayendo provisiones. Quedáronse asombrados al ver á Jesús conversando con una mujer, porque los sabios de Israel pretendían que más valía quemar la ley que explicarla á una mujer. Según las tradiciones farisaicas, no se debía saludar á la mujer, ni dirigirle la palabra ni conversar con ella públicamente. Sin embargo, el respeto que profesaban á su Maestro, les impidió hacerle ninguna observación á este respecto. Más tarde comprenderán que Jesús, elevando á su Madre sobre toda criatura, ha ennoblecido á la mujer hasta entonces tan despreciada y que por lo demás, comunica con mayor voluntad sus dones á la humilde pecadora, que al orgulloso fariseo. En cuanto á la Samaritana, fuera de sí con el pensamiento de que había encontrado al Mesías, dejó su cántaro junto al pozo y corrió con gran presteza á la ciudad para llevar la buena nueva á sus compatriotas. « Venid á ver, les dijo, á un hombre que me ha dicho cuanto he hecho en mi vida. ¿No pensáis que es el Cristo, el Mesías que esperamos? » Los Samaritanos que la conocían como mujer liviana, se maravillaron al verla tan vivamente emocionada y saliendo en tropel de Siquem, corrieron hacia Jesús.

Durante este tiempo los discípulos tomaban su alimento, mientras que Jesús parecía absorto en una profunda meditación y, como le instasen para que comiese, les respondió:

«Yo me alimento de un manjar que vosotros no conocéis.» Al oir esto, preguntábanse unos á otros si alguien le había traído de comer mientras estaban ausentes. Jesús les dijo entonces: «Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado. Vosotros conocéis el proverbio: «cuatro meses transcurren entre la siembra y la siega.» Pues bien, yo os digo: «Levantad los ojos y ved el campo cubierto de mieses ya maduras.» Y efectivamente, mirando hacia Siquem, los discípulos divisaron una multitud de hombres, mujeres y niños que acudían á toda prisa. La semilla derramada en el corazón de una pobre mujer, había ya hecho rendir una abundante cosecha.

Jesús explicó á sus discípulos el fenómeno de aquella precoz madurez y el feliz destino que les estaba reservado. Por esa misma tierra, antes que ellos, habían pasado aquellos sembradores llamados patriarcas y profetas; habían sembrado el campo del padre de familia, depositando en todos los corazones la esperanza en el Libertador. El Cristo á su vez, va á atravesar la heredad de sus padres sembrando por todas partes su Evangelio y preparando la cosecha: «En cuanto á vosotros, agregó el divino Maestro, se realizará el proverbio: Uno es el que siembra y otro el que cosecha». «Yo voy á enviaros á segar donde no habéis sembrado; otros habían tenido aquel trabajo y vosotros no haréis más que recoger el fruto de sus fatigas. Y el segador recibirá su recompensa y la cosecha regocijará en la eternidad, tanto el corazón del que la segó, como el corazón de aquellos que derramaron en la tierra la semilla bendita».

Mientras Jesús hablaba, una multitud cada vez más compacta de Samaritanos se estrechaba y oprimía á su alrededor. Desde que oyeron declarar á la Samaritana que sin tener el menor conocimiento de ella, le había hecho una relación de su vida entera, creyeron verdaderamente en su misión divina. El Salvador acogió con bondad á aquellos hombres de fe candorosa y sincera, y cediendo á sus deseos, detúvose dos días completos en su ciudad. Hablóles del reino de Dios que él venía á fundar en este mundo y confirmólos en la opinión que ya tenían acerca de su persona. «Ahora creemos en El, decían aquellos á la Samaritana, no tanto por tu testimonio, sino porque le hemos

oído decir á El mismo, que es El, el verdadero Salvador del mundo ». (1)

Así hablaban los Samaritanos. Más felices que los Judíos, no tenían letrados envidiosos y soberbios que corrompieran la sencillez de su corazón y pusieran obstáculos á la obra de la gracia. (2) No sin pesar, se separó de ellos Jesús para volver á tomar el camino de Galilea.

---

(1) El martirologio romano fija en 20 de marzo la fiesta de Santa Fotina, la Samaritana del Evangelio. Según diversas tradiciones, se retiró á Cartago con uno de sus hijos; allí predicó á Jesucristo y murió en la prisión por la fe, en tiempo de Nerón.

(2) Como lo había anunciado el Salvador, los apóstoles hicieron una buena cosecha en Samaria. Esta provincia vino á ser el centro de florecientes cristiandades El famoso filósofo Justino, natural de Siquem, se convirtió al cristianismo, lo defendió en elocuentes apologías y fué martirizado en el reinado de Marco Aurelio.

El pozo de Jacob cerca del cual reposó Nuestro Señor esperando á la Samaritana, se convirtió bien pronto en lugar de peregrinación. Edificóse cerca de él una magnífica iglesia, de que hace mención San Jerónimo. Hablando de la ilustre Santa Paula dice: « Atravesó Siquem y entró en una iglesia edificada cerca del pozo donde Nuestro Señor, teniendo hambre y sed, tomó por alimento la fe de la Samaritana: *Samaritanae fide satiatus est* ».



CAPÍTULO IV.

Jesús en Galilea.

EL SALVADOR EN NAZARET. — SU RETRATO. — DISCURSO EN LA SINAGOGA. — INCREDULIDAD DE LOS HABITANTES DE NAZARET. — « NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA. » — EL MONTE DEL DESPEÑADERO. — EXCURSIÓN EN GALILEA. — UNA CURACIÓN MILAGROSA. — *(Luc. IV, 14-30 — Joan. IV, 43-54.)*

JESÚS deseaba ardientemente evangelizar la Galilea, su país amado y particularmente la pequeña aldea de Nazaret que le traía á la memoria tan dulces recuerdos. Allí estaba la humilde morada donde pasó su dichosa juventud al lado de su madre María y de José su padre adoptivo. Aunque sus compatriotas abrigaban grandes dudas respecto á su misión divina, se referían de él tantas maravillas, que deseaban vivamente verle y oirle. De manera que, cuando el día del sábado Jesús se dirigió á la sinagoga, una multitud inmensa de nazarenos llenaba el vasto recinto.

Allí pudieron ver al mismo hijo del carpintero, como le llamaban, tal como le habían conocido. Vestido de una larga túnica ceñida con una simple correa, envuelto en su modesto manto: nada había cambiado en su porte exterior. Todos reconocieron en él al hombre de semblante austero, mirada ardiente, largos cabellos flotantes sobre los hombros, fisonomía dulce y melancólica que inspiraba, aun á los niños, respeto y amor. (1)

El servicio religioso comenzó. Terminado el canto de los salmos, el ministro designó á los oficiantes quienes, según la costumbre establecida, subieron sucesivamente á la cátedra y á una señal del jefe de la sinagoga, dieron lectura á los libros de la Ley. Luego, sacó del *Sacrarium* el Libro

---

(1) Retrato tradicional del Salvador.

de los profetas y como Jesús pertenecía por su vida pasada á la congregación de Nazaret, puso en sus manos los rollos sagrados. Jesús subió á la cátedra, abrió el libro en el pasaje indicado para aquel día y leyó estas palabras del profeta Isaías: «El Espíritu de Dios está conmigo, porque me ha consagrado por la unción santa. Me ha enviado á predicar el Evangelio á los pobres, á sanar á los corazones afligidos, á anunciar la libertad á los cautivos, á dar á los ciegos luz, á los oprimidos alivio en sus penas, á todos, el año santo, el jubileo del Señor y el día de las solemnes retribuciones». Habiendo enrollado en seguida las hojas del libro, Jesús lo entregó al ministro y se sentó para explicar las profecías.

Todos los asistentes tenían fijos en él los ojos; todos se preguntaban con un interés mezclado de ansiedad, cómo iría á expedirse aquel doctor recién salido de un taller. Jesús, levantando la voz, pronunció estas palabras muy sencillas, pero que respondían á las preocupaciones de la asamblea respecto de su misión: «La profecía que acabáis de oir, se realiza hoy día en medio de vosotros.» Y repasando una á una las palabras del texto sagrado, demostró que tenía por objeto, no el profeta Isaías ni la libertad de los Israelitas cautivos en Babilonia, sino el gran Libertador que debía redimir el mundo de la verdadera cautividad. Hoy día, las figuras desaparecen delante de la realidad; el espíritu de Dios ha descendido sobre Aquel que debe anunciar la buena nueva. Los pobres que saben humillarse en su nada, recibirán la abundancia; las almas quebrantadas por el dolor de sus faltas, quedarán purificadas; los hombres encadenados por el espíritu malo, recobrarán la libertad; los ciegos espirituales verán resplandecer la luz de la verdad. El año santo comienza, la trompeta del jubileo de los pueblos se deja oir, el Mesías ha llegado y el reino de Dios va por fin á establecerse.

Tales fueron las ideas que desarrolló Jesús; pero con tanta gracia y unción, que todos sus oyentes daban testimonio por su actitud y aplausos, de la profunda impresión que experimentaban á cada palabra del orador. Una gran lucha, sin embargo, se libraba en sus almas. Este hombre que les hablaba con una autoridad verdaderamente divina,

que acababa de darse implícitamente por el Mesías, no era, después de todo, más que un pobre sin letras, oriundo de una pequeña aldea en que todos le habían visto manejando la lima y el cepillo. Y estupefactos, preguntábanse unos á otros: ¿No es éste el hijo de José el carpintero? ¿De dónde le habrá venido esa sabiduría y poder que se le atribuyen, cuando no ha frecuentado escuela alguna? Por otra parte ¿por qué no hace aquí prodigios como en Cafarnaum para apoyar sus pretensiones?

Jesús conocía perfectamente los pensamientos que se agitaban en el fondo de sus corazones: «No se me oculta, díjoles, que vosotros me aplicáis el proverbio: Médico, cúrate á ti mismo. Obra en tu país las curaciones que, según es fama, obraste en Cafarnaum.» En verdad, en verdad os digo, que nadie es profeta en su patria. En cuanto á hacer milagros, recordad que en tiempo de Elías, cuando pasaron siete años sin que cayera una gota de agua del cielo, desolando el hambre más horrible á toda la ciudad, recordad que había muchas viudas en Israel; no obstante, el profeta no fué enviado á una sola de entre ellas, sino á la viuda de Sarepta en el país de Sidón, en medio de un pueblo idólatra. Recordad asimismo que en tiempo de Eliseo, había gran número de leprosos en Israel; sin embargo, ninguno de ellos alcanzó su curación del profeta sino Naamán el sirio».

Murmuraban los nazarenos al ver que Jesús no quería hacer ningún milagro en favor de sus compatriotas y creían que sobre ellos prefería á los idólatras de Sidón de quienes acababa de hablar. En vez de entrar dentro de sí mismos y de reprocharse su orgullo é incredulidad, creyéronse injustamente despreciados. Pronto su resentimiento se convirtió en furor y dejándose llevar de la violenta exaltación á que les impulsaba el espíritu de las tinieblas, arrojaron á Jesús de la sinagoga y llevándole fuera de la ciudad en medio de imprecaciones y blasfemias, lo condujeron hasta la cima de la montaña á cuyo pie se encuentra Nazaret. (1)

---

(1) Los peregrinos no dejan de visitar esta montaña que se llama el Monte del Despeñadero. Aunque me encontraba, dice el Padre Geramb, detrás de algunas piedras que forman una especie de parapeto, cuando miré hacia el precipicio, su aspecto me hizo estremecer. Al pie de la

En este lugar se encuentra una roca cortada á pico, que domina sobre un precipicio espantoso. Desde esa cima de ochenta pies de altura, querían aquellas furias lanzar á su víctima sobre los peñascos que rodean la montaña. Pero la hora del sacrificio no había aún llegado. En el momento en que ponían sus manos sobre el Salvador para consumar el crimen, una fuerza superior paralizó sus brazos y mientras, inmóviles y mudos, se miraban unos á otros, Jesús pasó tranquilamente por medio de ellos y se fué á llevar la buena nueva á poblaciones más hospitalarias.

Lejos de imitar á los habitantes de Nazaret, los Galileos, al contrario, acogieron á Jesús con entusiasmo y cariño. En las últimas fiestas pascuales habían admirado los prodigios obrados en Jerusalén y más que nada el valor sobrenatural desplegado por su compratriota cuando expulsó del templo á los vendedores. Regocijábanse de volver á ver al taumaturgo esforzado que imponía su autoridad sobre mercaderes y doctores.

Los Galileos se distinguían por su valor y fidelidad. No habían podido ver sin indignación á Jerusalén cautiva y á los Romanos ejerciendo dominio sobre los hijos de Abraham. Sin embargo, aunque celosos observantes de la ley mosaica, se les despreciaba en Judea á causa de sus relaciones con los Gentiles, Griegos, Sirios, Arabes, Romanos, dispersos en su país. Además, dedicados casi por completo á sus faenas agrícolas, aquellos rústicos labradores se preocupaban poco de las controversias debatidas entre escribas y fariseos. Esta indiferencia agregada á su acento nada culto, los hacía despreciables á los ojos de los letrados y por tanto, no era de Galilea de donde los Judíos esperaban la salvación de Israel.

Pero esta simplicidad tan desdeñada por los doctores de Jerusalén, era precisamente la cualidad que Jesús exigía de las almas para prodigarles sus favores. Durante muchos meses sembró en aquel país la verdad divina, como lo había hecho en Judea, reuniendo á la muchedumbre en la

---

roca hay un altar en el que los padres franciscanos, en un día fijo, van á celebrar una misa cuyo Evangelio es el texto de San Lucas que refiere el hecho ocurrido en ese lugar.

sinagoga de los pueblos y villas que recorría. « Ha llegado el tiempo de hacer penitencia, les decía; creed en el Evangelio que os anuncio ». La predicación de Juan Bautista resonaba de nuevo en los oídos de aquel pueblo, aunque más dulce y avasalladora.

Y cuando veía que las almas se hallaban preparadas á recibir los secretos divinos, mostrábales en qué consistía el reino de Dios y cómo el alma purificada por la penitencia, viene á ser semejante á un trono donde El reina como único Maestro y Señor.

Predicaba á los pobres, á los enfermos, á los afligidos, anhelando únicamente salvarlos á todos. Privado de las cosas más indispensables, como el último de los indigentes, sentábase á la mesa de aquellos que le invitaban y reposaba allí donde se le ofrecía abrigo. A menudo, llegada la noche, retirábase á un lugar solitario y oraba á su Padre del cielo por aquellas pobres almas á quienes venía á salvar.

Bien pronto en toda la Galilea, sólo se hablaba y con verdadera admiración, del profeta de Nazaret y de sus predicaciones. Sus numerosos discípulos esparcieron por donde quiera la fama de su nombre y de las maravillas que obraba, dando así al Salvador una nueva ocasión de mostrar su poder, como vamos á verlo.

Llegaba á la pequeña ciudad de Caná teatro de su primer milagro, cuando un oficial real de Cafarnaum, agobiado por el dolor, vino á arrojarse á sus pies. Su hijo sufría desde largo tiempo de una fiebre violenta y se había perdido toda esperanza de salvarlo.

El desgraciado estaba entregado á la más horrible desesperación, cuando oyó decir que Jesús, el nuevo profeta de quien todos hablaban, se encontraba en Caná. A esta noticia, brilló á sus ojos un rayo de esperanza y dejando al enfermo en su angustiosa agonía, se dirigió al único médico que, según se decía, podría sanarlo.

Llegado á Caná presentóse inmediatamente al Salvador y le suplicó que fuera á Cafarnaum para dar la salud á su hijo: « Apresurémonos, le decía llorando, porque ya se muere. » Jesús conoció con una mirada las disposiciones interiores del oficial. Habituado á la vida del campamento,

aquel hombre poco caso hacía del reino de los cielos que predicaba el divino Maestro. Habíasele encarecido el poder del profeta de Nazaret y venía resuelto á pedir la curación de su hijo. Tal era la disposición general de los espíritus: admirábanse los actos del Salvador, mas no se reconocía en él al Mesías. Jesús no pudo menos de hacer notar esta falta de fe. « ¿ Será preciso, le dijo, multiplicar los milagros y prodigios para que podáis creer? »

Pero el pobre padre completamente embargado por su dolor, no comprendió este reproche. Contentóse con acentuar cada vez más su deseo y confianza, exclamando con insistencia: « Venid, Señor, venid antes que mi hijo muera ».

Jesús movido á compasión, acogió favorablemente sus súplicas; pero á fin de hacerle comprender que el dueño de la vida y de la muerte no ha menester poner su mano sobre un enfermo para sanarlo, levantóse solemnemente y dijo al oficial: « Vé; tu hijo está sano ».

El dichoso padre volvía á toda prisa á Cafarnaum, cuando le salieron al encuentro varios servidores de su casa, anunciándole llenos de contento la curación completa de su hijo.

« ¿ Hacia qué hora comenzó la mejoría? » preguntó el oficial estupefacto. — « Hacia la hora séptima lo dejó del todo la fiebre, » respondieron los criados.

Eran esos precisamente los momentos mismos en que Jesús, le había dicho: « Vé; tu hijo está sano. » El valiente oficial creyó en El juntamente con toda su familia.

Desde Caná, Jesús volvió á tomar el camino de Cafarnaum. En el espacio de seis meses había recorrido las tres provincias de la Palestina anunciando por todas partes la buena nueva. Las lluvias del invierno comenzaban á inundar ya de tal manera los caminos, que se hacía casi imposible transitar por ellos.

El Salvador entró, pues, de nuevo en la ciudad escogida por El como su lugar de reposo entre dos viajes.



CAPÍTULO V.

El lago de Genezareth.

CAFARNAUM. — EL LAGO. — EL VALLE DE GENEZAR. — LA GALILEA DE LAS NACIONES. — EL TETRARCA FILIPO. — PROFECÍA DE ISAÍAS. — JESÚS EN BETSAIDA. — LA PESCA MILAGROSA. — CUATRO VOCACIONES. — *(Mat. IV, 13-22. — Marc. I, 16-20. — Luc. V, 11-17.)*

Cafarnaum, capital de aquella parte de la Galilea conocida con el nombre de Galilea de las naciones, contaba de quince á veinte mil habitantes, á los cuales hay que agregar los numerosos extranjeros que, atraídos por la suavidad de su clima y por sus pintorescos parajes, pasaban allí gran parte del año.

No sin razón tenía por nombre *hermosa ciudad.* (1) A sus pies, en un espacio de seis leguas de largo por tres de ancho, el lago de Genezareth extendía sus aguas más frescas y límpidas que las de una fuente. Multitud de peces jugueteaban en aquella balsa de cristal, mientras que toda suerte de pajarillos de variado plumaje, voltejeaban sobre su superficie. Más de quinientas barcas salían diariamente de las aldeas del litoral, comunicando por doquiera animación y vida.

En la ribera occidental donde se levantaba la ciudad cabecera, extendíase en una longitud de varias leguas el delicioso valle de Genezar cuyo nombre significa: *jardín de la abundancia.* Encajonado por las montañas que rodean el lago, atravesado por arroyos que le surcan en todas direcciones, formaba un oasis de maravillosa fecundidad. Encontrábanse allí las producciones de todos los climas: el nogal de los paises fríos y la palmera que pide un sol ardiente para madurar sus frutos. La parra levantaba sus cepas

(1) Las palabras hebreas, *Caphar, naum,* significan, bella ciudad.

cargadas de racimos hasta la altura de treinta pies. Por todas partes, largas filas de higueras y olivos encuadraban las quintas y jardines, á la vez que, gracias á una perpetua primavera, los frutos y las flores se sucedían sin interrupción. Para pintar con una sola palabra aquel rico y magnífico valle, los Judíos lo llamaban el *nuevo Edén.* (1)

Naturalmente, una población considerable habitaba tan hermoso paraje. En medio de praderas formadas de mirto y laurel-rosa que orlaban las riberas del lago, florecían entonces ciudades para siempre célebres: Betsaida, Corozaim, Mágdala, Dalmanuta y aquella Tiberíades, la nueva capital del rey Herodes. Allí, en un soberbio palacio, era donde el tetrarca residía de cuando en cuando con su corte, en medio de los esplendores de una civilización enteramente pagana.

Dios había preparado aquél Edén al nuevo Adán, para facilitarle su misión sobre la tierra.

De todas las comarcas que Jesús acababa de recorrer, ninguna le ofrecía iguales ventajas. Los Galileos del lago, á pesar del roce con millares de extranjeros, habían conservado la sencillez de sus antepasados. Viviendo tranquilamente del producto de su pesca, esperaban el nuevo reino predicado por Juan Bautista. La palabra de Dios será, sin duda, mejor recibida en las sinagogas de la Galilea que en el templo de Jerusalén. Los sectarios de Tiberíades no han pervertido aún á los aldeanos de Genezar, ni á los pescadores del lago.

Desde otro punto de vista, Cafarnaum ofrecía también á Jesús un centro incomparable de acción. Sin salir de la ciudad, podía instruir, no sólo á sus conciudadanos, sino también á una multitud de extranjeros de todas las naciones. Situada á la embocadura del Jordán, Cafarnaum era el punto de comunicación entre los varios caminos que conducían de la Siria y Fenicia, á Siquem y á Jerusalén. Deteníanse allí los mercaderes de la Armenia; las caravanas de Damasco y Babilonia que trasportaban los productos del Oriente; las guarniciones romanas en su tránsito hacia la Samaria ó Judea, y el sin número de peregrinos que subían

(1) Los diversos elementos de esta descripción se han tomado del historiador Josefo. (*Bellum judaicum, II, III, passim*).

á la Ciudad Santa en los días de fiesta. Aquellos mercaderes, soldados, paganos y peregrinos, rodearán á Jesús á orillas del lago y recibirán á su paso las divinas enseñanzas.

Además, teniendo en cuenta el odio lleno de envidia de los sectarios, Jesús necesitaba de una ciudad de refugio para cumplir su ministerio sin exponerse á caer en sus manos antes del tiempo señalado por su Padre.

Podía preverse que la tolerancia de los fariseos para con él no sería mayor que la que habían dispensado á Juan Bautista y que Herodes por su parte no retrocedería ni ante un crimen, á fin de librarse de un nuevo censor. Ahora bien, al otro lado del Jordán, á pocas leguas de Cafarnaum, reinaba el tetrarca de Iturea, Filipo, hermano de Herodes, príncipe amigo de la paz y cuya política consistía únicamente en no descontentar ni á los Romanos, ni á sus propios súbditos. De manera que, si Jesús se hallase expuesto á las persecuciones de Herodes ó de los fariseos, evitaría todo peligro con sólo refugiarse en los dominios de Filipo.

Por todas estas razones, Dios señaló á Cafarnaum, punto de cita de todos los pueblos, como residencia del « Deseado de las naciones. » Así se cumplían los destinos de esta comarca entre todas bendita, destinos predichos por Isaías siete siglos antes del nacimiento del Salvador. « La tierra de Zabulón y de Neftalí, exlamaba el profeta, las vías del mar, más allá del Jordán, la Galilea de las naciones, el pueblo sentado en las tinieblas ha visto brillar una gran luz; el día ha resplandecido sobre esas regiones sepultadas en las sombras de la muerte. » Y añadía: « Un pequeño niño nos ha nacido, y será llamado el Admirable, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz. Se sentará en el trono de David y su imperio pacífico no tendrá fin ». ¡Dichosa tierra de Galilea, si sabe desterrar sus tinieblas y marchar á la luz de las claridades celestiales!

Algunos días después de su vuelta á Cafarnaum, se paseaba Jesús á lo largo del lago meditando sobre aquel imperio pacífico que debía extenderse á todo el universo y durar hasta el fin de los siglos. A su paso por la tierra, sólo podía sentar sus bases y promulgar sus leyes. Tratá-

base, pues, no sólo de multiplicar los discípulos, sino de escoger auxiliares generosos que, formados por El, perpetuasen su obra en medio del mundo. Con el designio de buscar cuanto antes algunos de esos futuros conquistadores, se dirigió á la pequeña población de Betsaida, donde vivían hombres según su corazón. Simón hijo de Jonás, á quien en el primer encuentro había llamado Pedro, Andrés su hermano y los dos hijos del Zebedeo, todos discípulos de Juan Bautista y todos también sinceramente adictos á quien Juan designaba como el Mesías.

Después de seguir durante algún tiempo al nuevo Maestro, los cuatro pescadores habían vuelto á sus redes aguardando las grandes cosas que el Libertador debía realizar para la salvación de Israel. Trabajaban en común, el Zebedeo en su barca y Pedro en la suya. Andrés, Juan y Santiago obedecían á sus órdenes ayudados de algunos jornaleros. Echaban las redes durante la noche y las remendaban durante el día. Ocupados en sus rudas tareas, estos rústicos pescadores no pensaban siquiera en estudiar las letras y hablaban toscamente el siro-caldeo, lengua usada desde la cautividad y á veces empleaban locuciones de un griego semibárbaro, aprendidas en sus relaciones con los extranjeros. En cambio, conocían la ley de Jehová, transmitida al pueblo por Moisés y los profetas, y la observaban con religioso respeto.

Apenas llegó Jesús á Betsaida, todo el pueblo acudió hacia El. Ardían en deseos de ver al profeta de Nazaret cuya fama aumentaba de día en día. Pedro, Andrés y los hijos del Zebedeo vinieron también á saludar á su Maestro, haciéndose en breve tan grande la aglomeración de gente, que le fué imposible al Salvador moverse ó hablar á la muchedumbre que le oprimía por todas partes. Divisando entonces dos barcas amarradas á la orilla, subió á una de ellas que pertenecía á Simón Pedro y rogó á este que la alejara un poco de la tierra.

Sentóse en seguida en ella y predicó á las turbas, pero sin olvidar el objeto que le había llevado á Betsaida.

Terminada la instrucción, dijo á Pedro: « Avanza mar adentro y suelta tus redes. Al dar esta orden, sabía Jesús que ponía á prueba la fe de su discípulo: « Maestro, res-

pondió Pedro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; no obstante, sobre vuestra palabra echaré la red ».

Con la ayuda de su hermano, viró mar afuera, cogiendo tal cantidad de peces, que las mallas de las redes se rompían. Hicieron señas á sus compañeros para que viniesen á ayudarles; acudieron al instante Juan y Santiago, y ambas barcas se llenaron de peces á tal punto, que poco faltó para que se hundieran.

A la vista de semejante prodigio, Pedro se sintió indigno de estar en la presencia de Jesús: « Señor, le dijo, cayendo de rodillas á sus pies, apartaos de mí porque soy un hombre pecador. » Santiago y Juan, y todos los que estaban en la barca quedaron como él llenos del más profundo estupor en presencia de aquella pesca milagrosa.

Jesús tendió la mano á su discípulo diciéndole con dulzura: « No temas: en adelante serás pescador de hombres ». El Salvador veía ya en el mar del mundo la barca de su Iglesia. Hacía cuatro mil años, los patriarcas y profetas arrojaban sus redes en la noche tenebrosa del paganismo y trabajaban sin el menor éxito. Pero una vez en aquella barca con sus compañeros, Pedro sostenido por la gracia divina, arrancaría del abismo y conduciría al puerto la innumerable multitud de los hijos de Dios.

Llegado era el momento de revelar á los cuatro pescadores el proyecto ideado. Aproximándose á Pedro y á Andrés, díjoles sencillamente: « Seguidme y yo os haré pescadores de hombres. » Arrastrados por un encanto irresistible, abandonaron en el acto barca y redes, y le siguieron. Santiago y Juan habían vuelto ya á la otra barca y en compañía de su padre el Zebedeo comenzaron á remendar sus redes. Jesús se dirigió por ese lado, diciendo del propio modo á ambos jóvenes: « Seguidme ». Al istante, dejando las redes y á su padre, se fueron en pos de su Maestro juntamente con sus compañeros. Solo en la barca, el Zebedeo vió sin pena alejarse á sus dos hijos, porque una voz del cielo murmuraba á su oído que ambos serían grandes en el reino de Dios.

Y Jesús se encaminó á Cafarnaum, llevando consigo, como primeros fundamentos de su obra, á los cuatro pescadores de Betsaida.

CAPÍTULO VI.

Segunda excursión en Galilea.

EL ENDEMONIADO DE CAFARNAUM. — LA SUEGRA DE PEDRO. — ENTUSIASMO DE LOS CAFARNAÍTAS. — EXCURSIÓN. — LAS SINAGOGAS. — PREDICACIONES DE JESÚS. — CURACIÓN DE UN LEPROSO. *(Matth. VIII, 14-23.— Marc. I, 21-45. — Luc. IV, 31-44; IV, 12-16.)*

TODOS los días de sábado, Jesús se dirigía á la sinagoga de Cafarnaum y daba allí sus enseñanzas al pueblo. Escuchábase con avidez aquella palabra llena de autoridad que no se asemejaba á ninguna otra y nadie se cansaba de admirar á aquel nuevo doctor, cuyo carácter, virtudes, modesta actitud y aire inspirado, hacían pensar en los ángeles del cielo. Sus oyentes decían que aunque aquel predicador de la penitencia no tenía las apariencias del poderoso guerrero anunciado por los profetas como Libertador de Israel, un sin número de hechos prodigiosos les hacía ver en este hombre dulce y pacífico, una fuerza que desconcertaba todas las suposiciones.

Había en Cafarnaum un hombre poseído del espíritu impuro, de quien se servía el demonio para manifestar su extraordinario poder y aterrorizar á todos los habitantes del país. Un día de sábado, el poseído fué á la sinagoga y se mezcló con el pueblo que escuchaba en esos momentos á Jesús con religiosa atención. Poseído de rabia, el demonio reconoció en el acto al enviado de Dios y estalló en gritos lastimeros. ¡Jesús de Nazaret! clamaba, déjanos en paz¿ Qué tenemos que hacer contigo? ¿Vienes aquí á derribar nuestro poder? ya te conozco: Tú eres el santo de Dios... «Cállate, le respondió Jesús con tono amenazador y sal de ese hombre.»

El espíritu infernal obedeció, pero se vengó en el poseso, quien comenzó á experimentar violentas convulsiones. Después de haberlo sacudido horriblemente, el demonio lo arrojó en tierra en medio de la asamblea y salió de aquel

cuerpo, esclavo suyo, dando tan espantosos rugidos, que sobrecogió de temor á todos los asistentes. Libre ya de su tirano, el endemoniado se levantó sano y salvo. Los testigos de aquella escena estaban mudos de asombro. David, sin duda, había calmado con sus cantos los furores del mal espíritu que atormentaba á Saúl; los Judíos por medio de sus exorcismos lograban por fin apaciguar á los demonios; pero ¿quién había visto jamás á un hombre que tuviera poder para mandar imperiosamente á los espíritus del abismo? ¿Cuándo, exclamaban los Cafarnaítas, se ha presenciado cosa semejante? ¿De dónde viene esta nueva doctrina y con qué autoridad este profeta obliga á los demonios á obedecerle?

La fama de Jesús se extendió luego por todo el lugar, tánto más, cuanto que saliendo de la sinagoga, hizo un nuevo milagro. La suegra de Pedro yacía en cama atormentada por una fiebre violenta. Después del servicio religioso, el Salvador acompañado de sus discípulos, se acercó á ella y tomándola de la mano la incorporó en su lecho. Entonces con un imperio irresistible ordenó á la fiebre que se retirara al punto.

Tan súbitamente cesó la enfermedad, que la suegra de Pedro, llena de vigor y fuerza, dejó en el acto la cama y se ocupó en preparar la comida. Era la hora en que, el día del Sábado, se reunían los parientes para tomar parte en un festín más suntuoso que de ordinario, á causa de ser día de fiesta y Jesús quiso asistir á él con sus discípulos.

Esta curación llenó de emoción á la ciudad entera. Los inválidos y enfermos, también quisieron tener parte en los beneficios de que tan pródigo se mostraba el profeta. Hacia la puesta del sol, cuando no se tenía ya nada que temer respecto á la violación del reposo sabático, una verdadera procesión de suplicantes condujo á su presencia, sobre angarillas, á todos los enfermos de la ciudad y á gran número de posesos. Una población entera había estacionada delante de la puerta. Jesús extendió las manos sobre todos los enfermos que se le presentaron y les volvió la salud, cumpliéndose de esta manera, las palabras de Isaías: « Tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades. »

Con una sola palabra arrojó á los demonios de los

cuerpos de que se habían apoderado y aquellos, huyendo despavoridos, gritaban llenos de despecho: «Sabemos que tú eres el Hijo de Dios». Prohibióles, empero, que lo llamasen Cristo é Hijo de Dios; títulos que proclamados prematuramente hubieran inducido á sus enemigos á aprehenderlo como blasfemo antes de cumplir su misión. El Salvador, verdadero sol divino, quería iluminar al mundo, pero temperando su luz, según la fuerza ó debilidad de los espíritus.

Al día siguiente muy de mañana, Jesús trepó á una colina que dominaba la ciudad. Retiróse á un lugar solitario para orar á su Padre, antes de emprender una nueva excursión á través de las comarcas de Galilea que aún no había visitado. Mas, mientras oraba, los Cafarnaítas, dominados todavía por la impresión de los acontecimientos de la víspera, rodearon la casa de donde acababa de salir, reclamando á grito herido á su insigne bienhechor. Pedro y sus compañeros salieron á buscarlo y habiéndole encontrado, le dijeron: «La multitud está allá esperándoos». — «Vamos, les respondió, á las ciudades y aldeas vecinas; es preciso que yo predique en ellas la buena nueva, pues para esto he venido al mundo».

No terminaba de hablar, cuando los Cafarnaítas, en su impaciencia, subieron á la colina y se colocaron en círculo entorno de Jesús; pero él les repitió lo que había dicho á sus discípulos. Hacía ya varios meses que les anunciaba la palabra de Dios y ahora, en cumplimiento de la misión que había recibido de su Padre, debía llevar el Evangelio del reino á las otras ciudades de Galilea. En vano se esforzaron con gritos y lágrimas por detenerle en medio de ellos; se arrancó, por decirlo así, de sus brazos y se puso en camino en compañía de sus discípulos.

Era el momento favorable para las excursiones evangélicas. Pasada la estación de las lluvias, podíase llegar fácilmente á las pequeñas poblaciones. Además, el enviado de Dios era esperado en todas partes; el eco de las predicaciones y prodigios de Cafarnaum, había llegado más allá de las fronteras del país.

Nada más fácil, por otra parte, que evangelizar en poco tiempo numerosas localidades. En donde quiera que se encontraran diez hombres celosos por el servicio de Dios, edi-

ficábase una sinagoga y la aldea tomaba el nombre de ciudad.

Cuando esta contaba con una población numerosa, se multiplicaban los centros de oración. Tiberíades encerraba más de treinta sinagogas y Jerusalén más de cuatrocientas. Las demás poblaciones llevaban el nombre de villas y sus habitantes debían trasladarse á las ciudades vecinas el día del sábado. «La majestad de Jehová, decían los sabios, no se muestra sino en donde se encuentran al menos diez hombres reunidos.»

Las multitudes se congregaban aquel día bajo la mirada de Jehová. Suplicábase al Dios Todopoderoso que derramase sus bendiciones sobre la ciudad; cantábanse en honor suyo los salmos del Profeta; el lector leía en seguida un versículo de la Ley santa, el cual era explicado al pueblo por un sacerdote ó intérprete autorizado. Si alguno de entre los que componían la asamblea se sentía animado por la inspiración profética, podía pedir la palabra por su cuenta y riesgo, pero quedaba sujeto al fallo del Sanhedrín, el cual juzgaba y condenaba á los falsos doctores.

Cuando resonaba la trompeta sagrada desde lo alto del techo de la sinagoga anunciando á los habitantes de las ciudades el oficio sabático, Jesús se dirigía á la asamblea seguido de una multitud de galileos, que se consideraban felices con poder oir por fin á aquel profeta de quien se referían hechos tan maravillosos. Nadie pensaba en preguntarle con qué derecho él, simple particular, pobre obrero de una aldea vecina, tomaba la palabra en medio del pueblo.

Sus predicaciones tenían por objeto el reino de Dios que El venía á fundar en este mundo. Como Juan Bautista, invitaba á todos sus oyentes á formar parte de aquel reino. Los medios para conseguirlo consistían en humillarse delante de Jehová, en expiar por la penitencia los pecados cometidos, en adquirir una nueva vida por el bautismo, vida de amor para con Dios nuestro Padre y de caridad para con los hombres nuestros hermanos. Su auditorio inclinaba la cabeza ante aquella doctrina magistral que se justificaba por sí misma y se imponía á todos. Habían escuchado á elocuentes escribas, á muy hábiles intérpretes de la Sagrada Escritura; pero Jesús no disertaba como aquellos sabios:

mandaba como un señor que habla á sus súbditos, como un legislador que dicta sus voluntades. Al mismo tiempo que llegaba á sus oídos aquella voz dulce y poderosa, la concurrencia no se hartaba de contemplar la celestial figura del profeta. Veíanse en El los destellos de una bondad más que humana, que cautivaba y arrebataba los corazones.

No menos que su doctrina, el poder de Jesús llenaba de entusiasmo á las muchedumbres. Como en Cafarnaum, curaba á los enfermos y lanzaba á los demonios. Acercábase un día á las puertas de una ciudad, cuando se oyó de improviso una voz ronca y salvaje lanzar el grito de alarma tan conocido de los judíos: « ¡El inmundo, el inmundo! » Era un leproso que quería abrirse paso por entre la multitud para pedir á Jesús que lo sanase. Esta se detuvo en el instante, aterrorizada á la vista de aquel espectro cubierto de úlceras. Efectivamente, los leprosos presentaban el aspecto de un cadáver en disolución. Su contacto y hasta su aliento, comunicaban á otros la horrible enfermedad. Según la ley de Moisés, un tribunal de sacerdotes con residencia en Jerusalén, examinaba cuidadosamente á los desgraciados á quienes se creía atacados de ella. Una vez comprobada oficialmente la lepra, el leproso, desterrado de la sociedad, vivía solo en los campos, ó en los alrededores de las ciudades. Con los vestidos destrozados, la cabeza rapada y la boca cubierta con un velo para no inficionar el aire con la fetidez de su aliento, no podía caminar sino agitando una campanilla para indicar su presencia y gritando á los viajeros: « ¡Huid, huid, viene el inmundo, viene el leproso!»

Tal apareció á los Galileos espantados, el infeliz que se arrastraba hacia Jesús. Cada uno se preguntaba qué iría á hacer el profeta, cuando le vieron avanzar solo hacia el leproso y aproximarse á él sin ningún temor. Este, arrojándose á sus pies, se prosternó en el polvo y exclamó con voz suplicante: « Señor, si lo queréis, podéis sanarme ». Jesús no pudo oir aquel grito de fe verdaderamente sublime, sin sentirse conmovido hasta el fondo del alma. Extendió las manos hacia el leproso, tocó sus llagas lívidas y respondió á su confianza con estas palabras que sólo un Dios podía pronunciar: « Lo quiero, sé sano ».

Al instante mismo la lepra desapareció. El leproso, sú-

bitamente transformado y lleno de júbilo, se apresuró á comunicar su milagrosa curación al pueblo que estaba mirando desde lejos, pero Jesús le impuso silencio: « No digas á nadie, le dijo, lo que te ha sucedido; vé á presentarte á los sacerdotes y ofrece en reconocimiento las víctimas prescritas por la ley de Moisés.» Jesús no hacía con esto sino conformarse con las ordenanzas legales. Sólo los sacerdotes tenían el derecho de declarar efectiva la curación de un leproso y de levantar el entredicho que pesaba sobre él. De los dos corderos que el leproso purificado ofrecía en acción de gracias, los sacerdotes inmolaban uno en sacrificio de expiación y ofrecían el otro sobre el altar de los holocaustos. Solamente entonces el leproso declarado ya limpio, podía volver al seno de su familia y de la sociedad.

Jesús había ordenado al leproso que se ajustase á todas las prescripciones de la Ley antes de manifestar su curación; pero este, no pudo resistir á la necesidad que sentía de exaltar á su bienhechor. Apenas se hubo separado de él, empezó á publicar por todas partes, para gloria del profeta, la singular gracia que había recibido, resultando lo que el Salvador había previsto. Su fama creció de tal manera y las turbas se estrechaban en tanto número en torno suyo, que ya le fué imposible entrar ostensiblemente en las ciudades. Terminadas sus excursiones evangélicas en Galilea, vióse obligado á mantenerse en los campos, en medio de vastas llanuras, á donde afluían de todas partes para oir sus predicaciones los habitantes de las ciudades y pueblos vecinos.



CAPÍTULO VII.

Discusiones con los fariseos.

LOS ESPÍAS FARISEOS. — UN DISCURSO INTERRUMPIDO. — CURACIÓN DE UN PARALÍTICO. — VOCACIÓN DEL PUBLICANO MATEO. — ESCÁNDALO FARISAICO. — RESPUESTA DE JESÚS Á LOS CENSORES. — *(Matth. IX, 1-17. — Marc. II, 1-22. — Lucas V, 17-39.)*

La popularidad siempre creciente de Jesús comenzó á inquietar seriamente á los fariseos. Sus enseñanzas respecto al reino de Dios, estaban en oposición completa con las ideas y esperanzas por ellos sustentadas. Aguardaban un Mesías, pero un Mesías que estableciera, no el reinado de Dios, sino el reinado de ellos mismos. El profeta de Nazaret se les presentaba por tanto, como un enemigo peligroso del cual era preciso deshacerse lo más pronto posible. Desde hacía un año se le encontraba en todas partes, en Judea, Galilea, en ciudades y aldeas, valles y montañas, y en donde quiera que fuese, fanatizaba al pueblo y lo engañaba por su arrebatadora palabra y portentosos milagros. Ya era tiempo de detenerlo en aquel camino y entregarlo, bajo un pretexto cualquiera, á la justicia del Sanhedrín. Con este objeto, celosos emisarios recibieron orden de seguirlo y fiscalizar hasta sus menores palabras y acciones.

Después de su segunda excursión por la Galilea, Jesús, de vuelta á Cafarnaum, continuó sus predicaciones á los habitantes de la ciudad. Felices con volver á verle después de una ausencia de muchos meses, no cesaban aquellos de asediar su morada. Un día, la multidud era tan numerosa que desbordaba en las calles vecinas. En las primeras filas veíase, no sin admiración, á ciertos personajes extraños, escribas, doctores de la Ley, fariseos de alta posición, venidos de Jerusalén y de otras ciudades judaicas, con la evidente intención de espiar al predicador.

Una circunstancia imprevista les ofreció pronto un motivo de crítica. Mientras Jesús, sentado delante de su auditorio enseñaba como de costumbre, cuatro hombres que conducían en una camilla á un pobre paralítico, se detuvieron frente á la casa. En vano se esforzaron por abrirse paso entre la multitud que rebosaba por todos lados, siéndoles imposible llegar ni aún á la puerta. Pero sin desanimarse por esto, subieron al techo (1) por la escalera exterior y ensanchando la abertura que daba al interior, bajaron por allí al paralítico en su camilla y lo pusieron á los pies de Jesús.

La audacia de aquellos hombres chocó á los fariseos. Admirábanse de que un sabio permitiese á esos impertinentes interrumpir su discurso y molestar á los doctos que habían venido desde lejos á oirle. El Salvador, al contrario, dulce y compasivo, admiraba la fe del paralítico y la intrépida abnegación de los que le habían traído. Fijando una mirada escrutadora sobre el pobre paciente, vió que no estaba menos enferma su alma que su cuerpo y resolvió al punto libertarle de su miseria espiritual, casi siempre causa y castigo de las enfermedades corporales.

Una mirada amorosa hizo nacer en el corazón de aquel desgraciado el arrepentimiento de sus faltas; luego Jesús le dijo con dulzura: « Ten confianza, hijo mío, tus pecados te son perdonados. »

A estas palabras, un gran murmullo se produjo en toda la sala. Escribas y fariseos, escandalizados, se miraban frunciendo el ceño.

¡ Blasfemo, infame ! decían, perdonar los pecados. ¿Acaso no es Dios el único que puede perdonarlos ? Ciertamente, había llegado el momento de denunciar ante el gran Consejo á aquel sacrílego usurpador de los atributos de Jehová.

Con una sola palabra, Jesús deshizo la trama que urdían en sus corazones. Sin proclamar abiertamente su divinidad, lo que les habría dado motivo para que lo condenaran á ser lapidado, los colocó en la imposibilidad de negar su

---

(1) En Oriente, una plataforma de barro sirve de techo á las casas.

poder divino y los interrogó en estos términos: ¿Por qué alimentáis dentro de vosotros pensamientos culpables? Respondedme: «¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, ó decirle: levántate, toma tu lecho y márchate?» Lo uno no era más fácil que lo otro, puesto que ambas cosas excedían igualmente las fuerzas del hombre. Confundidos y desconcertados, los fariseos esperaron en silencio que Jesús explicara su pensamiento. «¿Os calláis? replicó Jesús; pues bien, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados, escuchad y ved: Y dirigiéndose al paralítico, le dijo en alta voz: «Yo te lo mando, levántate, toma tu lecho y vete á tu casa.» Al istante una conmoción violenta sacudió todo el cuerpo del enfermo; levantóse, tomó su lecho y se dirigió á su casa glorificando al Señor.

Los asistentes, estupefactos, glorificaban también á aquel Dios que investía al hombre de tan prodigioso poder. «Jamás hemos visto semejante maravilla», exclamaban. En cuanto á los fariseos, humillados pero no convertidos, continuaron espiando á Jesús y encontrando cada día nuevas ocasiones de suscitarle conflictos.

Había á inmediaciones del puerto de Cafarnaum, ciertas oficinas ocupadas por colectores de impuestos y por otros comisionados del fisco, designados generalmente con el nombre de publicanos. Odiosos para todos á causa de sus exacciones y más todavía por ser agentes de los romanos, tratábaseles como á pecadores públicos con los cuales no era permitido entrar en ningún género de relaciones.

Ahora bien, entre aquellos publicanos tan despreciados, hallábanse algunos que escuchaban la palabra del Maestro con la mayor atención. Del mismo modo que se había visto á las turbas recibir el bautismo del Precursor con singular devoción á orillas del Jordán, encontrábanse muchos en las márgenes del lago que deseaban vivamente formar parte del reino de Dios. Uno de ellos, Mateo, hijo de Alfeo, se hacía notar entre todos por su asiduidad en asistir á las predicaciones. Un día que Jesús pasaba á orillas del muelle, vióle en su oficina de peaje y dirigiéndole una mirada llena de bondad, le dijo estas breves palabras: «Mateo, sígueme.»

El publicano admiraba en el profeta su doctrina, su poder, su afabilidad especialmente con los pobres y pecadores; pero jamás había pensado que él pudiera llegar á ser uno de sus discípulos privilegiados. Sin embargo, ante aquel llamamiento tan terminante como inesperado, sintióse atraído hacia el buen Maestro; levantóse de su asiento sin decir una palabra y lo dejó todo por seguirle.

Naturalmente esta extraña vocación produjo gran ruido y chocó en gran manera á los fariseos. Los que pasaban habitualmente una y otra vez delante de la oficina de aquel publicano sin dignarse siquiera mirarlo, manifestaban ahora su profundo desprecio por aquel doctor de baja estofa que no se encontraba contento sino en compañía de los pescadores y de hombres más viles todavía.

Antes de abandonar definitivamente su oficio, Mateo quiso celebrar con un festín solemne la gracia que acababa de recibir. Invitó á su mesa al Maestro, á sus discípulos y á cierto número de publicanos, colegas y amigos suyos. Jesús acudió á la invitación de Mateo y tomó lugar en medio de aquellos convidados que los fariseos calificaban abiertamente de pecadores y de ladrones.

Fué un verdadero escándalo. Como según la costumbre, la sala estaba abierta á todo el mundo, no faltaron allí censores que manifestasen públicamente su indignación. No obstante, para no provocar una de aquellas réplicas que pudieran avergonzarles, contentáronse con murmurar al oído de los discípulos sus mordaces reproches. « Explicadnos, decían ¿cómo vosotros y vuestro Maestro os atrevéis á comer y beber con estos publicanos y pecadores ? »

Conocedor de sus malévolas expresiones, Jesús les dió esta admirable respuesta: « No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido yo á llamar á los justos á penitencia, sino á los pecadores. » Había en aquellas palabras una ironía que debió confundir á los fariseos. Jesús no tenía nada que hacer con ellos que se preciaban de justos; pero ¿por qué reprocharle que se asociara con los pecadores á quienes precisamente venía á convertir? Y para confundir su hipócrita orgullo, agregó: « Id á aprender lo que significan estas palabras divinas: La misericordia vale más que el sacrificio. » La lección

hería en lo más vivo á aquellos rigoristas que se creían justificados por la ofrenda de algunas víctimas y que carecían hasta de la sombra de esa caridad misericordiosa sin la cual es imposible agradar á Dios.

Este merecido reproche dejó completamente corridos á los fariseos; pero á fin de poner trabas á Jesús, acercáronse en el momento de dejar la sala á algunos de los discípulos de Juan é hiciéronles notar que la conducta del nuevo profeta contrastaba abiertamente con la de su Maestro. «Juan, decíanles, os ordenó ayunar con frecuencia y éste no impone ningún ayuno á sus discípulos.» Aquellos, cada vez más exasperados al ver á las multitudes seguir á Jesús, uniéronse á ciertos escribas y fueron á hacer al Salvador la siguiente pregunta: «Los discípulos de Juan y de los fariseos se someten á ayunos frecuentes: ¿por qué vos y los vuestros no ayunáis como ellos?»

Tratábase, no ya de los ayunos legales que todos los Judíos fieles observaban, sino de los muchos ayunos que los fariseos añadían á los de precepto y en los cuales hacían consistir la justicia y la santidad. Jesús respondió á los discípulos de Juan con la misma comparación de que su maestro se había servido en otra circunstancia: «¿Acaso los amigos del esposo, les dijo, deben ayunar y llevar luto mientras está con ellos el esposo?» Luego, haciendo alusión á su próxima muerte, agregó: «No está lejano el día en que les será quitado el esposo y entonces habrá llegado para ellos el tiempo del ayuno y de las lágrimas.»

Otra razón por la cual Jesús no formaba á sus discípulos en la ley del temor, era que entraba en su plan sustituir ésta por la ley del amor.

Los ritos figurativos del culto mosaico debían desaparecer ante las realidades del Evangélico, como las sombras delante de la luz. Esta verdad que los Judíos, apegados á las antiguas observancias, no podían aceptar todavía, fué anunciada por Jesús, aunque velada por imágenes que apenas la dejaban entrever. «No se pone un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, porque el nuevo lleva tras sí al viejo y lo desgarra; de la misma manera que no se pone vino nuevo en odres viejos, pues el vino los rompería perdiéndose así vino y odres. Poned vino nuevo en odres

nuevos y así conservaréis aquel y estos.» Los discípulos de Juan, imbuídos todavía en el espíritu antiguo, no eran capaces de comprender las máximas del Evangelio; por esto, el divino Maestro, prosiguiendo en su comparación, terminó su conferencia con esta reflexión: «El hombre que bebe vino añejo no se habitúa fácilmente á beber vino nuevo, pues encuentra que el añejo es más agradable al paladar.» De manera que Jesús tenía que luchar, no solamente contra las sectas farisaicas, sino también contra los fieles firmemente adheridos al culto mosaico. Signo de contradicción entre los hombres, no podía dar un paso sin que se alzase en su camino á modo de insalvable barrera, ora una pasión, ora un error, ora una preocupación. Jesús avanza, no obstante, pues nadie es bastante poderoso para poner estorbos en el camino de Dios.

CAPÍTULO VIII.

Graves acusaciones.

LA PISCINA PROBÁTICA. — CURACIÓN DE UN PARALÍTICO EN DÍA DE SÁBADO. — INDIGNACIÓN DE LOS FARISEOS. — JESÚS ACUSADO DE BLASFEMIA. — PRUEBA SU DIVINIDAD. — INCREDULIDAD DE LOS JUDÍOS. — LAS ESPIGAS DESGRANADAS. — LA MANO SECA. — COMPLOT DE LOS FARISEOS. — *(Matth. XII, 1-14 — Marc. II, 23-28; III, 1-6 — Luc. VI, 1-11 — Joan. V, 1-47.)*



UNA vez empeñada la lucha entre el fariseísmo y el Evangelio, Jesús sabía que los doctores judíos heridos en su orgullo, la sostendrían con la más viva animosidad. Sin embargo, tomó el partido de dirigirse á Jerusalén, con ocasión de las fiestas de Pascua, afrontando el peligro de provocar con su presencia serias hostilidades. Si sus enemigos le atacaban, habría llegado el momento propicio de confundirlos delante de la

muchedumbre de extranjeros que llenaban la ciudad santa durante las solemnidades.

Desde su primera visita al templo, un incidente singular provocó la cólera de los fariseos. Cerca del muro septentrional del edificio sagrado había una vasta piscina que se llamaba la piscina probática, ó de las ovejas, porque allí se purificaban los animales destinados á los sacrificios. Dábasele también el nombre de Bethesda, casa de gracia, porque Dios había dotado sus aguas de una virtud milagrosa. En ciertos días, un ángel descendía á la piscina, removía el agua y el primer enfermo que se sumergía en ella después del paso del ángel, salía sano, cualquiera que fuese su enfermedad. Multitud de incurables, ciegos, cojos, paralíticos, llenaban los cinco pórticos de la piscina aguardando la pasada del ángel.

Entre aquellos enfermos, yacía en su camilla un pobre paralítico que, desde hacía treinta y ocho años, carecía del uso de sus miembros. Como estaba allí inmóvil, sin que nadie se compadeciese de su miseria, Jesús se acercó á él y le preguntó con dulzura: «¿Quieres ser curado?»

— Sí, Señor, respondió el enfermo, pero no tengo un hombre que me haga bajar á la piscina en el momento propicio; cuando hago esfuerzos para moverme, ya otro ha descendido antes que yo.

— «Levántate, replicó Jesús con autoridad, toma tu cama y vete.»

En el instante mismo, el paralítico se sintió curado y obedeciendo al mandato que acababa de recibir, cargó su lecho sobre los hombros y empezó á andar, con gran sorpresa de los asistentes.

Esto sucedía en día de sábado, día de descanso que los Judíos, según los preceptos del Señor, guardaban religiosamente. Pero los fariseos habían agregado á la ley sabática numerosas prohibiciones á cual más absurdas. Según ellos, no se podía sin cometer un crimen, llevar en ese día la más lijera carga, escribir dos letras seguidas del alfabeto, continuar un viaje en la tarde del viernes, aunque uno corriera peligro de quedar expuesto á la intemperie de las estaciones ó al ataque de los malhechores.

Sucedió, pues, que ciertos fariseos encontraron al pa-

ralítico que regresaba contento á su casa con su cama á cuestas.

Detuviéronle al punto, reprochándole severamente su escandalosa conducta:

— «Hoy es día de sábado, le dijeron y no te es permitido cargar tu lecho.»

— «Aquel que me ha sanado me lo ordenó, contestó él, y yo he obedecido.»

Intrigados con esta respuesta, preguntáronle quién era el que le había dado semejante órden; pero el paralítico no pudo suministrarles la menor noticia sobre él, pues Jesús había desaparecido inmediatamente después de verificado el milagro. Momentos más tarde, lo encontró el Salvador en el templo y acercándose á él, le dijo al oído: «Ya estás curado; ahora no peques más, no sea que te suceda algo peor.» Al instante aquel hombre lleno de alegría y reconocimiento, publicó por todas partes que debía su curación al profeta de Nazaret.

No fué necesario más para amotinar á los fariseos contra Jesús. Inmediatamente se dirigieron al templo y habiéndolo encontrado en medio del pueblo, preguntáronle con tono amenazador, con qué derecho se permitía sanar á los enfermos y hacerlos trasportar objetos pesados en día de sábado, cuando todo hombre está obligado en ese día á imitar el descanso de Jehová después de la creación.

«Mi Padre no descansa, respondió Jesús y yo, á semejanza suya, tampoco ceso de obrar un istante.»

Efectivamente, Dios da y conserva la vida en día de sábado como en los otros días. Condenar á Jesús por haber obrado como Dios ¿no era, en verdad, condenar á Dios mismo?

En vez de calmar á los Judíos, estas cuatro palabras bastaron para enfurecerlos.

«¡Llama á Dios su Padre! exclamaron; se proclama igual á Dios, se arroga el derecho soberano de violar el sábado! No es ya tan sólo un despreciador de la ley de Moisés, sino un insigne blasfemo.» Y ya pensaban en recoger piedras para lapidarlo.

Jesús permanecía tranquilo en medio de aquellos furiosos. Lejos de atenuar la declaración que contenía, como muy

bien lo habían comprendido los Judíos, una afirmación de su divinidad, se propuso justificarla. Jamás un debate más grave tuvo lugar ante un auditorio más apasionado; pero el discurso se elevó á tal altura, que todos lo escucharon sin atreverse á interrumpirlo.

« En verdad, en verdad os digo, exclamó Jesús, el Hijo no hace nada por sí mismo; obra siempre en unión con el Padre. Este le ama con tal amor, que le asocia á todos sus actos; de suerte que las obras del Hijo son verdaderamente las obras del Padre. Estas obras del Hijo os llenan de admiración; pero estad seguros de que ejecutará otras aun más maravillosas que os llenarán de asombro. »

La asamblea le escuchaba atónita; después de los milagros prodigados en su camino ¿qué iría á hacer todavía el poderoso taumaturgo?

« Así como el Padre, continuó Jesús, levanta á los muertos de la tumba, así también el Hijo, cuando le place, da la vida á las almas. Este poder de juzgar y vivificar las almas, el Padre lo ha puesto en manos del Hijo, á fin de que todos le honren como lo honran á El mismo. Rehusar el honor al Hijo, es negar el honor al Padre que le ha enviado.

« Por esto, os digo en verdad, pasará de la muerte á la vida eterna todo aquel que reciba mi palabra y crea que mi misión procede del Padre.

« Sí, de nuevo os lo aseguro: llega la hora, ó más bien, ha llegado ya, en que las almas muertas oirán la voz del Hijo de Dios y aquellas que la reciban vivirán. El Padre, principio y fuente de vida, ha dado al Hijo el tener igualmente la vida en sí mismo y el poder de comunicarla ó rehusarla á todos los que, en su calidad de Hijo del hombre, tiene misión de juzgar.

« Y este juicio, tenedlo entendido, no es sino un preludio: pronto sonará la hora en que todos los que duermen en el fondo de la tumba, oirán la voz del Hijo de Dios. Todos resucitarán entonces; los que han hecho el bien, para la gloria eterna; los que han hecho el mal, para la eterna condenación.»

Tal era el ascendiente de Jesús aún sobre sus enemigos, que pudo apropiarse todos los atributos divinos, sin que se le pidiese la prueba de sus afirmaciones. Pero como nadie es juez en su propia causa, El mismo se hizo cargo de la objeción.

— «Al hablaros de mí, les dijo, no soy sino el eco del Padre, no hago sino cumplir su voluntad. No obstante, si solamente yo diera testimonio de mí, podríais recusarme; pero tenéis conocimiento de otro que atestigua en mi favor y nadie pone en duda la veracidad de Juan Bautista. Le habéis consultado respecto á mí y os ha contestado como testigo fiel de la verdad. Teníais entonces á Juan por una antorcha de sin igual brillo y os regocijabais en caminar guiados por su luz. Si os lo recuerdo en estos momentos, es únicamente en bien vuestro, pues no necesito en manera alguna el testimonio del hombre. Tengo otros testigos más autorizados que el Bautista y estos son las obras cuya realización mi Padre me ha confiado y por medio de las cuales os he probado que mi misión viene de El; pero vosotros no queréis ni oir aquella poderosa voz, ni esuchar la palabra interior que solicita vuestra fe. Las Escrituras que con razón escudriñáis para hallar en ellas las palabras de la vida eterna, dan también testimonio de mí; pero no queréis venir á mí para recibir aquella vida de que carecéis.»

Al terminar, declaró Jesús á los Judíos que su incredulidad, fruto del orgullo, sería la causa de su reprobación. «Os hablo así, les dijo, no para gloria de mí mismo, sino porque sé muy bien que el amor á Dios no reside en vosotros. Yo vengo á vosotros en nombre del Padre y me rechazáis; pero si otro viniera en su propio nombre, con tal que lisonjeara vuestras pasiones, lo recibiríais. Como buscáis la gloria que viene de los hombres y no la que Dios sólo puede dar, hé ahí por qué no podéis creer en mí. Empero, estad ciertos de que vuestro grande acusador delante del Padre, no seré yo, sino Moisés en quien tenéis puesta toda vuestra esperanza. Porque, si realmente prestarais fe á las palabras de Moisés, creeríais en mí, pues sus profecías tuvieron sólo á mí por objeto. Pero, si no creéis en Moisés ¿cómo habríais de creer en mí?»

Moisés, en efecto, había consignado en sus escritos esta promesa de Jehová: «Suscitaré en medio del pueblo un profeta semejante á ti y pondré mis palabras en sus labios. Si alguien rehusare creer en los oráculos que salieren de su boca, yo me encargaré de vengarle.» Estas palabras

siempre habían sido aplicadas al Mesías; pero los Judíos, cegados por Satanás, no comprendían ya nada de las Escrituras. Sordos á todas las voces del cielo como á los gritos de su conciencia, retiráronse silenciosos, tanto más resueltos á perder á Jesús, cuanto que nada encontraban que responderle.

Desde entonces, los fariseos no cesaban de acusarlo de violar la ley sabática. Terminadas las fiestas pascuales, regresaba Jesús á Cafarnaum con sus discípulos, cuando estos al atravesar un sembrado de trigo, cogieron algunas espigas en día de sábado y las frotaron entre sus manos para alimentarse con ellas. Los espías fariseos no dejaron de clamar contra el escándalo, porque, según el código farisaico, recoger un puñado de trigo del peso de un higo, equivalía en cierta manera á segar. « Ya ves, dijeron á Jesús, cómo tus discípulos violan abiertamente la ley del sábado.» Y sus rencorosas miradas se fijaban en él como en un criminal cogido infraganti.

« ¿No habéis leído acaso, les respondió Jesús, que David, estimulado por el hambre, entró en la casa de Dios bajo el pontificado de Abiatar y que él y los suyos comieron de los panes de la Proposición, á pesar de que, según la ley, sólo los sacerdotes tenían este derecho? ¿No habéis leído que en el templo los sacrificadores violan la ley del reposo sin cometer por esto falta alguna? Ahora bien, sabed que entre vosotros se encuentra uno más sagrado que el templo y que aquellos que le sirven están dispensados de las leyes sabáticas con más razón que los sacerdotes sacrificadores. Por otra parte, agregó, si comprendierais el sentido de estas palabras: « Vale más la misericordia que el sacrificio », no condenaríais á los inocentes. Sabed que se ha hecho el sábado para el hombre y no el hombre para el sábado. Sabed asimismo, que el Hijo del hombre, señor absoluto de todas las cosas, lo es también del sábado.»

Los espías se retiraron cubiertos de confusión, pero también de acritud y cólera contra ese doctor cuya superioridad abatía su orgullo. Ocho días después volvieron á la carga. Presentóse de improviso en una sinagoga á la cual acababa de entrar Jesús, un hombre cuya mano derecha estaba completamente seca y sin movimiento. Los fariseos se preguntaban intrigados, si con aquella curación no iría á

ofrecerles un nuevo motivo para acusar á su temible adversario. Creyendo, pues, ponerle en conflicto, hicieron á Jesús esta pregunta: «Maestro ¿es permitido hacer una curación en día de sábado?»

En lugar de responderles, Jesús dijo al enfermo: «Levántate y colócate en medio de la Sinagoga». Levantóse el hombre y se puso de pie en medio de los asistentes. «¿Yo os pregunto á mi vez, exclamó Jesús, si es permitido hacer el bien ó el mal, salvar la vida á un hombre ó dejarle perecer en día de sábado?» Si contestaban negativamente, condenaban á sus propios doctores que permitían violar el sábado para salvar la vida al prójimo. Si, por el contrario, se pronunciaban por la afirmativa, legitimaban anticipadamente el acto de caridad que el Salvador iba á practicar. Para no comprometerse, guardaron silencio.

Entonces lanzando sobre aquellos hombres endurecidos una mirada en que se mezclaban la indignación y la piedad: «¿Quién de vosotros, preguntó Jesús, si una de sus ovejas cae en un foso en día de sábado, no acude hacia ella y la saca afuera? ¿Por ventura, vale más una oveja que un hombre? Confesad, pues, que es lícito hacer el bien en el día de sábado.» Y sin cuidarse más de aquellos hipócritas, dijo al enfermo: «Extiende la mano.» El enfermo alargó su mano que se encontró perfectamente sana, tan sana y firme como la otra.

Esta escena puso el colmo á la exasperación de los fariseos. Locos de cólera, se reunieron en consejo al salir de la sinagoga para arbitrar medios de deshacerse de su enemigo. Como sabían que el Sanhedrín no podía prenderle en territorio galileo sin el consentimiento del rey Herodes, entendiéronse con los herodianos para decidirles á favorecer su complot. Esperaban que á instigación de sus cortesanos, Herodes prendería á Jesús y le enviaría á gemir con Juan Bautista en los calabozos de Maqueronte.

El Salvador volvió á las riberas del lago para continuar en el curso de sus predicaciones entre sus amados galileos, salvo el caso de retirarse momentáneamente al territorio del tetrarca Filipo, si los conspiradores ponían en peligro su libertad ó su vida.



LIBRO CUARTO.

Fundación del Reino.

CAPÍTULO I.

Los doce Apóstoles.

SEGUNDO AÑO DEL MINISTERIO DE JESÚS. — REINO ESPIRITUAL Y REINO TEMPORAL. — EL MONTE DE LAS BIENAVENTURANZAS — FUNDACIÓN DE LA IGLESIA. — ELECCIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES. — LA OBRA Y LOS OBREROS. — EL COLOSO Y LA PIEDRECILLA. — *(Matth. XII, 15-21; X, 2-4 — Marc. III, 7-19. — Luc. VI, 12-19).*

Desde hacía un año, el Mesías se manifestaba en Israel. Las provincias de la Palestina, Judéa, Samaria y Galilea, le habían visto pasar predicando á todos el reino de Dios y probando su misión por medio de prodigios. Las mismas multitudes que desde países extranjeros acudían á oirle, mezclaban sus aclamaciones á las de los Israelitas. Hacíanle cortejo los enfermos y los poseidos, seguros de que, con sólo acercársele, serían curados. Por su doctrina celestial, su caridad

sublime é inalterable dulzura, Jesús reproducía rasgo por rasgo, al Mesías (1) anunciado por los profetas.

Y no obstante, el pueblo, juntamente con aclamarlo, se mantenía en cierta indecisión respecto á él. Cediendo á las preocupaciones de la nación relativas al carácter del libertador esperado, se preguntaban si ese Cordero de Dios glorificado por Juan Bautista, se convertiría un día en aquel león de Judá celebrado por los profetas. Jesús hablaba de establecer el reino de Dios, pero ¿se refería con esas palabras al restablecimiento del reino de David, del reino de Israel sobre el mundo, ó simplemente al reino de Dios en las almas? Por otra parte, ¿sería posible que un humilde obrero de Nazaret llegase á adquirir alguna vez el poder y prestigio necesarios para arrojar del país á los invasores romanos? Es verdad que llamaba á Dios su Padre; que, como Hijo de Dios, se creía investido de una autoridad divina; que manifestaba su poder con asombrosos prodigios.

Pero los doctores y los jefes de la nación, en lugar de reconocerle los títulos que se atribuía, no veían en su persona sino un miserable blasfemo, un violador de las leyes de Moisés y no cesaban de acusarlo de conspirar abiertamente contra la religión tres veces santa del pueblo de Dios.

A fin de dar á la humanidad entera una idea exacta del reino de Dios que venía á fundar, el Salvador resolvió echar inmediatamente sus bases, nombrando á aquellos que habían de establecerlo en el mundo y luego promulgando las leyes á que debían sujetarse los súbditos fieles de este reino divino.

A algunos estadios del lago, entre Cafarnaum y Tiberíades, se eleva una montaña que llegó á ser célebre bajo el nombre del monte de las Bienaventuranzas. Pocos días después de su vuelta de Jerusalén, Jesús subía con sus discípulos á aquel monte solitario. Por la tarde, mientras estos descansaban, retiróse á uno de los picos más elevados para conversar allí con su Padre. De ordinario, pasaba la noche en oración en la víspera de los aconteci-

(1) Isa. XLII, 1-4.

mientos que interesaban en más alto grado á la gloria de Aquel que le había enviado.

Esta vez se trataba de echar los fundamentos del imperio universal y eterno predicho por David en estos términos: «El Dios del cielo va á suscitar un reino nuevo que no tendrá fin ni pasará á otro pueblo. Este reino derribará y reducirá á polvo á todos los imperios y subsistirá hasta el fin de los siglos.» En estos momentos, los más solemnes de la historia, un nuevo mundo iba á comenzar. Sobre las ruinas de las vetustas sociedades paganas, del viejo culto mosaico, del sacerdocio figurativo de Aarón, el Pontífice eterno según el orden de Melquisedec, se disponía á constituir la sociedad divina de los hijos de Dios, la Iglesia Católica, que debía llevar el nombre bendito del Salvador hasta las extremidades de la tierra. Jesús había dicho poco antes á algunos de los suyos: «Os haré pescadores de hombres.» Llegaba, pues, la hora de cumplir su promesa.

Al rayar el día reunió á sus discípulos y escogiendo doce de entre ellos, dióles el nombre de apóstoles, es decir, enviados. Con este título designaba á los mensajeros suyos en medio de los pueblos, á los predicadores de su Evangelio y ministros de su reino. Al mismo tiempo les comunicó el poder de sanar á los enfermos y arrojar á los demonios. Por estas señales, los pueblos reconocerían en ellos á los representantes de Dios y depositarios de su autoridad.

Los doce apóstoles representaban á las doce tribus de Israel, las cuales representaban á su vez á las naciones del mundo entero. Sobre estas doce columnas debía levantarse la Iglesia de Dios.

Hé aquí los nombres de los doce privilegiados que formaron el colegio apostólico.

Simón hijo de Jonás, llamado Pedro, fué el primer elegido. Pobre pescador del lago de Genezaret, había cobrado gran amor al divino Maestro desde el principio de su predicación y después, no prestando oídos sino á su ardor y generosidad, á un simple llamamiento de Jesús, había dejado todo por seguirle con la firme resolución de no separarse jamás de él.

Andrés, su hermano, mereció en seguida la elección del Maestro. Fué el primero que exclamó en las riberas del Jordán: «Hemos encontrado al Mesías.» Hombre de fe viva y de corazón ardiente, que de buen grado hubiera dado la vida por el Salvador.

Después de estos fueron llamados sus compañeros de oficio, Santiago y Juan, los dos hijos del Zebedeo. También ellos habían dejado á sus padres y sus redes para seguir al profeta de Nazaret. Santiago el Mayor le escuchaba con entusiasmo y deseaba vivamente el establecimiento del nuevo reino. Juan salía apenas de la adolescencia, pero su corazón inocente y puro se sintió irresistiblemente atraído hacia Aquel á quien el santo precursor llamaba el Cordero de Dios.

El quinto elegido, Felipe, natural de Betsaida como los precedentes, fué también uno de los primeros discípulos. Una mirada del Salvador bastó para determinarlo, no sólo á seguirle, sino también á conquistarle prosélitos. Había traído ya á Natanael, á quien Jesús calificó de buen Israelita, de corazón recto y sin artificio. Este mismo Natanael, llamado también Bartolomé por el nombre de su padre, vino á ser el sexto de los apóstoles.

El séptimo elegido fué Mateo, el publicano, á quien el Maestro sacó de su mostrador á orillas del lago para afiliarlo en el número de sus discípulos. El octavo se llamaba Tomás. Hombre de espíritu serio y de corazón recto; lento para creer, pero firmemente adherido á la verdad, habíase dejado cautivar por las enseñanzas de Jesús.

Vinieron en seguida dos parientes próximos del Salvador, los hijos de María y de Cleofás, Santiago y Judas. Santiago, llamado el Menor, para distinguirle del hijo del Zebedeo, llevaba también el sobrenombre de Justo á causa de sus grandes virtudes. Judas, llamado igualmente Tadeo, se distinguía por su actividad y celo. Ambos, educados con Jesús desde su infancia, vacilaban en reconocerle por el Mesías, pero el Salvador sabía con qué fe y amor trabajarían en el establecimiento del reino de Dios.

El undécimo elegido, Simón de Caná, llamado el celador por su adhesión á la ley y su odio á los impíos. Admirador del Maestro y de su doctrina, llegó á ser uno de

sus fervientes discípulos y se consagró sin reserva á ganarle corazones.

Estos once primeros apóstoles eran oriundos de Galilea. El duodécimo, Judas de Kerioth, único judío del colegio apostólico, siguió á Jesús por interés y acabó por venderlo. Hombre codicioso y egoísta, sabía que el Salvador quería fundar un reino y se colocó en el número de sus partidarios, persuadido de que, una vez en el trono, el nuevo rey colmaría á sus amigos de bienes y favores. Burlado en su esperanza, no retrocedió delante de la traición más infame.

Con aquellos pobres hombres, con aquellos pescadores ignorantes y groseros, algunos de los cuales apenas creían en él y ni sospechaban la naturaleza de su obra, emprendía Jesús la fundación de su imperio universal. Con semejantes operarios no podía naturalmente esperar nada; pero convenía á sus designios escoger á los débiles para abatir á los fuertes; á los ignorantes, para confundir á los sabios, á fin de que nadie pudiese vanagloriarse delante del Señor.

La elección de los apóstoles alejó más y más del Salvador á los fariseos y jefes del pueblo. El que se rodeaba de semejantes ministros ¿podía ser el gran rey, el hijo de David? ¿Pensaba acaso con tales guerreros, levantar á Israel de su decadencia y someterle todo el universo? A no haber estado heridos de ceguedad, aquellos doctores tan versados en las Escrituras, habrían recordado la profecía de Daniel sobre el reino del Mesías.

Para abatir el formidable coloso con cabeza de oro, brazos de bronce, piernas de hierro, figura de los grandes imperios, bastó una piedrecilla desprendida de la montaña por una mano invisible. A su contacto, derrumbóse el coloso y sobre sus ruinas, la piedrecilla, símbolo de la Iglesia naciente, se convirtió en una montaña que cubrió toda la tierra. Pero los sabios, cegados por el espíritu del orgullo, habían perdido la inteligencia de las Escrituras. No podían comprender ni el reino de Dios predicho por los profetas, ni los instrumentos escogidos para establecerlo, ni mucho menos la legislación dada por Jesús á los súbditos del nuevo imperio.

CAPÍTULO II.

Las Bienaventuranzas.

SERMÓN DE LA MONTAÑA. — LAS FALSAS DIVINIDADES. — HIMNO DE SUS ADORADORES. — LAS OCHO BIENAVENTURANZAS. — IMPRESIÓN DE LOS FARISEOS. — LOS ANATEMAS. — RECOMENDACIONES Á LOS APÓSTOLES. — LA IGLESIA INDEFECTIBLE. — *(Matth. V, 16 — Luc. VI, 20-26.)*

LA montaña en donde escogió Jesús á sus apóstoles termina en dos picos de desigual altura. (1) Entre aquellas dos cimas, á algunos centenares de pasos del camino, extiéndese una vasta meseta ó llanura campestre, la cual estaba invadida por una inmensa multitud, mientras Jesús departía con los doce.

Eran peregrinos llegados de diversos países, galileos, judíos, doctores de Jerusalén, habitantes de la Decápolis, y otras comarcas situadas más allá del Jordán, paganos venidos de la Idumea, Tiro y Sidón. Todos ellos aguardaban al profeta cuya sabiduría eclipsaba á la de los más afamados rabinos.

Jesús, rodeado de sus apóstoles, bajó á la llanura donde estaba reunida aquella multitud. De pie sobre las alturas, había contemplado aquellas oleadas de gente venidas de todos los puntos del horizonte para pedirle que los admitiese en el reino de Dios. Gimiendo al ver tantas almas sepultadas en las tinieblas, resolvió hacerles conocer la sociedad espiritual que venía á fundar para procurar gloria á Dios y á los hombres la paz. Todos eran llamados á formar parte de esta sociedad, con tal que se convirtiesen en verdaderos hijos del Padre que está en los cielos.

(1) Se les llama en el país Cuernos de Hatín, á causa de la pequeña ciudad de este nombre situada en la falda septentrional de la montaña.

Quince siglos antes, desde la cima de otra montaña, el mismo Jehová había dictado el precepto fundamental impuesto por él al pueblo como una condición esencial de su alianza. Los ecos del desierto repetían aún las solemnes palabras caídas entonces desde el Sinaí: «Escucha, oh Israel, yo soy el Señor tu Dios, yo soy quien te ha sacado de la servidumbre del Egipto. No tendrás otro Dios delante de mí, porque yo soy el Señor tu Dios, el Dios fuerte y celoso.»

Mas, al tender Jesús una mirada sobre el mundo, vió que todos los pueblos judíos y gentiles adoraban, en presencia del verdadero Dios, á falsas divinidades, personificación vergonzosa de los vicios que manchaban su corazón. Sus dioses ó diosas eran el orgullo, la avaricia, la lujuria, la envidia, la cólera, la gula y la pereza. En vez de buscar las bendiciones de Jehová, todos, aún el judío, creían encontrar la felicidad en la satisfacción de las pasiones. El fariseo se embriagaba de gloria; el saduceo, de innobles placeres; todos ellos amaban el oro y la plata más que á la Ley, más que á Dios mismo. Y era tal la perversidad de la naturaleza humana, que en los momentos mismos en que Jesús restablecía el reino de Dios sobre la tierra, oía resonar por doquiera, en Oriente y en Occidente, en Jerusalén y en Roma, el canto de aquellos idólatras:

«Felices los ricos que disponen á su antojo de los bienes de este mundo.

«Felices los poderosos que reinan sobre millares de esclavos.

«Felices aquellos que no conocen las lágrimas y cuyos días transcurren en las diversiones y placeres.

«Feliz el ambicioso que puede saciarse de dignidades y honores.

«Feliz el hombre sensual saturado de festines y voluptuosidades.

«Feliz el hombre sin compasión que puede satisfacer su sed de venganza y hacer trizas á su enemigo.

«Feliz el hombre sanguinario que pulveriza bajo su planta á los pueblos vencidos.

«Feliz el tirano que oprime al justo en la tierra y destruye en el mundo el reino de Dios.»

Así cantaban, siglos hacía, los hijos del viejo Adán.

Las turbas reunidas en la montaña, no conocían otros principios sobre la felicidad y muchos se preguntaban desde largo tiempo, si tales máximas tendrían aceptación en el reino de que se decía fundador Jesús. Aguardábase con impaciencia que se explicase claramente acerca de las disposiciones requeridas para entrar en el número de sus discípulos. Sentado, pues, sobre una colina desde donde dominaba la multitud, rodeado de sus apóstoles y con el pueblo congregado en torno suyo, el Salvador tomó la palabra y no temió oponer á las pretendidas felicidades del hombre caído, estas bienaventuranzas divinas que ninguna lengua humana había aún proclamado:

« Bienaventurados los pobres verdaderamente desprendidos de los bienes de este mundo, porque de ellos es el reino de los cielos.

« Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

« Bienaventurados los mansos para con sus semejantes, porque ellos poseerán la tierra de los elegidos.

« Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

« Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

« Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán á Dios.

« Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

« Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

« Sí, dichosos seréis cuando los hombres os maldijeren y persiguieren por mi causa y dijeren falsamente contra vosotros toda suerte de mal.

« Regocijaos entonces y estremeceos de alegría, pues vuestra recompensa será grande en los cielos.

« Recordad también que no de otra manera fueron tratados los profetas que vinieron antes que vosotros. »

Con estas máximas jamás oídas, Jesús, verdadero Salvador del mundo, declaraba á los hombres viciosos que, para entrar en su reino y volver á hallar la verdadera felicidad, era necesario reinstalar en su corazón al Dios que de él ha-

bían arrojado y hacer guerra abierta á las falsas divinidades, es decir, á las siete pasiones, fuente de todas nuestras desgracias. Predicaba á los avaros la pobreza, á los orgullosos la dulzura, á los voluptuosos la castidad, á los perezosos y sensuales el trabajo y las lágrimas de la penitencia, á los envidiosos la caridad, á los vengativos la misericordia, á los perseguidos los goces del martirio. El alma no pasa de la muerte á la vida, ni restablece en ella el reino de Dios, ni comienza á gozar en la tierra de la bienaventuranza del reino de los cielos, sino mediante el sacrificio de sus instintos depravados.

Mientras que Jesús hablaba, la mayor parte de los asistentes parecían estupefactos ante aquellas bienaventuranzas, calificadas hasta entonces de verdaderas maldiciones. Escudriñaban la fisonomía del predicador para tratar de sorprender en ella el sentido de sus palabras; pero su rostro permanecía tranquilo como la verdad; su voz dulce y penetrante, no revelaba emoción alguna. Dirigíase á una nueva raza de hombres más noble que la de los patriarcas, más santa que la de Moisés; á la raza nacida del soplo del Espíritu divino. Mas esto lo comprendían únicamente aquellos á quienes una luz celestial comunicaba la inteligencia de estas misteriosas enseñanzas.

En cuanto á los codiciosos y soberbios fariseos, dábanse de muy buena gana por excluídos de un reino abierto sólo á las almas bastante enamoradas de Dios para despreciar los bienes de este mundo, los honores terrenos y los placeres carnales. Irritábanse contra este soñador que condenaba todas las acciones de su vida y todas las aspiraciones de su corazón. Pero Jesús, penetrando sus pensamientos criminales, lanzó contra ellos y sus adeptos estos terribles anatemas:

«¡Desgraciados de vosotros, ricos insaciables, pues halláis vuestras delicias en la tierra! ¡Desgraciados de vosotros los que estáis hartos de voluptuosidades, pues sufriréis un día los rigores del hambre! ¡Desgraciados de vosotros los que no cesáis de reir, pues no está lejano el día en que gemiréis y lloraréis sin término! Desgraciados de vosotros los que merecéis el incienso de los mundanos; sus padres incensaban de igual manera á los falsos profetas!»

Volviéndose entonces hacia los apóstoles encargados de extender su reino, les anunció que los hijos del siglo y sus falsos doctores no cesarían de hacer la guerra á los ministros de Dios, es decir, á todos los que predicaren y practicaren las virtudes enseñadas en la montaña; pero estos embajadores del Padre que está en los cielos, harían traición á su mandato si callasen por temor á los malvados, dejando á las almas sumergirse en la corrupción y en las tinieblas.

Vosotros, díjoles, sois la sal de la tierra; si la sal se desvirtúa ¿con qué se salará? Sólo servirá para ser arrojada al camino y hollada por los transeuntes. Vosotros sois la luz del mundo. No se levanta una ciudad sobre una montaña para que quede oculta á las miradas, ni se enciende una lámpara para ponerla bajo el celemín, sino sobre un candelero para que alumbre á todos los que están en casa. Que vuestra luz, pues, brille delante de los hombres, á fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.»

Así habló Jesús á la Iglesia naciente. Y siempre la Iglesia, fiel á su jefe, será la sal que no se desazona y el faro que brilla en la noche tenebrosa. Hasta el fin de los siglos, se la oirá predicar las bienaventuranzas de la montaña y hasta el fin de los siglos se formarán á su voz legiones de pobres voluntarios, de vírgenes y penitentes, de confesores y mártires, que se considerarán dichosos con sufrir persecución por la justicia, dichosos con morir por Jesús que se dignó abrirles con su muerte las puertas de su reino.



CAPÍTULO III.

Los preceptos evangélicos.

LEY ANTIGUA Y LEY NUEVA. — EL ESPÍRITU Y LA LETRA. — INTERPRETACIONES FARISAICAS. — EL HOMICIDIO. — EL ADULTERIO. — EL DIVORCIO. — EL PERJURIO. — LA LEY DEL TALIÓN. — EL AMOR Á LOS ENEMIGOS. — PERFECCIÓN DE LA LEY EVANGÉLICA.

(Matth. V, 17-48—Luc. VI, 27-36).

La simple enunciación de las bienaventuranzas, suponía ya un pueblo nuevo. Los discípulos de Jesús, regenerados por la gracia, debían abandonar la degradación de los vicios originales para llevar una vida nueva, esa vida de la cual el Salvador se mostraba ejemplar divino. Los hijos de Adán, convertidos en hijos de Dios, componían una nueva sociedad que, comenzada en la tierra, debía continuar en el cielo.

Mas, este reino espiritual parecía á los Judíos una obra enteramente contraria á la que debía llevar á cabo el Mesías libertador. Los escribas y fariseos denunciaban á Jesús como un novador decidido á romper la antigua alianza de Jehová con su pueblo; como un revolucionario que conspiraba contra la ley de Moisés; como un fanático capaz de trastornar el país para hacer prevalecer sus ideas personales sobre la enseñanza oficial de los doctores. Estas acusaciones, repetidas sin cesar, impresionaban tanto más á los Judíos fieles, cuanto los acusadores se mostraban en toda circunstancia ardientes celadores de la ley mosaica. He aquí por qué en el sermón del Monte, después de exponer las sublimes virtudes á que debían aspirar los súbditos del reino, Jesús promulgó la Ley nueva impuesta por El á los hombres, para formarlos en la perfección de aquellas mismas virtudes. Bastóle poner sus prescripciones ante los ojos de la concurrencia, no sólo para refutar á sus enemigos, sino

para probar que aquellos celosos defensores de la Ley mosaica eran los primeros en ignorar su sentido y su alcance.

«No os imaginéis, les dijo, que yo haya venido á abolir la Ley y los profetas: no he venido á abolirla sino á perfeccionarla. El cielo y la tierra pasarán, antes que deje de obligar una sola tilde de la Ley. Quien violare ó permitiere violar el menor de sus preceptos, será excluído del reino de los cielos; quien, por el contrario, la guardare y enseñare, será grande en el reino de los cielos.»

No se podía desmentir más formalmente la acusación de conspirar contra la Ley mosaica. Jesús fué todavía más lejos: acusó él mismo á sus enemigos de violar el espíritu de la Ley, creyéndose justos porque se abstenían de actos materiales vedados por la ley, al mismo tiempo que los cometían en el fondo de su corazón. Tuvo aún el valor de decir á su auditorio: «Si os contentáis con la justicia, tal como la entienden los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.» En apoyo de su afirmación, probó por medio de ejemplos, que la Ley reprueba, no sólo los actos exteriores, sino también los pensamientos y afectos malos.

«Sabéis, dijo, que se ha dado á vuestros padres este mandamiento: No matarás; todo aquel que cometa homicidio será condenado por el tribunal. Mas yo os digo: quienquiera que se encolerizare contra su hermano, será condenado por el tribunal; quienquiera que lo injuriare gravemente, será condenado por el Gran Consejo; quienquiera que lo llamare impío ó necio, será arrojado en la gehenna del fuego.» De manera que, no sólamente el asesinato, sino toda injuria grave de palabra ú obra, de las que ni siquiera hacían mención los fariseos, serán condenadas en el tribunal de Dios y castigadas con el fuego del infierno figurado por la gehenna.

Jesús colocaba en la misma categoría del precepto, todos aquellos sentimientos de rencor y de odio que, sin quitar la vida al prójimo, arman muchas veces el brazo de los asesinos. «Si al presentar vuestra ofrenda sobre el altar, recordáis que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda, id á reconciliaros primero con vuestro hermano y volved en seguida á presentar á Dios vuestra ofrenda. Asimismo, procurad entrar en arreglo con vuestro

acreedor antes de apelar á la justicia; no sea que el litigante os entregue al juez, éste al ejecutor y os veáis arrojado á la cárcel de donde no saldréis mientras no hayáis pagado el último maravedí ».

Los doctores judíos no habían deducido jamás del quinto precepto consecuencias tan amplias y á la vez tan legítimas. Jesús les reprochó igualmente que prohibiesen los actos inmorales, sin reprobar la impureza del corazón.

« Vosotros conocéis, les dijo, el mandamiento dado á los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo: Cualquiera que mirase á una mujer con mal deseo, ha cometido ya adulterio en su corazón. » Enseñó, además, la obligación de huir de todo aquel que sea para nosotros ocasión de escándalo, aunque nos fuera más querido que el ojo ó la mano. « Si tu ojo te escandaliza, arráncalo y arrójalo lejos de ti; si tu mano te escandaliza, córtala y arrójala lejos de ti; pues te vale más perder el ojo ó la mano, que caer con todos tus miembros en la gehenna del fuego. »

Después de haber dejado establecido que los fariseos desconocían el espíritu de la Ley, Jesús probó que llevaban su audacia hasta falsear materialmente el sagrado texto con las interpretaciones más inmorales y fantásticas. Así por ejemplo, aunque el matrimonio sea por su naturaleza indisoluble, Moisés, tomando en consideración los groseros instintos del pueblo, había tolerado el divorcio, pero por motivos graves que debían figurar en el libelo del repudio. Los fariseos habían inventado mil razones de separación á cual de todas más fútiles; de manera que la ruptura del lazo sagrado dependía del capricho de los esposos. Jesús, condenando absolutamente el divorcio, volvía al matrimonio su primitiva santidad.

« Todo aquel que despida á su mujer fuera del caso de adulterio, la hace adúltera; y todo aquel que se casa con una mujer repudiada, comete igualmente adulterio. » Jesús autoriza, llegado el caso, la separación de los esposos, mas no un divorcio que permita contraer nuevos lazos.

Hé aquí otro ejemplo de la interpretación fraudulenta de los sagrados preceptos: La ley de Moisés condenaba el perjurio y prohibía aún tomar en vano el nombre de Dios. Para favorecer sus rapiñas, los fariseos multiplicaban los ju-

ramentos en sus transacciones comerciales con los paganos y luego los violaban audazmente so pretexto de que habían jurado por las criaturas, por la tierra, el cielo, la propia cabeza, Jerusalén y no por Jehová. Jesús, protestando contra semejante duplicidad sacrílega, reprobó todo juramento inútil.

«Sabéis, les observó, que se ha dicho á los antiguos: No perjurarás; sino que cumplirás los juramentos hechos al Señor. Mas yo os digo: No jurarás en manera alguna; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey; ni por vuestra cabeza, porque no tenéis poder para hacer blanco ó negro uno solo de vuestros cabellos. En vuestras respuestas diréis sencillamente: Sí, sí; no, no. Que lo demás, de mal principio procede». De manera que los fariseos pecaban doblemente contra la Ley; primero, jurando sin necesidad y luego, violando los juramentos hechos en el nombre de las criaturas, pues que estas dependen absolutamente de Dios, su autor.

El código mosaico contenía la dura ley del talión, que permitía imponer al culpable la misma pena que este hubiera hecho sufrir injustamente al prójimo. Sin aguardar la aplicación de esta pena que estaba reservada á la justicia, los fariseos se autorizaban con la Ley para vengarse cruelmente de sus enemigos. Jesús les intimó la ley de la caridad en lo que esta tiene de más sublime: «Sabéis que se ha dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al malvado; si alguien os hiere en la mejilla derecha, presentadle también la izquierda. Y al que quiera poneros pleito para quitaros vuestra túnica, abandonadle también vuestra capa. Y si alguien quiere obligaros á dar con él mil pasos, dad otros dos mil más. Dad á todo aquel que os pida y no volváis el rostro al que solicite de vosotros un préstamo.»

El divino Maestro aconseja el talión á la inversa. Los hijos de Dios deben sin duda usar de gran discreción en la práctica de estos consejos para no provocar nuevas injusticias de parte de los malvados; pero cuidarán de tenerlos siempre á la vista para ahogar en su corazón todo sentimiento de venganza.

Los fariseos no consideraban al extranjero como á her-

mano suyo, ni al enemigo como á prójimo. Según ellos, se podía sin cometer crimen alguno, detestar ó maltratar á aquellos seres inferiores. Miembros de la nación escogida, los judíos se creían con derecho para odiar á todo el género humano. De manera que oyeron, no sin estupor, proclamar á Jesús las leyes de la divina fraternidad: «Sabéis que se os ha dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: haced bien á todos aquellos que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis verdaderamente hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre buenos y malos, y caer la lluvia sobre justos y pecadores. Si solamente amáis á aquellos que os aman ¿qué recompensa recibiréis? ¿No hacen otro tanto los publicanos? Y si no saludáis sino á vuestros hermanos, ¿en qué os diferenciaréis de los demás? ¿Por ventura no hacen lo mismo los paganos? Así pues, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.»

De esta manera, al mismo tiempo que el divino Maestro promulgaba los preceptos y consejos de la nueva Ley, probaba claramente que no pretendía en manera alguna abolir la ley de Moisés, como lo afirmaban sus enemigos. Si insistía en algunos puntos de ella, no era, como hacían los fariseos, para adulterarla en provecho de las pasiones, sino para corregir sus defectos y convertirla en la regla santa é inmaculada de los hijos de Dios, como cumplía á un legislador tres veces santo. En cuanto á las leyes puramente ceremoniales de la antigua Alianza, pronto las cumpliría también de una manera excelentísima dando al mundo las augustas realidades, de las cuales los ritos mosaicos no eran más que pálidos emblemas.

El sermón del Monte tocaba á su fin. Sólo quedaba á Jesús, para completar la instrucción de los hijos de Dios, revelarles el gran principio que domina toda la ley nueva y sin el cual, el más fiel observante de los preceptos, no podría agradar al Padre que está en los cielos.



CAPÍTULO IV.

La ley del amor.

EL TEMOR Y EL AMOR. — INTENCIÓN RECTA É INTENCIÓN VICIOSA. — EL PATER. — DIOS Y MAMMÓN. — LA PROVIDENCIA. — NO JUZGAR. — LA VIGA Y LA PAJA. — ORACIÓN PERSEVERANTE. — LOS FALSOS DOCTORES. — LA PUERTA ESTRECHA. — ESCUCHAR Y PRACTICAR. — FIN DEL SERMÓN LEL MONTE. *(Matth. VI, 1-3; VII, 1-23. — Luc. VI, 37-49.)*



Dios había dado á su pueblo los diez preceptos de la Ley en medio de truenos y relámpagos, amenazándole con los más terribles castigos si tenía audacia de transgredirlos. Advirtióle, sin embargo, que un motivo más noble que el temor debía impedirle violar los mandamientos. Israel, colmado de beneficios por Jehová, debía amar á su Dios y darle testimonio de este amor por medio de su fidelidad. « Escucha, oh Israel, dice á su pueblo: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grabarás en tu corazón este precepto; lo meditarás noche y día, en tu casa y en el camino; lo inscribirás en el brazo y en la frente, en el dintel y en la puerta de tus hogares á fin de no olvidarlo jamás. » (1) Y añadió aquel Dios de bondad, Padre de la gran familia humana: « Amarás á tu prójimo como á ti mismo. » (2)

No obstante, á excepción de las almas animadas por el divino Espíritu, Israel meditaba poco en el amor que debía á su Dios. Obedecía, es verdad, á Jehová, pero con la esperanza de obtener ciertas recompensas temporales, ó por temor á las maldiciones suspendidas sobre la cabeza

(1) Deuter. VI, 4-8.
(2) Levit. XIX, 18.

de los pecadores; y muchas veces, vencido por las pasiones, pisoteaba las leyes que sólo el amor habría podido hacer observar. Sin corazón y sin piedad, los fariseos habían llegado á mutilar y desfigurar todos los preceptos. Entregados á todos los vicios, cubríanse con la máscara de la piedad, de la liberalidad y del rigorismo más exagerado con respecto á las observancias exteriores, movidos únicamente por el amor propio y por el afán de obtener los aplausos y alabanzas de un pueblo que consigo arrastraban á la perdición.

Después de haber restablecido y perfeccionado la ley mosaica, Jesús no podía terminar su discurso sin recordar que las obras de la Ley pierden todo su valor delante de Dios, toda vez que se echan en olvido aquellos preceptos que son fuente y origen de los otros, á saber: «Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á ti mismo.» El hijo de Dios debe amar á su Padre, consagrarse á su servicio, abstenerse de toda falta y practicar las obras mandadas por la Ley, no por vanidad, sino para agradar al Dios infinitamente bueno é infinitamente puro. Para desengañar al pueblo, Jesús no temió fustigar á los viciosos que se cubrían con apariencias de virtud.

« Guardaos, decía á su auditorio, de practicar vuestras buenas obras delante de los hombres á fin de ser vistos por ellos; de otra manera, no recibiréis recompensa alguna de vuestro Padre que está en los cielos.

«Cuando deis limosna, no toquéis la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las calles y sinagogas, los cuales sólo buscan la humana alabanza. En verdad os digo, que recibieron ya su recompensa.

«En cuanto á vosotros, cuando deis limosna, que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha, á fin de que vuestra limosma queda secreta, y así vuestro Padre que ve lo más oculto, os la recompenserá.

«Y cuando oréis, no imitéis á los hipócritas que acostumbran orar de pie en la sinagoga y en los ángulos de las plazas públicas para llamar la atención de los demás. En verdad os digo, que también esos recibieron ya su recompensa. Cuando oréis, entrad en vuestro aposento y, cerrada la puerta, orad á vuestro Padre en secreto y vuestro Padre que ve lo más recóndito, os escuchará.

« Tampoco multipliquéis las palabras para orar como hacen los paganos, quienes se imaginan ser oídos de sus dioses á fuerza de palabras. No los imitéis; vuestro Padre conoce, aún antes de pedirle, aquello que necesitáis. Orad pues de esta manera:

« Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. No nos dejes caer en tentación, mas líbranos de mal. Amén.

« Porque si perdonáis á los hombres sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados; pero si no perdonáis á vuestros prójimos, tampoco os perdonará á vosotros vuestro Padre celestial.

« Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas que extenúan su rostro para parecer que ayunan. En verdad os digo, que estos recibieron ya su recompensa. En cuanto á vosotros, cuando ayunéis, perfumad vuestra cabeza y lavaos el rostro, á fin de que vuestro ayuno quede oculto á todos, menos á vuestro Padre. Y vuestro Padre que ve lo más oculto, sabrá recompensaros.»

Procuraba Jesús suscitar de esta manera verdaderos hijos de Dios que, en todos sus actos, no tuvieran otra intención que el probarle su amor, ni otra aspiración en sus oraciones que glorificar su santo nombre, propagar su reino y cumplir su voluntad en la tierra como se cumple en el cielo. Con todo, para elevarse á tanta altura, requiérense almas que no consagren sus afectos á otro dios que al Dios verdadero, doctrina que por cierto no acertaban á comprender los judíos. Jesús veía que su nación y sobre todo, que los jefes y doctores del pueblo dominados por la codicia, defraudaban á los extranjeros, oprimían á los pobres y amontonando riquezas, las enterraban para sustraerlas á la mirada de los Romanos. Les reprochó la preferencia que daban á los bienes transitorios sobre sus intereses eternos.

« No amontonéis, dijo al pueblo, tesoros que serán roídos por la polilla y los gusanos, ó de que podrán despojaros los ladrones. Atesorad riquezas que os sirvan para

el cielo y que ni puedan ser destruídas por la polilla ó los gusanos, ni arrebatadas por ladrones.

«Donde está vuestro tesoro, añadió, allí está también vuestro corazón.» Si vuestro tesoro está en la tierra, vuestra alma será terrena; si vuestro tesoro está en el cielo, vuestra alma será celestial. «Nuestro ojo, como una lámpara, ilumina todo nuestro cuerpo. Si el ojo es puro, su luz se esparce sobre todos los miembros: si está viciado, todo el cuerpo aparece tenebroso. Asi también, si el ojo del alma está oscurecido ¿qué podrá esperarse de ella sino obras de tinieblas.

«Nadie puede servir á dos señores. No se puede amar á uno, sin aborrecer al otro; aficionarse á uno, sin despreciar al otro. No podéis, pues, servir al mismo tiempo a Dios y á las riquezas.»

Á estas exhortaciones contra el amor inmoderado de las riquezas, el insaciable Judío oponía las necesidades de la vida; pero Jesús aprovechó estas mismas preocupaciones temporales para dar á todos una admirable lección acerca de la Providencia del Padre que está en los cielos.

«No os inquietéis, les dijo, por lo que toca al alimento y vestido de vuestro cuerpo. ¿Acaso la vida que habéis recibido de Dios, no vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?

«Mirad las aves del cielo: no siembran, no cosechan, ni guardan en graneros y no obstante, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves? Y ¿quién de vosotros hay que con toda su ciencia pueda añadir un codo á su estatura?

«Y en cuanto al vestido ¿por qué inquietaros? Mirad los lirios del campo, cómo crecen. No hilan ni tejen y sin embargo, yo os aseguro que ni Salomón en los días de su mayor gloria, se vistió como uno de ellos. Y si á la flor del campo que hoy nace y mañana se seca, Dios adorna con tanta hermosura ¿qué no hará por vosotros hombres de poca fe?

«No os acongojéis diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos, cómo nos vestiremos? Dejad esas inquietudes á los paganos; que en cuanto á vosotros, bien sabe vuestro Padre celestial la necesidad que de eso tenéis.

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia; que las demás cosas se os darán por añadidura. No tengáis cuidado por el día de mañana; el día de mañana cuidará de sí mismo, bástale á cada día su propio afán.»

Tal es la gran ley del reino de los cielos: Amar á Dios con todo el corazón y hacer el bien por amor suyo, y por lo demás confiar en la Providencia, la cual no faltará jamás á los verdaderos hijos de Dios. Pero, quien ama al Padre, ama también á sus hijos, miembros como nosotros de la celestial familia. Luego, al amor á Dios es necesario agregar el amor al prójimo, es decir, á todos los hombres, lo cual no comprendían los Judíos. Muchas veces, durante este sermón, Jesús había reprochado á los fariseos las faltas de caridad, la dureza y la crueldad tanto en obras como en palabras de que se hacían culpables para con sus hermanos. Vuelve ahora sobre esto mismo á fin de reconvenir á aquellos censores inexorables que, no obstante estar su corazón carcomido por los vicios, no toleraban en los otros el menor defecto.

«No juzguéis, les dijo, y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Como juzgareis, así seréis juzgados, y con la medida con que midiereis seréis medidos.

«¿Por qué veis una paja en el ojo ajeno, y no véis una viga en el vuestro? ¿Cómo os atrevéis á decir: déjame quitar la paja de tu ojo, dejando al mismo tiempo la viga en el vuestro? ¡Hipócritas! Quitad primeramente la viga de vuestro ojo y después podréis quitar la paja del ojo de vuestro hermano.»

No obstante, si es menester juzgar á todos con caridad, la discreción prescribe no usar con los culpables el mismo procedimiento que con los inocentes. «No arrojéis á los perros las cosas santas, dijo Jesús, ni daréis las perlas á los puercos, por temor de que estos las pisoteen y se vuelvan en seguida contra vosotros y os despedacen.»

Después de esta advertencia, dirigida particularmente á los predicadores del Evangelio, el divino Maestro resumió sus enseñanzas sobre la caridad fraterna en este gran principio: «Haced á los demás lo que quisiereis que os hicieran á vosotros. En estas palabras están contenidos toda la ley y los profetas.»

Al señalar á los hombres el camino que lleva al reino de los cielos, Jesús conocía la impotencia de la naturaleza humana para llegar al Padre, si el padre mismo no la atrae á sí. Enseñó, pues, al pueblo á pedir sin cesar á Aquel que jamás nos rehusa su ayuda, la fuerza necesaria para no desfallecer en el camino. Su voz siempre tan dulce, encontró esta vez acentos de una ternura infinita.

«Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; golpead y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe y el que busca encuentra y al que llama se le abrirá.

«Si vuestro hijo os pide un pan ¿le daréis por ventura una piedra? y si os pide un pez ¿le daréis un escorpión? Pues, si vosotros que sois malos, dais buenas cosas á vuestros hijos ¿con cuánta mayor razón concederá vuestro Padre los verdaderos bienes á aquellos que se los piden?»

Habiéndolos tranquilizado respecto al auxilio de lo alto, los exhorta á entrar resueltamente en el santo, pero difícil camino que guía al reino de los cielos.

«Entrad por la puerta angosta, les dice, porque la puerta ancha y el camino espacioso conducen á la perdición y son muchos los que entran por él. Al contrario, ¡qué angosta es la puerta y estrecha la senda que conduce á la vida eterna y cuán pocos son los que la siguen!»

A la dificultad para observar los preceptos, agregad las seducciones de los falsos doctores. «Desconfiad, les decía, de los falsos profetas que vienen á vosotros vestidos con piel de ovejas y no son en el fondo sino lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis: ¿se cogen, por ventura, higos de los zarzales ó uvas de los espinos? El árbol bueno da buen fruto y el malo da mal fruto. Nunca se ha visto que un árbol bueno dé mal fruto, ni que uno malo, lo dé bueno. Este no sirve sino para ser cortado y arrojado al fuego.

«Por sus frutos, pues, distinguiréis á los verdaderos de los falsos doctores, es decir, por sus obras. No todos aquellos que dicen: ¡Señor, Señor! entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que cumplen la voluntad de mi Padre. En el día del juicio habrá muchos que dirán: ¿No hemos, por ventura, Señor, profetizado en vuestro nombre, arrojado los demonios y obrado toda suerte de prodigios?

Mas yo les responderé: «No os conozco, retiraos de mi presencia, operarios de la iniquidad.»

La multitud había escuchado con religioso silencio estas divinas enseñanzas; pero, al terminar, Jesús advirtió á los oyentes que para salvarse, no basta conocer las leyes que conducen al reino de los cielos, sino que es necesario hacer de ellas la regla de conducta con la voluntad resuelta de arrostrar, para mantenerse fiel á Dios, las tempestades del mundo y el embate de las pasiones.

«Cualquiera que oiga mis palabras y las ponga en práctica, se asemeja á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre una roca: cayeron las lluvias, los ríos salieron de madre, soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra ella; pero no fué derribada, porque estaba fundada sobre la peña viva.

«Pero todo el que oye estas instrucciones sin practicarlas, es semejante á un insensato que edifica su casa sobre arena: cayeron las lluvias, los ríos salieron de madre, soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó y la ruina fué grande.»

Tal fué la conclusión del sermón del Monte. De la boca divina de Jesús, como de pura fuente, habían brotado palabras de vida. Todos los que acababan de oirlas, estaban mudos de admiración, porque se sentía que hablaba en virtud de una autoridad soberana y no á la manera de los escribas y fariseos.

Y todas aquellas gentes de la Judea, de la Galilea, de la Decápolis y Fenicia, regresaron á su país refiriendo á sus compatriotas los oráculos salidos de la boca del Profeta. Y los doctores mismos reconocían unánimemente que ni los maestros más afamados por su ciencia, habían pronunciado jamás palabras tan sublimes. Ni los sacerdotes del Oriente, ni los sabios de la Grecia, ni los filósofos de Roma, habían revelado, como Jesús, las leyes misteriosas que ligan al hombre con Dios y la tierra con el cielo.

Sólo los pontífices de Jerusalén, los escribas y fariseos, temblaban de cólera al presenciar el entusiasmo del pueblo y el triunfo de su adversario. Cuando llegaban á sus oídos los ecos del sermón del Monte, reconocían en él una luz más brillante que la del Sinaí y se preguntaban cómo lograrían extinguirla.

CAPÍTULO V.

Beelzebub.

FUROR DE LOS JUDÍOS. — EL CENTURIÓN ROMANO. — LIBERTAD DE UN POSESO. — EL DIOS BEELZEBUB. — ACUSACIÓN DE LOS FARISEOS. — RESPUESTA DE JESÚS. — PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO. — EL SIGNO DE JONÁS. — LOS NINIVITAS. — LA REINA DE SABÁ. — ASTUCIAS DEL DEMONIO. — LOS VERDADEROS AMIGOS DE JESÚS. *(Matth. VIII, 5-13; XII, 22-50. —Marc. III, 20-30.—Luc. VII, 1-10; XI, 14-26.)*

Los discursos del profeta aplaudidos por el pueblo excitaron en el corazón de los fariseos un verdadero furor. Jesús no había temido tratar públicamente á aquellos hipócritas de prevaricadores y falsos profetas; y estos, para vengarse, le acusaron de haber atacado en su discurso la autoridad de Moisés, el divino legislador de la nación judía. No solamente se arrogaba, según ellos, el derecho de interpretar el código mosaico contrariando la enseñanza oficial, sino que se atribuía el poder de reformarle á su manera. Llevaba su sacrílega audacia, hasta pretender enmendar y perfeccionar las santas leyes dictadas por Jehová en el Sinaí. Así, bajo aquel falaz pretexto de reforma, comenzaba por destruir el dogma fundamental de la nación, es decir, por derribar el muro que separaba á Israel de las naciones extranjeras. Para él, no había diferencia entre Judío y Gentil; enseñaba que es necesario amar á todos los hombres sin distinción, extraños ó compatriotas, amigos ó enemigos, fieles ó infieles. Los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, no constituían á sus ojos un pueblo privilegiado, el verdadero pueblo de Dios con exclusión de otro alguno. ¿Cómo, pues, podrían los verdaderos patriotas ver en este amigo del extranjero al Mesías libertador que Dios debía enviar precisamente para libertar á la nación del yugo extraño?

Este pérfido comentario del sermón de Jesús, fué inmediatamente seguido de un incidente que puso en relieve esa predilección por los extranjeros que los Judíos reprochaban al Salvador.

Inmediatamente después de bajar de la montaña, Jesús volvió á Cafarnaum con sus discípulos. Entre los oficiales de la guarnición, encontrábase un centurión romano muy querido por los habitantes á causa del respeto observado por él con los vencidos. Aún llegaba hasta interesarse en las esperanzas religiosas del pueblo, tomando parte en su entusiasmo por el profeta de Nazaret. En ese tiempo, habiendo caído atacado de parálisis uno de sus más fieles servidores, de tal manera que en pocos días quedó reducido á inminente peligro de muerte, el noble soldado, movido por un secreto instinto, pensó que seguramente Jesús acudiría en su auxilio. Mas, en su calidad de extranjero, creyó prudente valerse de intercesores para obtener que el Salvador usase de su poder á favor del moribundo. A ruego suyo, los ancianos de la ciudad suplicaron á Jesús que tuviera compasión del centurión. Señor, dijéronle, merece que os intereséis por él, porque profesa gran amor á nuestra nación, habiendo llegado hasta edificarnos una nueva sinagoga á expensas suyas.»

Cediendo á sus instancias, Jesús se dirigía con ellos á la morada del centurión, cuando unos enviados le trajeron un mensaje de este oficial: «Señor, le decía, no os molestéis en venir á mi casa. Yo no soy digno de que entréis á mi morada, ni de comparecer en vuestra presencia y por esta razón no he ido yo mismo á buscaros. Decid sólamente una palabra y mi sirviente quedará sano. Siendo yo oficial subalterno, no tengo más que decir á mis soldados: Id allá y ellos van; haced esto y lo hacen. Vos sois omnipotente; ordenad á la enfermedad y ella obedecerá al punto.»

Jesús no pudo contener un grito de admiración, al comparar la fe humilde de aquel extranjero, con la incredulidad orgullosa y llena de odio de sus compatriotas. «En verdad os digo, exclamó, que no he encontrado fe semejante en Israel. Os declaro que vendrán muchos del Oriente y del Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el banquete del reino de los cielos, mientras que los legí-

timos herederos del reino serán arrojados fuera, allí donde habrá llanto y crujir de dientes.» Y ya la fe del centurión había recibido su recompensa; cuando los mensajeros regresaron á la casa, encontraron al moribundo perfectamente sano.

Insensibles, tanto á la bondad compasiva del Salvador, como á su divino poder, los fariseos no vieron en esta curación sino una prueba más de su predilección por los extranjeros. No contento con equiparar á los Judíos con los Gentiles, no ocultaba sus preferencias por las naciones idólatras y hasta por aquellos odiosos Romanos que hacían pesar su yugo de hierro sobre Israel. Vinieran del Oriente ó del Occidente, él les daba lugar en su pretendido reino, al paso que excluía de él al pueblo amado de Jehová. En su odio encarnizado contra Jesús, aquellos sectarios ensayaron hacer gustar al pueblo el veneno que destilaban sus labios; pero este, lejos de escucharles, batió palmas al saber el nuevo milagro de Jesús.

La situación se hacía desesperante para los fariseos: las calumnias mejor urdidas para engañar á los sencillos y arruinar la influencia del profeta, fracasaban en presencia del milagro. Cuando creían haberle desacreditado ante la opinión, un prodigio más sorprendente que los anteriores hacía revivir el entusiasmo y las multitudes saludaban en el incomparable taumaturgo al enviado de Dios. No quedaba á los falsos doctores más que un solo medio para aislar y vencer á su enemigo; y este era pervertir el buen sentido popular, insinuando en su ánimo que el milagro no probaba la misión divina del profeta. Los fariseos no retrocedieron delante de este satánico artificio. Como los prodigios de Jesús sobrepujaban evidentemente á las fuerzas humanas, convinieron en atribuirlos á los espíritus malos, los cuales estaban interesados en perder á la nación haciéndole aceptar un falso Mesías. Así arruinaban de un solo golpe la autoridad y la santidad del Cristo, puesto que es forzosamente un malvado aquel que obra por el poder del espíritu malo.

Algunos días después, Jesús les procuró una ocasión magnífica para emplear contra él su táctica infernal. Se encontraba en una casa amiga, asediado de una multitud in-

mensa que no le dejaba á él ni á sus apóstoles el tiempo necesario para tomar algún alimento. Sus parientes, temiendo que cayese rendido de fatiga, se esforzaban en vano por romper la multitud y llegar hasta él para llevarle consigo, cuando de improviso le fué presentado un poseso á quien el demonio había puesto ciego y mudo. Al instante, el Salvador arrojó al maligno espíritu. Los ojos del poseído se abrieron, desatóse su lengua y sus movimientos fueron libres y regulares. Viendo á aquel hombre radicalmente curado, el pueblo prorrumpió en aclamaciones en honor del profeta: «¿No es este ciertamente el hijo de David?» exclamaban por todas partes.

A estas palabras «hijo de David,» con que se designaba al Mesías, los escribas y fariseos apresuráronse á realizar el monstruoso designio por ellos concebido. Los Judíos tenían verdadero horror por los ídolos de los paganos, que no pasaban de ser vanos simulacros bajo los cuales se hacían adorar los demonios. Entre estos, érales sobre todos abominable aquel que los filisteos, sus enemigos mortales, adoraban bajo el nombre de Beelzebub. Jehová castigaba con el mayor rigor á todo judío que osaba prestar á este ídolo, del cual se hacía un rival suyo, una muestra cualquiera de veneración. Ocozías, por haberlo consultado en un caso de enfermedad, fué condenado á permanecer en su lecho durante todos los días de su vida. Beelzebub era considerado como el jefe de los malos espíritus y se hablaba de él en toda la Judea con el mayor horror y desprecio.

Los fariseos, conocedores de los sentimientos de sus compatriotas, creyeron que el mejor sistema para hacer odiosos los milagros de Jesús, era atribuirlos á los prestigios de aquel ídolo inmundo. Deslizándose por entre los grupos que aplaudían á grandes voces al poderoso taumaturgo, decían sigilosamente con aire sentencioso: «Ya nadie ignora que está poseído por el mal espíritu y que arroja á los demonios por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios.» Esperaban que esparciendo insidiosamente esta soez calumnia entre el pueblo, enajenarían todos los corazones, sin necesidad de entrar en discusión con él; pero, ¡cuál no sería su asombro al oir que el Salvador ponía de manifiesto

su trama y los confundía vergonzosamente! Sin perder un instante su divina serenidad, Jesús hizo á aquellos corruptores del pueblo una simple pregunta de sentido común.

« Todo reino dividido por la guerra civil, les dijo, marcha á su ruina; toda ciudad, toda casa entregada á disensiones intestinas, debe necesariamente perecer. Si, pues, como lo pretendéis, un demonio arroja á otro demonio, indudablemente Satanás se está haciendo la guerra á sí mismo y entonces ¿cómo podrá subsistir su reino? »

Al decir esto, su mirada escudriñadora exigía una respuesta; pero los fariseos guardaron profundo silencio. Luego les hizo una segunda pregunta que puso en transparencia la mala fe de sus adversarios, haciendo alusión á los exorcistas judíos que libertaban á los poseídos en nombre de Jehová.

« Si yo arrojo los demonios por virtud de Beelzebub, preguntó Jesús ¿por virtud de quién los arrojan vuestros hijos? » Y como los fariseos no respondiesen, Jesús agregó en tono severo: « Vuestros mismos hijos serán vuestros jueces en el tribunal de Dios. »

Entonces, aprovechando la turbación producida en sus enemigos, acabó de confundirlos con este argumento: « Si yo no arrojo los demonios por virtud de Beelzebub, como lo confirma vuestro silencio, sólo puedo hacerlo por virtud del Espíritu de Dios. Y si es por virtud del Espíritu de Dios, por tanto, el reino de Dios está en medio de vosotros. » En otros términos: el Mesías está á vuestra vista, él mismo ha comenzado ya á establecer el reino de Dios sobre las ruinas del imperio satánico. « Cuando un hombre fuerte y bien armado, continuó Jesús, guarda la entrada de su casa, sus posesiones están seguras; pero si llega otro más fuerte que él, este le derribará á sus pies, le despojará de las armas en que ponía su confianza y se apoderará de sus despojos. Ahora bien, para entrar en la casa de aquel hombre vigoroso y bien armado, y despojarle de sus bienes ¿no será preciso comenzar por encadenarle? Así hace el libertador prometido: arroja desde luego al príncipe del mundo y le encadena en el fondo de los infiernos, estableciendo en seguida su reino en la tierra, libre ya de la servidumbre de los demonios. »

Con estas palabras, Jesús no solamente refutaba la calumnia de los fariseos, sino que demostraba claramente su imperio sobre los demonios y su misión de Salvador del mundo. Mas aquellos, convictos de infamia, no desistían de su empeño de poner tropiezo á su acción, por más que se vieran precisados á ver en él al enviado de Dios. La obstinación en el mal de aquellos grandes criminales, obligó al Salvador á condenarlos en presencia del pueblo para impedirles que hicieran mayor daño. «El que no está conmigo, está contra mí, dijo, y aquel que no recoge conmigo las mieses, las esparce.» El pueblo debe, por lo tanto, separarse de aquellos corruptores.

En cuanto al crimen, por estos cometido, de atribuir al espíritu del mal los milagros obrados por el Espíritu divino, sobrepuja á toda medida. «Toda blasfemia contra el Hijo del hombre, podrá ser perdonada á los culpables; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo, no será perdonada ni en este mundo ni en el otro.» Sólo un milagro podía hacer abrir los ojos á aquellos despreciadores del Espíritu Santo, pero la impiedad satánica no debe contar con los milagros.

Jesús dirigiéndose expresamente á aquellos hombres endurecidos, les reprochó su malicia tenaz é infundada, diciéndoles: «Si los frutos son buenos, decid que el árbol es bueno; si los frutos son malos, decid que el árbol es malo, porque el árbol se conoce por sus frutos. Pero nó ¡raza de víboras! ¡corazones malvados! vosotros sólo podéis proferir palabras malas, porque de lo que abunda el corazón hablan los labios. El hombre verdaderamente bueno, saca el bien del tesoro de su bondad; mas el hombre malo, saca el mal del caudal de su iniquidad. Pero no olvidéis que en el día del juicio, los hombres rendirán cuenta hasta de una palabra ociosa. Si las palabras sirven para justificar, también sirven para condenar.»

No queriendo quedar bajo el peso de esta derrota humillante y de los reproches que les atraía su mala fe, los escribas y fariseos pidieron á Jesús que probase su misión por algún prodigio en el cielo, alegando como pretexto que los prodigios obrados en un objeto terrestre no superaban las fuerzas diabólicas; pero él no quiso responder á aquellos

hipócritas. «Esta raza incrédula y adúltera, dijo á la multitud, pide un prodigio en el cielo; pero no se le dará otro que el del profeta Jonás. Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre quedará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Su resurrección les dirá quién es el Hijo del hombre. Los Ninivitas se levantarán en el día del juicio para condenar á esta generación, porque ellos hicieron penitencia á la voz de Jonás y entre vosotros hay uno más grande que Jonás. La reina de Mediodía se levantará al fin de los tiempos para condenar á esta generación, pues ella vino desde los confines de la tierra á escuchar la sabiduría de Salomón y entre vosotros hay uno más grande que Salomón.»

Mostrando entonces al poseído que acababa de libertar, trazó en pocas palabras la historia de la nación judía que, escapando por algún tiempo del demonio de la idolatría, caía después bajo el yugo de otro demonio peor, la incredulidad farisaica.

«Cuando un espíritu inmundo, dijo, ha salido de un hombre, se va por lugares áridos buscando en donde reposar, y no hallando ninguno, dice: «volveré á la casa de donde salí;» pero la encuentra libre ya, hermoseada y purificada. Entonces va y toma consigo á otros siete espíritus peores que él y entrando todos en ella, fijan allí su morada, por lo cual, el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Igual cosa sucederá con esta generación criminal.» Y efectivamente, el demonio de la incredulidad reina todavía sobre la raza deicida.

Esta discusión sirvió una vez más, para acrecentar la gloria de Jesús y la confusión de sus enemigos. La multitud aplaudía delirante las admirables respuestas del profeta y una mujer fuera de sí exclamó en un santo transporte: «¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron!» Mas Jesús respondió: «¡Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica!»

En estos momentos su Madre y sus parientes que, durante esta escena, se habían visto obligados á permanecer confundidos entre la multitud, se esforzaron por llegar hasta

él. «He aquí á tu Madre y á tus parientes que te buscan,» le hizo observar uno de los asistentes. Pero Jesús, abarcando con su mirada la multitud de sus discípulos y señalándolos con la mano, le respondió: «Estos son mi Madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.» Habiendo venido Jesús á la tierra para llenar su misión de Salvador, no tenía otro pensamiento en el espíritu, ni otro deseo en el corazón, que glorificar á su Padre extendiendo su reino y salvar á los hombres adhiriéndolos á la voluntad de su Padre. Si combatía á los fariseos, era únicamente porque ponían obstáculos á su misión, apartando de su acción benéfica á aquellos que sólo por él podían salvarse.

CAPÍTULO VI.

El resucitado de Naim.

NAIM. — RESURRECCIÓN DE UN MUERTO. — LOS DISCÍPULOS DE JUAN. — SINGULAR PREGUNTA. — RESPUESTA INESPERADA. — PROFECÍA CUMPLIDA. — ELOGIO DE JUAN BAUTISTA. —

(Luc. VII, 11-50. — Matth. XI, 2-19.)

LA fama de Jesús aumentaba de día en día. A pesar de las preocupaciones y calumnias, el pueblo comenzaba á creer que el profeta realizaría las esperanzas de la nación. Después de haber hecho reinar á Dios en los corazones, haría reinar á Israel en el mundo. Sus milagros probaban la divinidad de su misión y tan perfectamente comprendían esto los fariseos, que habían intentado desvirtuar esta prueba atribuyendo al demonio las curaciones milagrosas y hasta la expulsión de los demonios, lo que era el colmo del absurdo.

Un acontecimiento más extraordinario que todos los otros vino á atraer sobre el profeta la atención de todo

el país, obligando, por decirlo así, á la población entera á reconocerle por el Mesías. Hacia el tiempo de Pentecostés, Jesús, seguido de sus apóstoles, dejó á Cafarnaum para ir á evangelizar la baja Galilea. Numerosos peregrinos que se dirigían á Jerusalén le hacían cortejo. Estos acompañaban gustosos al Maestro en sus excursiones, para recoger las palabras de vida que derramaba en su camino, como el labrador que arroja el trigo en los surcos que recorre.

Después de haber costeado el lago, atravesando Betsaida y Mágdala, y rodeando los verdes contornos del Tabor, descubrieron sobre las vertientes del Hermón la hermosa ciudad de Naim y cubrían ya el estrecho sendero que conducía á ella, cuando un convoy fúnebre que iba en dirección á la ciudad, les obligó á detenerse. Un coro de músicos que arrancaba á sus instrumentos lúgubres sonidos precedía al cadáver llevado sobre una camilla, mientras algunas mujeres anegadas en llanto lo acompañaban con sus compasivas lamentaciones. En pos del cortejo, avanzaba una pobre mujer cuyas lágrimas y gemidos revelaban el más inconsolable dolor. Aquel á quien se llevaba á enterrar era su hijo único. La ciudad entera, conmovida, rodeaba á la desolada madre, ahora sola en el mundo.

Jesús detuvo un instante su mirada sobre el joven tendido en su féretro, con la cabeza descubierta y el rostro tan pálido como el sudario que cubría su cuerpo; luego sus ojos se fijaron en la mujer desolada que seguía el cadáver. Su corazón se sintió movido á compasión: «Mujer, dijo á la pobre madre, no llores.» Y acercándose al muerto, colocó su mano sobre la camilla. A esta señal, los portadores se detienen, la comitiva suspende la marcha y todos los asistentes, silenciosos, con sus ojos fijos en el profeta, se preguntaban qué iría á suceder. De repente, Jesús, extendiendo la mano sobre el cadáver, dijo en voz alta: «Joven, yo te lo mando, ¡levántate!»

Al instante, el muerto se levantó y comenzó á hablar. Jesús le tomó de la mano y lo entregó á su madre en presencia de la multitud muda de estupor.

Todos quedaron como petrificados á la vista de semejante prodigio; pero bien pronto á esta especie de espanto sucedió la admiración llevada hasta el delirio. Aclamaciones

sin fin resonaron en las montañas vecinas en honor del gran Dios que tiene en sus manos la muerte y la vida: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, prorrumpía la multitud á voz en grito y Dios en fin ha visitado á su pueblo.»

En aquel día no se encontró ni escriba ni fariseo alguno que atribuyera á Satanás la gloria de esta resurrección. El desgraciado que lo hubiera intentado, habría sido lapidado en el acto como un infame blasfemo. En efecto, aquel á quien la multitud calificaba de «gran profeta,» eclipsaba por su poder á todos los profetas de Israel.

Durante la permanencia del Salvador en la baja Galilea, Naim se hizo naturalmente su centro de acción. De todas partes acudían á sus predicaciones, porque el ruido del incomparable prodigio se esparció en toda la Judea y las regiones circunvecinas. Llegó aun hasta Juan Bautista, que se consumía en la prisión de Maqueronte hacía más de un año.

La misión de Juan, según su propia divisa, se reducía ahora á ocultarse cada vez más para que la figura del Mesías se hiciera más y más culminante. Sus discípulos, por el contrario, envidiosos como siempre, refiriéronle en tono acre las maravillas llevadas á cabo por Jesús y particularmente el entusiasmo con que el pueblo, después de la resurrección verificada en Naim, saludaba en él al Mesías. En cuanto á ellos, agregaban, jamás lo reconocerían por el libertador prometido á sus padres, pues nunca había hecho suya la causa de la nación oprimida.

Desesperando vencer sus preocupaciones, Juan contó para convertirlos, con la divina influencia del Salvador. «Id, dijo á dos de ellos, á ver al profeta de Nazaret y hacedle de mi parte esta pregunta: ¿Eres tú aquel que ha de venir, ó debemos esperar á otro?»

Los dos enviados llegaron á Naim, donde encontraron á Jesús entre un numeroso auditorio. «Juan Bautista, repitieron ingenuamente, nos envía á ti para preguntarte si tú eres el que ha de venir, ó si debemos esperar á otro». Y aguardaron la respuesta.

En aquel momento había al rededor de Jesús numerosos enfermos que imploraban su compasión, paralíticos, sordos,

ciegos, cojos, poseídos. Jesús los curó á todos y luego, dirigiéndose á los dos discípulos de Juan, les dijo: «Id á referir á vuestro maestro lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados».

Estos hechos milagrosos que enumeraba el Salvador, eran precisamente según Isaías, los signos característicos del Mesías prometido á Israel. «Va á venir, exclama el profeta, el Dios que debe salvaros. Entonces los ojos de los ciegos se abrirán á la luz y los oídos de los sordos al sonido de su voz. Entonces el cojo saltará como el ciervo y la lengua de los mudos se desatará. Los pobres y los afligidos se estremecerán de alegría á la palabra del Santo de Israel». (1) Una iluminación súbita transformó el espíritu de los dos discípulos y vieron claramente que Jesús acababa de realizar á sus ojos la célebre profecía y de darles con esto una prueba auténtica de su misión. Sus corazones se llenaron de un gozo enteramente divino y se apresuraron á regresar á Maqueronte para referir á su maestro de qué manera el profeta de Nazaret los había convertido.

Como la pregunta de los dos discípulos habría podido sugerir en el ánimo de algún mal intencionado la idea de que el prisionero de Herodes comenzaba á flaquear en su fe, Jesús se anticipó á hacer un magnífico elogio del santo precursor. Dirigióse á los Galileos y recordándoles el entusiasmo despertado en los corazones por la intrepidez y austeridad de Juan Bautista, preguntóles:

«¿Qué os atraía hacia el desierto? ¿Sería, por ventura, el deseo de contemplar una caña que se inclina al menor soplo del viento? ¿ó á un cortesano vestido con trajes afeminados? A los cortesanos se les encuentra, no en los desiertos, sino en los palacios de los reyes. ¿Qué ibais á ver? Sin duda á un profeta. Decís bien, y más que á un profeta, pues de él es de quien está escrito: «Hé aquí que envío á mi ángel ante tu faz para prepararte los caminos.» En verdad os digo, que no hay entre los hijos de los hombres otro más grande que Juan Bautista; y no obstante, el más pequeño en el reino de los cielos, lo sobrepuja en dignidad.»

---

(1) Isa. XXXV, 4-6 — XXIX, 19.

Por grande que sea el Bautista, pertenece á la antigua alianza. Sólo tuvo por misión anunciar el nuevo reino á los hijos de Dios. Mas desde que el precursor abrió sus labios, las multitudes se esfuerzan por entrar en él y los más arrojados lo toman por asalto.

Recordando á los Judíos la misión del precursor, Jesús se proclamaba claramente por el Mesías esperado. «La Ley y los profetas, decía, lo han anunciado y prefigurado: Juan mismo le ha abierto los senderos, caminando delante de él, como Elías caminará delante del Señor al fin de los tiempos. Quien tenga oídos para oir, oiga.»

La gente del pueblo y los publicanos bautizados por Juan Bautista, comprendieron la lección del Salvador y glorificaron al Dios de misericordia, mientras que los fariseos y los doctores despreciaron los llamamientos de Jesús, como habían despreciado el bautismo del precursor. Satisfechos de sí mismos, aquellos orgullosos censores no encontraban en los demás sino vicios que reprobar y escándalos que condenar. Jesús los desenmascaró delante de toda la asamblea.

«¿Sabéis, les dijo, á quién se asemejan ciertos hombres de esta generación? Á niños sentados en la plaza y jugando á las bodas ó á los funerales. Hemos tocado la flauta, dicen á sus compañeros, y vosotros no habéis bailado; hemos cantado cánticos fúnebres y vosotros no habéis llorado. Vino Juan que no comía ni bebía y han dicho: «Está endemoniado.» El Hijo del hombre come y bebe como los demás y dicen: Es un hombre voraz y bebedor de vino; es amigo de los publicanos y pecadores.»

No de otra manera juzgan los necios y perversos; pero, concluyó el Salvador, los hijos de la sabiduría la comprenden y la glorifican: verdad de experiencia que una escena de sublime sencillez vino pronto á justificar.

Entre los fariseos, no faltaban algunos que, menos apasionados que los otros, suspendían su juicio respecto á Jesús de Nazaret. Su doctrina contrariaba ciertamente sus ideas y sentimientos; pero no podían dejar de reconocer que en todas las discusiones, aquel extraño doctor dejaba mudos á sus enemigos. Por otra parte, sus numerosos milagros les parecían dignos de cierta atención: no es cosa fácil permanecer indiferente en presencia de un hombre que resucita

los muertos. Este era el modo de pensar de un rico fariseo llamado Simón. Deseoso de conocer á fondo á Jesús, aclamado por el pueblo como un profeta y vilipendiado por los doctores como un detractor de Moisés, invitóle un día á comer en su casa. Jesús, siempre en busca de los pecadores, aprovechó de buena gana la ocasión de iluminarlos y convertirlos, y aceptó gustoso la invitación del fariseo Simón, como había aceptado la del publicano Mateo.

Simón lo acogió cortésmente pero con frialdal, como quien tiene conciencia de su propia importancia y no puede sin sonrojo familiarizarse con un inferior, compañero de los pescadores del lago, amigo de los publicanos y de otra gente por el estilo. Ningún servidor se presentó á lavar los pies del convidado, ni á ungir sus cabellos. Simón omitió aún el tradicional ósculo con que se saludaba á los huéspedes de distinción. Estas faltas de deferencia no pasaron desapercibidas para el Salvador; pero sereno y digno, como siempre, sentóse á la mesa con los demás invitados.

Durante la comida, cuando comenzaba á animarse la conversación, un incidente inesperado llamó la atención de los invitados y de un sinnúmero de curiosos que, según la costumbre del oriente, circulaban en la sala del festín.

En ese tiempo vivía en los alrededores de Naim una mujer judía cuyos desórdenes la hacían tristemente célebre. Se la llamaba María, pero era más comúnmente conocida con el sobrenombre de Magdalena, por Mágdala, nombre de la risueña aldea habitada por ella á orillas del lago. Originaria de Betania en Judea, había vivido allí primeramente con sus hermanos Lázaro y Marta; pero cediendo al ímpetu de las pasiones, se había separado de ellos para librarse de sus reproches. Jesús conocía la conducta de la pecadora, porque en el tiempo de sus peregrinaciones al templo, se hospedaba en Betania, en casa de Lázaro y Marta. Muchas veces había gemido con ellos por los extravíos de su pobre hermana, pero siempre los animaba á esperar. Un día, atormentada la infeliz por el maligno espíritu, se mezcló á la muchedumbre que oía á Jesús. Apenas le hubo visto, su alma experimentó la transformación más completa. Siete demonios que la poseían huyeron lejos de ella y de todos los sentimientos que la agitaban desde hacía largo tiempo, no

quedó en su corazón sino un vivo y profundo arrepentimiento.

María se abrasaba desde entonces en deseos de arrojarse á los pies del Divino Maestro, atestiguarle su reconocimiento é implorar de El el perdón de sus faltas. Habiendo sabido que aquel día comía en casa de Simón el fariseo, no trepidó ni por un instante en presentarse en la sala del festín.

De improviso, los convidados, estupefactos, vieron aparecer á la pecadora de Mágdala, no ya como la altiva y orgullosa María, sino como una humilde penitente que, con los ojos arrasados en lágrimas, avanzaba llevando en la mano un vaso lleno de preciosos perfumes.

Todos los asistentes se fijaron en ella y cada uno se preguntaba qué vendría á hacer aquella cortesana en la casa del austero fariseo. María se dirigió hacia Jesús y se arrojó sollozando á los pies de su libertador. Largo tiempo los tuvo abrazados y los bañó con sus lágrimas; luego, enjugándolos con sus cabellos, los ungió con el odorífero perfume que llevaba. Completamente absorta en su acto de amor, no pensaba absolutamente en las personas que la rodeaban, ni en las ideas que podía sugerir en el ánimo de los presentes su extraño proceder.

Sin embargo, los convidados contemplaban esta escena con una admiración que no podían disimular. Simón dejaba asomar á sus labios una sonrisa de desprecio. « Si este hombre fuera un profeta, decía para sí, sabría que la mujer que en estos momentos está á sus pies, es una indigna pecadora. » Y si lo sabe ¿ignora acaso que nuestros Libros santos comparan con el lodo á estas criaturas manchadas?

Apenas el rígido fariseo hubo concebido estos pensamientos en su espíritu, cuando Jesús le interpeló:

— « Simón, tengo una cosa que decirte.

— « Habla, Maestro.

— « Cierto acreedor tenía dos deudores: uno que le debía cien denarios y el otro cincuenta. Como no tuvieran con qué pagarle, perdonó á ambos la deuda. ¿Cuál de ellos, á tu parecer, le amará más? — Pienso, respondió Simón, que aquel á quien perdonó mayor cantidad. — Has juzgado rectamente, Simón, repuso Jesús. ¿Ves á esta mujer? y señaló con la mano á la pecadora. Cuando yo entré en tu

casa, no me lavaste los pies; mas ella los ha lavado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. No me diste el ósculo de paz y ella, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza y ella, por el contrario, ha derramado sobre mis pies los más exquisitos perfumes.»

Simón, algo molesto con aquel paralelo tan poco lisonjero para él, preguntábase qué se proponía el profeta. Jesús le aplicó el apólogo de los dos deudores y del acreedor. María ha pecado mucho, ciertamente; pero tanto ha llorado sus faltas, que sus lágrimas de arrepentimiento y de amor le han alcanzado el perdón de su deuda. «Muchos pecados le han sido perdonados, dijo, porque ha amado mucho» á aquel á quien había ofendido. El fariseo no debe pues escandalizarse de verla á los pies de Jesús: es la deudora que viene á dar gracias á su acreedor. No es extraño, por otra parte, que la pecadora María prorrumpa en arranques de ternura que no experimenta el justo Simón, pues el que se cree sin pecado, no tiene por qué agradecer el perdón. (1)

Jesús obligaba de esta manera á reconocer al orgulloso fariseo que él tenía menos amor á Dios que la pecadora de Mágdala. Esta, aunque purificada con sus lágrimas, seguía implorando perdón. El Salvador, volviéndose á ella, díjole con bondad: «Tus pecados te son perdonados.»

Los convidados mirábanse unos á otros, estupefactos. ¿Quién es este hombre, decían para sí, que se arroga hasta el poder de perdonar los pecados? Bien sabían que sólo Dios puede perdonar los pecados; mas ninguno de ellos tuvo el valor de llamarle blasfemo, ni tampoco de confesar la divinidad de Jesús.

En cuanto á la humilde penitente, despidióla Jesús con estas palabras que la hicieron estremecer de santa alegría: « Vete en paz, tu fe te ha salvado.» La fe había encendido el amor en su corazón; el amor le inspiró la resolución de consagrarse enteramente al servicio del buen Maestro. Algunas mujeres generosas, como Juana mujer de Cusa intendente de Herodes, Susana y muchas otras que debían á Jesús su curación ó la expulsión del mal espíritu, le seguían en sus viajes y proveían á todas sus necesidades. María se

(1) Cui minus dimittitur, minus diligit. (Luc. VII, 47.)

unió á aquellas abnegadas servidoras, dichosísima de ir en pos de Aquel á quien seguirá en adelante hasta la cumbre misma del Calvario. Y de siglo en siglo, arrastradas por el ejemplo de María de Mágdala, millones de almas penitentes irán, como ella, á implorar á los pies de Jesús el perdón de sus faltas. La penitencia como la inocencia, poblará el reino de los cielos.

Después de los incidentes de Naim, el Salvador continuó su jira evangélica á través de la Galilea. Durante muchos meses recorrió las ciudades y villas predicando en todas partes el reino de Dios, hasta que los calores del estío le obligaron á regresar á Cafarnaum.

CAPÍTULO VII.

Las siete parábolas.

EL REINO DE LOS CIELOS Y LAS PARÁBOLAS. — EL CAMPO Y LA SEMILLA. — EL TRIGO Y LA ZIZAÑA. — EL GRANO DE MOSTAZA. — LA LEVADURA Y LA MASA. — EL TESORO ESCONDIDO. — LA PERLA PRECIOSA. — LA RED Y LOS PECES. *(Matth. XIII, 1-53 — Marc. IV, 1-34 — Luc. VIII, 4-15; XIII, 18-21.)*



su vuelta, Jesús encontró á las poblaciones de las riberas del lago más preocupadas de sus negocios temporales que del reino de los cielos. El Salvador tuvo compasión de este pueblo entusiasta pero inconstante y más todavía de sus apóstoles, los cuales habrían podido desanimarse viendo las dificultades para proseguir en la obra comenzada. A fin de elevarlos á la altura de su misión, resolvió hacerles ver que, teniendo en cuenta las pasiones de los hombres y el furor de los demonios, el reino de Dios no se establecería en la tierra sino lenta y

penosamente; pero que, aunque invisible en sus principios, acabaría por abrazar á todo el universo. Y á fin de que estas verdades no sublevasen á los corazones mal dispuestos, envolviólas en figuras que explicaba á los suyos cuando estos ni aún comprendían su sentido y alcance.

En el otoño, dejó su morada de Cafarnaum para continuar con ellos sus predicaciones. Un día, mientras reposaba á orillas del lago, encontróse como de costumbre, rodeado de una multitud inmensa venida de las ciudades vecinas. A fin de hacerse oir más fácilmente, subióse á una barca, frente al pueblo sentado en la ribera. Más allá del auditorio, inclinábanse hacia el lago fértiles campiñas, zarzales de espinos, rocas despojadas de toda vegetación. Jesús se aprovechó de este paisaje, para enseñar sobre el reino de los cielos, verdades que los apóstoles y sus discípulos deberán estudiar en todo tiempo. Escuchad, dijo, esta parábola:

« Un labrador salió á sembrar su campo. Al esparcir la semilla, una parte de ella cayó junto al camino, la cual fué hollada por los caminantes y comida por las aves del cielo. Otra cayó sobre un terreno pedregoso cubierto de una ligera capa de tierra; esta germinó luego, mas como no tenía raíces, secóse con los primeros ardores del sol. Una tercera cayó entre espinas, las cuales crecieron con ella y la ahogaron. La cuarta, en fin, cayó en buen terreno, fructificando tan copiosamente que los granos produjeron, treinta, cincuenta y aún ciento por uno. Que oiga el que tiene oídos para oir. »

Jesús dejó á los oyentes el cuidado de interpretar la parábola, como lo hacían los doctores, quienes á menudo proponían su enseñanza al pueblo bajo una forma alegórica. Pero, aunque era fácil comprender las verdades encerradas en aquellos emblemas, los apóstoles mismos no pudieron alcanzarlo. Acercándose á su Maestro, preguntáronle qué significaba esa parábola y por qué se servía de lenguaje tan enigmático para instruir al pueblo.

« A vosotros, y no á estos, respondióles el Salvador, os es dado penetrar los misterios ocultos del reino de los cielos. Este don se concede con abundancia al que ha sabido enriquecerse; pero al disipador se le quita aun lo poco que

le queda. Si hablo á este pueblo en parábolas, es para que viendo no vea y oyendo no comprenda, como lo ha predicho el profeta Isaías. Y esto, porque voluntariamente ha endurecido su corazón, cerrado sus ojos y oídos, por el temor de ver, oir, comprender, convertirse y aceptar la salvación que he venido á ofrecerle.

« En cuanto á vosotros, dichosos son vuestros ojos porque ven; dichosos vuestros oídos porque oyen. Os digo en verdad, que muchos justos y profetas desearon ver lo que vosotros veis y oir lo que vosotros oís, y este favor no les fué concedido. A vosotros, pues, me es dado explicar la parábola del sembrador.

« La semilla es la palabra de Dios. El divino sembrador la siembra en el corazón del hombre. Aquella cae en el camino, cuando se la oye sin comprenderla; viene el demonio y la arranca de allí inmediatamente. Cae sobre un terreno pedregoso, cuando el que la oye la recibe primeramente con júbilo, mas no le deja tiempo de echar raíces; demasiado débil para soportar la tribulación ó resistir á la persecución que se le suscita, deja de creer en la palabra divina desde el instante mismo en que se la ataca. Cae en medio de las espinas, cuando el corazón que la ha recibido, embargado por los cuidados y afanes de este mundo y por el engañoso incentivo de las riquezas y placeres, la ahoga é impide germinar. La divina palabra cae, finalmente, en buena tierra, cuando aquel que la oye la recibe con un corazón bien dispuesto, la guarda allí cuidadosamente y por medio de un trabajo perseverante, la hace rendir el céntuplo.

« Y una vez que la semilla ha sido derramada en buena tierra, poco importa que el labrador duerma ó vele; ella germina y crece por sí sola, dando fruto espontáneamente, primero yerba, luego espiga y finalmente granos encerrados en la espiga. Sólo falta aplicar la guadaña cuando el fruto esté maduro para hacer la cosecha. Así hace el divino sembrador: su palabra fructificará en las almas de buena voluntad y producirá abundante cosecha de santos para el reino de los cielos. »

Esta parábola hizo comprender á los apóstoles por qué Jesús tenía tantos oyentes y tan pocos discípulos, y las dificultades que ellos mismos encontrarían en medio de aquel

mundo corrompido que debían evangelizar. Una segunda parábola, sacada igualmente de los campos de trigo que tenían á la vista, completó su instrucción sobre este punto. Dirigiéndose á la multitud, Jesús continuó hablándole en enigmas que los sencillos podían comprender, pero cuyo sentido escapaba á los espíritus mal dispuestos.

«Un hombre, dijo, había sembrado buena semilla en su campo. Durante la noche, cuando todos dormían, su enemigo derramó zizaña sobre el trigo y se fué. Nada pudo notarse mientras el trigo era sólo yerba; pero cuando vino la espiga, apareció también con ella la zizaña. Sorprendidos los sirvientes del padre de familia, acudieron á él: «Señor, le dijeron ¿qué no habéis sembrado buen grano en vuestro campo; cómo es que aparece zizaña? — Esta es obra de mi enemigo, respondióles. — ¿Queréis que vayamos á arrancar la zizaña? — No, replicó el dueño, no sea que al arrancar la zizaña, arranquéis también el trigo. Dejad que crezcan ambos hasta el tiempo de la siega y entónces diré á los segadores: Cortad primero la zizaña y haced de ella gavillas que arrojaréis al fuego; y en seguida, recoged el trigo para guardarlo en mis graneros.»

Aunque transparente, la alegoría no fué comprendida por los apóstoles. Cuando estuvieron solos con Jesús, pidiéronle la explicación y condescendiendo con su flaqueza, les descubrió en pocas palabras la historia del reino de Dios, desde su establecimiento en la tierra, hasta su consumación en el cielo.

«El que siembra la buena simiente, les dijo, es el Hijo del hombre. El campo es el mundo, el trigo los hijos del reino, la zizaña los secuaces de Satanás. El enemigo que siembra la zizaña es el demonio. La cosecha se hará al fin de los tiempos; los segadores serán los ángeles. Y así como se recoge la zizaña y se la arroja al fuego, así también, en el día del juicio, el Hijo del hombre enviará á sus ángeles á arrancar de su reino á todos los sembradores de escándalos y obradores de iniquidad, para sumergirlos en la hoguera de fuego en donde no habrá sino llanto y crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Que oiga el que tiene oídos para oir.»

Esta vez, la revelación era completa. Los apóstoles tenían ante los ojos la Iglesia de la tierra, militante aquí, triunfante en el cielo. Pero cuanto más abundante era la luz que derramaba Jesús sobre su obra, mayores aparecían los obstáculos con que debía tropezar en su establecimiento. Las pasiones humanas iban á sofocar una buena parte de la semilla esparcida en el mundo por los sembradores de la divina palabra y el demonio mismo se aprestaba también á derramar la zizaña en medio de los granos que prometían abundante fruto. En tales condiciones, ¿sería posible que llegara á establecerse jamás el reino de Dios en aquel vastísimo campo llamado el mundo?

Jesús lo aseguró en otras dos parábolas que propuso al pueblo y á sus apóstoles. «El reino de los cielos, dijo, es semejante á un grano de mostaza que un hombre siembra en su campo. Esta semilla, siendo la más pequeña entre las demás, crece y se desarrolla tanto que pronto sobrepasa á todos los arbustos, convirtiéndose en un árbol bajo cuyas ramas vienen á reposar las aves del cielo.»

Ninguna imagen podía dar una idea más exacta de la Iglesia. Pero ¿cómo explicar sus progresos misteriosos en medio de un mundo rebelde entregado á las pasiones y al demonio? «El reino de los cielos, responde Jesús, es semejante á la levadura que una mujer mezcla á tres medidas de harina y cuya virtud hace fermentar toda la masa.» Una virtud misteriosa inherente á la divina palabra, sacudirá á la humanidad sepultada en la tumba de los vicios y transformará en hijos de Dios á los hijos degenerados del viejo Adán.

Después de estas instrucciones sobre el reino de Dios, Jesús despidió á la multitud y volvióse á su morada con sus apóstoles. Había expuesto sus enseñanzas al pueblo bajo el velo de la alegoría, para no herir de frente las prevenciones de sus compatriotas; pero á sus amigos íntimos les revelaba la verdad sin ambajes, para que en tiempo oportuno pudiesen iluminar con ella al mundo entero: «No se enciende una lámpara, decíales el Salvador, para ponerla debajo del celemín, sino que se la coloca sobre el candelero á fin de que todos los que entran á la casa sean alumbrados con su luz. Lo que yo os digo al oído, debéis repe-

tirlo vosotros en público; y los misterios hoy ocultos, serán por vosotros descubiertos y expuestos á la claridad del mediodía. »

Á fin de inducirlos á consagrarse del todo á la fundación del reino, se esforzó por medio de un doble símil en manifestarles la excelencia de aquel. « El reino de los cielos, dijo, se puede comparar á un tesoro escondido en un campo. El que lo encuentra, guarda bien el secreto y en el exceso de su gozo, corre presto á vender todo lo que tiene para comprar el campo donde está el tesoro. Puede también comparársele á una perla preciosa que un mercader encuentra al acaso. Entonces este, sin pérdida de tiempo, entra en su casa, vende cuanto tiene y la compra. » Así deben entrar los hombres en el reino de Dios, aunque sea á costa de los mayores sacrificios y el apóstol por su parte, empleará todo su celo en procurarles este tesoro escondido.

Aquí en la tierra el reino de Dios estará siempre mezclado de buenos y malos; pero esto no debe arredrar á los predicadores del Evangelio. « La red lanzada en las olas recoje toda clase de peces. Pues bien ¿cómo hacen los pescadores? Llena la red, sácanla fuera del agua; luego, sentados en la playa, hacen la separación de los peces. Reservan los buenos y arrojan los malos. Así sucederá al fin de los tiempos: los ángeles separarán á los justos de los pecadores, arrojando á éstos al lago de fuego mansión del llanto y del crujir de dientes. »

Habiendo terminado estas parábolas sobre la fundación, crecimiento y consumación de su reino, Jesús dijo á los apóstoles: « ¿Habéis comprendido mis enseñanzas? Y como ellos respondieron afirmativamente, agregó: Instruídos como estáis en los misterios del reino, os asemejaréis al padre de familia que encuentra en sus provisiones antiguas y nuevas, el alimento apropiado á las necesidades de sus hijos. » De esta manera, el buen Maestro preparaba á sus apóstoles á la misión que bien pronto iba á confiarles.



CAPÍTULO VIII.

El divino taumaturgo.

LA TEMPESTAD APACIGUADA. — EL POSEÍDO DE GERASA. — UNA LEGIÓN DE DEMONIOS. — DESTRUCCIÓN DE UN REBAÑO. — EL FLUJO DE SANGRE. — LA HIJA DE JAIRO. — EFERVESCENCIA DEL PUEBLO. *(Matth. VIII, 8-34; IX, 18-34 — Marc. IV, 35-40; V, 1-43 — Luc. VIII, 22-56.)*

Después de haber instruido á los apóstoles acerca de las dificultades de su misión, Jesús quiso alentarlos probándoles con una serie de prodigios extraordinarios, que ningún poder de la tierra impediría á sus enviados proseguir hasta el fin su obra de salvación. Una tarde, después de haber despedido al pueblo, dijo á los doce: «Pasemos al otro lado del lago.» Le siguieron y entraron con él en un barco que pronto se vió rodeado de otros barquichuelos en donde iban numerosos discípulos. Poco á poco vino la oscuridad de la noche y mientras las embarcaciones se deslizaban suavemente sobre las ondas, Jesús, rendido de fatiga, se quedó profundamente dormido.

De repente, una tempestad violenta se desencadenó en el lago. Los vientos soplaban tan furiosamente, que las olas chocando contra el barco, amenazaban á cada instante sumergirlo. Jesús, reclinada su cabeza, dormía tranquilamente. Los apóstoles, creyéndose próximos á perecer, le despertaron bruscamente: «Maestro, le clamaron llenos de terror, ¡sálvanos que perecemos!» Pero, ni sus gritos de espanto, ni los rugidos de la tempestad, alteraron su imperturbable tranquilidad. «Hombres de poca fe, les dijo al despertar, ¿por qué teméis? Y levantándose, extendió majestuosamente su brazo sobre los olas: «Apaciguaos», dice al mar y al viento. Y las olas se apaciguaron, el viento dejó de soplar y todo el lago quedó en calma. Estupefactos, apóstoles, discípulos

y marineros, se preguntaban unos á otros: «¿Quién es este hombre á quien los vientos y el mar obedecen?»

Los apóstoles y sus sucesores recordarán siempre esta lección. Cuando vengan las tempestades, no temerán; al contrario, llenos de confianza exclamarán: «Somos servidores de Aquel á quien el mar y los vientos obedecen.»

Jesús y los suyos llegaron á la ribera oriental del lago, al lugar de los Gerasenos. Esta comarca habitada casi enteramente por colonos griegos ó romanos, se llamaba la Decápolis, á causa de las diez importantes ciudades que allí se encontraban diseminadas. El Salvador se presentaba en medio de aquel pueblo pagano, á fin de prepararle con anticipación á entrar en el reino de Dios.

Apenas hubo llegado á la orilla, dos endemoniados, espanto de todo el lugar, salieron de las cavernas en que se refugiaban y acudieron á su encuentro dando feroces aullidos. Uno de ellos, más furioso que su compañero, sufría desde muchos años la esclavitud del demonio. Desnudo y sin morada fija, andaba errante día y noche por las cavernas y montañas, dando alaridos y desgarrándose con piedras el pecho y los brazos. Y cuando se lograba encadenarlo, rompía las cadenas que ataban sus manos y sus pies.

Desde que divisó de lejos á Jesús, aquel desgraciado á quien nadie podía contener, precipitóse hacia él y se arrojó á sus pies. «¡Sal de este hombre, espíritu inmundo!» ordenóle el Salvador con ademán imperioso. Al oir aquella voz, el demonio comenzó á temblar y á implorar la compasión de Jesús, prorrumpiendo en lastimeros gritos como si se le arrastrara de su morada á un inmundo calabozo.

«Jesús, Hijo del Altísimo, exclamaba ¿por qué me atacas? ¿por qué me torturas antes que llegue el fin de mi reinado? Te conjuro en nombre de Dios vivo, cesa de atormentarme. — ¿Cuál es tu nombre? preguntó Jesús. — Mi nombre es legión, porque estamos aquí en gran número.» Efectivamente, una legión de demonios poseía á aquel hombre. Todos ellos comenzaron á suplicar de nuevo al Salvador que no los arrojase á los abismos y que les permitiera habitar en aquel país, convertido en refugio suyo. No lejos de allí pacían en una montaña una gran piara de cerdos, más ó menos en numero de dos mil. Pertenecían á los habitantes de Gerasa, los cuales

en su calidad de paganos, comían sin escrúpulo carne de puerco á pesar de las prohibiciones de la ley mosaica. Viéndose obligados á dejar el cuerpo del poseso, los malos espíritus pidieron que se les permitiera, al menos, entrar en el de aquellos animales, lo que les fué otorgado. Al punto abandonaron al poseso y entraron en los cerdos, los que precipitándose desde lo alto de la montaña al lago, perecieron ahogados. Movidos por sus perversos instintos, los demonios habían imaginado que, destruyendo los bienes de los Gerasenos, excitarían en el país prevenciones contra Jesús y su misión de Salvador.

En efecto, sobrecogidos de terror, los guardianes del rebaño huyeron, refiriendo á las gentes de la ciudad y del campo los hechos que habían presenciado. Inmediatamente la multitud corrió á enterarse de lo ocurrido y llegando cerca de Jesús, los habitantes de Gerasa quedaron mudos de sorpresa al ver sentado á los pies del Salvador, sano de cuerpo y alma, al terrible endemoniado. Se les explicó de qué manera una legión de demonios arrojados del cuerpo de aquel hombre, se habían precipitado sobre los puercos y sumergídolos en el lago. Los Gerasenos admiraron el poder del taumaturgo; pero más sensible á la pérdida de sus rebaños que á los bienes espirituales dispensados por Jesús, le rogaron que se alejara de su país.

Viendo las disposiciones de aquel pueblo pagano, Jesús iba á reembarcarse cuando el poseso, lleno de gratitud, le pidió el permiso de seguirle; pero el divino Maestro tenía otros designios sobre este hombre. «En lugar de acompañarme, le dijo, vuelve á tu casa y cuenta á tus parientes y conocidos lo que el Señor, en su misericordia, ha hecho contigo.» El joven obedeció: convertido en el apóstol de su país, recorrió la Decápolis publicando por todas partes el prodigio obrado en su favor y con esta narración maravillosa, aquellos pueblos experimentaron vivos deseos de ver y oir al incomparable profeta de la Galilea. Así, el Salvador comenzaba á trabajar esta tierra todavía inculta y la preparaba á recibir la semilla que bien pronto derramaría en su seno.

Dejando á Gerasa, la barca que conducía á Jesús se dirigió hacia la ribera occidental del lago. Una muchedumbre

inmensa lo acogió con grandes demostraciones de gozo, al saber que había calmado la tempestad y arrojado del cuerpo de un poseído toda una legión de demonios. Pero Dios quería que esta excursión abundase en prodigios más estupendos todavía. Mientras el Salvador conversaba con el pueblo, llega á gran prisa un cierto Jairo, jefe de una de las sinagogas de Cafarnaum, y cayendo entre sollozos á los pies de Jesús: « Señor, le dice, sólo tengo una hija, niña de doce años y está moribunda. Id, os lo suplico, á imponerle las manos; id á volverle la vida. » El buen Maestro no podía resistir á las súplicas de aquel hombre de fe. Levantóse en el acto y le siguió acompañado de sus apóstoles. Llena de curiosidad, la multitud le escoltó hasta la casa del jefe de la sinagoga.

En el trayecto, una mujer enferma desde doce años de un flujo de sangre, divisó al Salvador en medio de aquel numeroso cortejo. Había consultado muchos médicos, gastado su fortuna en remedios y lejos de encontrar algún alivio, su estado se agravaba día por día. Súbitamente al ver al profeta, se le ocurrió el pensamiento de que si llegase á tocar su vestido, quedaría sana. Sin perder tiempo, se desliza entre la muchedumbre, se aproxima al Salvador y toca ligeramente con la mano la orla de su vestido. Al instante la pérdida de sangre cesó.

La pobre mujer se felicitaba de su piadosa industria, cuando Jesús volviéndose al pueblo que le rodeaba, preguntó con tono severo, quién había tocado su vestido. Como todos se disculpaban, Pedro y los otros discípulos sorprendidos de semejante pregunta: « Maestro, le dijeron, el pueblo te estrecha por todos lados y preguntas quién te ha tocado? »

— « Alguien me ha tocado de propósito, repitió Jesús, pues yo he sentido salir virtud de mí. »

Y diciendo estas palabras, sus miradas se paseaban por entre los que le rodeaban como para descubrir al culpable. La pobre mujer, temblando de emoción, viendo que el Salvador sabía lo que acababa de ocurrir, arrojóse á sus pies y confesó en presencia de todo el pueblo por qué había querido tocar su vestido y cómo, á su solo contacto, se hallaba súbitamente curada.

Lejos de reprocharle su osadía, el bondadoso Maestro le dijo con dulzura: « Ten confianza, hija mía, tu fe te ha

salvado. Vete en paz, ya estás para siempre libre de tu enfermedad.»

Llegaba en esos momentos á casa de Jairo, cuando varios de sus servidores, saliendo á su encuentro, le dijeron que su hija acababa de morir y que, por lo tanto, el profeta no podía hacer ya nada por ella. Á esta noticia el padre fué presa de la más horrible desesperación; mas Jesús le dijo: «No temas, cree solamente, y tu hija será sana.»

Diciendo estas palabras, entró á la casa, pero no permitió que nadie le siguiera con excepción de sus tres apóstoles privilegiados Pedro, Santiago y Juan. En el interior encontraron á toda la familia desolada. Ya los tocadores de flauta, sabiendo la muerte de la niña, comenzaban á hacer oir sus fúnebres lamentos; las plañideras prorrumpían en sus gemidos acostumbrados; los amigos y vecinos llegaban en tropel á presentar su condolencia á los padres de la difunta, cuando Jesús, pasando por medio de ellos, les dijo en tono de reproche: «¿Por qué estos gritos y lamentaciones? Salid de aquí; esta niña no está muerta, sino dormida.»

Los que estaban allí reunidos, comenzaron á burlarse, pues todos sabían que la niña había realmente dado ya el último suspiro. Obligólos, no obstante, á dejar la casa; luego tomando consigo al padre, la madre y sus tres discípulos, penetró en el aposento en que estaba el cadáver. Acercóse á él y tocando la helada mano de la muerta, pronunció en alta voz estas dos palabras siríacas: «¡Talitha cumi!» esto es: «¡Niña, levántate!»

Al punto el alma de la niña tornó á reanimar su cuerpo, levantóse y comenzó á caminar. Por orden de Jesús, presentósele alimento y comió. Los padres no podían creer lo que veían; fuera de sí de gozo, iban á prorrumpir en gritos de admiración, mas Jesús les ordenó que guardasen el más absoluto silencio sobre lo que acababa de pasar. No obstante, la fama de esta resurrección no tardó en extenderse por toda la comarca.

En el momento en que Jesús salía de la casa de Jairo, dos ciegos le siguieron gritando: «Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros.» El Salvador continuó su camino hasta su morada, pero los ciegos no cesaban de repetir su súplica. Entonces Jesús, volviéndose hacia ellos, les dijo:

«¿Creéis que yo puedo volveros la vista?»

— Lo creemos firmemente, respondieron.

— «Hágase como lo habéis creído,» replicó, tocándoles los ojos.

En el acto los ojos de los ciegos se abrieron. Iban á publicar este nuevo prodigio, pero Jesús les recomendó severamente guardar secreto sobre el autor de su curación, lo que no impidió á los ciegos divulgar en seguida, para gloria de su bienhechor, el milagro operado en favor suyo.

Al ver la omnipotencia de Jesús, los Galileos reconocían en él al Mesías prometido á sus padres; pero si le aclamaban con entusiasmo, estaban también muy dispuestos á interpretar su prodigioso poder sólo en favor de sus propias preocupaciones. Dueño absoluto de la naturaleza, decían para sí, Jesús será el rey, el libertador de Israel. El que manda á las enfermedades, á los demonios del infierno, á las tempestades del mar, á la muerte misma, no tiene más que quererlo, para libertar á nuestra nación de la tiranía de los Romanos. De aquí procedían sus ovaciones triunfales al Hijo de David cuando Jesús hacía un nuevo prodigio. Por esto mismo, á la vez que multiplicaba los milagros para confirmar su misión y su doctrina, el Salvador impedía su divulgación, especialmente en las asambleas numerosas, á fin de no excitar en demasía á los patriotas exaltados. Los veía dispuestos á aprovechar cualquiera ocasión para proclamarle rey de los Judíos á despecho de Herodes y de los Romanos; y esto, ciertamente, hubiera comprometido su ministerio evangélico y desencadenado contra él, antes de la hora marcada por su Padre, la cólera de los príncipes y de los pontífices de Israel.



CAPÍTULO IX.

Misión de los apóstoles.

ANTES DE LA PARTIDA. - INSTRUCCIÓN DE JESÚS. - TRABAJOS DE LOS APÓSTOLES. - HERODES Y JUAN BAUTISTA. - FIESTA EN EL PALACIO DE MAQUERONTE. - HERODÍAS Y SALOMÉ, SU HIJA. - EL PREMIO DE UNA DANZA. - DEGOLLACIÓN DE JUAN BAUTISTA. - HERODES Y JESÚS. - VUELTA DE LOS APÓSTOLES. - EN EL PAÍS DE FILIPO. - *(Matth. X, 1-42; XIV, 1-12 — Marc. VI, 7-29 — Luc. IX, 3-9.)*

Aunque eran pocos los días que quedaban á Jesús para permanecer en la tierra, quería, antes de dejarla, que el reino de Dios fuera predicado á todos los hijos de Israel. Al comenzar la primavera, convocó á los doce apóstoles con la intención de asociarlos directamente á sus trabajos. Formados por sus instrucciones y ejemplos, fortalecidos en la fe por sus numerosos milagros, debían ir de dos en dos á las ciudades y villas repitiendo por donde quiera las palabras de salvación salidas de la boca del Maestro y haciendo como él toda clase de prodigios. Con este fin, les confirió el poder de arrojar los demonios y de sanar toda clase de dolencias y enfermedades.

Antes de su partida, les trazó el itinerario que debían seguir y la conducta que habían de observar según la buena ó mala acogida de las poblaciones. Siempre y en todas partes, él sería su guía y su sostén.

« No vayáis, les dijo, hacia los gentiles, ni entréis á las ciudades de los Samaritanos, mas buscad primeramente las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y enseñadles, diciendo: El reino de Dios está cerca. Sanad luego los enfermos, resucitad los muertos, purificad á los leprosos y arrojad á los demonios. »

« Dad gratuitamente lo que gratuitamente recibisteis. No llevéis ni oro, ni plata, ni moneda de ninguna especie;

ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, pues el obrero tiene derecho á su alimento.»

« Y en cualquiera ciudad ó aldea en que entréis preguntad por el más digno y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Y al penetrar en ella, saludadla diciendo: « La paz sea en esta casa.» Y si aquella casa fuere digna, vuestra paz descenderá sobre ella; mas si no lo fuere, vuestra paz volverá á vosotros. Y si nadie os quisiere recibir ni escuchar vuestra palabra en aquella casa ó ciudad, salid de ella sacudiendo el polvo de vuestros pies contra aquellos infieles. Os aseguro que en el día del juicio, Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor que ellas.»

Pronunciando estas palabras, el Hijo de Dios veía pasar delante de sus ojos, no solamente á las ciudades de Israel á las cuales enviaba á sus apóstoles, sino á todas las ciudades del mundo que sus sucesores habían de recorrer hasta el fin de los siglos; las luchas en que se verían empeñados y las persecuciones de que serían víctimas.

« Hé aquí, exclamó, que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.

« Guardaos de los hombres, porque os entregarán á sus tribunales y os flagelarán en sus sinagogas; por odio á mí, os llevarán ante sus reyes y magistrados y tendréis que dar testimonio de mí en presencia de ellos y de los Gentiles.

« Pero cuando os entreguen á los jueces, no busquéis de antemano cómo ni qué habéis de hablar. A la hora misma de contestar, se os inspirará lo que debéis decir; porque no sois vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu del Padre por boca vuestra.

« El hermano dará muerte á su hermano y el padre á su hijo; los hijos se levantarán contra sus padres y les quitarán la vida. Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero el que perseverare hasta el fin, se salvará.

« Cuando se os persiga en una ciudad, huíd á otra. Os digo en verdad, que no habréis evangelizado todas las ciudades de Israel, antes que el Hijo del hombre haya visitado á los perseguidores.»

Los apóstoles verán el cumplimiento de esta profecía á la luz del incendio que consumirá á Jerusalén, y sus suce-

sores la recordarán, cuando en el último día del mundo, el Salvador descienda de los cielos para juzgar á todos los hombres. Mientras tanto, como el mismo Cristo, debían prepararse para la contradicción.

«El discípulo no es más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor. Bástale al discípulo el ser tratado como su Maestro y al siervo como á su Señor. Si han llamado Beelzebub al padre de familia ¿qué nombre darán á sus servidores?

«No les temáis ni ocultéis la verdad. No hay nada oculto que no deba ser revelado, ni nada secreto que no haya de ser descubierto. Lo que os digo en la oscuridad, repetidlo á la luz; y lo que os revelo en secreto, predicadlo desde los tejados.

«No temáis á los que sólo pueden matar el cuerpo y no pueden matar el alma; antes temed al que puede arrojar cuerpo y alma al infierno.

«Por lo demás ¿no se venden dos avecillas por un óbolo? y sin embargo, ninguna de ellas cae en tierra sin el permiso de vuestro Padre. Así también, contados están los cabellos de vuestra cabeza. No temáis, pues vosotros valéis más que mil avecillas.

«A todo aquel que me confesare delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos. Mas, al que me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.

«No penséis que yo vine á traer paz á la tierra; no vine á traer la paz sino la espada. Vine á separar al hombre de su padre, á la hija de su madre, á la nuera de su suegra. El hombre hallará enemigos hasta en los servidores de su casa.

«Aquel, pues, que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí. Aquel que no está preparado para tomar su cruz y seguirme, no es digno de mí. El que busca la vida temporal, perderá la eterna; aquel que perdiere su vida por mí, la hallará de nuevo.

«Id, pues; el que á vosotros recibe, á mí me recibe; y el que á mí recibe, recibe á Aquel que me envió. El que recibe á un profeta en calidad de profeta, recibirá la recom-

pensa del profeta; y el que recibe á un justo en calidad de justo, recibirá la recompensa del justo. Y todo aquel que diere de beber solamente un vaso de agua fresca en mi nombre al último de mis discípulos, no se quedará sin recompensa.»

Estas calurosas exhortaciones triunfaron de la natural timidez de los apóstoles. Sin duda encontrarían enemigos en el camino, pero El que los enviaba á combatir por su gloria sabría defenderlos. No habían olvidado que ayer no más, su Maestro calmaba la tempestad del lago, arrojaba una legión de demonios y resucitaba un muerto. Ciegamente confiados en la protección del Maestro, partieron á las aldeas y ciudades anunciando por todas partes el reino de Dios y obrando numerosas curaciones. Como Jesús, predicaban la penitencia, libertaban á los poseídos, hacían unciones á los enfermos y les volvían la salud. Por donde quiera que pasaban, ensalzaban al profeta de Nazaret en cuyo nombre se hacían todos aquellos prodigios.

Habiendo quedado solo, Jesús continuaba sus instrucciones á los ribereños del lago, cuando de improviso se esparció por la Judea y Galilea la noticia de un trágico acontecimiento. Herodes acababa de hacer degollar á Juan Bautista en su prisión y los discípulos del santo precursor, después de haber dado sepultura á su cuerpo, vinieron ellos mismos á referir al Salvador los detalles de su muerte.

Herodes no podía dejar de venerar á su prisionero, pero temía la santa libertad de su lenguaje. A veces para librarse de sus censuras, veníanle ímpetus de entregarle á los verdugos; pero retrocedía ante los gritos de su conciencia y el temor de un levantamiento popular, cuando hé aquí que su cómplice, la infame Herodías, merced á un lazo hábilmente tendido, llegó á vencer sus vacilaciones.

El día aniversario de su nacimiento, el rey dió un gran festín al que invitó á sus cortesanos, á los oficiales militares y principales vecinos de Galilea. Por su parte, Herodías dió también un banquete á sus damas de honor en una sala contigua á la del tetrarca. Según las costumbres griegas adoptadas por los Romanos, el festín debía terminarse con una danza mímica representando una escena de un drama cualquiera. Herodías aprovechó esta costumbre para urdir su trama criminal.

Cuando todas las cabezas estaban calientes por el vino, Salomé, digna hija suya, de edad entonces de dieciocho años, apareció de repente en la sala del festín, esplendorosamente ataviada, pues su madre nada había omitido para realzar sus encantos y cautivar con ellos el corazón del voluptuoso Herodes. La joven, sin pudor ni respeto, no se avergonzó de ponerse en espectáculo como una vil cortesana y de ejecutar una de aquellas danzas lascivas que Roma entera aplaudía, pero que lastimaban la gravedad oriental. Todos los ojos de los convidados estaban fijos en la bailarina y Herodes parecía extasiado ante su gracia y belleza.

Terminada la escena, Salomé saludó á los espectadores. En el instante mismo la sala entera prorrumpió en estruendosos aplausos y Herodes, arrebatado por la pasión, comenzó á hablar como un insensato:

« Joven, exclamó, pídeme lo que quieras y lo obtendrás. ¡Sí, agregó, juro que te concederé lo que me pidas, aun cuando fuera la mitad de mi reino! »

Salomé se inclinó y salió para ir á consultar á su madre. Después de referirle lo que acababa de decirle el monarca, preguntóle. ¿Qué le pediré?

— La cabeza de Juan Bautista, respondió la execrable mujer, ordenándole volver inmediatamente á la sala del festín á presentar su petición al rey sin dejar á éste tiempo de reflexionar. La joven obedeció y presentóse de nuevo delante de los convidados llevando una fuente en la mano: ¡quiero, dijo acercándose á Herodes, que me des en esta fuente la cabeza de Juan Bautista!

Contristóse profundamente el rey al oir la petición; pero acalló las voces de su conciencia, diciéndose para sí que estaba ligado por juramento á cumplir su palabra y que no podía faltar á ella en presencia de todos sus convidados. Acto continuo, ordenó á uno de sus guardias que fuera á cortar la cabeza de Juan Bautista y la trajera dentro de la fuente que la joven le presentaba.

El guardia notificó al santo precursor la orden recibida. Sin decir una palabra, Juan inclinó la cabeza sobre el tajo. El soldado se la cortó de un sablazo, la colocó chorreando sangre sobre la fuente y la presentó al rey, quien á su vez la entregó á la bailarina.

Y el rey y los convidados siguieron bebiendo. Salomé, provista de su trofeo se presentó delante de la cruel Herodías. Una infernal sonrisa se dibujó por un istante en los labios de aquella furia; luego, agitado aún su cerebro por la cólera al recordar las palabras del santo, toma en sus manos la cabeza ensangrentada y desprendiendo la aguja de oro que prendía sus cabellos, atraviesa con ella la lengua del Bautista. No quería ni aún permitir que el santo mártir fuera sepultado; pero los discípulos de Juan acudieron presurosos, recogieron piadosamente su cadáver y lo depositaron en la tumba.

Así murió Juan Bautista en el silencio de una prisión, por la mano del verdugo y por orden de un rey libertino. Precursor del divino Maestro por sus predicaciones, profetizó también con su martirio, la suerte que los secuaces de Satanás reservaban al Hijo de Dios.

Herodes, entre tanto, ordenaba después de la muerte de Juan, activas pesquisas contra Jesús. El espectro de su víctima turbaba sus días y sus noches, hasta el punto de persuadirle de que Juan resucitado aparecía bajo una nueva forma. Así, un día que le referían las virtudes y prodigios de Jesús de Nazaret, exclamó temblando: «¡Es él, es Juan Bautista resucitado!» Y como sus familiares le respondiesen que más bien sería Elías ó alguno de los antiguos profetas, replicó: «Si no es Juan Bautista á quien yo hice cortar la cabeza, es preciso absolutamente saber quién es este profeta de quien se cuentan cosas tan extrañas.» Y el suspicaz tirano deseaba vivamente tener una entrevista con el Salvador; pero Jesús viendo que todo podía temerlo de aquel rey farsante y cruel, resolvió abandonar por algún tiempo el territorio de Galilea.







LIBRO QUINTO.

Conspiración de los fariseos.

CAPÍTULO I.

Multiplicación de los panes.

EL DESIERTO DE BETSAIDA. - MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES. - COMPLOT DE LOS PATRIOTAS. - JESÚS ANDA SOBRE LAS AGUAS. - DISCURSOS EN CAFARNAUM. - EL PAN DE VIDA. - DEBATES VIOLENTOS. - INCREDULIDAD DE LOS DISCÍPULOS. - FIDELIDAD DE LOS APÓSTOLES. - JUDAS. - *(Matth. XIV, 13-36. - Marc. VI, 30-56. - Luc. IX, 10-17. - Joan. VI, 1-72.)*

Como se acercara la Pascua, los apóstoles volvieron á Cafarnaum á dar cuenta á su Maestro de sus trabajos evangélicos. En vez de departir con ellos acerca del acostrumbrado viaje á la Ciudad Santa, Jesús les dijo: «El mundo no os dejará aquí reposar en paz; venid conmigo á un paraje solitario y retirado para que descanséis de vuestras fatigas. Y subiendo con ellos á una

barca, hizo rumbo al norte del lago, cerca de Betsaida, en los dominios de Filipo.

Así comenzó el tercer año del ministerio de Jesús. El año precedente, año de las ovaciones triunfales, había tenido por desenlace una situación llena de peligros. Los fariseos perseguían al Salvador con encarnizamiento, decididos á entregarlo á Herodes ó acusarlo ante el Sanhedrín. Por otra parte, el entusiasmo ciego del pueblo podía conducir á las demostraciones más compromitentes. No cesaba la muchedumbre de proclamar á Jesús hijo de David y rey de Israel, y además millares de patriotas aguardaban con ansia el momento en que fuera coronado. Jesús huía al desierto, tanto para escapar de aquellos exaltados, como para evitar los lazos de sus enemigos.

Pero las turbas no podían vivir sin el gran taumaturgo. Por la dirección que había tomado la barca, calcularon el lugar donde se detendría Jesús. Bien pronto millares de personas, habitantes del país, peregrinos que se dirigían á Jerusalén, orillaron el lago y llenaron las llanuras de Betsaida, de suerte que al poner el pie en tierra, el Salvador y sus apóstoles se encontraron con una multitud innumerable que les esperaba. El buen Maestro tuvo compasión de aquellas almas abandonadas como ovejas sin pastor. Recorrió los diferentes grupos, sanó los enfermos y habló largamente del reino de Dios con tanta unción y encanto, que los oyentes extasiados no se daban cuenta de que el sol comenzaba ya á ocultarse detrás de las montañas vecinas.

Los apóstoles hicieron notar á Jesús que ya era tiempo de despedir al pueblo. «Estamos aquí en un desierto, le dijeron; decidles que se vayan á las aldeas vecinas donde puedan tomar alimento.

— Eso no es necesario, respondió, dadles vosotros mismos el alimento que necesitan.

— Maestro, observó Felipe, no bastarían doscientos denarios de pan para dar á cada uno un bocado.

— ¿Y cuántos panes tenéis?

— Maestro, dijo Andrés, que acababa de recorrer la multitud, aquí está un niño que trae consigo cinco panes de cebada y dos peces. Pero ¿qué es esto para tanta gente?

— No importa, traédmelos y haced que el pueblo se

siente formando grupos de á cincuenta y de á cien personas.»

Cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños tomaron asiento sobre aquella alfombra de verdura. Entonces Jesús, levantando los ojos al cielo, bendijo los cinco panes y los dos peces, dividiólos en fragmentos y los entregó á los discípulos para que los distribuyeran á los diversos grupos. Los panes y peces se multiplicaron tanto entre sus manos, que todos comieron y quedaron saciados. Terminada la comida, dijo á los apóstoles: «Recoged ahora los pedazos sobrantes para que no se pierdan.» Y con aquellos fragmentos se llenaron doce canastos, mientras salía de todos los labios un grito unánime aclamándolo libertador de Israel. «No cabe duda, decían por todas partes, es el gran profeta que Dios debía enviar al mundo.»

Para ciertos patriotas esta exclamación traía consigo toda una revolución. Persuadidos de que Jesús en su calidad de Mesías, podía y debía levantar á Israel de su humillación, creyeron que no se presentaría jamás ocasión más brillante para ofrecerle el cetro y la corona. A favor de la noche se apoderarían del profeta y de grado ó por fuerza se le haría aceptar la dignidad real. Había allí todo un ejército pronto para sostener su causa, la cual no era otra que la causa de la patria.

Mas el divino Maestro leía los pensamientos que se agitaban en el fondo de sus corazones. Resolvió frustrar una tentativa que habría armado contra él á los Romanos y tetrarcas. Y como sus apóstoles imbuídos también en las preocupaciones de su nación, se habrían asociado ciertamente á los que querían hacerle rey, ordenóles embarcarse y dirigirse á la ribera occidental mientras él despedía al pueblo. Hiciéronlo así los apóstoles, y Jesús desprendiéndose de la turba, se retiró á una colina para orar allí en la soledad y el silencio. La multitud fué disolviéndose poco á poco, pero los conspiradores quedaron en el desierto bien resueltos á no dejar escapar al profeta.

Los apóstoles, entre tanto, bogaban tranquilamente hacia Cafarnaum, cuando de improviso se levantó un viento contrario con tal violencia, que se veían obligados á luchar desesperadamente á fuerza de remos contra el furor de las

olas. El barco avanzaba tan lenta y trabajosamente, que después de seis horas apenas habían recorrido de veinticinco á treinta estadios. Todos deploraban amargamente no tener consigo á su Maestro; mas hé aquí, que hacia las cuatro de la madrugada, divisaron como un espectro que avanzaba á grandes pasos sobre las aguas, pareciendo aún querer adelantarse á ellos. Era Jesús que acudía á su socorro en el momento del peligro. Aunque no tardaron en reconocerlo, quedaron de tal manera sobrecogidos de temor, que tomándolo por un fantasma comenzaron á lanzar gritos de espanto. «Yo soy, nada temáis, díjoles entonces el Salvador. — Si sois Vos, exclamó Pedro fuera de sí, ordenadme que vaya á vuestro encuentro sobre las olas.

— Ven, respondió Jesús.»

Pedro, lleno de confianza, baja de la barca y pone los pies sobre el agua, pero una ráfaga de viento levantó las olas en torno suyo y le hizo temblar. Su corazón vaciló y al instante se sintió sumergido en las aguas. Entonces, extendiendo los brazos hacia Jesús, dió un grito de angustia: « ¡Señor, sálvame! » Jesús cogió de la mano al tembloroso apóstol: «Hombre de poca fe, le dijo, ¿por qué has dudado?»

A ruego de los discípulos, el Salvador subió al barco y al instante cesó el viento. Pedro y sus compañeros se arrojaron á sus pies exclamando: «Tú eres realmente el Hijo de Dios.» Alimentados con un pan milagroso algunas horas antes, pero cegados por sus vanas esperanzas, no habían visto en él más que un rey de la tierra; les faltaba aquella aparición celeste en medio de una angustiosa noche, para reconocer al Hijo de Dios.

Bogando tranquilamente por el lago, el barco abordó pronto al territorio de Genesar en el punto de la costa que Jesús había designado. Desde allí siguió luego el litoral hasta Cafarnaum atravesando ciudades y villas y sanando con solo el contacto de su manto todas los enfermos que se le presentaban.

Entre tanto, los conspiradores estacionados al norte del lago, esperaban que Jesús bajase de la montaña para poner su complot en ejecución. Al venir el día ¿cuál no sería su sorpresa al ver que el profeta había desaparecido? De pie en la ribera, no acertaban á explicarse este misterio, puesto

que los apóstoles se habían ido solos sin su Maestro y en el único barco que había en el litoral. Mientras deliberaban sobre el partido que deberían tomar, algunas embarcaciones llegadas de Tiberiades les facilitaron el medio de trasladarse á Cafarnaum, donde esperaban encontrar al fugitivo. Le encontraron, en efecto, en la sinagoga en medio de una numerosa asamblea y le contaron cómo no habiéndole encontrado en el desierto, le buscaban desde la mañana. «Maestro, le preguntaron, ¿cómo, pues, os habéis trasladado aquí?»

Jesús sabiendo el fin con que aquellos hombres le perseguían, decidióse á combatir de frente sus ideas terrenales aun á riesgo de desprenderlos de su persona. Había llegado ya el tiempo de revelar claramente á los hijos de Israel que la misión del Mesías consistía, no en procurar á los Judíos ventajas temporales, sino en dar al mundo la vida eterna. En vez de explicarles por qué misterioso camino había venido á Cafarnaum, les manifestó que comprendía perfectamente la causa que les movía á correr en pos de él con tanto apresuramiento.

«Me buscáis, les dijo, no porque deis crédito á la misión de salud eterna de que tantas pruebas os he dado, sino por aquellos panes que multipliqué y de los cuales comisteis hasta saciaros. Trabajad, pues, en procuraros, no el pan perecedero, sino el alimento incorruptible de vida eterna que el Hijo del hombre os dará, como os lo asegura el Padre, marcándolo con el sello de su poder.

— ¿Y qué deberemos hacer para que Dios nos dispense ese pan incorruptible?

—«Una sola cosa: Creer en Aquel que El os ha enviado.»

Frustrado en sus esperanzas temporales, el auditorio protestó. ¡Cómo! Jesús que proclamaba ser el Mesías enviado por Dios, defraudaba las generales esperanzas, no prometiendo á sus compatriotas como premio de su fe, sino cierto alimento que nada decía á sus sentidos. ¿Era éste el Mesías esperado por la nación?

Por lo cual le preguntaron con audacia: ¿qué prodigios extraordinarios realizas para obligarnos á creer que eres el Mesías? Tú nos has dado á comer pan de cebada y Moisés, sin ser el Mesías, hizo más: en el desierto nuestros padres comieron el maná, pan del cielo.

— «En verdad, en verdad os digo: Moisés no os ha dado pan del cielo; el verdadero pan del cielo os lo da mi Padre. Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo.»

El gozo se pintó en todos los rostros. La multitud creyó que el Salvador hablaba de un pan material más excelente y abundante que el ligero maná de que los Hebreos se habían alimentado durante cuarenta años en el desierto y que con este alimento de naturaleza celestial iban á gozar del paraíso en la tierra. «Señor, le dijeron, danos siempre de ese pan.»

Entonces dejando toda figura, Jesús les dijo con tono solemne: «El pan de vida de que os hablo, soy yo. El que viene á mí no tendrá más hambre, y el que cree en mí no tendrá jamás sed. Pero ¡ay! vosotros habéis visto mis obras y con todo no creéis en mí. Todos los que el Padre me ha dado, vendrán á mí y yo los recibiré con amor; pues he descendido del cielo para hacer la voluntad del Padre que me ha enviado; y la voluntad de mi Padre es que yo no pierda ninguno de aquellos que él me ha dado, sino que á todos los resucite en el último día. Tal es, pues, la voluntad de mi Padre; todo hombre que conoce al Hijo y cree en él, tendrá la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.»

Esta declaración de Jesús: «Yo soy el pan de vida,» fué acogida en medio de las mayores protestas. Demasiado ciegos para practicar un acto de fe y demasiado groseros para descubrir al Dios oculto bajo las apariencias del hombre, prorrumpieron en exclamaciones de desdén:

¡El, el pan del cielo! decían con sorna. ¿No es, por ventura, el hijo de José? ¿No conocemos acaso á su padre y á su madre? ¿cómo se atreve á decir, pues, que ha bajado del cielo?...

— Cesad en vuestras quejas, respondió Jesús á aquellos insensatos y sin descorrer el velo que encubría el misterio de su origen divino, contentóse con echarles en rostro su culpable incredulidad. «Ninguno puede venir á mí, agregó, si mi Padre no le atrae con su gracia; mas los profetas nos advierten que es menester seguir con docilidad el atractivo del Padre. Quienquiera, pues, que escuche dócilmente al Padre, viene á mí. Nadie, por cierto, ha visto al Padre;

mas el Hijo de Dios lo ha visto y os habla en nombre suyo. En verdad, en verdad, os repito: todo aquel que cree en mí tiene la vida eterna.»

Hasta aquí, Jesús se presentaba á sus oyentes como el pan bajado del cielo para alimentar espiritualmente y dotar de una vida sin fin á los que se unieran á él por la fe en su palabra y la práctica de sus enseñanzas. Pero esto no era sino el preludio de las revelaciones extraordinarias que debían señalar aquel día. Sin tomar en cuenta las disposiciones hostiles de los Cafarnaítas, enseñóles el misterio eucarístico, haciéndoles ver cómo sus discípulos encontrarían la verdadera vida, no ya uniéndose sólamente á él por la fe, sino haciéndose una misma cosa con él por medio de la manducación de un pan convertido en su carne y sangre.

«Sí, yo soy el pan de vida, exclamó de nuevo. El maná del desierto no impidió que murieran vuestros padres; pero el que come de este pan descendido del cielo no morirá. Yo soy el pan vivo descendido del cielo y por consiguiente, el que come de este pan, vivirá eternamente. Y este pan es mi carne que yo daré para la salvación del mundo.»

A esta última palabra, las murmuraciones se convirtieron en tumultos. Los oyentes se dividían: unos estaban á favor y otros en contra de Jesús, pero la mayor parte manifestaba ruidosamente sus sentimientos de incredulidad. «¿Cómo podrá, decían, darnos á comer su carne?» Y ya se lo imaginaban chorreando sangre y dividido en trozos.

Habían, pues, comprendido perfectamente que Jesús quería darles su carne en alimento. A fin de confirmarles en esta creencia, hizo de la manducación de su carne la condición de la vida y salvación eterna. «En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre ni bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.»

«El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él; y así como yo vivo por mi Padre, así aquel vivirá por mí. Una vez más hé aquí el verdadero pan bajado del cielo: vuestros padres comieron el maná y murieron; mas el que come de este pan, vivirá eternamente.»

Cuando concluyó de hablar el Salvador, oyéronse en todas partes verdaderos gritos de indignación: «Esto es insoportable, prorrumpían encolerizados ¿quién puede oir á sangre fría semejante lenguaje? Hasta sus mismos discípulos reprobaban una doctrina que juzgaban absurda. Esto no se ocultaba á Jesús y acudió caritativamente en su auxilio.

«Mis palabras os escandalizan, les dijo, mas las comprenderéis cuando veáis al Hijo del hombre elevarse de nuevo al cielo de donde ha venido. Entenderéis entonces que la carne sin el Dios que la vivifica, de nada serviría. Mis palabras son espíritu y vida; mas ¡ay! entre vosotros hay algunos que no creen.» Más aún, había uno que se preparaba á hacerle traición, y Jesús que ve el fondo de los corazones conocía perfectamente los sentimientos de hostilidad que se ocultaban en algunos de ellos: «Recordad, agregó al terminar, lo que os he dicho: ninguno viene á mí, si no es conducido por mi Padre.»

Dios los había conducido al Salvador; pero en castigo de su resistencia para con ese mismo Salvador, los dejaba extraviarse lejos de El en el camino de las tinieblas y de la perdición.

A partir de aquel día, el grueso de los discípulos desengañados en sus pretensiones, dejó de seguirle. Abandonado de los que le amaban, Jesús dijo á los doce que había escogido: «Y vosotros ¿queréis también dejarme?»—«Señor, respondió Pedro, ¿á quién iríamos entonces? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros sabemos y creemos que eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

El Salvador conocía el corazón de cada uno de sus apóstoles. Si había provocado esta profesión de fe de parte de Simón Pedro, era para hacer entrar dentro de sí mismo á uno de los doce que ya no creía. Judas Iscariote dejó de creer en su Maestro el día en que Jesús rehusó la dignidad real. La fe del apóstol judío se desvaneció con sus sueños de avaricia y de ambición, y resolvió abandonar en la primera ocasión á un hombre de quien, aunque poderoso, nada podía esperar. La noble protesta de Pedro y de sus compañeros no hizo en él impresión alguna; quedó silencioso é impasible. Pero Jesús, le hizo saber que nada había oculto para él: «¿No os he escogido yo á los doce? dijo con

tristeza y sin embargo, hay entre vosotros un demonio.» Judas fingió no comprender, pero desde entonces, convertido en enemigo declarado del Maestro, abrió su corazón á todas las sugestiones del infierno.

Los días tristes se aproximan: al entusiasmo de los Galileos, sucede la incredulidad; el pan material hace olvidar los milagros y el reino de Dios; los discípulos abandonan al Maestro y si los apóstoles permanecen fieles, uno de ellos abraza ya el partido de los desertores.

CAPÍTULO II.

Entre los Gentiles.

LAS ABLUCIONES FARISAICAS. — LA FENICIA. — LA CANANEA. — EN LA DECÁPOLIS. — UN SORDO-MUDO. — SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES. — SE PIDE UN SIGNO CELESTIAL. — LA LEVADURA DE LOS FARISEOS. — *(Matth. XV, 1-39; XVI, 1-12. — Marc. VII, 1-37; VIII, 1-21.)*



IENTRAS los Galileos se separaban violentamente de aquel profeta que venían declarando, desde hacía dos años, como el libertador de Israel, en Jerusalén se le buscaba para entregarlo á los jueces. No habiéndole encontrado en el templo durante las fiestas pascuales, los sectarios resolvieron atacarle entre los suyos, en la misma Galilea, en donde esperaban levantar al pueblo contra él. Algunos escribas y fariseos bajaron expresamente de Jerusalén á Cafarnaum para tenderle lazos y suscitar un motivo de acusasión.

A fuerza de espiar su conducta y de observar minuciosamente las acciones de sus discípulos, acabaron por notar que éstos se sentaban á la mesa sin lavarse las manos. A los ojos de los fariseos, este era un crimen imperdonable. Jamás tomaban alimento sin hacer antes numerosas ablu-

ciones. Volviendo de la ciudad ó el foro, se lavaban desde la cabeza hasta los pies. Purificaban las copas, las vasijas, los lechos del festín; durante la comida, afectaban mojarse muchas veces la extremidad de los dedos; al levantarse de la mesa, sumergían las manos en el agua hasta el puño. Según sus ridículas tradiciones, despreciar estos ritos, era incurrir en la pena de excomunión; al contrario, quien comía el pan con manos siempre limpias, se hacía digno de participar del banquete del siglo futuro. (1) Con semejantes ideas, los fariseos se indignaron naturalmente de la conducta de los discípulos, é hicieron al Salvador responsable del escándalo que los suyos daban al pueblo.

«¿Por qué, le dijeron, tus discípulos, despreciando nuestras antiguas tradiciones, se atreven á comer sin lavarse las manos?»

«¿Y por qué vosotros mismos, les preguntó á su vez Jesús, en nombre de pretendidas tradiciones, os permitís transgredir las más formales leyes de Dios? Dios ordenó honrar padre y madre, y amenaza de muerte al hombre que falte á este deber; y vosotros no os avergonzáis de enseñar que si un padre ó una madre caen en la indigencia, basta decirles: «Yo he consagrado mi ofrenda á Dios, él os ayudará,» para que se crean dispensados de socorrerles. Invalidáis los mandamientos de Dios bajo el pretexto de tradiciones que hacéis servir á vuestro provecho. ¡Hipócritas! de vosotros hablaba Isaías cuando exclamaba: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.» Afectan un gran celo por mi culto, pero todas esas máximas y prácticas, purificación de copas y vasos y otras observancias semejantes, son pura invención humana.

Desconcertados ante aquel tremendo apóstrofe, los sectarios no supieron qué responder. Jesús, no contento con haberles cerrado la boca, hizo un llamamiento al pueblo que presenciaba de lejos estas disputas y arruinó con una sola palabra la teología toda de los fariseos: «Escuchadme todos, dijo: no mancha al hombre lo que entra por su boca, sino lo que sale de ella; que los que pueden entender, entiendan.» Y se retiró sin más explicaciones.

(1) Lighfoot, Hor. hebr. p. 365.

Según los fariseos, las manchas de las manos se comunicaban á los alimentos y por estos á todo el hombre. Pretender, por lo tanto, que las manchas de las manos no pueden en manera alguna contaminar al hombre, era destruir de un golpe la autoridad de los doctores y despojar á los hipócritas de su barniz de santidad, debido única y exclusivamente á la rígida observancia de las prácticas exteriores. Las palabras del Salvador dejaron á los fariseos en tal estado de excitación, que los apóstoles comenzaron á abrigar serios temores por su Maestro.

«¿Sabéis, dijéronle, que vuestras palabras han escandalizado enormemente á los fariseos? — No les temáis, les respondió el Salvador; toda planta que no ha sido colocada en la tierra por mi Padre, será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos que conducen á otros ciegos y todos ellos juntos caerán en la misma fosa.»

Pero ni los mismos apóstoles, habían comprendido la respuesta de Jesús á los fariseos. Acercáronse, pues, y le pidieron que les diera una explicación de ella. «¡Cómo! dijo ¿también vosotros carecéis de inteligencia para comprender que lo que entra en el cuerpo no puede manchar al hombre? El alimento entra en el estómago de donde, por un trabajo secreto, es expulsado hacia afuera; no penetra en el alma. Al contrario, las palabras que la boca profiere, vienen del alma y eso es lo que mancha al hombre. En efecto, del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los malos deseos, las malas acciones, los homicidios, robos, falsos testimonios, la avaricia, el fraude, la impureza y las blasfemias, en una palabra, todos los caprichos y maldades. Hé ahí lo que mancha al hombre y no el comer sin lavarse las manos.»

Estas últimas luchas contra los Galileos y los Judíos de Jerusalén, determinaron á Jesús á evitar por algún tiempo el encuentro con sus enemigos. Los fariseos iban á poner en ejecución sus proyectos de venganza y él no quería caer en sus manos, porque su hora aun no había llegado. Dejó, pues, á Cafarnaum en compañía de sus apóstoles, atravesó las montañas de Zabulón y de Neftalí y se encaminó hasta la Fenicia en los confines de Tiro y de Sidón. Como el profeta Elías, perseguido por los tiranos de Israel, el Salvador tuvo necesidad de buscar refugio en un país extranjero.

Durante este destierro que duró cerca de seis meses, ocupóse menos en predicar á los gentiles que en instruir á sus apóstoles, pues su misión consistía en llevar la luz á los hijos de Israel y por medio de estos á las naciones paganas. Retirado de todos, pasaba inadvertido en medio de las poblaciones.

No obstante, los habitantes de Tiro y Sidón sabían que un gran profeta recorría la Galilea poniendo en conmoción á todo Israel. Varios, aún de entre ellos, habían oído el sermón de la montaña y visto con sus propios ojos milagrosas curaciones. De cuando en cuando, uno que otro indicio revelaba su presencia y atraía hacia él todas las miradas.

Una mujer de origen cananeo vino á implorar un día su socorro: « ¡Señor, Hijo de David, prorrumpió anegada en lágrimas, tened compasión de mí; mi hija está horriblemente atormentada por el demonio! »

Como Jesús permaneciera sordo á sus súplicas y la pobre madre redoblase en vano sus instancias, los apóstoles intervinieron en favor suyo.

« Maestro, le dijeron, ¿no podríais atender á la súplica de esta pobre mujer que no cesa de lamentarse tras de nosotros? — No soy enviado, respondió, sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel.

— Señor, Señor, exclamó la Cananea arrojándose á sus pies, socorredme.

— No es bueno, replicó el Salvador, dar á los perros el pan de los hijos.

— Es verdad, Señor, pero los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. »

A esta réplica de una humildad tan tierna y llena de confianza, Jesús se declaró vencido. « ¡Oh mujer! le dijo, grande es tu fe; hágase como tú lo quieres. » Y volviendo á su casa, encontró sana á su hija, pues el demonio que la atormentaba había huido obedeciendo á la orden del Salvador.

Después de una larga estadía en Fenicia, Jesús dejó las cercanías de Tiro, continuó su viaje por las orillas del mar hasta Sidón; luego, atravesando la montaña del Líbano, volvió por las ciudades de la Decápolis hasta la costa oriental del lago de Galilea. Este país, poco frecuentado por los Judíos,

le ofrecía un asilo seguro en medio de los pocos Israelitas dispersos en aquellas regiones paganas. El Salvador habría deseado, al mismo tiempo que les llevaba la buena nueva de la salvación, evitar las grandes aglomeraciones de gente para no llamar la atención de sus enemigos; pero el recuerdo del poseído de Gerasa, atrajo hacia él gran número de enfermos y desgraciados.

Trajéronle un día, á la colina desde donde instruía al pueblo, un sordo-mudo. Los que le conducían suplicaron á Jesús que le impusiera las manos. A fin de no dar lugar á las aclamaciones, apartó al enfermo de entre la multitud, tocóle con sus dedos los oídos y con un poco de saliva la lengua; y luego, elevando sus ojos al cielo, lanzó un suspiro considerando la profunda miseria del hombre caído y pronunció esta palabra: *Efeta*, que quiere decir: « Abríos. » Al instante los oídos del sordo se abrieron, se desató su lengua y comenzó á hablar sin la menor dificultad. Jesús impuso silencio á los testigos de este prodigio; pero cuanto más les obligaba á callar, más se apresuraban éstos á publicar lo que habían presenciado, diciendo á grandes voces: « Todo lo ha hecho bien; hace oir á los sordos y hablar á los mudos. »

Desde entonces, las turbas vinieron á él trayendo de todas partes cojos, sordos, mudos, que colocaban á sus pies. Y devolvía á todos la salud; de manera que los mismos paganos de la Decápolis, testigos de estos hechos milagrosos, glorificaban en alta voz al Dios de Israel.

El número de los peregrinos crecía de día en día. Hombres, mujeres y niños, seguían en pos de Jesús, sin tomar para nada en cuenta que sus provisiones se agotaban y que en aquel desamparo llegaría el momento en que no tendrían con qué alimentarse. Como en el desierto de Betsaida, vióse obligado el Salvador á proveer á su subsistencia. « Estas turbas me mueven á compasión, dijo á sus discípulos, pues tres días há que están conmigo y no tienen ya nada que comer. Y si les envío á sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues muchos de ellos han venido de lejos. » Observáronle entonces sus apóstoles, que no sería posible procurarse en aquel desierto el pan necesario para alimentar á tal cantidad de gente, mas Jesús les dijo: « ¿Cuántos panes tenéis? Siete, respondiéronle, y algunos pece-

cillos.» Entonces mandó al pueblo que se sentase sobre el césped y tomando los panes y los peces, los bendijo, los partió y dió á sus discípulos quienes los distribuyeron á los asistentes. Eran en número de cuatro mil, sin contar las mujeres y los niños y todos ellos comieron y quedaron satisfechos, y de los pedazos que sobraron llenáronse siete canastos.

Entonces despidió Jesús á los numerosos visitantes de la Decápolis y deseando volver á ver después de tan larga ausencia á su querida aunque infiel Galilea, subió á una barca que le trasportó á la ribera opuesta del lago. Para no llamar la atención, retiróse á la pequeña aldea de Dalmanuta, situada en medio de las montañas entre Tiberíades y Mágdala; pero sus enemigos que atisbaban su regreso, no tardaron en descubrir su asilo. Algunos doctores saduceos se unieron á los fariseos para tenderle nuevos lazos.

Eran los saduceos hombres entregados á los placeres, que hacían tan poco caso de las tradiciones farisaicas como de las enseñanzas de Jesús sobre el reino de los cielos; pero tenían ojeriza á aquel profeta que no temía condenar su vida enteramente pagana. Vinieron, pues, á Dalmanuta en compañía de los fariseos á intimar á Jesús que justificase sus pretensiones. Obraba, es verdad, prodigios en la tierra, decían ellos; pero todo el mundo sabe que los fenómenos de este género no exceden el poder de los demonios. No se creería en su misión, sino cuando la autorizase con algún signo celeste y le desafiaban á imitar en esto á los verdaderos enviados de Dios.

El Salvador rehusó, una vez más, someterse á las ridículas exigencias de aquellos hipócritas que cerraban voluntariamente sus ojos á la luz. Cuando en el crepúsculo vespertino, les dijo, veis arrebolado el cielo, anunciáis buen tiempo para el día siguiente; pero si el cielo está oscuro, anunciáis tempestad. Entendéis los signos del cielo é ignoráis las señales de los tiempos.» Habéis visto salir el cetro de Judá, transcurrir las setenta semanas de Daniel, á Juan Bautista anunciar el reino del Mesías, resucitar á los muertos, y cuando estos signos del Cristo predichos por los profetas se manifiestan con toda evidencia, pedís todavía signos celestes. «¡Generación perversa y adúltera! no os daré otra señal que la del profeta Jonás.»

Ante esta acusación de mala fe probada por hechos evidentes, fariseos y saduceos desaparecieron unos después de otros. Sin embargo, á fin de sustraerse á sus asechanzas, Jesús se apresuró á dejar de nuevo los dominios de Herodes para buscar refugio al norte del lago en la tetrarquía de Filipo. Durante la travesía, los apóstoles se dieron cuenta de que habían olvidado los víveres. Miraban con inquietud el único pan que se encontraba en la barca, cuando de repente Jesús les dice: « Desconfiad de la levadura de los fariseos y herodianos. » Ellos comprendieron que el Maestro, viéndolos sin pan, les prohibía procurárselo entre aquellos hombres que atentaban contra su vida. El Salvador aprovechó esta equivocación para reprocharles su falta de confianza: « Hombres de poca fe, les dijo, siempre preocupados del pan material ¿tendréis siempre ojos que no ven, oídos que no oyen y memoria que todo lo olvida? Cuando distribuí cinco panes entre cinco mil hombres ¿cuántos canastos llenasteis con las sobras? — Doce, respondieron. — Y cuando alimenté á cuatro mil hombres con siete panes ¿cuántos canastos llenasteis con los sobrantes? — Siete. — Y después de eso ¿habéis podido creer que yo pensaba en el pan material al deciros: Desconfiad de la levadura de los fariseos y saduceos? »

Los apóstoles comprendieron entonces que, por la levadura de los fariseos, debían entenderse las doctrinas de estos sectarios que, infiltradas en los espíritus como la levadura en la masa, corrompían la masa del pueblo. Esta era la causa por qué los Galileos, engañados por falsos doctores, obligaban á Jesús, su amigo, su bienhechor, su Salvador, á desterrarse de un país que fué durante dos años el teatro habitual de sus predicaciones y de sus milagros.

Pedro y sus compañeros, aprendieron también por esta palabra del buen Maestro, que los apóstoles del reino de Dios podrían verse reducidos á la indigencia, pero que no morirían de hambre mientras fuesen servidores fieles de Aquel que multiplicó los panes en el desierto.

CAPÍTULO III.

Primado de Pedro.

BETSAIDA JULIAS. — CURACIÓN DE UN CIEGO. — CESÁREA DE FILIPO. — CONFESIÓN DE SIMÓN PEDRO. — *Tu es Petrus.* — JESÚS PREDICE SU MUERTE. — REFLEXIONES TEMERARIAS DE PEDRO. — LA CRUZ Y LA ABNEGACIÓN. — *(Matth. XV, 13-19; XVI, 20-28 — Marc. VIII, 22-39. — Luc. IX, 18-27.)*

Jesús desembarcó al norte del lago en la ribera izquierda del Jordán. Subiendo por el río, llegó en algunas horas á Betsaida-Julias, cerca del desierto en que por primera vez había multiplicado los panes. A pesar de su deseo de pasar inadvertido, algunos le reconocieron y le llevaron un hombre ciego rogándole que le volviera la vista. Tomó la mano del ciego, le condujo á un lugar apartado y á fin de excitar poco á poco la fe en el corazón de este hombre, no le devolvió la vista sino gradualmente. Habiéndole impuesto las manos, le preguntó qué era lo que veía. El ciego que percibía los objetos sólo de una manera confusa, respondió: « Veo hombres, pero me parecen como árboles que se mueven. » Y esperaba, feliz confiado, que el profeta acabara su obra. Por segunda vez, Jesús le puso la mano sobre los ojos y entonces vió tan distintamente como antes de haber perdido la vista. « Vuelve á tu casa, le dijo, y si entras en la población, no digas á nadie quién te ha curado. » Se veía obligado á ocultar su poder, para no atraer las multitudes y despertar el odio de sus enemigos.

Seguido únicamente por sus apóstoles, Jesús dejó á Betsaida y remontando el curso del Jordán, no tardó en llegar á las fuentes de este río. Allí se levantaba la antigua ciudad de Panea, que acababa de ser considerablemente ensanchada por el tetrarca Filipo para hacer de ella la capital de sus estados y á la cual había dado el nombre de Cesárea en honor de Tiberio, que ocupaba entonces el trono de

los Césares, esperando captarse por medio de aquella lisonja los favores del emperador. No por otra razón la espléndida ciudad edificada por Herodes á orillas del lago de Galilea, llevaba el nombre de Tiberíades. La Tierra Santa se llenaba de ciudades y monumentos que comprobaban á cada paso la decadencia del pueblo de Dios.

Y este pueblo desechaba obstinadamente á Aquel que venía á salvarlo: Jesús pasaba como un fugitivo en medio de sus ciudades. Los Galileos le abandonaban; los Judíos le perseguían con sus odios implacables; Herodes se hacía su cómplice y si Filipo su hermano se mostraba más tolerante, era porque, más preocupado de sus estados que del reino de los cielos, poco le importaba el profeta de Nazaret.

Esta situación podía desalentar á los apóstoles. Al adherirse á Jesús, habían creído que fundaría realmente un nuevo reino y libertaría á Israel; y hé aquí que después de haber recorrido las provincias como verdadero libertador, reunido numerosos discípulos con el brillo de su palabra y de sus milagros y confundido á sus enemigos con aplauso de las muchedumbres, su gloria se eclipsa de repente, su poder parece abandonarle y su palabra perdía su influencia en los espíritus. Si de vez en cuando sana algún enfermo, lo hace á escondidas para no llamar la atención de aquellos fariseos á quienes antes desafiaba; y si continúa predicando su reino, no es ya á las turbas y en la plaza pública, sino en la intimidad, á los apóstoles que le siguen en sus peregrinaciones al extranjero.

¿Resistiría á esta dura prueba la fe de los doce? Cuando le abandonaron los discípulos, Pedro, en nombre de sus compañeros, había protestado que jamás dejarían á su Maestro; pero ¿permanecerían en las mismas disposiciones? Jesús veía el fondo de sus corazones y quiso presentarles la ocasión de manifestar sus sentimientos respecto á él. Llegados á las cercanías de Cesárea, detuviéronse para tomar algún reposo. El Salvador se retiró para orar á su Padre, como acostumbraba hacerlo antes de toda obra de gran importancia; luego reuniéndose á sus apóstoles, les hace esta pregunta:

« ¿Qué se dice en el mundo del Hijo del Hombre? »

— Unos, respondieron ellos, creen que es Juan Bautista;

otros que Elías; otros que Jeremías ó alguno de los profetas. — Y vosotros ¿ quién decís que soy yo?

Pedro, sin vacilar un instante, respondió: « *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* »

Pedro jamás había dejado de creer en Jesús. El día en que le tomó por Maestro en la ribera del Jordán, le reconoció como el Mesías prometido; cuando los discípulos escandalizados le abandonaron, Pedro exclamó: « Sois el Mesías, el Hijo de Dios. » Ahora que Israel repudia al libertador anunciado por los profetas, Pedro inquebrantable en su fe, proclama altamente contra todo Israel, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

El intrépido apóstol acababa de justificar el nombre de Pedro que el Salvador le había impuesto cuando le vió por la primera vez. Era ya tiempo de descubrir al pescador Galileo, á sus colegas y al mundo entero, la razón misteriosa de aquel sobrenombre significativo. Jesús levantando la voz, á su vez, respondió á la confesión de su divinidad, por esta promesa que sólo un Dios podía hacer: « Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te han revelado lo que yo soy, sino mi Padre que está en los cielos. *Y yo te digo, que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo. »

En aquel día memorable, para recompensar la fe de Simón Pedro, Jesús hizo de él el fundamento de la Iglesia, su reino sobre la tierra y el depositario de su autoridad hasta el fin de los siglos. Y prometió que esta Iglesia edificada sobre aquella roca indestructible, quedaría en pié á pesar de todos los poderes del infierno conjurados contra ella. Esta seguridad fué dada por Jesús de Nazaret á Pedro el pescador del lago, un día que caminaban juntos en las cercanías de Cesárea de Filipo. ¡Cuántas ruinas se han acumulado después que aquellas palabras fueron pronunciadas! Filipo y su principado, Tiberio y su imperio, no son ya sino un recuerdo. La famosa Cesárea ha desaparecido sin dejar la menor huella; apenas algunas piedras enterradas

en la arena del desierto, recuerdan al pasajero que allí se levantó en otro tiempo la capital de un reino. De siglo en siglo, los imperios se han desmoronado unos tras otros; sólo el reino de Pedro subsiste con su jefe, en virtud de esta promesa: «Las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.»

Esta predicción del Salvador confortó á los apóstoles que, desde muchos meses, gemían á causa de las humillaciones de su Maestro ¿No acababa de declararse el Mesías, el Hijo de Dios, el fundador de un reino que subsistiría para siempre? No había explicado, es cierto, cómo se establecería aquel reino, pero sus milagros respondían de su soberano poder.

Con este pensamiento, regocijáronse todos y Pedro más que los otros, porque debía desempeñar un papel preponderante en la fundación de aquel reino. Mas esta alegría, demasiado humana, no fué de larga duración. Nuevas revelaciones vinieron pronto á oscurecer tan bellas perspectivas.

Hasta este momento el misterio de la Redención, por medio de la efusión de la sangre redentora permanecía para ellos profundamente oculto. Si Jesús les hubiera mostrado desde el primer momento su cruz cubierta de sangre é ignominias, habrían huido despavoridos. Pero ahora que se preparaba ya el sacrificio, era tiempo de hacerles presentir el cercano y terrible porvenir que les aguardaba. Jesús comenzó por prohibirles terminantemente que comunicasen á nadie las revelaciones que acababa de hacerles acerca de su persona y de su reino, y esto para no amotinar á sus enemigos en contra suya antes de la hora señalada por su Padre, agregándoles que esta hora estaba ya muy próxima: «Era preciso que el Hijo del Hombre fuera á Jerusalén en donde le esperaban grandes sufrimientos. Condenado por los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, se le haría morir, pero resucitaría al tercer día.»

Jesús habló de su muerte sin pintarles los horrores de su suplicio; pero esta siniestra profecía bastó para sumergirlos en una verdadera consternación. Aunque su Maestro se había expresado claramente, preguntábanse si habrían comprendido bien el sentido de sus palabras. Con su franqueza ordinaria, Pedro le tomó á parte y le conjuró que,

siendo él más poderoso, no se entregase á sus enemigos. « Señor, exclamó con viveza, eso no sucederá; no es posible que os dejéis tratar de semejante manera. »

Al oir estas temerarias palabras, Jesús se volvió hacia su apóstol y le lanzó este apóstrofe conminatorio: « Retírate, Satanás; quieres inducirme á tentación: tú juzgas de las cosas, nó según Dios, sino según tus miras humanas. » Pedro bajó la cabeza; ni él ni sus compañeros comprendieron por qué Jesús debía sufrir y morir. Para iniciarles en cierto modo en la necesidad del sacrificio, dió en aquel momento á todos los que querían seguirle una admirable lección; y como esta lección convenía al pueblo tanto como á los apóstoles, llamó á la multitud de curiosos que estaban reunidos á cierta distancia y levantando entonces la voz, dijo á todos:

« Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, lleve su cruz cada día y sígame. El que quiera salvar su vida la perderá, y cualquiera que la sacrifique por mí ó por el Evangelio que yo predico, la salvará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Y qué dará él en cambio de su alma? Si alguno se avergonzare de mí en presencia de esta generación infiel y depravada, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga, en la gloria de su Padre, en medio de sus ángeles, á dar á cada uno según sus obras. »

Y para probar á todos que Dios no esperaría hasta el día del juicio para castigar á la nación judía por su rebelión contra el Mesías, agregó: « En verdad, os digo, que hay muchos entre vosotros que no bajarán á la tumba sin haber visto al Hijo del hombre visitar á su reino, armado con todo su poder. »

Cuarenta años después, los sobrevivientes de esta generación podrán ver con sus propios ojos á los Romanos saquear la Judea, incendiar á Jerusalén y derramar tales torrentes de sangre, que la gente creerá en los preludios de la última catástrofe: era Jesús que, atravesando por medio de sus enemigos, preparaba los caminos á los fundadores de su reino.

CAPÍTULO IV.

La transfiguración.

EL TABOR — TRANSFIGURACIÓN DEL SALVADOR — SEGUNDA PREDICCIÓN DE LA PASIÓN — SOBRE EL ADVENIMIENTO DE ELÍAS — EL NIÑO POSEÍDO DEL DEMONIO — ES LIBERTADO POR JESÚS — REGRESO Á CAFARNAUM — LOS APÓSTOLES Y LA PREEMINENCIA — CORRECCIÓN FRATERNA — PERDÓN DE LAS OFENSAS — EL ACREEDOR Y EL DEUDOR.

(Matth. XVII, XVIII - Marc. IX — Luc. IX, 28 - 49.)

La predicción de la Pasión dejó á los apóstoles sumidos en la desolación más profunda. Por respeto hacia su Maestro, se abstuvieron de toda reflexión, pero sin acertar á comprender cómo el Mesías enviado por Dios para reinar sobre el mundo, encontraría en él enemigos que le disputasen su imperio y que llegasen por último hasta darle la muerte. Las nubes que ocultaban al Hijo de Dios bajo el Hijo del hombre, se iban haciendo más y más espesas. El Salvador, en atención á su debilidad, levantaría pronto una de las extremidades del velo que le encubría.

Seis días después de la revelación de Cesárea, Jesús dejó los estados de Filipo para volver á Galilea. La hora de los grandes combates iba á sonar. Después de haber atravesado el Jordán, bajó con sus apóstoles hasta la parte meridional del lago y hacia la tarde del segundo día, llegó al pie del monte Tabor. Dejando á los otros compañeros reposando en la llanura, tomó consigo á sus tres privilegiados, Pedro, Santiago y Juan, y trepó con ellos por los flancos escarpados del monte. Llegado á la cima, púsose como de costumbre, á orar á su Padre, mientras los tres apóstoles rendidos de fatiga, se entregaban á un profundo sueño.

De improviso, una escena del todo celestial iluminó aquellas alturas. El Hijo de Dios dejó irradiar á través de su

humanidad, un rayo de aquella gloria que por un milagro permanente no se manifestaba en lo exterior. Al instante apareció completamente transfigurado: su rostro brillaba como el sol, sus vestidos de una blancura inimitable, resplandecían como la nieve. Despertados por la claridad deslumbradora de aquella divina luz, los apóstoles se creyeron súbitamente transportados á un mundo desconocido. Al mismo tiempo, dos personajes llenos de majestad, surgieron de aquel fondo luminoso y se colocaron al lado de Jesús. Pedro y sus compañeros reconocieron en ellos á Moisés, autor de la Ley y á Elías restaurador de la misma. Ambos, representantes de la antigua alianza, venían á rendir homenaje al autor del Testamento nuevo y departían con él acerca de su salida del mundo que en breve debía verificarse en Jerusalén.

Los apóstoles, con la mirada fija sobre la triple aparición, habían quedado mudos y casi arrobados de júbilo. En el momento en que los dos profetas parecían disponerse á dejar al Salvador, Pedro fuera de sí, no pudo resistirse á exclamar: «¡Señor, cuán bueno sería que nos quedásemos aquí! Si quieres, haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Completamente embargado por la visión que le embelesaba, no se daba cuenta de lo que decía, cuando hé aquí que una nube luminosa envuelve súbitamente á Jesús y á sus interlocutores, al mismo tiempo que una voz atravesando la nube dejaba oir claramente estas palabras: «Hé ahí á mi Hijo muy amado en quien tengo puestas todas mis complacencias: escuchadle». A estas palabras, los apóstoles sobrecogidos de pavor, cayeron con el rostro en tierra. Mas Jesús, en el mismo instante se halló á su lado y tocándolos con la mano, les dijo: «Levantaos, no temáis». Y ellos, poniéndose en pie, miraron en torno suyo sin ver más que á Jesús solo con ellos sobre la montaña.

Bien pronto, en otra montaña, estos mismos tres apóstoles asistirán á la agonía dolorosa del Salvador. La gloriosa aparición del Tabor sostendrá su fe cuando, en el huerto de los Olivos, su Maestro sucumba bajo el peso de los dolores. Al bajar del monte, Jesús les recomendó que guardasen silencio sobre la visión con que les había especialmente favorecido y no revelarla á nadie hasta que el Hijo del hom-

bre hubiese resucitado de entre los muertos. Los apóstoles obedecieron, pero se preguntaban qué deberían entender por aquellas palabras: « resurrección del Hijo del Hombre ». Las expresiones: « muerte y resurrección », aplicadas al Mesías, les parecían otros tantos enigmas cuyo sentido ignoraban. Más tarde, ilustrados por los acontecimientos y por la luz del Espíritu Santo, los tres apóstoles predicarán ante los Judíos y ante los Gentiles á Jesús resucitado y para atestiguar su divinidad, Pedro les contará la maravillosa transfiguración del Tabor. « No nos hemos fundado, les dirá, en ficciones ingeniosas, al anunciar el poder y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, sino en que nosotros mismos hemos visto su gloria cuando, á través de una nube luminosa, dejóse oir una voz que decía: « Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias: escuchadle ». Y aquella voz que venía del cielo, la oímos nosotros cuando estábamos con él sobre la montaña ».

Por el momento, la fe de los apóstoles vacilaba á la menor dificultad. Viendo desaparecer á Elías, recordaron que, según las enseñanzas de los doctores, Elías debía descender á la tierra antes del Mesías. Pero, puesto que el Mesías había ya venido ¿cómo comprender esto? Interrogado Jesús sobre el particular, respondió: « Elías volverá, en efecto, á la tierra, en los últimos días del mundo y obrará en ella una general transformación; pero también es verdad, que Elías vino ya y no lo conocieron, sino que le hicieron sufrir toda clase de malos tratamientos. Así tratarán también al Hijo del hombre ». Con estas palabras, los apóstoles comprendieron que, por aquel Elías venido antes que él, el Salvador designaba á Juan Bautista; mas este pensamiento les sumergió en la tristeza, pues el Maestro había dicho que sería tratado como Juan Bautista.

Al día siguiente, bajando de la montaña, encontraron en medio de una gran multitud á los otros apóstoles rodeados de escribas que disputaban con ellos. Al ver á Jesús á quien nadie esperaba, el pueblo retrocedió temeroso, pero pronto todos se apresuraron á colocarse en torno del venerado profeta. Preguntóles acerca del motivo de la discusión y como los apóstoles y los escribas callaban, un hombre del pueblo tomó la palabra: « Maestro, dijo prosternándose á los pies

del Salvador, os he traído á mi hijo único, desgraciadamente poseído por un demonio mudo: tened piedad de él porque sufre horriblemente; cae en el agua ó en el fuego; se arrastra por el suelo arrojando espumarajos por la boca, rechina los dientes, se va consumiendo día á día. Lo he presentado á tus discípulos para que lo sanen, pero no lo han podido».

De este fracaso de los apóstoles, los escribas deducían la impotencia del Maestro; de manera que todos aguardaban con ansiedad la respuesta que iba á dar Jesús. El Salvador, paseando una mirada entristecida y llena de indignación sobre la muchedumbre, los escribas y los apóstoles, exclamó: « ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿cuánto tiempo viviré todavía en medio de vosotros y deberé soportaros? Traedme el niño ». A la sola presencia del Salvador, el mal espíritu sacudió horriblemente á su víctima, la que se retorcía en el suelo espumando de cólera.

« ¿Cuánto tiempo há que sufre estas torturas? preguntó Jesús. — Desde su infancia, respondió el padre. El demonio lo arroja amenudo en el agua ó en el fuego como para hacerlo perecer. ¡Por piedad, Señor, tened compasión de mí! Valedme, si lo podéis! — Todo es posible para aquel que cree: ¿crees tú? — ¡Sí, creo, exclamó el hombre entre sollozos, aumentad mi fe! »

Gran número de curiosos acudieron de todas partes. De improviso, Jesús, en tono amenazante, increpó al espíritu inmundo: « ¡Espíritu sordo y mudo, exclamó, sal del cuerpo de este niño, te lo ordeno; guárdate de volver á entrar en él! » Entonces el demonio, lanzando un horrible alarido, arrojó al suelo el cuerpo del niño y después de sacudirlo furiosamente, salió de él dejándolo allí como un cadáver. Los que presenciaban la escena comenzaron á exclamar: « ¡Está muerto! ¡está muerto! » Mas Jesús, tomándolo por la mano, lo levantó suavemente y lo llevó á su padre, sano y salvo, mientras el pueblo maravillado, admiraba la grandeza y el poder de Dios.

Los escribas, desconcertados, desaparecieron unos después de otros, sin esperar las reflexiones del pueblo con respecto á ellos. En cuanto á los apóstoles, avergonzados de su percance, siguieron á su Maestro hasta una casa donde se refugió para sustraerse á las ovaciones del pueblo. Solos ya

con él, preguntáronle por qué en esta circunstancia no habían podido arrojar al demonio. « A causa de vuestra incredulidad, les respondió. Si tuvierais tanta fe como un grano de mostaza, podríais decir á esta montaña: Pasa de aquí á allá y se trasladaría, y nada os sería imposible. Además, para arrojar este género de demonios, se requiere la oración y el ayuno, » que elevan el alma sobre la carne y la unen al Omnipotente.

Dejando el Tabor, Jesús volvió á tomar el camino de Cafarnaum á través de la Galilea. Por más que evitase ser visto de la muchedumbre, en todas partes era acogido con demostraciones de júbilo, lo cual viendo los apóstoles, abrigaron de nuevo la esperanza de un triunfo más ó menos próximo; pero él los puso en guardia contra toda ilusión. « Acordaos bien, les dijo, de las predicciones que os he hecho: el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores; le darán muerte, pero resucitará al tercer día ».

Una vez más los apóstoles oyeron esta profecía sin comprender su significado. Un oscuro velo les ocultaba la dolorosa realidad, sin que se atrevieran á pedir esclarecimientos que les hubieran desalentado. Encontrábanse, pues, tristes y acongojados, y apenas tenían ánimo para cambiar entre sí alguna palabra.

Con todo, el pensamiento siempre renovado del futuro reino, disipó en parte su melancolía. El Maestro, se decían, pasará ciertamente malos días sobre la tierra, puesto que él lo asegura; pero no por eso dejará de establecer ese reino de Dios tantas veces anunciado y en el cual ellos, sus familiares, ocuparían sin duda los puestos más elevados. Esta certidumbre reanimó poco á poco su valor y durante el camino pusiéronse á discutir los títulos de cada uno á la preeminencia. Olvidaban que Jesús leía en sus corazones sus ambiciosos ensueños y así fué que se encontraron desconcertados cuando, apenas llegados á Cafarnaum, les dijo el Salvador fijando en ellos su penetrante mirada: «¿De qué hablabais en el camino? » Ninguno se daba prisa en responder, pero en fin se aproximaron á él confundidos, descubriéronle el motivo de su disputa y por fin le rogaron que la terminase revelándoles cuál de entre ellos sería el primero en su reino.

Al proponer esta cuestión propia de la más candorosa vanidad, sin duda no se imaginaban la lección que iban á recibir. Jesús sentándose en medio de ellos, les dijo: « Si alguno quiere ser el primero en mi reino, sea el último y el servidor de todos ». Y á fin de grabar en sus corazones esta lección de humildad, llamó á un niño, lo colocó entre ellos, lo abrazó tiernamente y señalándolo les dijo: « Si no os hacéis semejantes á este niño, no entraréis en el reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el reino de los cielos ».

Luego, dando expansión á la caridad que desbordaba de su cozarón, les pidió que se consagrasen enteramente, no ya á ensueños de gloria, sino á la salvación de aquellos á quienes su Padre le había enviado. « El que recibe, les dijo, á un niño como éste en mi nombre, á mí me recibe, y el que me recibe á mí, recibe á mi Padre que me ha enviado. » Juan creyó que solamente los apóstoles tenían derecho para obrar en el nombre de Jesús: « Maestro, le dijo, un hombre arrojaba á los demonios en nombre vuestro y nosotros se lo hemos impedido ». — « Habéis hecho mal, respondió el Salvador: el que hace milagros en mi nombre no está contra mí; todo aquel que no está contra vosotros, está con vosotros, y quienquiera que os dé un vaso de agua en mi nombre porque me pertenecéis, no quedará sin recompensa. »

El Maestro mira como hecho á él mismo el bien que se hace al menor de los suyos; pero también «¡desgraciado de aquel que escandalizare al más pequeño de los que creen en él! Más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y le arrojaran al fondo del mar, porque será precipitado á la gehenna del fuego inextinguible donde el gusano nunca muere, ni la llama jamás se apaga: ¡Que nadie desprecie á ninguno de estos pequeñitos á quienes Dios da como guardianes á los ángeles que contemplan su rostro en los cielos! ».

Que la paz reine entre los hijos de Dios. « Si tu hermano pecare contra ti, corrígele secretamente. Si te escucha, habrás ganado el alma de tu hermano; si no hiciere caso de ti, llama uno ó dos testigos que reconozcan tu derecho; si recusare su fallo, denúncialo ante la Iglesia; y si no obedeciere á la Iglesia, tenlo como gentil y publicano. Dios rati-

ficará vuestra sentencia, pues os digo en verdad, que todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo. »

Á propósito del perdón de las injurias, Jesús enseñaba que se debe perdonar al pecador arrepentido, aunque nos ofendiera siete veces al día. Pedro tomó este número á la letra: «De manera, dijo, que si alguien peca contra mí ¿yo deberé perdonarle hasta siete veces? — No sólo siete veces, respondió Jesús, sino setenta veces siete ». Pedro comprendió la lección. Una parábola del divino Maestro le demostró además con cuánta justicia exige Dios del hombre pecador que sea indulgente y misericordioso para con sus semejantes.

« El rey del cielo, dijo Jesús, obra como un rey de la tierra que llamó á cuenta á sus servidores. Al comenzar sus indagaciones, encontró que uno le debía diez mil talentos. Siendo este un deudor del todo insolvente, el rey ordenó que fuera vendido él, su mujer, sus hijos y todo lo que poseía, á fin de que pagase su deuda. Pero el desgraciado se arrojó á los pies del acreedor implorando piedad. Ten paciencia, suplicaba, que yo te pagaré todo lo que te debo. Movido á compasión, el acreedor le puso en libertad y aun le condonó toda la deuda.

« Pero sucedió que, al salir de palacio, el indigno servidor se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien dineros. Tomándole por la garganta, casi le estrangulaba, al mismo tiempo que clamaba á grandes gritos: Págame lo que me debes. — Ten paciencia, decía el otro arrojándose á sus pies, yo te pagaré. Pero, el mal servidor rehusó concederle plazo alguno y lo hizo reducir á prisión. Indignados de semejante crueldad, los demás servidores de palacio refirieron á su señor lo que había sucedido. Este, hizo llamar al culpable: malvado, le dijo, te he perdonado tu deuda porque me has rogado ¿no debías haber tenido compasión de tu compañero como yo la he tenido de ti? Y en el colmo de su indignación, entregó en manos de la justicia á aquel hombre sin entrañas, hasta que hubo pagado toda su deuda.

« Así os tratará mi Padre celestial, agregó el divino Maestro, si no perdonareis de todo corazón á aquellos que os hubieren ofendido ».

Durante los seis meses que Jesús había estado fuera del teatro ordinario de sus predicaciones, no había cesado de

instruir á sus apóstoles, preparándolos á la sublime misión que debían desempeñar. Pero la hora señalada para el gran sacrificio se acercaba. En lugar de huir de los enemigos que querían inmolarle antes de tiempo, el Cordero de Dios iba á ofrecerse él mismo para recibir sus indignas vejaciones.

CAPÍTULO V.

De Cafarnaum á Jerusalén.

EL DIDRACMA Y EL PEZ. — JESÚS Y SUS PARIENTES. — VIAJE Á JERUSALÉN. — LOS « HIJOS DEL TRUENO. » — LOS TRES INDECISOS. — LOS SETENTA Y DOS DISCÍPULOS. — PREGUNTA DE UN DOCTOR. — EL BUEN SAMARITANO. — MARTA Y MARÍA. *(Luc. IX, 51-62 — Juan. VII, 2-10.)*



ACABABA Jesús de entrar en Cafarnaum con sus apóstoles cuando los recaudadores encargados de percibir el impuesto del didracma, (1) encontraron á Simón Pedro y le dijeron: « ¿Paga vuestro Maestro el impuesto? » — Ciertamente, respondió el apóstol y fué á reunirse con sus compañeros. Preparábase para comunicar á Jesús lo dicho por los recaudadores, cuando el Salvador se le anticipó con esta pregunta: « Dime, Simón: ¿de quién cobran tributo los reyes de la tierra, de sus hijos ó de los extranjeros? » — « De los extranjeros, evidentemente. » — Luego, los hijos del rey están exentos, observó Jesús. Pedro se engañaba pensando que su Maestro debía el impuesto que se le reclamaba. El Hijo de Dios no paga impuesto á su Padre, rey de cielos y tierra. No obstante, como los recaudadores no veían en él sino á un hombre como los demás, el Salvador dijo á Pedro: « Para no escandalizarlos, vete al

---

(1) Moneda de valor de dos francos, que todo Israelita daba anualmente para el servicio del templo.

lago, arroja el anzuelo y al primer pez que cojas, ábrele la boca y hallarás en ella un doble didracma. Tómalo y lo darás por mí y por ti. » Observando la ley, aunque sin ninguna obligación, el divino Maestro daba el ejemplo y prevenía las acusaciones de los fariseos.

El regreso de Jesús á Cafarnaum no produjo gran sensación. La multitud admiraba siempre al doctor y taumaturgo, pero muchos no le reconocían ya por el Mesías, desde que había rehusado la dignidad real y prometido dar á comer su carne. Además, los escribas y fariseos anunciaban que el Sanhedrín lo perseguiría como blasfemo y falso profeta, y cada uno temía malquistarse con los rabinos mostrándose adicto á su rival. Sin embargo, numerosos discípulos, lamentando la incredulidad de sus compatriotas, permanecieron secretamente fieles á su Maestro.

Tal era, seis meses antes de la Pasión, el estado de aquella Galilea, antes tan partidaria del Salvador. Resolvió, pues, dejarla para consagrar á la Judea el poco tiempo que le quedaba de permanencia en la tierra. Al mismo tiempo que Jesús tomaba precauciones para no caer en manos de los Judíos, deseaba igualmente ir á Jerusalén y sus alrededores para predicar el reino de Dios, confortar á los creyentes y pasar en seguida el Jordán para evangelizar á los habitantes de la Perea que aún no había visitado.

Acercábase la fiesta de los Tabernáculos que se celebraba solemnemente á mediados de Octubre. Ya las caravanas se encaminaban á la ciudad santa. Jesús quería ir también, pero en secreto, pues sabía que los miembros del gran Consejo le buscaban para enjuiciarlo y condenarlo á muerte. Ignorando estas intenciones, algunos de sus parientes le instaban á que les acompañase al templo. Su orgullo se lastimaba viéndole durante tanto tiempo vivir en la oscuridad, lejos de la capital donde por su doctrina y sus milagros podría adquirir tanta gloria.

« ¿Para qué quedarte en Galilea? le dijeron: Véte á Judea, á fin de que los discípulos que allí tienes vean también los prodigios que haces. Quien desea ser conocido, se presenta al público. Si, pues, tus obras son milagrosas, conviene que se verifiquen á la vista de todos. »

— « La hora de partida aún no ha sonado para mí, les

respondió Jesús, mientras que para vosotros todas las horas son igualmente buenas. El mundo no tiene motivo para aborreceros; pero á mí me aborrece, porque no dejo de censurar sus obras malas. Id, pues, vosotros á la fiesta; yo no iré con vosotros, porque mi hora no ha llegado.»

Partieron sin él, descontentos y casi tan incrédulos como los otros Galileos. Algunos días después, habiendo convocado á sus apóstoles y discípulos fieles, Jesús se puso en marcha secretamente y sin manifestar al pueblo el objeto de su viaje. En lugar de avanzar á lo largo del Jordán como los otros peregrinos, encaminó su caravana hacia Samaria. Llegado á la frontera, envió á la primera población samaritana dos mensajeros para preparar los alojamientos; pero los habitantes, indignados al saber que iban á las solemnidades de Jerusalén, rehusaron recibirlos, lo cual disgustó sobremanera á Santiago y Juan hijos del Zebedeo. Los «hijos del trueno,» como Jesús los había llamado, creían que esos cismáticos debían expiar la gravísima injuria hecha á su Maestro.

«Señor, le preguntaron, ¿queréis que hagamos descender fuego del cielo para destruirlos?

— No sabéis qué espíritu os anima, respondió Jesús á los dos hermanos. El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas.»

Les reprochó aquel exceso de celo. La ley del temor cedía su lugar á la ley de la misericordia y del amor. Elías hizo bajar fuego del cielo sobre los culpables; pero los apóstoles no debían olvidar que eran discípulos de Aquel que no apaga la mecha que aún humea. Ya calmados, les ordenó dirigirse á otra aldea.

Llegados á cierto lugar, quiso enviar á Judea y á los parajes allende el Jordán, algunos discípulos que le preparasen el camino. Presentáronse muchos que no fueron aceptados. Uno prometía seguirle á donde quiera que fuese. «Las raposas tienen sus guaridas, díjole Jesús, y las aves sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza.» Este desprendimiento le hizo reflexionar. Otro, antes de ponerse á su disposición, deseaba ir á sepultar á su padre. Se le respondió: «Dejad que los muertos sepulten á sus muertos; en cuanto á vos, id á anunciar el reino de Dios.» Un tercero, le habría seguido de buena gana, pero

deseaba despedirse antes de su familia. « Todo hombre, observó el Salvador, que pone mano al arado y mira atrás, no es apto para el reino de Dios. » Y despidió á aquellos tres indecisos.

Entre los que se le habían ofrecido, eligió setenta y dos que debían ir de á dos en dos á todos los lugares á donde se proponía llevar la buena nueva. Después de haberles conferido el poder de predicar y sanar á los enfermos, dióles estas últimas instrucciones. Lo mismo que los apóstoles, no debían llevar consigo ni bolsa ni alforja, ni calzado de repuesto; ni perder el tiempo en prolongados saludos; ni pasar de casa en casa, sino permanecer en la primera que se les abriese para recibirles, comiendo y bebiendo lo que les fuere servido. « Sanad á los enfermos que encontréis, agregó el buen Maestro y decid á todos: El reino de Dios se acerca. Si en alguna ciudad no os reciben, sacudid contra ella el polvo de vuestros pies, diciendo: Os dejamos, pero sabed que el reino de Dios está cerca. Os aseguro que en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que la tal ciudad. »

Este pensamiento de los castigos reservados á las ciudades impenitentes, trájole á la memoria las risueñas aldeas del lago de Galilea, evangelizadas por Él durante un largo tiempo y favorecidas con toda suerte de prodigios y beneficios, sin que por esto hubiera logrado vencer su incredulidad. « ¡Ay de ti Corozaín! ¡Ay de tí Betsaida! exclamó, que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo há que hubieran hecho penitencia con ceniza y cilicio; en verdad, para Tiro y Sidón habrá menos rigor que para vosotras en el día del juicio. Y tú, Cafarnaum, ensalzada por Dios hasta los cielos, descenderás hasta los infiernos. »

En este momento, volviéndose hacia sus setenta y dos discípulos, instituyólos representantes suyos ante los pueblos, diciéndoles: « El que á vosotros oye, á mí me oye; el que á vosótros desprecia, á mí me desprecia; y el que me desprecia, desprecia á Aquel que me ha enviado. » Luego les dió cita para el monte de los Olivos y se dispersaron partiendo cada uno á la región que debía recorrer. Los apóstoles, acompañando á su Maestro, continuaron á través del valle del Jordán, su camino hacia Jerusalén.

Habían atravesado á Jericó, cuando un doctor de la Ley, reconociendo al profeta, hízole esta pregunta que estimaba sin duda de difícil respuesta:

« Maestro ¿qué debo yo hacer para ganar la vida eterna?

— ¿Qué lees en la Ley? preguntóle Jesús á su vez.

— Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y amarás á tu prójimo como á ti mismo.

— Has respondido bien, le dijo Jesús: haz eso y vivirás. »

El doctor quedó todo confundido. No obstante, para justificar su pregunta, procuró demostrar que la solución ofrecía todavía alguna dificultad. Es necesario amar al prójimo como á sí mismo, dijo; pero lo que importa es saber « á quién debo llamar mi prójimo. » Esta vez creía coger á Jesús en sus redes. Para los doctores judíos, el prójimo era el Judío y nada más que el Judío. A los extranjeros, Samaritanos, paganos, solamente se les debía odio ó indiferencia. Si Jesús condenaba esta doctrina, condenaba á la nación entera. Pero en lugar de responder directamente al insidioso doctor, el Salvador le obligó de nuevo á confesar la verdad sobre el amor del prójimo. Recorría entonces el espantoso desierto que separa á Jerusalén de Jericó, aquellas gargantas de Adommín sembradas de cavernas y precipicios, guarida de ladrones y bandidos. Aquel siniestro paisaje inspiró al Salvador un apólogo que desarmó completamente á su interlocutor.

« Un hombre, dijo, que bajaba de Jerusalén á Jericó, cayó en manos de ladrones, quienes le despojaron de cuanto tenía y acribillándolo de heridas, le dejaron en el camino medio muerto. A poco, pasó por allí un sacerdote, quien le vió y siguió de largo. Lo mismo hizo un levita, continuando su camino á pesar de haberle visto. Mas un samaritano que hacía el mismo viaje se movió á compasión. Acercóse á él, vendóle las heridas, después de derramar sobre ellas aceite y vino, y poniéndolo sobre su cabalgadura le llevó á una posada, en donde le prodigó todo género de cuidados. Al día siguente dió dos denarios al posadero diciéndole: « Velad por este pobre herido, que cuanto gastareis en él os

lo pagaré yo á mi vuelta.» ¿Cuál de estos tres reconoció á su prójimo en aquel que cayó en manos de los ladrones? »

— Evidentemente, exclamó el doctor judío, aquel que tuvo compasión de él.»

— Pues bien, repuso el Salvador, vé y haz tú otro tanto.»

El Judío había confesado de nuevo, á pesar de las doctrinas farisaicas, que ni el sacerdote, ni el levita, ni los doctores, comprendían lo que es el amor al prójimo. Tratando al desgraciado como hermano suyo, el samaritano tan despreciado por los Judíos, enseñaba que todos los hombres sin excepción son hermanos y que es necesario amarlos como á sí mismo. De este modo, Jesús recordaba á los fariseos la gran ley de la caridad que traía del cielo y que enseñaba á la tierra más aún con sus ejemplos que con sus lecciones. Refiriendo la parábola del buen Samaritano, se pintaba á sí mismo descendiendo á nosotros para levantar á la humanidad herida de muerte por el demonio, vendarle las heridas, sanarla y llevarla al camino que conduce á su reino.

No tardó en llegar la caravana á la pequeña aldea de Betania, á inmediaciones de Jerusalén. Allí residía la familia amada de Jesús: Lázaro y sus dos hermanas, Marta y María. Lázaro su fervoroso discípulo; Marta su obsequiosa huéspeda; María, la pecadora de Mágdala, convertida y transformada. Todos ellos se llenaron de regocijo al volver á ver al Salvador después de su larga ausencia, tanto más cuanto que hallándose en el tercer día de las fiestas y vistas las disposiciones del Sanhedrín con respecto á él, no podían tener esperanza alguna de que se presentase en la ciudad santa. Marta, la dueña de casa, comenzó á preparar un festín digno del huésped y sus compañeros; mientras que María, invenciblemente atraída á los pies de Jesús, escuchaba en silencio las divinas palabras que salían de sus labios. Después de su conversión, extraña á todas las cosas de la tierra, no pensaba ya más que en el Dios de misericordia que le había perdonado sus pecados y no vivía sino para contemplar su infinita bondad y darle testimonio de su amor.

Marta iba de acá allá, ocupada en los preparativos del festín. Deteniéndose delante del Salvador, le dice con in-

genua sencillez: « Señor, ved cómo mi hermana me deja sola en los menesteres de la casa; decidle que venga á ayudarme. »

— Marta, Marta, le respondió Jesús, os inquietáis y afanáis demasiado y sin embargo, una sola cosa es necesaria. María ha elegido la mejor parte y no le será quitada. »

El divino Maestro amaba igualmente á las dos hermanas, pues ambas se esmeraban en agradarle, cada una á su manera; pero él quería manifestar con su respuesta á Marta, que si el trabajo es necesario, la oración lo es más todavía. Si es indispensable atender á las necesidades del cuerpo, es preciso ante todo pensar en la salvación del alma y comenzar en la tierra aquella vida contemplativa que no tendrá fin, puesto que la continuaremos en el reino de Dios.

El día siguente, después de haber bendecido y consolado á sus amigos de Betania, Jesús subió al monte de los Olivos y se encaminó á la ciudad santa.

CAPÍTULO VI.

La fiesta de los Tabernáculos.

JESÚS EN EL TEMPLO. – DISCURSO SOBRE SU ORIGEN Y DOCTRINA. – EL SANHEDRÍN ORDENA APREHENDER AL PROFETA. – LOS GUARDIAS RETROCEDEN ANTE ÉL. – FUROR DE LOS FARISEOS. – NICODEMO TOMA LA DEFENSA DE JESÚS. – LA MUJER ADÚLTERA. – « YO SOY LA LUZ » – ¿DE DÓNDE PROCEDE LA INCREDULIDAD DE LOS JUDÍOS? – SU PADRE, NO ES NI DIOS NI ABRAHAM, SINO SATANÁS. – JESÚS EXISTÍA ANTES QUE ABRAHAM. – QUIEREN APEDREARLO. *(Joan. VII; VIII.)*



LA fiesta de los Tabernáculos ó de las Tiendas, una de las tres solemnidades del año, recordaba á los Judíos los beneficios de que Dios había colmado á sus padres cuando, después de la salida de Egipto, acampaban bajo las tiendas del desierto. Durante los ocho días que duraba la fiesta, los Israelitas se hospedaban en Jerusalén bajo tiendas de verdura. De allí se diri-

gían al templo con palmas en las manos para cantar el alleluia. En toda la semana se inmolaban numerosas víctimas y se depositaban ricas ofrendas sobre el altar de los holocaustos.

Estos grandes recuerdos no fueron bastantes para aminorar en el corazón de los fariseos el odio que habían jurado á Jesús. Resueltos á aprovecharse de la fiesta para apoderarse de su persona, desde el primer día le buscaron en todos los grupos preguntando á los peregrinos si alguien le había visto. Y cabalmente, no se hablaba sino de él entre aquella innumerable multitud. Unos le miraban como un hombre de Dios; otros como un miserable agitador. Estos últimos se expresaban violentamente, mientras que los partidarios del profeta hablaban de él con mucha cautela para no exponerse á la cólera de las autoridades.

Creíase ya que Jesús no vendría á Jerusalén, cuando de repente, en medio de la fiesta, se le vió subir al templo para enseñar públicamente. Al instante, amigos y enemigos, sacerdotes y doctores, fariseos y saduceos, rodearon su cátedra; los unos, para admirar sus explicaciones del texto sagrado; los otros, para tenderle lazos. Como siempre, habló con tanta ciencia y profundidad, que todo el auditorio se mostraba como arrebatado. Sólo los doctores judíos preguntaban maliciosamente dónde habría bebido su ciencia aquel hombre, pues, al fin de todo, decían, éste no ha frecuentado escuela alguna; y no habiendo recibido lecciones de ningún maestro, son sus propias ideas las que nos predica. Jesús les manifestó que sus dudas con respecto á él no eran sinceras.

« Mi doctrina, les dijo, no es mía, sino de mi Padre que me ha enviado. Si vuestra voluntad no estuviera en contradicción con la del Padre, veríais claramente que mi doctrina viene de Dios y no de mí. Ahora bien, aquel que os habla por sí mismo y para buscar su propia gloria puede engañaros; mas el que busca la gloria de Aquel que le ha enviado, merece ser creído, pues no tiene interés alguno en predicar la mentira ». Después de haber vindicado de esta manera su doctrina, tomó inopinadamente la ofensiva.

« Moisés, continuó, os dió la Ley, mas esta misma Ley es quebrantada por vosotros á cada paso; si ahora os con-

stituís en defensores suyos, es únicamente con el objeto de buscar un pretexto para darme la muerte ».

A estas palabras, los conjurados bajaron confundidos la cabeza; pero los que ignoraban la conspiración contra Jesús, reclamaron de semejante suposición. « Verdaderamente, exclamaron, estás endemoniado. ¿Quién quiere matarte? » Sin hacer caso de los que le interrumpían, Jesús continuó defendiendo su conducta y poniendo á los fariseos en oposición consigo mismos.

No cesaban de reprocharle la curación del paralítico llevada á cabo dieciocho meses antes en la piscina probática. « Porque hice aquel milagro en día de sábado, les dijo, vosotros ponéis el grito en el cielo. Sin embargo, no tenéis escrúpulo en circuncidar á un niño en día de sábado; y si eso lo creéis permitido ¿por qué os indignáis de verme curar á un hombre en ese dia? Juzgad, pues, las acciones, no según las apariencias engañadoras, sino según la equidad y la justicia ».

Los fariseos turbados, guardaron silencio, lo que hacía decir á los habitantes de Jerusalén: « Querían matarle y ahora le dejan enseñar en público sin ninguna oposición. ¿Acaso los príncipes de los sacerdotes habrán reconocido que es realmente el Cristo? Y sin embargo, nosotros sabemos de dónde viene este hombre, mientras que nadie puede saber de dónde viene el Cristo ». De aquellas palabras de Isaías: « ¿Quién podrá contar su generación eterna? » sacaban por consecuencia que nadie conocería la procedencia del Mesías. Pero Jesús, levantando la voz, rectificó sus ideas respecto á su verdadero origen. « Vosotros sabéis quién soy yo y de dónde vengo; pero á aquel que me ha enviado, ya que no he venido por mí mismo, no lo conocéis. Yo sí lo conozco, porque de él procedo, y es él quien me ha confiado la misión que tengo. »

Al oirle afirmar así su misión celestial, sus enemigos ardían de deseo de prenderle, pero la actitud del pueblo lo impidió. La multitud, en efecto, se mostraba enteramente dispuesta á creer en el profeta. Hace tantos prodigios, decían, que es imposible que llegue nadie á sobrepujarlo en poder. Estas palabras, comunicadas por los fariseos á los miembros del gran Consejo, hicieron tal impresión en estos, que inme-

diatamente enviaron gente armada al templo con orden de prender á Jesús antes que terminasen las fiestas pascuales.

Al notar este despliegue de fuerzas, Jesús anunció á los Judíos que no tendrían que vigilarlo por largo tiempo. « Contados son los días que aún estaré con vosotros, les dijo, y luego volveré á Aquel que me ha enviado. Me buscaréis entonces, pero no me hallaréis, porque vosotros no podéis ir á donde yo voy ». Los desgraciados Judíos buscan, en efecto, desde hace diecinueve siglos, á aquel mismo Mesías á quien no quisieron recibir y el cielo donde él reina en toda su gloria, queda siempre inaccesible para ellos. Pero nunca comprendieron el sentido de aquella tremenda profecía.

¿A dónde pensará ir, decían en són de burla, para escapar de nuestras manos? ¿Tendrá la intención de llevar su doctrina á los Judíos dispersos entre los Gentiles, ó á los Gentiles mismos? Y mientras más cavilaban, menos acertaban á comprender el sentido de aquellas palabras. ¡Pobres ciegos! preguntaban por burla si Jesús pensaría dejarlos para predicar á los Gentiles y muy luego pudieron ver con sus propios ojos á las naciones, ocupar su lugar en aquel reino de Dios de que ellos fueron excluídos.

El octavo y último día de las fiestas, después del sacrificio de la mañana, dirigióse un sacerdote, como de costumbre, á la fuente de Siloé á sacar en un vaso de oro tres medidas de agua; luego, volviendo de nuevo al Templo, vertióla al pie del altar de los holocaustos, en memoria del agua milagrosa que Dios hiciera brotar de la roca. El pueblo cantaba según lo establecido: « Beberéis con regocijo el agua de las fuentes de salud ». Terminada la ceremonia figurativa, Jesús, verdadera fuente de salvación, exclamó poniéndose en pie en medio del templo: « Si alguno tiene sed, que venga á mí y beba, pues todo el que crea en mí, como dice la Escritura, verá brotar de su seno fuentes de agua viva ». Con estas palabras se refería al Espíritu Santo, el cual sería recibido por todos aquellos que creyesen en Él; predicción que tuvo plena realización cuando, verificada ya la glorificación del Hijo del hombre, el Espíritu de Dios se comunicó con todas sus gracias á los apóstoles y discípulos.

Después de haber oído este nuevo discurso, la multitud agitada, comenzó á disputar. « Es un profeta, decían

unos, es realmente el Cristo esperado. El Cristo no pudo salir de un país como la Galilea, respondían los otros. ¿No está escrito que el Hijo de Dios saldrá de Belén la ciudad de David? » Entretanto los hombres armados enviados por el Sanhedrín, espiaban el momento favorable para apoderarse de Jesús; pero al fin se retiraron sin haberse atrevido á tocarlo. Y como los príncipes de los sacerdotes y los fariseos les preguntasen á su regreso, por qué no habían aprehendido al culpable, ellos respondieron: « Es que jamás hombre alguno ha hablado como este hombre ». Esta respuesta debía naturalmente llenar de indignación á todos los miembros del Sanhedrín. ¡Cómo! exclamaron encolerizados ¿también vosotros os ponéis de parte del populacho? ¿Acaso encontráis uno solo entre los príncipes de los sacerdotes y fariseos que tenga fe en ese hombre? Esa turba, ignorante de la Ley, ha incurrido en la maldición de Dios.

Poseídos del más horrible furor intentaban lanzar sentencia de excomunión contra Jesús, cuando Nicodemo, uno de los miembros del gran Consejo, aquel que dos años antes había conferenciado secretamente con Jesús, reclamó contra tan irritante atropello. « Nuestra ley, dijo, no permite condenar á un hombre sin oirle y sin una información previa acerca del delito de que se le acusa ». Esta observación sin réplica, los hirió en lo más vivo; y viéndose perdidos, se desataron en injurias para darse una vana apariencia de razón: « ¿Vos también Galileo? dijéronle con sorna; pues bien, estudiad las Escrituras y veréis si algún profeta ha salido jamás de Galilea ». Y diciendo esto, se separaron sin haber tomado resolución definitiva, pero completamente decididos á acabar lo más pronto con su enemigo. Jesús, retiróse al monte de los Olivos para pasar la noche en oración.

Al día siguiente muy de mañana, Jesús volvió de nuevo al templo, viéndose pronto rodeado del pueblo. Luego que hubo llegado, comenzó como en la víspera á explicar las Escrituras, pero los escribas y fariseos vinieron al punto á perturbar su enseñanza. Esta vez, le traían una mujer sorprendida en flagrante delito de adulterio. Después de haberla colocado en presencia de Jesús en medio del pueblo, hicieron al Salvador la pregunta siguiente: « Esta mujer ha sido sorprendida en adulterio: Moisés nos ordena apedrear á las

que se hacen culpables de este delito ¿qué dices tú sobre esto? »

El lazo estaba hábilmente tendido. Si Jesús se pronunciaba contra la lapidación, se le entregaría al Sanhedrín por haber excitado públicamente á la violación de la Ley mosaica; si al contrario, pedía la aplicación del castigo legal, se le acusaría de crueldad, porque á causa de la relajación de las costumbres, el delito de inmoralidad no se castigaba ya con la pena capital.

En vez de dar su opinión, Jesús guardó silencio y se puso á escribir con el dedo en el polvo del pavimento. Los acusadores creyeron que escribía sus nombres, como lo hacen los jueces antes de recibir la deposición de los testigos. Y como le urgiesen para que diera su opinión, irguiéndose y mirándoles de frente, Jesús habló de manera que pudiera ser oído de todo el auditorio: « El que entre vosotros se encuentre sin pecado, arrójele la primera piedra. » Y bajando de nuevo la cabeza, continuó escribiendo. Esta vez creyeron que escribía los pecados de todos ellos y se escabulleron unos en pos de otros, desde los ancianos hasta los más jóvenes.

En medio de los aplausos del auditorio, Jesús dijo á la mujer que permanecía en pie delante de él: « ¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? — Ninguno, Señor, respondió. — Ni yo tampoco te condeno, replicó el Salvador, véte y no vuelvas á pecar en adelante ». Una vez más, la divina misericordia se compadecía de la humana flaqueza. Como á Magdalena, el Salvador perdonaba la falta cometida y recomendaba á la pecadora no reincidir en su pecado. Los fariseos no podían acusarle de haber violado la ley de Moisés, puesto que ellos mismos, intimados para arrojar la primera piedra contra la mujer culpable, se habían prudentemente retirado.

Hacia la tarde, Jesús volvió á encontrarse en medio de la multitud. Cuatro candelabros de oro de cincuenta codos de altura, inundaban el templo con raudales de luz. Figuraban la nube luminosa que servió de guía á los Hebreos en el desierto y la misma luz simbolizaba al Mesías quien, según los profetas, iluminaría á los pueblos sentados en las tinieblas. Jesús no temía afirmar que estas figuras se encontraban realizadas en su persona. « Yo soy la luz del mundo,

decía. El que me sigue no anda en las tinieblas, sino que tiene la luz que le conducirá seguramente á la vida eterna ». Apenas hubo enunciado esta proposición, cuando los fariseos le interrumpieron.

« Nadie es juez en causa propia, clamaron, no estamos obligados á sujetarnos al juicio que formas de ti mismo. »

— « Aunque yo dé testimonio de mí mismo, respondió, vosotros no podéis desecharlo, porque sé de donde vengo y á donde voy, mientras que vosotros, no viendo más que lo exterior, no conocéis ni mi origen ni mi destino. Además, no estoy solo al dar testimonio de mí; á mi afirmación se agrega la de mi Padre que comunicándome su poder, os da seguridad respecto á la misión que me ha confiado. »

Los Judíos sospechaban con razón, que al hablar del Padre se refería á Dios; pero quisieron hacérselo declarar explícitamente á fin de acusarlo de blasfemia: « ¿En dónde está ese Padre de quien hablas? » le dijeron. Jesús, desentendiéndose del lazo que le armaban, afirmó una vez más su unión íntima con su Padre: « Ni me conocéis á mí ni á mi Padre, les respondió. Si me conocierais á mí, conoceríais también á mi Padre. » Verdad manifiesta, puesto que el Hijo es imagen perfecta del Padre, pero que continuaba siendo un enigma para los judíos incrédulos. De esta manera, afirmó Jesús en la sala del tesoro la divinidad de su misión ante una inmensa multitud, en presencia de los sacerdotes y doctores sin que nadie se atreviera á aprehenderlo, porque su hora no había llegado todavía.

Pero los Judíos se manifestaban cada vez más decididos á sacrificarlo todo en aras de sus odios. Hubo un momento en que Jesús les predijo el terrible castigo que les esperaba. « Me voy, les dijo, y cuando yo haya desaparecido, me buscaréis en vano y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy, vosotros no podéis llegar ». En vez de temblar ante esta amenaza de impenitencia y de condenación, burláronse de nuevo preguntándole en qué sitio tan inaccesible iba á ocultarse, ó si pensaba darse la muerte. En tal caso, decían, se le arrojaría al valle de la Gehenna entre los demás suicidas y ciertamente nadie deseará ir á acompañarle.

Indiferente á sus sarcasmos, Jesús les puso de manifiesto la causa de su oposición. « Vosotros sois de la tierra,

les dice, y yo soy del cielo. Vosotros pactáis con el mundo perverso y yo no soy del mundo; y por eso os digo que moriréis en vuestro pecado, porque el que no cree en mí, morirá en su pecado. — ¿Y quién eres tú para hablarnos de esta manera? preguntaron encolerizados. — « Os he dicho desde el principio quién soy yo, replicó Jesús, y tendría mucho más que agregar para demostrar que vuestra falta de fe no tiene excusa, pero me limito á repetiros: El que me ha enviado no engaña, y yo no hago sino repetir las palabras que le he oído ». Obstinándose ellos en su ceguedad, les anunció que bien pronto abrirían sus ojos: Cuando levantaréis al Hijo del hombre entre el cielo y la tierra, les dijo, sabréis quién soy yo. Entonces comprenderéis que soy un portavoz de las enseñanzas de mi Padre; que mi Padre no se separa jamás de mí y que yo hago siempre lo que le agrada ».

Los corazones de los fariseos permanecían endurecidos; pero, en cambio, muchos espíritus no prevenidos daban crédito á las palabras de Jesús. Viendo el efecto que sus palabras producían en sus almas, el Salvador los exhortó á mantenerse firmes en la fe si querían ser sus discípulos. « Por la fe, les dijo, llegaréis al conocimiento de la verdad y por la verdad, á la verdadera libertad ».

A esta palabra «libertad», los fariseos lanzaron gritos de furor. « Somos los hijos de Abraham, vociferaron y jamás hemos soportado la esclavitud. ¿Cómo te atreves á decir: Recobraréis la libertad? — En verdad, en verdad os digo, replicó Jesús, que todo aquel que comete pecado, es esclavo del pecado. Y si el esclavo permanece algún tiempo en la familia, es por mera tolerancia, mientras que el hijo vive allí de derecho. Si el Hijo, pues, os libra del pecado, entonces y sólo entonces, seréis perfectamente libres. Sois, bien lo sé, los hijos de Abraham, pero no imitáis á vuestro padre en la fe. Os rebeláis contra mi doctrina y queréis darme la muerte. Yo os digo aquello que me enseña mi Padre y vosotros hacéis lo que os enseña el vuestro ».

— « Nuestro padre, clamaron, es Abraham ». — Si fuerais hijos de Abraham, replicó Jesús, obraríais como Abraham. Mas queréis darme la muerte sólo porque os hago conocer la voluntad de mi Padre; Abraham no hizo cosa semejante. No, no, vosotros no hacéis las obras de vuestro

padre. — ¿De qué Padre quieres hablar? le preguntaron; nuestro Padre es Dios.

— Si Dios fuera verdaderamente vuestro Padre, continuó Jesús, me amaríais de todo corazón, porque yo he salido de Dios para venir á vosotros, no de mi propia voluntad, sino porque él me ha enviado. Si no me comprendéis, es porque á vuestro espíritu repugna la verdad. Vuestro verdadero padre es Satanás y sus deseos son vuestros deseos. Homicida desde el principio, él es quien os inspira; rebelde contra la verdad, mentiroso y padre de la mentira, os comunica su espíritu y esta es la razón por la cual no me creéis á mí que os digo la verdad. Y sin embargo, exclamó fijando en ellos su mirada ¿quién de vosotros me convencerá de un solo pecado? ».

Este desafío que sólo un Dios podía hacer á sus enemigos, no fué aceptado. « Os calláis, concluyó Jesús; pero si no osáis acusarme de mentira ¿por qué no me creéis? No me escucháis á mí que vengo de Dios, porque vosotros no sois hijos de Dios. — Bien lo hemos dicho, vociferaron ellos, no eres más que un Samaritano, un poseído del demonio. — No, no, replicó Jesús con voz enérgica, no estoy poseído del demonio; yo honro á mi Padre y vosotros me deshonráis. Por lo demás, poco me importan vuestros ultrajes, no busco mi propia gloria; otro la buscará y os juzgará. En cuanto á vosotros, dijo á los que creían en él, practicad mis enseñanzas y la muerte no tendrá imperio sobre vosotros ».

— Cuán cierto es, replicaron en coro los energúmenos, que un demonio habla por tu boca. Abraham murió, los profetas murieron y tú vienes á decirnos que tus discípulos no morirán. ¿Eres tú más grande que Abraham, más grande que los profetas? ¿Por quién, pues, quieres pasar?

— Si yo me glorificase á mí mismo, respondió Jesús, mi gloria sería vana. Pero es mi Padre quien me glorifica, mi Padre á quien proclamáis vuestro Dios, pero á quien vosotros no conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera que no le conozco, sería como vosotros, un mentiroso. Le conozco y ejecuto su voluntad. Abraham, de cuya filiación os vanagloriáis, deseó ardientemente ver mi día; lo vió y de ello se regocijó.

— « Cómo, clamaron los Judíos, no tienes cincuenta años y ¿has visto á Abraham?

— « En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham existiera, *Existo yo* ».

Sólo el Eterno podía decir: antes de Abraham, antes de todos los siglos, antes de toda criatura, *Yo soy*. Los Judíos lo comprendieron así y, apostrofándole como blasfemo, se precipitaron fuera del templo para reunir piedras con que lapidar al hombre que acababa de proclamarse Dios. Pero Jesús, mezclándose con la turba, desapareció.

CAPÍTULO VII.

El ciego de nacimiento.

CURACIÓN DE UN MENDIGO CIEGO. — ENTUSIASMO DEL PUEBLO. — LOS FARISEOS NIEGAN EL MILAGRO. — INTERROGATORIO DEL MENDIGO. — INTERROGATORIO DE LOS PADRES. — EL MENDIGO CONFUNDE Á LOS FARISEOS. — ESTOS LE INSULTAN Y EXCOMULGAN. — JESÚS Y EL EXCOMULGADO. — EL BUEN PASTOR. — *(Juan IX; X, 10-21.)*

En el curso de aquellos altercados, provocados por los Judíos, Jesús había confesado varias veces su divinidad. Antes de dejar á Jerusalén, quiso confirmar de nuevo su testimonio con una espléndida prueba de su poder. Un ciego de nacimiento conocido de todos, imploraba la caridad pública sentado cerca del templo. Violo el Salvador al pasar por allí y movióse á compasión. Persuadidos sus apóstoles de que un sufrimiento es siempre el castigo de alguna falta, preguntáronle quién era el culpable de que aquel hombre estuviera ciego; si él mismo ó sus padres. « Ni él, ni sus padres, respondió Jesús, mas está ciego á fin de que se manifieste en él el poder divino.

Es necesario que lleve yo á cabo las obras de mi Padre mientras luce aún el día para mí. No obstante, la noche se acerca y durante la noche nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, es necesario que sea la luz del mundo ».

Los discípulos se preguntaban qué prodigio anunciarían aquellas palabras misteriosas. Jesús aproximándose al ciego, hizo lodo con la saliva y lo aplicó á los ojos del mendigo. « Vé ahora, le dijo, á lavarte á la piscina de Siloé al pié del Moria ». El ciego bajó allá, se lavó y volvió lleno de gozo; había recuperado la vista.

Al instante, despertóse gran conmoción en los alrededores. Los vecinos y todos los que le habían visto mendigar diariamente, no podían creer á sus ojos. « ¿No es éste el ciego que pide limosna á la puerta del templo? decían unos. — Sin duda es él, respondían otros. — Os engañáis, contestaban los incrédulos, es alguno que se le parece. — No, no, gritaba el ciego á su vez, soy yo. »

Pronto se vió rodeado de una multitud enorme que le asediaba á preguntas. « ¿Cómo se han abierto tus ojos? » le decían. « Ese hombre que se llama Jesús, respondía, me puso lodo en los ojos y me dijo: Vé á la piscina de Siloé y lávate. Fuí, me lavé, y ahora veo. »

Al oir el nombre de Jesús, un grito de admiración pareció próximo á estallar, pero expiró en los labios de los asistentes. Sabían los castigos con que el Sanhedrín amenazaba á los partidarios del profeta y todos creyeron prudente guardar un discreto silencio. Aquellos que querían agradar á los fariseos preguntaron al ciego en dónde se hallaba Jesús; pero como aquel lo ignorase, condujéronle á él mismo á presencia de los doctores.

Cuando Jesús había hecho el lodo y abierto los ojos del ciego, era día de Sábado; había pues, á juicio de los fariseos, violación de la Ley mosaica y los jueces debían por lo tanto, pronunciarse sobre este nuevo delito.

Los fariseos preguntaron al ciego ante el tribunal, cómo había recobrado la vista. « Me puso lodo en los ojos, dijo, me lavé y veo. » El hecho era innegable, pero este milagro ¿tenía por autor á Dios? Unos opinaban francamente por la negativa, ya que Dios no podía comunicar su poder á un violador de su Ley; otros, menos apasionados, preguntaban

cómo un enemigo de Dios podría obrar semejante prodigio. « Y tú, dijeron al ciego, ¿qué piensas del que te ha abierto los ojos? — Yo, respondió sencillamente el ciego, creo que es un profeta. »

Obstinados en no aceptar esta opinión, volvieron á poner en duda la realidad misma del hecho. Después de todo, no se tenía otra prueba que la deposición de un miserable mendigo y de testigos tal vez engañados ó sobornados. Decidiéronse pues, á hacer una prolija investigación sobre aquella pretendida ceguera y citaron á los padres á comparecer ante el tribunal. Llegados estos, hiciéronles las tres preguntas siguientes: ¿Es éste vuestro hijo? ¿Fué ciego de nacimiento, como él lo afirma? Si es así ¿cómo es que ahora vé? Los padres respondieron sin vacilar: « Nosotros reconocemos á este hombre por nuestro hijo y damos testimonio de que ha sido ciego desde su nacimiento; cómo es que ahora vé y quién le ha abierto los ojos, no lo sabemos. Pero él es mayor de edad; podéis preguntarle lo que le ha sucedido. » Sabiendo que había sentencia de excomunión contra todo aquel que reconociera á Jesús por el Cristo, los padres del ciego temieron comprometerse y se contentaron con exponer los hechos, dejando á su hijo el cuidado de explicarlos. De modo que los jueces se vieron obligados á llamar al dicho ciego para sujetarle á un nuevo interrogatorio.

« Vamos, le dijeron seriamente, da gloria á Dios y habla con sinceridad. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador y por consiguiente, no puede ser un profeta.

— Si es un pecador, respondió el mendigo, yo lo ignoro. Todo lo que sé, es que yo era ciego y ahora veo. »

— Pero en fin, insistieron con tono amenazador ¿qué te ha hecho y cómo te ha abierto los ojos? Ya lo he dicho, replicó irónicamente el mendigo y vosotros me habéis comprendido perfectamente. ¿Por qué queréis que lo repita? ¿O pretendéis también vosotros, haceros sus discípulos? ».

A esta chanza, que ellos tomaron por una injuria, estallaron en maldiciones contra aquel miserable que se permitía insultar á los doctores de Israel. Sé tú su discípulo, vociferaban. Nosotros somos discípulos de Moisés; sabemos que Dios habló á Moisés, pero ignoramos quién inspira á tu profeta. »

El mendigo no era ya el mismo hombre; los ojos de su alma veían la verdad con tanta claridad como los ojos de su cuerpo veían la luz. Envalentonado hasta el heroísmo, respondió á los fariseos: « Verdaderamente es muy extraño lo que decís. No sabéis quién inspira á ese hombre y no obstante, ha abierto mis ojos. Nadie ignora que Dios no escucha á los pecadores y que sólo comunica su poder á los que le honran y hacen su voluntad. ¿Habéis oído decir alguna vez que un hombre haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento? Si Jesús no viniera de Dios, no obraría semejantes prodigios. »

Tanto más violentos cuanto que no encontraban nada que replicar, los jueces respondieron con un arrebato de furia al razonamiento del mendigo. « ¡Ah! dijeron, vil pecador! ¿Cómo tú, nacido en pecado, tienes la osadía de darnos lecciones? Y decretaron que aquel partidario de Jesús de Nazaret había incurrido en la excomunión. Desterrado de la sinagoga, arrojado entre los extranjeros é impíos, no debía tenerse ninguna comunicación con él. En consecuencia, los jueces le hicieron arrojar fuera de la sala como á un gentil y publicano.

Jesús no podía dejar sin recompensa al hombre intrépido que acababa de afrontar el anatema por confesar la verdad. Apenas hubo sabido su expulsión de la sinagoga, dirigióse á su encuentro y le dijo sencillamente: « ¿Crees en el Hijo de Dios? — Señor, respondió el mendigo ¿quién es el Hijo de Dios para que yo crea él? — Y Jesús le dijo: Le has visto ya y es el mismo que está hablando contigo. » A estas palabras, el excomulgado se postró á sus pies exclamando: ¡Sí Señor, sí, yo creo! Adoró al divino Maestro y en el transporte de su alegría el discípulo del Hijo de Dios olvidó que era el proscrito del Sanhedrín.

Jesús, volviendo á mezclarse entre la multitud, aprovechó la admiración que había excitado la curación del ciego para condenar de nuevo á los que rehusaban abrir los ojos á la luz. « Yo he venido al mundo, dijo, á fin de que los que no ven vean y los que ven queden ciegos. » En efecto, los indoctos, los pobres veían la verdad, mientras que los doctores estaban heridos de ceguedad. Ciertos fariseos, lastimados por estas palabras del Salvador, le preguntaron si á

ellos también los comprendía entre los ciegos. « No, respondió, si vosotros fuerais ciegos, no pecaríais; pero como véis la verdad, sois inexcusables por no creer. »

Antes de dejar á Jerusalén, Jesús, puso en guardia al pueblo contra aquellos falsos doctores que desviaban las almas de Aquel que vino á dar su vida por salvarlas. Una conmovedora alegoría sirvióle para hacer notar la diferencia que existía entre él, verdadero pastor de Israel. y los fariseos que devastaban el rebaño.

A fin de impedir las incursiones de los ladrones y bestias feroces, los Orientales rodeaban con un muro de piedra el redil en que las ovejas pasan la noche. Sólo se entraba á él por una puerta estrecha que el guardián abría por la mañana á los diversos conductores de las ovejas. « Os digo en verdad, exclamó Jesús, que el que no entra por la puerta, sino que penetra en el redil escalando la muralla, es un salteador, un ladrón. El verdadero pastor entra por la puerta; introducido por un guardián en el aprisco, llama á sus ovejas por sus nombres, pónese á su cabeza y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Mas, si un extraño las llama, en vez de seguirle, huyen espantadas, porque no conocen su voz ».

Los fariseos se preguntaban qué significaría aquello de redil, ovejas, pastores. Jesús descubrió la realidad que se ocultaba bajo estos símbolos. «Yo soy, dijo, la puerta del redil. Los que allí se introducen sin que yo les abra la puerta, son salteadores y ladrones: las ovejas fieles no los seguirán. Al contrario, todos los que pasaren por esta puerta, ovejas ó pastores, estarán al abrigo del peligro y encontrarán á donde quiera que vayan abundantes pastos. El ladrón no penetra en el redil sino para robar las ovejas, degollarlas y acabar con el rebaño. Yo he venido para dar á las ovejas su alimento y para que le tengan en más abundancia.

« Yo soy el buen Pastor: conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen, así como mi Padre y yo nos conocemos, y por esto doy de buena gana mi vida por mis ovejas.

« Yo soy el buen Pastor: el buen pastor da su vida por sus ovejas. El mercenario, como no es ni pastor ni dueño del rebaño, apenas ve venir al lobo, las abandona y huye. Las deja devorar y dispersarse por las colinas, por-

que siendo mercenario, poco le importa que se pierda el rebaño.

Tengo además otras ovejas que no son de este aprisco. Es necesario que también las conduzca allí; ellas oirán mi voz y así no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor.

« Mi Padre me ama, porque para salvar mis ovejas doy mi vida, bien que para tomarla de nuevo. Nadie me la quitará sin que yo quiera darla por voluntad propia, pues soy dueño de darla y también de recobrarla. Tal es la voluntad de mi Padre.»

La mayor parte de su auditorio escuchaba extasiado estas misteriosas y dulces enseñanzas; pero los fariseos, sacerdotes y doctores, afectaban no comprender nada de aquella alegoria. Fácilmente se reconocían bajo aquel velo trasparente, todos los detalles de la vida del Maestro: su entrada en el aprisco judío, sus esfuerzos por atraer las ovejas perdidas de la casa de Israel, sus luchas contra los falsos pastores, la muerte sangrienta que le preparaban, su resurrección tantas veces predicha y aquel apostolado del reino de Dios que debía unir en una misma sociedad á Judíos y Gentiles. Pero ¿cómo podían los fariseos reconocer en Jesús al buen Pastor, sin confesarse ellos mismos ladrones y lobos rapaces?

Después de oir este discurso, los oyentes disputaban entre sí con la mayor animosidad. Unos aclamaban al profeta; otros le denigraban con furor. « Es un endemoniado, decían éstos, es un insensato, ¿cómo podéis escuchar sus discursos ridículos? — ¡Pero vamos! respondían los otros ¿es ese el lenguaje de un loco ó de un endemoniado? ¿Acaso el demonio puede dar vista á un ciego de nacimiento?

Más y más se cumplía la profecía del santo anciano Simeón: « Este será la ruina ó resurreción de muchos en Israel. Será como un signo de contradicción entre los pueblos y con ocasión suya, quedarán patentes muchos pensamientos ocultos ».



CAPÍTULO VIII.

Hipócritas é impenitentes.

ENCUENTRO DE LOS SETENTA Y DOS DISCÍPULOS. — *El Pater.* — SUPREMO LLAMAMIENTO DEL SALVADOR. — « ¡ AY DE VOSOTROS, HIPÓCRITAS! » — EL AVARO Y LA MUERTE. — VIGILANCIA Y PENITENCIA. — LA HIGUERA ESTÉRIL. — LA MUJER ENCORVADA. — REPROBACIÓN DE LOS JUDÍOS. *(Luc. X, 17-24; XI-XII-XIII, 1-30.)*



ESPUÉS de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús se alejó de la ingrata Jerusalén. En el monte de los Olivos encontró á los setenta y dos discípulos que venían á darle cuenta de su misión. Le refirieron las disposiciones benévolas de las poblaciones que habían visitado y cómo, al solo nombre de Jesús, habían sanado los enfermos y arrojado á los demonios. Este imperio sobre los poderes infernales les llenaba de gozo. El Salvador les explicó este misterio. « Ví, les dijo, al principio á Satanás caer del cielo con la rapidez del rayo. » Hecho dueño del mundo, debía caer de nuevo bajo los golpes del Redentor. « Os he dado poder de pisotear las serpientes y escorpiones, y de sojuzgar á todo enemigo que intentase dañaros. Sin embargo, más que de vuestros triunfos sobre los espíritus del abismo, alegraos de ver vuestros nombres escritos en los cielos. »

En este momento, el Espíritu Santo llenó su corazón de alegría, al ver que la Providencia dispensaba la buena nueva á los humildes y la rehusaba á los orgullosos. « ¡Oh Padre mío! exclamó, ¡oh Señor del cielo y de la tierra! gloria sea dada á vos que habéis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las habéis revelado á los pequeños: ¡Oh Padre mío! os doy gracias porque os plugo hacerlo así. » Luego, dirigiéndose á sus discípulos más favorecidos con especiales luces divinas, hízoles apreciar su felicidad, porque « nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel á quien el Hijo lo hu-

biere revelado. Felices, pues, agregó, felices los ojos que ven lo que vosotros veis. Muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron; oir lo que vosotros oís y no lo oyeron.»

Entonces dejó hablar á la caridad divina que desbordaba de su corazón. Ardiendo en deseos de comunicar sus gracias, no sólo á algunos privilegiados, sino á todos los hijos de Adán, dejó escapar este grito de inefable ternura: «Venid á mí todos los que sufrís y os sentís agobiados con el peso de vuestra carga y yo os aliviaré. Tomad mi yugo y sabed que soy manso y humilde de corazón. En mí encontraréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.» A impulso de este mismo amor añadía: «He venido á traer fuego á la tierra, y ¿qué otra cosa he de querer sino que esta se encienda y abrase? Por esto, yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre y mi alma desea ardientemente recibirle cuanto antes.»

Antes de descender de la montaña, dejó un instante á sus discípulos para comunicarse con su Padre. De pie, con los brazos extendidos y fijos los ojos en el cielo, parecía arrebatado al otro mundo. Cuando volvió en sí, sus compañeros le rodearon y pidieron que les enseñase á orar. Un antiguo discípulo de Juan le suplicó que le diera una fórmula de oración, como lo hacía el santo precursor. «Cuando oréis, dice Jesús, he aquí las peticiones que debéis dirigir á Dios: Padre (1) nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; no nos dejes caer en tentación, mas líbranos de mal. Amén.»

Esta oración que él había enseñado ya al pueblo, la recomendó más particularmente á sus ministros, porque su

---

(1) Según la tradición, Jesús enseñó á sus discípulos la *Oración dominical,* en el costado occidental del monte de los Olivos, no lejos de la cima. Los cruzados edificaron en este lugar una iglesia destinada á perpetuar este recuerdo. Sobre las ruinas de este santuario, una francesa, la princesa de la Tour d'Auvergne, hizo construir uno nuevo más magnífico que el antiguo. En el claustro que rodea el edificio, treinta y dós cuadros repiten el *Pater* en treinta y dos lenguas diferentes.

oficio sobre la tierra tiene por fin especial procurar la gloria de Dios, extender su reino y unir la voluntad de los hijos con la de su Padre. Para ellos y para todos, deben pedir el pan del alma y del cuerpo, obtener el perdón de las ofensas, vencer las tentaciones y librarse de la esclavitud del pecado. Así, pues, la oración del Señor debe estar de continuo en su corazón y en sus labios. «No dejéis de orar, dice, y seréis escuchados. Un amigo va durante la noche á casa de su amigo para pedirle un servicio. Préstame tres panes, le dice, que me ha llegado un huésped estimable y no tengo nada que ofrecerle. Tal vez se le responderá: Es demasiado tarde, la puerta está ya cerrada, la familia y yo estamos recogidos, no puedo satisfaceros; pero, si aquel continúa golpeando, el amigo se levantará, si no por benevolencia para con el solicitante, por lo menos para librarse de sus importunidades. Golpead también á la puerta del Señor, y él os abrirá.»

Habiendo despedido á los discípulos, dirigióse seguido de los apóstoles, á las ciudades y villas que los setenta y dos mensajeros acababan de recorrer. Los tres meses del otoño separaban la fiesta de los Tabernáculos de la Dedicación, que se celebraba en Jerusalén á fines de Diciembre. El Salvador se proponía en este intervalo, hacer un supremo llamamiento á las poblaciones de la Judea, subir hasta la baja Galilea y luego atravesar el Jordán para anunciar la buena nueva á los habitantes de la Perea. De allí, volvería á Jerusalén con ocasión de la fiesta, para intentar una vez más hacer penetrar en ella la luz.

En esta última excursión evangélica, la palabra de Jesús, más dulce, pero también más firme que nunca, ya arrancaba lágrimas, ya inspiraba terror. Conjuraba á los pueblos á trabajar en su salvación, tronaba contra los vicios y desenmascaraba á los doctores de perdición cuyo odio le perseguía sin cesar. Con ocasión de su primer ataque, se expresó de manera que pudieran ver que había llegado el tiempo de descorrer todos los velos.

Un día que venía de evangelizar á un auditorio numeroso, un fariseo le invitó cortesmente á tomar en su casa la comida de la mañana. El Salvador aceptó la invitación. Antes de ocupar su lugar respectivo, los convidados hicieron

con ostentación las abluciones que la secta imponía como ritos obligatorios. Jesús, al contrario, poco cuidadoso del escándalo que iba á ocasionar, entró á la sala del festín sin lavarse las manos y tomó en la mesa el lugar que se le había asignado. En el acto se produjo grande agitación en la concurrencia. El dueño de casa fruncía el ceño indignado de que en su propia casa se violase una ley sagrada. Ya iban á estallar las invectivas, cuando Jesús se anticipó y puso en trasparencia la hipocresía de estos falsos justos.

« Vosotros, fariseos, exclamó con una energía toda divina, limpiáis las copas y los platos, mientras que vuestra alma está llena de rapiñas é iniquidades. ¡Insensatos! el que hace lo exterior, ¿no debe hacer también lo interior? Dad limosna á los pobres de lo superfluo que tenéis y eso será para vosotros la mejor de las abluciones. »

Entonces, en un ímpetu de indignación contra aquellos farsantes, viciosos y rapaces que afectaban austeridad para engañar al pueblo, reprochóles en los términos más vehementes la hipocresía de su conducta: « ¡Ay de vosotros! fariseos, que os hacéis los generosos pagando diezmos no obligatorios, y conculcáis los preceptos sagrados de la justicia y de la caridad. ¡Ay de vosotros! fariseos, que buscáis los primeros puestos en las sinagogas y las salutaciones en la plaza pública. ¡Ay de vosotros! sepulcros blanqueados, cuyo impuro contacto mancha á los que se os acercan, sin que estos puedan evitarlo. »

Los convidados temblaban á la vez de terror y de indignación. Un doctor de la ley procuró interrumpir el curso de aquellas maldiciones. « Maestro, dijo, expresándote de esa manera, nos injurias á nosotros como intérpretes de la ley. » Sólo consiguió atraer el rayo sobre su propia cabeza. « ¡Ay de vosotros también, doctores de la ley, continuó Jesús, que imponéis al pueblo cargas abrumadoras que vosotros ni con la punta del dedo las tocáis. ¡Ay de vosotros! que edificáis tumbas á los profetas inmolados por vuestros padres, á la vez que en el fondo de vuestros corazones alimentáis designios homicidas. Ellos fueron los asesinos y vosotros sois los sepultureros. En vosotros se realizaron las palabras de la divina sabiduría: Yo les enviaré profetas y apóstoles; matarán á los unos y perseguirán á los otros, de manera

que esta raza tendrá que dar cuenta de toda la sangre de los profetas derramada en todas las épocas del mundo, desde la sangre de Abel, hasta la de Zacarías que fué muerto entre el templo y el altar. Sí, os lo aseguro, se pedirá cuenta á esta generación de toda aquella sangre derramada. ¡Ay de vosotros! doctores de la ley, que tenéis en las manos la llave de la ciencia, porque ni vosotros la hacéis servir á la dignidad de vuestro magisterio, ni permitís que otros se aprovechen de ella.»

Mientras el Salvador lanzaba contra ellos tan terribles anatemas, los convidados se esforzaban por interrumpirle, asediándolo con preguntas insidiosas. Le urgían á que respondiera, esperando siempre que se le escapara alguna palabra imprudente que pudiera comprometerlo y diera motivo para acusarlo ante la justicia. Tal vez se habrían dejado llevar á los mayores excesos, si el pueblo, enterado de lo que pasaba, no hubiese rodeado la casa de los fariseos. Los habitantes se agrupaban y oprimían de tal suerte, que parecían una masa compacta. Jesús dejó á sus enemigos, para dirigir á los humildes y sencillos sus palabras de salvación.

Dulce y tierno para con el pecador arrepentido, se mostraba inexorable con estos seductores orgullosos que, no contentos con dejarse llevar de sus pasiones criminales, empujaban al pueblo por el camino de la iniquidad. El los descubría á fin de impedirles dañar. «Desconfiaos, dice á sus discípulos y á la multitud, desconfiaos de la hipocresía de los fariseos. Guardaos de imitarlos, porque todas las iniquidades quedarán un día manifiestas. No temáis á este mundo perverso; no temáis á los que pueden matar el cuerpo, sino al que, junto con matar el cuerpo, puede arrojar el alma en el infierno. Cualquiera que diere testimonio de mí delante de los hombres, yo le glorificaré delante de los ángeles de Dios; mas, el que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de los ángeles de Dios.»

Escuchábanse con vivo interés estas exhortaciones del Salvador, cuando un Judío, más preocupado de su negocio que de su salvación, le habló sobre un punto relativo á una herencia: Maestro, le dijo, ¿no podrías determinar á mi hermano mayor á hacerme participante en la sucesión paterna? —«Amigo mío, le respondió Jesús, no he venido al

mundo para dirimir vuestras contiendas pecuniaras ni repartir herencias.» Y aprovechando aquella petición interesada del judío, dijo al pueblo: «Guardaos de la avaricia: el número de vuestros días no dependerá de la abundancia de vuestros bienes. Un rico poseía un campo muy fértil y se preguntaba un día dónde guardaría toda su cosecha. Derribaré mis graneros, decía, para construir otros más vastos en que reuniré todos mis productos. Luego diré á mi alma: tienes provisiones para muchos años, descansa, come, bebe y date holgada vida. Mas Dios le respondió: ¡Insensato! esta misma noche te pedirán el alma. ¿A quién pasarán esos bienes que has amontonado? Así perecerá el tesoro del avaro, si no ha atesorado para el cielo.»

A estas instrucciones contra los vicios, Jesús agregó otras acerca de la necesidad de que el pecador se convierta sin demora. «Ceñid vuestra cintura y tened encendidas vuestras lámparas como servidores que esperan á su señor, á fin de abrirle la puerta tan pronto como haya golpeado. Felices los servidores á quienes el señor encuentre prontos para recibirle; los sentará á su mesa y se complacerá en servirles con sus propias manos. Y si llega en la segunda ó tercera velada, felices aquellos servidores si el señor les encontrare en pie para esperarle.» Agregó todavía otra parábola para exhortarles á la vigilancia. «Si un padre de familia supiera á qué hora van á penetrar ladrones en su casa, estaría en vela para impedirles la entrada. Así también vosotros, estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá en el momento que menos lo penséis.»

A propósito de los servidores vigilantes, Pedro preguntó al Salvador si aquellas recomendaciones se dirigían á los apóstoles ó á todo el pueblo. Jesús le respondió con una nueva parábola. «Un propietario busca un mayordomo prudente y fiel para confiarle la distribución de los víveres á sus sirvientes. ¿A quién escogerá? Evidentemente, al más consagrado á su servicio. Pero si este mayordomo afortunado, abusando de la ausencia prolongada del propietario, maltratase á los sirvientes y sólo se ocupase en comer y embriagarse, el dueño, llegando de improviso, le quitaría el empleo y le despediría junto con los servidores infieles. En cuanto al castigo, el que infringe las órdenes de su señor

porque ha descuidado instruirse en ellas, será castigado; pero el que las desprecía conociéndolas, será castigado con mayor severidad. Además, se exigirá mucho de aquel que mucho ha recibido. Mientras más sublime es una misión, más terrible será la cuenta que habrá de rendirse de ella.» Pedro comprendió que la parábola se dirigía á todos, pero más especialmente á los que el Salvador había escogido como los intendentes de su reino y sus lugartenientes cerca de sus servidores. A estos Dios pedirá mucho, porque les ha dado mucho.

Muchos se imaginaban no tener necesidad ni de penitencia, ni de conversión. Un día que Jesús se esforzaba por desengañarlos, vinieron á anunciarle que algunos galileos rebelados contra las autoridades romanas, habían caído en poder de Pilatos en el momento preciso en que ofrecían un sacrificio. Muertos allí mismo, su sangre se había mezclado con la de las víctimas inmoladas sobre el altar. Según la opinión, común en aquel tiempo, de que la gravedad del pecado se mide por la gravedad de la pena, los Judíos miraban á aquellos Galileos como insignes malhechores. Jesús rectificó su juicio sobre este punto. «Vosotros los creéis más culpables que á sus compatriotas, les dijo; pero yo os declaro, que si vosotros no hacéis penitencia, todos igualmente pereceréis. Del mismo modo, aquellos dieciocho hombres aplastados por los escombros de la torre de Siloé, son en vuestro concepto, más culpables delante de Dios que los demás habitantes de Jerusalén. Desengañaos y estad seguros de que si vosotros no hacéis penitencia, todos igualmente pereceréis.» Treinta años más tarde, los Romanos saqueaban la Judea y la Galilea, y luego incendiaban á Jerusalén. Los Judíos impenitentes caían bajo la espada de los soldados, ó bajo los escombros de sus casas incendiadas.

A los que contaban con el porvenir para hacer frutos dignos de penitencia, Jesús recordó que Dios acaba por cansarse de esperar. «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña: vino á buscar sus frutos y no los encontró. — Hace ya tres años, dijo al viñador, que este árbol estéril ocupa inútilmente la tierra; córtale. — Señor, respondió el viñador, tened paciencia por un año más; voy á cavar la tierra al rededor y á ponerle abono. Tal vez así dará fruto; sino, la haréis cortar.»

Así trabajaba Jesús en la conversión de aquella Judea ingrata é infiel. En día de sábado predicaba en las sinagogas; el pueblo le escuchaba con admiración y ciertamente se habría aprovechado de sus enseñanzas, si los doctores y fariseos no hubieran opuesto constantemente sus errores á la verdad. Si Jesús confirmaba sus predicaciones con algún prodigio, mientras el pueblo aplaudía al taumaturgo, los fariseos le acusaban de prevaricación contra la Ley de Moisés. En una sinagoga en que Jesús enseñaba, divisó á una pobre mujer atormentada por el demonio hacía ya dieciocho años. De tal manera la había enflaquecido y encorvado el espíritu maligno, que apenas podía levantar los ojos al cielo. Movido á compasión, el Salvador la llamó y le dijo: «Tu enfermedad va á desaparecer.» Impúsole las manos, y la mujer se enderezó y comenzó á alabar á Dios.

El jefe de la sinagoga, en vez de glorificar á Dios con ella, la reprendió delante del pueblo, declamando también contra este profeta que sanaba los enfermos en día de sábado: «Seis días hay para trabajar, clamaba, venid en esos días á pedir vuestra curación, pero no en día de sábado.» La multitud callaba y también la mujer; pero Jesús respondió por ellos: «¡Hipócritas! vosotros desatáis en día de sábado á vuestro buey ó á vuestro asno para llevarlo á abrevar á la fuente ¿y encontráis malo el que en día de sábado se rompan los lazos con que Satanás tiene encadenada á esta hija de Abraham después de dieciocho años?» La oportunidad de esta respuesta abrumó á los adversarios y les hizo enrojecer de vergüenza, mientras que el pueblo se maravillaba de los prodigios obrados en su presencia.

El Salvador terminaba su excursión en Judea, cuando un doctor le hizo esta pregunta: «Maestro, ¿serán pocos los que se salvan?» Recibió la respuesta que merecían aquellos Judíos viciosos é incrédulos: «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, le dijo Jesús; porque muchos procurarán entrar y no lo conseguirán. Y cuando el padre de familia habrá cerrado la puerta, en vano llamaréis: Abridnos, Señor. — No os conozco, responderá, no sé de donde venís. — Insistiréis entonces: Señor, hemos comido y bebido con vos, nos habéis enseñado en las plazas públicas. — No os conozco, replicará él, apartaos, obradores de la iniquidad.

Lloraréis y gemiréis, al ver á Isaac, Jacob y á todos los profetas en el reino de Dios, mientras que vosotros seréis arrojados afuera. Del oriente y del occidente, del mediodía y del septentrión, vendrán á tomar lugar en aquel reino del cual vosotros seréis excluídos, y así los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros.»

La reprobación de los judíos hecha en esta última excursión por la Judea, era lo que Jesús dejaba á los fariseos como despedida.

CAPÍTULO IX.

Misericordia y justicia.

JESÚS EN GALILEA. — AMENAZAS DE HERODES. — HIDRÓPICO CURADO. — «TOMAD EL ÚLTIMO LUGAR.» — LOS INVITADOS AL FESTÍN DE BODAS. — EL VERDADERO DISCÍPULO. — LA OVEJA Y LA DRACMA PERDIDAS. — EL HIJO PRÓDIGO. — EL ECÓNOMO INFIEL. — EL MAL RICO. — LOS DIEZ LEPROSOS. *(Luc. XIII, 31-35; XIV; XV; XVI; XVII, 11-19.)*

De la Judea, Jesús pasó pronto á la baja Galilea. Apenas hubo llegado allí, los fariseos, viendo que sus milagros atraían al pueblo en torno suyo, procuraron alejarle del país. Fingiendo temer para él la cólera de Herodes, vinieron á decirle: «Huye pronto, porque el tetrarca quiere quitarte la vida.» El embuste no produjo su efecto. «Id á decir á esa raposa, respondió el Salvador, que estoy ocupado en lanzar los demonios y sanar los enfermos. Tomaré todavía el tiempo necesario para cumplir mi misión antes de consumar mi sacrificio. Cuando llegue la hora, me dirigiré á Jerusalén, porque ¿no es en Jerusalén donde un profeta debe morir?» Y continuó sus predicaciones sin inquietarse por Herodes.

No habiendo podido apartarle con las amenazas, se empeñaron por sorprenderle en alguna falta para acusarle y deshonrarle. Un fariseo de grande influencia le invitó á comer en día de sábado, en compañía de gran número de sus colegas. Estos debían espiar, durante la comida sus palabras y acciones. De repente, se introdujo un hidrópico en la sala del festín y se acercó á Jesús para llamar su atención. Los convidados se preguntaban estupefactos qué iría á hacer el profeta, pero él los puso en el mayor conflicto. «¿Es permitido, les preguntó, sanar á un hombre en día de sábado?» Ninguno se atrevió á responder, confesando así la vaciedad de sus doctrinas. Jesús toma al hidrópico por la mano, lo sana y lo envía á su casa. Luego, resolvió por sí mismo el caso de conciencia que había propuesto: «Si vuestro buey ó vuestro asno cae en un pozo en día de sábado ¿habrá alguno de entre vosotros que tenga escrúpulo de sacarlo?» Y una vez más todos enmudecieron ante aquel argumento sin réplica.

No fué esta la única lección que recibieron durante la comida. Escribas y fariseos, hinchados de orgullo, se mostraban muy susceptibles en cuanto á las precedencias. Jesús había notado con qué ardor se disputaban los primeros lugares. «Cuando seáis invitados á bodas, les dice, no toméis los lugares de honor, para que no os suceda que, llegando un personaje de más elevado rango, el dueño de casa os diga que cedáis vuestro puesto, pues entonces os veréis obligados, con gran confusión vuestra, á ocupar el último lugar. Preferid mejor el último puesto, para que se os diga: amigo mío, sube más arriba, lo que os honrará mucho delante de todos los convidados. El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.»

En los festines de los fariseos no se veían más que grandes y ricos. Despreciaban demasiado á los pobres y pequeños para dignarse comer con ellos. Jesús, dirigiéndose al dueño de casa, dióle un consejo que no debió agradarle: «Cuando quieras dar una comida ó cena, le dijo, no invites, ni á tus amigos, hermanos y parientes, ni á vecinos opulentos, porque ellos te invitarán á su vez para devolverte el obsequio. Reúne, al contrario, en tu mesa á los pobres, mendigos, cojos y ciegos, y entonces te encontrarás feliz,

porque no teniendo estos cómo pagarte, Dios mismo te recompensará tu caridad en el día de la resurrección de los justos.»

Un convidado tentó hacer una digresión en aquellas lecciones verdaderamente mortificantes para los fariseos. «Maestro, le dijo, feliz aquel que tenga parte en el banquete del reino de los cielos.» Y decía esto persuadido de que ninguno de sus colegas faltaría al festín del gran rey. Mas Jesús respondió á su exclamación con una parábola poco tranquilizadora para todos aquellos egoístas. «Un hombre, dijo, preparó un festín, al cual invitó á mucha gente. A la hora de la cena, mandó decir á los invitados que todo estaba preparado; pero éstos comenzaron á excusarse. Uno había adquirido un campo y debía visitarlo; otro había comprado cinco yuntas de bueyes que necesitaba probar; un tercero acababa de casarse y el ausentarse le era imposible. Indignado de semejante conducta, el padre de familia dijo á su servidor: Recorre las calles y plazas de la ciudad y tráeme á todos los pobres, cojos, ciegos y mendigos. El sirviente obedeció y volvió á decir á su señor: Todavía hay lugares vacíos. — Anda por los caminos y avenidas, replicó este, y llena mi casa con todos los que encuentres á tu paso, porque te aseguro que ninguno de los primeros invitados tendrá asiento en mi cena.»

La parábola era muy significativa. Ninguno de aquellos fariseos á quienes Jesús convidaba al reino de Dios, sería admitido en él, puesto que rehusaban tenazmente una invitación tantas veces reiterada. Dios pondría en su lugar á los pobres y enfermos, es decir, á los publicanos y pecadores. Los transeuntes, esto es, los Gentiles, llenarían los vacíos. Una vez más, Jesús anunciaba á aquellos príncipes de Israel la reprobación de los Judíos y la vocación de los Gentiles.

En las ciudades y villas que Jesús visitaba, veíase rodeado muchas veces de grandes multitudes dispuestas á participar del reino, pero no á sacrificarlo todo para agradar á Dios. A tales inconsecuentes, el Salvador les recordaba que es necesario amar á Dios más que á su padre y á su madre, más que á sus hermanos y hermanas, más aún que la propia vida. No es posible ser su discípulo sino siguiéndole con la cruz y el que le tomare por maestro sin ar-

marse de valor, no permanecerá largo tiempo en su servicio. «El que quiere construir una torre para defender su viña, se pregunta ante todo si tiene los recursos necesarios. Si echare los cimientos sin concluir la construcción, provocaría á risa y se diría de él: Hé aquí un insensato que comienza un edificio y lo deja sin terminar. Así también, un príncipe antes de declarar la guerra á un rey vecino, se pregunta si podrá con diez mil hombres hacer frente á los veinte mil de su adversario. Y si se encuentra débil, envía un embajador para negociar la paz. Sabed, pues, que sin renunciar á todos los bienes que se poseen, no es posible ser mi discípulo.» Por falta de este desprendimiento, el edificio de la santidad queda incompleto y muchas veces el que sirve á Dios hace treguas con el demonio.

Mientras más severo se mostraba Jesús con los pecadores endurecidos, tanto más dulce y condescendiente era su proceder para con aquellos que lloraban sus pecados. Los escribas y fariseos no le perdonaban que tratase con bondad á gentes que ellos juzgaban dignas de desprecio. «Este hombre, decían, acoge á los pecadores y come con ellos; no puede, por tanto, ser un hombre de Dios.» Muchas veces el Salvador les había explicado que había venido al mundo para salvar á los pecadores; pero el orgullo y la preocupación se sobreponían á todos los razonamientos. Para confundir á aquellos Judíos sin piedad, recurrió á su procedimiento ordinario: la parábola, que pone al adversario, sin que él lo advierta, en contradicción consigo mismo.

«¿Quién hay entre vosotros que teniendo cien ovejas, si llega á perder una, no deja en el acto las noventa y nueve para correr tras de aquella que ha perdido? Corre hasta que la encuentra, y cuando la ha hallado, pónela gozoso sobre sus hombros y la trae al aprisco. Feliz entonces, convoca á sus amigos y vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he encontrado la oveja que había perdido. Así también, os lo aseguro, que hay más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nuevo justos que no tienen necesidad de penitencia.»

«¿Cuál es aquella mujer, continuó Jesús, que habiendo perdido una dracma de diez que posee, no enciende al punto su lámpara y barre cuidadosamente su casa para buscar la

moneda perdida hasta encontrarla? Y cuando la recupera, henchido de gozo el corazón, invita á sus amigas y vecinas á congratularse con ella por haber encontrado su dracma perdida. Del propio modo, os lo repito, grande será la alegría en el cielo cuando un pecador hiciere penitencia.»

Elevándose del orden material al espiritual, el Salvador refirió á los fariseos el hecho siguiente que sólo un Dios ha podido concebir y que ningún hombre, á menos que tenga un corazón de piedra, podrá leer sin conmoverse:

«Un hombre tenía dos hijos. El más joven dijo á su padre: Padre mío, dame la parte de bienes que corresponde á mi legítima. El padre le dió su parte y el desgraciado joven, pocos días después, partió á un país lejano en donde se entregó al libertinaje con sus compañeros y disipó todo su patrimonio.

«Se veía absolutamente sin recursos, cuando el hambre asoló la comarca en que vivía y le redujo á la última miseria. No sabiendo qué hacer para vivir, entró al servicio de un propietario que le puso al cuidado de una piara de puercos. Acosado por el hambre, deseaba saciarla con las bellotas que se daba á estos animales y ni aún esto le era permitido.

«Entonces, entrando dentro de sí mismo, exclamó: ¡Cuántos mercenarios en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí pereciendo de hambre! Y bien, me levantaré, volveré á casa de mi padre y le diré: ¡Padre mío! he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; recíbeme siquiera en el número de tus criados. Y esto diciendo, toma el camino de la casa paterna.

«Todavía lejos de ella, su padre le reconoció bajo sus harapos. Movido á compasión, corrió á su encuentro y arrojándose á su cuello, estrechólo contra su pecho largo rato. ¡Padre mío! decía el joven sollozando, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.

«Mas el padre todo lo había olvidado. Pronto ordena á sus sirvientes que le cubran con el vestido más hermoso, que le pongan el anillo en el dedo y sandalias en los pies; que maten el ternero mejor cebado y preparen un festín, porque su hijo había muerto y ha resucitado.»

Esta vez, los fariseos no tuvieron nada que objetar contra la misericordia para con los pecadores, porque los asistentes les hubieran respondido con sus lágrimas. Sin embargo, para hacer resaltar mejor la dureza de aquellos egoístas, Jesús terminó su historia aludiendo directamente á ellos.

« Todos estaban sentados en la sala del festín, continuó el Salvador y era grande la alegría entre los convidados, cuando volvió del campo el hijo mayor que ignoraba lo sucedido. Sorprendido al oir el ruido de los instrumentos músicos y las alegres danzas, preguntó á los sirvientes qué significaban aquellos regocijos. Tu hermano ha vuelto, le dijeron, y tu padre ha hecho matar el ternero más gordo para celebrar su regreso.

« A esta nueva, el joven indignado, no quiso entrar á la casa. El padre salió para calmarle é inducirlo á tomar parte en la fiesta, pero él respondió encolerizado: Tantos años hace que te sirvo sin faltar á la menor de tus órdenes y jamás me has dado un cabrito para comerle con mis amigos, mientras que haces matar un ternero cebado para celebrar la llegada de tu hijo disoluto que ha consumido su patrimonio con meretrices. — Hijo mío, respondió el buen anciano, tú estás siempre á mi lado y todo lo que tengo es tuyo; es justo que hagamos fiesta y nos recocijemos, porque tu hermano estaba perdido y ha sido hallado; estaba muerto y ha resucitado. »

Jesús había pintado con vivos colores su divina bondad en aquel padre que perdona al pródigo y el duro egoísmo de los fariseos en aquel hermano que no piensa sino en sí mismo y se indigna ante la acogida hecha al pobre pecador. Pero el Judío sin corazón, no por eso deja de proseguir volviendo la cabeza cuando pasa cerca de esos que él llama pecadores. Hasta el fin de los siglos se creerá con el derecho de despreciar como á seres inferiores á los pequeños, á los pobres, á los Gentiles, y de despojarles, si la ocasión se presenta, para satisfacer su insaciable codicia, su ostentoso lujo y sus vicios desenfrenados. El Salvador había estigmatizado muchas veces esa codicia rapaz del orgulloso fariseo y en esta circunstancia vuelve sobre lo mismo, para manifestar la terrible cuenta que darían á Dios aquellos indignos despreciadores de los pobres y pecadores.

«Un gran señor, dijo, tenía un mayordomo que fué acusado de dilapidar los bienes que le estaban confiados. Le llamó y le dijo: He sabido cosas muy graves relativas á tu conducta; dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás continuar en mi servicio. El desgraciado, lleno de aflicción, se dijo á sí mismo: ¿Qué haré si mi señor me quita la administración de sus bienes? ¿Cavar la tierra? no soy capaz de esto. ¿Pedir limosna? me moriría de vergüenza. Preciso es que arregle mis cosas de manera que, cuando haya sido despedido, encuentre quien me reciba en su casa.

«Sin pérdida de tiempo, convocó á los deudores de su señor y dijo al primero: ¿Cuánto debes tú?— Cien barriles de aceite. —Aquí está escrita tu deuda, pon en ella: cincuenta. — Y tú, dijo el mayordomo á un segundo ¿cuánto debes? —Cien medidas de trigo. — Escribe: ochenta.— Y el dueño alabó á aquel mayordomo infiel, no por su injusticia, sino por su prudencia. Los hijos del siglo, añadió Jesús, se muestran más prudentes que los hijos de la luz. Granjeaos amigos haciendo limosnas con vuestras riquezas transitorias, para que, al salir de este mundo, seáis recibidos en los tabernáculos eternos.»

De esta parábola el Salvador deducía la regla seguida por la Providencia en la dispensación de los bienes espirituales. «Dios, dice, reconoce este principio: El que es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes; así como la infidelidad en las cosas pequeñas, lleva á la infidelidad en las mayores. Si hacéis mal uso de las cosas pequeñas, es decir, de los bienes materiales que se os dispensan ¿os confiará Dios los bienes verdaderos, esto es, las gracias y dones espirituales? No, porque bien sabe que abusaríais de sus gracias como abusáis de los bienes exteriores. Querríais servir á dos señores á la vez, pero no podéis poneros al servicio de uno sin desprenderos del otro.»

Los fariseos miraban á Jesús con aire burlón cuando les reprochaba su sórdida avaricia, pero con una palabra les hizo bajar los ojos. «En vano os empeñáis en parecer justos delante de los hombres. Dios ve el fondo de los corazones y lo que parece perfecto á los ojos de los hombres, á menudo es abominable á los ojos de Dios.» Al mismo tiempo les declaró la suerte que está reservada en la eter-

nidad á aquellos favoritos de la fortuna, tan llenos de si mismos en la tierra y tan duros á la vez para con los pobres y humildes.

« Había un hombre muy rico, les dijo, que se vestía de púrpura y lino, y que comía opíparamente. A sus puertas gemía un mendigo cubierto de úlceras llamado Lázaro. Este desgraciado deseaba saciar su hambre siquiera con las migajas que caían de la mesa del rico, pero aun estas le eran rehusadas. Sólamente los perros de la casa se acercaban á lamer sus llagas.

« Sucedió que el pobre mendigo murió y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fué sepultado en los infiernos. Desde este lugar de tormentos, levantó sus ojos y divisó á lo lejos á Abraham y a Lázaro en su seno. ¡Padre Abraham! clamaba, envíame por piedad al pobre Lázaro, para que con la extremidad de su dedo mojado en agua, venga á refrigerar mi lengua abrasada, porque sufro horriblemente en estas llamas.

— Hijo mío, respondió Abraham, acuérdate que has gozado de todos los bienes durante tu vida y que Lázaro sólo conoció los males; ahora á él le tocan las delicias y á ti los tormentos. Además, un abismo insalvable nos separa; de manera que ninguno puede desde aquí ir allá, ni de allá venir acá. — Pero al menos, padre Abraham, envía á Lázaro á casa de mi padre para hacer saber á mis hermanos las penas que sufro, á fin de que no caigan también en este lugar de tormentos. — Ellos tienen á Moisés y á los profetas; que les escuchen. — No los escucharán, padre Abraham; pero si se les aparece un muerto, harán penitencia. — Si no creen ni á Moisés ni á los profetas, tampoco creerán á un muerto resucitado. »

No se podía pintar más fielmente el crimen de los fariseos, el castigo que les esperaba y su incredulidad incorregible. Jesús había resucitado muertos ante sus propios ojos y no por eso dejaban de perseguirle. Aunque Abraham viniese desde la eternidad para amenazarles con las llamas vengadoras, continuarían siempre su guerra deicida.

Jesús terminaba sus excursiones en Galilea. Entraba en una aldea, cuando algunos leprosos habiéndole conocido, se pusieron á clamar desde lejos: « Jesús, ten piedad de no-

sotros.» El Salvador fijó sus ojos en ellos y se contentó con decirles: «Id á mostraros á los sacerdotes.» Obedecieron y en el camino se encontraron curados. Uno de ellos volvió sobre sus pasos glorificando á Dios en voz alta y prosternado en tierra delante de su bienhechor, le daba testimonio de su gratitud. Este leproso agradecido era un Samaritano. ¿No han sido diez los curados? preguntó Jesús con tristeza, ¿dónde están los otros nueve? ¿Sólo un extranjero vuelve á dar gracias á Dios? Y dirigiéndose al Samaritano: «Levántate, le dijo, tu fe te ha salvado.»

El cismático de Samaria entraba en el reino, mientras que los otros nueve judíos quedaban excluídos por su ingratitud. Cada vez era más manifiesto que los extraños precederían á los hijos de la familia en el reino de los cielos. Después de este milagro, Jesús pasó el Jordán para evangelizar la Perea.

CAPÍTULO X.

Los tres consejos.

JESÚS EN PEREA. — SENDERO DE DIOS. — EL JUEZ Y LA VIUDA. — LA CUESTIÓN DEL DIVORCIO. — MATRIMONIO Y VIRGINIDAD. — EL AMO Y EL SERVIDOR. — EL FARISEO Y EL PUBLICANO. — «DEJAD VENIR Á MÍ LOS NIÑOS.» — EL JOVEN RICO Y LA POBREZA VOLUNTARIA. — CÓMO RECOMPENSA DIOS Á LOS QUE LO DEJAN TODO POR ÉL. *(Matth. XIX Marc. X, 17-31. — Luc. XVII. 20-37; XVIII.)*



LA provincia de Perea que se extendía al oriente del Jordán desde el lago de Galilea al mar Muerto, era en aquel tiempo muy floreciente. Herodes pasaba allí largas temporadas en su palacio de Maqueronte, donde tuvo detenido por tanto tiempo al Santo Precursor. Los habitantes recordaban con amor al profeta del desierto, sus predicaciones sobre el reino de Dios y sobre

el próximo advenimiento de Aquel que debía establecerle. Así, pues, acogieron llenos de gozo al taumaturgo cuyo renombre publicaban los prodigios, pero al cual ellos veían por primera vez. Llevéronle sus enfermos y él los sanó; les habló en las sinagogas y arrebatóles de tal manera, que las multitudes, atraídas por su bondad más todavía que por su poder, le seguían delirantes á donde quiera que dirigiese sus pasos. Muchos se declararon sus discípulos y toda la comarca habría reconocido en él al Mesías anunciado por Juan Bautista, si los fariseos, allí como en todas partes, no hubieran contrarrestado con sus intrigas la influencia del Salvador.

Al reino espiritual que predicaba Jesús, aquellos falsos doctores oponían el imperio de Israel que, según las preocupaciones de la nación, el Mesías debía extender en el mundo entero. Esta ridícula esperanza había perdido á la Galilea tanto como á la Judea. Los fariseos se empeñaron en explotarla contra el Salvador para apartar de él á las poblaciones de la Perea. Cierto día en que hablaba del reino de Dios, uno de aquellos sembradores de zizaña le preguntó: « en qué época se establecería ese reino de Dios, » es decir, la preponderancia judaica sobre todo el universo. Jesús le respondió: « El reino de Dios no se manifestará de una manera visible. No se dirá: Está aquí ó está allá. El reino de Dios está dentro de vuestros corazones. » De esta manera, opuso claramente al reino terrestre del Mesías su reino espiritual sobre las almas y recomendó encarecidamente á sus discípulos que no esperasen otro.

« El Hijo del hombre, les dijo, será desde luego perseguido y rechazado por esta generación; luego, vosotros mismos tendréis que sufrir, esperaréis verme, pero en vano. Se os dirá: está aquí, está allá; mas no os dejéis seducir por los impostores.» « El Hijo del hombre no volverá sino el último día; aparecerá de una manera súbita como el relámpago que en un instante ilumina todo el cielo. Entonces se verificará la última catástrofe, más terrible que el diluvio, más espantosa que el incendio de Sodoma. »

Y á fin de animarles al combate, les mostró que la hora de la justicia estaba ya cercana para ellos. Mientras tanto, debían orar y no cansarse de orar, para alcanzar del cielo la gracia de sufrir con paciencia, dejando á Dios el cuidado

de vengarlos. Dios no resiste á la oración perseverante del hombre perseguido. « Había en cierta ciudad, díjoles el Salvador, un juez que no temía ni á Dios ni á los hombres. Una pobre viuda se presentó á él para pedirle justicia contra un poderoso adversario. Largo tiempo rehusó el juez oir su demanda, pero como ella no cesaba de importunarle, concluyó por decirse á sí mismo: Poco me importa lo que de mí piensen Dios y los hombres, es verdad; pero esta mujer de tal modo me molesta con sus exigencias, que más me conviene atender su querella; no sea que después de las quejas vengan los golpes. — Y si aquel juez inicuo discurrió de esa manera ¿creéis que Dios no hará justicia á sus elegidos que noche y día hacen llegar á él sus clamores? Dios aguarda, pero acaba siempre por vengar la inocencia. No obstante, serán raros los hombres de fe cuando el Hijo del hombre vuelva á la tierra. » La oración no atraerá ya la misericordia y ésta cederá su lugar á la justicia de Dios.

En aquel tiempo los maestros en Israel disputaban con calor sobre la cuestión del divorcio. La Ley de Moisés lo autorizaba en caso de adulterio: ¿podía extenderse esta autorización á otros casos? Los rígidos sostenían que era necesario sujetarse estrictamente al texto de la Ley; los relajados pretendían, al contrario, que el divorcio debía estar autorizado por qualquier motivo. A fin de hacer odioso al Salvador ante uno ú otro partido, los fariseos vinieron á pedirle su parecer en la cuestión debatida. « ¿Es permitido, le dijeron, repudiar á su mujer por una causa cualquiera? » Si respondía afirmativamente, la secta farisaica le acusaría de favorecer la disolución de las costumbres y de conspirar contra la Ley de Moisés; si respondía negativamente, el numeroso partido de los saduceos y herodianos le jurarían odio mortal. Herodes mismo, aquel príncipe adúltero que había aprisionado y decapitado á Juan Bautista porque el hombre de Dios le reprochaba su divorcio escandaloso, se decidiría tal vez á perseguir al profeta y quién sabe si á hacerle sufrir la suerte del santo precursor. Pero la divina sabiduría frustró de nuevo sus cálculos maliciosos y les dió una lección que ellos no esperaban.

En lugar de tratar la cuestión según la ley mosaica, Jesús puso á los fariseos en presencia de la ley primitiva

impuesta por el mismo Dios. «¿No habéis leído, les dijo, que en el principio del mundo Dios crió un solo hombre y una sola mujer, y en seguida formuló este precepto: En vista de la unión del hombre y de la mujer, el hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su esposa y serán dos en una sola carne? Lo que Dios ha unido, el hombre no lo separe.»

Los sectarios no sabían qué decir. Preguntan las razones que autorizan el divorcio y se les responde que el matrimonio es indisoluble según las palabras del mismo Dios. La cuestión parecía, pues, ridícula y casi impía. Sin embargo, una objeción se presentaba á su espíritu y la formularon en estos términos: «Si el matrimonio es indisoluble ¿cómo es que Moisés permite dar á la mujer adúltera un libelo de repudio y despedirla? — A causa de los vicios de vuestro corazón, respondió Jesús, Moisés toleró el divorcio en ciertos casos; pero vosotros mismos sabéis que esta tolerancia no existía en el principio del mundo. Es permitido al hombre separarse de su mujer en caso de adulterio, pero no el casarse con otra. Si lo hiciere, será él también adúltero y el que se casare con una mujer separada de su marido, comete igualmente adulterio.»

Por estas palabras, Jesús restablecía la institución divina del matrimonio en toda su pureza. A la ley imperfecta de Moisés, sustituía la ley nueva, la ley santa é inmaculada de los hijos de Dios, sin que saduceos ni herodianos pudiesen alegar ningún reclamo, porque Jesús no hacía más que citar la primera página de su libro sagrado. Retiráronse, pues, bastante avergonzados de su derrota. Sin embargo, la decisión del Salvador trastornaba á tal punto las ideas recibidas, que los mismos apóstoles se mostraron vivamente impresionados: «Si el hombre, le dijeron, no puede en ningún caso repudiar á su mujer, vale más no casarse. — No es dado á todos, respondió Jesús, vivir en el celibato, sino á aquellos á quienes Dios llama á un estado más perfecto. Estos se consagran voluntariamente á la virginidad en vista del reino de Dios. Al hombre toca medir sus fuerzas y obrar en consecuencia.»

En aquel día el Salvador, con la misma doctrina, libertó á la familia de las torpezas que la manchaban en el mundo

antiguo y creó esa legión de vírgenes cristianas que debían transformar la humanidad viviendo en un cuerpo mortal como viven los ángeles del cielo.

A este elogio de la virginidad, Jesús agregó pronto el de otra virtud que, como la primera, no tenía nombre en la lengua humana, la humildad. El amor propio reinaba como soberano en todos los corazones. Jesús se anonadó delante de su Padre para enseñar á todos que el hombre, pobre y miserable pecador, debe humillarse delante de Dios y no vivir más que para él. En estos últimos días de su vida, aprovechaba todas las ocasiones para insistir sobre aquella enseñanza capital. Sus apóstoles eran muy inclinados á hacerse estimar. Investidos de un poder divino ¿no irían á enorgullecerse con sus obras y á imaginarse que prestaban gran servicio á Dios? Para mantenerlos en la verdad, les dijo un día: « Un trabajador ocupado en labrar la tierra vuelve del campo hacia la tarde. Su amo, en vez de invitarlo á sentarse á su mesa, le ordena que vaya á prepararle su propia cena, que le sirva su comida y bebida, y sólo entonces le permite tomar su alimento. Si este servidor obedece dócilmente ¿creéis que su señor le debe agradecimiento porque ha hecho lo que se le ha ordenado? Ciertamente que no. Pues bien, cuando hayáis cumplido las obras de vuestro ministerio en conformidad con las órdenes que habéis recibido, decid sencillamente: Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que cumplir nuestro deber. »

A cada instante tenía Jesús á la vista el orgullo y arrogancia personificados en aquellos fariseos que, bajo el manto de pretendida justicia, despreciaban á los que no afectaban como ellos una hipócrita austeridad.

En cierta ocasión, púsolos en escena en una parábola de una verdad abrumadora. « Dos hombres, dijo, subían al templo para orar: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie delante del altar, preconizaba sus grandes virtudes: Señor, decía, yo te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros y sobre todo porque no soy semejante á este publicano; ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, se mantenía lejos del santuario y sin atraverse á levantar los ojos al cielo, golpeaba su

pecho diciendo: Señor, ten piedad de este pobre pecador. En verdad os digo, agregó el Salvador, que éste volvió á su casa justificado y no el otro, porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.»

Tanto como indignaba á Jesús el ceño insolente, le arrebataba la sencillez ingenua y humilde. Algunas mujeres con sus niños en los brazos, le pidieron que se los bendijera. Fastidiados de su importunidad, los discípulos las rechazaban con aspereza, pero Jesús intervino bondadosamente. «Dejad venir á mí los niños, dijo, y no les apartéis, porque el reino de los cielos es de aquellos que se les asemejan. Quienquiera que no acepta el reino de los cielos con el candor de un niño, no será admitido en él.» El reino de Dios está en lo interior: cuando Dios, viviendo en el corazón, manifiesta su voluntad, el hombre debe acceder á ella con la fe y humildad de un niño; y para mostrar cuánto ama Dios á las almas de buena voluntad, Jesús abrazó á los niños pequeños, les impuso las manos y les bendijo con ternura.

Y desde aquel día, muchos son los hijos é hijas de Adán que, enamorados de aquella divina sencillez, trabajan por despojarse de todo orgullo, de toda voluntad y amor propio, para llegar á ser hijos de Dios, conformando en todo momento su voluntad con la del Padre que está en los cielos. A ejemplo de Jesús, hacen voto de obedecer hasta la muerte y muerte de cruz. El mundo los aborrece porque la vida que ellos llevan condena la suya; pero Jesús, dulce y humilde de corazón, les ama y les bendice como amaba y bendecía á los niños de Israel.

Después de esta escena tan sencilla y conmovedora, el Salvador se encaminaba á otra población, cuando un joven príncipe de la sinagoga corrió tras él y prosternándose á sus pies, le interrogó sobre un punto que inquietaba su conciencia: «Buen Maestro, le dijo, ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna? — ¿Por qué me llamas bueno? respondió Jesús; sólo Dios es bueno. Si quieres poseer la vida eterna, observa los mandamientos. — ¿Qué mandamientos? — Los que prescribe la Ley: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio. Honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á ti mismo.»

El joven reflexionaba. « Maestro, replicó, estos mandamientos yo los observo desde mi infancia: ¿me queda algo más por hacer? » Jesús detuvo su mirada en el joven, mirada llena de ternura, porque tenía ante sí una alma deseosa de elevarse á la perfección de las virtudes. Le descubrió el sendero que lleva á la verdadera santidad. « Si quieres ser perfecto, le dijo, anda, vende todo lo que posees, dalo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Hecho eso, ven y sígueme. »

A estas palabras, la frente del Judio palideció, la tristeza invadió su alma y se retiró acongojado. La perspectiva de llevar una vida pobre en seguimiento del Salvador, le espantó y extinguió en él el deseo de la perfección. Viéndole alejarse, Jesús se contristó con el pensamiento del gran número de aquellos á quienes el apego á las riquezas conduciría á la perdición. « En verdad os digo, declaró á sus discípulos, es difícil que un rico entre al reino de los cielos. Antes pasará un camello por el ojo de una aguja, que un rico por la puerta que conduce al cielo.— Si es así, observaron los apóstoles ¿quién podrá salvarse? — Eso es imposible á los hombres, replicó el divino Maestro, pero todo es posible para Dios. » Con la gracia de Dios, millares de hombres más prudentes que el joven príncipe de la sinagoga, abandonan los bienes de la tierra y se consagran, siguiendo el consejo de Jesús, á la pobreza voluntaria. Otros, poseyendo las riquezas, no apegan á ellas su corazón y saben usarlas, como los ecónomos de Dios, en provecho de los desheredados de este mundo. Pero ¡cuán raros serán los que no las hagan servir para alimentar sus vergonzosas é insaciables pasiones!

Ya que el desprendimiento era tan difícil, Pedro dedujo como consecuencia que los apóstoles merecerían alguna recompensa. « Señor, dijo, nosotros que todo lo hemos dejado por ti ¿qué recompensa tendremos? — En verdad, os lo aseguro, declaró el buen Maestro, que en el día de la regeneración, cuando el Hijo del hombre sentado en el trono de su gloria venga á juzgar á todos los hombres, vosotros, los que me habéis seguido, estaréis sentados en doce tronos y juzgaréis conmigo á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que por mí y por el Evangelio dejare su casa, sus padres, sus hermanos, su esposa, sus hijos y afrontare la persecución

de los malos, recibirá el céntuplo en esta vida y la gloria eterna en la otra.»

«Y así, concluyó el Salvador, muchos que son ahora los primeros, serán los últimos y los últimos serán los primeros.» La multitud mundana, los felices del siglo, los orgullosos, avaros y sensuales que ocupan acá los puestos de honor, serán entonces desgraciados y malditos; mientras que los despreciados del mundo, los discípulos del Dios pobre, obediente y mortificado, juzgarán á aquellos que los han pisoteado y reinarán con Jesús en los cielos.

CAPÍTULO XI.

La fiesta de la Dedicación.

PEQUEÑO NÚMERO DE DISCÍPULOS. — ORGULLO DEL JUDÍO. — SU DESPRECIO POR LOS GENTILES. — PARÁBOLA DE LOS VIÑADORES. — MUCHOS SON LOS LLAMADOS Y POCOS LOS ESCOGIDOS. — LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN. — JESÚS EN EL TEMPLO. — VIOLENTA DISCUSIÓN. — JESÚS EN BETHABARA.

(Matth. XX, 1-16 — Joan. X, 22-39.)



La fiesta de la Dedicación se acercaba. Jesús volvió á pasar el Jordán y se dirigió á Jerusalén con los peregrinos que subían á la ciudad santa. Durante esta última excursión de tres meses á través de las provincias de Israel, había reconocido cuán pequeño era el número de los que buscaban realmente el reino de Dios. Los pobres, publicanos, pecadores, los enfermos sanados por él, le seguían con amor; pero los letrados, doctores, fariseos, los favorecidos por la fortuna, no solamente le perseguían con su desprecio, sino que se esforzaban por todos los medios á su alcance por arrebatarle un pueblo que, sin su perniciosa influencia, habría escuchado la voz de la verdad. Los Samaritanos, los soldados romanos, algunos paga-

nos de la Fenicia y de la Decápolis, se habían mostrado más creyentes que los hijos de Abraham; y con este motivo los Judíos se indignaban cuando Jesús les anunciaba que los Gentiles les precederían en el reino de los cielos.

Y era precisamente este orgullo de la nación privilegiada lo que impedía su conversión. El pueblo de Dios se creía ya para siempre el único pueblo amado de Jehová y como él miraba con profundo desprecio á las demás naciones, se imaginaba que Dios obraba de la misma manera. Los doctores, imbuídos en esta preocupación, no habían comprendido una palabra de las Escrituras que anunciaban la conversión de los Gentiles y la misión del Mesías rey espiritual de todos los pueblos. Según sus ideas, el Mesías, hijo de David, aparecería como un gran rey, no para convertir á los Judíos y Gentiles, sino para sujetar á los Gentiles al yugo de los Judíos. Y de aquí su rabia contra aquel pretendido Mesías que se hacía partidario de los débiles contra los fuertes y de los paganos contra los hijos de Abraham.

A su vuelta á Jerusalén en donde iba á derramar su sangre por la salvación de todos los hombres sin excepción, explicó á la multitud que le rodeaba la vocación de los pueblos Judío y Gentil al reino de Dios. El Padre celestial convoca á él á todos sus hijos de la tierra; toca á estos responder á su llamiento. En una parábola memorable enseñó esta verdad, poniendo á la vez en relieve las injustas pretensiones de la nación judía.

« Un padre de familia, dijo, salió de mañana á alquilar obreros para el trabajo de su viña. Convino con ellos en darles un denario por día. Habiendo salido á la hora de tercia, vió otros sentados en la plaza pública esperando que se les ofreciera trabajo. Id á trabajar á mi viña, les dijo, y yo os pagaré un justo salario. Hacia las horas de sexta y nona contrató de la misma manera á nuevos trabajadores. En fin, á la hora undécima, encontrando todavía obreros, les dice: ¿Por qué estáis aquí todo el dia ociosos? — Porque nadie nos ha ocupado, respondieron. — Id, también vosotros, replicó, á trabajar á mi viña.

« Llegada la tarde, el dueño de la viña encargó á su mayordomo llamar á los obreros y pagar á cada uno su salario comenzando por los últimos. Los de la hora undécima

llegaron, pues, los primeros y recibieron cada uno un denario. Los otros vinieron á su vez, creyendo que recibirían mayor cantidad, pero se les dió igualmente un denario. Engañados en su esperanza, se quejaron al padre de familia. Estos no han trabajado más que una hora, decían, y les tratas como á nosotros que hemos soportado todo el peso del día y del calor. — Amigo mío, respondió el dueño á uno de ellos, yo no cometo ninguna injusticia contigo: ¿no hemos convenido en que yo te daría un denario por día? Toma tu salario y vete. Y al dar á este último operario lo mismo que á ti ¿no soy libre para disponer de lo que es mío? Y ¿por qué desapruebas el acto bueno que acabo de practicar?».

Jesús concluyó como lo había hecho después de la defección del joven príncipe de la sinagoga: « Los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos. » Y agregó: « Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. » Dios, el Padre de la gran familia, llama á todos los hombres á entrar en su reino, la Iglesia fundada por su divino Hijo, para trabajar en ella por su gloria y alcanzar su salvación. A todos los que responden á su llamamiento, da un denario para utilizarlo, es decir, la gracia, con la cual se merece la gloria cuando el hombre coopera fielmente á ella.

Esta gracia es un don gratuito de Dios, porque á nadie lo debe. Los Judíos fueron llamados los primeros, por los patriarcas, los profetas y finalmente, por el Salvador mismo; pero la mayor parte cerraron sus oídos y rehusaron el denario que les era ofrecido. ¿De qué se quejan entonces los hijos de Israel? Los que han consentido en trabajar en la viña amada de Dios han recibido el denario de la gracia y recibirán la recompensa de su trabajo. Si hay pocos elegidos entre ellos, deben atribuirlo, no al Salvador que los ha llamado á todos, sino al demonio del orgullo cuyas inspiraciones han seguido obstinadamente. Si los Gentiles, llamados los últimos, han llegado á ser los primeros en el reino de Dios, es porque los hijos de Abraham, los primeros llamados, en lugar de trabajar en la viña, han hecho lo posible por destruirla.

Los jefes del pueblo manifestaron en la fiesta de la Dedicación que merecían esta sentencia de reprobación. Aquella fiesta que se celebraba el 25 de diciembre, había sido instituída por Judas Macabeo después de su victoria so-

bre el rey Antíoco. El fiel y valeroso héroe purificó el templo de sus manchas, levantó el altar del verdadero Dios é hizo de él una consagración solemne en medio de todo el pueblo. La fiesta duró ocho días, durante los cuales el sagrado edificio estuvo profusamente iluminado. Lámparas encendidas ardían noche y día en el frontispicio de todas las casas, de suerte que la fiesta de la Dedicación llevó el nombre de fiesta de las luces. Era el aniversario de esta fiesta el que Jesús venía á celebrar en Jerusalén.

Llegado el día mismo de la solemnidad, se dirigió al templo invadido ya de peregrinos. Bajo el pórtico de Salomón, en magníficas galerías temperadas por el sol, se formaban con preferencia durante el invierno las grandes reuniones. Jesús se paseaba allí rodeado de sus discípulos, cuando los escribas y doctores fariseos que espiaban su venida, hicieron círculo en torno de él, como al rededor de una presa que estaban resueltos á no dejar escapar. Tomando luego la ofensiva, le dijeron con tono amenazador:

« ¿Hasta cuándo nos mantienes en la incertidumbre? Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente. »

Sólo esperaban esta declaración explícita, para acusarle de blasfemia ante el Sanhedrín y de sedición ante los Romanos. Pero Jesús, conociendo su pérfido designio, se contentó con responder: « ¿Por qué me interrogáis? Yo os he hablado muchas veces y vosotros no me creéis. Los prodigios que he obrado en nombre de mi Padre, dan suficiente testimonio de mí; y sin embargo, no me creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen con docilidad. Yo les daré la vida eterna; no perecerán, y nadie las arrancará de mis manos. Mi Padre que me las ha dado, tiene soberano poder y mi Padre y yo somos uno. »

A estas palabras, la tempestad estalló. Los Judíos comprendieron que Jesús se reputaba igual al Padre que está en los cielos y por lo tanto, se atribuía la naturaleza divina. A toda prisa reunieron piedras para lapidarle. Jesús, siempre tranquilo, miró de frente á aquella banda de furiosos y recordándoles con una sola palabra sus numerosas y estupendas curaciones, díjoles: « Yo he practicado entre vosotros muchas buenas obras: ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?

— No es por vuestras obras buenas por lo que te lapidamos, sino porque, no siendo más que un hombre, te haces Dios. »

— ¿No está escrito en vuestra Ley: « Vosotros sois dioses é hijos del Altísimo? » Luego, « si el Señor mismo llama dioses á los magistrados de Israel, y si no podéis rehusar el testimonio de la Escritura ¿cómo os atrevéis á acusarme de blasfemia á mí á quien el Padre ha glorificado y enviado al mundo, sólo porque he dicho: Yo soy el Hijo de Dios? » «Por lo demás, si las obras que yo hago no son obras del Padre, no me creáis; pero si son evidentemente obras divinas, aunque dudaseis de mis afirmaciones deberíais creer á mis obras. Ellas prueban y os obligan á confesar que el Padre está en mí y yo en el Padre. »

Jamás había Jesús afirmado más claramente su divinidad, sin pronunciar no obstante la palabra que esperaban los Judíos para llevarle al Sanhedrín. No teniendo qué replicarle, entraron en furor é intentaron sacarle fuera del templo para entregarse á actos de violencia contra él. Pero no había llegado la hora todavía; un terror súbito se apoderó de aquellos asesinos y Jesús mezclado con la multitud se escapó de sus manos.

Algunos meses le quedaban aún para manifestarse al pueblo antes de morir. Dejó á Jerusalén donde en adelante le era imposible residir y se retiró de nuevo más allá del Jordán, cerca del lugar en donde Juan daba el bautismo al iniciar su ministerio. Allí, durante la estación de las lluvias, numerosos grupos de peregrinos vinieron á visitarle y regresaban sobrecogidos de admiración. « Juan no ha hecho ningún milagro, decían, y este siembra los prodigios á su paso. Todo lo que Juan ha predicho del Mesías, se realiza á nuestros ojos. » Y muchos creyeron en él.

Más y más se verificaba la sentencia del Salvador: « Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. » Mientras que los letrados de Jerusalén se excluían voluntariamente del reino de Dios, los campesinos y pastores del Jordán se granjeaban en él los puestos de honor.





LIBRO SEXTO.

La excomunión y el hosanna.

CAPÍTULO I.

Resurrección de Lázaro.

ENFERMEDAD DE LÁZARO. — JESÚS EN BETANIA. — LÁZARO EN EL SEPULCRO. — ENCUENTRO CON MARTA Y MARÍA. — RESURRECCIÓN DE LÁZARO. — EL PUEBLO EN CONMOCIÓN. — REUNIÓN DEL SANHEDRÍN. — EL MONTE DEL MAL CONSEJO. — LA EXCOMUNIÓN. — *(Joann. X, 40 - 42, XI.)*



HACÍA tres años que Jesús de Nazaret, el Mesías de Dios, el verdadero rey de Israel, instaba á los Judíos á que entrasen en su reino. La ciudad santa, las villas, las aldeas, habían aclamado sucesivamente al doctor, al profeta, al taumaturgo. Y sin embargo, los jefes del pueblo le perseguían con un encarnizamiento sin ejemplo, acriminaban sus palabras y acciones, reunían piedras para lapidarlo dentro del mismo templo y sólo esperaban

una ocasión propicia para condenarle á muerte. Desde la fiesta de la Dedicación se había refugiado más allá del Jordán, esperando el día señalado para el gran sacrificio.

Con todo, á fin de hacer á los Judíos absolutamente inexcusables, Jesús quiso probarles hasta el fin que, si consentía en morir en sus manos, lo haría, no en virtud de los decretos dictados por ellos, sino por obedecer á su Padre celestial. Iría á la muerte, no como un vencido sino como un triunfador; no como un simple mortal, sino como soberano dueño de la vida y de la muerte. Esta prueba de su soberanía, la debía á los Judíos para hacerles retroceder ante el espantoso deicidio y más aun á los apóstoles, discípulos y á los elegidos del mundo entero, para ayudarles á reconocer á su Dios en medio de los oprobios de la Pasión. Hé aquí por qué en el momento mismo en que los fariseos creían haberle reducido á la necesidad de ocultarse para evitar el suplicio, un prodigio, el más estupendo de todos los prodigios, realizado á las puertas de Jerusalén, vino á excitar más que nunca la admiración del pueblo y á sumir en el espanto al Sanhedrín.

Un mes después del retiro de Jesús á Betabara, un mensajero venido de Betania, le trajo de parte de Marta y María esta breve misiva: «Señor, el que amas está enfermo.» Las dos hermanas esperaban que sabiendo la enfermedad de Lázaro, el Maestro se pondría inmediatamente en camino para visitar á su amigo y volverle la salud; pero, al contrario, sin manifestar ninguna emoción, Jesús respondió: «El mal que sufre no le quitará la vida, sino que servirá para procurar la gloria de Dios glorificando á su Hijo.» El mensajero regresó á Betania y Jesús permaneció dos días todavía en su soledad sin inquietarse por el enfermo. Marta y María le esperaron en vano; el mal empeoró de hora en hora y Lázaro rindió el último suspiro. Sólo entonces, el Salvador, dijo á sus apóstoles: «Volvamos á Judea.» — «Maestro, respondieron ellos, hace poco los Judíos querían apedrearte y ¿hablas de volver á Judea?.»

En efecto, temblaban por ellos como por él. Conociendo el odio de los fariseos contra los discípulos del profeta, con razón podían temer que correrían la misma suerte del Maestro. Jesús procuró calmar sus inquietudes... «No temáis, les dijo,

mi día sólo comienza á declinar. Cuando llega la noche, se marcha en las tinieblas y se corre riesgo de que el pie choque contra obstáculos; pero el sol brilla todavía, no hay peligro que temer.» Como nadie respondía, agregó para motivar su vuelta á Judea: «Nuestro amigo Lázaro duerme; es necesario que yo vaya á despertarle de su sueño.»

Los discípulos tomaron estas palabras á la letra y exclamaron contentos: «Si duerme, Señor, sanará.» Era un síntoma de buen augurio; nuevo motivo para no exponerse á la muerte volviendo á Judea. Entonces Jesús, dejando las figuras, les dijo claramente: «Lázaro ha muerto y me alegro de no haber estado allá durante su enfermedad. Me alegro por vosotros para que creáis en mí. Vamos á Betania.»

El temor de caer en manos de los Judíos, espantaba de tal manera á los apóstoles, que vacilaban todavía si se pondrían en marcha; pero Tomás, uno de los doce, decidió la cuestión con estas enérgicas palabras: «Sigámosle y, si es necesario, muramos con él.»

A la entrada de la aldea, supieron que Lázaro había muerto hacía ya cuatro días. Según la costumbre, el cadáver lavado y perfumado, cubierto de fajas y envuelto en un sudario, había sido depositado en el sepulcro. Desde aquel momento, las ceremonias del duelo se ejecutaban cada día cerca de la gruta funeraria. Los parientes, los amigos, Judíos de alta posición venidos de Jerusalén, acompañaban á las dos hermanas desoladas; sólo se oían gemidos y lamentos. Como habían transcurrido cuatro días, acabábase de practicar el reconocimiento oficial de la muerte; el sudario cubría el rostro del difunto y una losa colocada en la entrada del sepulcro impedía el acceso á él.

Mientras que las dos hermanas sentadas en tierra en medio de sus deudos, se entregaban á su profundo dolor, anuncióse á Marta la llegada de Jesús. Olvidándolo todo, se lanzó inmediatamente á su encuentro.

«Maestro, exclamó, si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto; pero aun ahora, estoy cierta de que todo cuanto pidas á Dios te lo concederá.

— Tu hermano resucitará, le dijo Jesús, disimulando no comprender su pensamiento.

— Ya lo sé, replicó ella temiendo avanzarse demasiado, que resucitará en el último día.

— Marta, yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque estuviere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. «¿Crees esto?»

— Sí, Señor, yo creo que eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que ha venido á este mundo.»

Después de este sublime diálogo, Marta llena de fe y de confianza, deja un instante al Salvador para ir en busca de su hermana y anunciarle la buena nueva. Le dice al oído para no llamar la atención de los Judíos: «El Maestro ha llegado y te llama.» María se levantó presto y salió de la casa para ir hacia Jesús. Los Judíos que la acompañaban y procuraban consolarla, creyeron que iba al sepulcro para dar curso libre á sus lágrimas y la siguieron... Llegando cerca de Jesús, cayó á sus pies y no pudo dejar de decirle como su hermana: «Señor, si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto.» Diciendo esto lloraba y con ella lloraban los Judíos. Al ver correr las lágrimas de todos los ojos, una emoción profunda se apoderó del Salvador, una conmoción divina agitó su espíritu.

— «¿Dónde habéis puesto á Lázaro?» preguntó.

— «Señor, vamos á llevarte al sepulcro.»

Jesús les siguió llorando también, lo que hizo decir á muchos: «Ved cómo lo amaba.» Otros, al contrario, inspirados por su acostumbrada malevolencia, infundían la desconfianza en torno suyo. «Ha abierto los ojos á un ciego de nacimiento, decían: ¿por qué, pues, no ha impedido morir á Lázaro?»

Llegado á la gruta cavada en la roca, delante del sepulcro cerrado con una pesada piedra, Jesús se conmovió de nuevo y dijo: «Quitad esta piedra.» Instintivamente Marta le hizo observar que haciendo ya cuatro días que Lázaro había muerto, seguramente se exhalaría de la tumba un olor de putrefacción; mas él le recordó sus palabras: «¿No te he dicho que si creyeras, verías la gloria de Dios?»

Removida la piedra, el cadáver envuelto en el sudario que le cubría de pies á cabeza apareció á la vista de todos. En aquel momento solemne, reinó un profundo silencio. Los asistentes, inmóviles, con la mirada fija en el profeta, se

preguntaban con ansiedad qué iría á suceder. Jesús, con los ojos levantados al cielo, oraba: «Padre mío, decía, gracias te doy porque me has escuchado. Yo sé que siempre me oyes, pero hablo así por este pueblo que me rodea, á fin de que crea que tú me has enviado.» Entonces extendiendo la mano hacia el cadáver, clamó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal de la tumba!» El muerto cobró vida y salió del sepulcro con las manos y pies envueltos en las fajas y el rostro cubierto con el sudario. Mudos de espanto, todos contemplaban aquel cadáver sepultado, que súbitamente se había levantado por sus propios pies y hacía esfuerzos por romper sus ataduras. «Desatadle, dijo Jesús, y dejadle libre.» Le quitaron las fajas y sudarios, y Lázaro apareció lleno de vida y se puso á andar.

La impresión de los asistentes no se puede expresar. Delante de aquel profeta que probaba su misión arrancando á los muertos de la corrupción de la tumba, todos se sentían como petrificados. La mayor parte de los testigos depusieron sus prevenciones y creyeron en Jesús. Algunos, sin embargo, dominados por el espíritu sectario, partieron en el acto á denunciar á los fariseos el extraño acontecimiento cuyo relato iba á provocar necesariamente en Jerusalén y en todo el país un inmenso movimiento en favor de su enemigo.

Y en efecto, la resurrección de Lázaro determinó una verdadera crisis en los espíritus. Imposible era negar un hecho acaecido á las puertas de la capital y cuyas dramáticas circunstancias referían los testigos, amigos y enemigos del taumaturgo; imposible era igualmente explicar aquel hecho de otra manera que por la intervención del Dueño supremo de la vida y de la muerte. Los fariseos no se atrevieron á atribuir al demonio este prodigio de los prodigios, sobre todo después que Jesús lo había realizado orando á su Padre y como prueba de su misión divina. Jesús era, pues, como él lo afirmaba, el enviado de Dios, el Mesías libertador, el Hijo del Padre que está en los cielos. Pero entonces ¿con qué nombre calificar á los sectarios, los fariseos, los doctores, los escribas que intentaban apedrearle y arrojaban de la sinagoga á los que creían en él? La fiesta de Pascua se aproximaba y todos se preguntaban si el pueblo que acudía de todas las provincias, no iría, aun á despecho

de los personajes oficiales, á llevar en triunfo al gran profeta y á proclamarle rey de Israel.

La situación pareciá tan crítica, que el gran sacerdote convocó con urgencia á los miembros del Sanhedrín para deliberar sobre las medidas que debían tomarse para apartar semejante peligro.

El Sanhedrín, ó gran Consejo de los Judíos, se componía de setenta miembros elegidos en los tres cuerpos de la nación: príncipes de los sacerdotes, doctores de fama y ancianos del pueblo distinguidos por su prudencia. Desde la dominación romana, el Sanhedrin, envilecido por los vencedores, era formado por hombres elegidos entre los sectarios sin fe y los intrigantes sin honor. El pontificado mismo, se vendía al mejor postor. Un astuto viejo llamado Anás, había conseguido conservar sobre su cabeza durante siete años la tiara pontificia; luego, invistió con ella sucesivamente á sus cinco hijos, habiéndola legado finalmente á su yerno José Caifás. Este la llevaba desde hacía muchos años como una herencia de familia. Saduceo, es decir, partidario de la secta que no creía en ninguno de los antiguos dogmas, ni siquiera en la inmortalidad del alma, Caifás no pensaba sino en enriquecerse y gozar de la vida presente. El mal rico pintado por Jesús revolcándose en la voluptuosidad mientras el pobre moría de hambre á sus puertas, era Caifás y todos le habían reconocido. También el patriotismo del gran sacerdote se acomodaba muy bien con la dominación romana y como desempeñaba en Jerusalén el papel más brillante y lucrativo, comprendía que nada más podía esperar del Mesías.

Salvo algunos personajes secretamente adictos á Jesús, como el legista Nicodemo y un rico señor del cuerpo de los saduceos, llamado José de Arimatea, los miembros del Consejo no eran mejores que su presidente. Fariseos desenmascarados por Jesús, saduceos sublevados contra su moral severa, escribas envidiosos de su popularidad, todos habían jurado al profeta un odio implacable. La clase de los grandes sacerdotes, representada especialmente por saduceos sin conciencia como Caifás, Anás, sus cinco hijos y otros expontífices ó miembros de su familia, no esperaban más que una ocasión para saciar su rabia contra aquel pretendido Mesías que desde tres años les había turbado su reposo.

Desde tiempo inmemorial, las sesiones del Sanhedrín tenían lugar en el templo de Jehová. Con el rostro vuelto hacia el santuario, los jueces procuraban tener siempre delante de sus ojos al Dios justo que debía inspirar sus resoluciones. Mas, en aquella época en que sólo las pasiones dictaban los juicios, se reunia el Consejo lejos del santuario, bajo los pórticos del templo, en la ciudad y muchas veces en el palacio del gran sacerdote cuya influencia preponderante apenas dejaba á sus asesores una apariencia de libertad. Con ocasión del milagro de Betania, la deliberación pareció tan importante y el secreto tan necesario, que Caifás reunió á sus colegas lejos del templo y de la ciudad. Más allá del valle de la Gehenna, frente al monte Sión, poseía una casa de campo (1) donde nadie seguramente vendría á sorprenderlos. En aquel lugar solitario se reunió el infame conciliábulo, en que el gran sacerdote y sus cómplices decretaron el más grande de los crímenes y la ruina de la nación judía.

Se trataba de resolver lo que debía hacerse en presencia de aquella resurrección de Lázaro que tenía en conmoción á todo el pueblo. «Este hombre multiplica los prodigios, se dijeron los sanhedristas ¿qué partido tomar á su respecto? Jueces serios habrían respondido que era necesario examinar si los milagros eran auténticos, en cuyo caso todos debían reconocer á Jesús de Nazaret como el Mesías esperado desde cuatro mil años. Pero la asamblea no se proponía examinar la realidad de los milagros realizados desde hacía tres años delante de la nación entera; se reunía únicamente para pronunciar una sentencia de muerte contra el taumaturgo de quien era necesario desembarazarse á toda costa. En lugar de la cuestión religiosa, única en discusión, los jueces hicieron previamente de ella una cuestión política. «Si le dejamos seguir, dijeron, todo el pueblo creerá que él es realmente el Mesías y le proclamará rey de Israel.» Confesaban pues, que sin la oposición criminal de sus jefes, Israel habría reconocido al Mesías y que si la nación judía

(1) El Evangelio nada dice del lugar en que el Sanhedrín se reunió en esta circunstancia. Sólo la tradición hace mención del asunto. La colina en que se encontraba la casa de campo de Caifás se llama todavía el *Monte del Mal Consejo.*

cometía un deicidio, el crimen era ante todo imputable á sus doctores y pontífices. Pero ¿por qué quieren á toda costa impedir al pueblo proclamar á Jesús hijo de David y rey de Israel? «Porque, dijeron, si los Romanos oyen hablar de un Mesías libertador, de un rey de Israel, creerán en una nueva sedición, tomarán las armas y destruirán el templo, la ciudad, la nación entera.» Así hablaron los saduceos que preferían las leyes y costumbres romanas á las leyes de Dios y de cualquier Mesías; así hablaron los fariseos que, esperando un Mesías dominador del mundo, rehusaban aceptar un rey pacífico que se contentaría con reinar sobre las almas.

Los partidarios de estas dos sectas enemigas, se unieron para reclamar la muerte de Jesús. Algunos consejeros, entre otros José de Arimatea y Nicodemo, discípulos secretos del Salvador, observaron á los sectarios que no se podía condenar á un hombre sin oirle y que dar un decreto de muerte en secreto, sin ninguna forma de proceso, constituiría de parte de los jueces una verdadera prevaricación; pero estas reflexiones, por justas que fuesen, sólo sirvieron para excitar la rabia de aquellos furiosos. «Vosotros no entendéis nada, clamó Caifás con su ordinaria brusquedad, ¿no veis que se trata de la salvación pública? Es necesario que este hombre muera por todo el pueblo y salve así la nación de una ruina cierta.»

¡Es necesario que este hombre muera por todo el pueblo!

Palabra profética, fórmula de la redención que Dios mismo puso en la boca del gran sacerdote. Por malvado que fuera, Caifás «representaba entonces la más alta autoridad religiosa, y por esto Dios le hizo proclamar solemnemente que Jesús debía morir por todo el pueblo; no sólamente por su nación, sino por todas las naciones del universo,» que debían formar el reino universal de los hijos de Dios.

Las palabras de Caifás pusieron fin á los debates. La asamblea lanzó contra Jesús la gran excomunión que envolvía la pena de muerte contra el culpable y contra los que le diesen asilo. En cumplimiento de aquella sentencia, el gran Consejo intimó á todo el que supiera dónde se encontraba Jesús, la orden formal de denunciarle á las auto-

ridades á fin de que estas pudiesen apoderarse de su persona. (1).

A partir de aquel día, la sola preocupación de los fariseos fué llevar á cabo la ejecución de la muerte de su enemigo, pero sin desencadenar contra ellos una revolución popular.

En cuanto á Jesús, evitó mostrarse en público. Dejando las cercanías de Jerusalén, se retiró con sus apóstoles á la pequeña ciudad de Efrén. Allí, cerca del desierto, á dos pasos del Jordán, esperó en el silencio y la soledad el día en que debía entregarse él mismo á sus perseguidores.

CAPÍTULO II.

Último viaje á Jerusalén.

EN CAMINO HACIA LA CIUDAD SANTA. — ESPERANZAS É INQUIETUDES. — JESÚS ANUNCIA TODOS LOS DETALLES DE SU PASIÓN. — ILUSIONES DE LOS APÓSTOLES.—PETICIÓN DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO.—LECCIÓN DE HUMILDAD. — EN JERICÓ, CURACIÓN DE DOS CIEGOS. — CONVERSIÓN DE ZAQUEO. — PARÁBOLA DE LAS MINAS. *(Matth. XX, 17-34 — Marc. X, 32-52 — Luc. XVIII, 31-43; XIX, 1-28.)*



ESÚS permaneció un mes en su refugio. Oraba á su Padre y se preparaba al gran sacrificio que debía coronar su vida en la tierra. Con inefable gozo veía llegar aquel día tan deseado de la redención, día de gloria para su Padre, de triunfo para él, de ruina para Satanás, de salvación para el género humano. Iba á recibir, en fin, el bautismo de sangre por el que tan largo tiempo había suspirado.

(1) La excomunión era publicada al sonido de las trompetas, por los sacerdotes que presidían las asambleas de las cuatrocientas sinagogas de Jerusalén. El Talmud refiere que Jesús fué así declarado excluído solemnemente de la sinagoga y proclamado digno de muerte, como mago y seductor del pueblo.

Bien diferentes eran los pensamientos de los apóstoles. Vacilando entre el temor y la esperanza, se preguntaban qué vendría á ser de su Maestro y cuál la suerte que á ellos estaría reservada. Por una parte, los pontífices y fariseos no cesarían de proseguir la ejecución de su sentencia; esbirros enviados por ellos, podían á cada instante apoderarse del excomulgado y llevarle ante sus jueces. Por otra parte, desde el milagro de Betania, el pueblo se pronunciaba más y más en favor del profeta. A pesar de las órdenes expresas del Sanhedrín, no solamente nadie había hecho traición al Salvador denunciando el lugar de su retiro, sino que ni aun se temía llamarle Hijo de David y rey de Israel. Si había resucitado á Lázaro, se decía, era para mostrar á todos su poder y preparar su advenimiento al trono. Y los apóstoles acariciaban, como el pueblo, tales presentimientos para distraerse de sus sombrías inquietudes.

Apenas apareció la luna de abril y los emisarios del gran Consejo anunciaron al pueblo que en catorce días más se celebraría la Pascua, cuando las caravanas comenzaron á dirigirse á Jerusalén. Gran número de peregrinos, en efecto, apresuraban su llegada á la ciudad santa á fin de purificarse antes de la fiesta. Los apóstoles angustiados, esperaban que Jesús, visto el mandato de arresto lanzado contra él no saldría de su retiro, cuando el décimo día antes de la solemnidad les anunció que irían á unirse á las caravanas. Sorprendidos de semejante resolución, se pusieron en marcha poseídos de temor. Jesús les precedía con paso firme y resuelto, y ellos le seguían á alguna distancia, tristes y silenciosos. Sin embargo, se alentaron poco á poco con la idea de que no habiendo nada oculto para el Maestro, no iría delante del enemigo si no estuviera seguro de la victoria.

Soñaban ya con el reino temporal, cuando Jesús volviéndose á ellos, les tomó aparte y les anunció, no solamente su muerte próxima, sino los detalles de su Pasión: «Hé aquí, les dice, que subimos á Jerusalén donde van á cumplirse todas las predicciones de los profetas sobre el Hijo del hombre. Será entregado á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y á los ancianos del pueblo que le condenarán á muerte. Será en seguida entregado por ellos á los Gentiles, quienes le acusarán de ultrajes, le flagelarán, le escupirán en

el rostro y le crucificarán. Morirá en la cruz y resucitará al tercero día. »

De estos detalles tan explícitos y aflictivos, ninguno impresionó el espíritu ofuscado de los apóstoles. Creyeron oir palabras misteriosas cuyo sentido no podían penetrar; sólo conservaron una cosa en su memoria y era que después de tres días Jesús iba á resucitar, seguramente con la intención de proclamar su reino y confundir á sus enemigos. ¿Qué significaban aquella muerte y resurrección? No lo entendian, pero era indudable que Israel estaba en vísperas de presenciar el triunfo del Mesías.

A tal punto los dominaba esta falsa persuasión, que Santiago y Juan, los hijos del Zebedeo, creyeron que era oportuno anunciar á su madre, la cual formaba parte en la caravana, el próximo reinado del Salvador. Era el momento, según ellos, de procurarse un puesto favorable en el nuevo reino y tal vez Salomé, que lo había dejado todo por seguir á Jesús y servirle, podría hacer algo en favor de sus hijos. Salomé comprendió lo que Santiago y Juan deseaban de ella y aprovechando un momento en que Jesús estaba solo, se acercó á él con sus dos hijos y se prosternó á sus pies.

— « ¿Qué quieres de mí? le preguntó el Salvador. — Señor, respondió ella, aquí tienes á mis dos hijos; me atrevo á suplicarte que los coloques en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda.

— No sabes lo que pides, replicó Jesús mirando á los dos hermanos. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber y recibir el bautismo con que he de ser bautizado? — Sí lo podemos, respondieron, sin saber que se trataba del cáliz de dolores.

— Le beberéis, ciertamente, díjoles el buen Maestro, porque ya les veía afrontando el martirio por su gloria; pero, agregó, el sentaros á mi derecha ó izquierda, eso corresponde á los predestinados por mi Padre. »

En el reino de los cielos, los lugares son dados, no al favor, sino al mérito y allí se llega haciendo buen uso de las gracias que Dios dispensa precisamente para merecer la gloria. Mas, en aquel momento los hijos del Zebedeo estaban más preocupados de sus halagüeñas esperanzas de porvenir

terreno, que del reino de los cielos. Los otros apóstoles no pensaban más cuerdamente, porque conociendo la ambiciosa pretensión de los dos hermanos, les reprocharon amargamente el haber codiciado los primeros puestos con detrimento de sus colegas.

Jesús, siempre bueno y paciente, les puso de acuerdo entre ellos predicándoles la humildad. « Los soberanos, les dijo, dominan á sus súbditos y les hacen sentir el poder que tienen sobre ellos; pero entre vosotros no ha de ser así. El que quiera ser el mayor entre vosotros, deberá convertirse en el servidor de todos y quien quiera ser el primero, hágase el esclavo de los demás; porque el Hijo del hombre de quien sois discípulos, no ha venido á ser servido sino á servir y á dar su vida por la redención del mundo. »

Mientras hablaba con sus apóstoles, Jesús se vió pronto rodeado de una multitud innumerable de peregrinos que se consideraban felices con escoltar al profeta. En las cercanías de Jericó, aquella multitud entusiasta lanzaba tales clamores, que un ciego llamado Bartimeo, sentado al borde del camino y acompañado de otro ciego como él, preguntó de dónde venía aquel ruido y por qué tantas ovaciones. Se le dijo que Jesús de Nazaret iba á pasar cerca de ellos. En el acto, una luz interior penetró el alma de aquellos dos mendigos y comenzaron á clamar: « ¡Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros! » Mientras más se aproximaba Jesús, más fuertes eran sus gritos, á tal punto que los primeros del cortejo creyeron deber imponerles silencio; pero aquellos en vez de callar, con voz aun más lastimera, repetían su súplica: «¡Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros!» Jesús se detuvo é hizo llamar á los dos ciegos. Corrieron algunos hacia Bartimeo gritándole: « Ten confianza, levántate, el Maestro te llama. » Bartimeo arrojó su manto y se lanzó hacia Jesús seguido de su compañero.

« ¿Qué queréis? les preguntó Jesús. — Señor, haz que yo vea, respondió Bartimeo. Que se abran nuestros ojos, » respondieron ambos.

Jesús movido á compasión, les tocó los ojos, diciendo: « Vuestra fe os ha salvado: levantaos y ved. »

Al instante se abrieron los ojos de los ciegos y estos se unieron al cortejo glorificando á Dios. Todo el pueblo aclamó

al profeta saludándole como á Hijo de David á ejemplo de los ciegos y bendecía á Jehová por haber por fin enviado á su pueblo el Mesías esperado desde tantos siglos. En medio de aquella entusiasta multitud, hizo Jesús su entrada en Jericó.

La ciudad de Jericó, la ciudad de las palmeras y de las rosas, rebosaba en aquellos momentos de peregrinos que, venidos desde las dos riberas del río sagrado, hacían alto dentro de sus muros antes de tomar el camino de Jerusalén. Como era necesario marchar todavía siete horas á través de las montañas para llegar á la ciudad santa, Jesús resolvió, como la generalidad de los viajeros, pasar la noche en Jericó. Atravesaba, pues, la ciudad rodeado de millares de extranjeros ávidos de ver y saludar al profeta, cuando una circunstancia singular le proporcionó la ocasión de salvar un alma y dar una lección á la multitud.

Un jefe de publicanos llamado Zaqueo, muy rico y desacreditado, deseaba vivamente conocer á aquel taumaturgo de Nazaret de quien todo el mundo hablaba con admiración. Como no podía penetrar por entre la multitud para acercársele, ni siquiera verle, porque era pequeño de estatura, corrió delante del cortejo y subió á un sicómoro cerca del cual Jesús debía necesariamente pasar. Oculto entre el ramaje, Zaqueo vió pasar al divino Maestro. Sus ojos deslumbrados, contemplaban aquel hermoso rostro en que se pintaba una bondad más que humana; su corazón atraído por aquel personaje que no le parecía de la tierra, latía con fuerza, cuando hé aquí que de repente Jesús levantó los ojos hacia él y le llamó por su nombre: « Zaqueo, le dijo el Salvador, baja pronto, porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa. »

Transportado de gozo, el publicano bajó del árbol y condujo á Jesús á su casa, con gran escándalo de los fariseos y aun de los discípulos, quienes no podían comprender aquella predilección del Maestro para con un vil pecador, un miserable recaudador de impuestos. Pero luego vieron que el publicano era mejor que muchos fariseos ensalzados por su justicia y piedad. Transformado súbitamente por el arrepentimiento de sus faltas y deseoso de corresponder por un acto de generosidad á la divina benevolencia de Jesús, se detuvo en el umbral de su casa y le

dijo delante de todo el pueblo: « Señor, desde este momento doy á los pobres la mitad de mis bienes y si he defraudado á alguien, le restituiré el cuádruplo. »

Compartiendo así su fortuna con los pobres, Zaqueo se elevaba de un golpe á una perfección á que jamás llegaría el hipócrita fariseo. De esta manera quiso mostrar Jesús á todos que, á pesar de sus secretas murmuraciones, él había escogido muy bien su hospedaje. « Zaqueo, le dice, la salvación ha entrado hoy en tu casa. Este, añadió dirigiéndose al pueblo, es un verdadero hijo de Abraham. Sabed que el Hijo del hombre ha venido á salvar lo que había perecido. »

Jesús pasó la noche en casa de Zaqueo. El día siguiente una multitud inmensa aguardaba á las puertas del publicano deseando escoltar al Hijo de David, quien sin la memor duda, iba esta vez á entrar triunfante en la ciudad santa á tomar en sus manos, como Mesías libertador, el cetro de los antiguos reyes. Antes de abandonar á Jericó, Jesús procuró una vez más disipar las ilusiones que la realidad de los hechos pronto destruiría por completo. Bajo el velo de una parábola, les anunció que les dejaría luego para ir á tomar posesión de su reino y que cada uno de sus súbditos sería recompensado ó castigado según la conducta que observare durante su ausencia.

« Un hombre de noble origen, les dijo, partió á una región lejana á fin de recibir de su soberano la corona real y volver en seguida á gobernar sus estados. Antes de partir, llamó á diez de sus servidores y entregó á cada uno una mina ó moneda de plata, recomendándoles negociar con ella hasta su regreso. Pero sus conciudadanos le odiaban en tanto grado, que enviaron una embajada al soberano para decirle: No queremos que este hombre reine sobre nosotros. Mas esto no impidió que recibiera la investidura del reino. De vuelta de su viaje, hizo venir á sus servidores y les pidió cuenta del provecho que habían alcanzado con el dinero puesto en sus manos. El primero respondió, que su mina había producido otras diez.

— Eres un buen servidor, le dijo, y puesto que te has conducido bien en este asunto de poca importancia, yo te daré el gobierno de diez ciudades. La moneda del segundo habia producido otras cinco; le fueron confiadas á su go-

bierno cinco ciudades. Vino un tercero que devolvió al rey sin ganancia la moneda que había recibido, presentándosela cuidadosamente envuelta en un paño. Señor, le dijo, aquí la tienes tal como me la has dado; no he querido negociar con ella por temor de la cuenta que debo darte, sé que eres severo y exiges lo que no hay y quieres cosechar lo que no has sembrado.

— Mal servidor, respondió el príncipe, tus propias palabras te condenan. Si sabías que yo era tan exigente ¿por qué no has colocado mi dinero en un banco para devolvérmelo con sus intereses? Quitadle la mina, dice á sus empleados y dadla al que tiene diez. — Señor, le observaron, ese ya tiene diez minas. — Es verdad, replicó el príncipe, pero se dará al que ya tiene para que tenga más, y al negligente que no ha sabido adquirir, se la quitará aun lo poco que tiene. En cuanto á aquellos enemigos que no han querido reconocerme por rey, traedlos aquí y quitadles la vida en mi presencia. »

Fácil era comprender el sentido de esta parábola. En lugar de fundar en Jerusalén un reino terrestre, Jesús iba á partir de Jerusalén á una región lejana, el cielo, á fin de recibir de su Padre la investidura del reino de Dios. Los Judíos rehusarían reconocerle por su rey, pero no por eso dejaría de ser el rey de cielos y tierra. Entre tanto, dejaba á sus discípulos hasta su vuelta, el don de la fe y gracias abundantes, á fin de que pudiesen por sus buenas obras, trabajar por su gloria. Cuando él se muestre en su trono de gloria, cada uno será recompensando según sus méritos; pero desgraciado de aquel que haya recibido la fe sin hacerla fructificar por medio de sus obras y más desgraciados aún los que hubieren dicho de Jesús: ¡No queremos que reine sobre nosotros!

Más tarde, á la luz de los acontecimientos, los apóstoles y discípulos comprenderán que la parábola de las minas no era más que una historia anticipada del reino espiritual de Jesús y este recuerdo de las predicciones del Maestro sostendrá su fe y su valor en medio de las pruebas; pero por el momento sólo vieron en ella la confirmación de sus esperanzas. El Mesías se decidía, por fin, á tomar posesión de su reino y á mostrar su poder á aquellos orgullosos fariseos

que clamaban como en la parábola: No queremos que reine sobre nosotros. Con esta convicción, los peregrinos salieron de Jericó en seguimiento de Jesús y comenzaron á trepar por los desfiladeros que conducen á la ciudad santa. Llegaron á Betania al pie del monte de los Olivos el viernes, seis días antes de la Pascua. El sol se ocultaba en el horizonte y el sábado iba á comenzar. Jesús se detuvo en casa de Lázaro donde quería pasar la noche con sus apóstoles, mientras que los peregrinos recorrían los pocos estadios que les separaban de Jerusalén y anunciaban á todos que á pesar de la excomunión del Sanhedrín, el profeta de Nazaret subiría al templo con ocasión de las fiestas pascuales.

CAPÍTULO III.

El Hosanna.

JESÚS EN BETANIA. — EL FESTÍN DE DESPEDIDA. — LA UNCIÓN DE MARÍA MAGDALENA. — CRÍTICA DE JUDAS. — RESPUESTA DEL SALVADOR.— PREPARATIVOS DEL TRIUNFO. — EL ASNA Y SU POLLINO.— « HOSANNA AL HIJO DE DAVID ». — JESÚS LLORA POR JERUSALÉN. — INDIGNACIÓN DE LOS FARISEOS. —*(Matth. XXVI, 6-13; XXI, 1-11. — Marc. XIV, 3; XI, 1-11 — Luc. XIX, 29-44. — Joan. XII, 1-19.)*

JESÚS fue recibido en Betania con transportes de gozo, no sólo por sus amados huéspedes, sino por toda la población de la aldea, feliz con volver á ver al divino taumaturgo que había resucitado á Lázaro. El día siguiente, sábado, fue para todos un verdadero día de fiesta. Las ovaciones de los peregrinos habían abierto los corazones á la esperanza. Se preguntaban si no estarían en vísperas de un triunfo, á pesar de que, después de la sentencia de excomunión, había fundamento para prever que los enemigos del Salvador intentarían apoderarse de él durante su permanencia en la capital.

Entre los principales habitantes de Betania se encontraba un ferviente admirador de Jesús, porque el buen Maestro lo había anteriormente sanado de la lepra, llamado Simón el leproso. Invitó éste á su bienhechor á tomar la cena en su casa, en compañía de sus apóstoles, de su amigo Lázaro y de muchos otros discípulos. Marta se encargó, según su costumbre, de dirigir el servicio de la mesa.

Durante la cena, María, la hermana de Marta, la pecadora de Mágdala, se acordó que un año antes en una circunstancia semejante, había obtenido del Salvador el perdón de sus faltas. Entregada del todo á su Dios, creyó que antes de su partida á Jerusalén, convenía dar el adiós al Maestro honrándole con un acto memorable de veneración y amor. Cuando el Salvador ocupó su lugar en la mesa del festín, María, con un vaso de alabastro en sus manos lleno de perfumes de gran precio, se acercó á él, rompió el vaso y derramó su precioso nardo sobre la cabeza del divino huésped; luego, echándose á sus pies, los ungió igualmente y los enjugó con sus largos cabellos. Toda la casa quedó como embalsamada con un exquisito y suave olor.

Los convidados observaban aquella escena con la mayor atención. Era costumbre entre los judíos romper un vaso en medio del festín para recordar, entre las alegrías del mundo, la fragilidad de la vida humana. María acababa de profetizar, como lo venía haciendo el Maestro desde algunos días atrás, que la separación se acercaba. Todos se unían de corazón á María en aquel supremo homenaje rendido al Salvador, cuando desde un grupo de discípulos se dejaron oir palabras de descontento. Judas, uno de los doce, melancólico y taciturno hasta aquel momento, expresaba en voz alta su indignación por esa prodigalidad que calificaba de insensata. ¿Con qué fin, dijo, un gasto tan exagerado? ¡Fácil habría sido vender en trescientos denarios estos perfumes que derrocháis y dar esta suma á los pobres!

Muchos aplaudieron esta crítica sin sospechar, por cierto, las secretas intenciones del pérfido apóstol. Judas se inquietaba muy poco por los pobres, pero como manejaba la bolsa común del colegio apostólico y con poco escrúpulo, aquellos trescientos denarios eran objeto de su codicia. Por otra parte, había perdido ya el amor á su Maestro desde el momento

en que sólo entrevió para él humillaciones y tal vez una catástrofe en la cual necesariamente quedarían envueltos sus discípulos. ¿Por qué, pensaba, tributar semejantes honores á un hombre que habla tanto de su reino y se encuentra siempre reducido á la mendicidad?

Jesús veía muy claro lo que pasaba en aquella alma atormentada por el demonio y él mismo se encargó de responderle. « No molestes á esta mujer, dijo á Judas y á los otros censores ¿por qué le reprocháis su conducta para conmigo? Acaba de practicar una buena acción, anticipándose á rendirme los honores de la sepultura. Siempre tendréis pobres á quienes socorrer, pero á mí, no siempre me tendréis. Censuráis á esta mujer y yo os digo, que en donde quiera que se predique mi Evangelio, su nombre será pronunciado con honor á causa de lo que acaba de hacer. »

Por lo demás, aquella unción real de Betania, censurada por un traidor y alabada por un Dios, no era más que el preludio del triunfo también real que al siguiente día todo un pueblo iba á tributar al Salvador. Jesús había rehusado la corona terrestre que los Galileos engañados, no cesaban de ofrecerle; pero él quería antes de morir, que este mismo pueblo reconociera su verdadera dignidad real y condujera triunfalmente á través de las calles de su capital al Hijo de David, al Mesías libertador, al verdadero rey de Israel. En presencia de los fariseos que le llenaban de injurias desde hacía tres años, del Sanhedrín que le había excomulgado, del gran sacerdote que se preparaba á pronunciar contra él sentencia de muerte, Jesús iba á aparecer como rey pacífico, pero también como rey omnipotente; como un pastor dispuesto á morir por sus ovejas, pero también como el juez de los que tramaban su muerte. Y los millares de hombres que de todas las naciones llegarían á Jerusalén para las fiestas de Pascua, asistirían también á la exaltación del Mesías realizada por todo el pueblo de Israel, antes de ver á este mismo Mesías suspendido en el patíbulo de los criminales.

Antes de la llegada de Jesús á Betania, los peregrinos que ya invadían á Jerusalén se informaban con ansiedad acerca del profeta de Nazaret. La resurrección de Lázaro preocupaba á todos los espíritus y naturalmente cada uno deseaba volver á ver y oir á aquel hombre bastante pode-

roso para sacar vivo del sepulcro á un muerto de cuatro días. Por todas partes se oía esta pregunta: ¿Vendrá á la fiesta ó le arredrará el decreto del Sanhedrín? Cuando de repente, los peregrinos que hicieron con Jesús el camino de Jericó á Betania, esparcieron la noticia de que el profeta pasaría el sábado en casa de Lázaro y al día siguiente subiría al templo.

En el acto, se manifestó en todos los cuarteles de la ciudad una agitación extraordinaria. Multitud de vecinos y extranjeros treparon al monte de los Olivos, impacientes de ver al Maestro y á su amigo Lázaro salido de la tumba. Lázaro y las gentes de Betania referían todas las particularidades del gran milagro verificado por el profeta, de suerte que el número de los partidarios de Jesús, aumentando de hora en hora, comenzó á infundir terror á los príncipes de los sacerdotes. Inquietos y turbados, éstos últimos tuvieron el pensamiento de hacer morir á Lázaro, aquel testigo vuelto de la tumba para cubrirles de confusión.

Tal era el estado de los espíritus, cuando, el domingo, Jesús dejó á Betania para hacer su entrada en Jerusalén. Sus apóstoles le rodeaban esperando ver comenzar ya el reinado de su Maestro. Una multitud inmensa le escoltaba lanzando exclamaciones de alegría. Y no sólo no le desagradaban aquellas demostraciones, sino que luego manifestó su voluntad de entrar á la ciudad santa como un rey en su capital. Llegado al monte de los Olivos, cerca de la aldea de Betfajé, hizo detenerse á la multitud y tomando aparte á dos de sus discípulos, les dijo: «Id á aquella aldea que está delante de vosotros; á la entrada de ella encontraréis una asna atada y su pollino sobre el cual nadie ha montado todavía. Desatadlos y traédmelos; que si alguien os preguntare con qué derecho lo hacéis, responded que por orden del Maestro y os lo permitirá.» Los dos mensajeros encontraron, en efecto, el asna y su pollino atados á una puerta que daba al camino. Preguntóseles qué intentaban hacer con ellos y como los enviados respondieran lo que les había ordenado el Maestro, les dejaron partir sin ninguna observación.

El asno había sido la cabalgadura de los reyes y montado en él el verdadero rey de Judá, debía hacer la entrada en su capital, según la profecía de Zacarías: «Alégrate, hija

de Sión! Hé aquí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre, montado sobre una asna y su pollino.» Los discípulos se despojaron de sus mantos para engalanar con ellos al pollino, é hicieron subir sobre él á Jesús. Luego la multitud, entre gritos de alegría, le acompañó á Jerusalén.

Aquello fué verdaderamente una marcha triunfal. Multitudes acudían desde la ciudad al encuentro del cortejo, llevando palmas en las manos y haciendo resonar el aire con sus aclamaciones; de manera que Jesús se encontró estrechado entre dos oleadas de pueblo, los que le seguían desde Betania y los que le salían al encuentro. A medida que el Salvador avanzaba, unos extendían sus vestiduras á lo largo del camino, otros arrojaban ramas de árboles á su paso; todos á porfía celebraban las alabanzas del profeta y le proclamaban rey de Israel.

Cuando la comitiva, llegada á la cima del monte, divisó los blancos muros de la ciudad santa, sus espléndidos palacios y su vasto templo rodeado de parapetos, lanzó á todos vientos sus gritos de fe y de amor:«¡Hosanna! ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! ¡Gloria al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, á restaurar el reino de David nuestro Padre!» No se podía reconocer más claramente al Mesias prometido á Abraham y cantado por los profetas. Ante tal espectáculo, los envidiosos fariseos que se habian mezclado en el acompañamiento, echaban en cara á Jesús los gritos sediciosos de sus partidarios y calificaban de revuelta contra el César esta ovación que se hacía á su enemigo. «¡Maestro, le decían con un despecho que no podían disimular, os conjuramos que hagáis callar á vuestros discípulos! — ¡Es inútil, les respondió el Salvador, porque en este momento, si ellos callaran, las piedras mismas clamarían!»

En aquella hora escogida por Dios para glorificar á su Hijo en nombre de la nación judía, no habría habido poder humano capaz de impedir aquella pública manifestación de su soberanía. ¡Desgraciados de aquellos que, en aquel día solemne, rehusaron abrir sus ojos á la luz y blasfemaron contra Jesús, en lugar de cantar con el pueblo un himno á su gloria! Desde la cima del monte, el Salvador detuvo un instante su mirada sobre esa Jerusalén que desde hacía

tanto tiempo venía despreciando obstinadamente la gracia de la salvación y sus ojos se llenaron de lágrimas. «¡Oh Jerusalén, exclamó, si quisieras aun en este día que se te ha dado, si quisieras abrir los ojos para reconocer al único que puede darte la paz! Pero, estás herida de una ceguedad que causará tu ruina. Pronto llegará el día en que tus enemigos te circunvalarán de trincheras, te sitiarán y estrecharán por todos lados. Serás arrasada y tus hijos serán sepultados bajo tus ruinas y de Jerusalén no quedará piedra sobre piedra, porque no has querido conocer el día en que el Señor te ha visitado.»

Momentos después, Jesús entraba en la ciudad seguido de la inmensa multitud de sus discípulos. La población en masa acudió á su encuentro en medio de una agitación profunda. Los extranjeros preguntaban: «¿Quién es este hombre y por qué estas aclamaciones?— Es el profeta de Nazaret, se les respondía; es el que resucitó á Lázaro.» Y el Hosanna al Hijo de David resonaba cada vez más ardoroso á través de toda la ciudad. En cuanto á los fariseos, más exasperados que nunca, se decían unos á otros: «Ya veis que no hemos adelantado un paso; le condenamos á muerte y hé aquí que todo el pueblo corre tras él.»

Los discípulos condujeron á Jesús hasta el templo en donde sólo permaneció un momento, pero lo bastante para ver la casa de Dios convertida de nuevo en un mercado público. Llegaba la noche; Jesús se retiró de allí resuelto á remediar al día siguiente semejante profanación y después de despedir al pueblo, volvió á subir al monte de los Olivos donde pasó la noche orando á su Padre.



CAPÍTULO IV.

Judíos y Gentiles.

LA HIGUERA ESTÉRIL. — VENDEDORES ARROJADOS DEL TEMPLO. — ACLAMACIONES DEL PUEBLO. — PAGANOS EN BUSCA DE JESÚS. — UNA VOZ DEL CIELO. — LECCIÓN Á LOS INCRÉDULOS. — AGBAR, REY DE EDESSA. *(Matth. XXI, 12-22 — Marc. XI, 12-26 — Luc. XIX, 45-48 — Joan. XII, 20-36.)*

Al día siguiente, Jesús se trasladó al templo con sus apóstoles. En el camino les reveló por medio de un hecho simbólico el destino del pueblo judío y de aquella sinagoga que, rechazando con obstinación la gracia divina, no producía ningún fruto de salvación. Acosado por el hambre se acercó á una higuera de frondoso ramaje esperando encontrar algunos frutos precoces; pero la higuera no tenía más que hojas. Jesús la maldijo: « Ya nadie comerá jamás de tu fruto, » díjola. Y al instante las hojas comenzaron á marchitarse y luego el árbol quedó seco hasta la raíz. Así perecerá la antigua sinagoga. Orgullosa con sus leyes, ceremonias y tradiciones farisaicas, sólo produce abundantes hojas para atraer las miradas de los hombres, pero ningún fruto de virtud para regocijar el corazón de su Dios. Como lo hizo con la higuera estéril, Dios va á maldecir á la sinagoga y la sinagoga morirá y su pueblo privado de la savia divina, no será sino una ruina colosal.

Jesús, después de aquella maldición profética, entró al templo, el cual se hallaba ya invadido por las masas populares. En llegando al atrio de los Gentiles, encontró allí aquellos mercaderes que había expulsado tres años antes. Con la complicidad de los príncipes de los sacerdotes, el templo se había convertido nuevamente en teatro de los mismos abusos y profanaciones. Este espectáculo excitó en su corazon una viva indignación y por segunda vez arrojó del

recinto sagrado á vendedores y compradores, volcó las mesas de los cambistas y los asientos de los mercaderes de palomas y prohibió á todos trasportar objetos profanos por dentro de los atrios y pórticos del santo edificio. En todo esto, era fácil reconocer al Rey-Mesías que mandaba en sus propios dominios. Sus ojos lanzaban rayos y su voz poderosa inspiraba terror. «¿No sabéis, clamaba, lo que dice la Escritura: Mi casa es una casa de oración abierta á todas las naciones? ¡y vosotros habéis hecho de ella una cueva de ladrones!»

El pueblo aplaudió este proceder porque todos respetaban el templo de Jehová; pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas se consumían de rabia al ver á aquel hombre á quien habían excomulgado, ejercer en su misma presencia una autoridad soberana y condenar la conducta de ellos á los ojos de toda la nación. ¿Qué hacer, preguntábanse, para desembarazarse de aquel rebelde que desafiaba con audacia sin ejemplo los decretos del Sanhedrín? Sin embargo, no se atrevieron á proceder violentamente contra el profeta, porque el pueblo parecía decidido más que nunca á sostenerle.

Restablecida la tranquilidad en el templo, Jesús se dedicó á enseñar á la multitud. Su doctrina pareció tan sublime, que todos los asistentes, suspendidos de sus labios, no pudieron dejar de manifestar su admiración; nuevo motivo de cólera para los fariseos. Momentos después, trajeron al templo á los enfermos, cojos, ciegos y á todos los sanó Jesús provocando aclamaciones sin término. El entusiasmo de la víspera se reanimó en todo el pueblo y movió tan vivamente los corazones, que hasta los niños entonaron el cántico de triunfo: «¡Hosanna, hosanna al Hijo de David!» Ante este espectáculo, los fariseos, no pudiendo ya contener su cólera, corrieron hacia Jesús y le dijeron enfurecidos: «Hazlos callar: ¿no oyes lo que dicen? — Les oigo perfectamente, respondió Jesús; pero ¿no habéis leído aquel pasaje de las Escrituras: «De la boca de los pequeñuelos y niños de pecho arrancaste una perfecta alabanza»? Bajo el impulso divino, los niños aclamaban al Mesías, mientras que los doctores bajo el impulso de Satanás, le maldecían y procuraban darle la muerte.

Un incidente extraordinario vino, en ese momento mismo, á hacer más sensible aquel inexplicable endurecimiento de los Judíos. Entre la multitud reunida bajo los pórticos del templo, se encontraban paganos, griegos de nación, que habían venido á Jerusalén para adorar á Jehová el Dios de los Judíos. Testigos de la expulsión de los vendedores del templo y de los prodigios inauditos que hacía el profeta, deseaban vivamente conferenciar con él. Pero, relegados al atrio de los Gentiles, no podían aproximársele. Se acercaron á Felipe, uno de los apóstoles y le dijeron: «Señor, desearíamos ver á Jesús.» Felipe dudaba si comunicaría al Maestro el deseo de aquellos paganos; pero habiendo consultado á Andrés su compatriota de Betsaida, fueron ambos á presentar la humilde petición.

Jesús acogió á los representantes de la Gentilidad con un gozo tanto más vivo, cuanto que la infidelidad de su propia nación tenía su corazón destrozado. «Hé aquí la hora, exclamó, de la glorificación del Hijo del hombre.» La hora de la muerte será, en efecto, para el Redentor, la hora de la gloria. «En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo arrojado á la tierra no muere, tampoco fructifica; pero si muere, produce frutos en abundancia.» Así también el Hijo del hombre debe morir en la cruz; entonces nacerán de su sangre innumerables hijos de Dios en toda la extensión del mundo. Y Jesús añadió, que sus discípulos debían sacrificarse como él, si querían participar de su obra, ser admitidos en su reino y recibir del Padre la corona de gloria.

Sin embargo, al hablar de su muerte próxima experimentó una emoción profunda. El espectáculo de la Pasión se presentó ante sus ojos con todos sus horrores y conmovió todo su ser. «Mi alma se acongoja, dijo con voz trémula, ¡Oh Padre mío! ¿os pediré que no llegue para mí esa hora?... ¡Oh, no! No he venido al mundo sino para llegar á esta hora suprema. Padre mío, glorificad vuestro nombre.»

En aquel momento de angustia que presagiaba la agonía del Salvador, una voz atronadora descendió de las alturas del cielo y llenó de estupor á todos los asistentes: «Yo le he glorificado ya, decía la voz y le glorificaré todavía más.» Aturdidos y asombrados, unos creían haber oído un trueno; otros, la voz de un ángel que hablaba con Jesús; pero los

apóstoles reconocieron la voz del Padre que está en los cielos. Como en el Jordán, como en el Tabor, el Padre glorificaba á su Hijo muy amado. El Salvador por su parte dió á conocer á todos el motivo de aquella manifestación del cielo. «No es á mí, les dijo, á quien se dirige esa voz del cielo, sino á vosotros. El Hijo bien sabe lo que piensa el Padre; pero el Padre os ha hablado á vosotros á fin de que creáis en el Hijo. Pues bien, sabed que ella os anuncia la victoria del Hijo del hombre sobre el mundo. El mundo ha sido condenado; el príncipe del mundo va á ser expulsado de su imperio y yo cuando sea levantado entre el cielo y la tierra, atraeré hacia mí á la humanidad entera.»

Por estas últimas palabras, Jesús significaba el género de muerte que iba á sufrir. Algunos oyentes, siempre preocupados del Mesías de sus ensueños, se escandalizaron de aquella declaración: «Sabemos por la Escritura, le dijeron, que el Mesías reinará eternamente y tú aseguras que el Hijo del Hombre debe ser levantado de la tierra. ¿Qué se entiende pues, por ese Hijo del hombre? Jesús, en lugar de entrar en discusión con aquellos espíritus enfermos de ceguedad incurable, procuró inspirarles un saludable terror. «Todavía, les dijo, estará la luz en medio de vosotros durante algunos días. Si no os dejáis guiar por su divina claridad, os envolverán las tinieblas y quien marcha en las tinieblas, no sabe á dónde dirigir sus pasos. Os lo repito: mientras dura la luz, abrid los ojos y participad de ella por medio de la fe.»

Jesús, después de haberles hablado de esta manera, salió del templo y se retiró, como la víspera, al monte de los Olivos. La muerte se acercaba, pero también se iluminaba el porvenir. Así como los reyes del Oriente habían adorado al Salvador en su cuna, los paganos de Occidente venían á venerarle en el momento en que los Judíos le preparaban su tumba. Ya comenzaba á realizarse aquella predicción de Jesús: «Vendrán los gentiles del Oriente y del Occidente, y encontrarán lugar en el reino, mientras que vosotros, indignos hijos de Abraham, seréis arrojados fuera.» (1)

(1) Se ha preguntado de dónde venían esas personas que deseaban «ver á Jesús.» Eusebio, obispo de Cesárea, en su *Historia eclesiástica* (año 315) y el arzobispo Moisés de Korena, en su *Historia de Armenia*

CAPÍTULO V.

Últimas luchas.

LOS CONJURADOS. — LOS SANHEDRISTAS INTERROGAN Á JESÚS SOBRE SU MISIÓN. — LOS DOS HIJOS. — LOS VIÑADORES INFIELES. — LOS INVITADOS Á LAS BODAS REALES. — « DAD AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR. » — SOBRE LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS. EL MAYOR DE LOS MANDAMIENTOS. — EL HIJO DE DAVID.

(Matth. XVI, 23-27; XXI, 23-46; XXII. — Marc. XI, 27-33; XII. — Luc. XX.)

Los acontecimientos de estos últimos días pusieron al Sanhedrín y á todos sus cómplices, fariseos, saduceos, herodianos, en la situación más falsa y violenta. No podían tolerar que un hombre excomulgado por ellos se impusiera en Jerusalén como el Mesías, el rey de Israel, la autoridad soberana. Por otra parte, no se atrevían á emplear la fuerza contra un profeta á quien

---

(370-450), refieren que, según los archivos públicos de la ciudad de Edessa, esos gentiles eran mensajeros de Agbar, rey de Edessa, entonces gravemente enfermo; los cuales debían entregar á Jesús una carta concebida en estos términos:

« Agbar, hijo de Artamés, príncipe de Armenia, al Salvador Jesús.

« He oído hablar de vos y de las curaciones obradas por vuestras manos. Se dice que devolvéis la vista á los ciegos; que hacéis andar á los cojos; que limpiáis la lepra y que hasta resucitáis á los muertos. Sabiendo estas maravillas, he comprendido que sois Dios descendido del cielo, ó hijo de Dios. Por esto, os suplico que vengáis á verme y sanarme del mal que sufro. »

Los que debían entregar esta carta á Jesús, le encontraron en Jerusalén. El Salvador, en atención á las circunstancias y al tiempo en que se hallaba, rehusó acceder á la invitación del rey, pero se dignó responderle como sigue:

« Respuesta á la carta de Agbar, escrita por Tomás, apóstol, por orden del Salvador.

« Bienaventurado aquel que cree en mí, aunque no me vea. Porque está escrito de mí: Los que me ven, no creerán en mí; y los que no me vieren, creerán y vivirán. Me habéis escrito pidiéndome que vaya á vuestra casa. Pero debo cumplir aquí todas las cosas por las cuales he

todo un pueblo acababa de conducir en triunfo. Arrestar á Jesús en tales circunstancias era provocar una revolución. Con todo, como urgía tomar algún partido, los jefes del complot resolvieron vigilar la enseñanza del pretendido Mesías y dirigirle toda suerte de preguntas, á fin de hacerle caer en alguna celada. Al menor traspié, se le trataría de blasfemo y de falso profeta en presencia de todo el pueblo. La multitud, inconstante y fácil de intimidarse, se colocaría del lado de sus jefes y de este modo se procedería sin resistencia á la aprehensión del excomulgado.

El martes por la mañana, Jesús se presentó en el templo como de costumbre. Comenzaba ya á evangelizar al pueblo que se agrupaba en torno suyo, cuando se vió aparecer un gran número de personajes oficiales, príncipes de los sacerdotes, escribas, ancianos del pueblo. Era una diputación de las tres clases del Sanhedrín que venían oficialmente á interrogar al profeta. Colocáronse delante de él como jueces delante de un malhechor y le dijeron: «¿Con qué derecho obras como lo haces en este templo y quién te ha investido del poder que pretendes ejercer?» Veinte veces Jesús había repetido y probado con milagros que la autoridad que ejercía la había recibido de su Padre y si repi-

---

sido enviado á Jerusalén. Cuando las haya terminado, volveré á Aquel que me envió y después que haya subido á donde él está, os enviaré á uno de mis discípulos, el cual os sanará de vuestra enfermedad y os dará la vida, á vos y á todos los que están con vos.»

La *Historia Eclesiástica* de Eusebio es digna de toda fe, pues San Jerónimo y toda la tradición habían considerado esta narración y estas cartas, durante más de mil años, como traducidas fielmente del texto syríaco conservado en los archivos armenios.

Estaba reservado al Siglo XVII negar la veracidad de Eusebio, de la cual nadie anteriormente había dudado. Pero en 1736, el Inglés Whiston publicó el texto syríaco de la *Historia de Armenia*, por Moisés Korena, contemporáneo de Eusebio, historia escrita igualmente según los archivos de Edessa y allí se encuentra el texto de las dos cartas citadas por Eusebio, con una relación detallada de la vida de Agbar. Las dos cartas provienen, pues, realmente de los archivos de Edessa y se puede creer que la narración consignada en ellos, es conforme á la realidad de los hechos. Sin embargo, por muy bien fundadas que estén estas tradiciones, nunca pueden tener la autoridad de las narraciones evangélicas.

(Los elementos de esta nota han sido tomados de la *Historia general de la Iglesia*, por el abate Darras. V p. 160-167.)

tiera lo mismo en aquella ocasión, se le harían preguntas sobre su Padre y se lanzaría al punto la acusación de blasfemia. Pero se engañaron en sus cálculos. « Vosotros me hacéis una pregunta, respondió Jesús; yo también os haré otra. Si respondéis á la mía, yo también responderé á la vuestra. Juan Bautista bautizaba; pues bien, yo os pregunto: el derecho que se arrogaba de conferir el bautismo ¿venía de Dios ó de los hombres? Responded. »

La multitud esperaba con ansiedad la respuesta de los diputados, pero esa respuesta no llegaba, porque la pregunta tan sencilla de Jesús les puso en una terrible perplejidad. « Si decimos, pensaban ellos, que el bautismo de Juan viene de Dios, nos preguntará por qué no creemos en el testimonio que Juan no ha cesado de dar en favor del profeta de Nazaret. Si, al contrario, decimos que el bautismo de Juan viene de los hombres, seremos apedreados por el pueblo, porque todos lo veneran como verdadero profeta ». En fin, viéndose cogidos en el lazo cualquiera que fuera su respuesta, dijeron: « No sabemos. » — No podéis decir, replicó Jesús, de quién tenía su poder Juan: yo no os diré tampoco de quién he recibido el mio, » porque, por vuestra propia confesión, sois incapaces de discernir un poder divino de un poder humano. La multitud aplaudió y los Sanhedristas avergonzados de su derrota, no se atrevieron á continuar su interrogatorio.

Entonces Jesús, aprovechándose de su hipócrita y mentirosa respuesta, formuló contra ellos, á manera de parábola, el acto de acusación más formidable. « Ahora, les dijo, tened á bien resolver el caso siguiente: Un padre tenía dos hijos: ordenó al primero ir á trabajar á su viña; pero este respondió que no iría, mas luego arrepentido, fué. Ordenó lo mismo al segundo, el cual respondió, iré; y con todo, no fué. ¿Cuál de los dos se mostró más obediente con su Padre? — Evidentemente el primero, contestaron, sin pensar que se condenaban á sí mismos. — Tenéis razón, replicó Jesús y por lo mismo os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios. Juan vino á mostraros el camino de la verdadera justicia y vosotros, prevalidos de vuestras vanas observancias, no creisteis en él; mientras que los publicanos y las mujeres de mala vida, se

convirtieron con su palabra. Vosotros, testigos de su arrepentimiento, no habéis querido ni creer, ni hacer penitencia.»

Pero esto no era más que el principio de la reprimenda contra aquellos grandes criminales. «Escuchad, continuó Jesús, otra parábola: Un padre de familia plantó una viña, rodeóla de valládo, cavó en ella un lagar y construyó una torre desde cuya altura un guarda podía vigilar la viña amada. Luego, la arrendó á unos viñadores y emprendió un largo viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió á sus servidores á reclamar de los colonos el valor del arriendo; pero estos se arrojaron sobre los servidores, hirieron á uno, mataron á otro y despidieron á pedradas á un tercero. El dueño envió nuevos emisarios que sufrieron la misma suerte. Por último, les envió á su hijo único á quien amaba mucho, esperando que al menos respetarían al hijo del propietario. Pero, al contrario, dijeron entre sí: Este es el heredero; matémosle y dividámonos su herencia entre nosotros y habiéndole cogido, arrojáronle de la viña y le mataron.»

La alusión era clara. La viña era la nación Judía, el pueblo querido de Jehová á quien los sacerdotes y doctores de la sinagoga debían hacer producir frutos de salvación. Dios les envió sus profetas para reclamar aquellos frutos y todos ellos fueron sucesivamente asesinados. En fin, el Padre envió á su Hijo único; este Hijo está allí á la vista, es él quien les habla y quien les recuerda bajo el velo de la alegoría, su título de Hijo único de Dios. Inquietos y confundidos, los fariseos esperaban la conclusión de la parábola. Jesús les preguntó con un tono severo: «Cuando el dueño de la viña regrese de su viaje ¿cómo tratará á los viñadores?» Los doctores callaron; pero muchas voces salidas de la multitud exclamaron: «Hará perecer á esos miserables y arrendará su viña á otros que le paguen sus frutos.» — «Vosotros lo habéis dicho, concluyó Jesús, exterminará á aquellos homicidas y arrendará su viña á viñadores fieles.»

Los Sanhedristas comprendieron por este último rasgo que Jesús profetizaba de nuevo la sustitución de los Gentiles al pueblo Judío. Este pensamiento les indignó: «No lo permita Dios, exclamaron; eso no sucederá.» ¡Eso no sucederá! replicó Jesús con energía mirándoles de frente, «¿qué significan entonces estas palabras de los libros santos: La piedra

que desecharon los arquitectos, vino á ser ¡oh prodigio admirable! la piedra angular del edificio? Y yo os declaro que el reino de Dios os será quitado y concedido á un pueblo que produzca frutos. Quienquiera que chocare contra esta piedra, quedará hecho pedazos y aquel sobre el cual ella caiga será triturado.»

Oyendo estas amenazas, los jefes de Israel no podían disimular que toda la parábola iba dirigida contra ellos y se preguntaban si su dignidad no les impondría la obligación de hacer aprehender en el acto al autor de semejantes ultrajes; pero desistieron una vez más ante el temor de ver al pueblo tomar la defensa del profeta. Jesús sin hacer caso de sus recriminaciones, continuó bajo una forma alegórica, denunciando el crimen que meditaban contra el Mesías y las desgracias que atraerían sobre la nación. «Un rey, dijo, queriendo celebrar las bodas de su hijo, convidó á los grandes de su corte á un espléndido festín, pero ellos no aceptaron su invitación. No obstante, cuando los preparativos del festín estuvieron terminados, instóles de nuevo para que asistieran, pero ellos persistieron en su negativa. Uno se fué al campo, el otro á su negocio y hasta hubo quienes se hicieron culpables de quitar la vida á los mensajeros de la invitación. Esto era ya demasiado: el rey entró en furor y envió contra aquellos asesinos un destacamento de soldados, quienes les exterminaron sin compasión y pusieron fuego á su ciudad. Para reemplazarlos en el festín, ordenó á sus servidores que salieran á convidar á todos los que encontraran en las calles, buenos ó malos. La sala se llenó de convidados, pero uno de ellos se atrevió á presentarse allí sin llevar el traje nupcial. Y siendo esto injurioso al rey, le hizo arrojar fuera.»

Los Sanhedristas volvían á encontrar en esta parábola las predicciones del profeta sobre la suerte que les esperaba. El rey del cielo enviaba á su propio Hijo á contraer alianza con la nación judía. Los jefes de la nación invitados á las bodas, rehusaron asistir á pesar de las instancias de los enviados del rey. Burláronse de Juan Bautista, el cual les inducía á entregarse con amor al Rey-Mesías, é intentan ahora dar la muerte al Mesías en persona. La paciencia de Dios está próxima á acabarse: por orden suya, el ejército

romano va á caer sobre Jerusalén, matando á los deicidas y pegando fuego á sus casas y palacios. Los Gentiles, convocados por los apóstoles, reemplazarán á aquellos indignos en la mesa del festín. Buenos y malos serán invitados hasta el día del juicio, pero ¡desgraciados de aquellos que entonces no llevaren la blanca vestidura de los hijos de Dios! Serán relegados lejos de Él, purísima luz, á la « cárcel tenebrosa donde se oye el crujir de dientes y corren lágrimas eternas. Tened cuidado, añadió Jesús; muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. »

Los rasgos más culminantes de esta historia, á saber, la oposición de los Judíos contra el Mesías, la ruina de la nación, la sustitución de los Gentiles á la raza escogida, concluyeron al fin por impresionar vivamente á la multitud; y los Sanhedristas podían temer que de un momento á otro, el pueblo espantado con aquellas siniestras predicciones, les pidiese cuenta del infame decreto lanzado contra el profeta. Por esto se apresuraron á retirarse del templo, testigo de su derrota, para ir á pedir auxilio á sus cómplices. Todos los sectarios, fariseos, saduceos, herodianos, reunidos desde la víspera, olvidaban por un momento sus querellas y sus enemistades para hacer frente al enemigo común. Los fariseos, más interesados que los otros en esta lucha, habían distribuído los papeles, preguntas y argumentos. Llevando al templo aquel cuerpo de doctores avezados á la controversia, se creían seguros de vencer á Jesús y hacerle pasar por falso profeta. Cuando se incorporaron furtivamente al numeroso auditorio que rodeaba al Salvador, se vió que se acercaban á él algunos jóvenes de apariencia sencilla y recta. Eran discípulos de los fariseos, mezclados con sectarios herodianos. Estos jóvenes venián á proponer al Maestro un caso de conciencia, religioso y político á la vez. Desde la dominación romana se disputaba con calor sobre la cuestión del tributo impuesto por los nuevos señores. Los fariseos, patriotas entusiastas sostenían, en secreto se entiende, que no era lícito pagar el impuesto á los Romanos. Siendo Dios el único rey de los Judíos, á él sólo se le debe el impuesto. Ellos habían fomentado muchas revoluciones para sostener esta causa tan cara para todo el pueblo, así en Galilea como en Judea. Según las preocupaciones de la nación, la misión del Mesías

había de consistir necesariamente en libertar á su patria de todo tributo y de toda servidumbre. Los herodianos, al contrario, amigos de los Romanos y de Herodes la hechura de Roma, pagaban el impuesto sin dificultad; sólo deseaban una cosa y era que el emperador instituyera al voluptuoso Herodes gobernador de la Judea como lo era ya de la Galilea. Aleccionados por sus maestros, los jóvenes fariseos expusieron á Jesús las perplejidades de su conciencia con ocasión de esta controversia. En cuanto á ellos, indiferentes á las cuestiones de secta, no buscaban más que la justicia y por esto se dirigían á él para calmar sus escrúpulos, porque sabemos, le dijeron, que eres amigo de la verdad. Tú enseñas con franqueza el camino por donde Dios quiere conducirnos y lo haces sin excepción de personas y sin temor de desagradar á los poderosos del mundo. Ten, pues, á bien decirnos lo que piensas acerca de la cuestión del tributo: ¿Es permitido pagar el impuesto á César, ó es necesario negarlo?

Los candorosos jóvenes habían desempeñado bien su papel, y ciertamente ¿podía Jesús poner en duda la sinceridad de aquellas almas tan puras y tan confiadas en la lealtad de su carácter? Cualquiera otro habría caído en el lazo; pero la verdad es que con su aparente sencillez, aquellos jóvenes farsantes le habían tendido la celada más abominable. Cualquiera que fuese la respuesta de Jesús, estaba igualmente perdido. Si se pronunciaba contra el pago del tributo, los herodianos que se encontraban allí como testigos, correrían á toda prisa á denunciarle ante el gobernador romano, el cual lo haría aprisionar como enemigo del emperador y fautor de sedición. Si, al contrario, se declaraba en favor del tributo, los fariseos le denunciarían al pueblo como falso profeta y falso Mesías, puesto que el verdadero Mesías, el Mesías libertador, debía eximir á la raza de Abraham y de David de todo tributo y de toda servidumbre.

La multitud veía, lo mismo que los sectarios, la terrible situación en que se encontraba el profeta y con los ojos fijos en él esperaban su respuesta. Mirando de frente á aquellos discípulos de los fariseos, dignos ya de sus maestros, les dijo con tono severo: «Hipócritas, ¿por qué venís á tentarme? Mostradme la moneda que el censo exige de vosotros».

Le presentaron un denario romano que tenía la efigie y el nombre de Tiberio César. « ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? preguntó. — De César. — Pues bien, dad á César lo que es de César y á Dios lo que es de Dios. »

Esta admirable respuesta hería á la vez á los fariseos y á los herodianos. Si os servís de la moneda de César, decía á los fariseos, reconocéis á César por vuestro soberano. Si es vuestro soberano, le debéis el impuesto sin el cual no podría llenar los deberes de su cargo para con sus súbditos. Dad, pues, á César en forma de impuesto, el dinero que tenéis de César. A los herodianos les agregaba: Más arriba que César, está Dios, su ley, su religión santa por la cual vosotros no os inquietáis. Respetad, pues, los derechos de César, pero respetad ante todo los derechos de Dios.

La sabiduría divina apareció tan evidente en aquella inesperada solución del gran problema político, que todos los oyentes quedaron maravillados. Los mismos fariseos comprendieron que había en Jesús una ciencia superior á la de sus doctores y se retiraron confundidos y silenciosos.

Para reparar este nuevo fracaso, el gran Consejo se dirigió á los saduceos. Más paganos que los paganos mismos, estos sectarios no creían ni en la inmortalidad del alma, ni en la resurrección de los cuerpos, ni por consiguiente en la vida futura. Rechazaban las Escrituras, salvo los libros de Moisés, porque en estos libros, decían, no se habla de supervivencia después de la muerte. Naturalmente sus costumbres estaban en armonía con sus doctrinas. No teniendo nada que esperar ni que temer más allá de la tumba, procuraban hartarse de sensuales deleites y detestaban al profeta que continuamente ensalzaba á las almas puras y les prometía el cielo en recompensa de sus virtudes. Vinieron también á medirse con él y creyeron ponerle en aprieto con una objeción ridícula contra el dogma de la resurrección.

« Maestro, le dijeron, según la ley de Moisés, si un hombre casado muere sin hijos, su hermano debe casarse con la viuda para dar descendencia al difunto. Mas, ha sucedido que siete hermanos muertos uno después de otro sin dejar posteridad, se casaron sucesivamente con la misma mujer quien sobrevivió á todos. Cuando venga esa resurrección que predicas ¿á cuál de los siete esposos pertenecerá esta mu-

jer?» De esta historia forjada á su antojo, concluían que Moisés no creía en la vida futura; de otro modo no habría dado una ley que produciría en el otro mundo tales consecuencias.

Jesús se compadeció de aquellos sectarios ignorantes y groseros, y les trató con menos dureza que á los fariseos; porque si vivían y hablaban como brutos, al menos no procuraban ser tenidos por ángeles. Les respondió sencillamente: « Os engañáis sobre la vida futura, porque no conocéis ni las Escrituras, ni la magnitud del poder de Dios. Aquí en la tierra, los hijos del siglo contraen alianzas porque es necesario llenar los vacíos que deja la muerte; pero en el siglo futuro, después de la resurrección no habrá esposos ni esposas, porque no habiendo muerte, tampoco habrá vacíos que llenar. El hombre espiritualizado, será semejante al ángel; libre de todo instinto grosero, verdadero hijo de Dios, el resucitado vivirá como el mismo Dios.

« Vosotros os apoyáis en Moisés para negar la resurrección y la vida futura; pero jamás habéis leído sus libros y en particular este pasaje en que Jehová dice á Moisés: « Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. » Pues bien, Dios no es Dios de los muertos, Dios del polvo; sino el Dios de los vivos, de los que al partir de este mundo, viven en él. Ved, pues, que por vuestra ignorancia de las Escrituras, incurrís en graves errores. »

Esta doctrina tan pura, tan elevada, arrebató á los oyentes. En presencia de Jesús y de sus enseñanzas, los saduceos aparecieron tan groseros y estúpidos, que los mismos escribas aplaudieron su humillación. Uno de ellos, á pesar de su hostilidad contra el profeta, no pudo dejar de exclamar delante del auditorio: « Maestro, has respondido magníficamente. »

Estas vergonzosas derrotas de sus cómplices exasperaban á los fariseos. Como en causa desesperada, enviaron á uno de los suyos para proponer á Jesús una cuestión vivamente debatida entre los Judíos, á saber: cuál era entre los quinientos ó seiscientos preceptos de la Ley mosaica, el más grave y el más importante. Unos opinaban por el sábado; otros por el sacrificio de las víctimas; todos por las observancias exteriores. El doctor fariseo interrogó pues á Jesús

sobre este famoso litigio: « Maestro, le dijo, ¿cuál es el primero y el más grande de los mandamientos de la Ley? » Jesús respondió como lo había hecho ya á otro doctor: « Hé aquí el más grande de todos los mandamientos: Escucha, Israel: El Señor tu Dios, es el solo Dios. Tu le amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas. Tal es el primero y el más grande de los mandamientos; y hé aquí el segundo, semejante al primero: Amarás al prójimo como á ti mismo. No hay mandamientos mayores que estos, porque de esta doble fuente proceden la Ley y los Profetas.»

Esta respuesta fué un rayo de luz para el fariseo. Entregado por completo á las observancias legales, jamás había pensado que sólo el amor puede darles mérito á los ojos de Dios y que por otra parte el amor de Dios hace practicar todas las obras de la Ley. Deslumbrado por la divina sabiduría del profeta, olvidó que había venido para tentarle y se puso á colmarle de elogios: « Maestro, le dijo, es la verdad misma la que ha hablado por tu boca. Dios es uno y no hay otro Dios que él. Es necesario amarle con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas; es necesario amar al prójimo como á sí mismo. El amor vale más que los holocaustos y sacrificios. » Aquel fariseo sincero había triunfado de las preocupaciones de su secta; un paso más y creería en Jesús. Por lo cual mereció este juicio del Salvador: « No estás lejos del reino de Dios ».

Desde aquel momento, los fariseos y sus cómplices cesaron de interrogar á un Maestro tan superior á ellos en sabiduría. Humillados y confundidos, se reunieron en gran número bajo los pórticos del templo para estar en expectativa de lo que pudiera ocurrir. En lugar de discutir si debían reconocer por el Mesías á aquel profeta cuya ciencia igualaba á su poder, rivalizaban en proferir contra él palabras de odio y de venganza; pero hé aquí que de repente apareció Jesús en medio de ellos. Traíales una última gracia, es decir, una última luz antes de pronunciar contra ellos la suprema maldición. Como la cuestión del Mesías preocupaba á todos los espíritus, hízoles esta pregunta: « El Mesías á quien todo Israel espera ¿de quién es hijo? — De David, respondieron, admirados de que se les hiciera seme-

jante pregunta. — De David, replicó Jesús, muy bien; pero si el Cristo es hijo de David ¿querríais decirme cómo David, inspirado por el Espíritu Santo, ha podido llamarle su Señor? No ignoráis que en el libro de los Salmos se lee este texto de David: « Jehová ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra, hasta que yo ponga á tus enemigos como escabel de tus pies ».

Los fariseos no podían negar que, en este salmo, David canta la Gloria del Cristo-Mesías á quien llama su Señor, porque tal era la interpretación de toda la sinagoga. Pero ¿cómo el Mesías podía ser al mismo tiempo hijo y señor de David? Aquello era un misterio, misterio relativo á la persona del Mesías que ningún doctor podía explicar. Aunque todo el pueblo exigiera una respuesta á esta pregunta la más importante de todas, los fariseos confesaron con su silencio que no tenían ninguna que dar. Si hubieran sido hombres de buena fe, habrían pedido á Jesús las luces que les faltaban para comprender aquel pasaje de las Escrituras y Jesús les habría dado la clave del enigma. David llama al Cristo su Señor, porque, si el Cristo es hijo de David, es al mismo tiempo hijo de Dios. ¿Acaso en este mismo salmo, Jehová no dice al Cristo, colocado por él á su derecha: « Yo te he engendrado antes de la luz, es decir, desde la eternidad? » Las Escrituras afirman, pues, habría agregado Jesús, que el Cristo hijo del hombre, es el verdadero Hijo de Dios, y vosotros doctores de Israel, rechazáis al Mesías Hijo de David, habéis querido lapidarle y ahora queréis crucificarle porque se da á sí mismo el título de Hijo de Dios.

Pero los fariseos tenían miedo á la luz. Comprendían vagamente que en aquella pregunta de Jesús se ocultaba la condenación de ellos mismos. Sumergiéronse en sus tinieblas y Jesús les dejó en ellas, porque si hubiera reivindicado claramente su título de Hijo de Dios, le habrían apedreado en el acto. Mas, la hora del sacrificio aun no había llegado. En cuanto á los fariseos, la hora de su reprobación había sonado ya: Jesús no les hablará más hasta el día en que venga á juzgarlos.

CAPÍTULO VI.

Maldiciones.

LOS FARISEOS, CAUSA DE LA PERDICIÓN DE ISRAEL. — LOS FALSOS DOCTORES EN LA IGLESIA. — SANTA INDIGNACIÓN DE JESÚS. — EL ÚNICO MAESTRO Y DOCTOR. — LOS FARISEOS DESENMASCARADOS Y ANATEMATIZADOS. — EL ÓBOLO DE LA VIUDA. — JESÚS PREDICE LA RUINA DE JERUSALÉN.

(Matth. XVIII. — Marc. XII, 38-44. — Luc. XX, 45-47, XXI, 1-4).

DESPUÉS que Jesús les impuso un silencio humillante, los escribas y fariseos desaparecieron del templo, pero la multitud que desde la mañana aplaudía las respuestas del Salvador, no se cansaba de oirle. Evidentemente, el pueblo de Israel habría entrado gustoso en el reino de Dios, si sus jefes y doctores no le hubieran siempre halagado con la esperanza de un pretendido libertador que debía dar á los Judíos el imperio del mundo. Hacía ya tres años que Jesús veía á aquellos escribas y fariseos cerrar voluntariamente los ojos á la luz. « En castigo de su incredulidad, dice Isaías, Dios dejaba á sus espíritus cegarse y á sus corazones endurecerse, á fin de que no viendo ni oyendo, no hubiera para ellos ni remedio ni conversión. » Entre los príncipes del pueblo, un cierto número creyeron en Jesús, pero no se atrevieron á confesar su fe temiendo que los fariseos les hicieran expulsar de las sinagogas. También ellos « prefirieron la gloria que viene de los hombres á la que viene de Dios. » (1)

Los fariseos no sólamente se negaban á creer, sino que, desde hacía tres años, Jesús les encontraba en todas partes preocupados de apartar de él por todos los medios posibles á ese pueblo á quien venía á salvar. Si exponía las leyes

(1) Joan. XII, 39-47.

de la justicia y caridad, le acusaban de despreciar las tradiciones, de violar el sábado, de destruir la Ley de Moisés; si probaba su misión con prodigios que entusiasmaban á todo el país, atribuían estos milagros al demonio; si llamaba á los pobres, publicanos, pecadores, le reprochaban que se mezclase con gente vil, despreciable y deshonrada. Y cada vez que en el templo explicaba su doctrina, su divina misión, su unión íntima con su Padre, lanzaban furiosos el grito de: ¡blasfemia! y reunían piedras para lapidarlo.

Y Jesús veía á aquellos grandes criminales encubrir bajo la máscara de la virtud los vicios que roían sus corazones y afectar aire de piedad y austeridad para ganarse el favor del pueblo. Y la multitud engañada, era constantemente influenciada por ellos, pues siempre y en todas partes eran sus maestros; tronaban en las sinagogas, en las cátedras de los doctores, en las asambleas del Sanhedrín.

Jesús aseguró que esto mismo sucedería en todos los siglos. Una iglesia de Satanás se establecería al lado de su Iglesia. A donde quiera que sus apóstoles llevaren su nombre y su Evangelio, falsos doctores trabajarán por arruinar su obra. En todas partes, fariseos, hipócritas, saduceos sin fe ni ley, herodianos apóstatas, aunque enemigos irreconciliables, olvidarían sus divisiones para ligarse contra el Señor, contra su Cristo y su Iglesia.

Con este pensamiento, el corazón de Jesús se llenó de una santa indignación. Vió caer en el infierno millones y millones de almas por las cuales iba á dar su sangre; las que serían engañadas, pervertidas y separadas de Dios por aquellos falsos doctores. Antes de retirarse del templo donde hablaba por última vez, quiso señalar á los escribas y fariseos como los autores de la perdición de las almas y de los pueblos. Muchas veces ya los había denunciado y confundido en público; pero nunca como en aquel día los había marcado con más vergonzosos estigmas y lanzado contra ellos tan terribles anatemas. Dirigiéndose á sus discípulos y á la multitud que le rodeaba, les recomendó oir, pero no imitar á los doctores de la Ley.

«Los escribas y fariseos, dijo, ocupan la cátedra de Moisés y á pesar de su indignidad, siguen siendo los intérpretes de la Ley y de las Escrituras. Haced, pues, lo

que ellos os dicen, observad fielmente los preceptos de Moisés; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque no practican lo que enseñan. Agobian los hombros de los demás con cargas abrumadoras, pero ellos no las tocan siquiera con la punta del dedo. Si ejecutan alguna obra buena, es para atraerse la alabanza de los hombres.» A fin de alcanzar la fama de santidad, «se cubren con pergaminos» en que escriben los preceptos de la Ley y se complacen en hacer más visibles las franjas de sus vestidos» para mejor distinguirse de los Gentiles; mientras tanto, conculcan todos los preceptos y son, como los Gentiles, esclavos de todos los vicios. Llenos de orgullo y vanidad, «se complacen de que se les prodiguen saludos en las plazas públicas; procúranse los primeros lugares en los festines y los asientos de honor en las sinagogas; repútanse felices cuando se les llama Rabbis, creyendo que este título de «Maestro,» añade muchos codos á su talla.

«En cuanto á vosotros, mis discípulos, no ambicionéis esos vanos títulos de maestro y doctor, pues, no tenéis más que un Maestro y todos sois hermanos é iguales ante él. No exijáis á los que os sigan que os den el nombre de padre, porque uno solo merece ese nombre, el Padre que está en los cielos. No os hagáis llamar doctor, porque vuestro único maestro y doctor es el Cristo. El más grande entre vosotros sea el servidor de todos: el que se ensalza será humillado y el que se humilla, será ensalzado.»

Después de haber así premunido á sus discípulos contra los escandalosos vicios de los fariseos, el Pastor de voz dulce y tierna tomó el aspecto y la voz del eterno Juez. Puso de manifiesto los crímenes que aquellos hipócritas, cubiertos con el manto de la justicia, habían cometido en el pasado; pintó con todo su horror los que se preparaban á cometer y fulminó contra ellos anatemas que alcanzarán en el trascurso de los siglos á todos sus pérfidos imitadores.

«¡Ay de vosotros, exclamó, escribas y fariseos hipócritas! que cerráis á los hombres las puertas del reino de los cielos y no sólamente no entráis vosotros, sino que, rechazando al Unico que tiene en sus manos la llave de él, impedís que entren los demás.

«¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que de-

voráis los bienes de las viudas prometiéndoles largas oraciones; tendréis doble condenación por vuestra rapacidad mezclada de hipocresía.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que corréis por mar y tierra para conquistar un prosélito y después de haberle ganado, hacéis de él un hijo del infierno más vicioso y culpable que vosotros.

«¡Ay de vosotros guías ciegos, y doctores insensatos! que desligáis de sus juramentos á los que juran por el templo y no á los que juran por el oro del templo, como si el oro tuviera más valor que el templo á que está consagrado. ¡Ay de vosotros! que desligáis de sus juramentos á los que juran por el altar y no al que jura por los dones que están sobre el altar como si la ofrenda tuviera más valor que el altar que santifica la ofrenda. ¡Hipócritas! engañáis á los sencillos con vuestras argucias; el que jura por el altar, jura también por los dones que se ponen sobre él; como el que jura por el templo, jura también por Aquel que lo habita; como el que jura por el cielo, jura igualmente por el trono de Dios y por el Dios que en él está sentado.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que sin que la Ley os obligue, pagáis exactamente el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y despreciáis los preceptos más importantes de la Ley, la justicia, la misericordia y la buena fe. Cumplid primero los mandamientos y después ocupaos, si queréis, en obras supererogatorias. Pero no, guías ciegos, ¡coláis el vino por temor de tragaros un mosquito y os engullís un camello!

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras vuestro corazón está lleno de rapacidad é inmundicia. ¡Fariseo insensato! purifica primero tu alma y después lavarás tus manos. Escribas y fariseos ¡ay de vosotros! Os asemejáis á los sepulcros blanqueados que deslumbran por su belleza exterior, pero por dentro están llenos de osamenta y podredumbre. Como esas tumbas, parecéis puros á los ojos de los hombres, pero delante de Dios sois sentinas de hipocresía é iniquidad.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificáis tumbas á los profetas y decoráis los monumentos erigidos en honor de los justos, diciendo: «Si hubiéramos

vivido en tiempo de nuestros padres no habríamos, como ellos, teñido nuestras manos con la sangre de los profetas. » Hipócritas! tenéis razón en llamarles vuestros padres, pues sois dignos hijos de los que quitaron la vida á los profetas. Acabad de colmar la medida de sus crímenes, cometiendo el atentado que meditáis. Serpientes malditas, raza de víboras ¿cómo escaparéis al divino juicio y á la eterna venganza? Yo también voy á enviaros profetas, sabios y doctores; y vosotros mataréis, crucificaréis á unos, flagelaréis á otros en vuestras sinagogas, les perseguiréis de ciudad en ciudad, á fin de que sobre vosotros caiga toda la sangre inocente derramada en la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías á quien asesinasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, todo esto va á caer sobre la actual generación. »

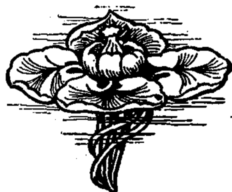
Al pensar en los males que muy pronto se descargarían sobre la nación deicida, Jesús experimentó una emoción profunda. Su corazón se llenó de amargura y tristeza. « Jerusalén, Jerusalén, exclamó, tú que matas á los profetas y apedreas á los que á ti son enviados ¿cuántas veces he querido reunir á tus hijos en torno mío, como la gallina, en el momento del peligro, abriga sus polluelos bajo sus alas y tú no lo has querido? Dentro de poco, en vez de tu templo y tus palacios, sólo se verá aquí un desierto. En verdad os digo, me voy y no me veréis más, hasta que después de muchos siglos, penitentes y arrepentidos, reconozcáis por fin al Mesías Redentor y le digáis con amor: « Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. » (1)

---

(1) Es una creencia general en la Iglesia, dice San Agustín, que los Judíos se convertirán un día. (Civ. Dei. XX, 29.) Esta creencia se funda en dos textos de la Escritura, uno de San Pablo y otro del Profeta Malaquías. « Hermanos míos, escribe San Pablo á los cristianos de Roma, no quiero dejaros ignorar un gran misterio (un secreto designio de Dios), y es que una parte de Israel ha caído en la ceguedad por su culpa, en la que perseverará hasta que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia, y entonces Israel entrará también en ella y se salvará. » (Ad. Rom. XI, 25-26.) — El profeta Malaquías anuncia (IV, 5) que antes del día del juicio, Dios enviará á los Judíos al profeta Elías para convertirlos. Elías preparará el mundo al segundo advenimiento de Cristo, como Juan Bautista le preparó al primero. ¿Cuándo se convertirán los Judíos y cuál será la duración de la época preparatoria al advenimiento glorioso de Nuestro Señor? Los hombres disputan sobre esto, pero sólo Dios lo sabe.

Tales fueron las últimas palabras de Jesús al pueblo de Israel. Alejándose entonces de la multitud á quien evangelizaba desde la mañana, fuése á reposar un instante bajo los pórticos antes de dejar el templo. Enfrente del lugar donde estaba sentado, había una alcancía en la que los peregrinos depositaban sus ofrendas. Jesús miraba con atención que muchos ricos echaban allí con ostentación puñados de plata y oro, cuando llegó una pobre viuda cuya timidez contrastaba notablemente con la actitud arrogante de los que la habían precedido. Se aproximó á la alcancía y depositó en ella humildemente dos insignificantes monedas, las cuales valían juntas un céntimo en moneda francesa. Al notarlo el Salvador, llamó la atención de los apóstoles hacia aquella mujer. «De todos los que han depositado ofrendas, les dijo, esta es la que ha dado más.» Y como estas palabras parecían causarles admiración, añadió: «Los ricos han dado de lo superfluo y esta ha dado de su indigencia; ha dado su último óbolo, la migaja necesaria para su subsistencia.»

Después de haber maldecido al soberbio y codicioso fariseo, Jesús debía bendecir á la pobre y humilde viuda. Su predicación terminó como había comenzado: «¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!»



CAPITULO VII.

Ruina de Jerusalén y del mundo.

FIN DEL TEMPLO Y DEL MUNDO. — SIGNOS REMOTOS. — SIGNOS PRÓXIMOS. — JERUSALÉN PERECERÁ EN VIDA DE LA GENERACIÓN PRESENTE. — NADIE SABE CUÁNDO LLEGARÁ EL FIN DEL MUNDO. « VIGILAD Y ORAD. » — LAS DIEZ VÍRGENES. — EL JUICIO FINAL. — *(Matth. XXIV-XXV. — Marc. XIII — Luc. XXI.)*



SALIENDO del templo, los apóstoles se detuvieron un instante á contemplar aquel gigantesco edificio que Herodes había reconstruído en cuarenta años, verdadera maravilla, tanto por la belleza de su arquitectura, como por la enormidad de sus dimensiones. Delante de aquellos trozos de piedra que medían hasta veinte codos de largo, por doce de ancho y ocho de espesor, los apóstoles no podían dejar de manifestar su admiración. Uno de ellos dijo á Jesús: « ¡Maestro, qué piedras tan colosales y qué soberbias construcciones! — Os extasiáis delante de este monumento sin rival, les respondió Jesús; pues bien, se acerca el día en que no quedará de él piedra sobre piedra. »

Diciendo estas palabras, se encaminó hacia el monte de los Olivos. Los apóstoles le seguían comunicándose sus impresiones sobre la siniestra predicción que acababan de oir. Su patriotismo se afligía pensando que aquel templo, centro de su nación y religión sería pronto destruído; pero por otra parte calculaban que esta catástrofe, castigo de la incredulidad judaica, coincidiría ciertamente con el reino glorioso del Mesías y la transformación que El debía realizar en el mundo. Si, pues, era necesario que Jesús desapareciese, como él lo anunciaba, sería por un tiempo muy corto y entonces vendría la era de la gloria y de las recompensas para los que le hubiesen seguido en medio de privaciones y peligros.

Llegaron á la cima del monte deseosos de saber si tardaría mucho en llegar esta nueva era. Sentado Jesús en la altura frente al majestuoso edificio cuya ruina acababa de predecir, acercáronse á él sus discípulos privilegiados Pedro y Juan, Santiago y Andrés, y le hicieron esta pregunta: « Maestro ¿cuándo sucederá esa catástrofe y cuáles serán los signos de vuestro advenimiento glorioso y de la consumación de los siglos?»

Evidentemente, ellos creyeron que tales acontecimientos debían verificarse simultaneamente, ó á lo menos, sucedederse con breve intervalo. Jesús les indicó desde luego una serie de hechos que debían preceder de una manera más ó menos lejana á la doble ruina de Jerusalén y del mundo; en seguida, las señales inmediatas y la época de la primera catástrofe; y en fin, las calamidades que indicarán más especialmente la proximidad del fin de los tiempos y de su segundo advenimiento. Pero, para no desalentarlos, les dejó en la incertidumbre sobre la fecha de esta vuelta triunfal que ellos creían próxima. Con sus flaquezas y preocupaciones ¿qué habría sido de ellos si Jesús les hubiera anunciado que su reino glorioso no comenzaría sino después de millares de años?

Al revelarles las señales que debían preceder á la destrucción de Jerusalén, Jesús dió al mismo tiempo á los apóstoles las enseñanzas necesarias para dirigirlos en estas críticas circunstancias. « Tened cuidado, les dice, de no dejaros seducir. Muchos « falsos Mesías » se presentarán en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, el tiempo del reino se acerca y engañarán á muchos. No los sigáis.

« Vendrán grandes trastornos para el mundo. Cuando oigáis hablar de combates y sediciones, de guerras y noticias de guerra, no os inquietéis. Los pueblos se levantarán contra los pueblos y los reinos contra los reinos: todo eso ha de suceder; pero todavía no ha llegado el fin. Oiréis también grandes calamidades en diversos lugares, temblores de tierra, pestes, hambres, pavorosas señales en el cielo y en la tierra; pero todo eso no es más que el principio de los dolores.

« Ante todo, prestad vuestra atención á esto: Tendréis que sufrir grandes tribulaciones y á veces, la muerte. Seréis aborrecidos de todas las naciones por causa mía. Se os

prenderá para llevaros á las sinagogas y á las prisiones, y seréis presentados como reos ante los tribunales. Seréis flagelados y compareceréis delante de los reyes y magistrados á causa de mi nombre. Tendréis así ocasión de dar testimonio de mí ante ellos. No os preocupéis de la manera de responder, sino decid lo que en ese momento se os inspire, que yo mismo os daré una sabiduría y elocuencia á las cuales vuestros enemigos no podrán resistir.

« En aquel tiempo, muchos desfallecerán ante el peligro; se aborrecerán y mutuamente se harán traición. El hermano entregará á su hermano y el padre á su hijo; los hijos delatarán á sus padres y los entregarán á la muerte. Se levantarán muchos falsos profetas que engañarán á muchos y como ha de superabundar la iniquidad, la caridad de un gran número se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, se salvará. Conservad, pues, vuestras almas en la tranquilidad y la paciencia.

« En fin, el Evangelio del reino será predicado en todo el mundo para que dé testimonio de Cristo á todas las naciones y entonces vendrá el fin. »

Los pronósticos enumerados hasta aquí por el Salvador, se refieren igualmente á la ruina de Jerusalén y al fin del mundo. Pero Jesús, continuando sus revelaciones, describió en seguida las espantosas calamidades que precederían inmediatamente y acompañarían á uno y otro cataclismo.

« Cuando veáis, les dice, á un ejército sitiar á Jerusalén y la abominación de la desolación manchar el lugar santo, que los habitantes de la Judea huyan rápidamente á las montañas y que los extranjeros no entren en la ciudad; en aquella hora, si alguien se encuentra en la azotea de su casa, que no descienda al interior para sacar algún objeto, sino que se ponga en salvo por la escalera exterior; y si alguno trabaja en su campo, no vuelva á su casa para tomar algún vestido. Porque aquellos días son días de venganza durante los cuales se cumplirá todo lo que han anunciado los profetas ¡Ay de las mujeres que en esos días tengan un andar lento por encontrarse en cinta ó tener niños de pecho! Rogad á Dios que esta fuga no tenga que hacerse en invierno » cuando los viajes son penosos, « ni durante el día de sábado » cuando están prohibidos.

« Habrá en aquellos días tal tribulación, como no lo ha habido semejante desde el principio del mundo, ni tampoco la habrá hasta el fin de los tiempos. Grande será la desolación sobre la tierra; grande la cólera de Dios contra este pueblo. Caerán al filo de la espada, serán llevados cautivos á otras naciones y Jerusalén será hollada por los Gentiles hasta el día en que las naciones mismas hayan cumplido sus destinos. Y si el Señor no abreviara aquellos días, ningún hombre hubiera escapado, pero los ha abreviado por amor á los escogidos. » (1)

La ruina de Jerusalén, á pesar de los horrores que la han acompañado, no es más que una imagen de la ruina del mundo. Jesús describió en estos términos las señales pavorosas que anunciarán á los hombres la universal destrucción.

« En aquel tiempo se levantarán falsos cristos y falsos profetas, quienes por sus prodigios y obras maravillosas engañarían, si fuera posible, á los mismos escogidos. Si alguno, pues, os dijere: El Cristo está aquí ó está allá; se encuentra en el desierto ú oculto en un lugar retirado: no prestéis fe á esas imposturas. » El Hijo del hombre aparecerá súbitamente en el mundo entero. Como el relámpago que parte del oriente y en el acto aparece en el occidente; así será la venida del Hijo del hombre. Y así como las águilas en un abrir y cerrar de ojos caen sobre su presa; así los mortales se encontrarán en un instante reunidos en su presencia. Estad, pues, prevenidos y acordaos que os he anunciado todos estos peligros.

« Inmediatamente después de las tribulaciones suscitadas en esos días por los falsos profetas, el mundo temblará sobre sus bases, el bramido del mar y de las olas enfurecidas llevarán el espanto á toda la tierra, y los hombres yertos de miedo se preguntarán qué va á ser del universo. El sol se oscurecerá, la luna negará su luz, las estrellas del cielo caerán y las virtudes de lo alto serán conmovidas.

« Entonces aparecerá en el cielo el signo del Hijo del hombre; entonces llorarán todas las tribus de la tierra y

(1) Se puede ver el cumplimiento de esta profecía en el Libro octavo, capítulo VI, *Triunfo de Jesús sobre los Judíos.*

todos los hombres verán al Hijo del hombre descender sobre las nubes del cielo con gran pompa y majestad. Y enviará á sus ángeles que á la voz de trompeta sonora reunirán á los elegidos de todos los ámbitos del mundo, desde la cumbre de los cielos hasta las últimas profundidades.

Cuando aquellos signos comiencen á manifestarse, levantad la cabeza con confianza, porque se acerca vuestra redención. Mirad la higuera: cuando en ella se ve que brotan los retoños, nacen las hojas y aparecen los frutos, podéis estar seguros de que el estío está próximo. Así también á la aparición de aquellas señales, sabed que el Cristo está á la puerta y que su reino está cercano.»

Ansiosos de ver aquel glorioso reinado de su Maestro, los apóstoles hubieran querido saber, no sólo los signos precursores de los grandes acontecimientos que Jesús acababa de describir, sino la época precisa de su realización. Sobre este punto, Jesús sólo quiso satisfacer en parte su curiosidad. En cuanto á la ruina de Jerusalén, les aseguró que era inminente. «En verdad os digo, exclamó, que no pasará la presente generación sin que todas estas predicciones hayan tenido cumplimiento. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán jamás.» Según esto, todos podían asistir á la catástrofe y todos debían prepararse á ella. Al contrario, los dejó en la incertidumbre sobre la época del fin del mundo y de su segundo advenimiento. «El día y la hora, les dijo, de esta última catástrofe nadie los sabe: los ignoran los ángeles del cielo, el Hijo del hombre no debe revelarlos; es el secreto del Padre que está en los cielos.» Los apóstoles podrán creer que aquel gran día se aproxima y que el reinado glorioso de Jesús coincidirá con la destrucción de Jerusalén; los hombres podrán pronosticar de siglo en siglo la llegada más ó menos próxima del soberano Juez; pero ninguno conocerá ni el día ni la hora, nadie penetrará el secreto de Dios.

De esta ignorancia en que el Padre deja aquí á sus hijos, Jesús dedujo que sus apóstoles y discípulos debían estar siempre preparados á comparecer delante de Dios. En el tiempo del diluvio, dijo, los hombres comían, bebían y se casaban sin cuidarse del porvenir, hasta el día en que Noé entró en el arca. No creyeron en el diluvio hasta que todos

fueron sorprendidos y arrasados por él; lo mismo sucederá en el advenimiento del Hijo del hombre. Dos obreros trabajarán en un campo; uno será elegido y el otro reprobado. De dos mujeres que muelen juntas, una será salva y la otra condenada. Velad, pues, porque no sabéis á qué hora vendrá el Señor. Si el padre de familia supiera el momento en que el ladrón va á venir, velaría ciertamente para no ser sorprendido. Velad también vosotros y estad preparados, porque ignoráis igualmente á qué hora vendrá el Hijo del hombre. »

Jesús dirigía estas advertencias á los hombres de todos los países y de todos los siglos. Por esto, sabiendo que casi todos, olvidados de su salvación, llegarían inopinadamente al tribunal de Dios, multiplicó las comparaciones para exhortar á sus discípulos á la vigilancia.

« Velad y orad, decía. Cuando un propietario deja su casa para hacer un largo viaje, señala á sus servidores sus diversas ocupaciones y prescribe al portero estar en pie para recibirle á su regreso. Así también vosotros, esperad al dueño de casa, porque no sabéis si vendrá en la tarde, á media noche, al canto del gallo ó á la mañana. Estad siempre en vela, no sea que llegue repentinamente y os encuentre dormidos. Lo que á vosotros digo, á todos lo digo: Velad.

« No os dejéis dominar por la glotonería y la embriaguez, ni os preocupéis por las necesidades de la vida presente; de otra manera podría sorprenderos la hora fatal en que Dios cogerá como con una lazada á todos los hombres esparcidos en la superficie de la tierra. Velad y orad en todo tiempo, á fin de que seáis juzgados dignos de escapar á las calamidades de la última hora y de comparecer sin temor ante el Hijo del hombre.

« Escuchad esta parábola: Diez vírgenes debían ir, lámpara en mano, á encontrar al esposo para conducirlo á la cámara nupcial. Cinco de ellas eran prudentes y las otras cinco necias. Las vírgenes prudentes, considerando que el esposo podía tardar, encendieron sus lámparas é hicieron provisión de aceite; las necias tomaron igualmente sus lámparas, pero sin haberse provisto de aceite para el caso de necesidad. Como tardase el esposo, todas comenzaron á sentir sueño y por fin se durmieron profundamente. Mas hé

aquí que hacia la media noche se oyeron grandes gritos: El esposo llega; salid á recibirle. Todas las vírgenes despertaron y prepararon sus lámparas; pero las necias viendo que las suyas se apagaban por falta de aceite, rogaron á las prudentes que les participasen del que á ellas quedaba. Temiendo éstas no tener lo bastante para ellas y las otras, respondieron que fuesen á comprarlo; pero mientras iban, el esposo llegó, las vírgenes prudentes le acompañaron á la sala de las bodas y la puerta se cerró. Las necias llegaron después y llamaron á la puerta diciendo: ¡Señor, Señor, abridnos! Pero el esposo les respondió: « No os conozco. »

Y Jesús concluyó así la parábola: «Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora, » en que el divino Esposo vendrá á buscar á su esposa, la santa Iglesia, para conducirla al cielo. Los prudentes, que vayan hacia El llevando siempre en sus manos la lámpara de la fe alimentada con el aceite del amor, serán admitidos en el festín de las eternas bodas. A los insensatos cuya fe se ha extinguido porque el amor y las buenas obras han dejado de alimentarla, el Esposo celestial les dirá: « No os conozco; no habéis tomado parte en el cortejo de mis bodas, tampoco tenéis derecho al banquete nupcial. »

Habiendo exhortado de esta manera á sus discípulos á no dejarse sorprender por la catástrofe final y la súbita vuelta del Hijo del hombre, Jesús continuó su discurso profético en los siguientes términos: « Cuando el Hijo del hombre rodeado de sus ángeles descienda del cielo, se sentará en un trono de gloria y majestad. Todas las naciones se reunirán en su presencia. Separará los buenos de los malos como el pastor separa los machos cabríos de las ovejas y colocará á los unos á su derecha y á los otros á su izquierda. Entonces, dirigiéndose á los que estuviesen á su derecha, á aquellos que le han amado y que por amor suyo han amado también á sus hermanos, « el soberano Juez les dirá: Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí peregrino y me ofrecisteis hospedaje; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y me consolasteis.

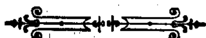
« Los justos le dirán entonces: ¿Cuándo os vimos con hambre y os dimos de comer; con sed y os dimos de beber; peregrino y os hospedamos; desnudo y os vestimos; enfermo ó prisionero y os visitamos? » Y el Rey les responderá: « En verdad os digo, que cada vez que lo hicisteis con el más pequeñito de mis hermanos, conmigo lo hicisteis. »

« En seguida dirá á los réprobos, que estarán á su izquierda: « Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles, » y que vosotros habéis merecido por vuestros pecados contra Dios y contra vuestros hermanos. « Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fuí peregrino y no me ofrecisteis asilo; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo ó prisionero y no me visitasteis. »

« También ellos le dirán « ¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, peregrino, enfermo, ó prisionero y te negamos el socorro? » Y él les responderá: « En verdad os digo, que cuando eso negasteis al más pequeño de los míos, á mí lo negasteis. »

Y la sentencia recibirá inmediatamente su ejecución: « Estos irán al eterno suplicio y los justos á la vida eterna. »

Por esta última revelación, Jesús descorre el velo que oculta á los hombres el *término* á que cada uno debe necesariamente llegar: el cielo eterno ó el infierno eterno. Durante sus tres años de predicación, no ha cesado de mostrar el camino que lleva al término; la senda estrecha que conduce á los goces del paraíso y la anchurosa que tiene su remate en los tormentos del abismo. ¿Qué más le queda por hacer sino derramar su sangre redentora, medio sublime inventado por su amor para pagar el rescate de los hijos de Adán, y si ellos quieren emplearlo, para purificarlos, santificarlos y abrirles las puertas del reino de los cielos? Le era urgente llevar á cabo la obra de la redención; así, apenas dió fin á su último discurso, dijo á sus apóstoles: « Sabéis que la Pascua se verificará dentro de dos días y que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. »



CAPÍTULO VIII.

La última cena.

PACTO DEL SANHEDRÍN CON JUDAS. — DUELO DEL MIÉRCOLES. — EL CENÁCULO. — LA PASCUA LEGAL. — LAVATORIO DE LOS PIES. — INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA. — PREDICCIÓN DE LA TRAICIÓN. — JUDAS SALE DEL CENÁCULO. — *(Matth. XXVI. — Marc. XIV, 10. — Luc. XXII. — Joan. XIII.)*

El martes en la tarde, en los momentos mismos en que Jesús anunciaba á sus apóstoles que su muerte se verificaría dos días después, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo se reunían en Consejo en el palacio del gran sacerdote. La situación del Sanhedrín respecto del profeta se hacía cada día más inquietante. Este excomulgado, decían, condenado á muerte hace dos meses, reina desde hace tres días en el templo, ejerce allí una autoridad soberana; fanatiza á las multitudes y las excita á levantarse contra sus sacerdotes y doctores á quienes befa y ridiculiza en sus discursos. ¿No acaba de lanzar en este mismo día contra los escribas y fariseos los más sangrientos anatemas? O se ejecutaba pronto la sentencia fulminada contra aquel revoltoso, ó el gran Consejo caía en el desprecio público.

Así discurrían aquellos Judíos criminales á quienes Jesús acababa de fustigar y de reducir al silencio delante de todo el pueblo. Todos estaban de acuerdo en reconocer la necesidad de acabar con él lo más pronto posible; pero todos reconocían igualmente la extrema dificultad de proceder en aquellos momentos contra tal enemigo. Sus numerosos partidarios no lo permitirían. Ni era posible apoderarse de él públicamente sin exponerse á un motín popular.

Se convino en que se le tomaría insidiosamente durante la noche, en un lugar apartado y que se le reduciría á prisión sin que el pueblo lo supiera. Y como un arresto

clandestino no era posible en medio de aquel ejército de peregrinos que invadían á Jerusalén y sus contornos, la asamblea decidió diferir la ejecución del proyecto hasta después de las fiestas pascuales, cuando los extranjeros hubieran en su mayor parte abandonado la ciudad santa.

Pero, así como Jesús quería morir voluntariamente y no como un malhechor forzado á sufrir su pena, quería también morir á su hora y no á la hora señalada por el Sanhedrín. Había anunciado á sus apóstoles que moriría dentro de dos días, durante la fiesta y delante de todo el pueblo; así, pues, sobrevino luego una circunstancia imprevista que decidió á los consejeros á tentar pronto aquella captura de Jesús que habían resuelto postergar.

En el momento en que iban á separarse, se les anunció que una persona extraña deseaba hacer al gran Consejo una revelación importante. Esta persona era el apóstol Judas. Satanás acababa de tomar plena posesión de su alma: desde un año atrás, Judas continuaba siguiendo á su Maestro, pero no creía ya en él. Ambicioso y avaro, esperaba encontrar en el reino de Jesús un puesto lucrativo; pero el día en que el Salvador rehusó la corona, dejó de ver en él al Mesías prometido y fué el primero en murmurar contra el pan eucarístico que Jesús prometió entonces á los Cafarnaítas. En esa ocasión fué cuando Jesús dijo á los doce: «Entre vosotros hay un demonio.» Judas se sintió apostrofado y bien pronto, á la incredulidad, se juntó en su corazón el desprecio y el odio al Salvador. La codicia, pasión feroz, vino entonces á ser su ídolo: se apropió sin escrúpulo el dinero cuya guarda se le había confiado; se indignó contra María Magdalena por los homenajes costosos que tributaba á Jesús y resolvió separarse de este soñador que hablaba de fundar un reino anunciando á la vez que iba á ser clavado en una cruz. Era tiempo ya de abandonarle á fin de no exponerse á perecer con él. Y como recorría á Jerusalén informándose de las disposiciones en que se encontraban los Judíos después de los ardientes debates del templo, supo que el Sanhedrín buscaba precisamente el medio que se podría emplear para apoderarse sin ruido del profeta de Nazaret. En el acto, el demonio le sugirió que la ocasión era propicia para ganar dinero y pidió ser oído por el Consejo.

Los conjurados acogieron gozosos al renegado que venía á ofrecerles sus servicios. Con el cinismo de un demonio, se puso de parte de ellos; habló de su Maestro como ellos hablaban y les prometió conducir una partida de guardias y soldados al sitio mismo donde se ocultaba durante la noche; pero quería saber ante todo cómo se recompensaría este acto de alta traición. «¿Cuánto queréis darme, preguntóles y os le entregaré?» Se le ofrecieron treinta dineros, treinta monedas de plata equivalentes á cerca de cien francos en moneda francesa. Era una cantidad irrisoria, justamente la indemnización que se debía á un amo por haberse dado muerte á uno de sus esclavos; pero los príncipes de los sacerdotes creyeron que no se debía dar más al miserable traidor que vendía á su Señor y Judas tampoco pidió más. Ni los Judíos ofreciendo estos treinta dineros, ni Judas aceptándolos sin discusión, pensaron que daban cumplimiento á esta profecía: «Dieron por mí en pago treinta monedas de plata.» (1) Después de haber recibido el precio de su crimen, Judas se comprometió formalmente á entregar la víctima que acababa de vender y desde este momento sólo pensó en buscar la ocasión favorable para ejecutar su designio. La encontrará, sí, pero cuando el mismo Jesús se la presente, es decir, á la hora señalada en los decretos eternos.

El miércoles fué un día de duelo y amargura. Las terribles palabras de la víspera: «Pasado mañana, seré entregado y crucificado,» tenían oprimidos todos los corazones. Hasta entonces, los apóstoles se habían imaginado que las predicciones de Jesús sobre su pasión y muerte, contenían un misterio cuyo verdadero sentido revelarían los mismos acontecimientos; pero después de las precisas palabras de su Maestro ¿cómo hacerse ilusión? Si Jesús les abandonaba ¿qué iría á ser de ellos en esa Jerusalén en donde seguramente se perseguiría á los amigos del profeta con el mismo furor que á él? Testigo de sus alarmas y aflicciones, Jesús les consolaba afectuosamente y les alentaba asegurándoles que la separación sería muy corta y que volverían á verle inmediatamente después de la resurrección. En Betania las lágrimas corrían de todos los ojos. Allí fué donde el Salvador

(1) Zach. 11, 12.

dió el adiós, no sólo á sus queridos amigos que le hospedaban, sino también á las santas mujeres de Galilea que se encontraban reunidas con la divina Madre en casa de Lázaro. La Virgen María lloraba en medio de sus compañeras; ya la punta de la espada anunciada por el anciano Simeón, penetraba en su corazón; mas ella escuchaba con santa resignación las palabras de aliento que el divino Maestro les dirigía.

Unía su sacrificio al sacrificio de su Hijo y oraba con él por los que iba á rescatar al precio de su sangre. Y así, entre lágrimas y consuelos, llegó por fin el momento de la separación.

Al día siguiente, jueves, debía celebrarse por la noche la Cena pascual. Jesús dijo á Pedro y á Juan: « Id á prepararnos el festín de la Pascua. » En su calidad de ecónomo, Judas debería haber sido encargado de aquellos preparativos; y por esta falta de confianza comprendió que el Maestro conocía sus intenciones y la venta de la víspera. Los dos enviados dijeron á Jesús: « ¿Dónde quieres que preparemos la Pascua? » El Salvador les respondió misteriosamente: « Entrando á la ciudad, encontraréis á un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare y decid al dueño de ella: « El Señor te hace saber que su tiempo está próximo y que desea celebrar en tu casa la Pascua con sus discípulos. ¿Dónde podrá comer con ellos el Cordero pascual?» Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado; allí haréis los preparativos necesarios. » Judas escuchaba con atención las indicaciones dadas por el Maestro, esperando aprovecharlas para la ejecución de su secreto designio; pero Jesús dejó ignorar completamente el lugar de la Cena, á fin de que el traidor no pudiese venir á sorprenderle antes de terminar la comida, ni perturbase los misterios que allí debían realizarse.

Pedro y Juan encontraron en las puertas de la ciudad al hombre con el cántaro de agua, le siguieron y entraron con él á casa de su señor, quien les mostró el cenáculo donde debían preparar la cena.

Era sobre el monte Sión, en la ciudad de David, cerca del palacio en que reposó largo tiempo el arca de la alianza, en donde el profeta rey cantaba en sus inspi-

rados salmos la venida del Mesías y los horrores de su Pasión. (1).

El día comenzaba entre los Judíos á la seis de la tarde. Al aparecer las primeras estrellas del viernes, primer día de los ázimos, Jesús se dirigió al cenáculo con sus apóstoles. Tomó lugar en medio de la mesa, Pedro y Juan á sus dos lados y los otros se colocaron en semicírculo en torno del Maestro. El contento había huído de los corazones en aquellas tristes circunstancias y todos tenían el presentimiento de que grandes cosas iban á ocurrir durante aquella cena; el amor de que Jesús les había dado tantas pruebas, desbordaba de su corazón y se mostraba más sensiblemente en su noble rostro. « Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de morir, les dijo, porque, añadió tristemente, es la última vez que la celebraré en vuestra compañía, hasta que juntos la comamos en el reino de Dios. Tomando entonces la copa que se hacía circular al comenzar la cena, dió gracias y pasándola á sus apóstoles, les dijo: « Yo no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios. » Los apóstoles no sabían bien de qué reino quería él hablar, pero comprendieron que asistían al festín de despedida y sus corazones se acongojaron más y más.

Entonces comenzó el festín pascual en conmemoración de aquel gran día en que Jehová sacó á Israel de la servidumbre del Egipto. Los ritos y manjares recordaban todas las circunstancias de la última comida que hicieron los Hebreos el día de su libertad. Jesús sirvió primero á sus apóstoles lechugas silvestres y otras yerbas amargas, en recuerdo de las amarguras con que los Egipcios habían acibarado la vida de sus padres; luego panes sin levadura, porque en el día de la Pascua los Hebreos, huyendo de sus perseguidores, no tuvieron tiempo de dejar fermentar la masa; en fin, el

(1) Teatro de los grandes acontecimientos del jueves santo, el cenáculo vino á ser el primer lugar de reunión de la Iglesia naciente. Allí Jesús resucitado apareció á los apóstoles y el Espíritu Santo descendió sobre ellos y los discípulos. En aquella misma sala fué donde Pedro libertado de la prisión por un ángel, volvió á encontrar á sus hermanos orando por él. Según San Epifanio, el cenáculo fué preservado en la devastación de Jerusalén por los Romanos.

cordero pascual cuya sangre detuvo al ángel exterminador. Al observar los ritos de la Pascua de los Hebreos, Jesús veía en ellos otras tantas figuras de la nueva Pascua, de la redención que él traía. La verdadera cautividad no era la del Egipto, sino la del infierno y para escapar á los golpes del ángel exterminador, era necesaria la sangre del verdadero Cordero pascual figurado por los corderos inmolados en el templo. Este era el gran misterio que Jesús quería revelar á sus apóstoles antes de dejar el mundo.

En el momento de celebrar la Pascua de la nueva alianza, quiso preparar los corazones de sus apóstoles llenos de ideas terrestres, para que gustasen de las cosas del cielo. Aprovechóse de una discusión de nuevo suscitada entre ellos durante la cena, para darles una lección memorable. Se trataba siempre de saber quién sería el primero y el más grande en el reino. « Los reyes de las naciones, les dijo Jesús, mandan como dueños; pero entre vosotros no ha de ser así. El que es más grande, debe hacerse el más pequeño; y el que gobierna, convertirse en servidor de todos. ¿Quién es más grande, el que sirve ó el que está sentado á la mesa? ¿No es verdad que el que está sentado? Pues bien, yo, vuestro maestro, quiero ser aquí el que sirve. »

Y agregando la acción á las palabras, se levantó de la mesa, dejó su manto y ciñó su cintura con una toalla. Luego, habiendo puesto agua en un lebrillo, se hizo rodear de sus discípulos y como el esclavo que lava cada noche los pies de sus amos, arrodillóse para lavarles los pies y enjugarlos con la toalla de que estaba ceñido.

Todos le miraban mudos de emoción. Se aproximó primero al apóstol Pedro, el cual exclamó con gran viveza: « ¡Vos, Señor, lavarme á mí los pies, jamás! — Pedro, le dijo Jesús, lo que ahora no comprendes, lo penetrarás después. — ¡Jamás, Señor, permitiré que me laves los pies! — Entonces, replicó Jesus, no tendrás parte en mi amistad. » — Esta amenaza espantó al apóstol que le contestó con su fogosidad ordinaria: « Lávame, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.

— No, contestó Jesús, el que sale del baño, sólo necesita lavarse los pies para estar perfectamente limpio. » Exento de faltas graves, basta que te purifiques del polvo

de las imperfecciones que siempre se pega á los pies del hombre.

Habiendo dicho estas palabras, agregó con un tono de profunda tristeza: « Vosotros estáis limpios, aunque no todos. » Alusión muy significativa al que iba á traicionarle. Pero Judas fingió no comprender, y permitió que Jesús le lavase los pies como á los otros. Terminado este oficio de esclavo, el Salvador volvió á tomar su manto, se sentó á la mesa y dijo á sus apóstoles: «¿Habéis visto lo que acabo de hacer? Me llamáis vuestro Maestro y Señor, y tenéis razón porque en realidad lo soy. Si yo, pues, siendo vuestro Maestro y Señor, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos á los otros. Os he dado el ejemplo, á fin de que hagáis lo mismo que acabo de hacer. El criado no es superior á su amo, ni el apóstol mayor que el que le ha enviado. Seréis felices si practicareis las cosas que os he enseñado. No digo esto de todos los que estáis aquí, sino que me dirijo á aquellos que he escogido, porque necesario es que se cumplan estas palabras de la Escritura: « El que come mi pan, levantará su pie contra mí. » Y yo os hago esta predicción para que después de su cumplimiento, creáis que vuestro Maestro es realmente el Cristo. En cuanto á vosotros que me habéis sido fieles en todas mis tribulaciones, haced lo que acabo de practicar y os introduciré en el reino que mi Padre me prepara, en donde comeréis y beberéis en mi mesa y os sentaréis en tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. »

Esta escena tan tierna, no era sin embargo sino el preámbulo de otra más sublime y más conmovedora aún. El lavatorio de los pies, era sólo el símbolo de la purificación del corazón que Jesús obraría en sus apóstoles para hacerlos dignos del don sublime que quería regalarles antes de separarse de ellos. El cordero pascual figurado desde siglos atrás por el que acababan de comer, era el mismo Jesús. Su sangre iba á derramarse al día siguiente por la salvación del mundo. Pero eso no bastaba al Cordero de Dios: quería quedar siempre vivo en medio de los hombres, inmolarse siempre por sus pecados y ser siempre comido por ellos para sustentarles durante su peregrinación á la Tierra prometida. Había llegado la hora de realizar la promesa que había

hecho un día, de darles á comer su carne y á beber su sangre. Al fin de la cena, después de haber instruído á sus apóstoles sobre el prodigio de amor que su corazón iba á realizar, Jesús tomó en sus santas y venerables manos uno de los panes ázimos, lo bendijo, lo partió y lo entregó á los apóstoles diciendo: « Tomad y comed todos: este es mi cuerpo, este mismo cuerpo que va á ser entregado por vosotros. » Luego, tomando su copa llena de vino, la bendijo y se las presentó diciendo: « Tomad y bebed todos: este es el cáliz de mi sangre, la sangre del nuevo testamento que va á ser derramada en remisión de vuestros pecados. »

Y Jesús añadió: « Haced esto en memoria mía. » A fin de que los apóstoles y sus sucesores, sacerdotes de la nueva alianza, perpetuasen el recuerdo de su sacrificio, no ya por una Pascua conmemorativa como los sacerdotes de la antigua ley, sino por la nueva inmolación del Cordero divino que vendría á ser el alimento de las almas y la prenda de la vida eterna.

La cena llegaba á su fin. Los apóstoles departían afectuosamente con su Maestro, pero pronto notaron en su fisonomía una turbación profunda. Jesús no podía pensar en Judas, en aquel corazón insensible, en el sacrilegio que acababa de cometer, en el crimen más horrendo aún que meditaba, sin sentir su alma desgarrada por el dolor. Era uno de sus miembros, uno de sus apóstoles que se le separaba violentamente para ejecutar en su Maestro la obra de Satanás. Quiso una vez más traerle al arrepentimiento, poniendo á sus ojos la enormidad de su crimen y el castigo que le aguardaba. Dirigiéndose á los apóstoles, les dijo: « En verdad, os lo aseguro, que uno de vosotros, uno de los que están sentados á esta mesa y comen conmigo, va á traicionarme y á entregarme á mis enemigos. » Con esta declaración, los apóstoles entristecidos y consternados, se miraban unos á otros preguntándose si en realidad podría haber entre ellos un traidor bastante malvado para entregar á su Maestro. Y como la sospecha pesaba sobre cada uno de ellos, todos juntos clamaron: « ¿Soy yo, Señor? » Jesús respondió con un tono grave y sereno: « Os lo repito, es uno de los que aquí cenan conmigo. » Y añadio estas palabras formidables: « El hijo del hombre se va, como de él está escrito; pero

¡desgraciado de aquel por quien el hijo del hombre será entregado! ¡Más le valdría no haber nacido!»

Todos estaban aterrados; sólo Judas se mostraba en calma. Tuvo aún la audacia de preguntar como los otros: «¿Soy yo, Señor?» Sus palabras se perdieron en el bullicio, pero Jesús le respondió de manera que él sólo pudiera oirle: «Tú lo has dicho, eres tú.» Esta respuesta que habría debido confundirle, no le arrancó ni un suspiro, ni una lágrima, ni un movimiento de sorpresa ó de horror; de manera que los apóstoles no encontraron en él mayor motivo de sospecha que en los otros.

Queriendo á toda costa salir de una incertidumbre que despedazaba su corazón, Pedro hizo un signo á Juan para que interrogase al Maestro. Juan se inclinó hacia el pecho de Jesús y le dijo: «¿Quién es el traidor? —Aquel, respondió el Salvador, á quien voy á presentar un pedazo de pan mojado.» Mojó un pedazo de pan en un plato y lo presentó á Judas, el cual recibió sin la menor emoción esta nueva muestra de amistad. Apenas hubo comido este bocado, cuando quedó convertido, no sólo en esclavo, sino en verdadero secuaz de Satanás. Entonces, viéndole perdido sin remedio, le dijo Jesús: «Lo que estás resuelto á hacer, hazlo pronto.» No comprendieron los apóstoles el sentido de estas palabras; creyeron que daba órdenes á Judas de comprar algún objeto para la fiesta ó de distribuir limosnas á los pobres. Y el maldito, dejando el cenáculo á toda prisa, se fué directamente á concertar con sus cómplices las últimas medidas para apoderarse de Jesús en esa misma noche.

Unas cuantas horas más y el crimen quedaría consumado.



CAPÍTULO IX.

El testamento de amor.

JESÚS ANUNCIA LAS GRANDES PRUEBAS. — TRISTEZA DE LOS APÓSTOLES. — DISCURSO DE DESPEDIDA. — MOTIVOS DE FE, DE ESPERANZA, DE CONSUELO. — UNIÓN Á JESÚS: LA VID Y LOS VÁSTAGOS. — AMAR Á LAS ALMAS COMO JESÚS LAS AMA. — Á EJEMPLO SUYO, AFRONTAR Á LOS PERSEGUIDORES. — ORACIÓN DEL REDENTOR. *(Joan. XIV-XV-XVI-XVII, 1-26.)*

APENAS Judas había salido del cenáculo, Jesus viendo venir la muerte prorrumpió en un cántico de alegría: «Llega por fin la hora del triunfo, dijo, la hora que glorificando al Hijo dará gloria al Padre.» Luego bajando sus miradas sobre sus discípulos entristecidos: «Hijitos míos, añadió con ternura, sólo me quedan algunos momentos que pasar con vosotros. Por ahora no podéis seguirme á donde yo voy. Sed fieles á mi mandamiento: amaos unos á otros, como yo mismo os he amado. En esta unión fraternal se os reconocerá por mis verdaderos discípulos.»

No pudiendo persuadirse de que su Maestro iba á morir, los apóstoles se preguntaban qué significaría aquel discurso. «Señor, díjole Pedro, tú nos hablas de dejarnos; pero ¿á dónde te vas? — Me voy á donde tú no puedes seguirme ahora, pero á donde más tarde me seguirás. — Mas ¿por qué no luego? replicó el apóstol que comenzaba á comprender, yo estoy pronto á dar mi vida por ti.—¡Tú, pronto á dar la vida por mí! Yo te anuncio que antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.» Protestó Pedro que afrontaría la prisión y todos los suplicios antes que renegar de su Maestro.

Jesús aprovechó este incidente para instruir á sus discípulos sobre los peligros que iban á correr y para ponerles en guardia contra su propia debilidad. «Simón, Simón, le dijo, el demonio va á sacudiros á todos como se sacude

el trigo en el arnero. Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, cuando estés plenamente convertido, confirma en ella á tus hermanos. Todos vais á quedar escandalizados en esta noche por causa mía porque está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas. Mas después de mi resurrección volveré á encontraros en Galilea.» No escuchando más que á su amor al Maestro, Pedro exclamó con viveza: «Aun cuando todos te abandonaran en presencia del peligro, yo nunca te abandonaré.» — Y yo te repito, replicó Jesús, que antes del segundo canto del gallo, tres veces me habrás negado.» — «¡Jamás! jamás! aunque fuera necesario morir contigo, nunca te negaría.»

Los otros apóstoles protestaron, como Pedro, de su inquebrantable fidelidad. Hízoles notar Jesús que para permanecer fiel en tiempo de guerra, es preciso armarse de valor. «Cuando, hace poco, os envié en medio del mundo sin dinero y sin calzado, ¿os faltó algo de lo necesario? —Nada, respondieron. — Pues bien, ahora es preciso que cada uno tome su bolsa y su saco, y si alguien no tuviere espada, que venda hasta sus vestidos para procurarse una, porque va á cumplirse lo que la Escritura dijo de mí: «Fué puesto en el número de los malvados.» Creyendo que les recomendaba armarse, no de valor contra la tentación, sino de espadas contra el enemigo, los apóstoles le dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas. — Basta con eso,» respondió Jesús, porque no es con la espada como venceréis. Pedro, no obstante, tomó una para defender á su Maestro por si se atrevieran á atacarle.

En este momento, la tristeza de los apóstoles llegaba hasta la desconfianza. Ignoraban lo que se tramaba contra Jesús y contra ellos; pero evidentemente estaban amenazados de una espantosa desgracia. Jesús anunciaba que uno de ellos le haría traición, que Pedro le negaría, que todos le abandonarían y que él mismo sería tratado como un criminal y condenado á muerte de cruz. Acababa de decirles que iba á dejarles para ir á donde nadie podía seguirle. Pero ¿cómo explicar estos enigmas? y en todo caso ¿qué suerte les estaría reservada una vez privados de su Maestro y abandonados sin defensa en medio de encarnizados enemi-

gos? Al verlos Jesús sumergidos en aquella mortal angustia, silenciosos, desalentados, abatidos, sintióse conmovido hasta el fondo del alma y entonces, para consolarlos y fortalecerlos, brotaron de su corazón acentos que sólo podía abrigar el corazón de un Dios.

«Hijitos míos, les dice, no os inquietéis con el pensamiento de mi partida. Creed en Dios y creed en mí. Me voy á la casa de mi Padre y allí donde las mansiones son numerosas, voy á prepararos una. Entonces volveré á vosotros para conduciros á donde yo mismo voy. Ya sabéis á donde voy y cuál es el camino. — No, Señor, respondió ingenuamente Tomás, nosotros no sabemos ni el lugar á donde vas, ni el camino que allá conduce. — Tomás, voy á mi Padre y yo soy el camino que á él conduce. «Yo soy el camino» que es necesario seguir, «la verdad» que es necesario creer, «la vida» que es necesario poseer para llegar á mi Padre. «Si me conocierais, conoceríais á mi Padre. Pero vosotros le habéis visto ya. — Señor, muéstranosle, exclamó Felipe que también deseaba como Tomás ver antes de creer; muéstranos al Padre y nada más pediremos. — ¿Cómo? respondió Jesús, hace tánto tiempo que estoy con vosotros y ¿todavía no me conocéis? Felipe, el que me ve á mí, ve á mi Padre de quien soy una perfecta imagen. ¿Cómo, pues, podéis decir: Muéstrame al Padre? ¿Acaso no creéis que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? El es quien habla por mi boca; él, quien hace las obras que yo ejecuto. En vista, pues, de esas obras prodigiosas, creed que el Padre está en mí y yo en él.»

Mediante estas consideraciones tan propias para alentar su fe, los apóstoles sintieron renacer la esperanza. Jesús agregó que su separación en nada les impediría extender el reino de Dios por toda la tierra como se los había prometido. El les comunicaría un poder tal, que realizarían prodigios más maravillosos aún que los milagros hechos por él mismo. Todo cuanto pidieran al Padre en su nombre se les concedería, á fin de glorificar por medio de ellos á su Padre muy amado.

La tristeza invadía sus corazones al pensar que no gozarían más de su presencia y de sus íntimas comunicaciones; pero aun de esta pérdida Jesús encontró medios de in-

demnizarlos. «Si me amáis de veras, les dijo, yo rogaré á mi Padre y él os enviará el Espíritu consolador que estará siempre con vosotros; ese Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, ni conocer, ni gustar y que se hará sentir en vosotros porque residirá en vuestro corazón. Y yo mismo no os dejaré huérfanos, sino que vendré á estar con vosotros. En poco tiempo más el mundo no me verá; pero vosotros me veréis interiormente, porque viviremos con la misma vida. Entonces comprenderéis que yo estoy en mi Padre y en vosotros, y vosotros en mí. Yo me manifiesto íntimamente al alma que me ama y mi Padre y yo establecemos en ella nuestra morada. — ¿Por qué pues, preguntó Felipe, no te manifiestas al mundo de la misma manera? — Porque el mundo, respondió Jesús, no me ama, ni hace caso de mis mandamientos.»

Para consolarlos, el Salvador agregó que el Espíritu Santo explicaría y completaría la enseñanza que ya habían recibido. Al apartarse de ellos, les dejaba la paz de Dios, esa paz que el mundo no puede dar. Su partida no debía causarles ni inquietud ni temor, porque él volvería como lo tenía prometido. Antes bien, por amor á él, debieran regocijarse al verle regresar á su Padre. «Si os anuncio mi partida, es para que, cuando la veáis realizarse, no vacile vuestra fe. Pero no prolonguemos más esta conferencia, pues el príncipe de este mundo se acerca, no porque tenga algún poder sobre mí, sino porque es necesario probar al mundo que amo á mi Padre y que le obedezco siempre cualquiera que sea su voluntad. Levantaos y salgamos de aquí.»

Eran las diez de la noche. Rodeado de sus apóstoles, bajó Jesús por la pendiente del monte Sión y se encaminó á través del valle de Cedrón hacia el monte de los Olivos. Los apóstoles agrupados en torno de su Maestro, avanzaban lentamente comunicándose sus impresiones y confiando al Salvador los sentimientos que sus predicaciones y recomendaciones despertaban en sus almas. Entonces, en una nueva efusión de su amor, hablóles de la misión salvadora que iban á llenar, misión que sería infructuosa, si no permanecían íntimamente unidos á él.

«Yo soy la vid plantada por el celeste viñador y vo-

sotros sois los sarmientos. Así como estos no producen fruto sino cuando están unidos á la cepa, así también vosotros seréis infecundos si no estuviereis como ingertados en mí. Sin mí, nada podéis producir; sin la savia que de mí brota, sois un sarmiento estéril que se seca y sólo sirve para el fuego. Al contrario, si estuviereis unidos á mí, alcanzaréis todo cuanto pidiereis, pues toca á la gloria de mi Padre el reconoceros como verdaderos díscípulos de su Hijo, mediante los abundantes frutos que produjereis.»

Si ellos aman á su Maestro, deben ser uno con él y esparcir en todos los corazones la vida que han bebido en su corazón. «Es necesario, les dijo, que os améis unos á otros como yo mismo os he amado. Yo os he amado con el mayor amor posible, que consiste en dar la vida por los que se ama. Os he amado hasta hacer de vosotros, no servidores, sino íntimos amigos; pues el sirviente ignora los secretos de su señor, en tanto que yo os he comunicado todo lo que he aprendido de mi Padre. Os he amado hasta elegiros, antes que vosotros os dierais á mí, por mis embajadores cerca de los pueblos, llevando la misión de producir en las almas abundantes y permanentes frutos de salvación. Yo os pido ahora que améis á vuestros hermanos como yo os he amado á vosotros y que afrontéis los peligros, aun el de la muerte, por salvarlos.»

«No podéis propagar el reino de Dios sin encontrar adversarios; pero si el mundo os aborrece, no olvidéis que primero me ha aborrecido á mí. Si fuerais del mundo, gozaríais de sus favores; mas os perseguirá con su odio, porque yo os he apartado del mundo para formaros á mi imagen. Os perseguirán como á mí me han perseguido y despreciarán vuestra palabra como á mí me han despreciado.»

«Consolaos con el pensamiento de que seréis tratados de esta manera por odio á mi nombre, porque no han querido conocer á Aquel que me ha enviado. Y su pecado no tiene excusa, porque yo he obrado en medio de ellos prodigios que ningún otro ha ejecutado: los han presenciado y con todo me han aborrecido, tanto á mí como á mi Padre, pues, aborrecerme á mí es lo mismo que aborrecer á mi Padre. De este modo han realizado la palabra de la Escritura: Me han aborrecido gratuitamente, sin motivo, por pura malicia.

Pero su odio no impedirá á los pueblos glorificar mi nombre. Cuando venga el Espíritu Santo que yo os he de enviar, el Espíritu que procede del Padre, él dará testimonio de mí y vosotros los que me habéis seguido desde el principio, seréis también testigos míos en medio del mundo.

«Si os hablo claramente, es para poneros en guardia contra la tentación. Cuando os arrojen de las sinagogas y os quiten la vida, creyendo ofrecer con esto un sacrificio agradable á Dios, os acordaréis que yo os he predicho estas persecuciones. Mientras mi presencia bastaba para alentaros, sólo os dejaba entrever las pruebas que os aguardàn; pero en este momento en que vamos á separarnos, necesario es que os abra mi corazón. En lugar de entristeceros por mi partida, deberíais más bien regocijaros, pues es ventajoso para vuestra misión el que yo me vaya. El Espíritu Santo no vendrá á vosotros antes que yo haya vuelto á mi Padre. Entonces vendrá él á promulgar solemnemente, el crimen que el mundo ha cometido por su infidelidad, la santidad del Justo que se han atrevido á condenar y el juicio que quita su poderío al príncipe de este mundo. Mucho más tendría aún que deciros; pero el Espíritu Santo que vais á recibir os enseñará oportunamente toda verdad y os revelará los secretos del porvenir.»

Jesús agregó para consolarlos: «Poco tiempo más y ya no me veréis; pero poco tiempo después, volveréis á verme.» Siempre con la ilusión sobre la próxima muerte y resurrección de su Maestro, los apóstoles le interrogaban con sus miradas sobre el sentido de estas palabras misteriosas. «En verdad os digo, continuó diciendo, un poco más de tiempo y ya no me veréis; gemiréis y lloraréis entonces, mientras que el mundo se alegrará; pero poco después volveréis á verme y vuestra tristeza se convertirá en gozo. Laméntase una mujer en la hora de su alumbramiento porque ha llegado para ella el momento de los dolores; pero una vez libre de ellos, ni se acuerda de sus pasados sufrimientos embargada como está con el gozo de haber dado un niño al mundo. Así también vosotros, por ahora os encontráis angustiados; pero pronto se regocijará vuestro corazón y nadie podrá arrebataros vuestro contento. Iluminados por el Espíritu Santo, no tendréis ya necesidad de interrogarme;

unidos íntimamente á mí, todo lo que pidiereis en mi nombre lo obtendréis de mi Padre y sentiréis la satisfacción colmada de vuestros deseos. Yo os he enseñado en parábolas los misterios del reino de Dios, pero llega la hora en que hablaré de mi Padre abiertamente y sin figuras. Veréis entonces que podéis pedirle cuanto queráis, porque El os ama y os ama porque vosotros me habéis amado y creído que he salido de Dios. Sí, creedlo firmemente, que yo he salido del Padre y venido á este mundo; ahora me retiro del mundo y vuelvo á mi Padre.»

Los apóstoles creyeron comprender lo que hasta entonces sólo habían penetrado muy imperfectamente. «Hablas ya sin parábolas, le dijeron, y vemos que todo lo sabes, pues respondes á nuestras preguntas aun antes de hacértelas. Creemos firmemente que tú has salido de Dios. — Ahora creéis, exclamó Jesús que veía el fondo de sus almas; pero hé aquí que llega la hora en que os dispersaréis y me dejaréis solo, solo con mi Padre.» Detúvose un instante; luego, con voz conmovida pero siempre firme, continuó: «Todo lo que acabo de deciros, lo he dicho para que encontréis en mí el reposo de vuestras almas. El mundo os pondrá bajo el lagar, pero estad tranquilos: yo he vencido al mundo.»

En este momento, la obra de la redención apareció toda entera á las miradas de Jesús. Vió á sus enviados corriendo en busca de las almas hasta el fin de los siglos; vió á esas almas sumergidas en las tinieblas, abrirse por millones á la luz del Evangelio y glorificar á Aquel que reina en los cielos. Radiantes de amor, sus ojos se levantaron entonces hacia su Padre y abiertos los brazos, dirigióle esta sublime oración:

«Padre mío, llega la hora tan largo tiempo esperada; glorifica á tu Hijo, para que él te glorifique á ti. Me has hecho cabeza del genero humano á fin de comunicar la vida eterna á los que me diste, esa vida eterna que consiste en conocerte á ti, único Dios verdadero y á Jesucristo á quien enviaste. Yo te he glorificado en la tierra; he terminado la obra que me confiaste; á ti toca ahora, Padre mío, glorificarme en tu seno con aquella gloria de que en tí he gozado desde la eternidad.»

«He manifestado tu nombre á los que me diste. Ellos

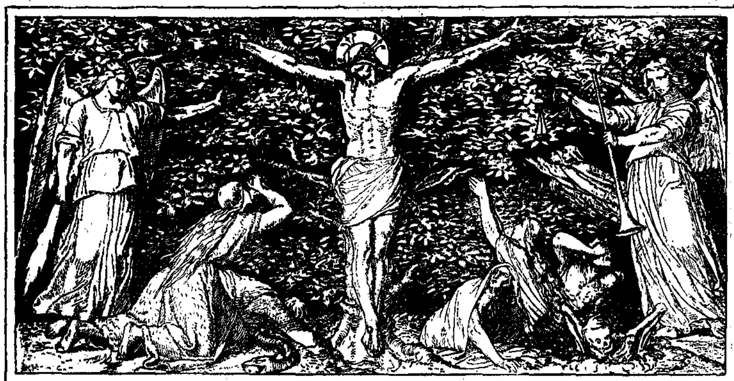
han escuchado tus palabras que yo les he transmitido; saben que yo he salido de tí y creen que tú me has enviado. No ruego en este momento por el mundo que no te conoce; ruego por aquellos que me diste, los cuales son tuyos y también son míos. Van á quedar en este mundo que dejo para ir á ti. Padre, guárdalos en tu amor, á fin de que sean *uno* como nosotros somos *uno*. Estando en medio de ellos, los he guardado á todos; ninguno de los que me diste ha perecido, salvo el hijo de perdición predicho por la Escritura. Ahora voy á ti y ruego por ellos antes de dejarlos, á fin de que encuentren en sí mismos la plenitud de mi gozo.»

«Les he predicado tu palabra y el mundo los ha aborrecido porque, marchando tras las huellas de su Maestro, no son ya de este mundo. No te pido que los saques del mundo» que ellos deben llenar con la gloria de tu nombre, «sino que los preserves del mal, que los santifiques en la verdad y que los consagres á tu gloria como lo estoy yo.»

«Ruégote por ellos y también por todos los que, mediante su palabra, creerán en mí. Que sean uno como nosotros somos uno, viviendo yo en ellos y tú en mí; que sean consumados en la unidad y así conozca el mundo que tú me has enviado y que amas á los míos como me amas á mí mismo. ¡Oh Padre mío! quiero que estos amados míos lleguen cerca de mí y que sean testigos de mi gloria, de esa gloria que yo recibí de tu amor desde antes de la creación del mundo. Padre, invoco aquí tu justicia: el mundo no te ha conocido, pero estos han creído que tu me has enviado y han aprendido de mí á conocerte. Yo llenaré su espíritu con el conocimiento de tu nombre, á fin de que los ames como me amas á mí mismo.»

Jesús cesó de hablar. Enteramente abstraído con aquella celestial conferencia, el colegio apostólico había atravesado el Cedrón y se encontraba al pie del monte donde Jesús acostumbraba pasar la noche. Tenían delante un jardín plantado de olivos al cual entró el Salvador seguido de sus apóstoles. Al ver la calma y la serenidad de su Maestro, ninguno sospechaba que en esa misma hora iba á comenzar el drama más horroroso que el mundo haya jamás visto: La Pasión del Hijo de Dios.





LIBRO SÉPTIMO.

Pasión y muerte de Jesús.

CAPÍTULO I.

La agonía y el arresto.

EL JARDÍN DE GETSEMANÍ. — LA GRUTA DE LA AGONÍA. — LOS TRES *Fiat*. — EL SUDOR DE SANGRE. — EL ÁNGEL CONSOLADOR. — EL BESO DE JUDAS. — EL ARRESTO. — *(Marc. XXVI. — Marc. XIV. — Luc. XXII. — Joan. XVIII, 1-11.)*

EL recinto en que Jesús acababa de penetrar se llamaba Getsemaní, nombre que significa lagar del aceite, porque era el lugar en donde se aprensaban las aceitunas que se cosechaban con abundancia en aquel monte de los olivos. Allí era donde Dios esperaba al nuevo Adán para exprimirle en el lagar de la eterna justicia. Al verle entrar en el jardín de Getsemaní, el Padre no miró en él más que al representante de la humanidad decaída, degradada por todos los vicios y manchada con todos los crímenes.

Y Jesús, el leproso voluntario, consintió en ser sólo el hombre de dolores. Dejó eclipsarse su divinidad y que la humanidad con sus flaquezas, debilidades y desolaciones, entrase sola, en lucha con el sufrimiento. Para no someter á sus apóstoles á tan dura prueba, ordenóles que le aguardaran á la entrada del huerto: « Sentaos aquí, les dijo, mientras yo me retiro para orar. » Tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan, los mismos que habían sido testigos de su gloriosa transfiguración en el Tabor. Sólo ellos, fortificados por aquel gran recuerdo, eran capaces de asistir al espectáculo de su agonía sin olvidar que era el Hijo de Dios.

Apenas estuvo solo, cuando cayó en el más completo abatimiento. Habiendo suspendido su influencia la divinidad, la humanidad del Cristo se encontró en presencia de la visión pavorosa del martirio que debía sufrir. Un profundo tedio, junto con espantoso temor y amarga tristeza, se apoderó de su espíritu, hasta el punto de hacerle lanzar este gemido de suprema angustia: « ¡Mi alma está triste hasta la muerte! » Sin un milagro de lo alto, la humanidad hubiera sucumbido bajo el peso del dolor. Los tres discípulos, conmovidos y aterrados, le miraban con ternura sin atreverse á pronunciar palabra. « Quedaos aquí y velad, díjoles con trémula voz, mientras yo voy á ponerme en oración. »

Alejóse con dificultad á la distancia de un tiro de piedra hasta la gruta que desde entonces se llamó la gruta de la Agonía, pero siguiéndole siempre la terrible visión á aquella sombría caverna. Apenas hubo llegado allí, vió pasar delante de sus ojos toda clase de instrumentos de suplicio, cuerdas, azotes, clavos, espinas, cruz; verdugos profiriendo burlas y blasfemias; un populacho delirante hartándole de injurias sin número. Por un momento, retrocedió horrorizado; pero cayendo de rodillas, con la frente pegada al polvo, exclamó: « Padre mío, si es posible, que se aparte de mí este cáliz; sin embargo, cúmplase tu voluntad y no la mía. »

Dios quería que bebiera hasta la hez el cáliz de amargura. Tembloroso, cubierto de sudor, levantóse y se arrastró penosamente hacia los tres apóstoles para buscar en ellos algún consuelo, pero la tristeza los había acongojado y adormecido. Sumergidos en una especie de letargo, apenas reconocieron á su Maestro. Quejóse Jesús de este abandono y dirigiéndose

especialmente á Pedro que acababa de hacer tan magníficas promesas: «¿Duermes Simón? le dijo. ¡Cómo! ¿no has podido velar ni siquiera una hora conmigo? ¡Ah! velad y orad para que no sucumbáis en el momento de la prueba. El espíritu está pronto para prometer, pero la carne es flaca.»

Habiendo alentado así á los apóstoles, volvió por segunda vez á la gruta. La visión reapareció más espantosa aún. El, el santo de los santos, se vió cargado con una montaña de pecados: todas las abominaciones y todos los crímenes, desde la prevaricación de Adán hasta la última maldad cometida por el último de los hombres, se presentaron á sus ojos y se le adhirieron como si de ellos hubiera sido culpable. Y una voz le decía: Mira todas estas iniquidades; á ti cumple expiarlas por sufrimientos proporcionados á su número y malicia. Prosternado en el polvo, desgarrado el corazón, casi muerto de dolor al aspecto del pecado, tuvo todavía fuerza bastante para repetir con sublime resignación: «¡Padre mío, si es necesario que yo beba este cáliz, que se cumpla tu santa voluntad!» Fuése de nuevo hacia sus apóstoles en busca del aliento que necesitaba su desolado espíritu; pero estos se hallaban á tal punto abatidos y agobiados por la tristeza, que no acertaron á decirle una palabra.

Por tercera vez, entró en la gruta para sufrir allí una agonía mortal. Cubierto con todos los pecados de los hombres, sufriendo tormentos inauditos en su cuerpo y en su alma, vió millones y millones de pecadores rescatados al precio de su sangre, que le perseguirían con sus desprecios y odio encarnizado por toda la duración de los siglos. Viólos haciendo guerra á su Iglesia, pisoteando la Hostia santa, despedezando su cruz, blasfemando contra su divinidad, degollando á sus hijos y trabajando con todas sus fuerzas en precipitar al infierno á aquellos mismos por quienes él iba á inmolar su vida. En presencia de tan horrenda ingratitud, cayó como anonadado. Su cuerpo estaba empapado en sudor, en sudor de sangre; copiosas gotas brotaban de todos los poros y corrían por sus mejillas y por todo el cuerpo hasta regar la tierra. Con todo, no cesaba de orar, repitiendo á su Padre con voz moribunda, que estaba resuelto á apurar hasta el fondo el cáliz del dolor.

A aquella dolorosa agonía iba sin duda á seguir la

muerte, cuando hé aquí que un ángel bajó del cielo para consolarle y fortificarle. Al instante mismo recobró su calma y tranquilidad, y acercándose á sus apóstoles, díjoles con su ordinaria indulgencia: « Ahora, dormid y reposad tranquilos; no tenéis ya necesidad de velar conmigo. » Pero, apenas habían cerrado los ojos, cuando exclamó: « Levantaos y marchemos: ha llegado la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. El que me ha de entregar está cerca de aquí. » Y á la luz de las antorchas que iluminaban el valle, vieron un grupo de gente armada que se dirigía al jardín de Getsemaní: era Judas á la cabeza de los soldados que debían apoderarse de Jesús.

El desgraciado Judas no había perdido tiempo desde su salida del cenáculo. En una entrevista con los principales miembros del gran Consejo, hízoles saber que Jesús se dirigiría con sus apóstoles al monte de los Olivos, que pasaría la noche en un lugar solitario perfectamente conocido del traidor y que por consiguiente, sería muy fácil aprehenderle durante la noche sin excitar ningún rumor en el pueblo.

Los príncipes de los sacerdotes adoptaron con júbilo el plan propuesto y formaron una cuadrilla de gente armada para ponerlo inmediatamente en ejecución. Componíase aquella de un destacamento encargado de montar la guardia del templo, de satélites ó sirvientes del gran sacerdote y de una banda de gente del pueblo, provistos todos de picas y bastones, de antorchas y linternas. Algunos miembros del Sanhedrín acompañaban á la expedición nocturna para tomar las medidas reclamadas por las circunstancias.

Colocado á la cabeza de la columna, Judas, le servía de guía. Como los soldados no conocían á Jesús, recibieron la orden de detenerse á la puerta del jardín de Getsemaní, mientras que Judas avanzaría solo hacia su Maestro y le mostraría á todos por una señal inequívoca: « Aquel á quien yo besare, les había dicho el infame, ese es. Aseguradle bien y llevadle con gran cuidado, porque muy bien podría escaparse. » Dada la señal, Judas debía reunirse con los apóstoles como si ninguna participación hubiera tomado en el nefando crimen que se iba á consumar. De esta manera, evitaba la odiosa mancha de haber hecho traición á su Maestro y los príncipes de los sacerdotes no tendrían que so-

portar la vergüenza de haber recurrido á un vil expediente para satisfacer su venganza. Pero todo estaba calculado sin tomar en cuenta la sabiduría y el poder de Dios.

Era media noche cuando llegaron al huerto. Todo estaba oscuro y silencioso en aquel valle y la cuadrilla misma evitaba cuidadosamente el menor ruido que pudiera despertar al pueblo. Según lo convenido, Judas avanzó solo al encuentro de Jesús que en ese momento bajaba con los apóstoles hacia la puerta del jardín. Se aproximó á su Maestro sin ninguna turbación, como si viniera á dar cuenta de una comisión recibida. « Maestro, le dice, yo te saludo. » Y á la vez le da el beso que acostumbraban los judíos entre amigos y parientes. En lugar de rechazar al criminal apóstol, Jesús le contestó con angelical dulzura: « Amigo ¿qué has venido á hacer aquí? ¡Cómo! Judas ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

En vez de caer de rodillas para pedir perdón de su falta, Judas, creyendo oir palabras de indignación entre los apóstoles, se desconcertó y replegóse á los suyos. Los soldados pensaron que iba á decirles algo y se produjo un momento de vacilación que dió lugar á una escena de incomparable majestad. Jesús no esperó que viniesen á prenderlo, sino que avanzando hacia los soldados, con voz entera les preguntó:

« ¿A quién buscáis?

— A Jesús Nazareno, respondieron.

— Yo soy, » dijo Jesús.

A esta sola palabra, soldados, criados, sanhedristas, sobrecogidos de súbito terror y como rechazados por invisible mano, retrocedieron y cayeron de espaldas. Cuando se hubieron levantado, Jesús siempre de pie delante de ellos, volvió á preguntarles:

« ¿A quién buscáis?

— A Jesús Nazareno, repitieron temblando.

— Yo soy Jesús Nazareno, replicó el Salvador, os lo he dicho ya; si es á mí á quien buscáis, dejad partir á estos. »

Y con un gesto imperativo, designó á los apóstoles que le rodeaban y á quienes quería defender, según las palabras pronunciadas por él mismo algunas horas antes: ¡Oh padre! de todos los que me has dado, ni uno solo he perdido. Pero ¿lo conseguiría? Tanto menos probable parecía esto, cuanto

que los apóstoles, viendo á su Maestro derribar por tierra á los soldados, se imaginaron que iba á defenderse y se preparaban á la resistencia. Cuando la cuadrilla, excitada por los príncipes de los sacerdotes, se aproximó á Jesús para echarle mano, los apóstoles indignados, le rodearon gritando: « Maestro ¿nos permites servirnos de la espada? » Pedro, sin esperar la respuesta de Jesús, descargó la suya sobre la cabeza de un criado del gran sacerdote, llamado Malco y le cortó la oreja derecha. Una lucha sangrienta iba á empeñarse, pero Jesús intervino en el acto.

« Deteneos, » dijo á Pedro y á sus compañeros. Entonces, manifestando de nuevo su divino poder, se acercó á Malco, tocóle la oreja y la herida quedó perfectamente curada. Luego, dirigiéndose á Pedro y á todos los presentes, declaró que no tenía ninguna necesidad de ser defendido contra sus enemigos, pues si estos se habían atrevido á cogerle, era porque él se les entregaba voluntariamente. « Pedro, vuelve tu espada á la vaina. Quien con espada hiere, á espada morirá. ¿Acaso no es necesario que yo beba el cáliz que me presenta mi Padre? Crees que si pidiera á mi Padre que me defendiera, no me enviaría en el acto más de doce legiones de ángeles? No, no, lo que ahora sucede predicho está y es preciso que se cumplan las Escrituras. »

Hizo notar Jesús su entrega voluntaria, diciendo á los miembros del Sanhedrín que acompañaban á los soldados: « Habéis venido á mi encuentro armados de espadas y bastones como si se tratara de un ladrón; » pero sabedlo bien, que las armas nada pueden contra mí. « Yo estaba todos los días sentado en el templo en medio de vosotros enseñando mi doctrina ¿por qué no me prendisteis? — Porque la hora fijada por mi Padre no había llegado. Mas ahora llega; esta es vuestra hora, la hora del poder infernal, » del cual vosotros sois instrumentos. Una vez más, « es necesario que las predicciones de las Escrituras se cumplan. »

Pero el odio cegaba y endurecía á aquellos hombres. Mientras más hacía brillar Jesús su divinidad, más aumentaba en ellos el furor. Obedeciendo á sus órdenes, los soldados, una vez que se apoderaron de Jesús, le ataron como si hubiera sido un malhechor. El divino Maestro alargó las manos á sus verdugos, lo que desconcertó á los apóstoles

y los intimidó. Viendo que Jesús no rompía sus cadenas, que los soldados le ultrajaban impunemente, que los sacerdotes y escribas blasfemaban contra él y que el populacho comenzaba á vociferar amenazas é imprecaciones contra ellos, olvidaron todas sus protestas y huyeron cada uno por su lado. Sólo un joven discípulo, acudiendo precipitadamente al ruido que hacían los soldados, quiso seguir á su Maestro. Recibieron estos la orden de arrestarle y ya le tenían asido por la ropa, cuando él, dejándola entre sus manos, se puso también en fuga.

Como lo había anunciado, Jesús quedó solo en medio de sus enemigos.

CAPÍTULO II.

Jesús ante Caifás.

DESDE GETSEMANÍ AL PALACIO DEL SUMO SACERDOTE. — EL TORRENTE DE CEDRÓN. — ANÁS Y SU CRIADO. — JESÚS ANTE CAIFÁS. — ILEGALIDAD DE LA SESIÓN. — LOS TESTIGOS FALSOS. — MUTISMO DE JESÚS. — « ¿ ERES TÚ EL HIJO DE DIOS? *Ego sum.* » — EL DECRETO DE MUERTE.

(Matth. XXVI, 57-66. — Marc. XIV, 53-64. — Luc. XXII, 54. — Joan. XVIII, 19-24.)



DUEÑOS por fin de Jesús, los fariseos pudieron satifacer el implacable odio que le habían profesado desde tan largo tiempo. Para humillar á aquel profeta, al falso Mesías, quisieron que se le tratara como á un criminal vulgar. Por órdenes suyas, los soldados de la cohorte le ataron los brazos sobre el pecho; luego, por medio de cuerdas unidas á una cadena que le circundaba el cuerpo, los criados le hicieron marchar delante de ellos como si fuera un ladrón ó un asesino. Desde Getsemaní, el cortejo se puso en marcha hacia el monte Sión, donde se

encontraba el palacio de los pontífices. Allí era donde Jesús debía ser juzgado.

Al atravesar el puente del Cedrón, los verdugos á instigación de los fariseos, precipitaron á la inocente víctima al cauce del torrente. No teniendo más vestiduras que su túnica y su manto, Jesús cayó penosamente sobre las piedras que formaban el fondo del fangoso canal, lo que dió lugar á renovar los sarcasmos é insultos. ¡Qué alegre espectáculo para aquellos magistrados de Israel, el ver sumergido en el lodo, en el fondo de una cloaca, al taumaturgo que sacaba á los muertos de la tumba! Ignoraban esos doctores y sacerdotes envilecidos, que en aquel momento mismo se verificaban en Jesús las palabras proféticas: « Beberá en el camino el agua del torrente; y por esto levantará la cabeza. » (1).

Después de esta caída, el prisionero, arrastrado por los soldados, avanzó con trabajo hacia el palacio del Sumo Sacerdote. Los habitantes de Jerusalén no tenían el menor conocimiento del crimen que sus jefes acababan de cometer, á pesar de que alguna agitación reinaba ya en la adormecida ciudad. Decididos á concluir su obra en la noche misma, los jefes del Sanhedrín habían prevenido á sus colegas para que se reunieran en el palacio de Caifás. Por todas partes corrían los emisarios en busca de falsos testigos á fin de ocultar la infamia con la apariencia de legalidad. En fin, como era necesario dar al juicio cierta publicidad, los fariseos más opuestos al profeta y á sus doctrinas, se dirigieron al tribunal para asistir al interrogatorio y aclamar á los jueces. Por lo demás, el populacho siempre pronto á vociferar contra el inocente á la menor señal de los agitadores, se ponía ya en movimiento.

El cortejo llegó al palacio de los pontífices á la una de la mañana. Los soldados condujeron á Jesús á una de las

(1) Esta particularidad de la Pasión del Salvador nos ha sido conservada por la tradición. Se ve hoy todavía cerca del puente del Cedrón, una piedra de grandes dimensiones, sobre la cual cayó Nuestro Señor, dejando impresas en ella sus rodillas, pies y manos. La Iglesia ha concedido indulgencias á los peregrinos que se arrodillan sobre la piedra del Cedrón, convertida por esta causa, en una de las estaciones de la *Via del Cautiverio*. Se llama así el camino que siguió Jesús desde el huerto de Getsemaní hasta el palacio de Pilatos.

salas en donde funcionaba el magistrado encargado de formular la acusación. Este juez instructor llamado Anás, era suegro de Caifás, quien en su calidad de Sumo Sacerdote, debía pronunciar la sentencia. Después de haber ejercido el soberano pontificado durante largos años, Anás lo había hecho pasar sucesivamente á diversos miembros de su familia, quedando él de hecho la primera autoridad del Sanhedrín. Caifás no obraba sino según las inspiraciones del astuto viejo.

Introducido á la presencia del ex-pontífice, Jesús, cargado de cadenas, conservó una actitud firme, un rostro tranquilo y sereno. Anás había preparado cuidadosamente su interrogatorio. Hizo al prisionero muchas preguntas sobre sus discípulos y doctrina, esperando descubrir algún indicio de maquinaciones tenebrosas contra la Ley mosaica; pero su esperanza quedó enteramente burlada. Nada dijo Jesús de sus discípulos, pues se trataba de él personalmente y no de los que le habían seguido. En cuanto á su doctrina, se limitó á responder: Yo he enseñado en las sinagogas y en el templo, nada he dicho en secreto. ¿Para qué interrogarme sobre mi doctrina? Interrogad á los que me han oído; ellos saben lo que yo he enseñado y darán testimonio de la verdad. »

Nada más sabio que esta respuesta que desconcertó por completo al anciano pontífice. Uno de sus criados vino en su auxilio y acercándose á Jesús, le dió un recio bofetón en el rostro. « ¿Así es, le dice enfurecido, como se habla al pontífice? » Sin dejar aparecer ninguna emoción, Jesús respondió á aquel miserable: « Si he hablado mal, muéstralo; pero si bien ¿por qué me hieres? »

El indigno criado guardó silencio lo mismo que su amo. Confundido y consternado, Anás levantó súbitamente la sesión para no exponerse á nuevas humillaciones y ordenó á los soldados conducir al prisionero al tribunal de Caifás donde los miembros del Sanhedrín se hallaban reunidos.

Esta asamblea, compuesta de fariseos y saduceos enemigos declarados de Jesús, de pontífices envidiosos de su gloria, de escribas á quienes había confundido tantas veces delante del pueblo, no pensaban ciertamente pronunciar un fallo de justicia, sino ejecutar un proyecto de venganza. Basta

recordar que tres veces ya, en conciliábulos secretos, estos mismos jueces habían condenado á Jesús, excomulgado á sus partidarios y finalmente decretado su muerte. En una de esas reuniones ¿no había declarado Caifás que el triunfo de Jesús acarrearía la destrucción de la nación y que por consiguiente su muerte era reclamada como una necesidad de salvación pública? Jesús estaba, pues, condenado de antemano por el presidente del tribunal y por sus consejeros que se habían adherido á su parecer.

De manera que aquellos hombres inicuos convirtieron en juguete la violación de todas las leyes. Estaba prohibido á los jueces funcionar en día de sábado y en su víspera, porque debiendo seguir inmediatamente á la sentencia la ejecución del criminal, los aprestos del suplicio habrían hecho necesaria la violación del reposo sagrado. La ley prohibía igualmente bajo pena de nulidad, juzgar una causa capital durante la noche, porque las sesiones debían ser públicas; así el tribunal sólo funcionaba entre el sacrificio de la mañana y el de la tarde. Pero el Sanhedrín atropelló resueltamente todas las formalidades legales: arresta á Jesús durante la fiesta de Pascua, la víspera del sábado á media noche y procede al juicio una hora después de la aprehensión. El odio no podía esperar la salida del sol. Era preciso además que el pueblo supiera, al despertar, que Jesús había sido condenado. El entusiasmo de las turbas se extinguiría sin duda, cuando la alta corte de justicia hubiera declarado al falso profeta culpable de lesa divinidad y de lesa nación.

El Salvador compareció, pues, en la sala del tribunal delante de todo el Sanhedrín. Para motivar una sentencia de condenación, los jueces habían imaginado un complot contra la Ley mosaica y sobornado falsos testigos que, á precio de dinero, debían sostener la acusación; pero contradiciéndose estos unos á otros, fueron sorprendidos en flagrante delito de mentira é impostura, lo que les exponía á graves castigos. Muy contrariados se encontraban los jueces, cuando hé aquí que dos miserables formularon una acusación capaz de impresionar vivamente á toda la asamblea. « Nosotros le hemos oído decir, exclamó uno de ellos, « yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. » La deposición del segundo fué algo diferente. Según este, Jesús

se había expresado de la manera siguiente: « Yo destruiré este templo hecho por mano de hombre y en tres días yo reedificaré otro que no será hecho por mano de hombre. »

Esta acusación era, á los ojos de los judíos, de una extrema gravedad, porque el templo personificaba en cierta manera á la nación, á la Ley, á todo el mosaísmo. Pero cómo transformar las palabras pronunciadas por Jesús en atentado contra el templo de Dios? El no había dicho: « Yo puedo destruir » ó « yo destruiré este templo en tres días; » sino al contrario: « Destruid este templo, » es decir, en la hipótesis de la destrucción del templo, yo lo reedificaré en tres días. La amenaza contra el templo que constituía el delito, no era más que pura invención de los testigos. Además, se daba á las palabras de Jesús un sentido material enteramente extraño á su pensamiento. Las expresiones de que se había servido probaban claramente que hablaba del templo de su cuerpo, de aquel cuerpo que los judíos iban á destruir y que él, en prueba de su divino poder, resucitaría después de tres días.

Cuando los acusadores dejaron de hablar, Caifás dirigió al divino Maestro una mirada interrogadora y le intimó que respondiera. Jesús guardó silencio. Levantándose entonces encolerizado, como un hombre que se cree ofendido, tomó Caifás la palabra: « ¿Nada tienes que responder á la acusación que estos te hacen? » Mantúvose Jesús silencioso: no se responde á testigos falsos cuyas declaraciones se contradicen, ni á jueces que han sobornado á estos calumniadores. No tiene respuesta la acusación de haberse complotado contra el templo, cuando este cargo va dirigido contra el mismo que arrojó de él á los vendedores para impedir la profanación de la casa de Dios. Callándose, revelaba Jesús la indignidad de sus enemigos y daba cumplimiento á la profecía de David: « Los que buscaban un pretexto para quitarme la vida, decían contra mí cosas vanas y falsas; pero yo estaba en su presencia como un sordo que no oye y como un mudo que no abre su boca. »

Este mutismo del profeta no dejaba de inquietar á los consejeros. Si Jesús, decían para sí, si Jesús que tantas veces los había confundido con su sabiduría y elocuencia, se desdeñaba responder á sus acusaciones, era porque los juzgaba

indignos de un cuerpo respetable como el Sanhedrín. Caifás lo comprendía así y semejante humillación le ponía convulso de furor. Dejando á un lado cargos que á nada conducían, dirigióse directamente al fin, haciendo á Jesús preguntas que le obligarían á declararse él mismo culpable. « Te conjuro, le dijo con tono amenazador, te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. »

Jesús no estaba obligado á obedecer á aquella intimación, porque la Ley mosáica prohibía exigir juramento al acusado para no ponerle en la alternativa, ó de perjurar, ó de acriminarse á sí mismo. Pero Caifás contaba con que Jesús no vacilaría en afirmar su divinidad en esta circunstancia solemne. En todo caso, se decía, ya sea que afirme ó que niegue, está igualmente perdido. Si niega, le condenamos como impostor y falso profeta, pues tantas veces ha asegurado delante del pueblo que él era el Cristo é igual al Padre que está en los cielos. Si afirma, le aplicaremos la pena dictada por la ley contra los blasfemos y usurpadores de títulos divinos.

No se engañaba Caifás. A esta interpelación del pontífice sobre su personalidad divina y su cualidad de Mesías, Jesús rompió el silencio que había guardado desde el principio de la sesión. Sabiendo que los jueces sólo esperaban una afirmación de su boca para decretar su muerte, respondió al gran sacerdote con dignidad soberana: « Tú acabas de decir quién soy yo. Sí, soy el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y ahora, escuchad todos: Llegará un día en que veréis al Hijo del hombre, sentado á la diestra de Dios, descender sobre las nubes del cielo para juzgar á todos los hombres. »

Apenas había pronunciado esta formidable declaración, cuando Caifás, sin darse un instante para examinarla, exclamó como un energúmeno: « ¡Ha blasfemado! acabáis de oirle; no tenemos necesidad de nuevos testimonios. » Y desgarró sus vestidos con indignación, para protestar, como lo prescribía la ley, contra la injuria hecha á Dios.

El criminal contra Dios era él, el injusto é indigno pontífice. ¿Con qué derecho declaraba que Jesús había blasfemado? Según la ley, debía tomar el parecer de sus colegas y no imponerles violentamente su opinión. Por otra parte, la más vulgar equidad exigía que se discutieran seriamente

las afirmaciones del acusado, antes de reprobarlas como blasfemias. ¿Por qué Jesús no sería el Mesías y el Hijo de Dios según el texto de la declaración? Los caracteres del Mesías indicados en las Escrituras ¿no convenían rigurosamente á Jesús de Nazaret? ¿No había aparecido en la época predicha por Daniel; en el tiempo en que el cetro había salido de Judá, según el oráculo de Jacob; en la ciudad de Belén, como lo había anunciado Miqueas? Su doctrina divina, su vida más divina aún, sus milagros operados desde hacía tres años ante todo el pueblo, los enfermos curados, los muertos resucitados ¿no establecían su divinidad de la manera más evidente? Y entonces ¿por qué condenarle si se proclamaba con tan justos títulos el Mesías y el Hijo de Dios?

Pero Caifás, dominado por las más innobles pasiones, se mostró menos cuidadoso de ilustrar su conciencia que de satisfacer su odio. Dirigiéndose á sus colegas verdaderamente dignos de él, exclamó de nuevo: «¡Ha blasfemado! Qué os parece? Qué pena merece? — ¡La muerte!» respondieron todos á la vez.

Jesús escuchó tranquilo é impasible aquel monstruoso juicio. Fijaba con lástima sus miradas sobre aquellos malvados que, sin examen y á sangre fria, condenaban á muerte al Hijo de Dios, pues divisaba ya el día en que descendería del cielo para revocar ese execrable decreto y tratar á sus autores según los dictados de inexorable justicia.



CAPÍTULO III.

La negación de Pedro.

HUÍDA DE LOS APÓSTOLES. — PEDRO Y JUAN EN EL PALACIO DE LOS PONTÍFICES — LA TRIPLE NEGACIÓN — EL CANTO DEL GALLO. — MIRADA DE JESÚS — LÁGRIMAS DE PEDRO. — LA « GRUTA DEL ARREPENTIMIENTO. » — *(Matth. XXVI, 69-75 — Marc. XIV, 66-72 — Luc. XXII, 55-62 — Joan. XVIII, 15-27.)*



IENTRAS que los soldados arrastraban al Salvador al palacio de los pontífices ¿qué sucedía á sus amados apóstoles? Como él lo había predicho, todos quedaron más ó menos escandalizados al ver que se dejaba aprehender por sus enemigos. Después de haber protestado que jamás abandonarían á su Maestro, ninguno tuvo el valor de acompañarle á Jerusalén. Desde el jardín de Getsemaní de donde habían huido á favor de la oscuridad, se internaron en el sombrío valle de la Gehenna pasando la noche en las cavernas formadas en los flancos de las rocas. (1)

Sin embargo, pasado el primer momento de terror, dos de ellos, Pedro y Juan, se decidieron á seguir de lejos la cuadrilla que llevaba á Jesús. Querían saber qué suerte correría su Maestro, pero sin exponerse á ser cogidos y tratados como él. Cuando llegaron al monte Sión, ya Jesús iba á comparecer delante de los jueces. Juan, menos comprometido que Pedro y menos conocido en el palacio de los pontífices, se introdujo el primero, mientras su compañero se quedaba prudentemente á la puerta. Dió una mirada á los grupos que ocupaban el interior y no viendo ningún indicio peligroso para ellos, volvió á juntarse con Pedro y le hizo entrar al patio.

---

(1) Una de estas grutas ó cavernas se llama todavía el *Refugio de los Apóstoles,* porque, según la tradición, ocho apóstoles se refugiaron en aquel lugar después del arresto del Salvador.

En aquel vasto recinto cuadrangular formado por los diversos cuerpos de edificios del palacio, velaba un gran número de soldados y de sirvientes. Como la noche era fría, formaban círculo al rededor de un brasero encendido en medio del patio y conversaban sobre su expedición nocturna. Juan se dirigió á la sala en donde se encontraban reunidos los miembros del Sanhedrín y Pedro esperó cerca del fuego el resultado del juicio.

El apóstol no veía en torno suyo más que enemigos de su Maestro. Mientras se calentaba, oía las burlas de aquellos hombres groseros contra el profeta de Nazaret; escuchaba los siniestros rumores que ya circulaban sobre la probable sentencia que pronunciarían los jueces. Su alma estaba desolada y en su rostro, á pesar suyo, se pintaba la inquietud y la tristeza. La portera del palacio que le había introducido, viéndole sombrío y silencioso, dijo á los que le rodeaban: « Estoy segura de que éste es uno de los compañeros del hombre que acaban de prender. » Y como todas las miradas se dirigían á Pedro, díjole ella en su propia cara: « Ciertamente, tú estabas con el galileo. » Al oir esta inesperada interpelación, Pedro se creyó perdido; imaginóse ya cogido, atado, llevado al tribunal como su Maestro. « Mujer, exclamó aterrorizado, no sabes lo que dices; yo no conozco al hombre de quien hablas. »

Esta negativa formal cerró la boca á la portera; mas viendo Pedro que su persona despertaba sospechas, dejó aquel sitio y se dirigió precipitadamente á la puerta del palacio. Eran cerca de las dos de la mañana; el gallo cantó por primera vez, pero el apóstol fuera de sí, no recordó en ese momento la predicción de Jesús. Iba á salir, cuando otra criada dijo á las personas reunidas en el vestíbulo: « Este estaba también con Jesús de Nazaret. » Pedro negó de nuevo; no obstante, para no manifestar que huía, volvió sobre sus pasos y acercóse á los soldados y sirvientes. Pronto se vió rodeado de curiosos que le apostrofaron por todos lados con grande animación: « Tú estabas con esa gente, le gritaban; confiesa que eres uno de sus discípulos. »

Esta vez el apóstol, espantado, no se contentó con negar, sino que protestó con todas sus fuerzas que ni conocía á Jesús, ni era del número de sus discípulos.

Dejáronle tranquilo durante una hora: toda la atención estaba fija en el juicio del prisionero. De cuando en cuando, algunos emisarios salían del tribunal y referían las terribles escenas que acababan de presenciar. Pedro escuchaba atentamente, hacía preguntas para informarse, cuando uno que estaba á su lado notando su acento particular, volvió á la carga y díjole resueltamente: « Por más que lo niegues, tú eres galileo y discípulo de ese hombre; tu lenguaje te descubre. » Los galileos, en efecto, hablaban una lengua bastante grosera, que viciaban además con una pronunciación muy defectuosa. A esta observación, todas las miradas volvieron á fijarse en el apóstol y uno de los criados del gran sacerdote, pariente de aquel Malco á quien Pedro había cortado la oreja, le dijo á su vez: « Sí, es la verdad, yo te he visto en el huerto con él. »

A esta palabra, recordando Pedro aquel malhadado golpe de espada, vióse ya en manos de los verdugos; el miedo perturbó su espíritu hasta hacerle proferir juramentos con toda clase de execraciones y anatemas, asegurando que no conocía al hombre de quien le hablaban y que por ningún título le pertenecía.

Eran las tres. Apenas había cesado de hablar, cuando se dejó oir el segundo canto del gallo. En el acto, se acordó el apóstol de las palabras del Maestro: « Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado ya tres. » Trastornado hasta el fondo del alma, comprendió toda la gravedad de su falta. El, el pobre pescador del lago de Genezareth, elevado á la augusta dignidad de apóstol y amigo de Jesús; él, la piedra fundamental sobre la cual el Maestro pensaba edificar su Iglesia; él, testigo y objeto de tantos milagros, que poco há proclamaba abiertamente la divinidad de Jesús, acababa de negarle cobardemente, de jurar que no le conocía y esto después de haberle prometido pocas horas antes que estaba dispuesto á ir con él á la prisión y á la muerte antes que abandonarle. Y su amado Maestro conocía sin duda su horrenda deslealtad, porque nada se escapaba á su divina ciencia.

Este pensamiento acabó de anonadarle. Concentrado en sí mismo, no vió ni oyó ya nada de lo que sucedía en torno suyo. Desde lo íntimo de su corazón desgarrado por el re-

mordimiento, se exhalaba un gemido de angustia: «¡Señor, ten piedad de mí, pobre pecador!» Como en otra ocasión, sobre las olas, Pedro se sentía sumergido en el abismo y pedía socorro.

De repente, horribles gritos que salían de la sala donde juzgaban á su Maestro, le sacaron de su tenebroso abismo. Oíanse clamores tumultuosos: «La muerte! la muerte! Merece la muerte!» Todas las miradas se volvieron hacia la puerta del tribunal. Pronto se abrió con estrépito y dejóse ver un grupo de soldados que bajaban al patio. Jesús, siempre encadenado, apareció en medio de ellos con los ojos velados por la tristeza, pero con el semblante tan tranquilo como en el momento en que se había entregado á sus enemigos. Terminado ya el juicio, se le conducía á la prisión en donde debía pasar el resto de la noche.

Ante este espectáculo, Pedro se sintió vacilante. Sus ojos no se apartaban del Maestro y seguían con atención todos sus movimientos. De improviso, el siniestro cortejo se dirigió hacia donde él estaba; Jesús se acercaba é iba á pasar á su lado. Pedro tenía los ojos arrasados en lágrimas y su alma dolorida pedía gracia. Jesús tuvo piedad de él: en lugar de apartar el rostro, detuvo su mirada sobre el apóstol infiel; pero con tanta bondad, tanto amor y tan dulces reproches, que Pedro sintió su corazón despedazado dentro del pecho. Estalló en sollozos y salió precipitadamente para dar libre curso á sus lágrimas.

No á mucha distancia del palacio de Caifás, en el sombrío valle de la Gehenna, se encuentra una caverna solitaria. (1) Allí fué donde Pedro se retiró para llorar su pecado y meditar en aquellas palabras de Jesús que su presunción le había impedido comprender, pero que la divina sabiduría le mostraba ahora á costa de dolorosa experiencia: «Velad y orad para que no caigáis en la tentación: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.»

---

(1) Descendiendo del monte Sión, los peregrinos visitan aun hoy la *Gruta del arrepentimiento de san Pedro.* Según tradición, en esta gruta fué donde el apóstol, habiendo salido del palacio de Caifás, lloró amargamente *(Luc. XXII, 62.)* Hasta el siglo XII, estaba encerrada en una iglesia que tenía el nombre de San Pedro en *Gallicante* (del canto del gallo). Esta iglesia no existe ya.

CAPÍTULO IV.

El maldito.

JESÚS EN LA PRISIÓN. — SEGUNDO JUICIO DEL SANHEDRÍN. — « ¿ERES TÚ EL MESÍAS? » — RESPUETA DE JESÚS. — SENTENCIA DE MUERTE. — DESESPERACIÓN DE JUDAS. — LOS TREINTA DINEROS. — SUICIDIO DEL TRAIDOR. — EL CAMPO DE HACELDAMA.

— (Matth. XXVI, 67-68; XXVII, 1-10 — Marc. XIV, 65; XV, 1 — Luc. XXII, 63-71 — Joan. XVIII, 28.)



ESPUÉS de haber condenado á Jesús á la pena de muerte, los miembros del gran Consejo se separaron; mas, como aquel juicio nocturno constituía una ilegalidad de carácter sumamante grave, diéronse cita para las cinco, á fin de revestir el decreto con todas las formalidades legales. No era que la conciencia de los jueces se encontrase lastimada por su monstruoso proceder, sino que estimaron necesario disimular aquellas iniquidades repugnantes para engañar mejor al pueblo y sobre todo, para no dar ocasión al gobernador romano de revocar la sentencia.

Desde las tres hasta las cinco, Jesús fue encerrado por los guardias en un sombrío reducto que servía de prisión á los reos ya condenados. Una banda de soldados y sirvientes se encerró con él. Allí, durante dos horas, aquellos miserables creyeron que todo les era permitido contra un hombre á quien Caifás había tratado de blasfemo en plena sesión del Sanhedrín y á quien un criado había impunemente abofeteado delante de los jueces. Le prodigaron el insulto y el desprecio; le llamaron con los nombres más injuriosos y no se avergonzaron de cubrir su santo rostro de repugnantes esputos. Exasperados por su invicta paciencia, aguijoneados por el demonio que los enardecía con su propio furor, arrojáronse sobre el inocente cordero como una horda de rabiosas furias; le acribillaron de puntapiés y bofetones arrojándole

de un lado al otro como una pelota en manos de jugadores. En fin, para cambiar de diversión y hacer irrisorios sus títulos de Mesías é Hijo de Dios, inventaron un nuevo género de crueldad. Vendándole los ojos, le abofeteaban uno en pos de otro; luego, le quitaban la venda y preguntábanle con sarcasmo: «Adivina, Cristo, ¿quién te ha golpeado?» Y juntamente proferían blasfemias capaces de hacer temblar á los mismos demonios que las inspiraban.

Al aceptar aquellos ultrajes, Jesús daba cumplimiento á esta profecía de Isaías: «No apartaré mi rostro de aquellos que quieren golpearme y cubrirme de esputos.» Sus ojos ensangrentados se fijaban en sus verdugos sin expresar ningún sentimiento de indignación y no se escapaba de sus labios ni una queja, ni un gemido. Esperaba con su divina paciencia la hora en que se abriera aquella caverna de bestias feroces.

Hacia las cinco, vinieron á advertir á los guardias que los jueces esperaban otra vez á su víctima. Con los cabellos desgreñados, el rostro cubierto de sangre y de esputos, con las manos cargadas de cadenas, Jesús fué conducido de nuevo al tribunal. Con excepción de Nicodemo y José de Arimatea que habían rehusado tomar parte en el proceso, los miembros del Sanhedrín, sacerdotes, doctores, ancianos del pueblo, todos estaban reunidos. Se quería encubrir con cierto aparato solemne las ilegalidades del juicio nocturno y desvirtuar los testimonios falsos y los arrebatos del presidente. Sin embargo, cegados por el deseo de llegar al fin de su criminal intento, iban de nuevo á conculcar la ley que prohibía á los jueces actuar en día de fiesta, la víspera del sábado y antes del sacrificio de la mañana.

Por lo demás, no se trató ya en aquella sesión de acusaciones mal definidas, de testigos más ó menos sospechosos; el gran Consejo quería condenar á Jesús únicamente porque afirmaba ser el Mesías prometido á Israel. Jesús no aceptaba las tradiciones farisaicas agregadas á la Ley de Moisés; no había estudiado en las escuelas de los doctores; no era hombre capaz de fundar un reino judío sobre las ruinas del imperio romano; era pues un falso Mesías, un impostor que merecía la muerte. Cuando apareció delante del tribunal, el presidente sólo le exigió una simple declaración: «Si tú eres el Cristo, atrévete á afirmarlo aquí.»

Jesús le respondió: «¿Para qué me preguntas? Si digo que soy el Cristo, no lo creerás; si á mi vez te interrogo, ni me responderás, ni tampoco me pondrás en libertad.» Esto era decir claramente á los miembros del Sanhedrín: En vosotros yo no veo jueces dispuestos á administrar justicia, sino verdugos decididos á pronunciar el veredicto de muerte. Habiendo puesto en transparencia su criminal prevaricación, Jesús los miró de frente y añadió con tono lleno de majestad: «Después que hayáis dado la muerte al Hijo del hombre, sabed que irá á sentarse á la diestra del Dios omnipotente.»

Al oir estas palabras, todos levantaron la cabeza: una simple criatura no se sienta á la diestra de Dios omnipotente.

Dijéronle, pues, todos: «¿Tú eres el Hijo de Dios?»

— «Decís bien, respondió Jesús, yo soy el Hijo de Dios.»

Sólo esperaban esta afirmación solemne, para dejar estallar su furor. Apenas la oyeron, cuando exclamaron todos á la vez: «Acaba de acusarse él mismo; no necesitamos otro testimonio; merece la muerte.» Le condenaron al último suplicio, como culpable de lesa-nación, por haber usurpado el título de Mesías y de lesa-majestad divina, por haberse atrevido á llamarse Hijo de Dios. En el acto se apresuraron á conducirle al pretorio del gobernador romano, á fin de que la sentencia pronunciada por ellos fuera ratificada y puesta en ejecución en aquel mismo día.

Durante aquella lúgubre noche, un hombre taciturno y pensativo vagaba al rededor del palacio del pontífice procurando conocer las peripecias del espantoso drama que se consumaba en el alto tribunal de la nación. Ese hombre era Judas, el traidor que había vendido y entregado á su Maestro por treinta monedas de plata. Después del arresto de Jesús en el jardín de los Olivos, la vergüenza y los remordimientos invadieron su conciencia y no cesaron de atormentarle. El demonio le disimuló la enormidad de su crimen hasta el momento de ejcutarlo; pero una vez perpetrada la traición, púsole ante los ojos toda la monstruosidad de su conducta. Por haber muerto á su hermano, Caín fue maldecido por Dios. La sangre de Abel clama y clamará eter-

namente venganza contra el asesino. Pero el inocente Abel no era más que un hombre; Jesús es el Hijo de Dios. ¡Judas! ¡Judas! la sangre del Hijo de Dios que los judíos van á derramar, clamará eternamente venganza contra ti! Así hablaba el demonio y el alma de Judas se cerraba insensiblemente al amor y al arrepentimiento, para dar entrada, como el alma de Caín, á todos los furores y espantos de un maldito de Dios.

Mezclado con la multitud, se encontraba el traidor á la puerta del palacio, cuando esta se abrió para dar paso á los soldados que conducían á Jesús al pretorio del gobernador romano. Allí supo que su víctima estaba perdida sin remedio. Entonces la desesperación más espantosa penetró hasta el fondo de su corazón. Algunos sacerdotes, saliendo del Consejo, se dirigían al templo para el sacrificio de la mañana; él les siguió llevando en las manos las monedas que le habían pagado por su traición y apenas llegaron al lugar santo, se las presentó diciéndoles con una voz trémula: « He pecado entregándoos la sangre del justo. » Y les alargó la bolsa que contenía los treinta dineros.

Tal vez proclamando él mismo la inocencia de su Maestro y restituyendo el precio del crimen, esperaba Judas conmover á aquellos hombres, decidirlos á intervenir en favor del condenado y arrancarle así á la muerte; pero se dirigía á corazones más duros y más insensibles que el suyo á los remordimientos. Le respondieron alzando los hombros y con burlas groseras: « Si has entregado la sangre inocente, eso es asunto tuyo y no nuestro; tú solo serás el responsable. » Judas tenía pesar y remordimientos; el Sanhedrín no los tiene. Es Judas quien lo juzga y lo condena. Arrojó, pues, á los pies de los sacerdotes las treinta monedas de plata y salió del templo desatentado, sin saber á dónde dirigir sus pasos.

Desde el Moria, descendió al valle de Josafat. Allí, errante en medio de las tumbas, pasó cerca del sepulcro de Absalón, aquel hijo maldito que se levantó en armas contra su padre; volvió sus ojos á ese monte de los Olivos al pie del cual Jesús acababa de decirle: « Amigo mío ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? » Una voz interior, la voz de Satanás le repetía siempre: ¡Maldito! ¡maldito! Entró al

valle de la Gehenna, verdadera imagen del infierno cuyo nombre lleva. Entonces, acorta sus pasos y trepa por la escarpada pendiente que mira al monte Sión: está solo en el campo de un alfarero. Por última vez, el apóstol réprobo fijó sus pavorosas miradas en la ciudad deicida y desatando su ceñidor, colgóse de un árbol y murió desesperado.

El cadáver del traidor fué encontrado al pie del árbol. La cuerda se había roto; el cuerpo al caer con todo su peso se había reventado, vaciándose las entrañas sobre la tierra. Enterraron aquellos restos ignominiosos en el mismo campo del alfarero. No queriendo depositar las treinta monedas en el tesoro del templo porque eran precio de sangre, los sacerdotes compraron con esa suma el campo donde Judas se había ahorcado, sepultaron allí á su cómplice y destinaron aquel sitio para dar sepultura á los prosélitos extranjeros. Ese campo se llama hoy todavía *Haceldama,* es decir, precio de sangre. Así se cumplió la profecía de Jeremías: « Han recibido treinta dineros de plata, valor de aquel que pusieron á precio y los han dado por el campo de un alfarero, como lo ha ordenado el Señor. »

Tal fué la muerte del nuevo Caín. Así perecen los que, á imitación de Judas, venden á Jesús y á su Iglesia por un puñado de dinero. Inteligencias estrechas, no comprenden la misericordia del Dios á quien traicionan; corazones petrificados, permanecen insensibles al amor; almas presas de la desesperación, ruedan á aquel abismo donde siempre resuenan las palabras de Jesús á Judas: «¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Más le valdría no haber nacido. »



CAPÍTULO V.

Jesús ante Pilatos.

EL GOBERNADOR ROMANO. — JESÚS EN EL PALACIO ANTONIA. — PILATOS QUIERE EXAMINAR EL PROCESO. — ACUSACIÓN DE REBELIÓN CONTRA EL EMPERADOR. — INTERROGATORIO DE PILATOS. — TRASLADO DE LA CAUSA Á HERODES. — MUTISMO DEL ACUSADO. — LA VESTIDURA BLANCA. — DE HERODES Á PILATOS. — *(Matth. XVII, 11-14. — Marc. XV, 2-5. — Luc. XXIII, 2-12. — Joan. XVIII, 29-38.)*

ERA necesario que el Hijo de Dios muriera, no como un criminal castigado por la justicia de su país, sino como inocente que da su vida por los culpables. Y para que esta verdad se imponga á todos los hombres y en todos los siglos, Dios va á obligar á la autoridad competente, á la autoridad suprema, á darle solemnemente y en pleno tribunal un atestado de inocencia, al mismo tiempo que pronunciará contra el procesado un veredicto de muerte. Esto parece imposible, es verdad, pero nada hay imposible para Dios.

La autoridad suprema en Jerusalén no pertenecía ya al Sanhedrín, sino al gobernador romano. Veintitrés años hacía que la Judea reducida á provincia del gran imperio, había perdido hasta aquella sombra de soberanía de que gozaba en tiempo de Herodes. Correspondiendo al gobernador administrar el país á nombre del César, aquél se reservaba el derecho de espada, es decir, toda sentencia capital. El gran Consejo de la nación podía excomulgar, aprisionar, flagelar, pero en ningún caso quitar la vida, derecho exclusivo del soberano. Para aquellos doctores de Israel, la profecía de Jacob: « El cetro no saldrá de Judá hasta que venga Aquel que deba ser enviado, » era letra muerta. El cetro había pasado ya de las manos de Judá á las del emperador; luego el Mesías había llegado. Pero, en lugar de reconocerle, irán á mendigar contra él una sentencia de muerte ante aquel

mismo hombre que, merced á la usurpación, tiene empuñado el cetro de Judá.

Poncio Pilatos gobernaba la Judea hacía ya cinco años, tiempo suficiente para hacerse detestar de todos sus habitantes. Soberbio y ambicioso, altivo hasta la insolencia con su título de Romano, despreciaba á los Judíos, su religión, sus instituciones y les hacía sentir este desprecio en todas ocasiones. Sus exacciones y violencias le habían hecho tan odioso, que los príncipes del pueblo multiplicaban de día en día sus gestiones cerca del emperador para obtener su remoción. El lo sabía y su odio á los judíos se hacía cada vez más profundo; pero el temor de su destitución le obligaba á guardar ciertos miramientos.

Aunque residía en Cesárea á orillas del mar, se trasladaba todos las años á Jerusalén con ocasión de las fiestas pascuales. Allí habitaba en el magnífico palacio Antonia, inexpugnable fortaleza que los romanos habían levantado cerca del templo para dominar la ciudad y estar protegidos contra toda tentativa de insurrección. Ante Poncio Pilatos, el orgulloso representante de la Roma imperial, era donde debía terminarse el proceso iniciado por el Sanhedrín. En consecuencia, Jesús fué conducido desde el palacio de Caifás al del gobernador que distaba cerca de mil trescientos pasos. Agobiado de fatiga después de aquella horrorosa noche, arrastrado con cuerdas por los guardias, escoltado siempre por los príncipes de los sacerdotes, por los soldados y en medio de un populacho desenfrenado que vociferaba en contra suya, Jesús descendió de las alturas de Sión á la parte baja de la ciudad; luego volviendo á subir por la avenida que se extiende por el costado occidental del templo, llegó al palacio del gobernador.

Eran cerca de las siete. La multitud permanecía estacionada en los afueras del palacio para no mancharse salvando los umbrales de una morada pagana, lo que les habría impedido celebrar la Pascua. Los jefes rogaron, pues, al gobernador que tuviera á bien presentarse en la azotea exterior del palacio para escuchar su demanda.

Pilatos conocía perfectamente la disposición de los judíos respecto á Jesús, porque desde hacía tres años, en toda la Judea, en la Galilea y hasta en las naciones extranjeras,

no se hablaba sino del Profeta de Nazaret. Su esposa misma, Prócula, iniciada en la doctrina de Jesús, le miraba como á un enviado de Dios. Pilatos se propuso arrancar este inocente á la odiosa venganza de aquellos fariseos hipócritas que él detestaba con todo su corazón. Dirigiéndose, pues, á los jefes del Sanhredrín y señalando á Jesús con un ademán, hízoles esta pregunta: « ¿Qué acusación traéis contra este hombre? »

Esta interrogación tan natural en boca de un juez, cayó mal á los judíos. Aguardaban que Pilatos les entregara á Jesús sin forma alguna de proceso y le respondieron bruscamente: « Si este hombre no fuera un malhechor, no le hubiéramos traído á ti. » Evidentemente, según ellos, revisar un fallo del Sanhedrín, no ratificar sin examen una sentencia pronunciada por él, era hacerle una injuria manifiesta. A semejante arrogancia, Pilatos respondió con una ironía que debió herirles profundamente:

« Si es así, exclamó, tomad vuestro reo y juzgadle según vuestras leyes. »

— Bien lo sabes, vociferaron encolerizados, que nosotros no tenemos poder de condenar á muerte y ahora se trata de un criminal que merece la pena capital. (1)

— Está bien, observó el gobernador, mas de nuevo os pregunto ¿qué acusación formuláis contra este hombre? »

Estaba manifiesto que Pilatos no ratificaría lisa y llanamente la sentencia del gran Consejo; antes de pronunciarse sobre ella, procedería á examinarla. Era, pues, absolutamente necesario entablar un acto formal de acusación.

Ahora bien, los príncipes de los sacerdotes sabían perfectamente que una acusación de blasfemia no haría más que provocar la hilaridad del pagano Pilatos, aquel filósofo escéptico que no tomaba la religión en sus labios sino para hacerla el blanco de sus burlas. A fin, pues, de impresionar al gobernador, transformaron á Jesús en agitador político.

(1) Jesús fué condenado por un tribunal romano, observa san Juan, *(XVIII, 32)* á fin de que se cumpliese una de sus profecías. Había anunciado á sus apóstoles que sería crucificado. Los romanos crucificaban á sus condenados á muerte, mientras que los judíos reprobaban este género de suplicio. Condenado por el Sanhedrín, Jesús no habría sido *crucificado*, sino *apedreado.*

«¿Preguntas qué crimen ha cometido? le dijeron. Lo hemos sorprendido tramando una revolución contra el emperador; prohibe al pueblo pagar tributo al César; pretende ser el Mesías, el rey que debe librar á la nación judía del yugo extranjero.» Ni el mismo Satanás habría podido imaginar calumnia más descarada.

¡Imputar á Jesús el crimen de insubordinación! A Jesús que predicaba al pueblo un reino puramente espiritual; que había rehusado la corona que se le ofreciera; que sólo tres días antes de entregarse á los judíos, había enseñado en el templo el deber de pagar tributo al César! A Jesús, á quien, desde tres años hacía, se negaban los fariseos á reconocer por el Mesías á pesar de los signos más auténticos, sólo porque no lisonjeaba su pasión política, porque no veían en él al Mesías de sus ensueños, al revolucionario, al conquistador que debía libertarlos de la tiranía de Roma! Imputar á Jesús el crimen de una rebelión que siempre se había negado á cometer y que ellos, sí, acariciaban en el fondo de su alma; era el colmo de la perfidia. Cuán profundamente los conocía Jesús cuando les decía: «Sois hijos del padre de la mentira, de aquel que fué homicida desde el principio.»

Pilatos no tomó á lo serio las groseras calumnias del Sanhedrín. Sabía mejor que nadie cuál era la secta que tramaba las revoluciones y se alzaba contra el pago del tributo. No obstante, quiso examinar qué había en el fondo de tales acusaciones y por qué los judíos se encarnizaban contra este hombre tan dulce y modesto, tan humilde y á la vez tan digno, presentándolo como un criminal soberanamente peligroso. Dejando, pues, á los judíos vociferar á su antojo, se retiró á la sala del pretorio y ordenó á los guardias traerle al acusado. Jesús subió por la gran escalera de mármol (1) que conducía á aquella sala y pronto se encontró solo con el gobernador. Sin tomar en cuenta los cargos inverosímiles y ridículos que se hacían pesar sobre él, pre-

---

(1) Esta escalera de mármol blanco de veintiocho gradas de altura que Jesús regó con su sangre después de la flagelación, fué trasladada á Roma por orden del emperador Constantino. Es la *Scala sancta*, que se encuentra cerca de San Juan de Letrán. Los fieles suben por ella sólo de rodillas.

guntóle Pilatos qué significaban los títulos de rey y de Mesías que, según los judíos, él se arrogaba.

« ¿Eres tú verdaderamente rey? le dijo.

— ¿Me haces esta pregunta espontáneamente para saber quién soy yo, respondióle Jesús, ó te la han sugerido mis acusadores?

— ¿Acaso soy yo judío? replicó Pilatos con desdén. ¿Qué tengo yo que ver con vuestras querellas religiosas? Los pontífices y el pueblo te han traído á mi tribunal como usurpador de la dignidad real y yo te pregunto por qué tomas el título de rey.

— Mi reino no es de este mundo, respondió el Salvador. Si fuera de este mundo, mis súbditos combatirían por mí y me defenderían contra los judíos. El estado en que me encuentro te muestra claramente que mi reino no es de acá. »

Pilatos no comprendió bien de qué reino hablaba Jesús, pero sabía ya lo bastante para convencerse de que el imperio nada tenía que temer de su interlocutor. ¿Qué podía contra el César y sus legiones el rey misterioso de otro mundo? Creyéndole, pues, un soñador inofensivo que tomaba sus quimeras por realidades, díjole como para lisonjear su debilidad:

« ¿Con que tú eres rey?

— Sí, respondió Jesús con majestad, dices bien, soy rey. He nacido para reinar y he venido al mundo para hacer reinar conmigo la verdad. Todo hombre que vive de la verdad oye mi voz y se hace mi súbdito. »

— ¡La verdad! exclamó Pilatos sonriendo. ¿Qué es, pues, la verdad? »

El romano había oído hablar de opiniones filosóficas y religiosas más ó menos acreditadas, de intereses materiales que importaba tener en cuenta más aún que las opiniones; pero la verdad ¿quién la conocía? ¿existía realmente la verdad? Evidentemente, tenía delante de sí á un visionario, á un hombre sencillo que profesaba doctrinas opuestas á las de los fariseos; pero ¿qué le importaban á él las controversias judaicas? Volvióse, pues, de nuevo á los príncipes de los sacerdotes y les dijo, mostrándoles á Jesús: « No encuentro nada de reprensible en este hombre y por consiguiente no puedo condenarlo ».

Apenas hubo proferido estas palabras, cuando estalló en la asamblea un espantoso tumulto. Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo acumularon contra Jesús las acusaciones más monstruosas, á las cuales él sólo respondía con el silencio. Pilatos habría debido tratar con rigor á aquellos viles calumniadores, pero los vió en un estado tal de exaltación, que les tuvo miedo. « Ya ves, dijo á Jesús, cuántas acusaciones se levantan contra ti ¿por qué no respondes? » Pero Jesús, sereno é impasible, no desplegó sus labios para defenderse, lo que desconcertó por completo al gobernador.

Viendo su turbación, los judíos insistieron en el lado político de la cuestión. Según ellos, Jesús era un sedicioso que fomentaba por todas partes turbulencias é insurrecciones. « Ha sublevado todo el país, clamaron, desde la Galilea en donde inició su predicación, hasta Jerusalén. » A esta palabra: Galilea, Pilatos interrumpió á los judíos, viendo en ella una puerta de escape para verse libre de un asunto que ya comenzaba á inquietarle. « ¿Es acaso Galileo este hombre? preguntó. Y como se le respondiera afirmativamente, agregó en seguida: En tal caso, pertenece á la jurisdicción de Herodes quien se halla actualmente en Jerusalén. Llevadle vuestro prisionero para que él le juzgue, ya que le corresponde de derecho. » Esto diciendo, volvió la espalda á los sanhedristas, fariseos y al populacho que veían con esto frustradas sus esperanzas y retiróse á su palacio, contento por haber encontrado tan oportuno expediente para salir del apuro. Ciertamente, había sacrificado la inocencia y traicionado la verdad; pero ¿no estaba su interés de por medio? y por otra parte ¿qué cosa es la verdad?

Hacia las ocho de la mañana, un heraldo de Pilatos llegaba á la casa de Herodes anunciándole que su señor por deferencia para con el tetrarca de Galilea, le enviaba un hombre llamado Jesús de Nazaret acusado de diferentes crímenes. Sin duda, él habría podido juzgar á este galileo aprehendido en territorio judío, pero prefería poner esta causa en manos de la autoridad de que Jesús dependía inmediatamente por razón de su origen y domicilio.

Herodes se encontró tanto más lisonjeado con esta muestra de benevolencia, cuanto menos lo esperaba, pues desde

algunos años estaba en completa desavenencia con el gobernador de Judea. Además, esta inesperada ocurrencia le procuraba la ocasión largo tiempo deseada, de ver al profeta de Nazaret. El rey disoluto, el marido incestuoso de Herodías, el asesino de Juan Bautista, se alegra de poder conferenciar con aquel sabio tan renombrado, con aquel poderoso taumaturgo aclamado por los pueblos tres años hacía.

El palacio de Herodes se encontraba á unos cien pasos de la torre Antonia. Jesús, siempre cargado de cadenas, fué conducido allí por los jefes del Sanhedrín en medio de la vocería de un populacho furioso. Aguardábale Herodes sentado sobre su trono, rodeado de cortesanos que se prometían, así como su señor, un espectáculo por demás interesante. Para hombres licenciosos, todo se convierte en espectáculo, todo, hasta el sufrimiento, hasta el martirio y agonía del justo. Pero esta vez, quedaron sus esperanzas frustradas.

Durante toda esta entrevista, á pesar de las injurias y atroces calumnias de los judíos, Jesús permaneció con los ojos bajos y en el más absoluto mutismo. Herodes que presumía de docto y sabio, le interrogó largamente sobre las doctrinas controvertidas entre él y los fariseos, sobre sus milagros, proyectos y sobre su reino. De pie, delante de él, el Salvador le escuchó sin dar la menor muestra de emoción, sin pronunciar siquiera una palabra. Herodes y los suyos mirábanse con asombro, confundidos y despechados. Creyendo llegado el momento de arrancar al rey una sentencia de muerte, los príncipes de los sacerdotes le representaron que aquel sedicioso se atrevía á llamarse el Cristo y el Hijo de Dios. Esperaban que el tetrarca de Galilea, el amigo de los romanos, salvaría la religión y la patria inmolando al blasfemo. Herodes invitó á Jesús á disculparse, pero no obtuvo ni una palabra, ni un ademán, ni una mirada, como si el acusado hubiera sido sordo y mudo.

Jesús se dignó hablar á Judas, á Caifás, á Pilatos, aún al criado que tuvo la osadía de darle una bofetada; pero no habló á Herodes, porque este había ahogado las dos grandes voces de Dios: la voz de Juan Bautista y la voz de la conciencia. El Hijo de Dios enmudece ante el hombre que por sus crímenes y vicios desciende al nivel del bruto.

El tetrarca tomó entonces una determinación en perfecta armonía con sus instintos. Enrojecidas todavía sus manos con la sangre de Juan Bautista, no se atrevía á mancharlas de nuevo con la sangre de otro mártir; prefirió divertirse á expensas de Jesús. Después de todo, díjose, este mudo obstinado no pasa de ser un insensato inofensivo, bueno para costearnos la diversión durante algunos instantes y en seguida volvemos á enviarle á Pilatos para que haga de él lo que quiera.

Semejantes ideas, dignas de tal amo, hicieron sonreir á la alegre corte que le rodeaba. Trajeron una vestidura blanca con la cual cubrieron al Salvador en medio del aplauso de los asistentes. Esta vestidura, distintivo de los grandes, de los reyes y de las estatuas de los dioses, era también la librea de los fatuos. Este Jesús que se decía el Mesías y el Hijo de Dios ¿no era acaso á los ojos de aquellos sabios el mayor de los necios, digno por ello del traje de ignominia? A fin de hacerle sentir todo su desprecio, Herodes lo entregó como un juguete en manos de sus criados y soldadesca, y cuando se hubo divertido á su antojo con sus juegos cínicos y burlas sacrílegas, lo devolvió á Pilatos con los mismos que se lo habían traído.

No de otra manera obrarán los Herodes de todos los siglos: no pudiendo elevarse desde el lecho de fango en que yacen sumergidos, hasta la inteligencia de las cosas divinas, las despreciarán. *Sprevit illum.*



CAPÍTULO VI.

Condenación á muerte.

TEMORES Y VACILACIONES DE PILATOS. — MENSAJE DE SU ESPOSA. — BARRABÁS Y JESÚS. — LA FLAGELACIÓN. — LA CORONACIÓN DE ESPINAS. — « *Ecce homo.* » — ACUSACIÓN DE BLASFEMIA. — PILATOS PROCLAMA LA INOCENCIA DE JESÚS Y LO CONDENA Á MUERTE. *(Matth. XXVIII, 15-30. — Marc. XV, 6-19. — Luc. XXIII, 6-25. — Joan. XVIII, 39-40; XIX, 1-16.)*



HACIA las nueve, los jefes del Sanhedrín seguidos de una multitud cada vez más turbulenta, aparecieron de nuevo ante el palacio de Pilatos pidiendo á grandes voces la muerte de Jesús. Un hombre de conciencia habría declarado solemnemente la inocencia del acusado, y en caso necesario, dispersado por la fuerza á aquellos sanhedristas y demás energúmenos azuzados por ellos; pero dominado siempre por el temor de comprometerse, Pilatos retrocedió ante el deber y púsose á contemporizar con los agitadores, lo que les hizo todavía más audaces.

El preámbulo de su discurso revélaba no obstante cierta energía. « Hace algunas horas, les dijo, me habéis presentado á este hombre como un sedicioso en abierta rebelión contra la dominación romana; mas después de haberle interrogado en vuestra presencia, no he encontrado en su conducta fundamento alguno para vuestras acusaciones. Enviélo entonces á Herodes y vosotros fuisteis igualmente testigos de que tampoco el tetrarca le juzgó merecedor de la pena capital ».... Iba á continuar, cuando los revoltosos, presintiendo una sentencia absolutoria, prorrumpieron en gritos y amenazas de un furor diabólico. De tal manera se amedrentó Pilatos que, después de haber declarado la perfecta inocencia de Jesús, terminó su alocución de un modo singular y del todo inesperado. « No mereciendo este hombre la pena de muerte, agregó, lo haré flagelar y en seguida lo dejaré en libertad. »

Esta cobarde concesión trajo consigo las protestas más violentas. Si Jesús era inocente ¿por qué azotarlo? Y si era culpable ¿por qué tratarlo con miramientos? De todos los ámbitos de la plaza se dejaron oir aullidos feroces: « ¡La muerte! ¡la muerte! ¡queremos que muera! »

A la vista de aquella horda de furiosos, Pilatos iba tal vez á ceder, cuando un incidente misterioso le hizo recobrar algún valor. Un mensajero enviado por su esposa le entregó una carta. Prócula le decía: « No te mezcles en este asunto, ni te hagas culpable de la sangre de este justo. Por su causa, anoche he sufrido horriblemente durante el sueño. » Pilatos era incrédulo, pero como buen pagano, también supersticioso: creyó, pues, ver en este sueño un supremo aviso del cielo, en lo que por cierto no se engañaba y resolvió hacer la última tentativa para salvar á Jesús.

Era costumbre antigua entre los judíos dar libertad á un preso con ocasión de las fiestas pascuales. El gozo del desgraciado libre de su prisión, les recordaba la alegría de sus padres al salir de la cautividad de Egipto. Dueños de la Judea, los romanos no creyeron conveniente abolir este uso inmemorial y cada año el gobernador ponía en libertad á un reo á elección de los judíos. Pilatos resolvió aprovechar esta circunstancia para conseguir su objeto.

Había entonces en la cárcel de Jerusalén un malhechor insigne llamado Barrabás cuyo solo nombre inspiraba espanto. Jefe de una gavilla de bandidos que desde largo tiempo se ocultaba en las montañas de Judá, había sido cogido en una sedición y condenado al suplicio de la cruz. Pilatos tomó el partido de dejar al pueblo la elección entre Jesús y Barrabás. Cinco días antes, este mismo pueblo había llevado á Jesús en triunfo ¿iría ahora movido por execrable odio, á posponerlo á Barrabás? Pilatos se resistía á creerlo. Levantando pues la voz para poder ser oído por la multitud, recordó que en aquel día era costumbre poner en libertad á un criminal; luego, sin dar tiempo para reflexionar, hizo á los asistentes esta pregunta: « ¿A cuál de estos dos queréis que os entregue: al bandido Barrabás ó á Jesús vuestro rey? »

Al oir el nombre de Barrabás, produjose un movimiento de estupor y vacilación entre la muchedumbre; pero los jefes del Sanhedrín, comprendiendo el peligro, comenzaron á

esparcirse entre las masas para atizar las pasiones y persuadir á aquella turba enloquecida que pidiera la libertad de Barrabás. Así, cuando al cabo de algunos instantes Pilatos reiteró su pregunta, sólo se oyó un clamor unánime y ensordecedor que repetía á sus oídos: «¡Barrabás! ¡queremos á Barrabás! ¡danos á Barrabás! »

Indignado de semejante cinismo, Pilatos exclamó: « ¿Qué queréis, pues, que haga de Jesús rey de los judíos? »

« ¡Crucifícalo! ¡crucifícalo!» prorrumpió el pueblo enfurecido.

A pesar de aquel horrible clamor, Pilatos insiste:

« ¿Qué mal ha hecho?»

Pero la multitud no escucha; sólo sabe clamar cada vez más furiosa:

« ¡Crucifícalo! ¡crucifícalo! »

Pilatos estaba vencido de nuevo. En vez de dictar una sentencia en nombre de la justicia, había temido contrariar las pasiones de un pueblo delirante y ahora aquel mismo pueblo encarnizado sobre su presa se convierte en amo, manda como dueño. Ya no ve ni oye; es un tigre sediento de sangre. Pilatos vuelve á su idea primitiva: ya que el pueblo quiere sangre, la tendrá, pero con cierta medida; hará flagelar á Jesús para dar á los judíos una satisfacción cualquiera y en seguida lo hará poner en libertad. Propúsoles esta transacción ya que no era posible aplicar la pena capital y, aunque reclamaban la crucifixión con frenética rabia, ordenó que se procediera á la flagelación.

Los romanos aplicaban este suplicio con tal crueldad, que á menudo las víctimas expiraban en él. Además, como en esta circunstancia sólo se trataba de excitar la compasión del pueblo, los verdugos recibieron orden de no tener con Jesús conmiseración alguna. El inocente cordero fué llevado á la plaza pública contigua al palacio de Pilatos. Cuatro verdugos le desnudaron hasta la cintura, atáronle las manos á una columna aislada en aquel vasto recinto y tomando en sus manos el terrible látigo armado de bolas de hierro, comenzaron á descargarlo sobre Jesús con un furor verdaderamente infernal. La sangre corría en abundancia, las carnes se desprendían despedazadas, el cuerpo todo desgarrado no era más que una viva llaga. De esta manera se cumplía la profecía:

« Ha sido despedazado por nuestras iniquidades. » Los verdugos continuaron su obra hasta que el látigo cayó de sus manos. Entonces, desatando al Salvador, le llevaron casi exánime al patio del pretorio en donde se hallaba reunida la cohorte de soldados.

En este patio tuvo lugar una escena de irrisión sacrílega más irritante aún que la flagelación. Como era preciso cubrir de algún modo aquel cuerpo desgarrado y bañado en sangre, los soldados inventaron vestir como rey de burla á aquel mismo Jesús á quien se acusaba de aspirar á la dignidad real. Hiciéronle sentarse sobre un trozo de columna como si fuera un trono, arrojaron sobre sus hombros un jirón de púrpura color de escarlata á guisa de manto real y por cetro pusieron entre sus manos una caña. Faltábale la corona; trenzaron una de espinas y pusiéronla sobre su cabeza. Doblando entonces la rodilla, le decían mofándose: « ¡Salud, rey de los judíos! » Y levantándose, le abofeteaban y escupían el rostro, y le golpeaban con la caña la corona hundiendo las espinas en su cabeza ensangrentada. Como en la calumna de la flagelación, Jesús sufría estas humillaciones y torturas sin exhalar una sola queja.

Después de esta innoble y cruel parodia, los soldados condujeron de nuevo á Jesús á la presencia de Pilatos. Este, movido á compasión, creyó que la vista de aquel espectro cubierto de sangre excitaría por fin la conmiseración del pueblo. Desde lo alto de una galería exterior, dirigióse una vez más á aquella multitud exasperada ya por la tardanza: « Os traigo de nuevo al acusado y vuelvo á declararos que lo juzgo inocente; pero, aunque fuera culpable, vais á ver en el estado en que se encuentra y os daréis por satisfechos. » Y Jesús, conducido por los soldados, apareció al lado de Pilatos con el rostro bañado en sangre, la corona de espinas sobre la cabeza y el jirón de púrpura sobre sus hombros. Extendiendo el brazo, Pilatos mostróle al pueblo exclamando con voz poderosa:

« ¡Hé aquí al hombre! »

El infortunado juez imploraba la compasión de los judíos. La voz de los jefes respondió:

« ¡Crucifícalo! »

Y la multitud repitió con gritos de furor:

« ¡ Crucifícalo ! ¡crucifícalo ! »

La vista de la sangre irritaba á aquellos monstruos en vez de calmarlos. Indignóse el corazón del romano ante semejante infamia y arrojando una mirada de desprecio sobre aquella turba dominada por el odio, díjoles:

« ¡Yo crucificarle! Tomadlo y crucificadlo vosotros. En cuanto á mí, os repito, que no encuentro en él nada que pueda motivar una condenación. »

Pilatos eliminaba, pues, resueltamente el cargo de sedición con que los judíos habían contado para doblegarlo. Viéndose descubiertos, aferráronse nuevamente al pretendido crimen de blasfemia que le imputaba el Sanhedrín. « Es culpable, vociferaron en tono amenazador, porque ha tenido la osadía de proclamarse Hijo de Dios y según nuestra legislación, ese crimen merece la muerte. »

A estas palabras: *Hijo de Dios,* Pilatos sintió que se le helaba la sangre. Su mirada se detuvo una vez más sobre Jesús siempre tranquilo y paciente en medio de indecibles dolores é ignominias sin número. Viniéronle á la memoria aquellas palabras: « Mi reino no es de este mundo » y preguntóse si no tendría delante de sus ojos á uno de esos genios benéficos que los dioses suelen enviar á los hombres para revelarles algún secreto. Los prodigios llevados á cabo por Jesús, el reciente sueño de Prócula, todo parecía confirmar sus temores. Aterrorizado ante el pensamiento de haber hecho flagellar tal vez á un inmortal, dejó á los judíos y entró de nuevo al pretorio en donde se hallaba Jesús para aclarar aquel misterio.

« ¿De dónde vienes? » le preguntó.

Pilatos conocía el origen humano de Jesús; en cuanto á su generación eterna, era demasiado incrédulo para admitirla. Sabía por otra parte, que si el Cristo se llamaba rey, su reino invisible no debía alarmar al César y eso bastaba para tranquilizarle. Jesús guardó silencio y esto acabó de desconcertar al gobernador. Se sentía subyugado por el ascendiente de un ser del todo superior á los demás hombres. No pudo, sin embargo, dejar de manifestar que aquel silencio le parecía ofensivo á su dignidad. « ¿No me respondes? le dijo. ¿Ignoras que tengo todo poder sobre ti y que de mí depende el hacerte crucificar ó ponerte en libertad? »

A esta afirmación del derecho de juzgar sin tomar en cuenta la justicia eterna, opuso Jesús el derecho de Dios. « Tú no tienes otro poder sobre mí, le respondió, que el que te ha sido dado de lo Alto. » Al mismo tiempo, su ojo divino penetraba hasta el fondo del alma del gobernador para reprocharle la iniquidad de su conducta. Con todo, teniendo en cuenta los esfuerzos que había hecho para arrancarlo á la muerte, agregó: « Los que me han puesto en tus manos, son más culpables que tú. »

Trastornado é inquieto, levantóse Pilatos completamente decidido á cumplir con su deber, aunque atrajera sobre sí la colera de los judíos. Volvió á anunciarles su resolución definitiva de poner á Jesús en libertad; pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo aguardaban aquel momento decisivo para asestarle el último golpe. « Si lo pones en libertad, prorrumpieron con ademán furibundo, no digas más que eres amigo del César, pues quienquiera que se llame rey, conspira evidentemente contra el César. »

Pilatos cayó como herido por un rayo. Al oir el nombre de César, olvidó á Jesús, olvidó los derechos de la justicia, olvidó el sentimiento de su dignidad personal, lo olvidó todo. El César era el terrible Tiberio rodeado de sus delatores; era el monstruo que, por una simple sospecha, enviaba á la muerte á sus amigos y parientes. Vióse denunciado, destituído, perdido sin remedio y sobreponiéndose el interés á la conciencia, decidióse por fin á sacrificar á Jesús.

Sólo faltaba dar á la sentencia las formalidades requeridas por la ley. En la plaza, frente al pretorio, había un sitio elevado formado de piedras de diversos colores, llamado en hebreo Gabbatha, eminencia, y en griego Lithóstrotos, ó montículo de piedras. El gobernador romano debía promulgar sus sentencias desde lo alto de aquel tribunal. Ocupando Pilatos aquella especie de estrado desde donde dominaba á la multitud, hizo conducir ante él á Jesús atado y rodeado de guardias. Todos los ojos se fijaron en el juez y la víctima; todos los oídos se pusieron atentos para escuchar los términos de la sentencia que se iba á pronunciar.

Pilatos paseó una mirada sobre la muchedumbre como si quisiera pedir gracia por la última vez y mostrando á Jesús cubierto de sangre y heridas, dijo con voz commovida:

«¡Hé aquí á vuestro rey!» Una fuerza superior le obligaba á proclamar la dignidad real de Jesús delante de aquel pueblo sublevado. Su voz quedó ahogada en medio del clamor general:

«¡Quita, quítalo! crucifícalo!»

El romano trató de despertar los sentimientos patrióticos de aquellos judíos en otro tiempo tan ufanos de su nacionalidad y de sus príncipes: «¿Queréis entonces, les dijo, que haga crucificar á vuestro rey? — Nó tenemos otro rey que al César,» respondieron cobardemente. Hé aquí, pues, á este pueblo de Dios, á estos pontífices, escribas y magistrados, á estos judíos que sin cesar se proclamaban los descendientes de Abraham y de David; hélos aquí abdicando su nacionalidad, el reino del Mesías libertador, todas sus glorias del pasado, todas sus esperanzas del porvenir. Aquí están todos de rodillas delante del César reprochando á Pilatos no ser bastante adicto al emperador. Y ¿por qué todo un pueblo se prosterna con tanta impudencia á los pies de los paganos? ¿por qué? ¡Por odio al Cristo Hijo de Dios; para alcanzar de Pilatos que le clave en un patíbulo y que derrame las últimas gotas de su sangre!

El odio llevado hasta este extremo, no es ya un sentimiento humano: como el traidor Judas, los judíos de la Pasión, verdaderos secuaces de Satanás, obraban y hablaban como lo hubiera hecho el mismo Satanás.

Al verlos, en su sed de sangre, pisotear tan cínicamente las glorias todas de su nación, Pilatos comprende que resistiéndoles por más tiempo, todo puede temerlo de semejantes energúmenos. Acosado por los remordimientos, pero más apegado á su puesto que á su deber, quería á lo menos, ya que había resuelto inmolar al inocente, lanzar una solemne protesta contra el decreto que se le exigía. Hizo, pues, traer agua y lavándose las manos en presencia de la asamblea, exclamó:

«Soy inocente de la sangre de este justo: vosotros responderéis de ella.»

Un grito formidable salido de millares de pechos, resuena en la ciudad santa:

«Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Este grito subió hasta Dios y decidió la ruina de Jeru-

salén, el exterminio de todo un pueblo y la destrucción de la nación deicida.

Un instante después, un heraldo proclamaba la sentencia dictada por Pilatos: « Jesús de Nazaret, seductor del pueblo, despreciador del César, falso Mesías, será conducido á través de la ciudad hasta el lugar ordinario de las ejecuciones y allí, despojado de sus vestiduras, será clavado en una cruz, permaneciendo suspendido en ella hasta su muerte. » (1)

Así terminó el más inicuo de todos los procesos. Los príncipes de los sacerdotes se felicitaron de su triunfo; la multitud ebria de sangre, batió palmas; Pilatos, taciturno y sombrío, volvió á su palacio para ocultar allí su vergüenza..

Sólo Jesús, el condenado á muerte, experimentaba en medio de sus dolores una alegría inefable: la hora del sacrificio que debía salvar al mundo, aquella hora por la cual suspiraba desde su aparición en la tierra, había por fin llegado.

(1) Advinonius, Theat. terræ sanctæ. p. 163, según antiguas tradiciones.



CAPÍTULO VII.

La vía dolorosa.

LOS PREPARATIVOS DEL SUPLICIO. — LA SUBIDA AL CALVARIO. — JESÚS ENCUENTRA Á SU MADRE. — SIMÓN DE CYRENE. — EL LIENZO DE LA VERÓNICA. — LA PUERTA JUDICIARIA. — « NO LLORÉIS POR MÍ. » *(Matth. XXVII, 11-14 — Marc. XV, 20-23. — Luc. XXII, 26-32. — Joan. XIX, 16-17.)*

En todas las naciones civilizadas, se deja transcurrir un tiempo más ó menos largo entre la sentencia y la ejecución de los reos condenados á muerte. Los romanos concedían hasta diez días de plazo; según las leyes judaicas las ejecuciones debían tener lugar después de la caída del sol. Pero estaba visto que, tratándose de Jesús, todas las leyes de la humanidad serían violadas, á fin de que todos comprendieran que un odio satánico perseguía á la santa víctima. Apenas proferida la sentencia, Pilatos entregó á Jesús á la rabia de los príncipes de los sacerdotes quienes decidieron fuera llevado sin tardanza al lugar del suplicio. Les pareció peligroso diferir la crucifixión hasta después de las solemnidades pascuales: ¿quién sabe si aquellas turbas desenfrenadas, después de haber pedido con frenesí la muerte de Cristo, no volverían á entonar ocho días más tarde el hosanna en su honor? Además, en lugar de llamar á aquellos salvajes al respeto á la ley, el mismo Pilatos estaba ansioso de llegar al término haciendo desaparecer cuanto antes en el secreto de la tumba la víctima de su criminal cobardía.

Desde el tribunal, Jesús fué conducido al pretorio para los preparativos del suplicio. Cuatro verdugos le arrancaron el jirón de púrpura pegado á su cuerpo ensangrentado y cubriéronle de nuevo con sus vestidos ordinarios, prodigándole toda suerte de injurias. Dejáronle en la cabeza la corona de espinas á fin de provocar con esta alusión á su realeza, los insultos y burlas del populacho.

Para envilecerle más aún, los príncipes de los sacerdotes sacaron de la prisión á dos ladrones condenados á muerte para exhibirlos al público y crucificarlos al lado de Jesús. Las cruces que los reos debían llevar al lugar de la ejecución se componían de dos maderos, de los cuales el principal tenía diez codos de largo y estaba atravesado en los dos tercios de su altura por el otro que medía la mitad del primero. Era este un peso abrumador para Jesús, agotado como estaba ya por la pérdida de sangre, la fatiga y los dolores, sobre todo después de aquella horrible flagelación. Impusiéronle bruscamente sobre sus hombros aquella cruz, símbolo de la infamia en la cual morían los esclavos, los ladrones, los asesinos, los falsarios. En lugar de quejarse, Jesús recibió con amor aquel patíbulo de ignominia, convertido para él desde ese día en el madero más precioso, el madero redentor del mundo, el trofeo de la más brillante de las victorias, el cetro del Rey de los reyes. Los dos ladrones colocados á ambos lados del Cristo, fueron igualmente cargados con su cruz.

Terminados estos preparativos, los tres reos conducidos por los verdugos, llegaron á la plaza donde debía formarse el cortejo. Una multitud inmensa los recibió dando gritos de muerte y mostrando con el dedo entre afrentosas burlas, al rey coronado de espinas, al Mesías entre dos ladrones.

La trompeta dió la señal de partida y el ejército de deicidas se puso en marcha. Un pregonero iba á la cabeza proclamando los nombres y los crímenes de los reos; luego, los soldados romanos encargados de mantener el orden y facilitar el pasaje del cortejo. Seguía un grupo de hombres y niños que llevaban cuerdas, escaleras, clavos, martillos y el título que debía colocarse en lo alto de la cruz del Cristo. Tras estos, avanzaban los dos ladrones y al fin Jesús con los pies desnudos, cubierto de sangre, encorvado con el peso de la cruz, con pasos vacilantes como un hombre próximo á desfallecer. Inundado de sudor, devorado por la sed, jadeante el pecho, sostenía con una mano la cruz sobre sus hombros y levantaba con la otra el largo manto que embarazaba su marcha. Sus ensangrentados cabellos caían en desorden bajo las espinas que laceraban su frente; sus mejillas y barba manchadas de sangre de tal manera le desfi-

guraban, que era imposible reconocerle. Los verdugos le sujetaban con dos cuerdas atadas á la cintura y se divertían en fatigarle, ya tirándolo con violencia, ya golpeándole para apresurar su marcha. Como cordero inocente que se lleva al matadero, Jesús soportaba estas crueldades sin dejar escapar una sola queja y en su magullado rostro cada uno podía leer la expresión más sublime del amor y de la resignación.

En torno de él se agrupaban sus encarnizados enemigos, los príncipes de los sacerdotes, los jefes del pueblo, aquellos fariseos tantas veces reducidos al silencio por el gran profeta, felices ahora con poder arrojar sobre él las olas desbordadas de su implacable odio. Uno en pos de otro, se aproximaban á Jesús, llenábanle de invectivas, burlábanse de sus predicaciones y de sus milagros. Un destacamento de soldados mandados por un centurión á caballo, cerraba la marcha y mantenía á raya á aquella multitud de esclavos, obreros, hombres de la hez del pueblo que desde la mañana habían estado lanzando gritos de muerte y que acudían ahora al lugar de la ejecución, ávidos de ver correr sangre humana.

El camino que Jesús debía recorrer, pedregoso y accidentado, medía cerca de mil doscientos pasos. Del Moria descendía hacia la ciudad baja y luego volvía á subir por una pendiente escarpada para llegar á la puerta occidental de la ciudad. La crucifixión debía verificarse en el Gólgota, fuera del recinto urbano. La vía del Gólgota se llama con propiedad la *Vía dolorosa,* ya que Jesús pudo decir al recorrerla: «Vosotros los que pasáis por este camino, ved si hay dolor semejante á mi dolor.» Puédese también llamarla con no menos razón, vía triunfal, pues ella ha visto pasar armado de su glorioso estandarte, á un vencedor más grande que los Césares al subir al Capitolio. La humanidad jamás olvidará el camino del Gólgota. De todos los puntos del globo, los discípulos de Jesús se reunirán en Jerusalén para seguir paso á paso la senda que ha recorrido el Maestro, mezclar lágrimas de amor á las gotas de su sangre adorable y meditar los memorables episodios que han marcado las etapas de esa vía ya para siempre sagrada.

Desde el palacio de Pilatos el siniestro cortejo descendió de la colina del templo por una calle estrecha con

dirección al oeste, hasta llegar á una calle más ancha que, á doscientos pasos de distancia, corre hacia el mediodía. Antes de llegar al punto de unión de estas dos calles, Jesús, abrumado bajo el peso de su carga, cayó penosamente en el camino. Detúvose un momento el cortejo para levantarlo, lo que dió ocasión á los verdugos para maltratarle de nuevo y á los fariseos para dirigir sus sarcasmos á ese extraño taumaturgo que hacía andar á los paralíticos y él mismo no podía mantenerse en pie. Con la ayuda de los soldados, Jesús volvió por fin á tomar su cruz y prosiguió su camino.

Apenas había andado cincuenta pasos por la gran calle de Efraín, cuando el más desgarrador de los espectáculos vino á conmover los corazones todavía capaces de compasión. Una mujer, la Madre de Jesús, acompañada de algunas amigas le salió repentinamente al encuentro. María quería verlo por la última vez y darle el postrer adiós. La noche y la mañana habían sido para ella de agonías mortales. A cada instante, Juan, el discípulo amado, dejaba la multitud para ir á dar cuenta á la pobre madre de las escenas que se sucedían hora tras hora; del juicio del Sanhedrín, de los interrogatorios de Pilatos y Herodes y, por fin, de la condenación á muerte. Acompañada de Magdalena y demás santas mujeres, acudió con presteza á la plaza del pretorio, oyó las vociferaciones de la turba y presenció aquel horrendo espectáculo en que Pilatos presentaba ante el pueblo á su Hijo ensangrentado y coronado de espinas. Con el corazón despedazado y los ojos anegados en lágrimas, tomó entonces la resolución heroica de acompañar á Jesús al Gólgota y sufrir con él el tremendo martirio. Cuando el cortejo se puso en movimiento, María siguió una calle paralela y fué á esperar á su Hijo á la avenida de Efraín.

El encuentro fué para ella un momento de indecible amargura. Después de haber visto pasar á los soldados y auxiliares de los verdugos llevando clavos y martillos, divisó entre los dos ladrones á Jesús con la cruz á cuestas. Al ver aquel rostro lívido, aquellos ojos inyectados de sangre, aquellos labios descoloridos y secos, el primer impulso de la pobre Madre fué precipitarse hacia su Hijo con los brazos abiertos; pero los verdugos la rechazaron con violencia. Jesús se detuvo un momento; sus ojos se encontraron con los de

María y con esta mirada llena de inefable ternura, le hizo comprender que él sabía lo que pasaba en su corazón y cuán íntima parte tomaba ella en sus dolores. Embargada por la emoción, María se sintió desfallecer y cayó en los brazos de las mujeres que la acompañaban. (1) Cerráronse sus ojos, pero á sus oídos llegaban los insultos dirigidos al Hijo y á la Madre. Pronto, sin embargo, oleajes de pueblo precipitándose unos sobre otros, pusieron fin á aquella escena desgarradora.

Veinte pasos más adelante, dejaron la calle Efraín, para tomar la que conducía directamente al Gólgota. Apenas había marchado Jesús algunos instantes por esta nueva vía terriblemente escarpada, cuando una palidez mortal cubrió su rostro, dobláronse sus rodillas y á pesar de sus esfuerzos, le fué imposible seguir adelante. Viéndolo próximo á sucumbir y temiendo verse privados del placer de contemplar su agonía en la cruz, los fariseos rogaron al centurión romano que buscara un hombre que ayudase al reo á llevar su carga.

Por orden del oficial, los soldados detuvieron á un jardinero que volvía del campo, llamado Simón el Cyreneo (2) y le obligaron á llevar la cruz con Jesús. Simón no puso resistencia, no sólo porque rehusando aquel trabajo se exponía á ser maltratado, sino principalmente porque la vista de aquel hombre extenuado cuya mirada moribunda parecía implorar su socorro, excitó en su corazón la más sincera piedad. Levantó por el medio el pesado madero, de modo que quedara lo más liviano posible para los hombros del Salvador. Jesús no olvidó este acto de caridad: hizo del Cyreneo un discípulo ferviente y de sus dos hijos, Alejandro y Rufo, apóstoles de la verdadera fe.

Habían andado como doscientos pasos por esta calle espaciosa hermoseada por grandes y vistosos edificios. Sus moradores miraban con indiferencia ó desprecio á los criminales conducidos al suplicio, cuando, de improviso, una mujer de aspecto distinguido salió precipitadamente de una casa

---

(1) En este sitio había antes una capilla dedicada á Nuestra Señora del Espasmo, cuyas ruinas se ven todavía.

(2) Porque era de Cyrene, en Africa.

situada á la izquierda del camino. Sin miramiento á los soldados que intentaban impedirle el paso, acercóse al divino Maestro, contempló su semblante desfigurado, cubierto de esputos y llagas sangrientas; luego, tomando el finísimo velo que cubría su propia frente, enjugó con él el rostro de la santa víctima. Dióle Jesús las gracias con una mirada y continuó su camino; pero ¿cuál no sería la sorpresa de aquella mujer cuando, de vuelta á su casa, vió en el velo de que se había servido impreso el divino rostro del Salvador, aquel rostro triste y lívido, verdadero retrato del dolor? En memoria de este hecho, los discípulos de Jesús inmortalizaron con el nombre de Verónica á esta heroína (1) de la caridad.

Sólo faltaban cerca de cien pasos para llegar á la puerta judiciaria, así llamada, porque por ella pasaban los condenados á pena capital para subir al Gólgota. En este camino pedregoso, la subida se hacía con dificultad; á pesar de los esfuerzos del Cyreneo para ayudarle, Jesús cayó de nuevo bajo el peso de la cruz. Levantóse con gran trabajo y se acercó á la puerta en donde en una columna de piedra llamada «columna de infamia,» estaba fijado el texto de la sentencia condenatoria. El Salvador pudo leer, de paso, que iba á morir por haber sublevado al pueblo contra el César y usurpado el título de Mesías. Los fariseos no dejaron de mostrarle con el dedo la odiosa inscripción que recordaba sus acusaciones.

Jesús se encontraba ya al pie del Gólgota. No obstante la prohibición de llorar durante el tránsito de los condenados á muerte, un grupo de valerosas mujeres, al ver á Jesús, no pudo menos de prorrumpir en gritos y lamentos. Muchas llevaban niños en sus brazos y estos lloraban junto con sus madres. Movido á compasión al pensar en las calamidades próximas á descargarse sobre la ingrata Jerusalén, Jesús se enterneció á la vista de aquellas afligidas mujeres. «Hijas de Jerusalén, les dijo, no lloréis por mí; antes llorad

---

(1) La tradición nos enseña que esta intrépida mujer se llamaba antes Serapia. Su nombre de Verónica sería una alusión al sagrado Rostro, en griego, *Vera icon*, verdadera imagen. Cuando Saulo perseguía á la Iglesia naciente, santa Verónica dejó la Palestina, llevando consigo su precioso tesoro. Es una de las grandes reliquias cuyo manifestación se hace todos los años en San Pedro de Roma.

por vosotras y por vuestros hijos. Días vendrán en que se exclamará: ¡Dichosas las mujeres que no han tenido hijos, y los pechos que no dieron de mamar! Entonces, se dirá á los montes: ¡Caed sobre nosotros! y á los collados: ¡Sepultadnos! Porque si esto pasa con el árbol verde, con el seco ¿qué se hará?» Si así es tratado el inocente ¿qué será del culpable?

Seis días antes, desde la altura del monte de los Olivos, Jesús lloraba por Jerusalén y predecía su ruina. Hoy que esta ciudad culpable pone el colmo á sus crímenes, el Salvador anuncia solemnemente su reprobación y la espantosa catástrofe que pondrá fin á sus destinos. Los jefes del pueblo, al oir esta profecía, habrían debido temblar de espanto; pero cegados y endurecidos como los demonios, irritáronse por las amenazas que aquel condenado á muerte profería contra la ciudad santa. Excitados por ellos, los verdugos descargaron sobre Jesús repetidos golpes, de manera que, tratado como bestia de carga, rendido de fatiga, cayó por tercera vez sobre las piedras del camino antes de llegar á la cima del Calvario. (1) Levantáronle casi exánime y á fuerza de violencias de todo género, llegó por fin al lugar del suplicio.

En estos instantes, la multitud venida de todas partes, estrechaba sus filas al rededor del montículo para saborear los últimos sufrimientos del ajusticiado y aplaudir su muerte. La hora sexta del día va á sonar, el momento es, entre todos, solemne: la gran tragedia á que asisten los ángeles, los hombres y los demonios, la tragedia del Hombre-Dios toca á su desenlace.

---

(1) Según esta narración, nuestros lectores pueden figurarse las catorce estaciones del Camino de la Cruz que la Iglesia propone á la piedad de los fieles. Las dos primeras, la condenación y la imposición de la cruz, se encuentran en el pretorio, hoy día cuartel militar turco. Las siete siguientes están escalonadas á las distancias aquí indicadas, en las tres calles que acabamos de recorrer. Las cinco últimas están encerradas en la basílica del Santo Sepulcro que cubre enteramente la cima del Calvario: figurarán en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO VIII.

Crucifixión y muerte de Jesús.

EL CRÁNEO DE ADÁN. — JESÚS DESPOJADO DE SUS VESTIDOS. — CRUCIFIXIÓN. — ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA. — REPARTO DE SUS VESTIDURAS. — « JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS. » — INSULTOS Y BLASFEMIAS. — LOS DOS LADRONES. — LAS TINIEBLAS MILAGROSAS. — MARÍA AL PIE DE LA CRUZ. — « ECCE MATER TUA. » — LAS TRES HORAS DE AGONÍA. — ÚLTIMAS PALABRAS Y MUERTE DE JESÚS. — (*Matth. XXVII, 35-50. — Marc. XV, 24-37. — Luc. XXIII, 33-46. —Joan. XIX, 18-30.*)

La meseta de rocas sobre la cual debía tener lugar la crucifixión, se eleva á doscientos pasos de la puerta judiciaria. En hebreo se la llama Gólgota, esto es, Calvario ó *sitio del Cráneo*. Este nombre le fué dado según las tradiciones, para perpetuar un gran recuerdo.

Tres mil años antes de Jesús, un hombre agobiado bajo el peso de los años y de los sufrimientos, expiraba en este monte solitario; era Adán, padre del género humano. Desterrado del paraíso, había vivido nueve siglos en las lágrimas y la penitencia. Habíale sido preciso comer el pan con el sudor de su frente, sufrir las torturas de la enfermedad, apagar á fuerza de austeridades el fuego de las pasiones que ardía en su alma, llorar por hijos culpables que se degollaban en luchas fratricidas y oir resonar siempre á sus oídos la palabra vengadora de Dios: « ¡Adán, morirás de muerte porque has pecado! »

No obstante, jamás vino la desesperación á turbar el alma del pobre desterrado. En sus momentos de congoja recordaba que, al arrojarlo del paraíso, Dios le había prometido que uno de sus descendientes lo salvaría y con él, á toda su raza. Por esto, durante los largos siglos de su existencia, no cesaba de inculcar á sus hijos la esperanza en un futuro Re-

dentor. Y cuando vió alzarse ante él el espectro de la muerte, adoró la justicia de Dios y se durmió apaciblemente saludando por la última vez al Libertador que debía rescatar á sus hijos de la tiranía de Satanás y abrir, tanto á ellos como á él, las puertas del cielo cerradas por su pecado.

Los hijos de Adán enterraron su cadáver en los flancos de la montaña y abrieron una cavidad en la roca que la dominaba para colocar en ella su cabeza venerable. Esta roca fué llamada Gólgota, sitio en que reposa el cráneo del primer hombre. Aquí fué precisamente, sobre esta misma roca, á donde los verdugos arrastraron á Jesús, el nuevo Adán, á fin de mezclar la sangre divina de la expiación, con las cenizas del viejo pecador que infectó en su fuente todas las generaciones humanas. (1) Y como un árbol, el árbol del orgullo y de la voluptuosidad había perdido al mundo, Jesús llegaba al Calvario llevando sobre sus hombros el madero de la ignominia y del martirio. Hé aquí por qué el Cordero de Dios que había tomado á su cargo expiar los pecados de toda su raza, será tratado como él quería serlo, es decir, sin compasión.

Cuando un condenado á muerte llegaba al Gólgota, era costumbre presentarle una bebida generosa para saciar su sed y reanimar sus fuerzas. Mujeres caritivas se encargaban de prepararla y los verdugos la ofrecían á los criminales antes de la ejecución. Entregóse pues, á los soldados una pócima compuesta de vino y mirra; pero el paciente la tocó ligeramente con la extremidad de los labios como para saborear su amargura y rehusó beberla á pesar de la ardiente sed

(1) La tradición relativa al cráneo de Adán, muy anterior á Jesucristo, se encuentra en los escritos de casi todos los Padres, en particular de Tertuliano, Orígenes, san Epifanio, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustín. San Jerónimo la refiere en una carta á Marcela. San Epifanio afirma que ella nos ha sido transmitida, no sólo por la voz de las generaciones, sino por monumentos de la antigüedad, *librorum monumentis.* Cornelio á Lápide, la llama una tradición común en la Iglesia. Por lo demás, se la encuentra viva en Jerusalén en la basílica del Santo Sepulcro. Debajo de la capilla de la *Plantación de la Cruz*, se encuentra la capilla ó la *Tumba de Adán*. La sangre de Cristo, filtrándose por la grieta de la roca, ha podido mezclarse con el polvo del primer hombre. Con el fin de recordar esta conmovedora tradición, se coloca en los crucifijos una cabeza de muerto á los pies de Jesús: es el cráneo de Adán bajo la cruz, como en el Gólgota.

que lo devoraba. La inocente víctima no quería mitigación alguna en sus dolores.

A la hora de sexta comenzó la sangrienta ejecución. Los cuatro verdugos despojaron á Jesús de sus vestidos. Como su túnica estaba completamente adherida á su cuerpo desgarrado, arrancáronsela con tanta violencia, que todas las llagas se abrieron nuevamente y el Salvador apareció cubierto de una púrpura verdaderamente real, la púrpura de su propia sangre. Los verdugos le tendieron sobre la cruz para enclavarlo en ella. Hízose entonces un profundo silencio: con los ojos fijos en el paciente, cada uno quería oir sus gritos y saciarse en sus dolores. Un brazo fué luego extendido sobre el travesaño de la cruz. Mientras los demás verdugos mantenían el cuerpo sujeto, uno de ellos colocó sobre la mano un enorme clavo y descargando recios golpes de martillo, lo hundió completamente en las carnes y madero hasta atravesarlos. La sangre brotó abundante, los nervios se contrajeron; Jesús con los ojos anegados en lágrimas, lanzó un profundo suspiro. Un segundo clavo atravesó la otra mano. Fijos ya los brazos, los verdugos hubieron de emplear todas sus fuerzas para extender sobre la cruz el cuerpo horriblemente dislocado; pronto resonaron nuevos martillazos y los dos pies fueron á su vez clavados. Estos golpes arrancaban á Jesús, suspiros; á María y á las santas mujeres, sollozos; á los judíos, aullidos feroces.

Concluída la crucifixión, los verdugos procedieron á levantar en alto el patíbulo y ponerlo vertical. Mientras unos lo sostenían por los brazos, otros aproximaban su base á la cavidad abierta en la roca sobre la cima del Calvario. La cruz fué allí plantada y al efectuarlo, prodújose un sacudimiento tal en todos los miembros del crucificado, que sus huesos chocaron unos contra otros, las llagas de los clavos se ensancharon y la sangre corrió por todo el cuerpo. Se inclinó su cabeza; sus labios entreabiertos dejaron ver su lengua seca; sus ojos moribundos se empañaron con denso velo. Cuando apareció así entre el cielo y la tierra, un clamor salvaje se levantó de todas partes: era el pueblo que lanzaba maldiciones al crucificado, como estaba escrito: «¡Maldito sea el criminal suspendido en la cruz!» Los dos ladrones crucificados con él, fueron colocados, uno á su derecha

y otro á su izquierda, á fin de que se cumpliera otra profecía: « Ha sido asimilado á los más viles malhechores. »

Mientras que el populacho insultaba á los reos, los cuatro verdugos, fatigados de su trabajo, se sentaron al pie de la cruz del Salvador para repartirse sus vestidos como la ley se los permitía. Dividiéronlos en cuatro partes para tener cada uno la suya; pero siendo la túnica inconsútil ó sin costura, resolvieron, por propio interés, dejarla intacta y que la suerte decidiera á cuál de ellos pertenecería. Ignoraban que con esto daban á la letra cumplimiento á las palabras que un profeta pone en boca del Mesías: « Repartiéronse mis vestidos y sobre mi túnica, echaron suertes. » Los jefes del Sanhedrín versados en las Escrituras, habrían debido recordar los divinos oráculos al verlos cumplirse á sus propios ojos; pero el gozo del odio satisfecho, ahogaba en ellos todo recuerdo y todo humano sentimiento.

Un incidente bastante extraño vino á perturbar aquella criminal alegría. Vióse de improviso que los soldados colocaban en lo alto de la cruz un rótulo dictado por el mismo Pilatos en estos términos: « Jesús de Nazaret, rey de los Judíos. » En cuatro palabras, esta inscripción contenía una injuria sangrienta dirigida á los fariseos. Para vengarse de aquel pueblo que lo había obligado á condenar á un inocente, el gobernador hacía pregonar que el criminal juzgado por ellos digno del suplicio de los esclavos, era nada menos que su rey. Y á fin de que todos los extranjeros que invadían entonces á Jerusalén pudieran saborear la amarga ironía, leíase dicha inscripción en tres idiomas diferentes: hebreo, griego y latín. Encolerizados á la vista de aquel rótulo, los jefes del pueblo despacharon un mensajero á Pilatos para manifestarle el ultraje que se hacía á la nación y pedirle que modificara la inscripción en esta forma: « Jesús de Nazaret, quien se llama rey de los judíos.» Pero Pilatos respondió bruscamente: « Lo escrito, escrito. »

En esta circunstancia, Pilatos profetizó como antes lo había hecho Caifás. Este declaró que « un hombre debía morir por todo el pueblo » y Pilatos proclama en todas las lenguas del mundo que este hombre, este Redentor, este Mesías, este Rey que debe dominar á todos los pueblos, Judíos, Griegos y Romanos, es el Crucificado del Gólgota.

La mala voluntad de Pilatos exasperó á los judíos. No pudiendo quitar aquel cartel que daba á Jesús el título de rey, resolvieron convertirlo en nuevo motivo de escarnio y de blasfemia. Los sacerdotes y escribas daban el ejemplo. «¡Ha salvado á otros! decían burlándose, ¡que se salve á sí mismo! ¡Que este Mesías, que este rey de Israel descienda de la cruz y entonces creeremos en él! Llamábase Dios y se proclamaba el Hijo de Dios ¡que venga Dios á librarlo!»

El pueblo, alentado con las blasfemias de sus jefes, las repetía agregando groseros insultos. Pasaban y volvían á pasar frente á la cruz grupos enfurecidos y clamaban moviendo la cabeza: «Tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, baja de la cruz y sálvate, si puedes. Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz.»

Los soldados mismos que, de ordinario, ejecutan su consigna en silencio, acabaron por tomar parte en este desbordamiento de injurias. Acercándose al Crucificado, ofrecíanle vinagre para refrigerarlo y le decían: ¡Si eres el rey de los judíos, sálvate, pues!

No era, por cierto, bajando de la cruz cómo el Hijo de Dios debía consolidar su reino, sino muriendo en ella para cumplir su misión de Redentor y de Salvador. Por esta razón, al oir aquellas provocaciones sacrílegas, sólo experimentó un sentimiento más vivo de amor. Sus ojos inundados en lágrimas se detuvieron un momento sobre aquellos judíos delirantes y por primera vez desde su llegada al Calvario, salió de sus labios una palabra: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» No sólamente pedía gracia para aquellos grandes culpables, sino que disculpaba, por decirlo así, sus crímenes y blasfemias atribuyéndolos á ignorancia. En efecto, ignoraban su divinidad, lo que hacía en parte menos criminal á esa horda de deicidas.

Excitado por las irrisiones é insultos que la multitud lanzaba contra Jesús, uno de los ladrones crucificados á su lado, volvió la cabeza hacia él y comenzó á su vez á blasfemar. «Tienen razón, exclamó; si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y sálvanos también á nosotros.» Mas su compañero, tranquilo y resignado, le reprochó su coducta: ¿No temes á Dios? preguntóle indignado. ¿Por qué dirigir semejantes imprecaciones contra un hombre condenado como tú? Noso-

tros, sí, somos justamente castigados; pero él ¿qué crimen ha cometido?

Pronunciando estas palabras, el ladrón sintió que una gran transformación se operaba en su alma. Bajo la acción de una luz interior, abriéronse sus ojos y comprendió que Jesús era el Hijo de Dios que moría por la redención del género humano. El arrepentimiento, pero un arrepentimiento lleno de amor, penetró en su corazón é hizo subir las lágrimas á sus ojos. « Señor, dijo á Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino ». Y en el acto oyó esta respuesta de la infinita misericordia: « Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso, » es decir, en el seno de Abraham donde los justos esperaban á Aquel que debía abrirles las puertas del cielo.

Mientras que los príncipes de los sacerdotes, los doctores, los soldados y el populacho se burlaban de la dignidad real de Jesús y se deleitaban en sus dolores, un nuevo espectáculo vino de repente á infundir el espanto entre aquellos deicidas. Hacia el medio día, cuando el sol brillaba en todo su esplendor, el cielo hasta entonces claro y sereno, comenzó á ponerse sombrío y amenazante. Nubes, cada vez más espesas, cubrieron el disco del sol y poco á poco las tinieblas se esparcieron por el Gólgota, por la ciudad de Jerusalén y por toda la tierra. Era la noche misteriosa profetizada por Amós: « En aquel día, el sol se apagará en la mitad de su carrera, y las tinieblas invadirán el mundo en medio de la más viva luz. » (1) De esta manera respondía Dios á las insolentes pro-

(1) De estas tinieblas predichas por Amós (*VIII, 9*) y atestiguadas por los evangelistas, hacen mención los historiadores profanos. Thallus, liberto de Tiberio, dice que en su época, « una horrible oscuridad cubrió el universo entero. » Phlegón, liberto de Adriano, escribía cien años después « que hubo en esa época un eclipse de sol tan completo, como nadie lo vió semejante. » Ahora bien, encontrándose la luna en su plenilunio, un eclipse de sol era imposible. Después de haber dicho que el sol se oscureció en la mitad de su carrera, Tertuliano (Apolog.) añade: « Tenéis en vuestros archivos el relato de este suceso. » Un mártir, san Luciano, hablaba al juez de la divinidad de Jesucristo: « Os cito por testigo al sol mismo que, al ver el crimen de los deicidas, ocultó su luz en la mitad del día. Registrad vuestros anales y encontraréis que en tiempo de Pilatos, mientras el Cristo sufría, el sol desapareció y el día fué interrumpido por las tinieblas. » Tinieblas evidentemente milagrosas: á la vista de este fenómeno inexplicable, Dionisio el Areopagita, exclamó: «O la divinidad sufre, ó la máquina del mundo se desorganiza. »

vocaciones de los judíos: el sol se ocultaba para no ver su crimen; la naturaleza toda se cubría con fúnebre velo para llorar la muerte del Criador.

Al instante mismo, callaron los blasfemos, helados de pavor: un silencio de muerte reinó en el Calvario. La multitud, desatinada, huyó temblando; los mismos jefes del pueblo, creyendo ver en todo aquello los signos de la venganza divina, desaparecieron unos en pos de otros. Sólo quedaron en el monte los soldados encargados de la guarda de los ajusticiados, el centurión que los mandaba, algunos grupos aislados que deploraban de corazón el gran crimen cometido por la nación y las santas mujeres que acompañaban á la Virgen María. Apartadas estas hasta entonces por los soldados, pudieron ya acercarse á la cruz. A la tenue luz del cielo enlutado, se veía el cuerpo lívido de Jesús y su rostro contraído por el dolor. Sus ojos estaban fijos en el cielo: sus labios entreabiertos murmuraban una oración.

Cerca de María, Madre de Jesús, se encontraban Juan el discípulo amado, María de Cleofás y Salomé esposa del Zebedeo. María Magdalena, abismada en su dolor, se había arrojado al pie de la cruz y á ella se mantenía abrazada derramando un torrente de lágrimas. Jesús inclinó su mirada divina sobre estos privilegiados de su corazón. Sus ojos se encontraron con los de su Madre que le miraban sin cesar y en ellos vió su martirio interior y cómo la espada de dolor profetizada por el anciano del templo, penetraba hasta lo más íntimo de su alma. Juzgóla digna de cooperar á la obra de la Redención, así como había cooperado al misterio de su Encarnación; y no contento con darse á sí mismo, llevó la bondad al extremo de darnos su Madre.

Lloraba Juan al pie de la cruz. Lloraba á su buen Maestro y aunque no le faltaban todavía sus padres, se creía huérfano sin Jesús, el Dios de su corazón. Jesús no pudo ver sin enternecerse las lágrimas del apóstol mezcladas á las lágrimas de María. Dirigiéndose á la divina Virgen, le dice: «Mujer, hé ahí á tu hijo.» Este hijo que María daba á luz en medio de sus lágrimas, representaba á la humanidad entera rescatada por la sangre divina. Jesús lo entregaba á la nueva Eva, encargándole comunicar la vida á todos aquellos á quienes la primera había dado la muerte; y desde entonces

María sintió dilatarse su corazón y llenarse del amor más misericordioso para todos los hijos de los hombres.

Jesús se dirige entonces á Juan y mostrándole con los ojos á la Virgen desolada, le dice: « Hijo mío, hé ahí á tu Madre.» Y desde aquel día Juan la amó y la sirvió como á su propia madre. También desde ese día, todos aquellos que Jesús ha iluminado con su gracia, han comprendido que para ser verdaderos miembros de Jesús crucificado, es necesario nacer de esta Madre espiritual creada por el Salvador en el Calvario.

Después de este don supremo de su amor, pareció Jésús aislarse de la tierra. Se hizo en torno suyo un silencio aterrador que se prolongó por tres horas. Los guardias, espantados, iban y venían entre las tinieblas sin decir palabra. El centurión, inmóvil delante de la cruz, parecía querer penetrar hasta el fondo del alma de este singular ajusticiado. Con los ojos fijos en el cielo, Jesús oraba á su Padre, ofreciendo por todos sus invisibles sufrimientos, sus ignominias, la sangre que vertían sus heridas y la muerte que iba á poner término á su martirio.

Súbitamente palideció su rostro y una espantosa agonía oprimió su corazón: vióse solo, cargado de crímenes, maldito de los hombres, expirando en un patíbulo entre dos malhechores. Proscrito de la tierra, su alma busca el cielo; pero, con más viveza que en Getsemaní, experimentó la indecible amargura del abandono más completo. La justicia de Dios hacía sentir todo su peso sobre la víctima de expiación, sin que un ángel del cielo viniera á consolarla en el momento supremo. Hacia la hora de nona, se escapó de su corazón despedazado este clamor de angustia: « Eli, Eli ¿lamma Sabachtani?» lo que quiere decir: «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado? » Eran las primeras palabras del salmo en que David refiere anticipadamente los dolores y agonía del Hombre-Dios.

Entre tanto, comenzaban á desaparecer las tinieblas. Algunos judíos que habían permanecido en el Calvario, se atrevieron á burlarse nuevamente de su víctima moribunda: « Llama á Elías, decían; veamos si Elías viene á librarle. » Jesús sentía en aquel instante esa sed devoradora que causa el más horrible tormento de los crucificados. Sus entrañas

estaban abrasadas, su lengua pegada al paladar. En medio del silencio, déjase oir de nuevo su voz: « ¡Tengo sed! » dijo, dando un profundo suspiro.

Había al pie de la cruz un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados mojó en él una esponja y atándola á una caña de hisopo, la aproximó á los labios de Jesús, quien sorbió algunas gotas para dar cumplimiento á la profecía de David: «Me han abrevado con vinagre para saciar mi sed.»

Había bebido hasta la hez el cáliz del dolor, cumplido en todo la voluntad de su Padre, realizado las profecías, expiado los pecados del género humano: « Todo está consumado, » dijo.

A esta palabra solemne, púdose notar que el cuerpo de Jesús se ponía más lívido, que su cabeza coronada de espinas caía más pesadamente sobre el pecho, que sus labios perdían el color, que se apagaban sus ojos. Iba á exhalar el último suspiro, cuando de repente, levantando la cabeza, da un grito tan vigoroso, que todos los asistentes quedaron helados de espanto. No era el gemido plañidero del moribundo, sino el grito de triunfo de un Dios que dice á la tierra: « Yo muero porque quiero. » Sus labios benditos se abren por última vez y exclaman: « Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma. » Dichas estas palabras, inclinó la cabeza y expiró.

Jesús ha muerto: pontífices, doctores, ancianos del pueblo, escribas y fariseos, vosotros creéis que su reino ha concluído, cuando al contrario, ahora no más comienza. Esta cruz en la que le habéis enclavado, se convierte desde luego en el trono del gran Rey. A sus pies vendrán á arrodillarse los pueblos todos de la tierra, como él lo ha predicho: « Cuando fuere levantado entre el cielo y la tierra, todo lo atraeré hacia mí. »





LIBRO OCTAVO.

El Triunfo.

CAPÍTULO I.

La Resurrección.

TEMBLOR DE TIERRA. — GRITO DEL CENTURIÓN. — LOS LIMBOS. — EL GOLPE DE LANZA. — JOSÉ DE ARIMATEA Y NICODEMO. — DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ. — EL SEPULCRO. — LOS GUARDIAS. — EL ANGEL DE LA RESURRECCIÓN. *(Matth. XXVIII,51-66. — Marc. XV, 38-47. — Luc, XXIII, 45-66. — Joan. XIX 31-42.)*



En el momento mismo en que Jesús rindió el último suspiro, una revolución súbita trastornó toda la naturaleza. El último grito del Dios moribundo resonó hasta en los abismos. Comenzó á temblar la tierra como si la mano del Criador dejara de mantenerla en equilibrio; hendiéronse las rocas á causa de espantosos sacudimientos y la roca misma del Calvario sobre la que se levantaba la cruz del Salvador se abrió violentamente

hasta su base. (1) En el valle de Josafat se abrieron algunas tumbas; muchos muertos resucitaron y aparecieron envueltos en sus largos sudarios en las calles de Jerusalén llevando á todas partes el espanto y la consternación. Dios obligaba á todos, vivos y muertos, á proclamar la divinidad de su Hijo.

En el templo, el terror era mayor todavía. Los sacerdotes que terminaban la inmolación de las víctimas, se detuvieron sobrecogidos hasta el fondo del alma, mientras que el pueblo mudo de pavor esperaba el fin del extraño cataclismo. De repente, un ruido siniestro se deja oir del lado del santo de los santos; todas las miradas se dirigen al velo de jacinto, de púrpura y de escarlata que cierra la entrada del impenetrable santuario donde Jehová se manifiesta una vez al año al sumo sacerdote; y hé aquí que el velo misterioso se rasga con estrépito de alto á bajo, rompiendo así la antigua alianza para dar lugar á la nueva. ¡Sacerdotes, cesad en la inmolación de las víctimas figurativas; la sola víctima agradable al Señor, vosotros la habéis inmolado en el Calvario! Pueblo de Israel, escuchad la profecía de Daniel: « Después de setenta semanas de años, el Mesías será condenado á muerte; el pueblo que renegará de él no será más su pueblo; la hostia y el sacrificio cesarán; la abominación de la desolación estará en el templo y la desolación durará hasta el fin. » ¡Sacerdotes y doctores, las setenta semanas han transcurrido ya; en presencia de ese velo del santuario desgarrado, confesad que habéis crucificado al Mesías, al Hijo de Dios!

En medio de estas escenas aterradoras, un silencio profundo reinaba en el Calvario, silencio interrumpido de vez en cuando por los gritos desgarradores de los dos ladrones ajusticiados. Después de la muerte de Jesús, las santas mujeres se habían mantenido algo apartadas en compañía de María

---

(1) Lo que nunca sucede en los temblores de tierra, la roca se partió transversalmente y la ruptura cortó las vetas de una manera extraña y sobrenatural. « Tengo certidumbre, dice Addison, (De la Religion chrétienne t. II) que esto es el efecto de un milagro que ni el arte ni la naturaleza pueden producir. Doy gracias á Dios de haberme traído aquí para contemplar este monumento de su maravilloso poder, este testigo lapidario de la divinidad de Jesucristo. »

y del apóstol Juan. Sólo el centurión, inmóvil en medio de sus soldados, no podía apartar sus ojos del divino Crucificado. El último grito lanzado por Jesús resonaba todavía en sus oídos; la vista de los prodigios obrados en su muerte acabó de trastornar su corazón. Dirigiéndose á todos los que estaban en el Calvario, exclamó: « Era un justo; verdaderamente era el Hijo de Dios. » Y todos los testigos de este drama sublime, profundamente impresionados, regresaron á sus hogares golpeándose el pecho y repitiendo como el centurión: « Sí, verdaderamente era el Hijo de Dios. »

Este mismo grito resonó en el fondo de los infiernos. Cuando Jesús rindió el último suspiro, Satanás comprendió su error. Había sublevado á la sinagoga contra el justo y este justo era el Hijo de Dios. En su furor insensato, había cooperado á esta muerte que comunicaba al genero humano la vida y trabajado sin saberlo, por la redención de estos hijos de Adán que él creía para siempre sus esclavos. « Era el Hijo de Dios, exclamaba en su desesperación y yo le he ayudado á realizar sus designios. » En este momento mismo pudo ver el alma de Jesús separada de su cuerpo descender á los limbos misteriosos donde los hijos de Dios lo esperaban desde largos siglos. Allí se encontraban los patriarcas y los profetas: Adán, Noé, Abraham, Moisés, David, todos los justos que habían deseado la venida del Salvador y puesto en él su esperanza. A su entrada en el templo de los santos, fué acogido Jesús con el clamor triunfal que en aquel momento resonaba al pie de la cruz y en los infiernos: « Es él, es el Hijo de Dios, es el Redentor que viene á anunciarnos nuestra próxima libertad. »

Los romanos abandonaban á las aves de rapiña el cadáver de los ajusticiados, pero la ley de los judíos prohibía dejarlos en el patíbulo después de puesto el sol. Como iba á comenzar el sábado, era todavía más urgente la observancia de esta prescripción legal. Los príncipes de los sacerdotes habían pedido á Pilatos que hiciera dar el golpe de gracia á los condenados y retirar en seguida los cadáveres. Con este fin, algunos soldados provistos de enormes mazas, treparon silenciosamente el Gólgota.

Aproximáronse á uno de los ladrones y le rompieron las piernas y el pecho; lo mismo hicieron con el otro. Mas,

al llegar á Jesús, notaron luego en la palidez cadavérica, en la inclinación de la cabeza y en la rigidez de los miembros, que hacía algunas horas estaba muerto y que por lo tanto era inútil destrozarlo. Sin embargo, para mayor seguridad, un soldado le hirió el costado con un golpe de lanza. El hierro penetró en el corazón y al punto salió de la herida sangre y agua. Así se cumplió esta palabra de la Escritura: « Pondrán sus miradas en aquel que han crucificado. » Y esta otra concerniente al Cordero pascual: « No quebrantaréis ninguno de sus huesos. »

El apóstol Juan vió con sus propios ojos las particularidades de esta escena misteriosa. Vió el hierro penetrar en el corazón de Jesús; vió correr la sangre y el agua, las dos fuentes de vida que manan del divino corazón, el agua bautismal que regenera las almas y la sangre eucarística que las vivifica. Y Juan dió testimonio de lo que él había visto, á fin de inspirar á todos la fe y el amor.

Para poner término á su tarea, iban los soldados á desclavar los cadáveres y enterrarlos con los instrumentos de su suplicio, como era de costumbre, cuando dos hombres se presentaron reclamando el cuerpo de Jesús. Uno de ellos, José de Arimatea, pertenecía á la nobleza y era miembro del gran Consejo. Amigo de la justicia, dulce y bueno por naturaleza, había rehusado asociarse al negro complot tramado contra Jesús. Era en el fondo discípulo del Salvador y aguardaba el reino de Dios; pero el terror que inspiraban los judíos, le había impedido manifestar su fe. Las grandes emociones del Calvario disiparon su cobardía y le alentaron hasta el punto de tomar la resolución de darle una honrosa sepultura. Animado súbitamente de un valor heroico, no temió presentarse á Pilatos y pedirle el cuerpo de Jesús. El gobernador romano tenía mucho que reprocharse respecto al Crucificado y sus amigos; hizo de buena gana esta concesión después de tener certidumbre de esta muerte que le pareció muy rápida. Llamó, pues, al centurión que había tenido á sus órdenes la guardia del Calvario y con su afirmación de que Jesús había muerto, le ordenó entregar su cuerpo á José.

José iba acompañado de Nicodemo, aquel doctor de la Ley que, desde su conferencia nocturna con Jesús, no ha-

bía cesado de defenderle contra las injustas acusaciones de los jefes del pueblo. José traía un sudario para envolver el cuerpo y Nicodemo una composición de mirra y áloe para embalsamarle. Con la ayuda de Juan y de otros discípulos, bajaron de la cruz el cuerpo de Jesús y llevaron su preciosa carga hasta una meseta de roca contigua á la misma cruz. Allí por fin, las santas mujeres pudieron contemplar el rostro inanimado del Maestro á quien habían seguido con tanta abnegación; allí pudo su Madre bañar con sus lágrimas y cubrir de besos las sagradas heridas de su Hijo. Pero fué preciso poner pronto término á estas muestras de dolor y de ternura, porque el sol estaba ya en su ocaso y el Sábado iba á comenzar.

José extendió sobre la piedra el sudario que debía servir á la sepultación. Colocaron el cuerpo de Jesús sobre el sudario; cubriéronle de perfumes como era de costumbre entre los judíos y luego recogieron las extremidades para envolver los miembros y la cabeza del amado Maestro.

Cerca del sitio en que Jesús fué crucificado, en un jardín que pertenecía á José de Arimatea, había una tumba abierta en la roca que hasta entonces á nadie había servido. José se reputó feliz consagrándola á la sepultura del Salvador. (1) Dos compartimentos taladrados en la piedra y comunicados entre sí, formaban esta fosa funeraria. El cuerpo del Salvador fué colocado en un nicho abierto en el segundo de estos departamentos y esto fué notado cuidadosamente por María Magdalena y las santas mujeres que habían resuelto volver al sepulcro después del sábado, para renovar el precipitado embalsamamiento del cadáver.

Tributados los últimos honores á su buen Maestro, los discípulos salieron del monumento é hicieron rodar hacia la entrada una enorme piedra para impedir el acceso; luego con el corazón destrozado, los ojos anegados en lágrimas y agobiados de dolor, volvieron á la ciudad. María y las santas mujeres tuvieron también que resignarse á dejar el Calvario y se retiraron al cenáculo para pasar allí el día del Sábado.

---

(1) Las cinco últimas estaciones del camino de la cruz: el despojo de los vestidos, la crucifixión, la plantación de la cruz, la piedra de la unción ó del embalsamamiento y el sepulcro, se encuentran encerradas en la basílica del Santo Sepulcro.

Todo parecía terminado. El profeta de Nazaret había muerto en la cruz como un vil esclavo. Los apóstoles, amedrentados, habían desaparecido; algunas mujeres, después de haberle seguido hasta la tumba, regresaban llorosas á su morada. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos triunfaban indudablemente; y sin embargo, cosa admirable, parecían temer aún á ese personaje prodigioso que tantas veces los había aterrorizado con su poder. Aquellas tinieblas esparcidas en la ciudad durante su agonía, el temblor de tierra que acompañó á su muerte, la misteriosa rasgadura del velo del templo, todo se presentaba á su memoria con la lobreguez de un presagio siniestro. Pero lo que particularmente les inquietaba, era que el Crucificado había anunciado que resucitaría tres días después de su muerte.

Estos pensamientos les infundieron tal terror que, sin tomar en cuenta el reposo sabático, se presentaron á Pilatos y le dijeron: « Señor, recordamos que, en vida, este impostor anunció que resucitaría al tercer día después de su muerte. Tened á bien hacer custodiar su sepulcro hasta el fin del día tercero; no sea que sus discípulos roben su cadáver y hagan creer al pueblo que ha resucitado de entre los muertos. Este segundo error sería más pernicioso aún que el primero.»

Pilatos odiaba á aquellos hombres, sobre todo después que le habían arrancado una sentencia que su conciencia le reprochaba como un crimen. Respondióles, pues, con desdén: « Guardia tenéis; id y haced vigilar su tumba como lo queráis. » Los príncipes de los sacerdotes y los jefes del pueblo se dirigieron al sepulcro donde reposaba el cuerpo de Jesús, pusieron sello sobre la piedra que cerraba la entrada y colocaron soldados al rededor del monumento para impedir que nadie se aproximara á él. Con esto, se retiraron enteramente tranquilos, pareciéndoles imposible que un muerto tan perfectamente encerrado y custodiado, pudiera escapárseles. Olvidaban que Aquel que, en el huerto de Getsemaní, había hecho caer en tierra á los soldados con sólo hacerles pronunciar su nombre, también podría, con un acto de su voluntad, derribarlos de nuevo en el sepulcro. Pero Dios les hacía tomar aquellas ridículas precauciones, á fin de que los mismos judíos se vieran obligados á confesar oficialmente el triunfo del Crucificado.

Al predecir su muerte y su muerte de Cruz, Jesús había asimismo anunciado que resucitaría al día tercero. «Destruid este templo, decía á los judíos, hablándoles del templo de su cuerpo y yo lo reedificaré en tres días.» Más aún: cuando los fariseos le pedían un signo en el cielo para probar su divinidad, el Salvador les respondió que el gran signo de su misión divina sería su resurrección. «Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre permanecerá tres días en el seno de la tierra.» Hé ahí el milagro por excelencia, el milagro que atraerá al mundo á los pies del Hijo de Dios. Jesús lo ha predicho y es necesario que su palabra se cumpla.

El cuerpo de guardia, compuesto de dieciseis soldados, custodiaba rigurosamente el cadáver del Crucificado y cada tres horas, cuatro centinelas hacían el relevo de guardia. El Hijo de Dios esperaba en la paz y silencio de la tumba el momento fijado por los decretos eternos. Hacia la aurora del tercer día, su alma vuelta de los limbos, se reunió á su cuerpo y sin ninguna muestra sensible en la colina, el Cristo glorificado salió del sepulcro. Los guardias no se dieron la menor cuenta de que estaban custodiando un sepulcro vacío; pero hé aquí que un momento después, la tierra comienza á temblar reciamente, un ángel desciende del cielo á vista de los soldados sobrecogidos de espanto, hace rodar la piedra que cerraba la entrada de la gruta y con aire de triunfo se sienta sobre ella como sobre su trono. Su rostro centellea como el relámpago, su vestido resplandece como la nieve, sus ojos despiden llamas que deslumbran á los guardias y los derriban por tierra casi muertos de terror. Era el ángel de la resurrección que bajaba del cielo para anunciar á todos que Jesús, el gran Rey, el vencedor de la muerte y del infierno, acababa de salir de la tumba.

Después de este primer instante de estupor, los guardias, desatinados, huyeron á la ciudad para referir á los príncipes de los sacerdotes los hechos prodigiosos de que habían sido testigos. Desconcertados estos y fuera de sí, preguntábanse cómo podrían ocultar la verdad al pueblo y prevenirlo contra las manifestaciones que sin duda iban á producirse. Convocaron inmediatamente á los ancianos y, con su acuerdo, resolvieron que el mejor partido era corromper á

los soldados por medio del dinero. Prometieron á cada uno una cantidad considerable si convencían al pueblo de que, mientras ellos dormían, los discípulos de Jesús habían robado el cuerpo de su Maestro. Y como los soldados objetasen que si tal especie llegara al conocimiento de Pilatos, les pediría cuenta de su conducta, el Consejo les respondió que él se encargaría de disculparlos ante el gobernador. Disipado el peligro, los soldados recibieron el dinero ofrecido y propalaron entre los judíos la ridícula fábula que se les había enseñado, pero sin conseguir más que la propia infamia y la de aquellos que los habían sobornado, pues era muy fácil responderles: « Si estabais dormidos, como decís, no habéis podido daros cuenta de lo sucedido durante vuestro sueño. ¿Cómo, pues, os atrevéis á asegurar que los discípulos han sustraído el cadáver que custodiabais? » (1) En realidad, las necias y burdas falsedades de los judíos eran la prueba más elocuente de la verdad de la resurrección, es decir, del espléndido triunfo del Rey á quien habían desconocido y crucificado.

Por más que haga el Sanhedrín, el triunfo alcanzado por Jesús sobre un poder que nadie ha vencido ni vencerá jamás, hace palidecer á todos los demás triunfos. Por este signo, el universo reconocerá á su Dios y Salvador. El día de la resurrección tendrá un nombre particular: se le llamará *domingo,* día del Señor, día del eterno aleluya, porque en este día la Muerte y la Vida han combatido en gigantesco duelo y el Autor de la Vida ha vencido á la Muerte. El Señor ha resucitado realmente ¡Aleluya! Así cantarán los hijos del reino, que Jesús salido de la tumba, establecerá en el mundo entero, perpetuándolo hasta el fin de los siglos.

---

(1) Todo el mundo conoce el dilema que san Agustín dirige á aquellos infelices guardias: « Si dormíais ¿cómo sabéis que han robado el cuerpo? Si no dormíais ¿por qué le habéis dejado robar? »

CAPÍTULO II.

Las Apariciones.

DESOLACIÓN Y DESALIENTO DE LOS APÓSTOLES. — APARICIÓN DEL ÁNGEL Á LAS SANTAS MUJERES. — PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO. — APARICIÓN DE JESÚS Á MARÍA MAGDALENA Y Á LAS SANTAS MUJERES. — INCREDULIDAD DE LOS APÓSTOLES. — LOS DISCÍPULOS DE EMMAÚS. — JESÚS APARECE EN EL CENÁCULO. — TOMÁS EL INCRÉDULO. *(Matth. XXVIII, 1-15 — Marc. XVI, 1-14 — Luc. XXIV, 1-35 — Joan. XX, 1-29.)*

DESDE tres días, es decir, desde la aprehensión de su Maestro, los apóstoles creyeron prudente ocultarse. Con escepción de Juan que no abandonó á la Virgen María durante la Pasión, ninguno compareció en el Calvario ni al momento de la sepultación de Jesús. En todo este tiempo se mantuvieron cuidadosamente escondidos de miedo que se les reconociera como cómplices del Crucificado. Muy engañado estaba el Sanhedrín al creerlos capaces de robar el cadáver, cuando ni siquiera se atrevían á presentarse en las calles que conducían al sepulcro.

El sábado, cuando la tranquilidad quedó restablecida en le ciudad, entraron uno después de otro en el cenáculo, confundidos y consternados. Todo había concluído para ellos. El pasado les parecía un sueño, el reino futuro como una quimera, Jesús como un misterio impenetrable que los agobiaba y confundía. Su corazón no podía desasirse de un Maestro cuya abnegación é inefable ternura conocían; pero no sabían qué pensar de este taumaturgo impotente contra los judíos, hasta dejarse atar, condenar, crucificar por ellos como un criminal. Desanimados y casi perdida la esperanza, gemían y lloraban mientras què Juan les contaba las tristes escenas del pretorio y del Calvario.

Así transcurrió el sábado, sin que ninguna esperanza viniera á reanimar sus almas abatidas. Comenzaba el día tercero después de la muerte de Jesús y nadie pensaba en la resurrec-

ción. El Salvador reposaba en su tumba y en lugar de esperar verle salir de ella, las mujeres se preocupaban de embalsamarle mejor que la víspera. Terminado el sábado, fueron á comprar perfumes para sepultarle con mayor decencia é impedir así una corrupción demasiado rápida. En cuanto á los apóstoles, eran igualmente incrédulos á su resurrección como lo habían sido á su muerte y todos se encontraban en un estado de marasmo y de olvido, sin esperanza y sin fe, cuando ya el ángel de la resurrección había puesto en fuga á los guardias espantados. Los acontecimientos probaron hasta qué punto el escándalo de la cruz les había hecho incrédulos y desconfiados.

Desde la aurora del domingo, tres mujeres, María Magdalena, María de Cleofás y Salomé, salieron de Jerusalén y se encaminaron hacia el Calvario cargadas de sus perfumes y muy preocupadas de saber cómo apartarían la enorme piedra que cerraba la entrada de la gruta. En su ardor impaciente, Magdalena tomó la delantera; pero cuál no fué su sorpresa al llegar al sepulcro, viendo la piedra removida y la entrada á la tumba enteramente libre. No se imaginó que Jesús pudiera haber resucitado, sino que habían sustraído el cadáver y dejando á sus compañeras, corrió al cenáculo para dar parte á los apóstoles de lo ocurrido. «Han robado el cadáver del Maestro, exclamó y no sabemos á dónde lo han llevado.»

Mientras tanto, sus dos compañeras llegadas al sepulcro, penetraron en la bóveda donde había reposado el cuerpo de Jesús. A la derecha, cerca del sarcófago, vieron un ángel cuyo aspecto majestuoso y deslumbrante vestidura, las sobrecogió de terror. El ángel les dijo: «No temáis, sé que buscáis á Jesús el Crucificado. No está aquí; ha resucitado como lo había predicho, acercaos y ved el lugar donde le habían puesto. Id, pues, á decir á sus discípulos que él os precederá en Galilea, en donde lo veréis como os lo ha prometido.» Las dos mujeres temblando de miedo, salieron del sepulcro y huyeron sin decir á nadie una palabra de esta aparición.

Impresionados Pedro y Juan con el relato de Magdalena, acudieron con ella al sepulcro de Jesús. Juan, más joven y más ágil, llegó el primero; se asomó al interior del monumento, vió los lienzos por tierra, pero no entró. Momentos después, llegó Pedro y penetró hasta la tumba para darse cuenta de lo sucedido. Notó que las fajas estaban dispersas y que el sudario que

cubría la cabeza estaba doblado y puesto aparte. Juan entró á su vez al sepulcro, hizo las mismas observaciones y ambos creyeron, como Magdalena, que el cuerpo había sido sustraído. Ni uno ni otro se imaginó que Jesús hubiera resucitado, porque un denso velo, dice el mismo Juan, obscurecía de tal manera su espíritu, que las profecías de la Escritura sobre la muerte y resurrección del Mesías, eran para ellos como si no fuesen. Regresaron al cenáculo, confundidos, sin poder explicarse esta misteriosa desaparición.

María Magdalena no pudo resignarse á seguirlos. Sentada cerca del sepulcro, púsose á llorar, preguntándose con ansiedad dónde habían podido ocultar el cuerpo de su Maestro. Con sus ojos inundados en lágrimas, registraba de nuevo el interior del sarcófago, cuando dos ángeles se presentaron á su vista, uno á la cabeza y otro á los pies de la tumba. «Mujer, le dijeron, ¿por qué lloras?—Porque se han llevado de aquí á mi Señor, respondió y no sé dónde le han puesto.» Al pronunciar estas palabras, oyó un ruido de pasos tras de ella, volvióse prontamente y se encontró en presencia de un desconocido qué le preguntó también: «Mujer ¿por qué lloras y á quién buscas?» Era el divino Resucitado, pero ella no le reconoció. Lo tomó por el hortelano del lugar y, siempre abstraída en su primer pensamiento, respondió: «Señor, si tú lo has tomado, díme dónde lo pusiste y yo me lo llevaré.»

¿Cómo no abrir los ojos á esta penitente Magdalena, á quien Jesús había visto llorar al pie de la cruz y á quien volvía á encontrar inconsolable cerca de su tumba? Con ese acento divino que penetra hasta lo más íntimo del alma, pronunció él esta simple palabra: «¡María!» Al sonido de esta voz que tantas veces la había conmovido, le reconoció: «¡Mi buen Maestro!» exclamó, transportada de gozo, y en el acto se precipita á sus pies para abrazarlos, como si temiera volver á perder á Aquél que encontraba en ese instante. «No me toques, dícele Jesús, pues en breve os dejaré para volver á mi Padre. Véte á encontrar á tus hermanos y diles que yo no tardaré en subir á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.»

Así fué cómo Jesús apareció primero á Magdalena, para recompensar con este favor incomparable el incompa-

rable amor de la santa penitente. Apareció en seguida al grupo de santas mujeres que no le habían abandonado en sus dolores. Poco después de la partida de Magdalena, Juana, esposa de Cusa y otras mujeres galileas se dirigieron también al sepulcro, creyendo encontrar en él el cuerpo de su Maestro y tributarle los últimos honores. No hallándole, estaban cerca de la tumba entregadas á profunda tristeza, cuando dos ángeles en traje resplandeciente se presentaron á sus miradas. Temerosas, bajaron ellas sus ojos, pero uno de los mensajeros celestes las tranquilizó, diciéndoles: «No busquéis á un vivo entre los muertos. Jesús no está aquí; ha resucitado según su promesa. Acordaos de lo que os decía en Galilea. Es necesario que el hijo del hombre sea entregado á los pecadores; será crucificado, pero resucitará al tercer día.»

En efecto, con la palabra del ángel, las santas mujeres recordaron perfectamente que Jesús les había predicho su muerte y su resurrección. El ángel añadió: «Volved presto á Jerusalén y decid á los discípulos y á Pedro, que Jesús ha resucitado y que él os precederá en Galilea.» Marchaban á toda prisa á anunciar esta gran noticia, cuando de repente un hombre las detuvo: «Mujeres, les dice, yo os saludo.» Era el mismo Jesús, y al reconocerle, se arrojaron á sus pies abrazándolos con el amor que profesaban á su Señor y á su Dios. El buen Maestro las consoló y díjoles antes de dejarlas: «Ahora no temáis: id á decir á mis hermanos que vengan á Galilea en donde me verán.»

Tales son los hechos por los cuales Jesús, desde la aurora del domingo, se manifestó á las santas mujeres elegidas por él para ser sus mensajeras para con los apóstoles y los testigos de su resurrección. Mas, á fin de que nadie pudiera tachar de credulidad á aquellos que pronto habían de predicar por todo el mundo á Jesús resucitado, Dios permitió que los apóstoles, obstinados en su ceguedad, desechasen tenazmente el testimonio de estas santas mujeres. Magdalena, la primera que volvió del sepulcro, con el corazón desbordando de gozo, exclamó al entrar en el cenáculo: «He visto al Señor», le he visto con mis ojos y, «hé aquí lo que me ha encargado deciros.» Pero por más que lo aseguraba y refería los detalles más circunstancia-

dos de la aparición con que Jesús la había favorecido, los apóstoles y discípulos se resistieron á darle crédito. En vano sus compañeras que acababan de recibir el mismo favor, vinieron á afirmar que también habían visto, oído y adorado al Salvador resucitado. Tratáronlas de alucinadas y visionarias. Sólo Dios podía sacar á los apóstoles del abismo de desaliento y desconfianza en que la Pasión y la muerte de su Maestro los había sumergido.

En la tarde de este mismo día, dos de estos discípulos incrédulos tomaron el partido de volver á su casa. Siendo partidarios del Crucificado ¿qué podían esperar en Jerusalén sino insultos y persecución? Habitaban en Emmaús, pequeña aldea oculta en las montañas á sesenta estadios de la ciudad santa. Allí encontrarían, á la vez que un refugio, el olvido de sus amargas decepciones. Caminaban mustios y abatidos, conversando naturalmente sobre los tristes acontecimientos de los últimos días, cuando un desconocido que seguía la misma dirección, se acerca á ellos con expresión benévola. Era Jesús, pero con un exterior que no les permitía reconocerle.

«¿De qué vais hablando? preguntóles. Me parecéis agobiados bajo el peso de una gran tribulación.»

Esta pregunta debió sorprenderles, pues uno de los viajeros llamado Cleofás le respondió:

«¿Tan extraño eres en Jerusalén, que sólo tú ignoras lo que allí ha sucedido en estos últimos días?

—¿Y qué ha sucedido? replicó el desconocido.

—El fin trágico de Jesús Nazareno, de ese profeta poderoso en obras y en palabras á los ojos de Dios y de todo el pueblo. Tú sabes, sin duda, cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros ancianos le entregaron á los tribunales, y estos le condenaron á muerte y le crucificaron. Y nosotros ¡ay! esperábamos que él sería el Redentor de Israel.»

El desconocido escuchaba con atención y su mirada interrogadora parecía preguntar á los discípulos por qué dejaban de esperar. Cleofás agregó: «Han transcurrido ya tres días después de estos hechos» y ¿qué podríamos ahora esperar? «Es verdad que esta mañana algunas mujeres nos han referido cosas extrañas, pues yendo al sepulcro de

Jesús antes de la aurora, no han encontrado su cuerpo y pretenden haber visto ángeles que les aseguraron estar vivo. Con eso, algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron ser cierto lo que las mujeres habían dicho. El sepulcro estaba realmente vacío, pero á Jesús no le encontraron.»

Apenas Cleofás había manifestado sus ideas y sus dudas, cuando el desconocido encarándose con los dos discípulos, les dice con gran animación: «¡Oh, ciegos! ¡qué duro es vuestro corazón y cuán tardíos sois para creer en la palabra de los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera para entrar en su gloria?» Y comenzando por Moisés, les mostró todas las profecías concernientes al Cristo y les explicó el sentido de las Escrituras y todo con tanta gracia y autoridad, que arrebató de admiración á los dos incrédulos.

Entre tanto, llegaron á Emmaús y el desconocido parecía querer continuar su viaje; pero los discípulos le instaron vivamente á que pasara la noche en su compañía. «Quédate con nosotros, le dijeron, que ya es tarde y el sol se va á poner.» Jesús accedió á sus deseos. Mas, estando juntos á la mesa, tomó pan en sus manos, lo bendijo, partiólo y lo distribuyó á sus compañeros. Al punto abriéronse los ojos de estos y reconocieron al buen Maestro; pero ya él había desaparecido.

Cuando quedaron solos, Cleofás y su amigo se entregaron á los transportes de una santa alegría. «¿No es verdad, se decían, que nuestro corazón estaba abrasado de un fuego divino mientras él nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» No esperaron el día siguiente para comunicar la gran noticia á sus hermanos, sino que volviendo en el acto á tomar el camino de la ciudad santa, se trasladaron al cenáculo donde encontraron á los apóstoles con algunos discípulos. Continuaban preocupados de los acontecimientos del día; contaban que además de las apariciones á las santas mujeres, Jesús se había aparecido al apóstol Pedro. Los discípulos de Emmaús refirieron detalladamente lo que les había sucedido en la tarde y cómo habían reconocido al Maestro en la fracción del pan. Estas narraciones conmovían á los incrédulos, pero sin convencerlos.

A la hora de la comida, los apóstoles se pusieron á la mesa manteniendo las puertas cuidadosamente cerradas, pues temían que los judíos les acusasen de haber robado el cuerpo de Jesús. Pero mientras discutían con ardor los recientes datos que venían á confirmar la verdad de la resurrección, hé aquí que, de repente y á pesar de estar cerradas las puertas, Jesús aparece en medio de ellos. «La paz sea con vosotros, les dice; no temáis, el que veis soy yo.» En el primer momento, los apóstoles, confundidos y espantados, no dieron crédito ni á sus ojos ni á sus oídos; le tomaron por un fantasma. Vióse Jesús obligado á llamarlos al convencimiento de la realidad. «¿Por qué, les dijo, os turbáis y dais entrada en vuestro espíritu á vanos pensamientos? Ved mis pies y manos, tocadlos y os convenceréis de que es vuestro Maestro el que os habla. Un espíritu no tiene ni carne ni huesos como veis que yo tengo.» Y mientras les hablaba, mostrábales sus manos y sus pies, y la llaga de su costado. Y como á pesar del exceso de su gozo, parecían dudar todavía, agregó: «¿Tenéis algo que comer?» Le ofrecieron un pedazo de pescado frito y un panal de miel. Jesús comió delante de ellos y les distribuyó el sobrante de su comida.

Entonces todas las dudas se desvanecieron: los apóstoles cayeron á los pies de su Maestro, entregándose á manifestaciones de alegría y de amor imposibles de describir. Aprovechó Jesús la ocasión para reprocharles dulcemente la obstinada incredulidad que les había impedido creer á los primeros testigos de la resurrección. Luego, volviendo sobre los sucesos de la Pasión tan mal comprendidos por ellos, les recordó sus divinas enseñanzas: «Cuando estaba con vosotros ¿no os decía que debía cumplirse todo lo que acerca de mí está escrito en los libros de Moisés, en los profetas y en los salmos, y que por consiguiente, era necesario que el Cristo sufriera y resucitara al tercer día después de su muerte, á fin de que la penitencia y remisión de los pecados fueran predicadas en su nombre á todas las naciones comenzando por Jerusalén? Vosotros mismos sois testigos de estas grandes cosas.»

Y no sólo debían ser los testigos del Cristo, sino también los depositarios de su poder, encargados de distribuir

á las almas las gracias merecidas por su muerte. Ya en aquel mismo cenáculo les había constituído sacerdotes y dispensadores de su sacramento de amor; ahora, después de haber ofrecido su sangre por la remisión de los pecados, va á hacer de ellos ministros del Sacramento de la penitencia y de la reconciliación. Mientras conversaba con ellos, tomó de repente una actitud grave y solemne, y con un tono lleno de majestad díjoles de nuevo: «La paz sea con vosotros. Así como mi Padre me ha enviado, así yo os envío á vosotros.» Luego dirigió el aliento hacia ellos, diciendo: «Recibid el Espíritu Santo: Quedarán perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonareis y quedarán retenidos los de aquellos á quienes vosotros se los retuviereis.» Habiendo comunicado á los apóstoles el divino poder de lavar las almas en su sangre preciosa, desapareció, dejándolos á todos en una santa alegría.

Pero Tomás, uno de los doce, no estaba con sus compañeros cuando Jesús se dignó manifestárseles. Apenas hubo entrado, todos se apresuraron á decirle: «Hemos visto al Señor.» Más incrédulo que los otros, Tomás respondió que, tratándose de un hecho de tal naturaleza, él no aceptaría otro testimonio que el de sus sentidos: «Si yo no viere en sus manos la impresión de los clavos; si no pusiere mi dedo en sus llagas y mi mano en la abertura de su costado, no creeré.» Tal fué la declaración del apóstol y, á pesar de todos sus hermanos, persistió en su incredulidad.

Ocho días después, los discípulos se encontraban de nuevo reunidos en el cenáculo y Tomás con ellos. De improviso, estando las puertas cerradas, apareció Jesús otra vez en medio de la reunión. «La paz sea con vosotros», les dijo, y dirigiéndose al incrédulo, le apostrofó en estos términos: «Tomás, mira mis manos y pon aquí tu dedo; trae tu mano y ponla en la llaga de mi costado. Y ahora no seas más incrédulo, sino hombre de fe.» Vencido por la evidencia, Tomás exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!» y cayó á los pies de Jesús arrebatado de gozo y de amor. «Tomás, replicó Jesús, tú has creído porque has visto: ¡felices los que creyeren sin haber visto!»

No se podía llevar más lejos la incredulidad de lo que lo hicieron los apóstoles. Tratándose del hecho capital de la

resurrección, tantas veces predicho y que por consiguiente debían ellos esperar, rehusaron creer al testimonio de los ángeles, al testimonio de Magdalena, de las santas mujeres, de los dos discípulos que acababan de ver á Jesús resucitado y de conversar con él y hasta al testimonio de sus propios ojos. Sólo después de haberlo tocado y visto comer, cayeron convencidos á sus pies; y aun entonces, cuando todos los testigos oculares, apóstoles y discípulos, refieren á Tomás que han visto y oído á Jesús resucitado, y que acaba de comer con ellos, este apóstol declara que no lo creerá jamás á menos que él mismo ponga su dedo en las llagas de sus manos y en la abertura de su costado. Y Jesús se presta á estas exigencias, y Tomás pone su mano en las llagas de Jesús en presencia de todos sus hermanos y cae de rodillas á su vez, exclamando: «Dios mío y Señor mío.»

Evidentemente, Jesús permitió esta ciega é inexplicable incredulidad, porque quería hacer de sus apóstoles testigos irrecusables de su resurrección. Cuando vayan á través del mundo á predicar á Jesús resucitado, nadie podrá tachar de credulidad á estos hombres que se mostraron incrédulos hasta la sinrazón; ni acusar de impostura á unos apóstoles que, después de haber abandonado al Maestro en el momento de su Pasión, se dejan en seguida degollar para dar testimonio de su triunfo sobre la muerte.



CAPÍTULO III.

Últimas instrucciones.

EL REY JESÚS. — LAS PRIMERAS CONQUISTAS. — LA PESCA MILAGROSA. — PEDRO Y LA TRIPLE PROTESTA DE AMOR. — EL PASTOR UNIVERSAL. — DESTINO DEL APÓSTOL JUAN. — APARICIÓN Á QUINIENTOS DISCÍPULOS. — « ENSEÑAD Á TODAS LAS NACIONES. » — *(Matth. XXVIII, 16-20 — Marc. XVI, 15-18 — Joan. XXI, 1-24.)*

La vida de los hombres y su acción en el mundo terminan con su muerte; en Jesús, al contrario, su reinado comienza en los momentos en que da su vida por la salvación del linaje humano. Invistiólo su Padre en aquel día, de la realeza sobre la raza de Adán arrancada por él á la muerte y al infierno. Hé aquí por qué la cruz, instrumento de su victoria, será en todos los tiempos estandarte de su soberanía, *Vexilla regis*, sometiendo bajo su imperio los pueblos todos, judíos, romanos y bárbaros. Hé aquí también, por qué suspiraba tan ardientemente por su bautismo de sangre: « Cuando fuere levantado entre el cielo y la tierra, todo la atraeré hacia mí. »

Ahora bien, al salir de la tumba el día de Pascua, sólo tenía para fundar su reino una alma, la única que no había naufragado en la tormenta de su Pasión. Era su Madre, la Madre de los Dolores. María al pie de la cruz, vió morir á su hijo, pero su fe no sufrió la menor mengua. Jamás olvidó que su hijo y su Dios resuscitaría al tercer día como él lo había anunciado. Por esta razón, al relatar las diversas apariciones de Jesús á los apóstoles incrédulos, el Evangelio no menciona las que hizo á su Madre, seguramente para no dar lugar á creer que se le apareciera como á los apóstoles con el objeto de reanimar su fe. Hubo pues un día, el sábado, víspera de la resurrección, en el cual solamente María constituía la Iglesia naciente. Al lado del nuevo Adán, la nueva Eva, la Madre de los creyentes.

Ocho días bastaron al Rey Jesús para reconquistar á sus apóstoles, á las santas mujeres y á gran numero de discípulos que, habiéndole visto con sus propios ojos, se adhirieron á él de todo corazón y llegaron á ser fervorosos heraldos de su resurrección. Durante esta primera semana, la Iglesia toda no tenía más punto de reunión que el cenáculo; para ensancharla, era preciso salir de Jerusalén, en donde sólo podían reunirse á puertas cerradas para no excitar el furor de los judíos. Apenas pasaron las fiestas pascuales, los apóstoles, cumpliendo las órdenes de Jesús, volvieron á tomar el camino de Galilea. Allí, en aquel país tan querido para su corazón, era donde quería pasar los cuarenta días que aún debía permanecer en la tierra para consolar á los suyos, fortificarlos y darles sus últimas instrucciones acerca del reino de Dios.

Esperando que el Maestro se dignara manifestarse de nuevo, los apóstoles volvieron á sus ocupaciones ordinarias. Una tarde, siete de entre ellos, Simón Pedro, Tomás, Natanael, los hijos del Zebedeo y dos más, se encontraban en las riberas del lago. La hora era propicia, el mar favorable. Pedro dijo á sus compañeros: « Voy á pescar. — Nosotros vamos contigo, » le respondieron. Subieron á una barca y botaron sus redes; pero con tan mal éxito, que nada cogieron en toda la noche.

Al venir el día, divisaron en la playa á un hombre que parecía mirarlos con marcado interés. Era Jesús; mas ellos no le reconocieron. « Muchachos, gritóles en tono familiar, ¿habéis pescado algo? — Nó, le respondieron. — Botad la red á la derecha de la barca y encontraréis, » replicó el desconocido. Obedecieron, al ver la seguridad del que les hablaba y, en efecto, la red se llenó con tan gran número de peces, que apenas podían recogerla. Viendo aquella pesca realmente milagrosa, el corazón de Juan adivinó la presencia del buen Maestro. « Es el Señor, » dijo á Pedro. Este, pronto como el relámpago, cubrióse con su túnica y se echó al mar para llegar presto cerca de Jesús. Los otros viraron á tierra que distaba unos doscientos codos, remolcando la red llena de peces.

Llegados á la orilla, vieron carbones encendidos, sobre ellos un pez y á su lado algunos panes. Jesús les invitó á

participar de la comida que había preparado. « Traed, les dijo, algunos peces de los que habéis cogido. » Corrió Pedro á la barca y sacando la red á tierra, encontraron en ella ciento cincuenta y tres grandes peces y á pesar de aquel enorme peso, ninguna malla de la red estaba rota. Díjoles entonces Jesús: « Acercaos ahora y comed. »

Colocáronse en torno suyo. Como en otras ocasiones, el buen Maestro tomó el pan y se los distribuyó, lo mismo que el pescado. Pero no se dejaba ver ya la dulce familiaridad del tiempo pasado. En presencia del divino resucitado, los apóstoles, temerosos, guardaban silencio y no se atrevían á hacerle la menor pregunta. Esperaron que él se dignase tomar la palabra y les intimase su voluntad.

Ya que por dos veces había patentizado entre ellos la verdad de su resurrección, el fin de esta tercera aparición era recordarles la gran misión confiada á su abnegado celo y sobre todo, indicar á Pedro designado ya jefe de su Iglesia, cuáles eran los deberes que le imponía su autoridad soberana. Terminada la comida, dirigiéndose á este último, le hizo esta pregunta:

« Simón, hijo de Jonás ¿me amas más que estos? »

Pedro comprendió la dolorosa alusión. Había él asegurado que permanecería fiel aunque todos sus compañeros abandonaran al Maestro y Jesús le pedía cuenta de esa palabra jactanciosa tan pronto desmentida por su triple negación. Profundamente humillado, respondió sencillamente:

« Sí, Señor; tú sabes que te amo.

— Apacienta mis corderos, » le dice Jesús.

Luego, como si temiera no haber sondeado bastante el corazón del apóstol antes de confiarle el cargo de pastor, preguntóle por segunda vez:

« Simón, hijo de Jonás ¿me amas? »

No le preguntaba ya si le amaba más que los otros, sino si le amaba realmente. Al pensar que Jesús parecía dudar de su amor, Pedro se humilló más profundamente aún é invocó el testimonio de Aquel que lee en el fondo de los corazones.

« Sí, Señor, le responde, tú sabes que te amo. »

— « Apacienta mis corderos, » le dice Jesús.

No obstante, las miradas del Salvador estaban siempre

fijas en el apóstol y por tercera vez le interpeló solemnemente:

« Simón, hijo de Jonás ¿me amas de corazón? »

Esta vez, la confusión se convirtió en tristeza. Pedro pareció pedir gracia.

« Señor, tú lo sabes todo, tú conoces bien cuánto te amo.

— ¡Apacienta mis ovejas! » le dice Jesús.

A esta última palabra, comprendió Pedro que Jesús había querido hacerle expiar su triple negación con una triple protesta de su amor. Y á medida que estas protestas salían de su corazón más humildes y ardientes, el divino Pastor colocaba bajo su cayado los corderitos, los corderos y las ovejas, es decir, todo su rebaño. Pedro quedaba, pues, constituído fundamento visible del nuevo reino, Pastor universal, Vicario de Cristo en la tierra, tal como él se lo había dicho en Cesárea de Filipo. Ansiaba Pedro por repetir y más que nunca en aquella ocasión, que estaba pronto á todos los trabajos y sacrificios por la gloria de su Maestro y la salvación del rebaño que se dignaba confiarle; pero Jesús no le dió tiempo. Anticipándose á la manifestación de sus pensamientos, díjole:

« Pedro, en verdad te digo, que cuando eras joven, te ceñías por ti mismo é ibas á donde querías. Mas, cuando seas viejo, extenderás tus brazos, otro te ceñirá y te conducirá á donde no quisieras ir. » Era el anuncio de su martirio. Pedro pudo ver con anticipación las cadenas que debían cargarle, los verdugos llevándole al suplicio y sus brazos extendidos sobre la cruz. Jesús le dijo entonces: « Sígueme, » y Pedro se lanzó en pos de su Maestro, decidido á sufrirlo todo por él.

El apóstol Juan, el discípulo privilegiado de Jesús, el compañero inseparable de Pedro, les seguía á cierta distancia. Quiso saber Pedro si su amigo participaría de las pruebas que Jesús acababa de hacerle vislumbrar. « Y éste, dijo, señalando á Juan ¿qué suerte correrá? Dióle Jesús esta misteriosa respuesta: « Si yo quiero que permanezca en la tierra hasta mi venida ¿á ti qué te importa? Por lo que hace á ti, sígueme. » Por estas palabras, difundióse entre los discípulos el rumor de que Juan no moriría y que sería arre-

batado al cielo. Pero, Jesús había dicho simplemente que Juan no moriría antes de ver al Hijo del hombre manifestar su poder con el castigo de la ciudad deicida. Pedro moriría de muerte violenta á ejemplo de Jesús, pero Juan, quedaría en el mundo hasta el día en que la muerte, por orden del Maestro, rompiera el hilo de su existencia.

Tales fueron las particularidades que señalaron la aparición de Jesús en las riberas del lago de Galilea. Muchas veces, durante estos cuarenta días, se apareció también, ya á los apóstoles reunidos, ya á alguno de ellos en particular. Santiago el Menor, su pariente, gozó de tan insigne favor. (1) Estas manifestaciones convencieron á los antiguos discípulos de que Jesús había resucitado realmente como lo había predicho y así el número de creyentes aumentaba de día en día. Antes de dejar la tierra, ordenó Jesús á los apóstoles reunirlos á todos en un monte vecino desde cuya cima y en presencia de su Iglesia naciente, conferiría á los doce elegidos la misión de propagar y gobernar el reino de Dios. En el día convenido, los apóstcles se dirigieron al monte designado, seguidos de más de quinientos discípulos venidos de Galilea y de Jerusalén. La Iglesia que pocos días antes cabía toda en el cenáculo, cubría ya toda la planicie de la montaña. De repente, apareció Jesús en medio de la asamblea y todos, cayendo de rodillas ante él, le adoraron como á su Dios y Salvador. Algunos, sin embargo, no podían creer á sus ojos, preguntándose si no estarían delante de un espíritu ó de un fantasma; pero Jesús disipó bien pronto todas las dudas.

Con la autoridad y majestad de un Dios, tomó la palabra en medio de la multitud silenciosa y extasiada. Dirigiéndose á los apóstoles y á todos los que debían trabajar con ellos en la propagación de su reino, dijo: « Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura. Instruid á todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á observar los mandamientos que os he dado. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, se condenará. »

---

(1) 1ª Cor. XV, 7.

Y al enviar á sus representantes para que llevaran á todos los pueblos su Evangelio, su bautismo, sus mandamientos, les confirió, con el don de milagros, el signo auténtico de su divina misión. «Los que creyeren en mí, les dijo, arrojarán en mi nombre á los demonios; hablarán lenguas desconocidas y no les dañará ni el veneno de las serpientes, ni bebida alguna mortífera; pondrán las manos sobre los enfermos y los sanarán.»

Armados de estos prodigiosos poderes, los apóstoles convertirán á los hombres de buena voluntad; pero ¿quién los defenderá contra los malvados y sectarios, contra los judíos y los romanos dispuestos á tratarlos como trataron á su Maestro? «No temáis, exclamó Jesús al terminar su discurso, yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Y después de tan solemne promesa, desapareció dejando á los apóstoles y á los discípulos llenos de confianza en el triunfo de su maestro. ¿Quién podría, en efecto, vencer á Aquel que había vencido á la muerte?



CAPÍTULO IV.

La Ascensión.

ÚLTIMA APARICIÓN. — DEL CENÁCULO AL MONTE DE LOS OLIVOS. — LA ASCENSIÓN. — EL NUEVO ADÁN EN LAS PUERTAS DEL CIELO. — LOS SANTOS Y LOS ÁNGELES: *Attollite portas.* — JESÚS Á LA DIESTRA DEL PADRE: REY, PONTÍFICE Y JUEZ. — JESÚS Y LOS ENEMIGOS DE LA IGLESIA. — *(Marc. XVI, 19-20.—Luc. XXIV, 44-53.—Act. I.)*

JESÚS había terminado su misión en la tierra. Descendido del cielo para predicar el reino de Dios, rescatar á la humanidad caída y fundar la nueva sociedad de los hijos de Dios, no le faltaba más que transformar á los continuadores de su obra en otros Cristos, dotándolos del divino Espíritu que hablase por su boca y obrase por sus manos. Pero, como tantas veces lo había anunciado, no debía enviarles el Espíritu Santo, sino después de su vuelta al Padre y de su glorificación en los cielos.

Al cabo de un mes empleado en celestiales comunicaciones con los apóstoles, Jesús les ordenó volver á Jerusalén y esperarle en el cenáculo donde vendría á encontrarlos. Pusiéronse en camino alegremente, juntándose á las caravanas que ya se encaminaban á la ciudad santa para prepararse á la fiesta de Pentecostés. María, la Madre de Jesús, se encontraba con ellos rodeada de las santas mujeres que siempre le hacían compañía y cierto número de discípulos privilegiados. Temían todavía la cólera y vejaciones de los fariseos deicidas; pero el divino resucitado estaría con ellos y sabría defenderlos contra sus enemigos. Si los convocaba á Jerusalén, sería sin duda para hacerlos testigos de un nuevo triunfo: ¿habría llegado tal vez la hora de la restauración del reino de Israel? A pesar de todas las instrucciones de su Maestro sobre el reino de Dios, la preocupación nacional

acerca del reino temporal del Mesías se mantenía arraigada en el espíritu de los apóstoles.

El cuadragésimo día después de la resurrección, estando reunidos en el cenáculo, Jesús apareció en medio de ellos y en actitud familiar sentóse á la mesa con los asistentes. Como siempre, habló del reino de Dios que los apóstoles iban á establecer en el mundo. Durante los tres años de su magisterio, les había revelado su Evangelio, confiado sus divinos sacramentos y designado el jefe que debía dirigirlos; á ellos tocaba ahora anunciar á todos su resurrección como prueba irrefutable de su divinidad y del origen divino de la religión santa que el Padre, por medio de su Hijo hecho hombre, intimaba á todo el género humano.

Ruda sería la tarea; tanto más cuanto que los poderosos del mundo no guardarían más miramientos con los discípulos, que los que habían tenido con el Maestro. Pero Jesús no abandonaría á sus delegados; les enviaría el Espíritu de lo Alto, que les llenaría de su luz y les penetraría de su fuerza. Ordenóles, pues, no dejar á Jerusalén, sino esperar allí al divino Espíritu que les revestiría de celestial fortaleza. Sólo entonces comenzaría su misión, la predicación de la penitencia para la remisión de los pecados y debían inaugurar su ministerio en Jerusalén, allí mismo en donde iban á recibir aquel bautismo de fuego.

Alentados por estas recomendaciones y promesas, los apóstoles se imaginaron que, con la venida del Espíritu Santo, el reino visible del Mesías iba á comenzar. « Señor, le preguntaron ¿es ahora cuando vas á restaurar el reino de Israel? » Jesús no respondió á la pregunta, dejando al Espíritu Santo el cuidado de levantar aquellas almas terrenas; pero les repitió lo que ya les había dicho sobre su reino permanente. « No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados á su poder soberano. » Y agregó relativamente á la misión apostólica: El Espíritu Santo va á descender á vuestras almas y entonces daréis testimonio de mi en Jerusalén, luego en toda la Judea, después en Samaria y hasta en los confines del mundo. »

Concluída la comida, el Señor Jesús les condujo fuera de la ciudad hacia el lado de Betania. Ciento veinte personas acompañaban al divino triunfador. El cortejo siguió el

valle de Josafat y Jesús marchaba majestuosamente en medio de los suyos. Los apóstoles, los discípulos, las santas mujeres agrupadas al rededor de la divina Madre, le seguían con santa alegría, pero con los ojos humedecidos en lágrimas ante el pensamiento de que el buen Maestro iba pronto á dejarlos. Jesús atravesó el torrente de Cedrón donde sus enemigos le abrevaron con sus fangosas aguas; luego, dejando á la izquierda el jardín de Getsemaní, teatro de su mortal agonía, subió al monte de los Olivos. Llegado á la cima, echó una última mirada sobre aquella patria terrestre donde había morado treinta y tres años, desde su nacimiento en el establo de Belén hasta su muerte en la cruz del Gólgota. Habiendo venido hacia los suyos, estos no le habían recibido.

Pero, se acercaba la hora en que la raza humana vivificada por su sangre, le adoraría como á su Padre, como á su Dios. Más allá del océano, su mirada abarcaba aquel Occidente donde sus apóstoles llevarían presto su nombre bendito, enarbolando el símbolo de la redención en la cumbre misma del Capitolio. Una frágil navecilla conducida por los ángeles, llevaría hasta esas remotas playas á sus amigos de Betania, Lázaro el resucitado, la fiel Marta y María la penitente. Allí será donde millones de corazones en la serie de los siglos, palpitarán por él con un amor que sobrepujará á todos los amores. Y antes de dejar la tierra, bendijo todos esos pueblos que debían componer su reino.

Fijos en él todos los ojos, no se hartaban de contemplar aquella faz radiante, aquella mirada llena de bondad y de ternura que vagaba por el auditorio como para dar á cada uno el último adiós. Luego, levantó las manos para impartir á todos una bendición postrera, y mientras postrados á sus pies los bendecía, su cuerpo glorificado, puesto en movimiento por un acto de su divino poder, se levanta de la tierra y se eleva majestuosamente al cielo. Mudos de sorpresa y admiración, apóstoles y discípulos le siguieron largo tiempo con la vista, hasta que al fin una nube le cubrió sustrayéndolo á sus miradas. Y como no acababan de seguirlo con sus ojos en el lugar por donde le habían visto desaparecer, dos ángeles vestidos de blanco, se presentaron diciéndoles: « Varones de Galilea ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que acaba de separarse de vosotros para

subir al cielo, descenderá de allí un día como le habéis visto subir.» Venido á la tierra bajo la forma de siervo para salvar á los hombres, bajará á ella por segunda vez con la majestad del Rey de los reyes para juzgarlos.

Y Jesús continuaba subiendo hacia el trono de su Padre. Bien pronto vióse rodeado de legiones innumerables de almas que, detenidas en los limbos durante largos siglos, esperaban que el nuevo Adán les abriese las puertas del cielo. A la cabeza de aquellos fieles de la antigua alianza, marchaban los dos desterrados del Edén que nunca olvidaron al Redentor prometido á su raza; y luego, los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y los profetas. Tras estos, venián las generaciones santas de alma recta y cuyo corazón puso su confianza en Aquel que había de venir.

David ha pintado con su maravilloso lenguaje la llegada del triunfador á la cumbre del empíreo. Así como á las puertas del Edén vigilaban dos arcángeles para impedir la entrada á nuestros primeros padres, así los ángeles del cielo velaban á las puertas del paraíso para abrirlas al nuevo Adán. De súbito, oyeron el cántico triunfal del ejército de santos que escoltaban á Jesús: « Príncipes, decían estos, abrid vuestras puertas; abríos, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria. — ¿Quién es este rey de la gloria? preguntaron los ángeles. — Es el Señor, replicaron los santos, es el Dios fuerte y poderoso, es el Dios invencible en las batallas; abríos, puertas eternas, es él, es el Dios de las virtudes. »

Y las puertas se abrieron y Jesús se encontró en medio de las milicias celestes que también le aclamaron como á su jefe desde largo tiempo esperado. Y en efecto, por los merecimientos del Cristo, las adoraciones y alabanzas angélicas llegarían en adelante hasta el Eterno más dignas de su majestad infinita, así como también por los mismos se llenarían los vacíos abiertos en sus filas por la caída de los ángeles prevaricadores. Entró, pues, Jesús en el cielo, como Rey de los ángeles y como Rey de los hombres.

David cuenta también cómo el Cristo, su hijo según la carne, pero Dios por su generación eterna, fué acogido por su Padre cuando se presentó delante de su trono. « Jehová dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra. » Y el Padre le recordó que tenía derecho á tal honor, primero, porque era

su Hijo, igual á él: « Yo te he engendrado antes de la aurora; » y luego, como hijo del hombre vencedor del mundo y del infierno, rey de la humanidad rescatada: « Siéntate á mi diestra y sírvante de escabel tus enemigos. »

En virtud de su dignidad real, el Cristo fué investido de un triple poder: primero, de establecer su reino en todos los pueblos á pesar de la oposición de sus enemigos. « Tendrás en tu mano el cetro del poder; establecerás tu imperio sobre Sión » y luego sobre toda la tierra. « Serás combatido por el príncipe del mundo y sus secuaces, pero tú dominarás como soberano sobre tus enemigos. »

En virtud de su real dignidad, el Cristo fué investido, en segundo lugar, del eterno pontificado: « Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec. » El Padre celestial ha desechado los sacrificios y las víctimas de la ley figurativa. No hay más que un sacrificador y una víctima que le agraden: el sacrificador es el Rey Jesús y él mismo es también la víctima. En el cielo como en la tierra, permanece el Cordero inmolado por la salud del mundo, siempre vivo para ofrecerse á su Padre é interceder por aquellos que ha rescatado al precio de su sangre.

Por fin, el Padre confirió al Hijo la suprema Judicatura. « En el día de su cólera, quebrantará á los reyes como á los pueblos. Juzgará á las naciones, pulverizará á sus adversarios, llenará el mundo de ruinas. Ha bebido el agua del torrente en el día de sus humillaciones y dolores; justo es que levante su cabeza y confunda á sus enemigos. » Hijo de Dios, se hizo hombre, se hizo esclavo, se hizo semejante al gusano de la tierra que es hollado bajo el pie; y por esto, « Dios le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre, á fin de que, al nombre de Jesús, toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno. »

Y este mismo Jesús sentado á la diestra del Altísimo, es á quien los apóstoles van á glorificar en este mundo y cuyo reino van á establecer en toda la tierra. Los judíos, los romanos, los apóstatas, les harán una guerra sin tregua; pero ¿quién podrá vencerlos si Jesús está con ellos? « Conspiran contra el Señor y contra su Cristo, dice David, pero Dios se ríe de sus insensatos designios. Yo te he dado en herencia todas las naciones de la tierra, dice á su Hijo, y extenderé

tu imperio hasta las extremidades del mundo; despedazaré á tus enemigos como se rompe un vaso de arcilla. ¡Oh reyes, comprended; aprended, pueblos de la tierra!»

Y desde la Ascensión de Jesucristo hasta el último juicio, la historia de los siglos no será más que el cumplimiento de esta profecía. La Iglesia, reino de Jesús, no cesará de dilatarse y de enviar elegidos al cielo, mientras que los antecristos, uno después del otro, irán á juntarse con su maestro en el fondo de los infiernos.

CAPÍTULO V.

Pentecostés.

LOS APÓSTOLES EN EL CENÁCULO. — ELECCIÓN DE MATÍAS. — VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO. — DON DE LENGUAS. — DISCURSO DE PEDRO. — TRES MIL CONVERSIONES. — CURACIÓN DE UN COJO. — SEGUNDO DISCURSO DE PEDRO. — CINCO MIL CONVERSIONES. — PEDRO Y JUAN EN PRISIÓN. — UN ÁNGEL LOS PONE EN LIBERTAD. — DISCURSO DE GAMALIEL AL SANHEDRÍN. *(Act. I-V.)*

Después de la Ascensión del Salvador, Pedro y sus compañeros volvieron al cenáculo meditando en las últimas palabras de Jesús. Motivos sobrados se presentaban á su espíritu para desalentarse. ¿Cómo podrían ellos, hombres sin letras, desprovistos de ciencia, de dinero, de prestigio, predicar el Evangelio en toda la tierra, presentar á la adoración de Judíos y paganos aquella cruz en que su Maestro acababa de expirar? ¿No era esto tentar lo imposible y no era preferible volver á sus redes? La humana prudencia les aconsejaba evidentemente volver á tomar el camino de Galilea; pero tenían confianza en Jesús y en el Espíritu que, según su promesa, debía enseñarles todas las cosas. Se encerraron, pues, en el cenácu-

lo y pusiéronse á orar con María Madre de Jesús, los discípulos y las santas mujeres esperando la visita del Espíritu Santo.

Pedro comenzó por cumplir un primer deber de su cargo. «Mis hermanos, dijo, Judas, uno de los nuestros traicionó á su Maestro y se quitó la vida ahorcándose. Mas, en el Libro de los salmos está escrito: «Que otro le reemplace en el episcopado.» Escoged, pues, entre los que han vivido en nuestra compañía desde el bautismo de Jesús hasta su Ascensión á los cielos, un discípulo que, como nosotros, sea testigo de su resurrección.» La suerte, dirigida por la mano de Dios, designó á Matías, quien fué inmediatamente agregado al colegio apostólico.

Estando representadas las doce tribus por los doce apóstoles, llegó el gran día de Pentecostés, en el que los Israelitas celebraban la promulgación de la Ley en el monte Sinaí. Multitud de Judíos y prosélitos venidos de todas las regiones de la tierra, llenaban la ciudad santa. Jesús escogió aquel día para manifestar su Iglesia á las naciones é inaugurar la nueva Ley.

Hacia las ocho de la mañana, mientras las ciento veinte personas reunidas en el cenáculo oraban con la Virgen María, de repente, un gran ruído semejante al de un viento impetuoso, llena toda la sala; luego, aparecen lenguas de fuego que, semejantes á lucientes llamas, se posaron sobre cada uno de los presentes. Bajo aquel emblema de fuego, el Espíritu Santo venía á comunicarles todos los dones celestiales: la inteligencia, para interpretar las Escrituras; la fortaleza, para luchar con sus enemigos; el don de lenguas, para enseñar á todos los pueblos. Transformados en un instante por aquella efusión milagrosa de la gracia, los apóstoles comenzaron inmediatamente á manifestar en diversas lenguas los pensamientos que el Espíritu divino les sugería.

Pronto se encontraron rodeados de una inmensa multitud que les escuchaba con verdadero estupor. «Pero, cómo, decían ¿no son galileos estos hombres? ¿Cómo es que les oímos hablar la lengua de nuestro país? Partos, Medos, Elamitas, Judíos, Capadocios; habitantes de la Mesopotamia, del Asia, del Ponto, de la Frigia, de la Panfilia, del Egipto, de Cirene; Romanos, Cretenses, Arabes, todos les oímos

celebrar en nuestra propia lengua las maravillas de Dios.» Nadie podía explicar aquel misterio, cuando ciertos Judíos mal intencionados clamaron: «Nada hay de maravilloso en todo esto; son hombres que bajo la acción del vino se agitan y aturden.» Pedro aprovechó este insulto estúpido y grosero para instruir á la multitud.

«Hombres de Judea, exclamó, y vosotros extranjeros venidos á Jerusalén, oid de mis labios la verdad. No, estos hombres no están ebrios como se finge creerlo; á las nueve de la mañana nadie se embriaga. Lo que veis había sido ya predicho por el profeta Joel en estos términos: En la última edad del mundo, dice el Señor, yo infundiré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos é hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños. El espíritu de profecía descenderá sobre vuestros siervos y siervas. Entonces aparecerán prodigios en el cielo y señales aterradoras en la tierra. El que invocare el nombre del Señor se salvará.»

«Varones de Israel, continuó el apóstol, yo vengo á revelaros este nombre salvador. Jesús de Nazaret ha aparecido en medio de vosotros y Dios ha dado testimonio de él, lo sabéis como nosotros, por medio de sorprendentes milagros. No obstante, vosotros, después de haberlo atormentado por manos criminales, disteis muerte á este mismo Jesús enviado para vuestro bien por particular designio del Señor. Dios, empero, le ha resucitado, rompiendo los lazos de la muerte, así como lo había predicho David por estas palabras: No dejarás á tu Santo en la corrupción de la tumba. Hermanos, permitidme haceros notar que David murió y su sepulcro está en medio de nosotros. Luego no hablaba de sí mismo, sino que sabía por inspiración profética que un vástago de su raza se sentaría en su trono. Rompiendo el velo del porvenir, hablaba de la resurrección del Cristo cuyo cuerpo no debía ser presa de la corrupción. Ese Cristo, hermanos míos, es Jesús, á quien Dios ha resucitado y todos nosotros estamos aquí para atestiguarlo en vuestra presencia. Elevado á lo más alto de los cielos por el poder de su Padre, ha recibido de él el Espíritu de verdad que acaba de infundir en nosotros y este es el Espíritu que en este momento os habla por mi boca. David no ha subido

al cielo: es, pues, al Cristo, no á él á quien se dirigían estas palabras: El Señor ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra y yo reduciré á tus enemigos á servirte de escabel. Pueblo de Israel, sabedlo bien, ese Jesús á quien habéis crucificado, es realmente el Señor, es el Mesías que Dios os ha enviado.»

El inmenso auditorio estaba profundamente conmovido. Se leía en los semblantes el dolor que penetraba las almas.

De todos lados se oían gritos: «Hermanos, ¿qué debemos hacer, pues? —Haced penitencia, respondió Pedro, y que cada uno reciba el bautismo. Obtendréis el perdón de vuestros pecados y los dones del Espíritu Santo, como se os ha prometido, á vosotros, á vuestros hijos, á los extranjeros, á todos los que Dios se digna llamar hacia él.» Pedro continuó largo rato manifestando las pruebas que certificaban la misión de Jesús, exhortando á sus oyentes á apartarse de los perversos. Tres mil hombres escucharon al apóstol y recibieron el bautismo. La Iglesia de Jerusalén estaba fundada y millares de voces iban á anunciar á todas las naciones el nombre de Jesús.

Algunos días después, hacia las tres de la tarde, Pedro y Juan subían al templo para tomar parte en la oración pública. En la puerta llamada *Speciosa*, mendigaba un pobre cojo de nacimiento. Tendió la mano á los dos apóstoles, como lo hacía con todos los que pasaban. «Yo no tengo ni oro ni plata, le dijo Pedro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda.» Al mismo tiempo le tomó por la mano y le levantó. El cojo sintió que sus miembros se fortalecían, se puso de pie y comenzando á dar pasos, entró con los apóstoles al templo. Todo el pueblo vió andar al tullido, saltar de gozo y alabar á Dios.

Este prodigio impresionó vivamente á la multitud; de manera que cuando Pedro y Juan, acompañados del cojo, se dirigieron al pórtico de Salomón, millares de hombres les salieron al encuentro. Pedro aprovechó aquel gran concurso para predicar el nombre de Jesús. «Hombres de Israel, les dijo, vosotros nos miráis con admiración como si nosotros hubiéramos sanado con nuestro propio poder á este tullido: estáis engañados. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha hecho este milagro

para glorificar á Jesús, á ese mismo Jesús que vosotros entregasteis á Pilatos y le hicisteis condenar á pesar de que este quería libertarle. Habéis pospuesto el Santo de Dios á un infame asesino; habéis dado la muerte al Autor de la vida, pero Dios le ha resucitado y nosotros somos testigos de todo esto. Es la fe en su nombre la que ha dado consistencia á los pies del hombre que tenéis delante de vosotros.»

El auditorio, aterrado, parecía implorar gracia. «Mis hermanos, continuó el apóstol, yo sé que tanto vosotros como vuestros jefes habéis obrado por ignorancia. Era necesario que el Cristo sufriera y Dios se ha servido de vuestra ceguedad para realizar sus designios. Haced, pues, penitencia y vuestros pecados serán perdonados.» Les mostró en seguida, que Jesús era el gran Profeta anunciado por Moisés. Aquel en quien debían ser bendecidas todas las naciones de la tierra, «comenzando por Israel, agregó, porque Dios ha enviado á su Hijo para bendeciros á vosotros los primeros y purificaros de vuestras iniquidades.»

Hablaba aún, cuando llegó un grupo de sacerdotes, magistrados y saduceos, furiosos al saber que se tenía la audacia de profanar el templo predicando el nombre del Crucificado. Por orden suya, los guardias se apoderaron de los apóstoles y los redujeron á prisión. A pesar de la violenta intervención del gran Consejo, cinco mil hombres movidos por la palabra de Pedro, se convirtieron al Señor Jesús.

Al día siguiente, las tres clases del Sanhedrín, escribas, ancianos del pueblo, príncipes de los sacerdotes, se reunían en el pretorio bajo la presidencia del gran sacerdote Caifás. Todos á porfía desahogaban su odio contra el nombre de Jesús. Los acusados Pedro y Juan fueron presentados á los jueces. Un pueblo numeroso no cesaba de darles testimonio de su ardiente simpatía y en primera línea, atrayendo las miradas de todos, se veía el tullido sanado. Se procedió al interrogatorio.

— «¿En nombre de quién y con qué poder habéis sanado á este hombre?» preguntó Caifás.

— «Príncipes del pueblo, respondió Pedro, puesto que se nos trae á vuestro tribunal por haber sanado á este

hombre y ya que queréis saber en nombre de quién lo hemos hecho, yo debo haceros conocer la verdad. Sabedlo bien, hemos sanado á este hombre en el nombre de Jesús Nazareno; de aquel Jesús á quien vosotros crucificasteis, pero á quien Dios, á su vez, resucitó de entre los muertos; de aquel Jesús á quien vosotros desechasteis, pero que ha llegado á ser la piedra angular del edificio. Nadie si no él se empeñará por salvaros, ni ha sido dado á los hombres otro nombre por el cual podamos ser salvos.»

La firmeza del apóstol conmovió á los jueces. Aquel lenguaje en un hombre sencillo, sin letras, de uno de esos infelices galileos á quienes ellos habían visto en seguimiento del Maestro, les sumergió en una especie de estupor. Por otra parte, el cojo se encontraba delante de ellos como una prueba irrefragable de la intervención divina. Para disimular su turbación, dieron orden á los guardias de retirar á los acusados y entraron en deliberación acerca del mejor partido que convenía tomar. En la imposibilidad de negar un milagro hecho delante de todo el pueblo, resolvieron impedir al menos su divulgación y prohibir á los apóstoles, bajo las más severas penas, predicar el nombre de Jesús. Habiéndoles hecho comparecer de nuevo, intimáronles la prohibición absoluta de hablar y de enseñar en el nombre de su Maestro, tanto en público como en privado. Pedro y Juan no eran hombres de dejarse intimidar por amenazas y así respondieron: «Juzgad vosotros mismos delante de Dios, si es justo obedeceros á vosotros antes que á El. No podemos callar lo que hemos visto y oído.»

A estas palabras que consagraban los derechos imprescriptibles de los ministros de Jesús, los jueces estallaron en reproches amenazadores; con todo, despidieron á los apóstoles sin castigarlos, por temor de una conmoción popular. Pedro y Juan se apresuraron á volver á sus hermanos que estaban llenos de inquietud á causa de su prisión. Después de haber oído las prohibiciones y amenazas del Consejo, la asamblea pidió al Señor la fuerza que cada uno necesitaba. «Señor, exclamaron, tú has dicho por boca de David: ¿Por qué han temblado las naciones? ¿por qué los príncipes y los pueblos se han conjurado contra el Señor y contra su Cristo?» Conspiraron contra Jesús y ahora nos amenazan

con su cólera. Danos la fuerza de enseñar tu palabra sin ningún temor y multiplica los prodigios en nombre de tu Hijo Jesús.» Apenas habían hecho esta oración, cuando la casa comenzó á extremecerse, el Espíritu Santo les inundó con su gracia y todo temor desapareció de sus corazones.

Continuaron, pues, los apóstoles y con más empeño que nunca, en predicar la resurrección del Salvador. Dios, por su parte, multiplicaba por medio de ellos los prodigios y milagros, y día por día la multitud de oyentes se hacía más numerosa bajo los pórticos de Salomón. El número de los creyentes aumentaba en proporciones considerables y la fe en el poder de los apóstoles se hacía tan general, que los enfermos y achacosos eran llevados en camillas, desde los campos y ciudades á las plazas públicas á fin de que Pedro, al pasar, siquiera les cubriese con su sombra y así los librase de sus enfermedades.

Plenamente cerciorados de que los heraldos del nombre de Jesús harían caso omiso de las amenazas del Sanhedrín, el gran sacerdote y sus cómplices mandaron arrestar y llevar á la cárcel á aquellos rebeldes, pues ya estaban resueltos á aplicarles un severo castigo. Pero en la noche misma del arresto, un ángel del cielo vino á abrirles las puertas del calabozo y sacándolos fuera, les dijo: «Id al templo á predicar las palabras de vida.» Obedecieron, y desde el alba, se colocaron bajo los pórticos y se pusieron á enseñar como en los días anteriores.

Reunidos en Consejo los pontífices y ancianos, despacharon guardias en busca de los presos á fin de procesarlos. No es para describir la sorpresa de aquellos, cuando al abrir los calabozos, los hallaron vacíos. Vueltos inmediatamente para comunicar á sus amos tan extraña nueva: «Encontramos, dijéronles, perfectamente cerradas las puertas y aun más, bien custodiadas por los centinelas; pero dentro no hallamos persona alguna.» Aun no se reponían de su estupor los jueces y se comunicaban recíprocamente su ansiedad, cuando vinieron á anunciarles que los prisioneros estaban enseñando al pueblo en el templo, lo que aumentó todavía la turbación en que se encontraban. En fin, dieron orden al capitán de guardias de tomar á los apóstoles y traerlos al pretorio. Este desempeñó su comisión, pero con

toda clase de miramientos para no ser apedreado por el pueblo. El gran sacerdote reprochó duramente á los pretendidos culpables el haber infringido sus órdenes.

« Os he prohibido expresamente, les dijo, enseñar en el nombre de ese hombre y no contentos con predicar su doctrina en toda la ciudad, nos hacéis responsables á nosotros de su sangre y su muerte.

— « Es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres, respondió Pedro. El Dios de nuestros padres ha resucitado á ese Jesús á quien vosotros clavasteis en la cruz; le ha exaltado, ha hecho de él el Príncipe y el Salvador de los pueblos, á fin de excitar á Israel al arrepentimiento y otorgarle la remisión de sus pecados. Nosotros somos testigos de lo que afirmamos, nosotros y el Espíritu Santo que Dios comunica á todos los que le obedecen. »

Trémulos de rabia, los jueces se preparaban á pronunciar un veredicto de muerte, cuando un fariseo, venerado de todos por su ciencia y su virtud, Gamaliel, se levantó para manifestar su opinión. Habiendo hecho salir á los acusados, dirigióse al Consejo en estos términos: « Jefes de Israel, reflexionad en lo que vais á hacer. Hace algún tiempo apareció un cierto Teodas que se daba el título de jefe del pueblo. Cuatrocientos hombres se adhirieron á él, pero fué muerto. Sus partidarios se dispersaron y ahora tanto el jefe como sus secuaces yacen en el olvido. En tiempo del empadronamiento, Judas de Galilea reunió también una banda de partidarios; pereció como Teodas y ya nadie se acuerda de él y de los suyos. Hé aquí, pues, mi parecer: No os inquietéis más por estos hombres y dejadles hacer. Si su obra es humana, perecerá por sí sola; si es divina, no podréis impedir su éxito. Combatiéndolos, combatiríais á Dios. »

De tal manera se imponía la autoridad de Gamaliel, que sus colegas se adhirieron unánimemente á su opinión. Sin embargo, para satisfacer sus deseos de venganza, condenaron á los apóstoles á la pena de azotes y de nuevo les intimaron poner término á sus predicaciones. Pero los obreros del Cristo, ya verdaderos mártires suyos, continuaron predicando diariamente el Evangelio, así en el templo como en casas particulares, considerándose felices con que se les hubiera juzgado dignos de sufrir ultrajes por su Maestro.

El Crucificado estaba triunfante: en unos cuantos días millares de hombres se habían enrolado bajo su estandarte; Jerusalén servía de centro á su reino y ¿quién sabe en dónde se detendrían los nuevos conquistadores? Los Judíos veían perfectamente que la obra era divina; no obstante, resolvieron contra la opinión del sabio Gamaliel, no sólamente impedir sus avances, sino anonadarla por completo dando muerte á los apóstoles como la habían dado al Maestro. A sus propias expensas aprenderán lo que debe esperar un pueblo que combate contra su Dios.

CAPÍTULO VI.

Triunfo de Jesús sobre los Judíos.

PERSECUCIÓN DEL SANHEDRÍN. — DIFUSIÓN DE LA IGLESIA. — PERSECUCIÓN DE HERODES AGRIPA. — DISPERSIÓN DE LOS APÓSTOLES. — PEDRO Y PABLO PERSEGUIDOS POR LOS JUDÍOS. — SEÑALES PRECURSORAS DE LA VENGANZA DIVINA. — SITIO DE JERUSALÉN. — HAMBRE Y CARNICERÍA. — DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD Y DEL TEMPLO.

(Act. passim.)

A despecho del Sanhedrín y de sus reiteradas prohibiciones, los apóstoles continuaron predicando á Jesús resucitado, lo que acarreó una guerra sin tregua contra los doce Galileos. La nación judía no podía soportar que se propagase en la Palestina y á través del mundo, el reino de un falso Mesías condenado al suplicio de la cruz. Diez millones de Judíos, de la Palestina ó de la Dispersión, todos solidarios de la muerte de Jesús, — porque todos, sacerdotes y rabinos, escribas y ancianos del pueblo, saduceos y fariseos, reunidos en la fiesta de Pascua, habían exigido la crucifixión del Salvador, — estaban empeñados en cerrar el camino á los apóstoles y crucificar, si

fuera necesario, á los discípulos de Jesús á continuación de su Maestro.

De aquí surgió una persecución sangrienta que duró tres años. El diácono Esteban, poderoso en obras y en palabras, después de confundir á todos los doctores judíos, fué acusado de blasfemia y lapidado por el pueblo. Pero, en lugar de detener los progresos de la Iglesia, la sangre de este primer mártir fué semilla fecunda de cristianos. Mientras que los apóstoles defendían en Jerusalén el rebaño de Cristo, un gran número de discípulos se esparcieron por las provincias y formaron nuevas comunidades, en Judea, en Samaria, en Galilea y hasta en Cesárea y Damasco.

En vista de este resultado, la cólera de los perseguidores no reconoció límites. Un fariseo llamado Saulo, hombre de gran inteligencia y de indomable energía, se propuso arruinar la Iglesia de Dios. No respirando sino amenazas y muerte, iba un día á Damasco para encadenar y traer á Jerusalén á los discípulos del Crucificado. Pero, hé aquí que al acercarse á la ciudad, se ve de repente rodeado de una luz celestial y cae en el camino como herido por el rayo. Luego, oye una voz que le dice: « Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? — ¿Quién eres tú, Señor? preguntó él. — Soy Jesús á quien tú persigues, respondió la voz. — Señor ¿qué quieres que haga? » Y Saulo se cambia en el apóstol Pablo, el convertidor de las naciones. Jesús se burlaba de los Judíos: les tomaba sus mejores adeptos para hacer de ellos sus mejores soldados.

Después de tres años de persecución, la Iglesia respiró un instante, gracias á la desaparición de los deicidas más renombrados. El gran sacerdote Caifás, desposeído del soberano pontificado, se mató desesperado. Anás, su suegro, se desembarazó igualmente de sus remordimientos y deshonor por un cobarde suicidio. Pilatos, destituído por el emperador y desterrado á Viena en las Galias, se dió también la muerte. Estos tres principales actores en el drama del Calvario, perecieron como el traidor de quien el Señor había dicho: « Más le valdría no haber nacido. »

Pedro aprovechó aquellos días de paz para hacer la visita de su rebaño. En el libro de los *Hechos* se le ve predicando y obrando prodigios en Lyda, Sarón, Jope, en Cesárea donde bautiza al centurión Cornelio y á toda su familia.

Luego, resuelto á llevar el Evangelio á las naciones, deja á Jerusalén y se dirige á Antioquía la metrópoli del Oriente donde fija su sede durante siete años. Esta ciudad de quinientas mil almas vino á ser el centro de una Iglesia floreciente y allí fué donde los discípulos de Cristo tomaron el nombre de *Cristianos*, para distinguirse de los Judíos y de los sectarios herejes.

El reino de Jesús había hecho en dos años inmensos progresos. De la Palestina había pasado á la Siria y de aquí al Ponto, la Bitinia, la Capadocia, la Galacia y otras provincias del Asia Menor. Los Judíos quisieron detener á toda costa al Cristo y poner término á sus invasiones. El año 42, estalló una nueva persecución. El sobrino de Herodes, Agripa, hecho rey de Judea, se hizo el verdugo de los cristianos. Muchos fueron encarcelados; Santiago el Mayor, hermano de Juan, fué decapitado; Pedro, vuelto de Antioquía para hacer frente á la tempestad, arrojado á un calabozo. Habiéndole arrestado el primer día de los ázimos, el rey hizo anunciar que el reo sería decapitado ante todo el pueblo inmediatamente después de la fiesta de Pascua. Pero un ángel del cielo enviado por Jesús, despertó á Pedro en su prisión, le abrió las puertas y le condujo fuera de Jerusalén. Al día siguiente, Agripa sólo encontró las cadenas del apóstol. Huyó á Cesárea para ocultar allí su vergüenza, pero Jesús le siguió á su refugio; atacado de una enfermedad mortal, el perseguidor expiró algunos días después devorado por los gusanos como su abuelo.

Esta segunda persecución tuvo por resultado que el reino de Dios se extendiera por el mundo entero. En aquel mismo año 42, estando la Iglesia sólidamente establecida en Jerusalén, en la Palestina, en Antioquía y en las comarcas circunvecinas, los apóstoles resolvieron dispersarse y llevar el Evangelio á las diversas naciones de la tierra. Pedro señaló á Matías la Cólquida, á Judas la Mesopotamia, á Simón la Libia, á Mateo la Etiopía, á Bartolomé la Armenia, á Tomás la India, á Felipe la Frigia, á Juan Efeso. Pablo, el apóstol de las gentes, debía evangelizar el Asia Menor, la Macedonia y la Grecia. En cuanto á Pedro, tomó el camino de Roma, la ciudad de los Césares, de la cual Jesús quería hacer la ciudad de los pontífices. Santiago el Menor, apellidado el justo, á

causa de su gran santidad, gobernó en calidad de obispo de Jerusalén, las cristiandades de la Palestina. Partiendo á la conquista del mundo, los apóstoles llevaban consigo el *Credo,* símbolo de su fe, el *Evangelio,* resumen de la vida del Maestro y la *Cruz,* emblema de la redención. Eso bastaba para enseñar: Jesús que les acompañaba, se encargaría de vencer.

En todas partes encontraron millares de Judíos enteramente decididos á exterminarlos; no obstante, establecieron por donde quiera y casi siempre al precio de su sangre, cristiandades florecientes. En Roma, Pedro se estableció en el Transtévere, en pleno barrio judío. Allí formó numerosos discípulos, si bien sus compatriotas cuyo número se elevaba á treinta mil, empleaban todos los medios á su alcance para levantar al pueblo contra él. A fin de no llamar la atención de los Romanos, vióse abligado á instalarse al otro lado del Tíber en el palacio del senador Pudente, uno de los primeros convertidos. Allí fué donde sentado en una silla de encina, convertida en la *Cátedra de Pedro,* hablaba de Jesús á la asamblea de los cristianos que aumentaba día á día. Desde allí envió á Marcos su fiel discípulo á fundar el patriarcado de Alejandría y á otros obispos á evangelizar las Galias.

Los Judíos se irritaban más aún contra el Apóstol Pablo. En Asia Menor, en Macedonia, en Grecia, donde por largos años obró milagrosas conversiones, encontró la jauría furiosa. Le persiguieron de ciudad en ciudad, le denunciaron á las autoridades, le arrojaron de las sinagogas. Muchas veces fué flagelado, lapidado y dejado como muerto y cuando después de haber conquistado todo un mundo para el divino Maestro volvió á Jerusalén, sus compatriotas que le llamaban traidor y tránsfuga, se opoderaron de él, le flagelaron de nuevo, le abofetearon en plena sesión del Sanhedrín y le habrían infaliblemente muerto si Pablo, en su calidad de ciudadano romano, no hubiese apelado al César. Conducido á Roma para justificarse de los crímenes que los Judíos le imputaban, encontró allí al apóstol Pedro, y ambos continuaron el curso de sus conquistas esperando el martirio.

En Jerusalén los Judíos pusieron el colmo á sus crímenes, asesinando á Santiago el Menor su santo obispo. Irritado al ver multiplicarse las conversiones, el Sanhedrín le condenó

á muerte como seductor del pueblo. Fué apedreado por los escribas y fariseos cuya próxima ruina había predicho. Y de hecho, las profecías de Jesús contra la nación judía iban á cumplirse. Desde hacía treinta años, los apóstoles no cesaban de llamar á Israel á la penitencia. En todas partes se dirigían á los Judíos antes de evangelizar á los Gentiles. Pablo deseaba ser anatema por sus hermanos según la carne y éstos, con pocas excepciones, respondían á sus exhortaciones con blasfemias y violencias. « Han muerto á Jesús y á sus profetas, clamaba el apóstol; no han cesado de perseguirnos; ofenden á Dios y se constituyen en enemigos de la humanidad; nos impiden evangelizar á las naciones por el temor de que las naciones se salven; colman la medida de sus pecados. La cólera de Dios contra ellos llega á su término. »

En efecto, Jesús tenía el brazo levantado contra la ingrata y cruel Jerusalén. Los fieles señalaban con espanto, la aparición de los signos que, según la profecía del Salvador, debían preceder al gran cataclismo. « Ante todo, había dicho él á los apóstoles, sabed que los Judíos os perseguirán, os flagelarán y os quitarán la vida. Falsos profetas y falsos mesías se esforzarán por seduciros; » y los judaizantes, los magos, los Simón, Menandro, Ebión, Cerinto, no cesaban de predicar sus errores. « El Evangelio será predicado en toda la tierra; » y, cosa increíble, Pablo podía escribir á los Colosenses: « El Evangelio ha sido predicado á todas las criaturas que hay bajo del cielo. » En fin, calamidades espantosas, pestes, hambre, sacudimientos terrestres, guerras y anuncios de guerra, debían hacer saber al mundo la próxima venganza de Dios contra el pueblo deicida. En conformidad con estas predicciones, desde muchos años, el hambre y la peste diezmaban las poblaciones en Palestina, en Italia, en Oriente; el Asia, la Acaya, Macedonia, eran conmovidas por terremotos; las primeras erupciones del Vesubio destruían en parte á Herculano y Pompeya, y causaban tal pánico en Campania, que los habitantes enloquecían de espanto. El mundo romano entraba en convulsión á consecuencia de las guerras civiles suscitadas por los pretendientes al Imperio.

Además, Dios mismo prodigaba los avisos á la ciudad deicida. En el mes de Setiembre del 62, cerca de treinta años después de la escena del Calvario, vino á Jerusalén un

extranjero para asistir á la fiesta de los Tabernáculos. Llegando al templo, púsose á gritar en medio del pueblo enloquecido: «¡Voz del Oriente y del Occidente, voz contra la ciudad y contra el templo, voz contra todo el pueblo!» Se llamaba Jesús. Durante largos años, recorrió las calles de la ciudad gritando: «¡Ay de Jerusalén!» Le azotaron con varas: no lloraba ni gemía; sino que, después de cada azote, repetía: ¡Ay de Jerusalén! Le pusieron en libertad como á un loco inofensivo; continuó dando vueltas al rededor de los muros y gritando con una voz más fuerte que nunca: «¡Ay de la ciudad, ay del templo, ay del pueblo!»

Poco después, como lo refieren igualmente los historiadores Josefo y Tácito, un cometa que tenía la forma de una espada, permaneció suspendido sobre la ciudad durante un año entero. Veíanse correr por el cielo carros de guerra, ejércitos que se iban á las manos, líneas de circunvalación al rededor de una ciudad sitiada. Algunos sacerdotes, al entrar al templo para ofrecer el sacrificio, oyeron voces que repetían alejándose: «¡Salgamos de aquí, salgamos de aquí!»

Los Judíos, ciegos, nada vieron en aquellas señales del cielo y corrieron desatentados á la catástrofe. En el 66, se levantaron contra los Romanos, batieron las cohortes acampadas en Jerusalén y pusieron fuego á la torre Antonia que servía de ciudadela á la guarnición. Alentados por este éxito, los patriotas de las provincias no tardaron en sublevarse y declararse libres. Esto era atraer sobre ellos el rayo y los cristianos no se engañaron. Viendo á la Judea en choque con el Imperio, bandas fanáticas establecidas en el recinto del templo, y la ciudad de Dios manchada por orgías y crímenes, se acordaron de las advertencias del Maestro: «Cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo, huid con presteza.» Sin pérdida de tiempo, dejaron aquel país maldito, Jerusalén y la Judea; huyeron á las montañas más allá del Jordán y encontraron un refugio en la ciudad de Pella y los países vecinos. Así huyeron de Sodoma Lot y su familia antes de la lluvia de fuego que debía reducirla á cenizas.

Era ya tiempo, porque al principio del 67, Vespasiano seguido de sus legiones vengadoras, se apoderó de las fortalezas galileas y los revoltosos fueron pasados á cuchillo.

En pocos meses, dueño de todo el país, vino á acampar delante de Jerusalén donde se habían concentrado los patriotas escapados de las provincias, celadores, bandidos, sicarios decididos á derramar hasta su última gota de sangre sobre los atrios del templo. Gracias á las guerras civiles que trastornaron el imperio romano durante dos años, Vespasiano se vió obligado á diferir el sitio de la ciudad; pero en lugar de aprovechar este retardo, los bandidos que mandaban en el interior se disputaron á mano armada el poder supremo. Como urgían á Vespasiano para que saliera de la inacción, « Dejadles, dijo, despedazarse unos con otros. Dios es más diestro general que yo; me los entregará sin combate. » En 70, Vespasiano proclamado emperador, se dirigió á Roma y dejó á su hijo Tito encargado de proseguir las operaciones contra Jerusalén.

Estos dos años de calma relativa casi habían hecho olvidar el peligro exterior. Con ocasión de las fiestas pascuales, los peregrinos afluyeron á la ciudad santa, de manera que había dentro de sus muros un millón dos cientos mil Judíos, cuando, de improviso, urgido Tito para terminar, apareció en la cima del monte de los Olivos con sus legiones, sus máquinas de guerra, sus arietes, sus catapultas. Los sitiados se defendieron como leones, pero no pudieron impedir que los Romanos penetrasen en las fortalezas de Bezetha y Acra, y construyesen, en sólo tres días, una muralla de circunvalación que encerró á aquellos en los cuarteles elevados del templo y de Sión. Se cumplía exactamente la predicción de Jesús: « Vendrán días en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te encerrarán y estrecharán por todos lados. »

Entonces comenzó lo que Jesús llamaba la « grande angustia del país, la terrible cólera de Dios contra el pueblo. » A los horrores de la guerra vinieron á juntarse los del hambre. No obstante las inmensas provisiones de la ciudad, los víveres acabaron por faltar. Una medida de trigo se vendía á precio fabuloso. Insensibles á la miseria del pueblo, los jefes visitaban todas las casas para apoderarse de los víveres y distribuirlos á los soldados. Por esta causa, no se preparaba ya la comida. Cuando á precio de oro, se conseguían algunos granos de trigo, los devoraban en algún rincón apartado. Se arrebataba á los pobres hasta las uvas que, con peligro de

su vida, salían á buscar durante la noche. Muchas veces estos pobres hambrientos eran cogidos por los Romanos y crucificados como espías; de manera que al rededor del campamento se veía como una selva de cruces que recordaba á los deicidas la cruz del Hijo de Dios. Veíanse hombres, mejor dicho, espectros, que se disputaban como unos furiosos, todo lo que tenía siquiera apariencia de alimento. Una mujer llamada María, refugiada en Jerusalén con su hijo pequeño, se vió despojada por los soldados de su dinero, alhajas y hasta de las yerbas ó pajas que recogía para saciar su hambre. Encendida en cólera y loca de desesperación, degolló á su hijo, le puso á asar, comió una parte y guardó el resto. Atraídos por el olor de la carne asada, los bandidos la amenazaron de muerte si no entregaba los restos de su comida. « Aquí los tenéis, les dijo, son los restos de mi hijo. » A pesar de su hambre y ferocidad, aquellos monstruos huyeron espantados.

La mortalidad fué espantosa durante toda la duración del sitio. El historiador Josefo supo por un tránsfuga que con los fondos de la ciudad se pagaron hasta seis cientos mil funerales. En dos meses y medio, por una sola puerta salieron ciento dieciséis mil cadáveres. Al fin del sitio, se arrojaban los cadáveres desde las alturas de Sión y de los pórticos del templo sobre las pendientes que bajan al valle. Al ver aquellas montañas de cuerpos putrefactos, Tito levantó las manos al cielo poniendo á Dios por testigo de que él no era responsable de tales desgracias.

Por primera vez cesó el sacrificio de la mañana y de la tarde: no se encontró un solo cordero para inmolarlo á Jehová; desapareciendo el holocausto figurativo, el templo no tenía ya razón de ser. El ejército romano consiguió penetrar en el vasto recinto del edificio sagrado que los celadores defendieron atrio por atrio con la energía de la desesperación. Furiosos por una resistencia que les costaba millares de hombres, los Romanos avanzaron por medio de los cadáveres, resueltos á incendiar el templo, pero Tito se opuso pareciéndole un acto de sacrílega barbarie la destrucción de aquel monumento incomparable. De repente, á pesar de las órdenes de su jefe, un legionario suspendido en los hombros de sus compañeros, arroja un tizón encendido en los departa-

mentos que rodeaban el santuario, la llama se comunica al techo de cedro, los Judíos lanzan gritos espantosos, Tito ordena apagar el fuego, pero los soldados no obedecen. Amontonan en la puerta principal azufre, betún y todas las materias inflamables que pueden encontrar; y mientras el templo se derrumba, degüellan sin piedad á los millares de Judíos refugiados en los atrios.

Dueño bien pronto del monte Sión, donde se habían asilado los últimos rebeldes, Tito hizo arrasar lo que quedaba del templo y de la ciudad, salvo las tres torres de Herodes que se levantaban aisladas en medio de aquel desierto, como para atestiguar que allí existió una ciudad que se llamó Jerusalén. « Parecía, dice Josefo historiador judío, que aquel suelo no hubiera sido habitado jamás. » La profecía de Jesús estaba cumplida: « No serás más que un desierto, y de tu templo no quedará piedra sobre piedra. »

Un millón y cien mil Judíos perecieron durante el sitio. Cien mil prisioneros cayeron en manos del vencedor, de los cuales la mayor parte fueron puestos en almoneda como esclavos. Ellos habían vendido á Jesús en treinta dineros; los Romanos vendían treinta Judíos por un dinero. Tito escogió setecientos de los más jóvenes y vigorosos, figurando entre estos Juan y Simón, los dos jefes de los rebeldes para adornar su séquito el día de su entrada triunfal en Roma. Vióseles desfilar en el cortejo, llevando sobre andas los despojos de su templo, la mesa de los panes de la proposición, el candelero de siete brazos, el libro de la Ley, en pos de todo lo cual se destacaba la estatua de la Victoria. Tito subió al Capitolio, mientras que los verdugos estrangulaban á Juan en la prisión Mamertina y crucificaban á Simón después de haberle flagelado.

El emperador hizo acuñar una medalla conmemorativa de aquel grande acontecimiento. En el reverso se ve una mujer desolada con manto de duelo, sentada á la sombra de una palmera, reposando en la mano su cabeza: es la Judea cautiva, dice la inscripción, *Judæa capta*; es la triste Jerusalén, en adelante sin rey, sin sacerdote, sin sacrificio, sin altar.

Tal fué la espantosa suerte de la nación deicida. « ¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! »

clamaban los Judíos de la Pasión: Dios les oyó y vengó la sangre de su Hijo. Desde la escena del Calvario, procuraban, en su implacable odio, exterminar la Iglesia, y Jesús jefe de la Iglesia acababa de exterminarlos. Tito no se engañó: como las ciudades del Oriente le ofrecieran coronas de oro por su triunfo, las rehusó diciendo: « No soy yo quien ha vencido; no he hecho más que prestar mi brazo á Dios irritado contra los Judíos. »

Y para que el mundo entero sepa hasta el fin de los siglos que ha vencido á los Judíos, Jesús conserva la raza maldita y la obliga á andar errante en medio de los pueblos, llevando en sus propias manos el documento fatal en que todos pueden leer el crimen y el castigo de los deicidas: « Después de sesenta y nueve semanas, el Cristo será muerto, y el pueblo que le habrá renegado no será más su pueblo. Una nación con su príncipe á la cabeza, vendrá á destruir la ciudad y el santuario, y aquello será una desolación, una desolación sin fin. La abominación de la desolación estará en el templo, faltarán las víctimas, cesará el sacrificio, y la desolación durará hasta el fin de los siglos. » Los Judíos leerán y meditarán esta profecía de Daniel y, más ciegos y más endurecidos que los del Calvario, continuarán blasfemando contra el Cristo que les ha vencido hasta el día en que, por un milagro de la gracia, vengan á ser los instrumentos más activos de su triunfo.



CAPÍTULO VII.

Triunfo de Jesús sobre los paganos.

ROMA Y NERÓN. — EL EDICTO DE EXTERMINIO. — NERÓN Y DOMICIANO. — DIFUSIÓN DEL CRISTIANISMO. — TRAJANO, ADRIANO, MARCO AURELIO. — LOS CRISTIANOS LLENAN EL IMPERIO. — PERSEGUIDORES EN EL SIGLO III. — DIOCLECIANO. — EL LÁBARO. — EL EMPERADOR CONSTANTINO. — TRIUNFO DE LA IGLESIA. — JULIANO EL APÓSTATA. — ARRIO. — LOS BÁRBAROS. — RUINA DE ROMA PAGANA. — CARLOMAGNO. — ROMA CRISTIANA.

Después de haber exterminado á los Judíos, Jesús encontró en su camino para frustar sus designios al coloso romano. Roma reinaba entonces en el universo y Satanás reinaba en Roma. Bajo el nombre de Júpiter, de Mercurio, de Apolo, de Venus, de una infinidad de dioses y diosas, se hacía adorar en toda la Europa. Tenía sus templos, sus altares, sus sacrificios, sus fiestas, sus juegos solemnes en que á veces diez mil gladiadores se degollaban unos á otros entre los aplausos de cien mil espectadores. Y para defender esta religión de sangre y lodo, Roma mostraba con orgullo sus legisladores, sus filósofos, sus poetas, sus sacerdotes, sus magos, sus arúspices, sus invencibles legiones y á la cabeza de todos, el emperador, dueño del mundo, pontífice y Dios. Tal es el imperio que Jesús tiene que destruir, si quiere reinar sobre el universo.

El demonio no podía ver á Jesús penetrar en aquel imperio sin lanzar bramidos de furor. Hizo comprender á los idólatras que todos los dioses debían ser tolerados menos el Dios de los cristianos, el cual pretendía tener derecho exclusivo á la adoración de los mortales. Aquel Cristo crucificado bajo Poncio Pilatos, enemigo de los dioses y de los hombres, no merecía más que el odio; sus sectarios, verdaderos ateos, no huían de los templos sino para reunirse en antros misteriosos donde se entregaban á espantosas orgías, á prácticas execrables en que degollaban á los niños para

comer su carne y beber su sangre. Estas infames acusaciones, y sobre todo esta monstruosa interpretación de la comunión eucarística, se esparcieron por el pueblo. Los cristianos fueron considerados como la broza del género humano, de lo cual se aprovechó Satanás para desencadenar contra ellos una persecución que debía durar tres siglos.

El emperador Nerón reinaba entonces sobre el mundo envilecido. Después de haber teñido sus manos en la sangre de su padre, de su madre, de su esposa y de sus dos preceptores Burro y Séneca, este asesino miserable cometía diariamente crímenes sin número. Para darse un espectáculo grandioso, ocurriósele un día poner fuego en los cuatro ángulos de Roma. Emisarios pagados á expensas suyas se encargaron de propagar el incendio en todos los cuarteles de la ciudad; y mientras las llamas la reducían á cenizas, mientras el pueblo lanzaba gritos de desesperación, Nerón, en traje de carácter, contemplaba desde la altura de una torre aquel océano de fuego, cantando versos al incendio de Troya.

Este atentado sin ejemplo estuvo á punto de perderle, porque se le acusó de haber ordenado el incendio. A fin de calmar al león popular, fingió buscar á los culpables, consultó á los adivinos, ofreció sacrificios á los dioses y finalmente, hizo saber al pueblo que los incendiarios no eran otros que los cristianos. Estos enemigos de los dioses y de los hombres habían puesto fuego á la ciudad para vengarse del desprecio de los Romanos; pero Nerón se encargaría de infligirles el condigno castigo.

Todos los cristianos fueron condenados á muerte tanto en Roma como en las provincias. «Los primeros que se declararon discípulos del Cristo, dice Tácito, fueron reducidos á prisión. Instruído el proceso, descubrióse todavía una multitud inmensa de cristianos que fueron condenados al suplicio, no tanto como incendiarios, cuanto como seres abominados por la raza humana. Su muerte se constituyó en espectáculo público. Se les vestía con pieles de animales y luego eran devorados por los perros. Se les crucificaba, se les untaba el cuerpo con pez, resina ó cera, para convertirles en antorchas con que iluminar la noche. Nerón ofreció espectáculos de este género en los jardines del Vaticano.

A la luz de estas lámparas vivientes, organizaba carreras como en un circo, ya conduciendo los carros, ya presidiendo las luchas.»

En todo el Imperio los gobernadores recibieron la orden de ultimar á los cristianos y de prohibirles absolutamente la religión del Cristo. El magistrado leía á los acusados el decreto de exterminio: «No es permitido que haya cristianos — *Non licet esse christianos.*» Si el acusado respondía: «Soy cristiano, *christianus sum,*» el magistrado le entregaba á los verdugos, es decir, á los suplicios atroces que estos inventaban. Durante cuatro años Nerón derramó á torrentes la sangre de los mártires, sangre de plebeyos, sangre de patricios, sangre de apóstoles. El año 67, Pedro, el Vicario de Cristo, fué crucificado como su maestro; Pablo, el apóstol de las gentes, fué decapitado. Un año después, Nerón, condenado por sus súbditos rebelados á ser azotado con varas hasta ultimarlo, huyó cobardemente de Roma y tomó un puñal para atravesarse el corazón. Como vacilara en dar el golpe, un esclavo le hundió el hierro en el pecho. Así desapareció el primer perseguidor de la Iglesia, el digno precursor del Antecristo.

La ley de exterminio subsistió como ley del Imperio; pero los sucesores del monstruo, Vespasiano y Tito, sólo la aplicaron por excepción. Los discípulos de Jesús esperaban ver el fin de sus males, cuando en el año 81, la muerte prematura de Tito, dió el poder á su hermano Domiciano, émulo de Nerón. La sangre comenzó á correr de nuevo en toda la tierra. Perecieron entonces los mártires de Lutecia, Dionisio, Rústico y Eleuterio con millares de víctimas. El apóstol Juan, llevado de Éfeso á Roma, fué sumergido en una caldera de aceite hirviendo de donde salió sano y salvo. Andrés, hermano de Simón Pedro, compareció delante del procónsul de Acaya, quien le intimó á sacrificar á los dioses so pena de ser crucificado. Andrés avanzó con paso firme hacia la cruz. «Yo te saludo, ¡oh Cruz amable! exclamó, revestida de esplendor por el cuerpo de Jesús. ¡Bendita Cruz, tan largo tiempo deseada, tan ardientemente amada; por ti Jesús me ha rescatado, que por ti reciba Jesús á su siervo!» Esta persecución duró quince años, hasta el día en que acabaron con el emperador como quien quiere verse

libre de una hiena ó de un tigre. Algunos oficiales de su palacio, viéndose amenazados de muerte, se arrojaron sobre él y le acribillaron á puñaladas. Era el año 96, al fin del primer siglo.

¿Y la Iglesia? La Iglesia, ahogada en su sangre, apareció entonces, ¡oh milagro de Cristo! más numerosa y más fuerte que antes de Nerón y Domiciano. Para hacer frente á la ley de exterminio, Jesús había criado una raza inexterminable que se multiplicaba al compás de los golpes del verdugo. La fe, el amor, la invencible constancia de las víctimas, hizo nacer un entusiasmo nuevo, el entusiasmo del martirio. Niños, doncellas, ancianos, soldados, pedían á gritos el bautismo á fin de ofrecer su sangre á Jesucristo. En lugar de doce apóstoles, millares de sacerdotes y de obispos predicaban el Evangelio por toda la tierra, formando un número de cristianos diez veces mayor que el que los procónsules podían destruir; de manera que, al comenzar el siglo segundo, obligados á confesar el triunfo de Cristo, se preguntaban con ansiedad cómo dar cumplimiento á la ley que prohibía vivir á los cristianos.

En efecto, el año 112, Plinio el Joven, nombrado por Trajano gobernador de Bitinia, viendo al cristianismo arraigado en el Asia Menor y los templos de los dioses casi desiertos, puso en conocimiento del emperador el estado de las cosas, preguntando á la vez si debería aplicar la ley vigente de exterminio á aquella muchedumbre de cristianos de toda edad, condición y sexo. Temiendo despoblar el imperio y queriendo también ejercer un poder absoluto sobre los discípulos de Cristo, Trajano respondió: «que no se organizara pesquisa de cristianos, pero que si eran denunciados y rehusaban sacrificar á los dioses, debía aplicárseles la ley.» Este rescripto imperial que estuvo en vigor durante todo el siglo segundo, hizo mayor número de mártires que los edictos de Nerón y Domiciano. Desde entonces, los cristianos, dejados á merced de los delatores, se vieron perseguidos por los sacerdotes, los filósofos, los Judíos, los paganos fanáticos que, á la menor calamidad, no dejaban de denunciar á los discípulos de Cristo como la causa de todos los males. Además, el perdón acordado á los renegados, era un incentivo de apostasía que debía producir gran número de defec-

ciones; pero Jesús velaba por los suyos. «El mundo os tendrá bajo el lagar, había dicho él; pero estad tranquilos, yo he vencido al mundo.»

Trajano, el tercer perseguidor de los cristianos (98-117), no cesó de ensangrentar á Roma y al imperio. En su tiempo fueron martirizados, sin contar millares no conocidos, el papa San Clemente, el obispo de Jerusalén San Simeón, los santos Nereo y Aquileo y hasta miembros de la familia imperial como Flavia Domitila, que fué quemada viva con sus dos criadas. No perdonó ni al patriarca del episcopado, Ignacio, el santo obispo de Antioquía. Cargado de cadenas, Ignacio fué conducido á Roma para ser entregado á las fieras. Obispos y fieles multiplicaban sus esfuerzos para libertarle del suplicio, pero él les rogaba que no le arrebatasen su corona. «Ni las llamas, ni la cruz, ni los dientes del león, me causan miedo, decía, con tal que llegue á Jesucristo.» Desde el medio del anfiteatro, oyendo rugir á las bestias feroces que iban á devorarlo, exclamaba: «Yo soy trigo de Cristo y quiero ser molido por los dientes de los leones, para convertirme en pan agradable á mi Señor Jesús.» Y á semejanza del santo anciano, legiones de héroes desafiaban los suplicios por amor de Jesucristo.

A Trajano sucedió el emperador Adriano (117-136), gran amigo de los dioses y gran constructor de templos. Con tal amo, los delatores estuvieron á sus anchas; Adriano figura con justicia en el número de los más crueles perseguidores. Un levantamiento de los Judíos, le dió ocasión para devastar por segunda vez la Judea y profanar todos los lugares santificados por el divino Salvador. Una estatua de Venus fué colocada en la cumbre del Calvario, el ídolo de Júpiter se levantó sobre el Santo Sepulcro. Consultando un día á los dioses, respondiéronle: que los oráculos permanecerían mudos mientras la cristiana Sinforosa y sus siete hijos rehusaran sacrificar á las divinidades del imperio. Al instante, el tirano hizo degollar á aquellos nuevos Macabeos y murió en seguida desesperado.

El sucesor de Adriano, Antonino (136-161), tenía bastante inteligencia para no creer en los dioses y bastante humanidad para economizar la sangre de sus súbditos; pero la ley quedaba siempre ley y las ejecuciones provocadas

por los delatores seguían su curso. El escéptico Marco Aurelio (161-180) no creía sino en los magos y arúspices. Como este supuesto filósofo consultara los oráculos en tiempo de una invasión de bárbaros, se le respondió que para que los dioses le fueran propicios, necesitaba exterminar á todos los impíos. Inmediatamente dió orden á los procónsules de condenar á muerte á los cristianos que se negaran á ofrecer incienso á los ídolos. Y los discípulos de Cristo cayeron por hecatombes en todas las provincias del imperio. Entonces perecieron Santa Felícitas y sus siete hijos, San Justino, el apologista; San Policarpo, el ilustre obispo de Esmirna; los mártires de Lyon Fotino, Atala, Blandina y millares más.

Y el reino de Cristo se extendía siempre. Durante este segundo siglo, cuatro emperadores armados con todas las fuerzas humanas, habían empleado cada uno veinte años en ahogar á los cristianos en su propia sangre y no obstante, la Iglesia crecía en proporciones increíbles en Europa, Asia y Africa. En el Asia Menor los discípulos de Cristo formaban la mayoría y á veces la totalidad de la población. La Iglesia tenía sus concilios, sus propiedades, sus escuelas, sus misioneros que llevaban el Evangelio más allá de los límites del imperio romano. Tertuliano, sin temor de ser desmentido, pudo lanzar á los perseguidores esta afirmación por demás sorprendente: «Nosotros somos de ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestras casas, vuestras plazas fuertes, vuestros municipios; los consejos, los campos, los palacios, el senado, el foro; sólo os dejamos vuestros templos. Si nos separáramos de vosotros, quedaríais espantados de vuestra soledad; reinaría en vuestro imperio el silencio de la muerte.»

Esta multiplicación milagrosa de los cristianos, puso á los emperadores del tercer siglo en la necesidad de dejarles en libertad, ó despoblar el imperio. Unos dejaron de perseguir; pero seis de entre ellos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano, juraron hacer triunfar á los dioses aunque fuera preciso levantar al pie de sus altares montañas de cadáveres.

En 202, Severo hizo tantas víctimas é inventó tan horribles suplicios, que los cristianos creyeron haber llegado á los días del Antecristo. En Lyon perecieron diecinueve mil cristianos con su obispo San Ireneo. En 235, el pastor Maxi-

mino hecho emperador, acometió á los discípulos de Cristo con tal furia, dice un historiador, que ninguna bestia feroz podría igualarle. Se ensañó especialmente en los jefes del rebaño. Durante sus tres años de reinado, hizo perecer dos papas y una multitud de obispos. Sólo Dios sabe el número de mártires que entonces derramaron su sangre en Roma y en las provincias. En 249, el emperador Decio obligó á los cristianos, sin distinción de rango, edad, ni sexo, á sacrificar en los templos bajo pena de ser torturados hasta la muerte. Se ponían á la vista de las víctimas las sillas ardientes, los garfios de acero; se les amenazaba con hogueras, con bestias feroces y se les dejaba la elección entre la apostasía ó estos tres géneros de suplicios. En la segunda mitad del tercer siglo, Valeriano (252-262) continuó las mortandades y entre sus víctimas se cuentan dos papas, el diácono Lorenzo y el ilustre obispo Cipriano. En Africa, colocaban á los cristianos en largas filas y los soldados pasaban derribando las cabezas. Aureliano (270-275), hijo de una sacerdotisa del sol, se creyó obligado á ahogar en sangre á los que adoraban no á su dios-sol, sino á Aquel que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Diez años después, cuando Diocleciano llegó al imperio, se podría creer que tales carnicerías, repetidas cinco veces, no dejarían sobre la tierra sino muy pocos discípulos de Cristo, escapados como por acaso á la espada de los verdugos. Mas, en esta época, el palacio del emperador, la guardia pretoriana, las legiones, la administración, la magistratura, el senado, rebosaban de cristianos. La emperatriz Prisca y su hija Valeria habían recibido el bautismo. Los historiadores estiman en cien millones el número de fieles diseminados en todo el imperio al advenimiento de Diocleciano.

El emperador los toleró durante los dieciocho primeros años de su reinado y probablemente no los habría molestado jamás si un verdadero demonio, Maximiano, su colega, no le hubiera arrancado el infernal edicto calculado para hacer desaparecer, no sólo á los cristianos, sino hasta el último vestigio del cristianismo. El edicto de 302 prescribía á todos los procónsules derribar las iglesias, quemar todos los libros de religión y entregar al suplicio á todo cristiano que rehusara la apostasía.

La ejecución comenzó en Nicomedia á los ojos del mismo emperador. Los pretorianos destruyeron la catedral; los oficiales y servidores de Diocleciano fueron degollados en su palacio. Los jueces instalados en los templos, entregaron á los verdugos al obispo, los sacerdotes, sus parientes y servidumbre. Decapitaron á los nobles y á la gente del pueblo la arrojaron en masa á los pozos y á las hogueras. Antes que sacrificar á los dioses, los discípulos de Jesús se precipitaban ellos mismos á las llamas. No hubo más apóstatas en Nicomedia que la emperatriz y su hija. Degollaron durante diez años á todos los que no pudieron huir ú ocultarse. Aquellos dos tiranos no perdonaron ni á sus mismos soldados en presencia del enemigo; por no haber querido tomar parte en un sacrificio pagano, Maximiano hizo diezmar primero y luego pasar á cuchillo á toda la legión tebana. Y ya, en su loco orgullo, hacían erigir dos columnas de mármol á Diocleciano — Júpiter, y á Maximiano — Hércules, «por haber destruído el nombre cristiano, *nomine christianorum deleto,*» cuando Jesús recogió este guante satánico.

Con un golpe de su diestra, echó por tierra á aquel Júpiter y á aquel Hércules. Víctima de un ataque cerebral, Diocleciano abdicó el trono y se dejó morir de hambre. Maximiano se estranguló, y como su digno hijo Majencio continuara en Roma la sangrienta tiranía de los perseguidores, Dios le derribó por medio de un milagro. Un hombre providencial, Constantino, proclamado emperador por las legiones de la Galia, pasó los Alpes para combatir al tirano. Al llegar cerca del Tíber, rogaba al Dios verdadero á quien aun no conocía, que le diera la victoria: un prodigio extraordinario cuyos detalles él mismo refiere, fué la respuesta á su oración. Declinaba el sol en el horizonte, cuando vió sobre el astro radiante una cruz luminosa y en ella esta inscripción: «*In hoc signo vinces,* esta cruz te dará la victoria.» Sus soldados fueron testigos, como él, de la aparición. En la noche siguiente, mientras meditaba acerca de aquel extraño acontecimiento, se le apareció Jesús con el mismo signo y le ordenó grabarlo en los estandartes de todas las legiones, como una prenda cierta de la victoria. Constantino obedeció: el Lábaro se destacó sobre las águilas romanas y los soldados, confiando en aquel Dios que

tan visiblemente les protegía, arrollaron en el primer encuentro á Majencio y á su ejército. Empujado hacia el Tíber, el tirano se ahogó en él con sus batallones. Constantino entró triunfante en Roma é hizo entrar con él á Cristo en medio de las aclamaciones del pueblo y del ejército.

Hecho ya cristiano, el emperador proclamó en un edicto solemne la libertad de la Iglesia, reedificó los templos destruídos, devolvió á los cristianos los bienes confiscados por los perseguidores y cubrió á Roma con magníficas basílicas en honor del Cristo Salvador, de sus apóstoles y de sus mártires. Además, para dejar al Dios de la Cruz la suprema dignidad real, entrególe la capital del mundo y como centro del imperio, edificó una nueva ciudad que llevó su nombre, Constantinopla. La Roma de los falsos dioses vino á ser desde entonces la Roma del Cristo; el trono de Simón Pedro reemplazó al trono de los Césares; el estandarte de la cruz flotó en la cima del Capitolio y cien millones de cristianos nacidos de la sangre de once millones de mártires, repitieron, para gloria de Jesús vencedor del mundo, la predicción de Cesárea: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

El infierno, sin embargo, no se dió por vencido. Un sobrino de Constantino, Juliano, cristiano en el nombre, pero pagano de espíritu y de corazón, subió al poder y apostató públicamente. Exaltó á los dioses y enriqueció sus templos, mientras que afectaba un soberano desprecio por «el Galileo, el hijo del carpintero.» Los cristianos, tratados de ilotas, se vieron excluídos de todos los cargos, desterrados de las escuelas, despojados de sus bienes y ya comenzaban las ejecuciones sangrientas, cuando el Apóstata aprendió á costa suya cuán terrible es hacer la guerra al Dios vivo.

Después de haber escrito mucho contra la divinidad de Jesucristo, Juliano anunció un día que iba á probar su tesis con un hecho irrefragable: la reconstrucción del templo de Jerusalén. Con esto, el mundo vería claramente que Jesús, al anunciar la ruina eterna de los Judíos y de su templo, no era sino un falso profeta. Y acto continuo, las familias judías se dirigen á la santa Sión, millares de obreros preparan los trozos de piedra y de mármol, extráense los

cimientos del antiguo edificio para echar las bases del nuevo. El año 363, una multitud inmensa se reunió en el Moria para asistir á la colocación de la primera piedra, y ya los obreros ponían manos á la obra, cuando de repente la tierra tiembla, trozos de roca saltan por el aire y aplastan á los asistentes, las casas vecinas caen con estrépito y los espectadores huyen en todas direcciones pisando sobre muertos y heridos. Al día siguiente los obreros vuelven al trabajo, mas hé aquí que brotan de la tierra globos de fuego que reducen á ceniza hombres é instrumentos, á la vez que un ciclón pasando por la montaña, barre como si fueran pajas los enormes bloks reunidos para la construcción. En la noche siguiente, se dibuja en los aires una gran cruz de fuego para mostrar á todos que el Crucificado no se dejará vencer por el Apóstata.

Después de aquel formidable fracaso, Juliano se fué á combatir á los Persas, prometiéndose exterminar á los cristianos después de su victoria. Pero Dios seguía con la mirada á su enemigo. En lo más reñido del combate, una flecha disparada por una mano desconocida atravesó el corazón del Apóstata y éste lanzando hacia el cielo la sangre que á borbotones salía de su herida, exclamó en su furor insensato: « *Vicisti*, *Galilœe*! ¡Venciste, Galileo! »

Furioso con esta nueva derrota, el demonio suscitó contra Jesús la persecusión de los Arrianos. Arrio, el más pérfido de los heresiarcas, exaltaba á Cristo como la primera y la más perfecta de las criaturas, pero le negaba la naturaleza divina. Esta doctrina minaba al cristianismo por su base, pero él la presentaba con tanto artificio y sutileza, que encontró eco en gran número de espíritus. En vano trescientos obispos le anatematizaron en el concilio de Nicea, declarando al Hijo « consubstancial » al Padre; en vano toda una pléyade de genios, los Atanasios, los Hilarios, los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, los Crisóstomos, los Basilios, se levantaron para defender la fe de la Iglesia. No pudieron impedir que el arrianismo sedujera á los emperadores, obispos y fieles, hasta el punto que, al fin del siglo cuarto, hubo momentos en que el imperio pareció más arriano que cristiano.

Como antes la nación judia, el viejo imperio se obstina

en luchar contra Jesús; pero ya se levantan los vengadores que van á destrozarle como á un vaso de arcilla.

Más allá de las fronteras romanas, en las vastas llanuras que se extienden desde el Rin al Volga y desde el Volga hasta las planicies del Asia, vivían innumerables tribus conocidas con el nombre de Bárbaros. Estas hordas del desierto, salvajes y feroces, erraban como nómadas en sus inmensas selvas, dirigiendo codiciosas miradas á los bellos países del Occidente, delicias de los Romanos. Hacia fines del cuarto siglo, aquellos pueblos se sacudieron súbitamente cual si el mismo Dios los pusiera en movimiento. Millones de hombres se precipitan como un torrente desbordado por todas las rutas del Occidente. Los Hunos empujaban á los Godos, los Godos á los Germanos y todos juntos inundaron el imperio cubriéndole durante un siglo, de sangre y de ruinas.

Dios conducía hacia Roma á aquellos ejecutores de sus venganzas. Después de haber asolado la Italia, Alarico, rey de los Godos, se encaminaba á la ciudad eterna. Un santo solitario le suplicó la perdonara. «No obro por mi voluntad, respondió el bárbaro; oigo sin cesar una voz que me grita al oído: Marcha, marcha, ve á saquear á Roma.» El año 410 entró en la ciudad de los Césares y la entregó á las llamas y al pillaje. Templos de los dioses, estatuas de los emperadores, palacios fastuosos, desaparecieron en el incendio. Sólo perdonó Alarico las basílicas cristianas y á los fieles que en ellas se habían refugiado. Así se cumplió la profecía del Apocalipsis: «¡Ha caído la gran Babilonia, embriagada con la sangre de los santos y de los mártires!»

Y la invasión continuó durante un siglo devastando todo el imperio. El rey de los Hunos, Atila, arrojó sobre la Galia setecientos mil bárbaros. El huracán de hierro y de fuego sembró de ruinas su pasaje. Después de haber destruído setenta ciudades, Atila encontró en las puertas de Troyes al obispo San Lupo. «¿Quién eres tú? preguntó el obispo. — ¡Soy el azote de Dios! respondió el bárbaro. — Azote de Dios enviado para castigarnos, replicó el obispo; ten cuidado de no hacer más de lo que Dios te ha permitido.» Atila retrocedió ante San Lupo. El año siguiente se dirigía á Roma para saquearla de nuevo, cuando el papa San León,

revestido de los ornamentos pontificales, se presentó ante él y le obligó á volver atrás. Como los Hunos preguntaran al indómito monarca por qué se había doblegado ante el pontífice, respondió: «No es él quien me ha hecho renunciar al saqueo de Roma; mientras él me hablaba, un personaje de majestad sobrehumana se mantenía de pie al costado de ambos, sus ojos despedían rayos luminosos, tenía en su mano una espada desnuda; sus miradas terribles y su actitud amenazadora me obligaron á ceder á las súplicas del pontífice.»

El imperio se desplomaba por todas partes á los golpes de los bárbaros. Impotentes para defender sus provincias, los emperadores habían visto á los invasores establecerse en las Galias, en España y hasta en Africa. En 476, otro jefe de tribu, Odoacro, se apoderó de Ravena, depuso al último fantasma de emperador, tomó el título de rey de Italia y arrojó á la tumba el imperio de los Augustos y Nerones.

Sobre las ruinas del mundo pagano, Jesús va á levantar ahora su propio imperio. De todos estos elementos en fusión, vencidos y vencedores, Romanos y Bárbaros, nacerá la sociedad cristiana, la más bella después de la del cielo. La Iglesia, única de pie en medio de las ruinas, por medio de sus papas, sus obispos, sus misioneros y sus monjes, domará á los bárbaros y los convertirá unos en pos de otros á la verdadera fe.

La nación de los Francos fué la primera en caer á los pies de Jesús. Su rey, Clodoveo, vacilaba en reconocer al Dios que adoraba su esposa Clotilde: un milagro le decidió. En el combate de Tolbiac, sus tropas iban á ser destrozadas por los batallones enemigos: «Dios de Clotilde, exclamó el rey, dame la victoria y yo juro hacerme cristiano.» Al instante sus soldados toman la ofensiva y arrollan á sus adversarios. Clodoveo cumplió su palabra. El día de Navidad del año 496, recibió el bautismo con tres mil de sus guerreros y la Francia vino á ser la hija primogénita de la Iglesia. En los tres siglos siguientes, Jesús extendió sucesivamente su reino en Irlanda, Inglaterra, España, Alemania é Italia. El año 800, Carlomagno, el bárbaro cristianizado, tenía bajo su cetro una gran parte de la Europa la

cual gobernaba, según él decía, no como soberano, sino como simple delegado del rey Jesús, el solo Dueño y Señor, *regnante Jesu Christo Domino nostro.*

El día de Navidad del año 800, Carlomagno, rodeado de su corte y de una multitud de obispos, oraba en Roma sobre la tumba de San Pedro. De repente, el papa San León III se presenta ante el gran jefe de la cristiandad y le pone en la cabeza la corona imperial. Una prolongada aclamación resuena en la basílica del Vaticano: «¡Viva Carlos Augusto, el pacífico emperador de los Romanos, coronado por el mismo Dios!» El imperio cristiano tomaba el lugar del imperio pagano: Jesús, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, reinaba en el mundo vencido por él, *regnante Jesu Christo Domino nostro.*



CAPÍTULO VIII.

Triunfo de Jesús sobre el Antecristo.

REINADO SOCIAL DE JESÚS. — APOSTASÍA DE LAS NACIONES. — EL RENACIMIENTO. — LA REFORMA. — LA REVOLUCIÓN. — DESCRISTIANIZACIÓN DEL MUNDO. — EL ANTECRISTO. — LOS DOS TESTIGOS. — EL REY DE LOS REYES. — CONVERSIÓN DE LAS NACIONES. — JUICIO FINAL.

LA víspera de su crucifixión, antes de entrar al jardín de los Olivos, decía Jesús á sus apóstoles: « Tened confianza, yo he vencido al mundo. » Y después de ocho siglos transcurridos, ocho siglos de atroces persecuciones, á despecho de Satanás y de sus secuaces, él había vencido realmente al mundo, al mundo judío, al mundo romano, al mundo bárbaro: *Ego vici mundum*. Reinaba sobre un inmenso imperio que se llamaba la cristiandad. Los reyes se prosternaban delante de aquel monarca supremo, las leyes tenían por base su Evangelio, los pueblos vivían de su vida, esforzándose en reproducir sus divinas virtudes. A partir de Constantino, durante mil años, la Europa se cubrió de iglesias y de monasterios donde resonaban perpetuamente las alabanzas de Cristo-Salvador. Los Benitos, los Brunos, los Domingos, los Franciscos de Asís multiplicaban las órdenes religiosas, verdaderos seminarios de santos y de mártires consagrados en cuerpo y alma á la gloria de Aquel á quien amaban mil veces más que á sí mismos. Y todos los súbditos del Señor Jesús, reyes, caballeros, sacerdotes, religiosos, simples fieles, sabios ó ignorantes, llenos de fe y de amor á pesar de sus pasiones, repetían la misma oración y trabajaban por idéntico fin. « ¡ Que venga tu reino, decían; que tu nombre sea glorificado en el mundo entero, y que tu voluntad, oh Maestro divino, se cumpla en la tierra como en el cielo! »

Soldados de Jesús, defensores de su reino, los cristianos miraban como enemigos personales suyos á los enemigos del

Salvador, herejes, cismáticos, apóstatas. Cuando Mahoma y sus musulmanes se lanzaron contra los fieles de Cristo amenazando exterminar la Iglesia de Dios, se encontraron por todas partes, en Francia, en España, en Africa, en Oriente, con los Cruzados que, durante largos siglos, al grito de: ¡Dios lo quiere! derramaron su sangre por Jesucristo y acabaron por exterminar en Lepanto las hordas musulmanas. Al mismo tiempo, legiones de celosos misioneros atravesaban en pos de Colón océanos desconocidos, para agregar al reino de Cristo los continentes recién descubiertos. Ya saludaban la aurora de aquel gran día en que, conforme á la predicción de Jesús, no habría en la tierra más que un solo rebaño y un solo pastor.

Pero los cristianos olvidaban esta otra profecía del Salvador, á saber: que antes de su triunfo completo sobre sus enemigos y de su segundo advenimiento á la tierra, las naciones sustituídas á los Judíos deicidas pasarían también por una crisis más terrible que la persecución de los emperadores romanos. ¿Acaso no había dicho el Maestro la antevíspera de su muerte: « El mundo pasará por una tribulación como no se ha visto ni se verá jamás semejante. Dios abreviará su duración por amor á los elegidos, porque en ese tiempo se levantarán falsos cristos y falsos profetas que se servirán de prodigios fantásticos capaces de inducir en el error, si esto fuera posible, á los mismos elegidos? » (1) Y comentando estas palabras del Salvador, Pablo anunciaba á los primeros cristianos: « Un misterio de iniquidad se forma en la Iglesia de Dios. » (2) Es decir, heregías, cismas, sectas impías que conspirarían contra el Evangelio y la cruz de Jesús. Veía « surgir hacia el fin de tos tiempos, novadores, enemigos de la sana doctrina que volverían la espalda á la verdad para seguir toda clase de errores. (3) Y entonces, exclamaba, estallará la apostasía de las naciones, entonces aparecerá el hombre de pecado, el hijo de perdición, el gran adversario que se levantará por encima de todo lo que se llama Dios, hasta sentarse en el templo para hacerse adorar como el único Dios. » (4) Esta será el desquite de Satanás,

(1) Matth. XXIV, 21.
(2) II. ad Thesal. II, 7.
(3) II. ad Timoth. IV, 3-4.
(4) II. ad Thesal. II, 3, 4.

su último combate contra su vencedor, pero también su suprema derrota. « Con un soplo de su boca, Jesús exterminará al Antecristo, » (1) y todos los secuaces de este impío, testigos de su caída, reconocerán por fin al Hombre-Dios y le proclamarán Rey de los reyes y Señor de los señores.

En el momento, pues, fijado por Jesús para la gran prueba de las naciones, fué dado al demonio el poder de abrir el pozo del abismo de donde salió un humo espeso que cegó los espíritus, les oscureció las claridades del Evangelio y les sumergió en las tinieblas del antiguo paganismo. Fascinados de nuevo por las bellezas materiales de que Satanás se sirve para corromper las almas, los cristianos perdieron de vista la belleza sobrenatural y las celestiales virtudes que habían cambiado la faz del mundo. Olvidada de su gloria, la sociedad criada por el Espíritu divino se pervirtió hasta echar de menos la civilización griega y romana. Se la vió levantar enfrente del Crucificado las estatuas impúdicas de los dioses y diosas de la antigüedad, celebrar solemnemente las saturnales paganas, abandonar los misterios que representaban la Pasión de Cristo, para hartarse de las lubricidades escandalosas anatematizadas por el Evangelio. Llamaron divinos á los poetas, oradores y filósofos de Roma y Atenas; estudiaron sus libros con mayor cuidado que los de los profetas y apóstoles. Las producciones más maravillosas del arte cristiano, aun nuestras espléndidas basílicas, fueron tratadas de bárbaras. Se convino en que la luz y la belleza habían desaparecido del mundo con el paganismo y que los diez siglos de la Edad-Media, iluminados por los genios sublimes de Agustín, Jerónimo, Juan Crisóstomo, Bernardo y Tomás de Aquino; ilustrados por jefes como Carlomagno y san Luis; santificados por las virtudes heroicas de los grandes fundadores de órdenes religiosas y de sus innumerables discípulos; se convino en que aquellos diez siglos se llamarían en la historia siglos de ignorancia y de barbarie, el sombrío período de las tinieblas, la noche de la Edad-Media. Con el fin de caracterizar aquel movimiento retroactivo á las ideas, costumbres y civilización paganas, se le dió el nombre de *Renacimiento*. Asimismo, para señalar el

(1) II. ad Thesal. II, 7.

nuevo espíritu que iba á presidir en adelante en los destinos del mundo, la historia tomó desde entonces el nombre de *historia moderna*. Ella tendrá por principal objeto referir las peripecias de la gran apostasía de las naciones, es decir, los hechos y proezas del Antecristo y de sus precursores.

Al Renacimiento pagano, primera etapa de las naciones cristianas en el camino de la apostasía, sucedió en el siglo dieciséis la *Reforma* protestante. Desmoralizado el espíritu cristiano á consecuencia del desorden en las costumbres y la perversión de las ideas, la sociedad paganizada levantó el estandarte de la insubordinación contra la santa Iglesia de Dios. Bajo el pretexto de reformarla, un apóstata se propuso destruirla. A su voz, los reyes y los príncipes se coaligaron contra el Pontífice de Roma jefe de esta Iglesia, rompieron violentamente los lazos sagrados de la obediencia que debían al Rey de los reyes y separaron sus pueblos de la cristiandad. En menos de un siglo, la Alemania, la Inglaterra, la Escocia, la Suiza, la Holanda, los Estados escandinavos, pasaban al cisma y á la herejía, perseguían á los católicos fieles con el furor de los emperadores paganos y encendían el fuego de las guerras civiles en la Europa entera.

Satanás triunfaba: la pretendida Reforma había desmembrado la Iglesia; pero, siempre ciego, no veía que los verdaderos hijos de Dios se depuraban y se fortificaban por el martirio. En sus luchas con los apóstatas, los cristianos combatían hasta la muerte por el triunfo de la fe; el concilio de Trento excomulgaba las sectas separadas, oponía á sus falsos doctores la valiente Compañía de Jesús, al mismo tiempo que, por medio de reformas saludables, reanimaba al clero y volvía á hacer entrar á los fieles en el camino de la santidad. Sabios y santos religiosos, llevaban la cruz de Jesucristo á América, á las Indias, al Japón, á la China. Y para mostrar á los pueblos apóstatas que en vano procuraban resucitar el viejo paganismo, un papa, Sixto V, no temió al fin del siglo dieciséis, levantar el famoso obelisco del jardín de Nerón cuya base había sido bañada con la sangre de los mártires, coronarlo de una cruz y hacer leer á todos los pueblos de la tierra esta inscripción triunfante: « ¡Hé aquí la cruz del Señor: huid, poderosos enemigos; el león

de la tribu de Judá ha vencido! El Cristo reina, el Cristo impera, el Cristo es vencedor! »

El infierno se conmovió y todos sus secuaces iniciados por las sociedades secretas en el gran misterio de iniquidad, lanzaron los pueblos á la tercera etapa de la apostasía. No se trata ya de destruir solamente el espíritu cristiano y de derribar el papado, sino de atacar directamente á Jesucristo negando su divinidad y su reinado social como lo hicieron los Judíos. Un nuevo precursor del Antecristo apareció en el mundo rodeado de apóstatas que tomaron el nombre de filósofos. El jefe de esta banda infernal se atrevió á declararse el enemigo personal de Cristo. « ¡Aplastad al infame! » era su palabra de orden á los sectarios. Y todos juntos, durante medio siglo, se pusieron á combatir en brecha la divinidad del Salvador-Jesús, la revelación, la religión toda, sus dogmas, su moral, sus sacramentos, su culto. Jamás el infierno, ni aun en tiempo de Nerón y Diocleciano, vomitó tantas blasfemias contra el Hijo de Dios, tantos ultrajes y calumnias contra los cristianos. En nombre de la razón, de la libertad y del bienestar de la humanidad, organizaron con el nombre de *Revolución,* un estado social nuevo, basado, no en la voluntad de Dios, sino en la voluntad del pueblo, en adelante único soberano y único legislador.

Con el auxilio de esta conspiración satánica contra el reino de Cristo, los conjurados se creyeron bastante fuertes para exterminar el catolicismo. En nombre del pueblo de que se llamaron representantes, decretaron la abolición de todas las instituciones religiosas, desterraron ó asesinaron sacerdotes y fieles, destruyeron iglesias y altares, suprimieron todo lo que se llamaba el antiguo culto, la semana, el domingo, el calendario católico y hasta la era cristiana. El pasado no existía ya ; un mundo nuevo comenzaba con la Revolución.

Después de un siglo, la Revolución prosigue con infernal tenacidad la descristianización de las sociedades y de los individuos. Ya las naciones, como naciones, han dejado de reconocer á Jesucristo por su Rey, al papa por su jefe, al Decálogo como la ley suprema. En virtud de los principios llamados liberales, todos los gobiernos hacen profesión de no tomar en cuenta la voluntad de Dios en la confección de las leyes. No reconocen otra divinidad que el pueblo so-

berano, ni otra ley que la voluntad de las mayorías, aun cuando estas legislen contra el Evangelio, contra el Decálogo, contra Cristo y su Iglesia. Es un verdadero repudio de Cristo-Rey de quien Carlomagno se llamaba el lugarteniente; es la apostasía de las naciones, *discessio*, predicha por el apóstol san Pablo y antes de él por David. « Los reyes y los pueblos conspiran contra el Señor y contra su Cristo, clamaba el rey-profeta. Rompamos nuestras cadenas, dicen, y arrojemos lejos de nosotros su odioso yugo.»

Sin embargo, á pesar de la poderosa influencia de los gobiernos ateos y de sus impías leyes, quedan todavía muchos cristianos fieles. Es cierto que la fe de la mayoría se debilita gradualmente, que los corazones se enfrían, que la virtud apenas luce en un abismo de escándalos. Pero Dios conserva á sus escogidos, lo que hace rugir á Satanás. Para arrebatar á Jesús hasta el último de los bautizados, la Revolución emplea hoy el medio más eficaz. El divino Salvador ha cristianizado el mundo por la enseñanza católica; la Revolución le descristianiza por la enseñanza satánica. Arranca violentamente los niños al Dios de su bautismo, á la Iglesia su madre, á sus padres según la carne, para entregarles al demonio, el único maestro á quién ella adora.

En todas las ciudades y aldeas, ella tendrá en adelante una escuela sin Díos de donde estarán desterrados el crucifijo, el catecismo y la oración. Y á fin de que todos los niños sin excepción, lleguen á la edad viril sin ningún conocimiento del Salvador que les ha bautizado con su sangre, la Revolución cierra la escuela cristiana, hace obligatoria la escuela sin Dios y obliga á las jóvenes generaciones á recibir las lecciones de sus profesores ateos.

Las profecías de la Escritura sobre la apostasía general de las naciones están ya cumplidas. Como los Judíos, los pueblos modernos claman: « No queremos ya que Jesús reine sobre nosotros. » Es el pontífice romano, el Vidente de Israel que conoce bien el estado del mundo, quien lo reconoce oficialmente: « Hemos llegado, aun en Italia, á temer la pérdida de la fe. La acción de las sociedades secretas tiende á realizar los designios inspirados por un odio á muerte contra la Iglesia: abolición de toda instrucción religiosa, supresión de las congregaciones, exclusión de todo

elemento católico ó sacerdotal en la administración pública, obras pías, hospitales, escuelas, academias, círculos, asociaciones, comités, familias; exclusión en todo, en todas partes y para siempre. La influencia masónica, al contrario, se hace sentir en todas las circunstancias de la vida social y viene á ser en todo árbitra y dueña. ¿Será así como se allanará el camino para llegar á la abolición del papado? Y esto no sucede sólo en Italia; es un sistema de gobierno al que los Estados se conforman de un modo general... » (1)

« El libre pensamiento, dice á su vez un ilustre prelado, no oculta ya su plan adoptado: destruirlo todo... Los fieles no pueden ya dudarlo. Si estos designios se realizan, sus iglesias pronto serán cerradas, su culto proscrito, los ministros de Dios violentamente arrojados y se verán volver los días en que los cristianos pagaban con su libertad y aún con su vida la fidelidad á sus deberes. » (2)

Pero ¿cómo acabará esta conjuración satánica de las naciones contra Jesucristo y su Iglesia? Acabará como la de los Judíos y de los Romanos, por el exterminio de los rebeldes y el triunfo solemne del gran Rey que ellos quieren destronar. « El mundo os pondrá bajo el lagar, ha dicho el Salvador, pero estad tranquilos, yo he vencido al mundo. (3) Antes del fin de los tiempos, sobrevendrá la gran tribulación, tribulación tal, que los pueblos no han visto semejante desde el principio, pero cuya duración yo abreviaré en favor de los elegidos. Se levantarán entonces falsos cristos y falsos profetas, cuyos prestigios y prodigios inducirían en error, si fuese posible, aún á los mismos elegidos. Acordaos de esta predicción y guardaos bien de dejaros engañar por esos impostores. » (4)

¿Y quién será el principal autor de esta gran tribulación? Un día, dice san Pablo, día sólo de Dios conocido, cuando la apostasía de las naciones le haya preparado los caminos, « aparecerá el hombre de pecado, el hijo de perdición, el Antecristo ó el adversario del Salvador, quien se levantará sobre todo lo que se llama Dios y se sentará

(1) León XIII, encíclica del 15 de octubre de 1890.
(2) Carta del cardenal Lavigerie á su clero, 1° de septiembre de 1889.
(3) Joan. XVI, 33.
(4) Matth. XXIV, 21-24.

en el templo para hacerse adorar como Dios. Verdadera personificación de Satanás, engañará á los hombres con toda suerte de seducciones, de artificios y prodigios diabólicos que les arrastrarán á su perdición. No han querido la verdad que salva; por eso Dios los entregará al espíritu de error y de mentira. Este monstruo de iniquidad, añade el apóstol, aparecerá en el tiempo marcado por Dios, pero el Señor Jesús le matará con un soplo de su boca.» (1)

San Juan, en su Apocalipsis, pinta de una manera emocionante la lucha del Antecristo contra la Iglesia y el exterminio de los apóstatas. «El dragón infernal, dice, entró en furor y se fué á pelear contra los que guardan los mandamientos de Dios y rinden testimonio á Jesucristo. Y yo ví aparecer una Bestia terrible, fuerte como el león, cruel como el leopardo. El dragón le comunicaba su poder y todos los pueblos de la tierra, después de haber adorado al dragón, se prosternaron delante de la Bestia, diciendo: ¿Quién podrá combatir contra ella?

«Y al Antecristo, personificado en aquel monstruo, le fué dado una boca que exhalaba el orgullo y la blasfemia. Ejerció su poder durante cuarenta y dos meses, vomitando horribles blasfemias contra Dios, contra su Iglesia y contra sus fieles. También le fué dado el hacer la guerra á los santos de Dios, vencerlos y mandar como dueño en los pueblos de toda lengua y de toda nación. Todos le adoraron, todos aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida.»

«Y yo ví otra Bestia que hablaba el lenguaje de Satanás. Este falso profeta ejecutaba toda clase de prodigios en presencia del Antecristo y le hacía adorar. Hacía bajar fuego del cielo y seducía á los hombres hasta persuadirles que erigieran estatuas á la Bestia,» es decir, al Antecristo. «Daba animación á aquellas imágenes y estas pronunciaban oráculos, y todos los que se negaban á adorarlas, eran entregados á la espada. Pequeños y grandes, ricos y pobres, libres ó esclavos, debían llevar en su frente el signo de la Bestia, so pena de no poder ni vender ni comprar.» (2)

---

(1) III. ad Thesal. II, 3-10.
(2) Apocal. XII, 1-17.

Tal será la persecución del Antecristo « que se levantará sobre todo lo que se llama Dios y se hará adorar como Dios. » Los Judíos deicidas le adorarán como á su Mesías y todos los apóstatas se reputarán felices de continuar con semejante caudillo su guerra satánica contra Jesucristo. Se creerán seguros esta vez de poder anonadar la Iglesia; pero en los combates contra Dios nunca está más próxima la ruina que cuando se canta victoria.

Después de haber revelado las abominaciones del Antecristo, el Señor hizo conocer á san Juan el desenlace de la horrible persecución. « Los Gentiles, le dijo, hollarán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses, pero yo daré mi espíritu á mis dos testigos, los que profetizarán vestidos de cilicio, mil doscientos sesenta días. » Estos dos testigos de Jesús, toda la tradición lo enseña, son Enoc y Elías, arrebatados vivos de la tierra para sostener la causa de Jesús contra el Antecristo. Durante los tres años y medio que durará la guerra contra los cristianos, los dos profetas reaparecerán en el mundo, predicarán la penitencia, consolarán y defenderán á los amigos de Dios. « Son dos olivos, dice el Señor, que esparcen la unción del divino Espíritu »; « dos candelabros » encargados de iluminar al mundo en medio de sus espantosas tinieblas. « Si alguien quisiere dañarles, saldrá de sus bocas un fuego que devorará á sus enemigos; si alguno quisiere ofenderles, perecerá igualmente por el fuego. Tendrán el poder de cerrar el cielo para que no caiga la lluvia durante el tiempo que profeticen, y de herir la tierra con toda clase de plagas tantas veces como lo quieran. »

Y Dios hizo ver á san Juan los dos profetas oponiendo verdaderos milagros á los prodigios de sus adversarios, llamándoles á la penitencia, desencadenando contra ellos las más espastosas calamidades, pestes, hambre, guerras sangrientas, cubriéndoles de plagas semejantes á las del Egipto. Pero, en lugar de responder al llamamiento de los dos testigos de Dios, los apóstatas excitados por el Antecristo, se endurecerán más y más, blasfemarán como demonios y convocarán á todos los reyes de la tierra para dar la última batalla contra el Dios omnipotente. (1)

---

(1) Apocal. XVI, passim.

Y el Señor permitirá, para gloria suya y confusión de los malos, que estos triunfen por un momento. Así como Jesús, durante su Pasión, pareció despojado de su poder divino, así también sus dos testigos, cumplida su misión, parecerán abandonados de lo Alto. El Antecristo, vencedor, se apoderará de ellos y les dará la muerte. Sus cadáveres quedarán tendidos en la plaza pública durante tres días y medio, sin que sea permitido darles sepultura. De todas partes acudirán las gentes para contemplar á aquellos profetas antes tan temidos y ahora sin poder y sin vida. Al saber su muerte, los apóstatas de todos los países lanzarán gritos de júbilo, se felicitarán de su triunfo y se enviarán presentes unos á otros, felices por verse libres de los dos profetas que agobiaban de tormentos á todos los habitantes de la tierra.

Pero, hé aquí que á los cantos de alegría suceden súbitamente gritos de espanto. « Después de tres días y medio, continúa el apóstol, el espíritu de vida vuelve á entrar en los cadáveres de los dos profetas. » Enoc y Elías se levantan sobre sus pies en presencia de los apóstatas aterrados. Una voz, la voz de Dios, clama de lo alto del cielo: « Subid acá, » y los dos testigos envueltos en una nube, se lanzan al cielo á la vista de sus enemigos. Al mismo tiempo la tierra tiembla desde su base, las ciudades se desploman sepultando en sus ruinas millones de hombres; los buenos dan gloria á Dios, los malos perecen en un postrer combate. (1)

San Juan asistió, en una visión, á la victoria del triunfador. « Yo ví el cielo abierto, dice, ví aparecer pronto al Fiel, al Verídico, al que juzga y combate con justicia. Sus ojos lanzaban llamas, su cabeza llevaba gran número de diademas, su ropa estaba teñida con su sangre: se llamaba el Verbo de Dios. De su boca salía una espada, la espada con que hiere á las naciones. En su ropaje se leían estas palabras: « Rey de los reyes y Señor de los señores. » Y ví entonces la Bestia, el Antecristo, los reyes de la tierra y sus ejércitos reunidos para combatir al Verbo de Dios. Y la Bestia fué cogida y con ella el falso profeta que había hecho prodigios en su presencia, prodigios de seducción que decidieron á los apóstatas á recibir la marca de la Bestia y á

(1) Apocal. XI, 7-13.

adorarla. Ambos fueron precipitados, vivos, al estanque de fuego y azufre; sus ejércitos cayeron bajo la espada del vencedor, » (1) mientras que las milicias angélicas entonaban este canto de triunfo: « El reino del mundo ha venido á ser el reino de nuestro Señor y de su Cristo. » (2)

Era la proclamación solemne del reinado de Cristo sobre todos los pueblos de la tierra. Despertados al estallido del trueno, iluminados por el Espíritu Santo, los pueblos reconocerán el poder soberano del Hijo único de Dios. Viendo á Jesús anonadar con un soplo de su boca á aquel Antecristo, á aquel rey de las naciones que habían tomado por su Mesías, los Judíos se estremecerán de horror ante el recuerdo de su deicidio, se darán en cuerpo y alma al Dios á quien crucificaron, llegando á ser los más ardientes propagadores de su reino. « Su reprobación, dice san Pablo, ocasionó la entrada de los gentiles en la fe: ¿qué efecto no producirá su llamamiento? Será aquello como una vida nueva, como una resurrección de entre los muertos. » Las naciones, víctimas durante tan largo tiempo de los secuaces de Satanás, de los herejes, de los apóstatas, de todos los Antecristos salidos de las sociedades secretas, maldecirán á los que las han engañado y jurarán fidelidad al Señor Jesús. Judíos y Gentiles unidos por la misma fe y el mismo amor, llevarán el Evangelio á todos los pueblos iluminados por el sol. Todos caerán al pie de la cruz, adorarán á Aquel que ha dado su sangre por la salvación del mundo, y según la predicción del Maestro, no habrá en la tierra « más que un solo rebaño y un solo pastor. »

Y Jesús reinará en la tierra todo el tiempo necesario para completar el número de sus escogidos. ¿Cuántos años? ¿cuántos siglos? Hé aquí un secreto que á nadie ha querido revelar. Todo lo que sabemos por sus últimas predicciones, es que ha de sonar para el mundo la hora de su agonía. « Signos celestes anunciarán el gran cataclismo. Al ver temblar la tierra por sus bases, al oir los bramidos del mar y de las olas, los hombres se secarán de espanto. (3) El sol

---

(1) Apocal. XIX, 11-21.
(2) Apocal. XI, 15.
(3) Luc. XXI, 25-26.

aparecerá negro como un cilicio, la luna roja como la sangre, las estrellas del cielo caerán. Los reyes de la tierra, los príncipes, los tribunos, los ricos, los poderosos, así como los pobres ó los esclavos, se ocultarán en las cavernas y rocas de las montañas, y dirán á las rocas y á las montañas: Caed sobre nosotros y ocultadnos de la cólera del Cordero, porque el gran día de la cólera ha llegado, y ¿quién podrá subsistir?» (1)

Y en medio de aquellos espantosos trastornos, entre relámpagos y truenos, el fuego consumirá la tierra y todo cuanto en ella existe. Al sonido de la trompeta angélica, los muertos saldrán de la tumba, el infierno vomitará sus condenados, del cielo descenderán los santos y todas las almas de los que han vivido en la tierra unidas de nuevo á sus cuerpos, se congregarán para asistir al último juicio.

Entonces tendrá lugar el segundo advenimiento, el advenimiento glorioso del Salvador Jesús rodeado de sus ángeles, descenderá sobre las nubes del cielo con el estandarte de la cruz en la mano, para juzgar á todos los hombres y retribuir á cada uno según sus obras, como lo prometió durante su vida mortal. Á una orden suya, los ángeles colocarán á los buenos á su derecha y á los malos á su izquierda.

Y cuando el soberano Juez vea reunidos á su izquierda esos millones y millares de millones de enemigos, á los Judas, á los Caifás, á los Pilatos, á los Herodes de todos los siglos que le han puesto en la cruz; los negadores de su divinidad, los herejes, los apóstatas, los antecristos que durante millares de años persiguieron á su Iglesia y martirizaron á sus hijos; los impíos, los libertinos, los ladrones que se han burlado de su doctrina y conculcado sus mandamientos; cuando vea digo, expuestos á la confusión pública á los despreciadores de su dignidad real, entonces brotarán de sus ojos luminosos destellos que penetrarán hasta el fondo de las conciencias y dejarán patentes á la vista del mundo entero los repugnantes crímenes de aquellos secuaces del infierno. Y cuando el suplicio de la vergüenza haya anonadado á esos hombres antes tan osados contra Dios, pronunciará Jesús contra ellos la terrible sentencia: «No habéis querido que yo reine

(1) Apocal. VI, 13-17.

sobre vosotros: pues bien, apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, id a reuniros á Satanás vuestro dueño en ese infierno criado para él y que como él habéis merecido.»

Y descenderán al abismo de los tormentos lanzando gemidos de desesperación. «¡Insensatos de nosotros! clamarán, hemos errado el camino de la verdad. ¡La luz de la justicia no ha brillado á nuestros ojos y el sol de la inteligencia no se ha levantado sobre nosotros!»

Luego, dirigiéndose Jesús á los buenos, á los que hayan confesado su santo nombre delante de los demás, practicado sus mandamientos, afrontado la persecución por amor de su Rey y de su Dios, pronunciará el decreto de la divina justicia: «Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que está preparado desde el principio del mundo.» Y los elegidos y los ángeles, en pos de Jesús, entrarán al paraíso de delicias donde, colocados en tronos al rededor del divino Rey, gozarán eternamente de su gloria. «Y yo oí, exclama el apóstol amado, una gran voz que salía del trono del Eterno. Hé aquí la morada de Dios con los bombres, decía la voz. Permanecerá con ellos; serán ellos su pueblo y él será su Dios. El Señor enjugará las lágrimas de sus ojos y allí no habrá más ni muerte, ni trabajo, ni lágrimas, ni dolor.» (1)

Y por siglos de siglos, Jesucristo, el soberano triunfador, reinará en el cielo con sus ángeles y santos, y tendrá bajo sus pies en las eternas llamas á los demonios y réprobos.

---

(1) Apocal. XXI, 3-4.





CONCLUSIÓN.

A Jesús nuestro Rey.

SEÑOR Jesús, al comenzar el libro de vuestra vida, el apóstol amado escribe estas palabras: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Nosotros hemos visto su gloria, que era la gloria del Hijo único de Dios.»

Nosotros también, después de haber seguido todos tus pasos desde Belén hasta el Calvario, oído tus palabras, meditado tus obras, exclamamos con el apóstol: «¡Sí, hemos visto la gloria del Salvador, hemos visto al Hijo único de Dios!»

En Belén los ángeles cantaban sobre tu cuna: «¡Ha nacido el Niño-Dios! ¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Y desde el fondo del Oriente, los reyes, conducidos por milagrosa estrella, acudieron á ofrecerte sus presentes.

A los doce años, confundías á los doctores de Jerusalén con la sabiduría de tus preguntas y la sublimidad de tus respuestas.

En las riberas del Jordán, en tu bautismo, el Padre celestial te proclama su Hijo muy amado, objeto de sus complacencias.

A petición de tu Madre, te muestras en Caná dueño de la naturaleza, cambiando el agua en vino.

En el templo de Jerusalén, un destello de tu mirada hacía huir á los profanadores de la casa de Dios.

En todas tus excursiones á través de la Galilea y la Judea, los pueblos, arrebatados de admiración, te proclamaban el doctor de los doctores, el taumaturgo incomparable, el santo por excelencia. «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, decían, Dios ha visitado á su pueblo.»

Y en efecto, tú sanabas á los ciegos, á los leprosos, á los paralíticos; multiplicabas los panes en el desierto, y con una palabra apaciguabas las tempestades y resucitabas los muertos.

En Cesárea de Filipo, á despecho de los demonios y sus secuaces conjurados contra ti, dijiste á Pedro: «Yo te haré el jefe de mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

En el Tabor, te transfigurabas delante de tus apóstoles, y el Padre celestial te proclamaba de nuevo su Hijo muy amado, objeto de sus divinas complacencias.

Y luego, en Betania, al solo eco de tu voz, hemos visto á Lázaro salir de la tumba, hemos seguido á las turbas entusiastas que te llevaban en triunfo á la ciudad santa, cantando: «¡Hosanna al Hijo de David!» Te hemos visto durante tres días, confundir en el templo á los escribas y fariseos y predecir la ruina de la ciudad deicida.

Y cuando en el curso de la Pasión aterrabas con una palabra á los soldados enviados á prenderte, cuando decías á Caifás que un día bajarías del cielo para juzgarle, nosotros reconocíamos al Rey de los reyes. Después, viéndote sufrir con la mansedumbre de un cordero, perdonar en la cruz á tus verdugos, dar al expirar un grito que hizo temblar al cielo y á la tierra, nosotros decíamos con el centurión romano: «Verdaderamente, este es el Hijo de Dios.»

Después de tres días, como lo habías anunciado, te hemos visto salir de la tumba, aparecer á las santas mujeres, á los apóstoles, á los discípulos y en fin, desde el monte de los Olivos volver triunfante á los cielos. Desde allí no cesas de extender tu reino y de confundir á tus enemigos; has

destruído el reino de los Judíos, el imperio romano, has llegado á ser el Rey de los reyes y el Señor de los señores. Y aunque los secuaces de Satanás, judíos, herejes, apóstatas, precursores del Antecristo, no dejan de conspirar contra tu Iglesia y anunciar su muerte próxima, de siglo en siglo viene cantando el *De profundis* sobre sus tumbas, y de siglo en siglo hasta el último día, repetirá la promesa de Cesárea: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

¡Oh Señor Jesús! hé aquí el grito de fe, de esperanza y de amor que se escapa de nuestra alma al leer el libro de tu Vida, ó más bien, el libro de tus glorias. El apóstol amado termina su Evangelio, diciendo: «Estas cosas han sido escritas á fin de que creáis que Jesús es el Cristo, Hijo de Dios, y creyendo, tengáis vida por la virtud de su nombre.» Nosotros creemos, ¡oh divino Salvador! que cada una de tus palabras es la palabra de un Dios, que cada uno de tus actos es la obra de un Dios y nada en el mundo hará vacilar nuestra fe.

En los aciagos días en que vivimos, vemos que el mundo se encamina más y más á la total apostasía, la fe disminuye en la tierra, los cristianos mismos simpatizan con el error, los apóstatas conculcan la verdad y la justicia; se ve venir la hora en que los tiranos perseguidores podrán saciar su rabia contra los hijos de Dios, condenarlos al destierro ó al martirio. Pero ¿no leemos en tu santa Vida que el discípulo no puede correr mejor suerte que el Maestro, y que por consiguiente, los que han dado muerte al Maestro, no vacilarán en darla también á los discípulos? Por otra parte, los apóstoles, nuestros padres en la fe, y después de ellos, millones de cristianos ¿no han derramado su sangre por ti, oh Jesús, que has vertido la tuya hasta la última gota por amor nuestro?

Como ellos, oh divino Rey, te seremos fieles hasta el último suspiro. Somos ¡ay! pobres pecadores, muy débiles y miserables; pero tenemos confianza en Tí que eres la fuerza, y en el socorro de la Virgen bendita que desde lo alto de la cruz nos dejaste por Madre. Si hemos de pasar por grandes pruebas, recordaremos tu Vida, tu Pasión, tu

muerte en el Calvario, y diremos con el apóstol Pablo: «¿Quién podrá separarnos de Jesús, nuestro divino Rey? ¡Ni las angustias, ni la tribulación, ni la espada, ni los poderosos de la tierra, ni las potestades infernales, ni la vida, ni la muerte; nada en el mundo podrá romper el lazo que nos une á nuestro Dios Salvador!» (1)

---

(1) Ad. Roman. VIII, 38-39.



ÍNDICE.

LIBRO SEGUNDO.

Una voz del desierto.

LIBRO TERCERO.

El Mesías en Israel.

LIBRO CUARTO.

Fundación del Reino.

LIBRO QUINTO.

Conspiración de los fariseos.

LIBRO SEXTO.

La excomunión y el hosanna.

LIBRO SÉPTIMO.

Pasión y muerte de Jesús.

LIBRO OCTAVO.

El Triunfo.

